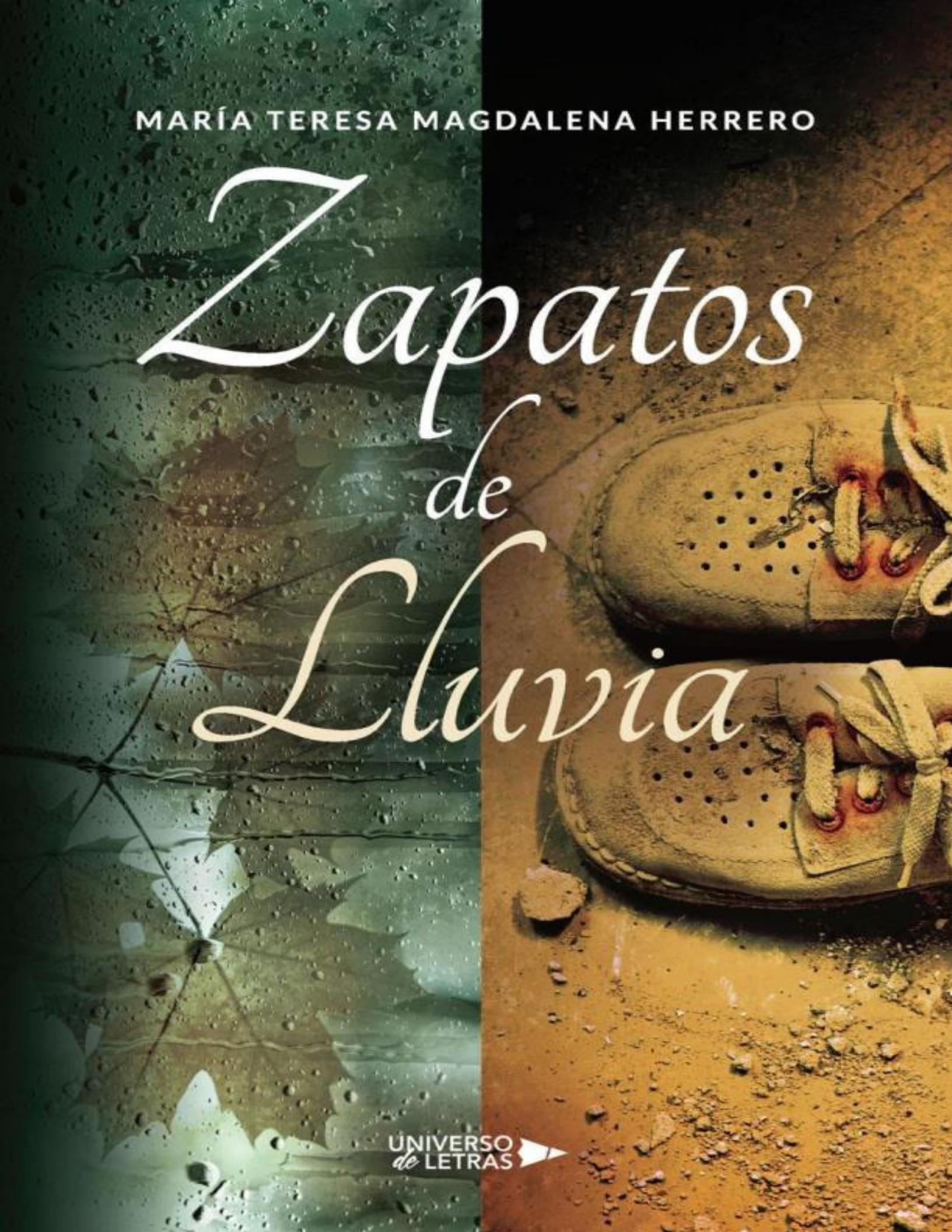

MARÍA TERESA MAGDALENA HERRERO
Zapatos de Lluvia
UNIVERSO de LETRAS

Zapatos de lluvia

María Teresa Magdalena Herrero

Zapatos de lluvia

María Teresa Magdalena Herrero

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© María Teresa Magdalena Herrero, 2021

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418674020

ISBN eBook: 9788418571954

A Dani y Marta, mis hijos, mi luz en cualquier oscuridad, el génesis de mi buena estrella.

El que ama una guerra civil es un hombre sin lazos de familia, sin hogar y sin ley.

Homero

Nadie diría que voy a un funeral. Sin embargo, esta falda negra que asciende por mis piernas y se acopla a mi cintura dice lo contrario. Esta mañana me despertó la voz de mi madre, casi un quejido, ansioso y perdido, un quejido de incomprensión rotundo y contradictorio. Una madre como la mía nunca se queja, nunca pide ayuda y mucho menos, comprensión o apoyo. Por eso, el tono de su voz me asustó, unas pocas palabras para dejar a continuación un regusto amargo en mis labios dormidos.

—Se ha muerto la abuela y no me han avisado, ¿qué te parece? La enterraron ayer y hoy es la misa. Si no es porque mi hermano se acordó de mí, ni me habría enterado.

Conozco a mi madre y su extraña historia, percibo la contradicción de su existencia y, en estos momentos, la desorientación de sus gastados sentimientos. La atadura de la sangre es ese finísimo hilo de seda que se va deslizando por el ojo de una aguja, desenhebrándola, dejándola atrás sin darse cuenta, como tantas veces ocurría en las tardes de primavera cuando se bordaba un ajuar. Solo que ahora ya es tarde, aguja e hilo se perderán para siempre, la llamada de la sangre escasamente deslizará recuerdos agotados y maltrechos.

—¡Vaya!

Mi escueta contestación desata una ira que no va dirigida a mí, lo sé y no me dejo herir. Son demasiados años. Lo que quisiera haber vomitado en otros oídos llega a los míos como un aluvión de protestas. Sé que así se siente mejor, haciéndome creer que no tengo sentimientos. Al fin y al cabo es mi abuela, su madre, y le debo un respeto. Sus argumentos suenan vacíos, a hueco, como en una caverna atestada de desierto. Es el deber el que habla, la hipocresía de lo correcto, las palabras que necesariamente han de pronunciarse, aunque en su vida no haya recibido más que rencores y envidias mal disimuladas. Después de la tormenta necesaria, llega el repiqueteo de las últimas gotas, la pregunta que palpita en el fondo de toda una conversación, que dejó de serlo para lentamente convertirse en su monólogo, el interrogante que abrasa su corazón como una tea y que lleva flotando por las ondas desde que dijo la primera palabra.

—Debería ir, ¿no es cierto?

Reconozco lo retórico de la pregunta, especialmente porque sé que su decisión ya está tomada, por encima de lo que los demás pensemos. Más allá de opiniones, de necesidades, de afectos o miedos, mi madre asistirá a esa celebración y, si no me equivoco, yo acabaré siendo su compañía, su parapeto o su consuelo, es difícil saberlo, porque ella es ese tipo de mujer impenetrable cuyos sentimientos se agazapan escondidos bajo el manto de lo bien hecho.

—No me lo estás preguntando, mamá. Sé que irás.

Paso con aburrimiento las páginas de esta conversación como las de un libro cien veces releído y juego a iniciar las frases a sabiendas de sus finales. Es como un juego, ese al que todas las madres hemos jugado cuando nuestros hijos se empeñan una y otra vez en que les leamos el mismo cuento, que acaban por aprenderse de memoria. Para no aburrirnos nosotras, no nos engañemos, ellos son incombustibles, comenzamos la lectura y los niños se apresuran a acabar los párrafos.

Mi madre teme ir, teme a las personas que allí estarán, teme la mirada de sus hermanos, pero sobre todo teme los cometarios, las maledicencias que pueblan sus pesadillas. No ir significaría dar que hablar y eso es lo último que ella desea. Su infancia rural pesa sobre su alma y no sabe contrarrestar esa sensación. Rememora tiempos recientes y pasados plagados de desprecios maternos, de palabras hirientes y exclusiones, tratando de justificar la duda de su presencia, una duda paradójicamente injustificable para su conciencia. Conozco cada resquicio de su relato, cada dolor, cada lágrima, cada desconsuelo... porque en algún momento fueron los míos. Me pide apoyo sin decirme nada, o expresándolo todo como ella sabe, dando un rodeo tras otro hasta que eres tú quien decide acompañarla, porque no queda más remedio y la conversación se extiende hasta el infinito en una espera sorda y conocida. Ella no lo pide, eres tú quien se ofrece, una sutil diferencia que en el juego descolorido de sus reglas es un clásico.

—¿Quieres que te acompañe? —me oigo decir con el tedio lamiendo mis palabras—. Aunque te moleste, yo dejé de tener abuela hace años, pero si tú te sientes mejor despidiéndote de ella en una de esas celebraciones funerarias tan desagradables, yo iré contigo. Eso sí, si alguna persona se dirige a ti de forma descortés, o murmura, o hace cualquier comentario hiriente, me va a escuchar todo lo que nunca he dicho por respeto, no me vengas después quejándote, porque no voy a agachar la cabeza y a fingir que no pasa nada.

Mi madre calla porque sabe que tengo razón y porque mi compañía, aparte de aportar tranquilidad, le hace sentirse segura. Sabe que nada que provenga de esa familia puede ya hacerme daño.

—Entiende que es mi madre, hija...

—Yo entiendo todo, pero prefiero no hablar. Vamos a esa misa y no quiero verlos nunca en lo que me reste de vida.

No he querido contestar sus palabras, pero reconozco que me han quemado los labios. La amargura es un sabor desagradable que proviene de las entrañas y puede convertirse en odio a poco que la dejemos. El odio, a su vez, es una ponzoña que invade lentamente esas entrañas donde nació para después extenderse con descaro como una metástasis mortífera. Cuando llega al corazón se enquista e infecta todo lo que allí se halle, bueno o malo. Por eso, ante la amargura siempre opuse la indiferencia, más saludable y segura.

En contraste con la falda rigurosamente negra, con las medias y la chaqueta del mismo color, me permito la licencia de poner una rebelde nota de color en mi solapa, un brillante y colorido broche en forma de flor que me recuerde, entre tanta negrura y tanta densidad en el ambiente, que acaba de empezar una nueva primavera que huele a lilas, esas mismas que veo desde la ventana de mi habitación y que alegran mis sentidos en su plenitud, algo que mi abuela nunca se preocupó de saber. Por fin acabará ese sufrimiento gratuito e incomprensible que, como un fantasma, ha acompañado desde su guarida, agazapado como una alimaña, la existencia de mi madre y, por ende, la mía.

La muerte de mi abuela, aunque mi madre nunca lo reconozca, representa la libertad ante la imposición del deber, de lo necesario y de lo que se espera de nosotros por compartir un lazo de sangre que no tiene más nudo que el que mi madre creó artificialmente.

Mi madre se llama Paola y tiene unos inmensos ojos verdes, el único regalo de su padre que es capaz de recordar.

1

Paola nació una ventosa y desapacible noche de noviembre de 1911. La comadrona llegó tarde porque los caminos estaban embarrados debido a las continuas lluvias de aquel destemplado mes. Paola estaba impaciente por ver la luz, la misma impaciencia que su madre había mostrado ante la falta de la menstruación, y no se dignó esperar a que alguien con experiencia la ayudase a nacer. Llegó de repente, sin presentaciones dolorosas apenas, tan diferente al difícil parto de su hermano mayor que Carmen no se lo creía cuando la sostuvo entre sus brazos. La comadrona solo tuvo que preocuparse de las nuevas contracciones para expulsar la placenta y de limpiar a la madre y la niña.

—Será fuerte —sentenció— y orgullosa.

Y fue una premonición.

Sagrario, la comadrona, tenía fama de santera y adivina, pero su único secreto era la bondad de su corazón y la entrega de su afecto. Corpulenta y de edad indefinida, movía su enorme trasero al caminar de forma cadenciosa, como si sus pasos fueran entonando un compás que solo ella conocía. Su rostro era redondo y bonachón, pero lo más sobresaliente eran unos enormes ojos verdes rebosantes de inteligencia. Su marido había muerto, inexplicablemente para ella, en las guerras de Marruecos, dejándola sola en el pueblo y con dos hijos que alimentar, unas pocas hectáreas de tierra árida y una casa de adobe cuyo tejado amenazaba con venirse abajo.

Tuvo que llevar una vida miserable y como las desgracias no vienen solas, un par de años después su hijo mayor caería en una alberca y moriría ahogado mientras ella trataba de sacar algo del pedregal reseco y yermo que heredó. Antes de ver llegar a su vecina desmadejada y chillando, supo que una parte de su corazón había dejado de latir. No oyó lo que le decían, se zafó de los brazos que la apresaban para que no contemplara el dantesco espectáculo de un hijo muerto y, cuando finalmente cayó de bruces a su lado, un aullido de loba herida salió de su garganta y se extendió por el cielo, helando la sangre de todos aquellos que lo escucharon.

Ella misma recogió el cuerpo sin vida y lo llevó hasta su casa, seguida por una comitiva silenciosa. Segundos antes de entrar en su hogar miró al cielo e inmediatamente unos truenos lejanos comenzaron a oírse. Pocos minutos después una terrible tormenta azotó el pueblo, rompió cristales, llenó de pedrisco las cosechas y asustó a los animales, muchos de los cuales, rompiendo vallas y cercas, escaparon a los montes. Nadie quiso hablar de ese suceso, las gentes de pueblo son supersticiosas, posiblemente fuera una casualidad, pero en aquel momento fue evidente que Sagrario discutió con Dios.

Era una mujer de manos grandes, manos contradictorias, manos de acariciar y exprimir. Tuvo que parir sola a sus dos hijos y reconocía el sentimiento de abandono y soledad de esos instantes femeninos, así que, llevada por su carácter amable y generoso, empezó a correr en socorro de aquellas mujeres que se deshacían en gritos ante los dolores del parto. Nunca supo si los quejidos eran por debilidad, por miedo o porque el dolor era algo que se sentía de diferente

manera según los cuerpos. En su caso era una sensación tan normal que no le arrancaba ni un suspiro. Poco a poco su fama se fue extendiendo por los alrededores, donde los médicos eran escasos y estaban fuera de las posibilidades de la mayoría. Empezó a ser requerida en cualquier alumbramiento que se produjera a una distancia prudencial de su casa. Así comenzó a ganarse la vida y su signo cambió.

Tranquilizaba con su voz pausada y el calor de sus manos, al posarse en el cuerpo de la parturienta, tanteando un vientre desconocido, relajaba los músculos y alejaba el miedo. Preparaba infusiones y caldos, emplastos para evitar las infecciones y sabía cuándo la madre debía empujar y cuándo la respiración evitaría un ataque de nervios. Desgraciadamente también había aprendido a reconocer los partos malditos, como ella los llamaba, aquellos en los que el niño venía de nalgas y no era capaz de darle la vuelta, prematuro o enfermo. En esos casos solo restaba rezar, aunque aquella mujer, acostumbrada a los reveses, hacía mucho tiempo que no creía en nada.

Muchas veces, después de interminables horas de dolor, las mujeres, agotadas, perdían el conocimiento. Sagrario sabía lo que eso significaba en la mayoría de los casos, el niño no podía nacer y, sin un médico que abriera el vientre, el niño, la madre o ambos morirían irremediablemente. Eran momentos donde la aflicción por la pérdida de su hijo se hacía visible, tangible e hiriente, reflejada en el sufrimiento de otra mujer y otro hijo. Si Dios existía y era todo piedad, como decía el párroco del pueblo, no entendía por qué se cebaba de aquella manera con las mujeres. Siempre pensó que, si existía, Dios era hombre.

Cuando llegó a casa de Carmen todo había ocurrido con rapidez y la niña reposaba en los brazos de la madre con el cordón umbilical aún uniéndolas. Sus manos expertas tantearon a la pequeña, comprobando que todo estaba en orden y cortó el cordón. Después la limpió con un paño de algodón y posó sus manos suavemente sobre el diminuto cuerpo de la niña, transfiriéndola el calor que necesitaba. Vistió al bebé y lo dejó en la cuna que estaba al lado de la cama. Acto seguido se ocupó de Carmen que, tras los momentos de pánico ante la inminencia del parto, los dolores y el alumbramiento en soledad, ahora se sentía reconfortada y tranquila por aquellas manos enormes y el tarareo de una nana desconocida.

—¿Ya tienes nombre? —dejó de tararear un instante para preguntar.

—Paola —dijo Carmen—, se lo escuché a un amigo del alcalde que vino de la capital.

Sagrario, concentrada en sus tareas, no contestó, pero una mueca se instaló en sus labios ante aquel nombre tan extraño. No entendía por qué había que rebuscar tanto. Ella estaba firmemente convencida de que los nombres llevaban en sus letras parte del destino de sus propietarios. Era un nombre extranjero, irreconocible a su sabiduría, lo que le hacía desconfiar de su destino.

De forma supersticiosa, la comadrona nunca quiso utilizar con sus hijos nombres de muertos, costumbre muy arraigada en aquellas tierras en señal de respeto y cariño al difunto, pues temía los enfados de los que ya no estaban entre nosotros. Sin embargo, su marido se había empeñado en llamar a su primogénito como al abuelo desaparecido y la prematura muerte del pequeño no había hecho sino confirmar sus temores. También desaconsejaba siempre nombres

como Soledad, Angustias o Dolores, un desafío peligroso para las mujeres que los llevaran, aunque no siempre sus consejos eran tenidos en cuenta.

La noticia del embarazo no había sido bien recibida. Corrían malos tiempos para las tierras de labor y cuantas más bocas que alimentar y menos brazos para trabajar, más penurias se vivían. Carmen había esperado impaciente la señal de su ciclo, pero ante la evidencia tuvo que rendirse y aceptar su estado. Marcial tomó la nueva con perplejidad, con esa pregunta estúpida que algunos hombres hacen cuando no saben qué decir.

—Pero ¿cómo ha podido ser?

Después se sentó frente al hogar y añadió contrariado que esperaba que fuera otro varón. Ahí había acabado la conversación.

Marcial era hombre parco en palabras y espléndido en actos. Era calmado, rudo y discreto. Derramaba un amor callado hacia su mujer, plagado de pequeños detalles apenas perceptibles, pero que Carmen cazaba al vuelo y atesoraba ansiosa. Era dulce con ella, de la misma forma que con sus ásperas manazas acariciaba al ternero al que había que alimentar con biberón. A pesar de su aspecto frío, el amor lo transformaba. Su mujer nunca fue un desahogo para él, nunca la obligaba al juego amoroso, nunca la violentaba, ella se prestaba siempre sumisa a sus manos, como había sido enseñada, pero le gustaba sentir el peso del hombre, le gustaban esas manos que se perdían en lo que no era susceptible de ser visto, le gustaba lo que le hacían sentir, los suspiros que arrancaba a su corazón. Se abrazaba a su cuerpo fibroso, duro y sentía la penetración de su miembro como una celebración triunfal de victoria que ella vitoreaba. Se apasionaba con el movimiento cadencioso, lento y suave al principio, más y más violento después, y acababa por sucumbir al éxtasis cuando Marcial se derramaba, intentando siempre que aquellas semillas se esparcieran fuera de ella. Entonces, como si el sentimiento abriera las puertas de su alma de par en par, Marcial se volvía locuaz, abandonaba su silencio pertinaz y comenzaba a dejar que su corazón vomitara todo lo que con tanto ahínco había mantenido escondido. Hablaba de sus miedos, de sus proyectos, de sus pensamientos, como si la borrachera de amor le soltara el corazón y las palabras, a borbotones, salieran de su boca. Era en esos momentos cuando más ternura despertaba en su mujer.

Carmen era una amante privilegiada en aquel mundo rural, una mujer consentida y tenida en cuenta, una mujer satisfecha, aunque ella no lo supiera. No eran temas para cotorrear con las vecinas. Sin saber ponerle nombre, se amaban.

Aquel atardecer, con la niña colgada de su pecho aún seco, sentada cerca del hogar para que el frío no se acercara a los frágiles huesos de Paola, esperaba la llegada de su marido con un incomprensible e infantil nerviosismo y una lejana sensación de culpa por no haberle podido dar otro varón. Hacía unos minutos que había escuchado su voz grave arreando a la mula para meterla en el establo que se encontraba delante de la casa, y la impaciencia acompañaba su espera. Mientras el hombre abría la puerta, la madre miraba a su hija embelesada y repetía su nombre como si de esa manera ahuyentara las malas sensaciones.

Cuando entró en la estancia que hacía de cocina y de salón, se quedó parado, inmóvil; su silueta, perfilada contra las últimas luces que se colaban por la puerta sin cerrar, no dejaba

percibir su rostro, su gesto, solo era una figura contundente y oscura. Impaciente, navegando en la galerna del silencio masculino, Carmen se levantó y fue hacia él con su hija arrebujada entre los brazos y las mantas.

—Ha sido una niña y se llamará Paola.

Marcial extendió su mano y descubrió la carita del bebé que dormía plácidamente. Con su áspero dedo índice acarició la piel de su mejilla y un pedacito del envés de su mano, que asomaba rebelde estirándose entre la nana. Inmediatamente aquella diminuta mano se aferró a su dedo y provocó la carcajada tranquilizadora del padre, al que acababa de ganar la primera partida. Una de tantas a lo largo de su vida. Manuel, el primogénito, aferrado a la falda de su madre, se chupaba el dedo, costumbre que hacía meses había perdido. Su padre lo tomó en brazos y le enseñó a su hermana Paola, explicándole cuánto había de cuidarla mientras él estuviera trabajando. Después, bajando la voz y entre risas, tomando a su mujer por la cintura le confesó:

—Hijo, aún no sabes la guerra que dan las mujeres... pero ríndete ya, no podemos vivir sin ellas.

Paola creció entre cereales y flores, absorbiendo los horizontes eternos de Castilla, los cielos inflamados de atardecer y su carácter hosco. En los primeros años, su pelo rubio con tintes de sol llamaba la atención de aquellos que la veían, pero poco a poco sus cabellos se fueron oscureciendo como una premonición de su vida. Muchas veces el destino nos manda señales que nosotros nos empeñamos en olvidar, que no queremos entender o que preferimos desoír. Así, en pocos años, el color casi azabache de su cabellera la volvió irreconocible para quienes no la veían a diario.

Paola era mandona y cabezota, pero tuvo que domar su carácter ante la fuerza del entorno castellano. La vida discurría en su pueblo con la monotonía del día tras la noche, del verano tras la primavera y del fluir de los ríos. Todo parecía inmutable en aquellas llanuras, todo menos los seres que lentamente crecían y se hacían viejos. Pronto tuvo que dedicarse a ayudar a Carmen en las tareas de la casa, aprendió a ir al río con el barreño apoyado en la cadera, con la tabla sobre la ropa que lo llenaba, y a tenderla después al sol en los postes del patio trasero, aunque apenas llegaba a las cuerdas; aprendió a cocinar el cocido de todos los días, a hacer pan, a zurcir la desgastada ropa de la familia. A veces subía en la mula y se acercaba a las tierras de labor, donde su padre y su hermano mayor trabajaban, para llevarles la comida y agua fresca si era verano.

La familia aumentó en número y el trabajo se multiplicaba. Paola no tenía tiempo de pensar, de sentir o de protestar. Se levantaba al alba y se acostaba al anochecer rendida, pero no más que el resto de la familia, cuyos miembros, en la medida de sus posibilidades, cumplían con sus tareas.

Lo que más le gustaba era ir al río las mañanas de primavera, porque allí se juntaban las mozas del pueblo y contaban todos los chismes que se escondían entre los adobes de las casas, mientras frotaban con ahínco calzones y camisolas, enaguas y faldriqueras. No lo hacían con maldad, pero de aquellas mañanas nacían los cadáveres de la maledicencia.

—¿Te acuerdas de Juana, la del tío Mateo?

—¿La que vive cerca de la iglesia con su abuelo?

—Sí, esa misma. Dicen que se ve con Juan el de la Paca, pero como él es tan mayor, el abuelo le ha prohibido que se hablen y ella se escapa por las noches y las pasa en el establo del Juan. María dice que está preñada.

—Muy floja de cascos ha sido siempre esa, no me extraña nada de lo que me contáis.

Cuando Paola no era más que una niña, asistía a las conversaciones como convidada de piedra, nadie la habría escuchado aunque hubiera tenido algo que decir, pero poco a poco, con el paso de los años, había aprendido el arte de cotillear, de levantar la liebre sobre cualquier tema que pudiera ser y a mantenerse alerta y firme en sus comportamientos para evitar estar en boca de las lavanderas del río. Así se enteró de que había mujeres que engañaban a sus maridos, solteras que pecaban antes del matrimonio y quedaban sucias para siempre, embarazos que se escondían mandando a las muchachas con familiares de otros pueblos, donde las mantenían ocultas hasta el alumbramiento... En todas aquellas conversaciones se creaban leyendas, un poquito de realidad y un mucho de imaginación, pero cuando las aguas comenzaban a correr se volvían imparables y, culpables o inocentes, los tocados con la lengua en aquellas mañanas estaban condenados a ser señalados con el dedo.

Cada vez que Paola volvía a casa con algún nuevo rumor, Carmen la reprendía, aunque no dejaran de interesarle las habladurías, pero siempre aconsejaba a su hija que se mantuviera lejos de aquellas lenguas voraces que, aburridas de ver pasar el tiempo sin incidentes, sacaban punta a los más mínimos detalles que permitieran poner un poco de picante en la cotidianeidad de sus vidas. Quien la hace, la paga, repetía la madre a su hija en un intento de educación para la vida, el mundo es un pañuelo y si el río suena, agua lleva, aunque haya sequía, sentenciaba. Aquellas palabras iban grabándose a fuego en el corazón de la niña, la rectitud en el comportamiento de su madre, su mirada que la traspasaba y algún que otro coscorrón cuando tenía una actitud inadecuada, fueron fraguando su carácter y sus maneras.

Antes de que cumpliera los diecisiete años, el día de la Virgen, el pueblo se levantó de fiesta. Era un día caluroso de agosto, de esos que deshacen las visiones en agua cuando lanzamos la mirada al infinito. La noche había sido sofocante y el día amaneció con promesa de ahogo antes aún de que hubiera salido el sol. En el interior de las casas de gruesos muros el calor era soportable, pero poner un pie en la calle se hacía casi imposible.

A las doce en punto, toda la familia estaba humildemente impecable para entrar en la iglesia. En esos días, la plaza del pueblo no era más que un escaparate con propensión al chismorreo. Todas las familias acudían al oficio calladamente obligatorio o hipócritamente voluntario con sus mejores galas y sus más apreciados abalorios que, en la mayoría de los casos, no eran más que los trajes de domingo ligeramente reformados por manos expertas para la ocasión y alguna que otra pequeña pieza de bisutería familiar. Cuellos a los que se añadía una puntilla blanca, puños que se volvían, botones que se cambiaban, un pañuelo que un familiar lejano regaló cuando visitó a la familia... En la mayoría de los casos, y sobre todo en los hombres, quedaba patente la incomodidad de aquellas prendas, que no estaban acostumbrados a llevar. Mangas largas, velos en la cabeza, colores sobrios, todo el respeto debido a la Iglesia y a

quien habitaba en ella… y calor, mucho calor.

El pueblo entero, en pequeños corrillos, esperaba en la plaza a que el párroco abriera las pesadas puertas de madera de la entrada principal de la iglesia, unas puertas que solo se abrían en esa festividad, en conmemoración de la Virgen, ya que el resto de los días se accedía al templo por la puerta sur, la más cálida y cuya gemela al norte había sido tapiada, como en tantos otros templos, para evitar las mortíferas corrientes de aire de los inviernos castellanos. La puerta sur daba a un pórtico cubierto con bellas vigas de madera, que en algún momento estuvieron talladas y que se cerraba con unas graciosas columnas románicas que sujetaban unos arcos de medio punto. Era un edificio de piedra que sobresalía por encima de todos los demás, era esbelto y delicado, tan fuera de lugar en aquel remoto pueblo como una orquídea entre los cardos. Había sido mandado construir por el Conde de Novocastro en el siglo XIII, cuando esa familia, de la que ya no restaba más que un nombre en la calle principal de la villa, poseía un castillo cercano que dominaba todas sus tierras, aquellas a las que la vista alcanzaba desde la torre más alta de la fortaleza. En aquellos días solo piedras, arena y leyendas quedaban de lo que un día fue una imponente construcción militar.

Un chirrido sordo y un arrastrar de madera resonaron en la plaza en el mismo momento en el que varios mozos se apresuraron a empujar los portones desde fuera, portones que después de tanto tiempo se negaban a moverse. El silencio en aquellos momentos se hizo denso y expectante, todos los ojos se mantenían atentos al esfuerzo de aquellos hombres por abrir la casa del Señor. Las más ancianas se colocaban el velo negro delante de los ojos y bajaban la cabeza en señal de decoro, las más jóvenes imitaban sus gestos con desgana, sin perderse ni uno solo de los movimientos de aquellos fornidos hombres que empezaban a sudar copiosamente por el esfuerzo y las inapropiadas ropas que vestían para un día tan tórrido. Finalmente, las puertas se abrieron de par en par y apareció el sacerdote vestido con sus mejores galas, con cara circunspecta, una cruz de oro entre las manos y ademanes de recogimiento.

Don Fernando, el cura, era un hombre cuarentón, bajito y rechoncho, con unos osados colores en sus mejillas que recordaban un lechón satisfecho tras la comida, unas gafas redondas que cada dos por tres se veía obligado a colocar sobre su escasa nariz y una mirada gélida que espantaba a los niños. Tenía fama de severo y sus penitencias tras las confesiones eran modélicas. Las malas lenguas contaban que en su juventud había sido díscolo con el obispo de Madrid y que este le había acusado de relacionarse sospechosamente con una novicia de la que era confesor. Fuese verdad o mentira, lo cierto es que sus huesos habían ido a parar a aquel pueblo perdido de almas ignorantes, un agujero inmundo para sus ambiciones, donde el carácter le fue cambiando, la amargura poseyéndole y la sensación de perder su vida, dominándolo. Había sido mezquino con sus feligreses, arrogante, con un sentido de la superioridad que envilecía sus votos y que despertaba dudas en todos aquellos que acudían a pedir su consejo o absolución. Sin embargo, el temor que levantaba y el poder que sustentaba, unido a los inflamados sermones que daba desde el púlpito, le mantenían fuera de quejas o insinuaciones. Con el tiempo consiguió volver a Madrid, dejar las tierras que con tanta inquina odiaba y olvidarse de aquellos años. No obstante, con ocasión de la festividad de la Patrona, fue requerido de vuelta al pueblo donde había pasado tantos años, porque don Anselmo, el titular en aquellos momentos, se encontraba enfermo. Así que no le quedó más remedio que aceptar volver a un recuerdo que le revolvía las entrañas.

Don Fernando levantó la cruz y bajó la cabeza mientras una voz grave salía de sus labios entonando el Ave María. Después se dio la vuelta y con la cruz aún en alto, hizo una genuflexión de cara al altar y comenzó a caminar con paso lento hacia el interior de la iglesia, seguido de todos los habitantes del pueblo en silenciosa y reverente procesión. Ya estaban la mayoría de los fieles en sus asientos cuando un repiqueteo de tacones atronando contra la piedra del suelo como un eco incontrolable hizo que todos los ojos, a un mismo tiempo, se giraran hacia la puerta que, escasos momentos antes, acababan de traspasar. Paola también se volvió y la imagen que vio quedaría marcada en su retina durante mucho tiempo.

La chiquilla pensó que esa mujer parecía más un ángel que un ser humano. Alta, muy delgada, caminaba deslizándose por el espacio como si lo dominara, altiva y serena. Llevaba un sombrero blanco en las manos que se acababa de quitar deslizando el alfiler que lo mantenía sujeto a su cabeza y lentamente se despojaba de unos pequeños guantes de seda, dejando ver unas manos pálidas y cuidadas. Su blusa blanca también era de seda, ligera y susurrante, un tejido que vaporosamente mostraba y escondía, desbordando la imaginación de los más osados. Una falda recta azul marino hasta los tobillos que dejaba ver unos zapatos de medio tacón, culpables de que todos aquellos ojos confluyeran en un mismo punto, completaban el conjunto. Tras el primer momento de confusión llegaron los comentarios, los susurros y los rumores que, como una ola, iban en aumento. Cuando parecía que el mar de las palabras estaba a punto de desbordarse, el sacerdote se dio la vuelta y todo el mundo se levantó devotamente o por respeto, de tal manera que aquella visión quedó ahogada entre la multitud que abarrotaba el templo.

Don Fernando la vio y durante unos segundos un silencio agobiante oprimió a los presentes. El sacerdote abría la boca tratando de que las palabras fluyeran por sus labios, pero la presencia de aquella mujer le había helado la sangre. Hizo un esfuerzo por mantener la compostura, carraspeó y dio comienzo a la misa.

—Pero ¡cómo se atreve! —oyó decir Paola a su madre.

Dionisia o Dioni, como todos la llamaban en el pueblo, había abandonado aquellas tierras varios años antes, los suficientes como para que Paola no recordara su rostro. De cualquier manera, aunque la hubiera conocido bien, habría sido muy difícil reconocer en aquella elegante mujer a la chiquilla asustada, enfermiza y enclenque que un día marchó de allí.

Pedro, hermano de Marcial y tío de Paola, murió de gripe en aquellos años en los que la fatal enfermedad quiso tambalear al país sin piedad. Comenzó a sentirse mal una mañana de abril y el mal se desarrolló sin compasión y sin aplazamientos. En aquellos años la muerte de un marido era una condena para la familia, sobre todo para la mujer que quedaba desamparada y normalmente con unos hijos a los que dar de comer. Sin embargo, en esta ocasión la tragedia no había hecho sino empezar, pues no se sabe si de pena, de angustia o porque se había contagiado de su marido, la mujer de Pedro murió a los pocos meses, dejando cuatro niños por atender. Los dos varones, a los que les faltaba edad para ser jornaleros, pero que ya tenían los años suficientes para ayudar en los campos, quedaron bajo la tutela de los abuelos, a los que podrían echar una mano, mientras que la hermana pequeña, una niña aún, fue acogida cristianamente en casa de los herreros, a los que Dios había castigado sin poder tener hijos por sus muchos pecados, según las indicaciones de don Fernando, y que así podrían aliviar su culpa ante el Altísimo.

Dioni, sin la posibilidad masculina del trabajo y sin edad suficiente para el matrimonio, se convirtió en el gran problema de la familia, problema que nuevamente solventó don Fernando, quien se puso en contacto con una influyente familia de Madrid, conocida de sus años de sacerdocio en los barrios más prestigiosos de la capital, para que buscaran a la niña una casa decente donde servir. Así Dioni, recién estrenados sus catorce años, se vio obligada a dejar todo lo que conocía, después de enterrar a sus padres y sentir que abandonaba a sus hermanos. Tuvo que separarse de sus amigas, de sus campos, de su casa y de su mundo para embarcarse en un viaje que no comprendía donde la llevaba. Nadie sabría nunca las lágrimas que brotaron de sus ojos hasta quedarse secos, hasta que enfermaron y sucumbieron al dolor que la hizo insensible de por vida.

Ahora, a sus veinticinco esbeltos años, era la reencarnación de la vergüenza para todos los suyos, quienes habían desterrado de sus vidas la existencia de la muchacha. Se rumoreaba que era la supuesta querida de un diputado madrileño que la había puesto un piso en el conocido Barrio de Salamanca, que la colmaba de regalos y caprichos que ella atesoraba con inteligencia, con el conocimiento de que aquello no duraría siempre, y a quien manejaba a su antojo, procurándose un futuro que nunca tuvo. Había estado mandando asiduamente dinero a sus hermanos y hasta que no se había destapado el escándalo, sus escasas misivas de letra entrecortada y faltas de ortografía no contaban más que lo que todos querían creer. Después, silencio.

Carmen siempre decía que el mundo es un pañuelo y que las cosas bien hechas bien parecen y en este caso, las cosas, desde la perspectiva del decoro, no estaban bien hechas y el mundo, que era un pañuelo, se convirtió en una servilleta para que se lavaran las manos todos aquellos que acompañaron a esa niña a la parada de postas. Primero llegaron los rumores, después más y más chismorreos y alguna que otra prueba y, por último, la muchacha se convirtió en el tema central de todos los corrillos del pueblo. Ya fuera en la taberna, en el lavadero del río, en las puertas de las casas mientras se cosían los ajuares, en todas partes surgía el nombre de Dioni y sus correrías. Un día vivía en un burdel y al siguiente estaba embarazada de un soldado, poco después era la querida de un artista... y cuando el río suena... Marcial, tan escaso en palabras como discreto, llegó a la conclusión de que su familia no podía ser mancillada de aquella manera, con o sin razón, y que era mejor saber que imaginar. Así se lo comunicó a Carmen en uno de esos momentos de ternura borracha de amor en los que su lengua se volvía locuaz.

—Tengo que saber cómo vive mi sobrina y acabar con esta pesadilla. Mis padres ya son mayores y aunque nadie les dice nada a la cara, ellos sospechan que pasa algo. Dioni no nos puede hacer algo así, sus hermanos... todo el mundo la ayudó y... ¿Tú crees que nos puede pagar de esta manera?

Carmen callaba y asentía, sintiéndose un poco culpable de lo que pudiera haber pasado con aquella criatura, a la que habían lanzado prematuramente a la jungla de una ciudad desconocida, sin apoyo, sin ayuda ni explicaciones, estrenando la orfandad y el abandono de los suyos. Marcial no sabía escribir apenas, pero a Carmen le había enseñado su padre, como ahora ella hacía con sus hijos en los momentos en los que el invierno se afanaba en vendavales fuera de los muros de la casa. A menudo, los niños, enfurruñados por tener que dedicarse a una tarea inútil en vez de jugar, preguntaban a su madre por qué les obligaba a coger aquellos carbones para escribir garabatos y leerlos y Carmen siempre respondía lo mismo que su padre le dijera a ella:

“El saber no ocupa lugar”. La inmutabilidad de los hechos y las palabras en aquella vida ajena a los caprichos del tiempo era una fortaleza que se retroalimentaba a sí misma con el paso de los días. Con la pericia femenina, el matrimonio se afanó en escribir la primera carta dirigida a la familia donde Dioni supuestamente servía, pidiendo noticias de ella, pero tras un mes de espera y un silencio sepulcral, la impaciencia y las dimensiones que estaban tomando los comentarios, que se hacían cada día más insoportables, empujaron a Marcial a visitar a don Fernando.

—Dime, Marcial, ¿a qué se debe tu visita? —había dicho el sacerdote con un cínico tono condescendiente, sin levantar la cabeza de su lectura, aunque sabía perfectamente el motivo de la comparecencia.

Aquel hombre se explicó lo mejor que pudo, intentando no dar por sentado ningún comentario, tratando de no parecer rudo ni insultante, buscando con vehemencia las palabras que le permitieran explicar la situación sin pasar la vergüenza de exponer sus temores más profundos. Apretaba con fuerza su sombrero de paja vieja contra su vientre y se sentía ridículo vestido con aquel traje de domingo desgastado, que se había empeñado Carmen en que se pusiera. Don Fernando lo dejo hablar, saboreando cada insuficiencia en las palabras del otro, sintiéndose superior en cada tartamudeo, en cada silencio, en cada sonido mal pronunciado. Dejó que pasara un mal rato, aunque él sabía lo que le iba a decir, el mal que le atormentaba y lo que pretendía de él. No era muy cristiana esa actitud, era consciente, pero la vida en aquel pueblucho era tan monótona, tan inadecuada para sus capacidades, que al menos se podía permitir el pecado de la soberbia con aquellas ignorantes gentes, Dios comprendería su frustración. Ya le quedaba menos de estar allí, lo presentía, los hilos que había empezado a mover tantos años atrás estaban dando sus frutos y pronto dejaría de ver a aquellos cuyas miserias odiaba de forma cruel.

Cuando Marcial terminó su trabajoso discurso, bajó la cabeza e hizo la petición.

—Don Fernando, ya que usted conoce a la familia que contrató a mi sobrina, me gustaría que me pusiera en contacto con ella o con cualquiera que me pudiera dar noticias, para acabar de una vez con tantas mentiras. Se lo pido por favor.

—¿Está usted seguro de que todo son mentiras, Marcial? —la crueldad de esta pregunta sobrecogió al campesino, que no supo contestar.

Don Fernando, con una mueca que no llegaba a ser sonrisa, se levantó de detrás de su gran mesa y se acercó a aquel hombre que tragaba saliva a borbotones.

—Quien busca la verdad puede merecer el castigo de encontrarla —filosofó el sacerdote, situándose a escasos centímetros del campesino, tanto que este pudo comprobar el olor de su aliento.

Marcial no entendió exactamente el sentido de las palabras de don Fernando, pero su intuición le decía que aquel hombre sabía más de lo que parecía y un velo de negrura cubrió sus ojos, un velo cuajado de escarcha y dolor, una ansiedad que latía en su corazón abriendo, por vez primera, la desdicha de la duda. Le preguntó que a qué se refería con lo que había dicho, pero don Fernando se deslizó entre sus palabras como una serpiente en el agua. Por fin el sacerdote decidió poner fin a aquella conversación que le había servido de distracción durante un rato, pero que ya comenzaba a cansarle y como tenía que ir a Madrid para gestionar unos asuntos, que no

eran otros que su vuelta a la capital, le prometió que se encargaría de traerle noticias reales de su sobrina. Marcial agradeció de corazón la promesa y se marchó de aquella casa con un regusto amargo en sus entrañas y la certeza ancestral de que las cosas acababan de empezar a descolocarse en su ordenado mundo.

Don Fernando cumplió su promesa y saboreó la bomba que iba a lanzar sobre aquel manojo de ignorantes. Dios le perdonase aquel sentimiento, pero por fin volvía al agujero con el nuevo destino bajo las manos y una noticia que tendría ocupados durante meses a todos los que se alegraban del mal ajeno, que eran muchos, a los aburridos, a los que se creían mejores, a las santurronas y a los pecadores. Nadie se preocuparía entonces de su marcha, ni de la llegada de don Anselmo, el nuevo cura, que encontraría acomodo con prontitud, pues era de la misma calaña que todos aquellos cazurros.

Cuando don Fernando mandó recado a Marcial de que lo esperaba en la sacristía, después de varios días de ausencia, este se presentó con premura y con la ansiedad lamiendo su alma. A continuación, pasó a referirle sus pesquisas. Efectivamente, Dioni había estado trabajando en casa de la familia que sus amigos le habían buscado durante dos años, pero de la noche a la mañana se despidió y se marchó, nadie sabía el motivo, pero sin duda se había comportado como una desagradecida con quienes la habían acogido en su hogar. Del resto de su vida hasta ese momento, poco había podido averiguar, se perdía su rastro y no sabía darle noticia de a qué se dedicó en aquel lapso de tiempo. Lo cierto era que ahora había sido muy fácil de localizar, era una mujer conocida —puso mucho énfasis en esa palabra— y el motivo de esa ‘fama’, como usted ya habrá comprendido, le dijo, no es otro que la tentación de la carne, una situación pecaminosa, concluyó. Marcial no había quedado convencido con aquel discurso tan complicado para sus entendederas, necesitaba oír lo que no creía posible, para que ese latigazo en sus sentidos lo despertara de su ignorancia y lo zarandeara, traduciendo en sonidos reconocibles la traición de su sobrina.

Así se lo hizo saber a don Fernando y este, impaciente ante tanta ignorancia y tanta cerrazón, decidió decirle la verdad de una manera cruda y comprensible.

—Su sobrina, querido Marcial —le dijo arrastrando las palabras con retintín—, es una querida, eso sí, la querida del diputado Alfonso del Leal, al menos ha disparado alto. Comenzó a sonreír con picardía, pero inmediatamente se dio cuenta de lo inoportuno de su gesto y de su chanza, carraspeó y mantuvo la compostura.

Marcial sintió la mano del sacerdote palmeando con fingida compasión su espalda y una tristeza indómita y desconocida se apoderó de su corazón y salpicó de vergüenza cada una de las gotas de su sangre, tiñéndolas de negro. Dio las gracias con la cabeza baja, se colocó el sombrero que había deformado de tanto apretarlo y con la mente arrasada de un vacío interminable de incomprensión, salió de aquella habitación que olía a incienso, escuchando un lejano ‘lo siento’ que no quería decir nada. Cuando abrió la puerta de su casa supo que Carmen ya lo sabía y maldijo a aquel hombre que, en vez de enviado de Dios, parecía la reencarnación de Satanás, palabras que le valieron la reprimenda de su mujer por la blasfemia.

Como bien había predicho don Fernando, la vida de Dioni dio que hablar durante meses, tiempo en los que la familia de Paola sufría y recibía la lástima, más o menos sentida, de los

demás. Paola en aquellos momentos no era más que una niña y no supo de su prima hasta muchos años después, ya que la familia se encargó de ir enterrando, día tras día y comentario tras comentario, la existencia de aquella que había marcado a todos con su vergüenza. Dioni desapareció lentamente de los labios del pueblo cuando no hubo más que contar y quedó como un simple murmullo del mal ejemplo, lejano y cruel.

Don Fernando se marchó a Madrid como había proyectado y su puesto fue ocupado por el padre Anselmo, un sacerdote rural, compasivo y campechano que, como había vaticinado su predecesor, se incorporó a la comunidad con la facilidad del azúcar disolviéndose en café. Fue entonces cuando las gentes del pueblo comprendieron la soberbia, la rudeza y la crueldad de don Fernando para con ellos. Don Anselmo no asustaba a los niños con un infierno aterrador, no levantaba los brazos como si los pecados de la confesión le escandalizaran, no tardaba una eternidad en absolver a los feligreses, no era el primero en favorecer los chismorreos, no dejaba de solventar un problema y no le importaba remangarse la sotana para echar una mano al que lo necesitaba. Para la familia de Paola fue una bendición la aparición de aquel buen hombre. Puesto al corriente de las andanzas de Dioni, más con la pretensión de alargar el tema que con la intención cristiana de solventarlo, el cura decidió tomar el toro por los cuernos y acabar de una vez por todas con el acoso al que estaba sometida la familia. De esta manera se subió al púlpito y, aprovechando las palabras de perdón que San Pablo recibió de Jesucristo en la cruz, a pesar de haber sido negado tres veces, habló de caridad cristiana, habló de las palabras contenidas en el Evangelio que sentenciaban que quien estuviera libre de culpa, que lanzara la primera piedra y afirmó que ya bastaba de piedras contra inocentes. Y después se refirió a ella sin nombrarla, tratándola de oveja descarriada que más necesitaba ayuda que condenación y la perdonó como habría hecho Jesucristo. Y las cabezas de los feligreses miraban al suelo, porque no se soportaban los ojos, y siguieron bajas mientras duró la misa, porque aquel sacerdote rural conocía el veneno que, sin saberlo, se creaba en las entrañas de aquellas gentes ignorantes, encerradas en la cárcel de unas pocas calles. Ese domingo significó el principio del final de la historia de Dioni para el pueblo y el comienzo de una paz para la familia de Marcial que le permitiera enterrar a sus fantasmas.

Y ahora, cuando parecía que todo aquello había desaparecido de sus vidas, Dioni llegaba como una aparición el día de la festividad de la Virgen. Carmen miraba a su marido, erguido, siguiendo el oficio como si aquello no fuera con él, pero sus labios apretados y las mandíbulas en tensión no dejaban lugar a dudas del nerviosismo que le corroía. El simple pensamiento de volver a sufrir el calvario familiar que habían padecido, revolvía las entrañas de todos y cuando don Fernando pronunció las palabras finales y concluyó la ceremonia, un murmullo contenido durante todo el oficio se elevó como un maremoto en una playa solitaria y las miradas se volvieron de nuevo con descaro hacia los últimos bancos, donde ya se levantaba la interfecta que, sin hacer caso a todo lo que despertaba, se dirigió al centro de la iglesia con los ojos fijos en su tío. Según se fue introduciendo entre las personas que llenaban el templo y que no se movían en espera del espectáculo, el silencio se hizo espeso.

—¿Tú qué haces aquí? —inquirió Marcial atropelladamente y sus palabras sonaron a hueco entre los muros de piedra de aquel lugar.

—Hablar con usted, tío.

—Yo no tengo nada de lo que hablar contigo y ya te imaginarás que no eres bien recibida.

Paola, detrás de su madre, asistía a la escena sin entender el comportamiento de sus padres, de sus primos, que habían salido a toda velocidad con el abuelo medio ciego —la abuela ya no podía moverse de la cama—, ni de todos sus paisanos, que parecían saber lo que pasaba, ni de aquella mujer tan elegante y bella que no conocía. Marcial resolvió que era mejor solventar lo que fuera en la intimidad, lejos de todas las personas que asistían ansiosas a los hechos y que se preguntaban unas a otras que había dicho cada uno. A pesar de que se estaba preparando la procesión, la familia de Paola no asistiría, salió con la joven de la iglesia y todos se dirigieron a la modesta casa que desentonaba claramente con el estilo de la dama, que trastabillaba con los tacones por el empedrado primero y por el camino de tierra después. El calor era, si cabe, aún más sofocante, todos sudaban copiosamente y se secaban el sudor constantemente, a excepción de la desconocida, que parecía estar por encima de problemas tan terrenales. Caminaban deprisa y Paola temía que en uno de los traspiés aquella aparición diera con sus huesos en el suelo, pero ella siempre se reponía y continuaba con el paso recto. La muchacha no le quitaba ojo y, aunque percibía en el ambiente el huracanado viento de una galerna, caminar al lado de la hermosa joven hacía que se sintiera importante y especial. Nunca había visto a nadie así, ni por aquel peinado que recogía perfectamente su cabellera castaña en un moño cruzado, ni por las ropas que llevaba, ni por la gracia con la que se movía. Llevaba pintados con discreción ojos y labios y su piel clara parecía perfecta.

De repente, se volvió y le sonrió.

—Tú debes de ser Paola ¿no?

La muchacha asintió.

—¡Cómo has crecido! Ya eres una preciosa mujercita, los muchachos te seguirán a todas partes.

Paola se sonrojó e iba a contestar cuando la voz seca de su padre le pidió que no molestara a la señora. Dioni puso un gesto de desconsuelo y continúo su camino, entendiendo perfectamente lo que había querido decir.

Manuel se atrasó, quedó atándose la alpargata y llamó a su hermana para que lo ayudara a guardar el equilibrio. Paola se dio la vuelta con desgana, porque ya no podría continuar observando a aquel ser que parecía venido de otro mundo, aquel ser de viento.

—Y ahora qué te pasa, ¿no sabes hacerlo tú solito?

—Te he llamado para que dejes de mirarla como si fueras boba o padre te va a dar un coscorrón, porque está muy enfadado y tú le estás poniendo más nervioso, ¡que no está el horno para bollos!

—¿A qué viene tanto misterio?

—¿No sabes quién es esa?

—No

—La Dioni.

—¿Dioni? ¿La prima? ¿La que vive en Madrid? ¿La que es una...

—¿Quieres callarte? Al final nos la ganamos. ¿Quién te cuenta a ti esos chismes?

De pronto Paola empezó a comprenderlo todo, a hilar cabos y silencios, sonrisas escondidas y palabras a medias y con la mano en la boca se sonrojó mientras un gusanillo de desconcierto y aventura le mordía las entrañas. Los hermanos echaron a correr y alcanzaron rápidamente a la comitiva, que torcía por la calle de la Era hacia la casa. Al fondo, tras los últimos tejados, un cielo raso inmensamente azul contrastaba con la angostura ocre de los campos, dando al paisaje un hálito de ahogo y sed. Dioni perdió la mirada en aquel paisaje que un día fue suyo, que un día perteneció a su mundo, y en ese mismo instante descubrió que todo le era ajeno, que sin darse cuenta la herencia de sus antepasados pertenecía a otros. Por primera vez se preguntó qué hacía allí.

Entraron en la pequeña sala donde olía a leña y guisos y Carmen dijo a sus hijos que se quedaran fuera, ordenando a los mayores que cuidaran de los pequeños. La cara de contrariedad de Paola fue tan evidente que su madre le echó una severa mirada de esas que no permitían cuestionar nada. La puerta se cerró en sus narices. Sin embargo, los hermanos no estaban dispuestos a ceder, no podían perderse lo que allí se fuera a decir, así que con una mirada cómplice corrieron hacia el lateral de la casa, se apostaron por debajo de la ventana de la sala que, con aquellos calores, estaba abierta y atentos a los correteos de sus hermanos, se dispusieron a escuchar, sin saber que poco necesitaban acercarse, porque la conversación subió de tono en pocos minutos. Marcial ni siquiera la invitó a sentarse, pero de su boca a borbotones brotaron los reproches.

—No sé qué se te ha perdido en el pueblo, pero quiero que te vayas inmediatamente. Eres una vergüenza para la familia y a pesar de que hemos intentado mantener a los abuelos lejos de las habladurías, no sé si lo habremos conseguido, porque fuiste la comidilla de todo el mundo, y nos arrastraste con tu mierda a los demás. Si tus padres levantaran la cabeza... ¿Sabes que tu hermano Roque estuvo a punto de matar a un amigo por tu culpa? ¡No!, tú no lo puedes saber, con tu vida de señoritinga mantenida y tus aires de lo que no eres. Y no se te ocurre otra cosa que aparecer el día de la Virgen en la iglesia donde todos estamos reunidos, para rascar en la herida y hacerla sangrar un poquito más, dando que hablar a los que ya te habíamos echado de nuestras vidas. Sucia...

—¡Marcial! —cortó Carmen con autoridad—, mide esas palabras.

2

Dioni había aguantado el chaparrón con la mirada fija en el sombrero que sostenía en las manos, en apariencia fría y tranquila, pero con una rabia y un ancestral rencor interno que solo se manifestaba en el rictus de su boca, un gesto solo comprensible para aquellos que la conocían. Evidentemente no era el caso de su familia. Carmen no creía haber oído tantas palabras salidas de la boca de su marido y dirigidas a alguien que no fuera ella en toda su relación, y descubrió la tristeza y la indignación que sentía aquel hombre discreto por esa nueva revolución de sus vidas. Sin embargo, guiada por la complicidad femenina, que impulsa a unas mujeres a reconocer en los ojos de otra los sentimientos más profundos y dolorosos, intuyó que la vida no había tratado a aquella joven tan bien como se podría pensar, que las cosas no habían sido tan simples como habían querido dar a entender y que los secretos que bajo el manto de la aparente frialdad se escondían, eran insondables.

No había justificación posible para sus actos, de eso estaba segura, pero al menos había que darle el derecho a defenderse, a explicarse, a decir lo que la había llevado hasta allí. Desgraciadamente, lo que Carmen no intuyó era que Dioni no tenía ninguna intención de justificar nada, no tenía intención de defenderse, ni de pedir ninguna clase de perdón. Después de muchos años era consciente de que ella había sido una víctima, hacía tiempo que había perdonado a su alma, porque cuando se sintió sola nadie estuvo a su lado, nadie había calmado sus pesadillas, nadie se había preocupado por ella y ahora era tarde para todo, hasta para el rencor.

—Padre ha estado a punto de llamarla golfa —susurró Manuel a su hermana, poniéndole la mano en la oreja—, pero madre lo frenó.

—Marcial, imagino que Dionisia habrá venido al pueblo por un motivo, no creo que sea tan cruel como para ponernos en boca de todos por nada —medió Carmen.

Dioni asintió y por primera vez levantó los ojos del sombrero y los clavó, como dos dardos, en su tío. El hombre se sintió agredido y se levantó de la silla como si quemara.

—A mí no me mires de esa manera, como si fueras una santa y tuvieras que perdonarme, la golfa eres tú, ¿lo entiendes? —gritó fuera de sí— Tú eres la indecente, la que vive en pecado, la que nos ha manchado a todos con tus correrías de mujerzuela. Tus padres no te enseñaron eso, tus padres...

Manuel hizo un gesto cómplice a Paola y sacudió la mano con un ademán de seriedad. Después acercó sus labios al oído de su hermana nuevamente y susurró... ¡La que se va a montar!

En esos mismos instantes Dioni se había levantado de la silla, no con la violencia de su tío, sino con un movimiento silencioso y lento y, clavando unos ojos helados en aquel hombre que le sacaba media cabeza, comenzó a hablar.

—No me hable de mis padres, ni de decencia, ni de perdón. Yo no he venido aquí a cerrar

ninguna herida ni a penar por mis pecados, que sé que son muchos. Vine por otro motivo —su voz era clara, suave y un poquito aguda—. Pero como veo que se empeña en que hablemos de buenos y malos, le diré que no está tan claro quién pertenece a qué bando, no sé si me entiende. Yo no tenía ni quince años cuando me convertí en un problema para ustedes, para toda la familia, que tanto ha penado por esta mujerzuela, como usted me llama. Yo no tenía ni quince años —dentro de la frialdad la voz se le quebró— cuando me dejaron en una estación con un hatillo y un miedo que me devoraba los huesos, hacia una jungla que desconocía. Tal vez no soy consciente de las calamidades que soportaron por mí, pero le aseguro que ustedes no tienen ni idea de los tormentos que padecí yo por esa estupenda solución a mi vida. No sabe lo que es llegar a una ciudad y que tarden seis horas en recogerte, ¡seis horas!, ya muerta de frío, de sed y de angustia; no sabe lo que es que se rían de tu ignorancia, que te peguen y te castiguen por no saber hacer lo que nunca te enseñaron, no sabe con qué saña se puede maltratar a una huérfana pueblerina sobre la que todo el mundo se siente superior. Y no le hablo de los señoritos, a los que apenas veía, le hablo de los que, tan desarrapados como yo, no tenían compasión ni piedad de mi soledad, mi torpeza y dolor. Aquellos que vengaban en mí lo que no podían hacer con otros.

No he mandado cartas llorando mis desdichas, no tenía padre a quien explicar mi sufrimiento, ni casa a la que volver, mi lucha se centró en no dejarme pisotear y, como no podía elevar una queja a mis señores, me empeñé en hacer indispensable mi trabajo. Tampoco tenía una madre que me enseñara que lo mejor en estos casos es ser invisible y que hay que cerrar los pestillos del cuarto cuando una se va a dormir. Tuve que aprender de los errores y llorar tantas noches que creo que nunca podré derramar una sola lágrima más.

Es fácil criticar desde la distancia. ¿Quiere saber por qué salí corriendo sin avisar a nadie de aquella casa en la que, según don Fernando, hombre piadoso sin parangón, en quien deposité mi confianza y de quien solo recibí traición, todo me iba tan bien?

Marcial y Carmen miraban atónitos a su sobrina ante aquel derroche de palabras, ante aquella explosión de ira, incapaces de pronunciar un solo sonido. En lo más profundo de su alma Carmen había intuido la verdad, sabía de casos parecidos, era una vieja historia muchas veces repetida, pero jamás quiso confesarse que tanta maldad fuera injustificada. Ahora, en el paredón de aquellos ojos cegados de amargura y dolor, el cielo estaba cogiendo otro color, y las culpas y los pecados iban y venían como un boomerang de un corazón a otro.

Dioni, una vez abierta la caja de Pandora, siguió con su relato. Contó cómo una noche de verano, cuando parecía que la vida en la casa se había relajado, cuando ya no llovían golpes ni gritos ni mofas, cuando ya podía servir a los señores sin derramar la sopa o el vino y recibir un nuevo castigo, escuchó cómo el señorito Luis volvía de parranda con sus amigos. Otras veces había oído su entrada en la casa a altas horas de la madrugada, arrastrando los pies, topándose con los muebles, maldiciendo por los golpes que se daba, riéndose con la mano en la boca por cualquier nadería y despertando a todos los que ya dormían. Nadie se levantaba, nadie había oído nunca nada. Pero aquella noche su madre, harta de las correrías de su hijo, de su vida disoluta y de sus excesivos vicios, se levantó de la cama y se encaró con él. La bronca debió de ser tremenda y a la algarabía se unió más tarde el padre. Hasta Dioni llegaba el rugido de los gritos, aunque apenas comprendía el sentido de las palabras, hasta que, por fin, el ruido seco de una puerta al cerrarse de golpe sumió la casa en el silencio. Dioni se dio la vuelta en la cama y se aprestó a dormir de nuevo, aún le quedaban un par de horas de descanso, pero la noche no había

hecho más que empezar. El señorito, más impertinente que de costumbre, decidió que la gresca le había dado hambre y no dudó en despertar al servicio para satisfacer su apetito. Unas manos zarandearon sin consideración a Dioni y la obligaron a despertarse.

—El señorito Luis quiere cenar —le dijo la voz de la cocinera.

Cuando Dioni, medio dormida aún, se levantó y fue a vestirse, la cocinera le advirtió de que se pusiera solo una bata porque don Luis estaba de malas pulgas y era mejor no hacerle esperar. A pesar del calor, ambas mujeres se pusieron la bata y bajaron a la cocina a preparar las viandas. Mientras la cocinera ponía en marcha el fogón y buscaba la comida en la despensa, Dioni preparaba la mesa del salón para un solo comensal. El hombre, entre tanto, estaba sentado en el sofá bebiendo una copa de coñac y mirando despistado por la ventana cómo las primeras luces del amanecer iluminaban la ciudad. Cuando la mesa estuvo preparada, la muchacha subió los alimentos en una bandeja de plata e indicó al señor con un carraspeo que todo estaba listo. Y fue en ese instante en el que, al volver la vista, don Luis se fijó en su criada, cuyo cuerpo se transparentaba, a través de la liviana tela, en contraste con las luces del alba. Y su instinto masculino más posesivo se encendió como una antorcha entre sus piernas.

Se sentó a la mesa con movimientos lentos y torpes y, cuando Dioni se iba a retirar, le preguntó su nombre. Después dejó que se fuera y le agradeció con palabras gangosas y lúbrica mirada su atención. Y cuando su carcajada atronó en el salón, el corazón de la chica palpitó desbocado. No entendía, pero lo intuyó. Todo el servicio conocía las manos demasiado largas de aquel caballero, su obcecación, y lo que significaba que supiera tu nombre.

Se sintió atrapada, aquella casa se acababa de convertir en una cárcel sin barrotes y su destino, un callejón sin salida. Por eso se dirigió a don Fernando en una de las ocasiones en las que supo que visitaba Madrid, porque ya dormía a trompicones, porque de vez en cuando, al cruzarse en los pasillos, le pellizcaba el culo, porque se sentía como una presa en una cacería y porque no tenía a nadie que la protegiera. Don Fernando la escuchó con detenimiento y tranquilizó su alma, asegurando que se encargaría del asunto. Por eso aquella noche durmió tranquila, porque sabía que había encontrado un alma noble que velaría por ella.

Una semana después de su conversación con el sacerdote, cuando este ya había vuelto al pueblo, el señorito Luis se presentó de madrugada en el dormitorio del servicio, que Dioni compartía con otras tres sirvientas más, que ni se movieron de sus catres, y con un leve gesto le indicó que lo acompañara. Su aliento apestaba a alcohol y su mano sudorosa se posaba en el hombro de la criada como una premonición nefasta de futuro. Se sintió acorralada y la supuesta traición de su protector le quemaba en la sangre en un acceso de ira que solo se encargaban de encubrir sus temores. Cerró los ojos y dejó su mente volar buscando una solución, pero el miedo tenía atenazados sus músculos, que únicamente se movían dirigidos por la tenue presión de aquella mano. Entraron en el salón que se encontraba en penumbra y don Luis cogió una de las pesadas sillas del comedor y la arrastró sin preocuparse del ruido hasta situarla justo frente al sillón. Las sombras de aquel salón danzaban sin compasión ante los aterrados ojos de la chica. Estaba anclada a la alfombra que pisaban sus pies descalzos y que tantas veces había limpiado y sus dibujos se deshacían en fantasmagóricas facciones a sus ojos. Sintió que las náuseas acudían a su boca y tragó saliva tratando de dominarlas. Entonces, con voz entre divertida y grave, don Luis pidió educadamente a Dioni que se sentara en la silla mientras él lo hacía en el sillón,

donde, en una mesita auxiliar tenía preparada una botella de coñac y dos vasos. De forma pausada, sin pronunciar una palabra más y disfrutando perversamente del terror que leía en los ojos de su sirvienta, echó licor en ambas copas y tendió una a Dioni, que la rechazó escandalizada.

—Bebe —insistió con severidad.

—Señor, es que yo... —tartamudeó la muchacha.

—Es una orden —concluyó.

Dioni extendió una mano temblorosa para coger el vaso que le tendían y apenas se mojó los labios con aquel líquido que jamás había probado, pero que le revolvió las entrañas que ya habían amenazado con desbordarse. Don Luis dio un buen trago a su bebida, chasqueó los labios y se quedó mirando fijamente a la mujer que tenía delante de sus pupilas, una joven hermosa que ante lo inquisitivo de su mirada bajó los ojos y cruzó los brazos instintivamente sobre sus senos, como si pensara que él pudiera traspasar la tela de su camisola. Sentía cómo los grilletes se cerraban alrededor de su cuerpo en la constatación sorda de lo que iba a ocurrir. Y se rindió a su impotencia.

—Así que vas con cuentos al cura, Dionisia, y me dejas en mal lugar. ¿Tú crees que eso está bien? ¿Qué tienes tú para que ni siquiera te mire? Eres vulgar, maleducada, estúpida… y vas con chismes de viejas lechuzas a sacerdotes advenedizos. ¡Un dechado de virtudes, sí señor! Menos mal que don Fernando es amigo y sabe que nunca te haría daño, unas copas y nos reímos todos de tus majaderías. La verdad es que a tu costa pasamos una tarde divertida y nos preguntábamos cómo serías en la cama, si tan recatada como pareces o la más puta entre las putas. Tal vez ya te hayas abierto de piernas en uno de esos pajares del pueblo con uno de tu ralea y ahora nos quieres hacer creer que eres una santa. ¿Has follado alguna vez, Dionisia?

Ante el silencio de la chica, don Luis se había levantado de su cómodo sofá y se había puesto tras ella apoyando las manos en sus hombros como un padre que reprende a su hija.

A partir de ahí todo se produjo con rapidez, con un movimiento brusco dio la vuelta a la silla y se encaró con ella. La levantó del pelo con la violencia que da el alcohol y un grito ahogado traspasó el aire mientras la joven echaba sus manos a la cabeza para zafarse. El hombre, con su mano libre, aferró la sutil barbilla femenina con una fuerza brutal, que retorció nuevamente a la muchacha y, acercando su oscura boca de borracho la besó, la besó con fruición, baboseando todo lo que se abría a su paso, lo que su deseo incontrolable de violador consentido forzaba abrir. La presión que ejercía sobre su rostro apenas si la dejaba respirar, su boca dejó de luchar para llenar de aire sus pulmones y por primera vez sintió el sabor nauseabundo de la violencia, aquella lengua que profanaba su virginidad. Después la arrojó sobre el sillón donde minutos antes reposaba, y trató de arrancarle el camisón. Ella despertó de su letargo y se defendió, tratando de quitarse de encima a aquel ser infecto que llenaba de babas su piel. Don Luis la abofeteó por su atrevimiento y un hilillo de sangre comenzó a manar de su labio. Tapó la boca de Dioni con fuerza y se quitó el cinturón.

—Si no eres buena conmigo, te tendré que hacer daño y si gritas diré que me defendía porque tratabas de robar —susurró a su oído y las sibilinas palabras despertaron de la sumisión

de lo inevitable a aquella muchacha que, sin saber cómo y sacando fuerzas de la desesperación, tomó una decisión, una de esas decisiones de héroes de cuento juvenil. Prefería morir antes que dejarse violar por aquel sujeto.

La tela del camisón no resistió más los tirones encolerizados y se rasgó con un sonido siseante, como de serpiente herida, dejando ver el cuerpo adolescente, pero ya formado de la joven. Las suaves curvas, los pálidos senos, el virginal pubis… visiones que desataron la líbido de aquel atacante borracho. Se incorporó, liberando su boca un instante para quitarse los pantalones con tantas ansias que, debido a su embriaguez, perdió el equilibrio y comenzó a tambalearse. Dioni aprovechó la oportunidad y estirando la mano cogió la botella de coñac, que aún descansaba en la mesita, medio llena del líquido dorado, y sin pensarlo dos veces, la estrelló con todas sus fuerzas contra la cabeza de su agresor, que se inclinaba ya sobre ella.

Don Luis cayó como un muñeco desmadejado, borracho por dentro y por fuera, con una gran herida en la cabeza de la que manaba la sangre a borbotones. El ruido de los cristales no alertaría a nadie dado el historial de sonidos que en las noches de borrachera arrastraba el señorito tras de sí, por eso Dioni se levantó despacio, temblorosa y sollozante, y acomodó como mejor supo su maltrecho camisón, convertido en un jirón de tela. Colocó la silla en su sitio y se llevó el vaso que el señor le había servido, aún con coñac en su interior, en un gesto incomprensible, tratando de aprehender una normalidad que se le escapaba de las manos sin entender por qué. La muchacha olió el licor y le dio un trago que quemó su garganta, tratando de llenarse de valor, intentando no pensar en lo que acababa de hacer y en lo que se le venía encima. Cuando ya salía del salón oyó un quejido apagado que le indicó que el hombre no estaba muerto y que posiblemente al recuperar la consciencia diera la voz de alarma.

Bajó a la cocina y limpió el vaso, después fue a su cuarto y, ante los pasmados ojos de sus compañeras, sin dedicarles ni una mirada, se vistió con rapidez, metió sus cosas en el hatillo que un par de años antes trajera del pueblo y corrió por el pasillo de vuelta a la cocina. Desatrancó el pestillo de la pesada puerta de servicio y cerró suavemente, internándose en la noche de aquella ciudad desconocida. Solo una idea había en su cabeza, una única obsesión. Desde el mismísimo instante en que decidió huir se había dado cuenta de que su salvación era volver al pueblo, aunque fuera andando, mendigando o suplicando. Volver al pueblo, esa era su única meta, porque era el único refugio donde podría esconderse.

La voz de Dionisia se apagó como un suspiro y Carmen se levantó de la silla y se acercó a tomarle la mano. Suavemente la muchacha se zafó de ese gesto de cariño.

—No me hable de calamidades, tío. Cada palo ha tenido que aguantar su vela y la mía no ha sido de seda, se lo aseguro.

Marcial se mantenía callado e inmóvil. La rabia de su corazón se había ido deshilachando en jirones de impotencia, y una ira sorda se abría paso ante las injusticias que estaba escuchando. Don Fernando lo había engañado, ahora lo comprendía, y su engaño había sido el desamparo y la perdición de su sobrina.

La voz de Dioni comenzó de nuevo a desgranar su historia, a vomitar lo que durante tanto tiempo había secado sus sentimientos y podrido su corazón. Estaba empezando a saborear la

amarga y dulzona sensación de la venganza, la posibilidad de trasladar parte de su culpabilidad para compartir su carga, un intento de hacer partícipes a sus verdugos del abandono al que la habían desterrado, aliviando así sus conciencias, en la seguridad del olvido que nos da la lejanía.

—¿Entonces, no es una golfa? —preguntó Paola inocentemente a su hermano— No me he enterado muy bien del cuento, al final ese señor no hizo nada malo con ella ¿no?

—¡Chisss!, baja la voz, como se entere madre de que estamos aquí nos ganamos una buena —contesto Manuel—. Ahora calla y luego en la feria te lo explico todo, que tú no te enteras de nada... espera... va a seguir.

Los días siguientes habían sido una pesadilla, se convirtió en una pordiosera que mendigaba por las calles, en una proscrita, siempre con el temor de que alguien la reconociera y acabara con sus huesos en la cárcel, sin que se le pasara por la cabeza que, en la casa que había abandonado como una ladrona, nadie había relacionado su desaparición con el supuesto accidente del señorito Luis. El orgullo o la iniquidad de sus actos no habían permitido que la verdad saliera a la luz y el suceso quedó reducido a un simple mal paso debido al exceso de alcohol, mientras que la ausencia de la chacha se achacó a un comportamiento de mujer desagradecida, que seguramente se habría fugado con cualquier vividor que la dejaría tirada cuando se cansara de ella.

Dioni tuvo que alimentarse de desperdicios, acudir a los comedores de caridad, con los ojos alerta y el cuerpo en tensión a cada paso que daba y solo la esperanza de poder averiguar el camino de regreso a casa la mantuvieron en pie. La ciudad amenazaba con engullirla, pero salir de las calles, abandonar los edificios conocidos, alejarse de su protección amenazadora aterraba su espíritu. Se escabullía si alguien la miraba más de un segundo, no contestaba si la preguntaban y corría despavorida como un pájaro asustado si cualquiera se acercaba sin sentir. Varias veces estuvo a punto de ser atropellada en aquel caos de calles, coches, tranvías y muchedumbre. Sin dinero, sin familia, sin protección, sabía que poco bueno podía ofrecerle esa ciudad, pero ¿dónde podía ir?

Nunca sabemos qué nos deparará cada paso, dónde se encuentra la frontera que limita la felicidad con el llanto, la locura con el equilibrio o el abandono con la generosidad, y en aquellos días de orfandad, aún menos. Todo habría sido muy diferente si un golpe de suerte no se hubiera cruzado en su desafortunada existencia como un ángel de la guarda despistado, sin nadie a quien cuidar.

Ya llevaba dos semanas en la calle. Estaba anocheciendo y buscaba un sitio donde guarecerse con un mínimo de seguridad. Hasta ese momento siempre había conseguido colarse por un descuido en algún portal, subir las escaleras sin ser vista y esconderse en los tramos por donde se accedía a las azoteas. Allí se agazapaba y rezaba por no ser descubierta. Por la mañana, cuando los primeros rayos de luz asomaban, recogía sus cosas y bajaba sin hacer ruido antes de que la descubriera el portero y la echara a patadas o llamara a las autoridades, lo que más temía. Durante el resto de la jornada deambulaba mendigando limosna. Se envolvía en una vieja y apolillada manta que tapaba todo su cuerpo y le daba una apariencia más amenazante que sus roídas ropas, una manta, regalo divino, de la que nunca se separaba y que había encontrado, por no decir robado, en una de aquellas incursiones por las escaleras de las azoteas.

Aquel día, sin embargo, la noche había caído hacía varias horas y no había podido encontrar ningún escondrijo, ningún portal que la cobijara. Desesperada por la imposibilidad de guarecerse de los peligros que presuponía en las fauces de la noche, se arriesgó demasiado y sin darse cuenta se encontró entre los rudos brazos de un hombre, que la atrapó mientras atropelladamente subía por las escaleras. Los gritos alertaron a todos los inquilinos y los rellanos se iluminaron de repente, de la misma manera que un teatro cuando termina la función. Las puertas de todos los pisos comenzaron a abrirse, llenando el espacio de chirridos sordos, arrastrar de madera y expectantes susurros. Tras los sonidos llegaron las almas, y señoras con batas de seda y caballeros en batines del mismo material clavaron sus ojos en aquel ser inmundo que se había atrevido a perturbar su descanso.

La muchacha ni siquiera se debatía, inmovilizada por aquellas manos de hierro que sujetaban su famélico cuerpo, más evitando que se desvaneciera que atrapándolo para que no se escapara.

—¡Qué tiempo nos ha tocado vivir! —se decían las vecinas—, ya nadie está seguro ni en su propia casa, con estas gentes por las calles... ¡seguro que intentaba robar!

El hatillo, que momentos antes apretaba contra su pecho para sujetar aquella inseparable manta, estaba en el suelo, había caído de sus manos cuando fue atrapada y sus miserables pertenencias se encontraban esparcidas por el rellano como mudas pruebas de su humillación. Dioni lloraba, calladamente volvía a llorar como en sus primeros días en la capital, un llanto suave al principio, de lágrimas gruesas como sus penas, después más y más sentido, cargado de hipidos, sorbiendo los mocos y limpiándose con la manga aquel líquido salado que quemaba su corazón, tal y como su madre le dijo que no hiciera. Su cara era un conjunto de churretes de contornos oscuros, que enmarcaban una mueca de dolor, resignación y vergüenza.

—Yo no quería robar, señor —dijo entre espasmos de pena, volviéndose a su carcelero—, solo quería dormir segura en las escaleras de la azotea.

—Eso se lo cuentas a la Guardia Civil, sinvergüenza, el portero ya fue a buscarla.

Y el llanto arreció y la humillación y el miedo hicieron tambalear sus piernas, que perdieron la capacidad de sostenerla y cayó de rodillas en el suelo de tarima bien encerada. Ante lo sorpresivo del movimiento, el captor no tuvo tiempo de reaccionar y antes de caer con ella, soltó a la chica y se aprestó a evitar su fuga. Sin embargo, aquel amasijo de pobreza no se movió de allí, cubrió su rostro con las manos y continuó con su pena, a sabiendas que ya nada podía hacer.

De repente, una voz suave se elevó entre los murmullos que, cada vez más ligeros, iban perdiendo intensidad, espaciados por los golpes de las puertas al cerrarse, porque allí no había más que ver. Era una voz grave, de persona mayor, una voz que le recordó a su abuelo y que trajo a su mente recuerdos enterrados de otros lugares, de personas que la querían, de sus tierras y sus flores, de su río y sus aromas. Pero también llevaron de la mano un sentimiento de angustia y responsabilidad al pensar cómo sufrirían si la vieran en aquella situación. Intentó no seguir con sus cavilaciones, no dejar que sus pensamientos aderezaran su pena y su bochorno con más dolor. Fue entonces cuando una mano liviana, huesuda y arrugada, cargada de esas manchas que da la sabiduría, se acercó a su rostro y, tomándola de la barbilla, obligó a que levantara la mirada.

Fue la primera vez que vio el rostro de don Damián.

—Toma, bebe un poco de agua —dijo, tendiéndole un vaso de cristal con florecillas amarillas—, que te vas a secar de tanto llorar.

El hombre que custodiaba a la intrusa hizo ademán de protestar, pero con mirada severa el anciano levantó un dedo y negó con la cabeza.

—Es de cristianos ofrecer agua al sediento, no lo olvide, don Andrés, usted que es de misa diaria —el anciano pronunció estas palabras sin mirarlo y volvió a preocuparse por aquella joven, que bebía a trompicones entre un hipido y otro. Mientras, sus manos, que recordaban los sarmientos de un olivo, recogían con monótona paciencia las míseras posesiones de su ahora protegida, esparcidas por el suelo, y las colocaba con cuidado en la bolsa de tela harapienta que hacía de maleta. Por último, tomó una foto arrugada, cuarteada y poco visible de una pareja el día de su boda, que había volado hasta una esquina, y que era el único recuerdo que se llevó Dioni al destierro, la acercó a sus ojos miopes e inspeccionó la imagen, después la colocó con cuidado encima de toda la ropa y cerró el hatillo.

—¿Son tus padres?

—Sí.

—¿Dónde viven? —preguntó con dulzura.

—Están muertos.

Y las lágrimas volvieron a anegar sus ojos y la angustia a colarse en sus entrañas como una marea desbocada. Sintió náuseas, pero no había nada en su estómago que pudiera vomitar, solo una arcada seca de desesperación, un espasmo árido que la obligó a doblarse sobre su vientre con un sonido sordo, ancestral e hiriente. El tintineo de unas llaves al abrir la puerta del portal fragmentó la escena y unas voces apagadas y el eco de unas botas sobre la madera de las escaleras provocó en la muchacha la constatación de su fin. Algunas puertas se entornaron de nuevo. Dioni volvió a sufrir otra arcada siniestra, que creyó que voltearía su cuerpo como si estuviera poseída. La mano de don Damián aferró su brazo con fuerza y obligó a sus desbaratadas piernas a erguirse, consiguiendo que con su ayuda pudiera sostenerse en pie. Se tambaleaba, lo que forzó al anciano, bastante más alto que ella, a rodear sus hombros para evitar que cayera de nuevo.

—No tengas miedo —susurró.

A partir de ese momento, los hechos se confundían en la fragilidad de su mente, los trajes colgados de rostros que hablaban, voces que se perdían entre sus sueños, don Damián, de quien ni tan siquiera conocía el nombre, manteniendo su cuerpo decaído en pie, vecinos en camisón, las mozas lavando en el río, la voz de su madre, un vaso con flores amarillas, la boca de don Luis que la engullía, una sed que quemaba su garganta... Después todo quedó en suspenso, flotando, todo se volvió del color de la nada.

Cuando Dioni se despertó, un halo de luz se colaba por entre las cortinas que cubrían unos

grandes ventanales, el sol hacía horas que había salido y en aquel momento se posaba suavemente sobre sus ojos, despertándola al instante. Con un movimiento instintivo hizo ademán de levantarse para salir corriendo antes de que nadie pudiera verla. Y entonces se dio cuenta. Estaba en una cama con colchón de lana, tapada con unas sábanas que olían a lavanda, inmaculadamente blancas. Su cuerpo estaba limpio y perfumado, su pelo cepillado y un camisón, de proporciones gigantes para sus enclenques medidas, cubría su desnudez. ¡Dios mío!, sollozó, y pensó que aquello por lo que se había jugado la vida le había sido arrancado en su inconsciencia, su flor, su virginidad, la posibilidad de vivir con decencia. Hizo esfuerzos por recordar, pero su mente se apagaba sin remedio en el rellano de un edificio al lado de un anciano que le susurraba que no se preocupara. Tras su experiencia, la posibilidad de la bondad humana era un pensamiento imposible de asimilar.

Unos golpes en la puerta y el chirrido de unos goznes provocaron en la muchacha una sensación de pánico indescriptible, que hizo que se escondiera entre las sábanas, tapándose incluso la cabeza, como el avestruz que así se cree segura. Al vislumbrar entre la tela una silueta femenina y escuchar una voz pausada que le deseaba los buenos días, Dioni asomó la cabeza y observó en silencio cómo aquella mujer separaba las cortinas y dejaba que la habitación se inundara de un sol de primavera. Nada había ocurrido, como ella se temía.

El anciano, don Damián, un viejo abogado jubilado y viudo, había conseguido persuadir a los guardias para que dejaran a la pobre desgraciada en paz bajo su tutela, con el consiguiente escandaloso enfado de los demás vecinos. No sabía por qué lo había hecho, había algo en los ojos asustados de aquella niña que lo habían cautivado, esa honda tristeza y su orfandad habían sacudido su alma, y todo le gritaba que no podía abandonarla a su suerte. Don Damián se jactaba siempre de conocer la naturaleza humana con una sola mirada, demasiados años descubriendo mezquindades, abusos y desafueros le habían generado un sexto sentido para calar a las personas, y enseguida supo que algo no encajaba bien en esa escena nocturna a las puertas de su casa. La curiosidad, la soledad o la falta de actividad habían hecho el resto, y su decisión de acoger a la muchacha en su casa marcaría el futuro de Dioni. Así se lo fue refiriendo María, ama de llaves del anciano, mientras volvía con una bandeja de desayuno, leche, bollos, mantequilla y zumo de naranja, delicias que Dioni devoró en pocos minutos ante la mirada atónita de la mujer.

Don Damián no quería una sirvienta, de hecho, María, desde que falleciera su mujer, había hecho las veces de señora de la casa, a excepción del dormitorio, donde solo entraba para limpiar. Compraba, recogía, cambiaba muebles, tomaba decisiones y opinaba con el beneplácito del señor, al que llamaba por su nombre en el ámbito doméstico. Muchas noches jugaban a las cartas con un vaso de vino o dos, si la tristeza era más profunda, y narraban viejas historias, medio reales y medio inventadas, hasta que el calor compasivo del alcohol amodorraba su abandono y les regalaba el sueño. Otras veces de menos nostalgia, don Damián leía poemas mientras María hacía calceta junto a él. Eran felices así, en su dejarse llevar por la vida, encajados en un amor sereno e invernal en el que nunca hubo nada que confesarse. Un hijo había nacido del matrimonio del anciano, un hijo que había tomado prematuramente parte de su patrimonio para emigrar a Argentina en busca de una fortuna que consiguió a los pocos años. Hacía tanto tiempo que no visitaba a su padre que este casi había olvidado que un día tuvo un vástago en el que poner sus más altas expectativas y empeñar su corazón, pero no era dolor lo que sentía por esa pérdida, era un regusto de añoranza que se volvía punzante cuando de ciento en viento llegaba una carta lejana con una promesa de pronto reencuentro, que nunca se

cumpliría y que él se aprestaba a contestar con desánimo en un juego hipócrita de fraternal aceptación. Dioni se incorporó a las horas monótonas de aquella casa como el engranaje engrasado de un reloj, sin obligaciones ni abusos, con límites no pronunciados y posibilidades nunca imaginadas. El anciano trataba a la muchacha como a una hija, y si bien ayudaba en todo lo que era necesario a María, cuyos huesos empezaban a quejarse, todas las tardes don Damián se empeñaba en la educación de la joven con una entrega que, si le hubieran quedado lágrimas de felicidad en el corazón, hubiera sido el momento de verter. Dioni se unió a las noches de tristeza compartiendo su vaso de vino y por sus labios embriagados conocieron su historia y compartieron sus desventuras. De esta manera conformaban lo más parecido a una familia, con momentos difíciles, debilidades y risas, aunque ni una gota de sangre compartida corriera por sus venas.

Algunas tardes don Damián recibía la visita de amigos, de antiguos colegas, de personajes importantes en la sociedad madrileña, que tomaban muy a guasa la nueva inquilina del viejo abogado.

—Ya estas chocheando, Damián, ¿cómo se te ocurre meter a una joven desconocida en tu casa poniendo en entredicho tu nombre y tu honor? Sabrás que eres la comidilla del vecindario y que algunos te tachan de indecente... te imaginas por qué.

El viejo no contestaba, se rascaba la barbilla sonriendo y negaba varias veces con la cabeza. A sus años aquellas tonterías no tenían valor, las palabras rimbombantes, vacías de contenido, habían perdido el significado y solo eran válidas en la soledad de la noche, cuando uno se miraba en el espejo, desnudo, y se reconocía tal cual era, con sus defectos y sus virtudes, con sus miserias y sus victorias. En su casa no había indecencia ninguna, esta solo se encontraba en los malintencionados labios de quienes tenían la mente preparada para el pecado que con tanta insidia insinuaban. Así que miraba a su interlocutor fijamente y, clavando sus profundos ojos de quien ha vivido demasiado, preguntaba a su vez si, conociéndole, alguien creía en verdad uno solo de los rumores que tristes almas sin rumbo inventaban. En el silencio de una respuesta que nunca se daba y que solía obligar a bajar los ojos de quien hizo el comentario, moría la conversación sobre un tema, para el viejo, inexistente.

Cuando la joven estuvo preparada, venció la timidez que hacía que sus palabras explotaran en tartamudeos y se sintió con fuerzas para acompañar a su mentor en alguna de aquellas reuniones. Dioni apareció en la sociedad reducida de aquella casa, advertida desde el primer momento de que tendría que mantenerse fuerte ante las insinuaciones capciosas, las preguntas impertinentes y las proposiciones engañosas. Dioni aprendió más en aquellos tres años que en toda su vida y, respaldada en la seguridad de que don Damián la protegía, aprendió a moverse con estilo, a vestir con elegancia, a hablar cuando debía. Aprendió a decir que no con una sonrisa, aprendió de política, de música, de literatura. Ante ella se abrió un mundo inaudito que jamás creyó que existiera, pero que ahí estaba, a su alcance. Incluso, desafiando a todas las normas del buen hacer, el anciano caballero asistió con su ama de llaves y su pupila al teatro, levantando ampollas entre lo más granado de la sociedad, que veía aquella comparecencia como una provocación perversa o un capricho de demencia senil.

La avidez con la que su improvisada alumna devoraba sus enseñanzas devolvía la juventud a aquel hombre. Disfrutaba viéndola aprender con tanta rapidez, admiraba su tesón, su fuerza, su

voluntad, su capacidad de superar las adversidades. Cada vez compartían más y más horas, hablando de cualquier tema, debatiendo la actualidad, leyendo fragmentos literarios tan bellos que el corazón de ambos se encogía en una comunión extraordinaria. El tiempo pasaba tranquilo, sin sobresaltos, en un ambiente que, si no era de felicidad, tenía que parecerse mucho.

Cuando ya llevaba más de tres años en la casa, el invierno llegó con dureza y se asentó en la ciudad sin prisas, cubriendo todo con un manto de nieve en varias ocasiones y se mantuvo alargando sus tentáculos helados hasta alcanzar a la primavera, cuando esta tímidamente quería nacer. Los días amanecían ventosos, cargados de lluvias y de frío, el tiempo no se dulcificaba y los contrastes eran insufribles. El sol de mayo ya calentaba, pero de repente desaparecía para dar paso a una tormenta, que terminaba devolviendo la humedad a unos huesos de los que nunca acababa de irse. María regañaba a don Damián, que se empeñaba en no posponer su paseo matutino y temía por esos fríos y esas aguas que no traían buenos augurios. Y así fue. Una mañana el anciano se encontró indispuesto, temblaba de fiebre y era incapaz de ingerir ningún alimento. María, preocupada, llamó al doctor, que diagnosticó un resfriado y ordenó mantener al enfermo bien abrigado, a base de caldos calientes y unas medicinas que Dioni no tardó en comprar en la botica. Sin embargo, al día siguiente se levantó aún peor, la fiebre continuaba alta y a veces el viejo deliraba. Las dos mujeres no se separaban de su lado, poniendo paños húmedos en su frente, en sus muñecas, en sus mejillas, pero nada de lo que hacían parecía aliviar al enfermo. Preocupadas porque la mejoría no llegaba, volvieron a llamar al doctor. En la segunda visita, el galeno se mostró mucho más preocupado, torció el gesto y cambió la medicación, anunciando que, de no bajar la fiebre, tendrían que prepararse para lo peor. Don Damián tenía muchos años y muchos achaques y parecía no reaccionar ni a las atenciones ni a las medicinas. Y lo peor les alcanzó. A pesar de los cuidados que tanto María como Dioni le prodigaban día y noche, a pesar de los rezos, de las estampitas de la Virgen, a pesar de otros médicos, a pesar de la negación de lo evidente, el fatal momento llegó.

A las diez de la noche de la festividad de San Fernando, don Damián abrió los ojos y llamó a ambas mujeres. La cordura, que había sido sustituida por el delirio en los últimos días, brillaba claramente en su mirada. Con el último hilo de voz, apenas perceptible, el anciano dio las gracias por los desvelos y dijo algo del testamento que ni una ni otra llegaron a comprender, aturdidas por las lágrimas. Después alargó una mano hacia la joven, que la tomó entre las suyas, recordando la primera vez que se posaron en su rostro, en aquel rellano que tantas veces había cruzado después y, con un último acopio de fuerzas, la acercó a sus labios marchitos y la besó. De la misma manera lo hizo con María y en ese momento, con una cara de paz infinita, expiró. Explicar la sensación de tristeza, de pérdida, de soledad y abandono que otra vez se instalaba en el corazón de Dionisia, es imposible de definir, solo ella fue consciente del infinito dolor que suponía la pérdida de aquel al que había amado como a un padre.

Prepararon los funerales como si de una madre y una hija se tratara, haciendo caso omiso a cualquier comentario sobre sus intenciones, que no eran otras que despedir con el respeto que se merecía a aquel que las había cuidado con su manto protector y su cariño incondicional y generoso. Cuando todo acabó y el silencio se instaló entre los muros de aquella casa que ya no les pertenecía, recibieron la visita del administrador de don Damián, que quería hacerles partícipes de las últimas voluntades del difunto, según su expreso deseo, con la notable ausencia del hijo, al que ya habían notificado la muerte de su padre y quien había excusado su presencia, justificándose en la lejanía y la imposibilidad de dejar sus negocios durante demasiado tiempo,

noticia que desagradó profundamente a quienes habían amado sin cortapisas al anciano.

Las dos mujeres habían recogido sus cosas y estaban dispuestas a marcharse de aquel que había sido su hogar con un desconsuelo extraño. María había decidido volver a su pueblo, donde quería acabar sus días en la casa que fuera de sus padres y vivir de los ahorros que durante años había atesorado. Dioni, en su desorientación, aún no sabía qué hacer, angustiada al encontrarse instalada nuevamente en la soledad. Tal vez era ese el momento de volver a sus raíces, a aquel pueblo que apenas recordaba; pero el espectacular mundo de la ciudad, cuyas puertas había abierto aquel viejo abogado, la atrapaba en sus redes y le hacía suspirar de pena. El administrador llamó a la puerta donde esperaban en silencio su llegada, golpeadas por los fantasmas de la ausencia y la incomprensión de leer un testamento en el que, a todas luces, no tenían ni arte ni parte.

Un hombre de modales exquisitos, mirada inteligente y cuerpo enjuto entró por la puerta y siguió a María hasta el salón. Allí, sentada con elegancia en el sillón que daba al mirador, Dioni, con la vista perdida en la plaza, esperaba. Poco quedaba de la chiquilla asustada de modales rurales, de vocabulario reducido y actitudes pueblerinas; su pose erguida, su vestido impecable y sus manos cuidadas transmitían una distinción que hubiera resultado impensable pocos años atrás. El administrador se acomodó en una silla y mientras la joven se acercaba, sacó un montón de papeles de una carpeta de cuero y con gestos rápidos desplegó los legajos por la mesa. Como era de esperar, toda su fortuna sería heredada por su único hijo, a quien se harían llegar esas últimas voluntades para que él dispusiera de los bienes como mejor le conviniera. Sin embargo, y ante la sorpresa de las mujeres, había un apéndice a esas voluntades, hecho por el cual ellas estaban ahí. A María le legaba una importante suma de dinero, en agradecimiento por sus cuidados, dinero con el que podría vivir desahogadamente. Para Dioni, además de una carta privada escrita de su propio puño y letra, le legaba un pequeño piso que había sido su primer humilde despacho, regalo de sus padres, y una suma de dinero también importante. La sorpresa de ambas fue mayúscula, y una ola de agradecimiento volvió a invadir los corazones, sustituyendo a unas palabras que se negaban a salir.

Una vez que el administrador abandonó el piso, ambas mujeres se miraron y ni un solo sonido salió de sus gargantas, pero al encontrarse sus ojos, compartieron el dolor por la desaparición de aquel ser bondadoso, compartieron la tristeza de la despedida y la alegría de comenzar una nueva vida. Se abrazaron largamente y lloraron con emoción. Se prometieron cartas, noticias, visitas y, tras una última mirada a lo que dejaban atrás, se dispusieron a marchar.

Cuando en la soledad de su nueva casa se decidió a abrir la carta, descubrió todo el amor que le había profesado don Damián, con cuya caligrafía temblorosa la animaba a seguir aprendiendo, a ser fuerte, a vivir feliz. La colmaba de consejos y la instaba a visitar a un amigo suyo que podría proporcionarle un trabajo con el que ganarse la vida con decencia. Todo lo había dejado organizado como un buen padre habría hecho con su hija.

Los primeros días los dedicó a limpiar aquel pequeño piso, a tirar todos los muebles rotos, inservibles o comidos por la carcoma. Ventiló, limpió cristales y marcos, trató la madera de los suelos, desmontó la cocina y no paró hasta dejarla reluciente. Después compró lo imprescindible, como había aprendido de María, y se dedicó a colocar todos los muebles en la posición que más le agradaban. La actividad frenética de aquellos días permitía que llegara a la cama derrotada y

que cayera en un pesado sueño que la impidiera pensar, tener miedo o sufrir. Colocó sus bonitos vestidos, que habían sido encargados a diversas modistas, en el armario, y cada recuerdo era un extraño sentimiento de orfandad, mezclado con el nerviosismo de una libertad recién adquirida. Pero la libertad hay que saber digerirla y a ella nadie le había enseñado, nada sabía de una sociedad donde una mujer sola y tan joven era algo que rozaba lo antinatural.

Un lunes de verano, apenas pasado un mes del fallecimiento de don Damián, Dioni se puso uno de sus mejores vestidos, guantes cortos a pesar del calor y un sombrerito que ella misma se había comprado días atrás. Se miró en el espejo y le gustó su aspecto, elegante, pero sin desmesura, sobrio y decente. Se había perfilado ligeramente los labios y pellizcado las mejillas para darles color. Decidida a dar una buena impresión, cogió el bolso y salió de su casa.

Al llegar a la dirección indicada en la carta, se encontró con un solemne edificio de piedra, de varios pisos de altura, con un suntuoso portal a cuya derecha se abrían unos bellos portones que llevaban a las cuadras, con paredes cuajadas de amplísimos ventanales y decoraciones escultóricas de gran belleza. Delante del edificio, un portero vestido con elegancia, con gorra y entorchados, contemplaba el bullicio de la calle con las manos a la espalda. Al ver que la muchacha hacía ademán de entrar, le franqueó el paso y con educación preguntó que a dónde se dirigía. Ella sacó de su bolso la carta de don Damián y leyó el nombre, don Alfonso del Leal.

El portero emitió un silbido y miró a la chica de hito en hito, sin saber qué hacer. Después de unos instantes, hizo un gesto con la mano para que lo siguiera y ambos entraron en la penumbra de un portal que más parecía un salón de baile, con unos magníficos sillones de cuero y unas lámparas de araña que a aquellas horas del día se encontraban apagadas, pero cuyos cristales soltaban destellos iridiscentes con cualquier rayo de luz.

—¿Tendría la amabilidad de decirme su nombre?

—Dionisia Casla —fue la contestación apenas audible—, vengo de parte de don Damián Domínguez.

El portero señaló uno de los sillones y con paso raudo se introdujo por una pequeña puerta que disimuladamente se abría a la derecha de la estancia. Dioni se sentó casi con reverencia en el sillón que había señalado el portero y con el bolso en las manos esperó pacientemente, apabullada por tal derroche de lujo. Unos minutos después volvía a hacer acto de presencia el hombre que, con voz neutra, le anunció que el señor del Leal la atendería a la mayor brevedad, y que una secretaria bajaría a avisarla. Entonces saludó, tocándose la gorra en un gesto más de soldado que de portero, y salió a defender su puesto.

La espera se hizo eterna, los minutos se fueron acumulando sobre la impaciencia y el tiempo se dilató más allá de lo que se esperaba. Dicen que hay un tiempo de esperar y uno de disfrutar y que las manillas de un reloj son tramposas y no van al mismo ritmo en uno y otro caso. Se oía el sonido apagado de los transeúntes, el trote de caballos y algún que otro automóvil hacía sonar su bocina. Mientras, en aquella refrescante estancia, el tiempo se detenía y se divertía en dar pasitos atrás y adelante en un juego sin fin. Dioni no podía estarse quieta, miraba sus pies, sus zapatos, quitaba una mota de polvo de su vestido, se arreglaba el moño, colocaba el bolso sobre sus piernas y volvía a empezar. La incertidumbre revolvía sus entrañas y llenaba esos

minutos de nerviosismo.

Por fin, al cabo de una media hora que parecieron días, por la misma pequeña puerta lateral apareció una señorita discretamente vestida, que pidió con educación que la siguiera.

Don Alfonso del Leal era un hombre mayor, pero se movía con celeridad. Más o menos de la misma edad que don Damián, aparentaba un carácter diametralmente distinto. Ambos se conocían de los lejanos tiempos de universidad y habían creado una amistad duradera, que se había extendido a lo largo de sus vidas. Una vez que lo tuvo enfrente, Dionisia reconoció sus facciones, le había visto visitando a su mentor y en sus funerales.

Saludó con cortesía a la muchacha y la invitó a sentarse en la butaca que se situaba frente a su impresionante escritorio. Antes de que ella comenzara a hablar y teniendo en cuenta que no sabía qué decir, se sintió muy aliviada cuando comprendió que ya todo estaba dicho.

—Veo que te has decidido a venir —dijo con voz grave don Alfonso—. Damián no estaba seguro de tu decisión. Estaba muy preocupado por tu futuro, lo que me asombra, conociéndole a él y sabiendo que viviste en su casa algo más de tres de años. Hablaba muy bien de ti y si no fuera porque le conocía bien, hubiera jurado que chocheaba ante una cara bonita.

El rostro de Dioni se tensó y se contrajo en un rictus de contrariedad.

—Don Damián fue un padre para mí, eso es todo. No he venido aquí para ensuciar mi nombre ni el suyo —contestó con arrogancia.

—Lo sé, lo sé —reculó el abogado, comprendiendo la incomodidad que había generado—, me ha malinterpretado.

Dioni asintió en silencio, tensa y alerta.

Don Alfonso contó a la protegida de su amigo cómo este le había pedido encarecidamente que buscara un puesto de trabajo para que ella pudiera ganarse la vida cuando él faltara. Había dejado todo dispuesto e incluso habían acordado a qué se dedicaría. Era evidente que su falta de preparación hacía del todo imposible incorporarla a un puesto de responsabilidad, pero la promesa que le había hecho a su amigo incluía una preparación extra para que tuviera la posibilidad de trabajar de primera secretaria en un futuro próximo. De momento, si a ella le parecía conveniente, se incorporaría al bufete de su hijo para encargarse de pasar a máquina los documentos que él considerase oportunos. Ya estaba todo hablado y por las tardes asistiría a una academia donde recibiría la instrucción precisa para mejorar sus condiciones. Dioni no sabía qué decir, así que simplemente asintió y preguntó cuándo empezaba.

—Mañana a las nueve de la mañana, en la planta primera de este edificio. Se tendrá que presentar a la señorita Asunción, que la estará esperando y le pondrá al corriente de sus labores. ¿De acuerdo entonces?

—De acuerdo, señor. Y muchas gracias.

—Déselas al que ya está bajo tierra. Si no desempeña con corrección sus obligaciones no

tardaré un segundo en despedirla —sentenció con una sutil sonrisa—. Cumplo la promesa a un amigo, nada más. La muchacha reconoció de inmediato la creciente tensión que se respiraba en aquel mausoleo de caobas, pero no se amilanó ni por un momento.

La primera vez que Dioni vio a Alfonso hijo le pareció el hombre más guapo que jamás contemplaran sus ojos. En oposición a su padre, era amable, cercano, siempre sonriente y siempre con bonitas palabras en los labios, palabras que derrochaba a diestro y siniestro entre las mujeres que le rodeaban a diario. Rozando la cuarentena, era alto, esbelto, de porte elegante, con el pelo castaño claro y unos profundos ojos azules, que daban a su mirada un cierto aire de abandono infantil. Parecía que el mundo paseaba a su lado y que él lo movía a su antojo. Entusiasta y decidido, atrapaba las ocasiones al vuelo y bebía la vida como si no fuera a existir un segundo más. Cuando Dioni llegó a su despacho la recibió con tantos halagos que la muchacha se sintió cohibida, se sonrojó incluso, pero pronto aprendió que era su forma de ser, su forma de tratar a las personas y que al segundo siguiente probablemente no recordara el nombre de quien con tanto mimo trató. Era un gran orador, proclive a las exageraciones, y sabía envolver con su labia deliciosa, de ahí la fama de mujeriego indomable que le perseguía como una carta de presentación. Sin embargo, solo era fachada, una leyenda que su sonrisa franca y sus bellas palabras sostenían. La realidad de su matrimonio era muy distinta, más formal y respetuosa de lo que las habladurías, que él no se preocupaba en desmentir, esparcían.

Pronto la monotonía de los días empezó a superponerse a la soledad de las noches, el estudio, mecanografía y taquigrafía, el trabajo. Dioni se aplicaba en todas ellas con un tesón casi obsesivo, con la responsabilidad de no defraudar a los que confiaron en ella. Algunas veces iba al teatro, a un concierto o salía con las compañeras del bufete, con las que difícilmente congeniaba, tan escandalosas siempre, tan fuera de lugar. Se sentía un bicho raro en aquel mundo y echaba de menos, casi con dolor, las charlas nocturnas frente al vaso de vino con don Damián y María. Volvía a su alma la amarga sensación de abandono y soledad, esa sensación que había huido de su corazón, como un espejismo en el desierto, entre los que tan generosamente la habían acogido en sus vidas, pero que desgraciadamente ya no estaban.

Recordaba nítidamente aquella tarde de invierno. Todos los empleados se habían ido ya y ella estaba a punto de hacerlo cuando apareció Alfonso, demacrado.

—¿Tiene un segundo, señorita, señorita…? Necesito que me haga un favor.

—Dionisia, señor.

Era extraño ver a aquel hombre tan serio, tan pálido, tan preocupado.

—Yo ya me iba, don Alfonso, tengo que estar en la academia en diez minutos, pero si no puede esperar a mañana...

—Por supuesto que no, si no, no la entretendría. Pase a mi despacho, por favor, y traiga su cuaderno. Necesito mandar una carta y revisar unos documentos.

La tarde se convirtió en noche y el trabajo manaba a borbotones de aquellas manos, de aquella mente, de aquella boca. Eran asuntos urgentes, asuntos políticos que ella no acababa de comprender del todo, cartas que tendrían que salir al día siguiente, contratos con párrafos que

cambiar, firmas por deshacer...

—Los tiempos andan difíciles, señorita... benditas las mujeres, que viven sin enterarse de nada.

Pasaba la medianoche cuando terminaron, estaban exhaustos, él en mangas de camisa, con la corbata lánguidamente posada sobre la mesa. Ella con la misma compostura del primer instante.

—Si no necesita nada más, me voy, don Alfonso, es muy tarde —dijo desde su puesto, recogiendo las cosas y colocando los papeles en su mesa.

Y cuando cogía el bolso dispuesta a salir, escuchó la voz de su jefe y se detuvo.

—¿Pero cómo va a salir sola a estas horas? ¿Cómo piensa llegar a su casa? ¿Andando? Permítame al menos acompañarla, me quedaré más tranquilo, que las calles andan revueltas y las almas, más.

Dioni lo miró divertida. Por una parte, le gustaba la ternura del gesto, preocupándose por su seguridad, pero por otra conocía la noche y sus habitantes desde una perspectiva que él jamás sería capaz de imaginar, aunque eso formara parte de su pasado. No dio lugar a más palabras, en un instante ya estaba colocándose la corbata de nuevo, y con premura se ponía la chaqueta, cogiendo al vuelo el sombrero que reposaba en una percha de la entrada.

—No es necesario, señor.

Pero Alfonso no era hombre de aceptar negativas, lo justo era justo y no había más que hablar. Con un infantil gesto le indicó que callase, apagó las luces del despacho y salieron, cerrando la puerta tras de sí. Había refrescado y el aire soplaba ligero, pero enfriaba los huesos. Se arrebujaron en sus ropas y comenzaron a andar. El movimiento rápido poco a poco les fue haciendo entrar en calor y, sin sentir, dieron paso a una conversación que saltaba de uno a otro sin ningún orden. Hablaron de sus familias, tan diferentes, de sus raíces, tan opuestas; hablaron del trabajo, de sus vidas, de sus aspiraciones. Alfonso era incapaz de reconocer en aquellos modales contenidos la vulgar chacha de pueblo a la que Dioni se refería al hablar de sí misma, mientras que la muchacha estaba sorprendida por la simpatía y el interés que ponía en sus palabras su acompañante.

—Ya hemos llegado, vivo aquí.

—Espera que llame al sereno para que te abra —su voz retumbó en la noche—. Ha sido un placer hablar con una mujer tan interesante y gracias por esas horas extra, no sé qué habría hecho si no te encuentro.

—El placer ha sido mío —se oyó decir Dioni sin dar crédito a su atrevimiento.

La figura del sereno con su guardapolvo gris, su chuzo y su farol se acercó rápidamente, haciendo sonar el manojo de llaves y, dando las buenas noches, abrió la puerta del portal y se despidió cuando fue requerido en otra calle, tras la propina de rigor. Alfonso tomó la mano de

Dioni y la besó a través del guante, se separó, levantó su sombrero en señal de despedida y se perdió en la oscuridad de las callejas de Madrid. La joven se había quedado inmóvil viendo aquella figura diluirse en la negrura y cuando ya no era más que una borrosa mancha, se dio la vuelta y subió a su piso. Aquella fue la primera de un sin fin de noches que soñó con él, con aquellos labios que no había podido sentir, con la dulzura de su voz, con el aroma que desprendía su cuerpo. Una sensación extraña atrapó sus sentidos y se instaló en su vientre, como una flor marchita que sin agua agonizaba herida.

A la mañana siguiente, al entrar en la oficina, Asunción, la primera secretaria, le informó de que el jefe la estaba esperando. Haciendo caso omiso a los expectantes ojos de sus compañeras y con el corazón dando saltos en el pecho, dejó su chaqueta, su bolso y sus guantes, recogió su libreta con mano un tanto temblorosa y llamó a la puerta esperando que le dieran permiso. No era normal que el jefe necesitara los servicios de una secretaria en concreto y menos aún de la más novata, por eso los murmullos iban y venían en mareas de extrañeza o de envidia. Estaba claro que bajo la piel de mosquita muerta podía esconderse una arpía. Al entrar se encontró a Alfonso enfrascado en sus papeles y, al levantar la cabeza y verla, sonrió. Se levantó, rodeó su escritorio y recogiendo un sobre de la mesa, se lo alargó.

—Nada puede pagar el favor que me hizo ayer, pero nunca viene mal...

Dioni abrió el sobre y al ver asomar los billetes, sintió que el corazón, que momentos antes saltaba desbocado, se paraba en seco en su pecho y una oleada de vergüenza recorría sus sienes. Estaba segura de que el rubor había coloreado sus mejillas y un nudo en la garganta impedía que las frases salieran de su boca.

—No puedo aceptarlo —dijo por fin—. Como usted ha dicho, el dinero paga pocas cosas.

Dejó con suavidad el sobre encima de la gran mesa de despacho, dio los buenos días y se marchó, dejando perplejo a su jefe y atónita a ella misma por su orgullosa y soberbia contestación, una respuesta que no tenía sentido más que para ella, un enfado que le llegaba como un huracán del fondo de aquellos sueños que le habían acunado durante toda la noche y que no estaba dispuesta a vender por unos billetes que, además, no necesitaba. Eso era todo.

Alfonso, ese día, tomó conciencia de que, en su despacho, entre sus secretarias, había una mujer diferente, única, una mujer que había despertado su atención dormida. Buscaba cualquier excusa para retenerla con continuas tareas, para que trabajara con él más allá del horario convenido, y Dioni se dejaba querer, convencida al principio de que nada malo había en compartir con decencia un tiempo que, como un regalo, envolvía su soledad. A veces dejaban todo a un lado y charlaban, se reían y, sin sentir o negándolo todo, comenzaron a amarse con la libertad y la ignorancia de sentirse protegidos en la imposibilidad de sus sentimientos. Pero las voluntades acaban por ceder.

Y así comenzó su historia, una historia de amor y desesperanza, sin sentir, como empiezan todas las historias condenadas a la tragedia de una separación más o menos lejana, pero segura. Don Alfonso nunca hizo promesas que no fuera a cumplir y Dioni no pidió lo que sabía que no le podía ser concedido, simplemente se empeñaron en amarse, en aprovechar los segundos, los minutos o las horas que el destino les regalase. No hubo comienzo, los hechos se sucedieron con

la lógica aplastante de lo esperado, y a un beso le siguió una caricia, y a la caricia una tarde y a la tarde una noche. Cuando Alfonso recogía sus cosas y se vestía con desgana para marcharse, Dioni sentía que la vida se le escapaba a borbotones por cada uno de los poros de su piel, sentía que moriría hasta el próximo encuentro, hasta la próxima aventura. Porque encontrarse era una aventura peligrosa para él, amante esposo; para ella, mujer soltera. En el despacho se trataban con respeto, en sus noches de amor con pasión, con la furia que provoca la constatación de que cualquiera de esas veces sería la última. Pero esconder el amor es difícil y la envidia que provoca en los demás, indomable.

Así acabó su relato la sobrina de Marcial, con una tristeza infinita recomiéndole los ojos.

—Sé que no debí dejar nunca que esa historia comenzara, pero era una joven solitaria, enamorada e inconsciente, que no necesitaba más que la promesa de volver a ver a Alfonso para ser feliz. Sí, tío, fui amante de un hombre casado que además terminó siendo un diputado de prestigio —confesó con un deje que bailaba entre el orgullo y la pesadumbre—, pero nunca fui un capricho, ni una de tantas, nunca acepté regalos que no tuvieran una lógica, nunca recibí dinero, no fui una mantenida y nunca quise conscientemente dejar cadáveres por mi amor. No me puso un piso, que era y es mío, no se cansó de mí ni yo de él, fueron las circunstancias las que nos obligaron a tomar la decisión de separarnos, a pesar del dolor y las lágrimas que padecimos.

El silencio se hizo denso cuando aquella voz se apagó. Para Marcial nada justificaba los actos de su sobrina, pero en su conciencia se abría la duda de si él podría justificarse alguna vez por haber tomado decisiones que, en el fondo, le hacían partícipe de su drama. Carmen, más sentimental, menos práctica y más maternal, se debatía entre sensaciones encontradas. Por fin, Dioni volvió a romper el silencio.

—No he venido aquí para levantar fantasmas, ni para pedir una comprensión que no necesito. Simplemente quería despedirme de ustedes, mi única familia, porque me caso y me marcho de España. Lo de Alfonso acabó, como era de esperar, cuando la situación se hizo insostenible y saltó en boca de todos nuestra relación. Pero la vida me ha dado otra oportunidad de la mano de un hombre maravilloso, que me quiere y que está dispuesto a compartir su vida conmigo, lejos de aquí, lejos de mi pasado y el suyo.

—¿Pero así, de repente? —preguntó Carmen.

—Las cosas no ocurren de repente, tía, todo ha tenido su proceso —y sacando una hoja de su bolso se la entregó—. Aquí está mi nueva dirección en Argentina, por si algún día...

Dioni no terminó la frase, en realidad no sabía por qué estaba haciendo aquello, empezaba a parecerle absurda la visita, su largo discurso, la situación, los ojos que la miraban, empezó a sentirse fuera de lugar. Nada había sido como ella esperaba, ni el recibimiento ni las palabras. Hubiera querido besar a sus abuelos, ver por última vez a sus hermanos, sentir un poco del calor de los suyos, pero se había equivocado, la fractura que su partida había abierto y que había ido agrandándose con los años, empezaba a evidenciarse como insalvable. Se levantó.

—Tengo que irme, creo que me he equivocado viniendo a verlos.

Estiró su falda con esmero, alargó la mano a su tío, que se la estrechó sin mucha convicción, y se acercó a besar a su tía. Antes de salir se colocó el sombrero y se puso los guantes. Su figura en aquel zaguán desentonaba, de la misma manera que su vida era una desafinada nota en el entorno rural que la había visto nacer.

—Les deseo todo lo mejor.

Al oír que se marchaba, Paola echó a correr hacia la puerta, haciendo caso omiso a las advertencias de su hermano, para poder verla antes de que se fuera, pero no calculó bien y se dio de bruces con su prima, que ya salía.

—Lo siento —balbuceó—, quería despedirme.

Dioni sonrió y abrió su bolso para sacar el pañuelo con el que se había cubierto en la iglesia.

—Toma, cógelo, es un regalo para que tengas un recuerdo mío.

Acarició el pelo de la muchacha y posó un suave beso en su mejilla, que permitió a Paola aspirar por primera y última vez el aroma de su prima. Vio como se marchaba, erguida, caminando segura con aquellos tacones disonantes, trastabillando de vez en cuando, pero sin perder la compostura, y en ese mismo instante decidió que quería ser como ella, vestir como ella, andar como ella y oler como ella.

En la feria, por la tarde, el regreso de la Dioni fue el tema estrella de la velada, todo el mundo estaba intrigado y mil y una especulaciones flotaban en el ambiente una vez más. Manuel, poseedor de la verdad, se pavoneaba sin disimulo ante todos aquellos que querían preguntar, pero más insinuaba que decía, porque el miedo a que su padre descubriera lo que habían escuchado era más fuerte que sus ansias de protagonismo. Paola hacía otro tanto entre sus amigas, sujetando aquel pañuelo, el más suave y bonito que jamás hubiera visto, anudado a sus hombros. En los pueblos las paredes oyen, los muros hablan, los difuntos susurran sus canciones en la oscuridad. Tomando un hilo de aquí y uno de allá, un asentimiento, una mirada al vacío, una insinuación, poco a poco se supo que la Dioni se casaba y que se marchaba a hacer las Américas. Por fin se había redimido, ya solo quedaba que el pueblo la absolviera, la perdonara y la olvidara. Y así fue.

Paola, en cambio, no olvidó a su prima. Cuando se miraba en el río, la imagen que este le devolvía era muy diferente a la que se imaginaba. Su vestido desgastado y sin entallar, su pelo desgreñado y sus alpargatas, que ennegrecían sus pies a cada paso, convencían a su espíritu de que así no podría agradar a nadie. Por las noches sacaba el pañuelo del cajón donde, entre papeles de seda, lo había guardado y aspiraba aquel dulce aroma que no reconocía, pero que iba desapareciendo con el paso del tiempo, como las nubes un día de viento.

3

El mismo día que Paola cumplió dieciséis años, murió el abuelo. Nadie lo esperaba, era un hombre fuerte y saludable a pesar de la edad y su incipiente ceguera. Nadie pensó que no sobreviviría a su mujer, quien hacía varios años que permanecía postrada en la cama, consumiéndose lentamente y perdiendo la cabeza sin remisión. Fue un duro golpe para la familia, una tristeza profunda, pero también una nueva situación económicamente insostenible. Marcial se encontraba de repente con una madre inválida y toda su familia a la que dar de comer. Los sobrinos hacía tiempo que habían emigrado a la capital a trabajar, las cosechas no eran buenas ni suficientes y, aunque había tierras, empezaban a faltar brazos, era difícil encontrar trabajo por allí. Paola, que seguía soñando con su prima, con sus trajes, su elegancia y su vida, de la que había suprimido todo aquello que no le interesaba, encontró la mejor excusa para proponer el plan que le rondaba la cabeza desde hacía varios meses. Quería irse a servir a Madrid.

La primera vez que lo dijo recibió una bofetada de su padre, tan visceral como dolorosa, y la prohibición de volver a hablar de ese tema. Pero los matriarcados encubiertos de poder masculino son más comunes de lo que parece. Paola se enfurruñó de tal manera que no abría la boca en su casa más de lo estrictamente necesario, una especie de pataleta para hacer tangible su frustración, que parecía que a nadie le importaba.

—Tú estás loca —le había dicho Manuel cuando se encontraron a solas —. ¿Cómo se te ocurren esas insensateces? Padre nunca te dejará ir después de lo de la prima.

—Pero al final ella no era una golfa, ¿no? Recuerda lo que oímos... podría ganar dinero para que todos viviéramos mejor y allí podría comprarme trajes y encontrar un novio guapo que me paseara del brazo...

Manuel se había encogido de hombros sin entender y había preguntado que si ella sabía lo que era una golfa, porque repetía la palabra como un loro y dudaba de que supiera su significado. Después, había aconsejado a su hermana que se olvidara de salir del pueblo si no era casada.

—Por cierto —confesó antes de marcharse, por chincharla—, es mejor que sepas que Luis, el de la Coja, quiere cortejarte, me lo dijo el jueves.

— Ni loca —contestó Paola con una rabia que a su hermano le hizo reír.

Carmen no había dicho nada, no había defendido a su hija, pero tampoco la había reprendido. Las cuentas no salían y alguna decisión había que tomar. Entendía las razones de su marido para negarse al capricho de su hija, pero era obvio que de las experiencias hay que aprender y eran muchas las mozas que en los últimos años habían abandonado el pueblo para servir en la capital y ayudar así a la economía familiar. En la mayoría de los casos todo había ido muy bien. Una boca menos que alimentar, algún dinero extra para la familia, más oportunidades de trabajo y más posibilidades de encontrar un buen mozo en edad de casarse, que empezaban a escasear en el pueblo, donde cada vez eran más los que preferían la seguridad de un sueldo en

una fábrica que el trabajo duro e inestable del campo.

La mayor dificultad a la que se enfrentaba Carmen era encontrar una familia decente que acogiera a Paola y la tratara como era debido, pero convencida de que era una salida muy conveniente para la familia, y sabiendo que era mejor presentar los hechos consumados y todos los cabos bien amarrados, la mujer dedicó sus escasos momentos libres a buscar una buena casa para su hija.

No fue tarea fácil, la experiencia con don Fernando ponía trabas a su deseo de pedir el favor a don Anselmo, que ya estaba recuperado. Nada tenía que ver un sacerdote con otro, pero sentía ciertas reticencias hacia los buenos cristianos, que publicaban su fe a los cuatro vientos para pisotearla en la intimidad. No dudaba del sacerdote, sino de su bondad, así que decidió explorar nuevos caminos.

Una tarde, cuando volvía de apañar a su suegra, de dejar la cena hecha y todo recogido, decidió pararse en casa de La Charo, quien tenía no una, sino dos hijas sirviendo en Madrid, una de las cuales se casaría en breve con un muchacho de un pueblo vecino. Nunca habían dado que hablar y las dos tenían fama de buenas muchachas. Charo estaba en la puerta, aprovechando los últimos rayos a pesar del frío, sentada en el poyete, limpiando vainas. Al escuchar que alguien se acercaba, levantó la cabeza y con la mano hizo visera para ver quien llegaba. Se saludaron y Carmen le comentó que quería mandar a Paola a Madrid y que necesitaba una casa con referencias donde la niña estuviera bien. Todo el mundo sabía que la hija de Charo se casaba en dos meses, y los señores, que estaban encantados con ella, iban a empezar a buscar sustituta.

—Si la Paola está interesada... —dijo— buenos, son buenísimos, y mi hija ha estado la mar de bien, pero claro mi niña... ya sabes cómo es de limpia y apañada, que no digo que tu hija no lo sea ¿eh?, pero trabajar, se trabaja y mucho, y hay que saber estar, y saber obedecer.

No dándose por aludida, que las lenguas son muy largas, más que las intenciones, Carmen, después de escuchar algún que otro cotilleo de su aburrida vecina, se fue con la promesa de recomendar a la niña. Sin pararse en su casa aún, se dirigió a la iglesia y en la sacristía encontró a don Anselmo colocando unos cajones. Al verla, sonrió y preguntó si quería confesar.

—No padre, vengo a pedirle un favor.

Su plan estaba saliendo a las mil maravillas, lo único que no sabía era cómo se lo iba a exponer a su marido, pero de eso ya habría tiempo de preocuparse. Al padre Anselmo le contó que iba a mandar a su hija a servir a Madrid, que casi tenía apalabrada una familia, por mediación de la Charo, pero que quería que la niña tuviera un comportamiento ejemplar, usted ya me entiende, le había dicho, en clara referencia a los quebraderos de cabeza que habían pasado con su sobrina. Ante la cara de sorpresa del sacerdote continuó con su idea.

—Una vez que sepamos donde se instalará la niña, me gustaría que le buscara un confesor con el que usted pudiera mantenerse en contacto para tener noticias por otra vía que no fueran tan solo sus cartas.

—¿Me está pidiendo que le busque un espía?

—Más o menos, llámelo como usted quiera. Es mucha la distancia, muchos los peligros y su padre, si no le doy razones, nunca permitirá que vaya. Las cosas están muy mal, usted lo sabe bien y es una oportunidad. Ella no estará enterada, solo pretendo cuidarla en la distancia.

Carmen abandonó la iglesia satisfecha, con la complicidad del cura, que según salía su feligresa elevó los ojos al Santísimo para pedir fuerzas en esa nueva aventura en la que sin comerlo ni beberlo se veía envuelto. Sabía del carácter de Paola, pero sobre todo sabía del humor de Marcial si le tocaban a los suyos y era mucha la responsabilidad que sobre aquella oveja se le pedía como pastor. Para Carmen, sin embargo, todo estaba saliendo a pedir de boca, aunque el mayor obstáculo estaba aún por salvar. No obstante, tenía una ligera idea de cómo iban a sucederse los hechos. Plantearía el tema en esos momentos en los que Marcial dejaba libre su corazón y le prometía la Luna, no era muy ético, pero era una de las pocas bazas con las que las mujeres contaban. Llegó a casa y se puso el delantal, preparó la cena, llamó a los niños para que se lavaran las manos y cenaron todos sin hacer el menor caso al silencio empecinado y la cara de circunstancia de Paola.

Cuando Manuel llegó a la cama, Carmen ya estaba allí, dispuesta a obtener de su hombre lo que las palabras y los razonamientos nunca conseguirían. La última palabra era de él, pero la penúltima caricia suya. Hacía mucho tiempo que su amor se había cargado de premura, de cansancio y problemas, hacía mucho que no tenían tiempo ni ganas de mimarse y reconocerse, hacía mucho que el tedio había ganado la partida al amor. Por lo tanto, el reto era enorme y por eso, antes de meterse entre las sábanas, se había arrodillado y había pedido perdón al Señor por lo que estaba a punto de hacer y comprensión a la Virgen, que era una mujer y sabía de los sacrificios que siempre tocaban en suerte a las hembras, a sabiendas de que tendría que confesarse al día siguiente. Y no era porque no amara a su marido, el sacrificio era el pecado de la manipulación. No le costarían nada los besos y las caricias, no costaría portarse como una mujerzuela para darle placer; lo difícil, lo pecaminoso, era la finalidad, no la procreación, como clamaba Dios y por su boca los religiosos, sino la consecución de otro fin mucho más práctico.

Marcial se sintió extrañado ante los arrumacos de su mujer, era él generalmente el que había de dar el primer paso y muchas veces sentía con tristeza como aquella, su compañera, se abandonaba a sus caricias sin la pasión de los primeros años.

—¿Qué me vas a pedir, mujer? —susurró entre los besos.

Pero las palabras quedaron diluidas entre las bocas que se afanaban por encontrarse. No hubo prisas, ni premuras, esta vez fue el hombre quien se abandonó a la mujer, quien con los ojos cerrados se dejó hacer, se dejó elevar a un paraíso sin sombras para precipitarse más adelante, sin miedo, en el abismo de la satisfacción. Y sin palabras apenas, volvieron a reconocerse, una y otra vez, hasta que el alba empezó a desperezarse más allá de los campos. El instinto y los sentimientos se habían desbordado, habían dejado paso a una paz suave y finita que ninguno quería que se escapara de su alma. Carmen había perdido la constancia de su fin primero, ¡hacía tanto tiempo que no lo sentía tan suyo, tan cercano, tan suave y cariñoso!, que tras cada batalla se emplazaba a la siguiente.

Marcial, tan rudo, tan callado, tan taciturno a veces, padecía esas borracheras de amor que su mujer, más que nadie, conocía, esperando esos momentos con la dulzura de una madre ante su

hijo recién nacido. Aparecían de repente, después del silencio y la derrota del amor. Ponía las manos en la nuca, miraba al techo y comenzaba a hablar. Saltaba de un tema a otro sin orden ni concierto, era como si hubiera ido almacenando palabras, ideas, sentimientos, tristezas, alegrías y, al abrir los portones de su mente, todo aquello se desparramara por sus pensamientos y encontrara su cauce natural a través de su boca. Ella, amarradita a su cuerpo, acariciando su pecho o besando su piel, escuchaba y asentía, consolaba sus penas y compartía las risas ahogadas, conjuraba sus malos augurios y, sobre todo, le dejaba hablar, vaciar su corazón hasta darle la vuelta.

En esa situación estaba, abandonada a sus palabras, perdida de las razones que habían desatado tanta pasión, ajena a sus pretensiones, cuando el hombre miró su rostro y con la sabiduría que dan los años sorprendió a su mujer con la única pregunta que ella jamás hubiera esperado.

—¿Cuándo me lo vas a pedir? —se encontraron sus ojos. Carmen dio un respingo que no fue capaz de disimular.

—¿Qué habría de pedirte?

—Lo de la niña.

Marcial sonreía con una pincelada de tristeza, con el convencimiento de que estaba derrotado antes de que comenzara esa dulce batalla. Conocía demasiado bien a aquella con la que tantas cosas había compartido para no darse cuenta de que tramaba algo. Después, unir cabos fue fácil. Cuando llegó a la taberna por la tarde a tomarse el vino antes de volver a casa, Braulio le había preguntado por la niña y por los rumores de que abandonaba el pueblo. Los muros volvían a hablar antes de tiempo y, esta vez, el viento siseaba su nombre. La mujer se incorporó en la cama, no valía la pena el disimulo y entre las sombras era incapaz de vislumbrar el talante de su marido. Decidió ir al grano y con sus palabras lo convenció, convenció a quien antes de amarla, ya estaba convencido, precisamente por ese amor. Derrotado abrió los brazos y ella, vencedora, se acurrucó con aparente debilidad en el pecho fuerte de él, el vencido. El silencio envolvió sus cuerpos, pronto el gallo cantaría y sería hora de levantarse.

Paola se enteró de la noticia por boca de su madre. La función continuaba, ese dar a entender lo que no ocurría, sabiendo que la realidad era otra. Prometiendo que el padre estaba enfadado, que había sido dificilísimo convencerle y que no debía defraudarlos, chantajeó sin miramientos a su hija, hablándole de confianza, de hacer las cosas como era debido, de pensar antes de actuar, lo que habrían querido ellos. Adoptó el papel de víctima, de mediadora entre las reticencias del padre y los deseos de la hija, y culminó su discurso convenciéndola de que hacían aquello por su futuro, que en realidad nada querían para ellos.

Ella escuchó entre callada y emocionada a su madre, su intuición femenina mandaba señales a su corazón que no sabía interpretar, unas de nerviosismo, otras de incredulidad, las más contradictorias; no quería dudar, eso era faltar al cuarto mandamiento, pero no todo cuadraba en aquel discurso demasiado preparado. Daba la impresión de que la petición a sus padres, la bofetada y la negativa, el apoyo para que las penurias fueran menos, todo aquello no hubiese existido nunca. Y sin embargo ella lo había vivido... y padecido. Fuera como fuese, los hechos se

precipitaron, todo quedó concertado en Madrid y el momento de la partida llegó sin remisión. Carmen había cosido un vestido nuevo para que la niña diera una buena impresión, un vestido de esos de batista de flores, un vestido tejido entre lágrimas y extrañas sensaciones de vacío. No pudieron comprar zapatos, por lo que, a pesar de las quejas, tuvo que conformarse con unas alpargatas cerradas. Manuel se despidió la noche anterior, con desgana y miedo, ese mismo miedo que no podía demostrar y un desierto en el corazón que enmudeció las palabras. Era un hombre y sentía tristeza, mucha más de la que hubiera deseado y unas insolentes lágrimas amenazaban con hacerse demasiado evidentes. Por eso se excusó tragando saliva, mintiendo cuando todos conocían la verdad, acusando a los campos de no poder ir a despedirla, esos mismos campos que serían mudos testigos de sus lágrimas de añoranza. Antes de irse a dormir besó la frente de su hermana, por primera y última vez, y acercándose a su oído le advirtió.

—Si no quieres estar allí, yo iré por ti y si algo sale mal, escríbeme, yo te salvaré, te lo prometo.

Paola levantó la vista y entonces reconoció en su hermano, en su compañero, en su cómplice de juegos y secretos, a un hombre que velaba por ella, se sintió un poquito más tranquila y su alma agradeció las palabras atropelladas que, aunque escuetas, vertían en su corazón más amor del que hubiera imaginado. Una vez en el dormitorio, cuando la soledad de la noche y los ruidos conocidos extendieron su manto, una sombra de ansiedad empezó a dominarla. Hasta aquel momento todo había sucedido como en un juego, imaginaciones y deseos se habían mezclado en su mente, pero el momento decisivo de la despedida había llegado y con él, la necesidad de dejar atrás a su familia, sus amigos, sus paisajes conocidos, los aromas de la tierra, a su madre. Un latigazo de pánico invadió sus pensamientos, la visión de su vestido recién planchado colgando del pomo del armario, la maleta en el suelo, los dibujos de su hermana Lucía, que dormía tan cerca de ella que podía escuchar su respiración, los ojos tristes de José, a quien había ayudado a criar, las palabras de Manuel. Y quiso echarse atrás, quiso que al despertarse todo estuviera igual que ayer, y antes de ayer y el día anterior. De repente descubrió que no se quería ir, pero que ya no había vuelta atrás. Y lloró, y recordó las palabras de su prima cuando dijo que había llorado hasta que se habían gastado sus lágrimas y decidió que no quería saber cómo era aquello de los ojos secos. Se durmió con el alba, nunca le había costado tanto encontrar al sueño, que siempre venía solo y sin sentir, y supo, no sabía por qué, que llegarían muchas noches en las que habría de buscar al sueño y en las que no estaría nadie para consolarla. Por primera vez en su vida fue consciente de lo que significaba la palabra soledad.

Llegó a Madrid un frío día de invierno de 1927, después de un viaje agotador y eterno, con la maleta apretada a su cadera y un temblor persistente, fruto del agotamiento, el frío y el miedo. La desazón de los primeros instantes se había sustituido por una sensación de tranquilidad, cuando entre lo que para ella era una multitud impensable de gente, descubrió a Clara, la hija de la Charo, que con la mano alzada hacía señales de bienvenida. Con un profundo suspiro de alivio se dirigió hacia ella, a la que reconoció por el increíble parecido con su madre, pero con bastantes kilos menos, y amarrándose a su brazo como a una tabla salvadora, empezaron a andar.

Madrid era un palpitar de vidas que apresuraban el paso dirigiéndose a un destino incierto. Cuatro años antes, con el beneplácito del rey Alfonso XIII, el general Miguel Primo de Rivera había dado un golpe de Estado y se había convertido en ministro único del Gobierno español. Trataba de gobernar con mano dura para reinstaurar el orden público, tan deteriorado en los

primeros años del reinado de Alfonso. Su gran victoria en Marruecos, que supuso el fin de esa larga guerra, le confirió cierta estabilidad, pero poco a poco, con el paso de los años, la oposición política, estudiantil e incluso por parte de algunos sectores del ejército, comenzaban a hacer mella en su Gobierno. Nada de esto, sin embargo, sabía Paola, quien se afanaba por no perder el paso de su amiga y se sentía aturdida por aquel río humano, por los coches que había que evitar, los tranvías que se movían a velocidades endiabladas y por el estruendo de la ciudad.

Mientras caminaban, Clara preguntaba a la muchacha por sus parientes, por la gente del pueblo, por su madre. Paola respondía despistada, empequeñecida y llena de curiosidad ante aquel extraño mundo que se abría a sus ojos. Calles atestadas de gentes en horas vespertinas en las que se volvía de trabajar, ruido ensordecedor de tráfico de carros, tranvías y coches. Escaparates de tiendas donde se vendía cualquier cosa, luces que iluminaban las calles, señoritas que recordaban a su prima y caballeros con grandes bigotes, sombrero y bastón. Obreros que decían cosas al pasar, porteros con libreas, mujeres de negro arrastrando algún pesar. Todo se mezclaba en aquellas calles como harina y agua para hacer el pan. Y qué decir de esos edificios enormes, con ventanas enormes, con puertas enormes donde casi cabrían todas las tierras de sus padres. Y todo, bajo un cielo sin estrellas. Ante el silencio de Paola, Clara se dio cuenta de que no estaba escuchando sus palabras y entendió cómo se sentía, porque ella misma lo había sufrido en sus carnes y no estaba tan lejano el día en el que, con una maleta similar y un sentimiento parecido, aterrizara en la capital.

—Te acostumbrarás a este jaleo —dijo con una mueca.

Con Paola en un estado de aturdimiento generalizado, llegaron a la casa de los señores Ruiz de Villanueva. El edificio era grande y muy bello, de piedra blanquísima, tenía un elegante y amplio portal, con suelos de mármol y unas vistosas vidrieras policromadas en la galería que daba al patio y cuyos motivos se repetían en cada tramo de una escalera de madera con una exagerada barandilla de bronce. A la derecha de la entrada, que tenía el suelo cubierto de alfombras, había una puerta y a su lado un cuartito acristalado donde un hombre vestido de uniforme, alumbrado por una lamparita de petróleo, fumaba un cigarro. Nada más verlas, abandonó su puesto y apareció por la puerta de al lado sonriendo.

—A las buenas tardes, Clara. ¿Ya está de vuelta? No sabe lo que vamos a echar de menos su presencia, hoy tenemos revueltas a las cacatúas.

—¡Ay, Matías, el día que lo oigan lo ponen de patitas en la calle!

—Pero si están todas sordas —se echó a reír con una de esas risas francas y contagiosas.

—Pues aquí traigo a mi amiga, que va a trabajar con los señores, porque como yo me caso... Se llama Paola, y este es Matías, el portero —hizo las presentaciones—. Ten cuidado con él porque es muy zalamero y tiene la lengua larga, dijo guiñándole un ojo.

—Mucho gusto —alcanzó a decir Paola, extendiendo la mano, azorada por la familiaridad con que trataba su prima a aquel hombre.

—Pues ya nos veremos por aquí, Paula.

—Es Paola, señor.

Las risas del portero atronaron las recias paredes y ascendieron coleando por el hueco de la escalera, poniendo una nota de color a tan lúgubre y solemne lugar.

—Paula, Paola, no veo la diferencia. Un nombre raro, sí... —y levantando la mano dio la espalda y se fue, dando por concluida la conversación.

Clara se deshizo en explicaciones cuando vio la mano extendida de su amiga, que el portero nunca estrechó.

—Es un buen hombre, no se lo tengas en cuenta —comentó—, a veces un poco raro, parece que se le va la cabeza, pero entre tú y yo, no me extraña, las damas de la escalera tienen poco que hacer y se pasan el día que si Matías para acá, que si Matías para allá, ya me entiendes, hija, que son muy pejigueras estas señoronas, y marean a cualquiera, ya lo irás comprobando. Pero si necesitas un favor, no dudes en confiar en él, es de lo mejorcito que yo me he encontrado.

Don Alejandro Ruiz de Villanueva y su familia vivían en la segunda planta del edificio. Era un piso espacioso, demasiado grande para él, su mujer y una hija que se había quedado solterona y que holgazaneaba todo el día sin encontrar ninguna actividad que hacer. Además de la parte noble, con varios salones y habitaciones, había una zona dedicada al servicio a la que se accedía por una puerta que daba a una escalera lateral, que desembocaba directamente en el portal. Por allí ascendieron las dos muchachas en una penumbra peligrosa, porque la noche había ido cayendo y no había más que unas lámparas que proyectaban una luz mortecina e insuficiente. Paola seguía a su paisana muda, observándolo todo y sintiéndose extraña en aquel lugar tan lejos de los suyos. Al llegar al segundo piso creyó que el corazón se le saldría literalmente por la boca, nunca había subido tantas escaleras seguidas y menos con una maleta que pesaba más que ella misma. Tocaron con los nudillos, tras unos instantes sonaron unos pasos amortiguados e inmediatamente se abrió la puerta, en la que, por detrás de la figura de una contundente mujer, se vislumbraba un largo y oscuro pasillo. Los lujos en aquella parte de la casa habían desaparecido, el suelo era de losetas rectangulares y grisáceas y, aunque limpio, todo tenía un regusto rancio.

Ante ellas estaba Matilde, el ama, como gustaba de ser llamada. Matilde era bajita y gorda, lo que no disimulaban ni sus amplias ropas a cuadritos de un tono indefinido, ni su andar lento y dificultoso de matrona zulú. Llevaba a la cintura un manojo de llaves y siempre colgado de su cinturón, un paño de algodón inmaculado. De gesto severo, sus pequeños ojos castaños acrecentaban el halo de frialdad que rodeaba toda su persona. El pelo, cuajado de canas prematuras, se escondía a medias tras una pañoleta pulcramente colocada.

Cuando Clara hizo las presentaciones, el ama miró de arriba abajo a Paola y calculó los días que perdería en enseñar a aquella paleta a hacer las cosas de una manera decente. No parecía tener ni luces ni iniciativa, allí tan parada, con aquella cara de pez sin oxígeno. Al menos no daría problemas, porque gesto de bien mandada tenía, solo restaba por saber si sería capaz de aprender con prontitud. Sin contestar al saludo de la joven, que hacía todo lo posible por resultar educada, como su madre se había empeñado en repetir mientras la comía a besos al despedirse, echó a andar por aquel pasillo que ocupaba casi en su totalidad, dando las primeras órdenes.

—No sé si ya te habrá puesto al corriente Clara, pero a las seis en punto tienes que estar

lista en la cocina con la bata puesta, si llegas tarde no desayunarás y te aseguro que con la tripa vacía las horas se hacen eternas. Allí te diré las tareas a las que tendrás que dedicarte, cuando termines me buscarás para que te diga las siguientes. No te dirigirás a los señores si estos no te preguntan, y métete esto en la cabeza, en la casa tienes que hacerte invisible, tu presencia no puede incomodar a nadie. No puedes hablar con las demás sirvientas mientras trabajas, y si te pillo holgazaneando te arrepentirás de haber salido del agujero de tu pueblo.

Cuando acabó su perorata, se paró delante de una puerta que abrió de par en par, a la que se accedía subiendo tres pequeños escalones, que cortaron el resuello de la oronda mujer. Extendió la mano, dándose tiempo para respirar, e invitó a la muchacha a pasar. Cuando ésta estaba a su altura continúo las explicaciones.

—Dormirás aquí con tus compañeras, en la cama que hasta hoy ha ocupado tu... ¡lo que sea! Es esta de la derecha, y tus cosas las puedes colocar en el armarito del fondo y sobre las baldas del rincón. La maleta la escondes bajo la cama. La habitación tiene que estar siempre ordenada, dejarás la cama hecha antes de salir por la mañana y no quiero ver ni una mota de polvo. Los domingos son tu día libre —continuó como un muñeco de cuerda—, puedes irte o quedarte, eso sí, antes de las diez deberás estar en la casa. La comida es a las tres, cuando hayan acabado los señores, y la cena a las once. ¿Alguna pregunta?

Paola seguía aturdida, el nerviosismo, el viaje, la incertidumbre, la nueva casa y la perorata de aquella severa señora empezaban a ser más de lo que su espíritu podía aguantar. Ni una palabra pudo articular y tras unos momentos de incómodo silencio doña Matilde, el ama, dio por concluida la conversación. Dejó allí a la recién llegada y mientras conseguía darse la vuelta en el estrecho pasillo, miró con cara de desánimo a Clara.

—Parece un burro en una cacharrería, ¿cómo me traes a alguien con tan pocas luces? Me llevará una eternidad enseñarle algo... ¡Señor, Señor!, qué pruebas nos mandas.

Clara entró en la habitación cuando el ama se hubo ido y sus murmuraciones no eran más que un rumor lejano, y se encontró con el cuerpo abatido de su paisana tirado sobre la cama, con la cara entre las manos y los hipidos inconfundibles del llanto. Cada una de esas palabras se había convertido en una herida que su desánimo y su agotamiento convirtieron en llagas insoportables. Quería volver a casa.

Los brazos cálidos de su compañera rodearon su cuerpo para consolarla. No había que hacer un drama de las palabras, ya tendría tiempo de llorar, ahora lo único que necesitaba era una buena cena y descanso. Había sido un día muy largo.

Doña Matilde parecía un monstruo, pero no lo era, simplemente trazaba límites a las novatas. Sin embargo, tras toda esa carne se escondía un corazón piadoso que ella se empeñaba en disimular. Llevaba veinticinco años con la familia, a la que llegó con la misma edad de Paola, con el mismo equipaje y el mismo miedo que reconocía en sus ojos, un miedo que se diluiría pronto entre bayetas y cacharros. Siempre estaba refunfuñando, era su naturaleza. Era estricta y le gustaban las cosas bien hechas, de su trabajo dependía el buen funcionamiento de la casa y se tomaba la vida como un camino lleno de obstáculos a los que había que sobreponerse. A falta de parientes, novio o marido, era la matrona de la servidumbre, a los que consideraba como sus

hijos y a los que había que educar, reñir y sin que se dieran cuenta, cuidar. Con el tiempo su tono severo, su pretendida distancia y sus ademanes despegados dejaban paso a un extraño cariño, falto en maneras, pero evidenciado en actos.

Cuando las aguas volvieron a su cauce, las dos muchachas se aprestaron a colocar las cosas en su lugar, con esmero y orden. Después la maleta fue a dormir debajo de la cama, siguiendo las indicaciones del ama y, por último, tras lavarse la cara en una palangana que había sobre una pequeña mesa auxiliar, Paola recompuso su aspecto y siguió a Clara por el pasillo para conocer su nuevo hogar. En cada puerta, un comentario. La sala de plancha, la habitación de doña Matilde, la despensa, la cocina... fue enumerando. Y siguiendo por ese pasillo están las habitaciones de Julián y su hijo, concluyó el recorrido de la casa en la entrada a ese distribuidor. La curiosidad se despertó en la joven mente de la nueva criada, pero prefirió mantener la discreción y callar. Dieron la vuelta y entraron en la cocina, que a aquellas horas hervía de actividad. En pocos minutos se serviría la cena y los olores que emanaban cacerolas y sartenes despertaron el apetito voraz de la recién llegada. Nadie pareció darse cuenta de su presencia, y si alguien lo hizo, no perdió un segundo en saludar a la extraña. Era evidente que sabían de su llegada, pero no podían dejar un minuto sus labores.

Doña Matilde entró como un torbellino de telas y llaves, y empezó a dar órdenes a diestro y siniestro casi sin respirar, como si las tuviera aprendidas de memoria, probando aquí, dando una indicación allá, colocando la cofia de la muchacha que, bandeja en mano, se disponía a salir. Por último, se dirigió a la moza que se encargaba de la comida y le susurró algo que nadie más que ella pudo entender. Dejó lo que estaba haciendo y con movimientos rápidos llenó un plato de guiso, que puso sobre la enorme mesa de madera que ocupaba el centro de la estancia, un pedazo de pan negro, un vaso con una jarra de agua y cubiertos. De la misma manera que había abandonado su labor instantes antes, volvió a ella sin pronunciar una palabra.

—Cena algo antes de que te mueras aquí mismo —tronó la voz del ama entre el trajinar de cacharros y el silencio de las chicas. Y con un dedo señaló a Paola, que inmediatamente se sentó para saciar su apetito con los ojos clavados en el suelo.

No llevaba ni una semana en la casa y todos sus sueños estaban ya deformados o rotos. Nada se parecía a lo que había deseado con tanto anhelo, solo trabajo y más trabajo llenaba sus horas. Y no es que no estuviera acostumbrada a las tareas domésticas, lo que la llenaba de congoja eran las órdenes, las prisas y el encierro continuo. A las seis de la mañana ya estaba lista en la cocina para desayunar, a partir de ahí una labor tras otra se entretejían como los hilos de una araña. Lavaba y enceraba suelos, ventilaba habitaciones, limpiaba el polvo, sacudía alfombras, hacía camas, sacaba brillo a la cubertería o planchaba montones interminables de ropa. Parecía como si, en vez de tres personas, viviera un regimiento de infantería completo. Todo debía estar inmaculado, para eso el ama llevaba el trapo colgado de la cintura, para comprobar el trabajo y dar su beneplácito con un gesto de asentimiento o entrar en cólera si algo no estaba a su gusto.

La primera vez que Paola hizo la cama de la habitación principal tardó una eternidad, tuvo mucho cuidado en que los bordados quedaran rectos y equidistantes entre sí, estiró lo más que pudo la colcha y, satisfecha con su trabajo, llamó a doña Matilde para que diera su veredicto. Había acariciado la esperanza de que no hubiera en el mundo una cama tan bien hecha, sin

embargo, la cara de la muchacha mudó de color cuando vio llegar al ama con un palo de escoba, que pasó por encima para comprobar que la lana estuviera bien distribuida y la ropa bien estirada. Con desesperación observó el rostro de fastidio de doña Matilde y cómo cogía las sábanas y la colcha que tanto le había costado colocar y las tiraba por el suelo con rabia.

—Vuelve a hacerla y espero por tu bien que esta vez esté a mi gusto, o comerás las sobras de los gatos.

Durante semanas la voz insoportable de doña Matilde la persiguió por toda la casa como una conciencia devastadora e impertinente. Buscaba entre los cubiertos el que tenía una mota, la mancha en el mueble, la arruga en la ropa. No hacía lo mismo con los demás miembros del servicio, que disfrutaban de una cierta y envidiada libertad, pero ellos ya sabían hacer sus funciones al gusto de la mujer y no necesitaban aquella constante supervisión. Después de cenar todos se reunían en la cocina, con una taza de algo que llamaban café y charlaban animadamente de los temas del día. Paola no, la muchacha se iba a la cama derrotada, cansada y entristecida por aquella monotonía que quemaba su vida.

A los señores tardó un par de meses en verlos por primera vez, cuando el ama creyó que estaba preparada. Hasta ese momento se había movido como una sombra invisible recogiendo detrás de los que manchaban, sin toparse con ellos. Fue un sábado por la noche y la necesidad precipitó los hechos. Aquel día había invitados a cenar y el trabajo se multiplicaba en la misma proporción que los nervios y la necesidad de que todo saliera a pedir de boca. Se había repartido el trabajo con buen criterio, dejando a las más novatas, Julia y Paola, que no entendían mucho de cocina, para trocear, cuidar las ollas, limpiar todo aquello que se iba ensuciando... mientras que Paca actuaba como su pinche de cocina, más curtida en las faenas culinarias. Por encima de todas, doña Matilde, que únicamente probaba de vez en cuando de alguna olla para, con un gesto de agrado, asentir en silencio.

Poco antes de las nueve, se dio la orden de preparar el salón. Se habían puesto en funcionamiento las lámparas y montado la gran mesa para la ocasión. Sobre un mantel de hilo se dispuso una finísima vajilla de porcelana decorada con motivos azules, copas de vidrio tallado y cubertería de plata. Paola trabajaba con soltura a la sombra de su compañera y con los inquisitivos ojos del ama clavados en la espalda. Pero nadie dijo nada y todo quedó dispuesto en menos de media hora. Tras el visto bueno salieron las tres y volvieron a la cocina. Allí todo empezaba a estar preparado también y fue entonces cuando doña Matilde mandó vestirse de uniforme a las chicas. Paola se quedó esperando, pues ella nunca había salido a servir y su sorpresa fue mayúscula cuando con una palmadita en la espalda, la animó a seguir a sus compañeras.

—Hoy te estrenas, espero que no me defraudes. Solo tienes que hacer las cosas como te he enseñado y todo irá bien.

Paola sintió el peso de la responsabilidad en sus intestinos y una ansiedad incontrolable hizo palidecer su rostro. Se sentía bien en las sombras, las luces resultaban siempre peligrosas porque las faltas se hacían más visibles. Aun con todo, acusando una suave flojera en las rodillas, siguió a las demás por el angosto pasillo y estrenó su almidonado uniforme, muy distinto de sus sueños de trajes elegantes. Cuando volvió a la cocina parecía mucho mayor y la mirada satisfecha del

ama indicó que lo que veía era de su gusto. La cena se desarrolló sin incidentes y la muchacha pudo ver por fin de cerca a los señores y a sus invitados.

Aquella fue la primera noche en la que una vez recogido todo, se sentó a la mesa de la cocina con sus compañeras después de cenar. Doña Matilde pronto abandonó la reunión porque sabía que con ella delante la conversación era más contenida y todos necesitaban un poco de esparcimiento. Una vez se hubo ido, los comentarios saltaron como las piedras en un estanque. Se habló de los vestidos de las damas, con más malicia que acierto. La señora cada día más vieja y la hija cada día más amargada, echando el anzuelo a cada señorito que pisaba la casa, pero a esa el arroz se le había pasado. Y reían a hurtadillas, tapándose la boca con las manos, como niños diciendo cochinadas detrás de sus padres. Don Alfonso sí que es guapo, había dicho Julia con un exagerado suspiro que todos rieron, y ¡que tenga que andar con ese adefesio de mujer! Dicen que tuvo una amante, una chica de su bufete. Dicen que era muy hermosa y que su mujer amenazó con dejarle y organizar un escándalo si no acababa aquella relación, ya sabéis que en política esas cosas no se perdonan, y como siempre... el amor perdió. Julia volvió a suspirar y negó con la cabeza, poniendo cara de circunstancias. Así se enteró Paola de que aquel al que había servido toda la noche era don Alfonso del Leal, amante de su prima. Pero no dijo nada, en realidad ella apenas abrió la boca y se limitó a reír las chanzas como una más. Cuando ya estaban a punto de levantarse, llegó Julián seguido de su hijo y se sentó con los demás. Julián no tenía una función definida en la casa, igual arreglaba una cañería que hacía de chófer, pero era a todas luces indispensable. Se había quedado viudo al poco de casarse y llevaba, como un apéndice de él mismo, a su hijo, Manuelín, de la misma edad que Paola, un muchacho alto y fuerte que, además de ayudar a su padre, hacía de chico de los recados. Con su progenitor delante era callado y comedido, pero cuando estaba solo, se volvía mucho más simpático, hablador y espontáneo.

Manuelín y Paola pronto hicieron buenas migas, pudo ser porque el recuerdo de su hermano se focalizara en él, o por su irresistible sonrisa o por los acertados comentarios y bromas que arrancaban la risa, casi olvidada, de la muchacha. El caso es que, en cuanto tenían un rato, se les veía juntos. Tal vez lo correcto habría sido que ella se hubiera sentido más cerca de sus compañeras, pero no fue así, con ellas tenía un trato cordial, pero siempre manteniendo las distancias, mientras que el muchacho se ganó su simpatía y su afecto desde el primer momento y se convirtió en su confidente y amigo. A nadie, sin embargo, parecía sentarle bien esa confianza.

El joven intentaba llamar a Paola por su nombre, pero se le atragantaba, así que terminó por llamarla Pau, y a pesar de las quejas de la joven, acabo por ser Pau para todo el mundo. Julián había intentado hacer entrar en razón a su hijo; no estaba bien que anduvieran tanto tiempo juntos, al final darían que hablar, pero a pesar del respeto que sentía por su padre, Manuelín no varió un ápice su comportamiento. Ella, por su parte, vivía en una inopia infantil, consideraba a su amigo como el hermano que tuvo que abandonar, y ningún mal podía ver en su relación fraternal. Por eso, cuando doña Matilde preguntó, no supo qué responder, porque no había contestación a una pregunta incomprensible. Buscar suciedad entre la lejía era de mentes perversas, y la de Paola era demasiado inocente, los arrebatos del deseo y del amor aún estaban por llegar.

Los domingos, la muchacha se quedaba en la casa y aprovechaba para hacer todas las tareas que no había tenido tiempo de terminar durante la semana. La ciudad atemorizaba su alma. En

cada carta que recibía de sus padres se multiplicaban las advertencias sobre sus peligros, era como una boca feroz que podía devorarla a cada instante. Por eso solo abandonaba su encierro para acudir a misa de once en una iglesia cercana, a la que llegaba vestida con recato, con velo y misal en mano. Allí pedía por todos los que no estaban con ella, por volver pronto y por encontrar un buen hombre antes de que se le pasara el arroz, como decía su amigo.

Don Anselmo había cumplido su promesa y en cuanto supo la iglesia a la que asistiría su feligresa, le asignó un padre espiritual, un sacerdote de edad avanzada, que también era confesor de la señora. De vez en cuando le mandaba una carta al párroco del pueblo, pero poco tenía que contar a excepción de la conducta intachable de la joven. Las noticias también le llegaban puntualmente a Carmen de manos de su hija, con letra clara y brevedad, tratando de aliviar la intranquilidad con comentarios cotidianos de las pocas cosas que se abrían en su existencia y guardando la amargura de la soledad para su alma. Al final del día, solía encontrarse con Manuelín en las escaleras de su cuarto, y allí fantaseaban sobre su futuro, se contaban confidencias y se reían con las bromas del muchacho.

El tiempo pasaba monótono y Paola se iba acostumbrando a su nueva vida. Los días del frío invierno habían quedado atrás y la primavera se abría paso a golpe de sol, flores y buenos augurios en la ciudad. Un domingo de abril, soleado y tibio, cuando volvía de la iglesia, se encontró a Manuelín esperando en la puerta del portal. No trató de disimular un encuentro fortuito, simplemente dijo que la esperaba. Quería invitarla a dar un paseo por la tarde, porque si seguía encerrada en aquella casa se volvería un fantasma, dijo. Había bajado al portal porque estaba harto de que un millar de ojos espiaran sus movimientos y había pensado que para que los dejaran en paz, él saldría antes y ella después, y se encontrarían en la puerta de la iglesia, que era el único lugar al que Paola sabía llegar. Incrédula, le había confesado sus temores, pero él, con tono serio, había pedido su confianza.

—Tienes que salir a que te dé el sol, te vas a marchitar como una flor sin agua como sigas encerrada. Salimos un rato, damos un paseo, hablamos tranquilos y antes de que anochezca estarás en casa. Confía en mí.

Paola dudaba, sabía que las intenciones del muchacho eran honestas, pero el miedo a perderse, a cualquier imprevisto, el miedo a diluirse en el laberinto de esa enorme ciudad y no encontrar el camino de regreso a casa intranquilizaban su alma. Se confesaba igualmente otro miedo, el de los comentarios, el de las malas palabras, el de la incomprensión de su soledad. Pensaba en su madre, en qué habría hecho ella, en qué esperaba de ella, en que podría defraudarla. Allí no había río ni lavanderas, pero las lenguas afiladas crecían en cualquier orilla. Perdió sus ojos en el infinito, estuvo tentada de explicarle la cantidad de cosas que tenía aún pendientes, después volvió a la negrura de aquella mirada clara que esperaba una contestación y aceptó, no llegaba a comprender muy bien por qué, tal vez para no morir de aburrimiento, o de monotonía, con la única condición de que bajo ningún concepto la dejara sola. Luego se despidió, se internó en el portal, saludó a Matías que, con su inseparable cigarro en la boca, le guiñó un ojo tras los cristales de su cuartito, y volvió a casa.

A las cuatro ya estaba preparada para la aventura, pulcra y bien peinada, con su vestidito de flores recién planchado y unas mejillas arreboladas. Su cuerpo de formas dulces se movía con suavidad en un baile sensual de juventud inconsciente. Estaba mucho más pálida que cuando

llegó del pueblo, pero sus formas se habían hecho más adultas y las facciones de su cara más perfectas. Se inspeccionó a sí misma y le gustó lo que vio. Sus compañeras se sorprendieron al comprobar con cuanto mimo se arreglaba un domingo por la tarde, señal inequívoca de que iba a salir y entre bromas preguntaron dónde iba, pero ella no contestó y simplemente escuchó sus especulaciones, que le hicieron reír.

Más difícil fue torear con el ama, una madre postiza que no iba a rendirse sin una contestación, por eso tuvo que improvisar a costa del párroco, los pobres y su iglesia. Odiaba mentir, pero no había encontrado otra salida. Aunque no quisiera reconocerlo, estaba segura de que su jefa no aprobaría la cita y menos de la mano de Manuelín. No muy convencida, y con una sospecha sujeta por el alfiler de la desconfianza, Matilde la dejó marchar. Después llamó a Julián y le preguntó por su hijo, descubriendo lo que se temía: el muchacho hacía algunos minutos que había salido, no sabía dónde.

Se encontraron en la puerta de la iglesia. Era curioso verse fuera de las paredes de la casa, libres de ojos y con la timidez que da la complicidad del engaño. Comenzaron su paseo cohibidos, sin saber muy bien qué decir. La muchacha caminaba apabullada por las dimensiones de todo lo que veía, con la cabeza encajada en los hombros y las manos aferrándose fuertemente una a la otra, para no perderse, pero cuando comprobó la soltura de su acompañante, que parecía moverse como pez en el agua por aquel laberinto de calles, se fue tranquilizando.

Una vez que Manuelín comenzó a hablar, la montaña de piedra que se había alzado entre ellos se fue desvaneciendo y convirtiéndose en arena de playa. Su historia parecía triste a los oídos de Paola, sobre todo cuando confesó que no recordaba a su madre, pero ante la mirada aterrada de la muchacha, se echó a reír.

—¿Qué es peor, un ciego que nunca ha visto o uno que alguna vez vio? —preguntó con una pincelada de burla. Paola se quedó pensativa un instante.

—Ser ciego tiene que ser horrible, pero si fuera ciega preferiría no haber visto nunca —respondió con resolución.

Entonces le explicó que cuando alguien no recuerda a su madre, cuando no recuerda haberla querido, cuando no recuerda cómo era el tono de su voz o la suavidad de sus caricias, no añora, no sufre, la ignorancia protege entonces el corazón y aunque uno tenga una vaga idea de lo que ha podido perderse, esa sensación es algo tan lejano que acaba por diluirse, restringiéndose a una pequeña mácula que solo aflora cuando alguien es capaz de convencerle de lo maravilloso de su existencia.

4

Manuelín y su padre habían vivido felices en casa de los señores Ruiz de Villanueva, no había conocido otro hogar, y su mundo se concretaba en las personas que poblaban el universo de esas paredes. El muchacho había llegado al mundo prematuro, pero dotado de una fortaleza que, desgraciadamente, no compartía con su madre, una mujer débil y enfermiza que apenas sobrevivió un año a su primer alumbramiento, del que no consiguió recuperarse completamente. Manuelín no recordaba nada, no recordaba cómo Julián hablaba a su mujer del niño recién nacido, en un intento vano de insuflarle la vida a través de la responsabilidad de ser madre, no recordaba las noches interminables a los pies de la cama de la enferma, escuchando sus delirios, sin poder hacer nada, viéndola consumirse sin remisión un día tras otro, un segundo tras el siguiente. En su mente no quedaba remembranza ninguna del dolor de su padre por la angustia de la pérdida y por verse solo con un recién nacido del que debería hacerse cargo, una tarea para la que no estaba preparado, una tarea de mujeres, una tarea imposible. Por eso, entrar a trabajar con los Ruiz de Villanueva supuso su salvación. Nada hay en el mundo que sacuda un corazón femenino tanto como la visión de un bebé sin madre en los brazos inexpertos de su padre. A partir del instante en el que Julián puso los pies en aquella casa, su hijo pasó a tener no una, sino varias madres. El instinto maternal se filtró por cada esquina, en cada puchero, en cada habitación. No era raro ver a Manuelín colgado de las faldas de cualquier sirvienta, incluso de doña Matilde, con el dedo en la boca, haciendo que hacía lo que veía en los demás. Hasta la señorita le traía caramelos y colines de la panadería del barrio.

Su carácter apacible, su sonrisa infantil capaz de derretir un corazón helado y los hoyitos que asomaban a sus mejillas, hacían de él un niño irresistible. Su padre asistía atónito a los cuidados de las mujeres, a sus mimos, a sus besuqueos incansables, a sus regalos. En las pocas ocasiones en las que el niño enfermó, la zona de servicio de la casa se convirtió en un sinfín de cataplasmas, remedios, cuidados… un hervidero de proyectos de madre.

Manuelín creció de esta manera, sobrado de amor, atosigado de mimos y de besos. Nunca tuvo sentimiento de orfandad. Cualquier reprimenda era asumida por el pequeño sin soltar una lágrima, con la cara compungida y un puchero tembloroso que amenazaba con desbordarse en llanto. Y la regañina acababa por disolverse sola, las palabras se convertían en muecas y estas en oleadas de cariño. Doña Matilde, en palabras del muchacho y para sorpresa de Paola, era la que más le mimaba, la que más le protegía y cuidaba, pues era consciente de que las chicas iban y venían, se casaban, se cambiaban de casa, se volvían a sus pueblos, pero ella no, ella era la constante de la familia ficticia del niño. No era su madre, bien lo sabía, pero también sabía que los lazos de sangre no siempre son los lazos más fuertes.

Julián tuvo que ceder a este maremoto de afectos sobre su hijo, una situación que le permitía relajarse en su trabajo, tomar un vino con los amigos o disfrutar cada domingo de la partida de dominó. Matilde le animaba a salir de casa, a olvidar la responsabilidad del pequeño que, como ella misma decía, quedaba en buenas manos. Era una ignorante mujer que sabía de la vida, una mujer que podía adentrarse en los corazones ajenos sin carta de presentación. Captaba las mentiras al vuelo, las palabras mal intencionadas y a la gente ruin. Por eso sabía de los

pesares del hombre, de la pena de una ausencia, de la carga de un dolor. El ama comprendía que cada vez que miraba a su hijo reconocía a la mujer que había amado, que había perdido y descargaba entonces su pesar dejándole marchar, permitiéndole durante unas horas no contemplar la dolorosa contradicción de una desdicha a la que no podía dejar de querer.

Manuelín apenas tenía conciencia de esos años sino a través de las palabras y las anécdotas que otros contaban, pero en su corazón, anclado con fuerza, se mantenía el afecto, el sentimiento, la constatación de sentirse querido. El hueco que tan prematuramente había dejado la ausencia de una madre se ocupó con prontitud con todos los cuidados y la dedicación de los que le rodearon al llegar a la casa.

El niño tenía nueve años cuando las cosas cambiaron. Eso sí que lo recordaba claramente y así se lo relató a Paola, que escuchaba bebiendo con ansia cada una de aquellas palabras. Acababa de llegar del colegio y estaba en la cocina tomándose un vaso de leche con pan. Todas las mujeres le hacían fiestas, le daban un sonoro beso al pasar o le revolvían el pelo. Matilde había salido a hacer unas compras. Cuando terminó la merienda, se bajó a jugar a la calle con sus amigos.

Acababan de leer en la escuela la historia de Juana de Arco, sus hazañas y su muerte. Don Luciano, el maestro, les había hecho aprenderse toda la historia y para no sufrir en sus carnes el dolor de un reglazo eran capaces de recitarla de memoria sin apenas respirar unos instantes. Aburridos aquel día, sentados contra la pared de una lechería, no se decidían a qué jugar. Alguien entonces propuso jugar a Juana de Arco. Aunque en un principio la idea no tuvo mucho éxito, sobre todo porque la protagonista era una chica, poco a poco fueron tejiendo en sus mentes infantiles una historia paralela a su medida, una historia donde Juana huía de sus captores reales apoyada por su ejército, mientras sus enemigos trataban de darle alcance. De repente, Juana de Arco dejó de ser mujer para convertirse en un Pascualín que corría como alma que lleva el diablo para no ser atrapado. Pasaron media tarde capturando y soltando a la Santa, haciendo pactos, pagando rescates... Cuando ya empezaba a oscurecer, y con la Santa atada con el cordón de un zapato a un pequeño arbolito de un jardín, decidieron que ya era hora de quemarla. Recogieron trocitos de ramas de aquí y de allá, papeles de esos que se quedaban pegados en las rejas en los días de viento, pedacitos de madera de las cajas de fruta... y fueron depositando todo a los pies de Pascualín, que asistía atento y feliz a los preparativos. Después rodearon de piedras todo, dejando cuidadosamente los pies del niño en el centro. Manuelín, que era el capitán del equipo captor, dio la orden de encender la hoguera, pero en ese mismo instante se dieron cuenta de que no tenían nada para hacer fuego. Dejando a todas sus tropas alrededor del condenado y a los enemigos detrás de él, arrodillados y atados con los cordones de los zapatos a la verja, Manuelín salió corriendo como un rayo en busca del tan ansiado fuego antes de que Matilde le mandara subir a casa.

El niño entró en la cocina, se acercó al fogón, cogió del cesto una pequeña lámina de madera, de esas que se usaban para encender el fuego y con unas pinzas la introdujo por la portezuela hasta que se incendió. La sacó con cuidado y poniendo una mano delante de la llama se dispuso a volver a bajar. Era la hora de preparar la cena de los señores, esa hora en la que el trajinar de la casa era una constante de idas y venidas, de prisas y nervios y por esos azares con los que la vida nos regala o nos castiga, Manuelín fue capaz de hacer todas estas maniobras sin que nadie reparara en él. Bajó las escaleras con cuidado, mirando con un ojo los escalones y con

el otro la llama, inconsciente por completo de las consecuencias de su juego. Tampoco Matías estaba en su habitáculo de cristales y no pudo sobresaltarle la visión del pequeño que, como una aparición fantasmal, emergía por las oscuras escaleras de servicio iluminando su cara y controlando que la llama no se apagara, para lo que llevaba una mano protegiéndola.

Fue recibido con una ovación por parte de sus amigos, incluidos los derrotados y la sonrisa del condenado a la hoguera. Todos se arremolinaron alrededor de Pascualín, atado al enclenque tronco, para escuchar de labios del capitán la historia al completo, que recitaría como una oración de despedida y como si estuviera con don Luciano delante, tras lo cual, en un silencio reverente, acercó a las ramitas la pequeña e improvisada antorcha.

El sonido silbante de una bofetada y su estallido final rebotó en el aire y rompió el silencio que instantes antes había sobrevolado a los niños. Unos enormes pies aplastaron las ramitas en las que comenzaba a prenderse el fuego y unos brazos cual tentáculos aferraron fuertemente a Pascualín, separándole de su trampa, lo que provocó el chasquido seco del débil arbolito al quebrarse, a la vez que, con lentitud, un cordón mal atado de un zapato marrón se deslizaba hasta el suelo. Todo ocurrió tan deprisa que los niños apenas si llegaban a comprender qué había pasado y en qué orden habían sucedido las cosas. Con una voz grave y seca, Julián mandó a todos los chicos a casa, no sin antes preguntarle a Pascualín si se encontraba bien y si le dolía algo. Los del bando de Manuelín, en libertad, no perdieron un segundo en salir corriendo. Los que se encontraban amarrados a la verja tardaron un poquito más, no mucho, porque los nudos eran improvisados, de mentira, como dirían ellos. La cara del muchacho condenado era un poema, encaramado a los brazos del hombre, pálido de miedo, no por ser consciente de lo que había estado a punto de ocurrir, sino por la mirada furibunda que lo sostenía. Frente a ellos el hijo de Julián contenía las lágrimas, como tantas veces, en un puchero indeterminado, sujetándose la mejilla enrojecida con una mano y con la cabeza ladeada en un gesto de incomprensión infinito.

Cuando por fin Pascualín se hubo marchado, Julián se encaró con su hijo.

—¿Pero tú estás loco? ¿Me puedes explicar qué pretendías?

Manuelín no podía contestar nada, su mente era un remolino donde las ideas, las sensaciones y el dolor se mezclaban en una melaza de injusticia. Su padre nunca le había pegado, nunca le había levantado la voz, nunca lo había mirado con aquellos ojos de lunático enfebrecido y rabioso que lo aterraban. Sin darse cuenta, un líquido caliente abochornó sus pantalones, sin control. No era consciente de dónde procedía, pero el olor del orín es siempre inconfundible. Ante su silencio, el padre tomó de un brazo al niño y lo arrastró hasta la casa como si fuera una marioneta, lo condujo a las escaleras, que subió en volandas sin casi rozar los escalones, fue directamente a su habitación sin detenerse en la cocina y sin encontrar a nadie a su paso y lanzó como un muñeco a su hijo contra la cama, donde este rebotó y, una vez parado, se apretó contra la pared, haciéndose un ovillo con la firme convicción de que su padre lo mataría allí mismo. El hombre daba vueltas por la habitación como un animal cautivo y de vez en cuando paraba repentinamente frente a una pared y resonaba un golpe seco contra ella, lo que aterraba aún más, si ello era posible, al pequeño.

—No te muevas de aquí bajo ningún concepto —le ordenó por fin. Y dando un portazo

salió de la habitación dejando entre aliviado, confuso y asustado al niño.

Cuando volvió, Manuelín se había quedado dormido contra la pared, hecho un ovillo, enredado entre sábanas y mantas. Su rostro, aun en sueños, era de confusión y miedo y de vez en cuando un hipido quejoso salía de sus labios como un suspiro de dolor. Julián se quedó mirando durante unos instantes a su hijo y se arrepintió de su violencia. Ella hubiera sabido llevar las cosas mejor, pensó, pero no estaba allí y él tenía facilidad para perder los nervios, los críos eran cosa de mujeres. No se había quitado los pantalones y el olor a orina flotaba por todas partes. Le llamó para que despertara y así poder limpiarle, pero cuando abrió los ojos, la cara de terror que puso le entristeció tanto que estuvo a punto de llorar.

Por eso llamó a Matilde, para que le ayudara, porque cuando la figura rotunda de aquella mujer se asomó a la puerta, el niño respiró con alivio, le lanzó los brazos y se aferró a su cuello. Con palabras dulces, la mujer se zafó de su abrazo, llenó una palangana de agua con jabón y sacó una toalla limpia del armario para después desvestirle y lavarle completamente, ponerle el pijama y sentarle en el lecho de su padre. Una vez estuvo acostado y ante los ojos perdidos de Julián, le interrogó.

—¿Cómo se te ha ocurrido esa idea, mi niño? —comenzó a preguntar.

—¿Qué idea? —contestó el pequeño con los ojos interrogantes.

—¿No te has parado a pensar que podías haberle hecho mucho daño a tu amiguito? ¡Podías haberle quemado!

Y fue en ese instante, cuando la parálisis del miedo comenzó a remitir, cuando Manuelín empezó a ser consciente de la magnitud de los actos, de las consecuencias de su juego, de la posibilidad de un daño irreparable, y se sintió angustiado. Comprendió entonces el enfado de su padre y sus ojos iracundos, la bofetada, el coger a su amigo en brazos, lo comprendió todo y se sintió morir.

—He sido muy malo ¿verdad, ama? A los niños como yo no los quiere Dios.

Aquella fue la primera vez que lloró, saltándose el preámbulo del puchero, lejos de ladear la cabeza, lloró y lloró con un llanto tan desconsolado que partía el alma, un llanto que se movía a través del aire y llenaba la casa de toda esa tristeza, colándose entre sillones, en almohadones y camas, entre las cacerolas, lamiendo las cuberterías de plata; una tristeza que esa noche encogió el corazón de los que durmieron entre aquellas paredes, en un no saber el origen de tanto desánimo.

Cuando por fin, entre hipidos y lágrimas, el niño se durmió, Julián y Matilde tuvieron una larga conversación en la cocina. Tanto mimo y tanto besuqueo no eran buenos para el desarrollo de un chico, según palabras del padre, por lo que había tomado una decisión. El niño necesitaba límites, ya estaba bien de andar escondido entre las faldas de las mujeres de la casa. A partir de aquel momento ayudaría a su padre en las horas libres, ya era hora de que tomara las riendas de la educación de su hijo. Matilde trató de convencerlo de que aún era muy pequeño, pero el hombre no cejó en su idea. Cargado de ira aún, y sin querer escuchar los argumentos de doña Matilde, que no se rendía, dejó a su frustración tomar la palabra.

—Además, usted no es su madre y ya es hora de que se dé cuenta.

Esas palabras hirieron al ama en lo más hondo de sus entrañas, hirieron a la mujer que sabía con seguridad que nunca tendría hijos, fracasando en aquello para lo que las mujeres fueron creadas, una idea que la había martirizado a menudo en las noches de soledad. El cielo había sido benevolente trayendo de la nada a Manuelín, a su pequeño, a aquel que le había hecho olvidar sus ansias, los momentos en los que su reloj biológico se quejaba de la aridez de su útero, y se había sentido partícipe de todo lo que concernía al muchacho. Por eso se levantó orgullosa, intentando contener unas lágrimas inoportunas, y ajustándose el chal que cubría su bata, contestó con brevedad y un deje de amargura.

—Pues que sea como usted quiera, para eso es su padre.

—No he pretendido herirla, Matilde, no me interprete mal, yo solo quería...

—No me ha herido, me ha recordado una verdad que quizás yo había olvidado. Muy buenas noches, Julián —lo interrumpió. Y se marchó.

Julián se quedó solo en aquella cocina oscura, únicamente iluminada por los rescoldos del fogón, que creaban sombras irreales bailando lentamente sobre las amarillentas paredes tapizadas de gris. Sentado en la enorme mesa, con la cabeza entre las manos, se sintió el hombre más triste y solitario del mundo, se sintió un ser diminuto en un mundo de gigantes, vapuleado por las circunstancias. Pero lo que más le preocupaba en aquel momento era el dolor gratuito que acababa de ocasionar a los que quería. ¿Cómo poner límites cuando él carecía de ellos? Su lengua, siempre tan controlada, se había desbocado, llevándose a su paso todo lo que encontró. Había aterrado a su hijo sin darle la explicación del porqué de sus actos, había entrado como un energúmeno en la cocina chillando que todas aquellas mujeres que se habían preocupado de él, que lo habían querido y cuidado como propio, eran las culpables del desatino de los hechos de la tarde, y para rematar la faena, había regalado esas odiosas palabras a quien tanto le había ayudado. Había sido injusto y cruel y no tenía ni idea de cómo remediarlo.

A partir de aquella noche nada volvió a ser como antes para el niño, siempre sintió el calor y el consuelo del ama, pero en la distancia. Lo que Julián y Matilde hablaron esa noche él no lo sabía, pero lo que sí ocurrió es que desde entonces sus madres dejaron de serlo y su padre se hizo cargo de su educación. Ya no era tratado como un niño y, sin entender la razón de tanto cambio, perdió sus prebendas de mimado y comenzó su camino hacia el ser adulto en el que se convertiría.

—¿En serio que estuviste a punto de quemar a uno de tus amigos? —preguntó con incredulidad Paola.

Manuelín asintió con gesto fingidamente compungido y un asomo de sonrisa en la comisura de los labios.

—Ahora no es más que el recuerdo de una trastada. Nunca quise hacer daño a Pascualín. Al día siguiente la madre de mi amigo le dijo a mi padre que yo debería llevar un bozal y no dejarme salir por ahí solo, que era un peligro. Cosas de críos, ya sabes.

Traspasaron unas bellas y altas verjas y se introdujeron en un hermosísimo jardín que hizo brillar los ojos de Paola. El muchacho explicó que estaban en El Retiro, uno de los parques más grandes y bellos de Madrid. La primavera había llegado con fuerza y el verdor resplandecía bajo la luz del sol, salpicado de hermosos y floridos colores. En sus paseos se mezclaban señoritas con sombrillas y sombrero y caballeros con bastón, niñeras llevando cochecitos de bebé, soldados y criadas, niños que correteaban por todas partes; todos paseando con parsimonia, todos disfrutando de una primaveral tarde de domingo. Manuelín observó los ojos de su acompañante, nublados por una extraña melancolía, unos ojos que nunca habían visto nada igual. No sabía que ese reducto de naturaleza, ese trinar de pájaros, ese siseo de las ramas de los árboles bailando bajo la brisa habían traído a la mente de Paola la añoranza de otros momentos, de otras primaveras; y un recuerdo doloroso de los suyos, a los que tanto echaba de menos, se imprimió en su mirada.

El muchacho, percibiendo ese semblante y a través del silencio, comprendió que su amiga guardaba una honda tristeza de ausencias en el fondo de su corazón. Preguntó discretamente, sin querer molestar, sin querer saber una verdad tan evidente.

—Alguien te espera, ¿no? —su voz grave se apagó como la llama de una vela bajo la brisa del mar.

Paola le miró sin comprender. Durante unos instantes reflexionó aquellas palabras y lentamente fueron tomando sentido.

—Mi pueblo no es tan bello como este jardín —comentó—, pero es mi pueblo. Allí está toda mi familia, mis amigos y mi mundo.

Entonces el pesar de la ausencia se fue desbordando a borbotones por su garganta sin apenas pasar por su mente. Le explicó cómo por las mañanas el canto de los gallos despertaba a la familia, le habló de su hermano, que se llamaba como él, de sus travesuras, de sus complicidades, de su cariño. Le habló de su madre, de sus manos fuertes, del aroma de su pelo a hierba recién cortada, de la seguridad de sus abrazos; de su padre, que con una sonrisa iluminaba el mundo; de su casa, de los campos, de la feria. Le contó cómo en tardes de primavera como aquella, toda la familia, cargada con pan, chorizo, agua y vino caminaba hasta la cruz de piedra, que no sabía por qué estaba allí, pero que la recordaba desde siempre, límite del pueblo y los campos, y esperaban jugando y comiendo a que apareciera su padre por el camino con la mula Claudia.

—¿La mula se llama Claudia? —interrumpió Manuelín, controlando una carcajada.

—Sí, se llama Claudia en honor a una del pueblo que tenía fama de terca. Murió antes de que yo naciera, pero conozco la historia, mis padres la han contado un millón de veces y siempre se ríen —la voz de Paola, liberado su corazón en aquellas confidencias, volvía a ser la de siempre y la risa, de nuevo, surcaba su rostro.

Como había prometido el muchacho, mucho antes de que anocheciera ya estaban a las puertas de la iglesia despidiéndose, sabían que en pocos minutos volverían a encontrarse en la casa, pero la magia que protegía sus confidencias de ojos y oídos impertinentes habría desaparecido. Al entrar en el portal, Matías levantó la mano en señal de saludo y salió de su

madriguera unos instantes.

—¿Qué? ¿Ya volvemos del paseo? —comentó con picardía.

—Buenas tardes, Matías —contestó Paola con educación—. Sí, ya nos recogemos, que aún tengo muchas cosas por hacer.

—No es bueno que las mozas anden solas mucho tiempo —insistió—, o a lo mejor iba acompañada...

Paola hizo un gesto que trató de ser una sonrisa e iniciando el ascenso por las escaleras, se despidió. Siempre había creído que las cosas serían diferentes en la ciudad, en su mente concibió que sin lavanderas y sin río, los cotilleos se perderían entre la muchedumbre y que a nadie importaría lo que hiciese el vecino, pero pronto había comprendido que la obsesión humana por vivir las existencias de los demás era una constante en los corazones, tanto como la envidia o el egoísmo. Resultaba gratificante asistir a las historias ajenas, opinar cuando ya eran patentes las consecuencias, criticar lo que evidentemente estaba mal visto, condenar lo que estaba mal hecho. Era como ver los toros desde la barrera, una vida que no era la tuya, que no te llenaba de frustraciones ni de miserias, una historia sobre la que posar las manos sin mancharte de responsabilidad.

Metió la llave en la cerradura con un sabor a indignación en los labios, suspendido allí por las mal disimuladas palabras de Matías. Se dirigió directamente a su habitación, donde se encontró con Paca, que zurcía ensimismada unos calcetines. Al oírla entrar levantó los ojos y sonrió.

—¿Qué tal fue la tarde? Parece que vienes con mejor color ¡Lo que hacen las buenas compañías y el sol! —dijo, dejando escapar un sonoro suspiro y sonriendo con fingida ingenuidad. Después continuó con sus labores.

Un monstruo de enormes proporciones se iba gestando en las entrañas juveniles, un monstruo rebelde que amenazaba con romper las cadenas que lo ataban a las normas para explotar, sin remisión, ante la injerencia en su vida y su mundo. Sin decir una palabra se dio la vuelta, se desnudó y se puso una bata, mientras con cuidado doblaba su único vestido. Tenía las orejas coloradas, sentía palpitar sus sienes y una rabia ciega merodeando como una hiena cerca de un moribundo, provocaba un gusto amargo en su paladar. Recordaba la historia que años atrás había oído contar a su prima, una historia entendida a medias en aquellos momentos, pero que no dejaba de ser una enseñanza en los presentes. No estaba dispuesta a estar en boca de nadie por algo que no tenía nada que esconder, un cariño fraternal y una tarde de confidencias era todo lo que podía confesarse, un tesoro para su corazón que acabarían por destrozar, si no eran muy cuidadosos, aquellos para los que la vida era tan triste que disfrutaban dinamitando la ajena. Respiró hondo tratando de serenarse. Paca, desde su puesto de costura cerca de la ventana, observaba su silencio con interés y un punto de incomprensión, pero cuando Paola levantó la vista y sus ojos se cruzaron, descubrió la ira de su alma.

—Preferiría que te guardaras tus comentarios —dijo por fin, intentando controlar el tono de su voz, que aun así sonaba tembloroso.

—Chica, cómo venimos, ¿no? Era solo una broma, pero parece que doña nombre raro no está para chistes —contestó ofendida Paca, volviendo a su aguja—. Si no te ha gustado el paseo o la compañía, no vengas a mí con cuentos.

—Lo que no me ha gustado son las insinuaciones, porque lo que yo haga en mis días libres es mi problema y si lo paso bien o no, también. Preocúpate de tus cosas, que falta te hace y deja las mías en paz.

—Oye, guapa —Paca dejó su costura y se levantó del taburete donde se sentaba—, a mí no me hables así que te arrastro de los pelos. ¿No te digo, la pava esta? ¿Qué se habrá creído?

—¿Tú a mí? Antes de que me toques un pelo…

En el momento en el que las dos muchachas se encaraban como dos gallos de pelea, atraída por las voces que resonaban por la silenciosa casa, como los truenos de una tormenta de verano, apareció en la puerta la inmensa figura de doña Matilde. Durante un instante todo quedó en suspenso, las últimas sílabas aún rebotaban contra las paredes y la tensión de las palabras que estaban a punto de ser pronunciadas, podía agarrarse con las manos. La mirada de Matilde iba de una a otra sin entender qué pasaba allí y, por fin, el mundo que había detenido su marcha volvió a girar.

—¿Alguien me puede explicar a qué vienen estas voces?

Paola y Paca comenzaron a hablar a la vez, cada una dando sus razones y sus mentiras. Paola sabía que había pagado con Paca su malhumor, era la contestación que no le había dado a Matías y la desesperación por las insinuaciones injustificadas a su paseo. Paca sabía que la envidia había tendido su manto en ese domingo que otra había disfrutado y ella no. Pero lo que se oía en aquel ir y venir de acusaciones eran cosas muy distintas.

—¡Callad de una vez, que no me entero de nada! —gritó por fin doña Matilde—. Ven conmigo, Pau.

Ambas jóvenes quedaron en silencio mirándose con inquina, pero las órdenes del ama no se podían desobedecer y aunque los rencores bailaban en el espacio, el silencio se hizo en el cuarto. Paola siguió al ama por el pasillo con el monstruo aún royéndole las entrañas, con las rodillas temblándole de ira y el llanto a punto de estallar. Trató de tranquilizarse, porque su instinto le amenazaba con otra batalla en la que tenía mucho más que perder, pero el monstruo nunca se detenía, una vez rotas las cadenas, se movía a su antojo robándole las palabras. Contra todo pronóstico se detuvieron en la puerta de la habitación del ama, sacó una llave de las muchas que colgaban de su cinturón y con un dulce chirrido abrió la puerta.

Paola nunca había estado en aquella estancia, pero su mente en esos instantes no estaba para detenerse en detalles, lo único que llamó su atención fue la enorme cama que ocupaba todo el centro. El ama se sentó junto al cabecero, provocando un lastimero crujir de muelles, e indicó a su acompañante que hiciera lo mismo, dando unas palmaditas en la colcha. Después comenzó a hablar con un tono dulzón que descolocó por completo a su interlocutora.

—¿Vas a decirme la verdad? —preguntó.

Paola dudó unos instantes, aquella forma de hablarle desordenó su ira y puso en guardia al monstruo. Tenía el ceño fruncido y la mirada perdida en una vieja imagen de la Virgen de los Desamparados colocada sobre una antigua coqueta de madera.

—¿La verdad de qué? —contestó.

—De todo.

Paola comprendió que en aquel momento tenía la oportunidad de comportarse como la mujer que ella consideraba que era, o como la niña que se esconde del inexistente hombre del saco, y dejando que su orgullo hablara por ella, asintió.

Y entonces le habló de Matías y de sus insinuaciones, le habló de las personas que provocan dolor con sus mentiras o con sus medias verdades, que para el caso es lo mismo, le habló de la pelea con Paca, de su sonrisita cargada de intenciones, le habló de dar explicaciones, de ensuciar lo que no tenía nada de malo. Y por fin reconoció que aquella tarde había salido con Manuelín a dar un paseo y que si se habían escondido fue precisamente para evitar todas esas murmuraciones ofensivas, que no habían logrado salvar. Lentamente la rabia se fue convirtiendo en angustia y la angustia en llanto, y cuando las lágrimas impidieron continuar con las palabras oyó la voz, extraña a sus oídos por el tono de confianza, de doña Matilde. Y entonces creyó a Manuelín y sus historias del cariño que el ama le prodigaba, preguntándose cuántas veces aquel muchacho habría estado en esa habitación y si volvería a menudo.

—Las cosas son así, Pau, y tienes que aprender a convivir con ellas. No es normal que pudiendo encontrar compañeras, amigas con las que compartir secretos, lo hagas con un hombre. La amistad entre hombres y mujeres no existe, no fueron creados para entenderse como amigos y siempre la cuerda acaba por romperse en algún lugar. Yo sé que todavía no hay nada de malo entre vosotros, pero él es el gallo en este corral y la gallina que lo acapare será mal vista por las demás. Y no pienses que es porque ellas quieran algo, sino porque tú lo tienes. Los seres humanos somos así de egoístas. —Paola, entre hipidos, asintió con la cabeza.

—Es un buen chico, yo le conozco bien, pero es un hombre y los hombres traen problemas —continuó—, que suelen pagar las mujeres. Si os obstináis en vuestra amistad tendréis que estar preparados para esto, sobre todo tú, que como mujer estás obligada a un comportamiento ejemplar.

De repente se calló y, sobresaltada, se levantó con una agilidad inusitada.

—Es hora de ir a preparar la cena. Acompáñame —ordenó con la voz metálica de siempre, haciendo creer a Paola que había vivido un espejismo.

Salieron de la habitación y se dirigieron a la cocina, donde un inusual silencio sobrevolaba los fogones. Doña Matilde, con órdenes precisas, fue poniendo en marcha toda la maquinaria de trabajo, que aquella noche se realizó bajo la capa de las novedades. A Paca le había faltado tiempo para reunir a sus compañeras y contar, a su manera, los sucesos de la tarde, añadiendo algunos datos de su cosecha y la firme convicción de que se veía con Manuelín a escondidas... a saber qué se traían esos dos entre manos. ¡Pues qué se van a traer! había añadido Amalia y todas se habían echado a reír. Seguro que se han enfadado y la boba esta la ha tomado contigo, había

añadido Julia. Por eso, cuando el ama y Paola entraron en la cocina, todas las miradas se concentraron en la muchacha, que sintió como puñales cada uno de esos ojos que a ella se le antojaron acusadores. Pero Paola no estaba dispuesta a dejarse intimidar y sostuvo la cabeza firme en todo momento. Evidentemente era un hecho que doña Matilde se había reunido con la interfecta, lo que no imaginaban eran las palabras que allí se pronunciaron, pues todos pensaron que la bronca monumental que habría recibido bajaría los humos de aquella paleta desvergonzada. Antes de irse a la cama, cuando todo estaba recogido y la penumbra se hacía dueña de la cocina para que sus habitantes la poseyeran, el ama se acercó a Paca y Paola.

—No quiero ni una palabra más entre vosotras. Si vuelvo a oíros hablar un poco más alto de lo normal, os pongo a las dos de patitas en la calle, ¿entendido?

Las dos asintieron sin mirarse a la cara, llenas de ese rencor femenino que no olvida las traiciones. Aquella noche Paola no se quedó a la tertulia y Manuelín tampoco apareció. Las paredes de la casa también tenían oídos, como los adobes del pueblo, y habían contado la historia a quien quiso oírla.

El ambiente se despertó enrarecido, Paca había dejado las cosas claras en la velada nocturna, estarían con ella o contra ella, y no había tenido demasiados problemas en poner a todas de su parte, una tarea fácil si se tenía en cuenta que Paola nunca tuvo verdadera confianza con ninguna y que Paca era muy temida.

—Esa lo que quiere es pillar novio y como Manuelín es un trozo de pan… la muy bruja, y parecía una mosquita muerta, pero a saber desde cuándo se ven estos. Ni que valiera nada la chica, un manojo de huesos sin formas, eso es lo que es.

—Otras cosas tendrá —las carcajadas surcaban el aire y rozaban los sentidos de Paola que, sin querer oír, sabía lo que se estaba diciendo.

Durante todo el día Paola se entregó a sus quehaceres con dedicación. Doña Matilde, conocedora de las tormentas que azotaban su reino, la mandó a lavar para que no se viera en ningún momento con las demás, dando así tiempo para que fueran olvidándose las afrentas, lo que no evitó que una preocupación sorda llenara sus pensamientos de intranquilidad. Durante la cena, un vacío palpable se le hizo a la muchacha que, en un rincón de la mesa y con la cabeza gacha, tomó su sopa en silencio, el mismo silencio que se apoderó de todos cuando Julián y su hijo aparecieron en la cocina y el muchacho ocupó la silla contigua a Paola. Pocos minutos después ésta se levantó, recogió sus cosas, lavó su plato, su vaso y sus cubiertos, se puso el chal y se marchó murmurando una despedida. Manuelín engulló a medias la comida y salió detrás de la muchacha, que ya se disponía a entrar en la cama. En la cocina las miradas de complicidad y desaprobación iban y venían como dardos cargados de un veneno mortal y contagioso.

Al llegar a la puerta del dormitorio de servicio, el hijo de Julián llamó con suavidad y pidió a la muchacha que por favor saliera, porque tenían que hablar. Al principio Paola puso la excusa del cansancio, pero la insistencia desesperada del chico y la constatación de que en algún momento habría de enfrentarse a la situación, la convencieron y salió.

—¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar a mañana? —preguntó Paola con disgusto, como si nada de todo aquello fuera con ella.

Manuelín no sabía qué decir y un silencio denso se estableció entre los dos jóvenes, que únicamente fueron capaces de sentarse en los peldaños de la escalera que tantas confidencias había escuchado. Por fin, sacando fuerzas de algún lugar desconocido, la voz grave del muchacho se elevó sobre el silencio de la noche, mientras sus manos daban vueltas sin cesar a un palillo de madera.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, sé que ha sido culpa mía, por insistir en que paseáramos a escondidas. Has discutido con tus compañeras y Matilde te ha echado la bronca. Me siento fatal, no sé qué hacer para que las cosas vuelvan a ser como antes…

—Nada va a volver a ser como antes —interrumpió Paola—, pero no te sientas mal, la culpa fue de los dos, nadie me obligó a nada, pero eres la única persona con la que puedo hablar, así que espero que no me falles tú también.

Manuelín puso cara de desconcierto, iba decidido a despedirse de su amiga, de sus charlas, de sus risas. La había puesto en entredicho, incluso en aquellos instantes estaba seguro de que había dado pie a murmuraciones, y sin embargo ella le pedía apoyo. Su corazón descolocado no sabía cómo latir, y una sequedad en la boca anunciaba su desorientación. Todo lo que había pensado, los dolores que había imaginado, las palabras que había preparado, todo, se convertía en polvo que se escapaba por los resquicios de su entendimiento.

—No estoy dispuesta a avergonzarme de nada que no he hecho, lo que cada uno quiera pensar es su problema, pero no tengo ninguna intención de renunciar a nuestras conversaciones, a nuestros paseos ni a nuestro mutuo apoyo. Somos amigos, eso es todo, simplemente amigos. Y si a alguien le molesta, que no mire, como dice mi padre. Y ahora me voy a ir a la cama y tú te vas a ir de aquí, que ya bastante hemos dado que hablar por hoy.

Y con estas palabras se levantó de las escaleras, muy erguida, le deseó las buenas noches a su amigo y se metió en el cuarto, dejándole sujeto a la madera de los escalones con los clavos invisibles de la sorpresa.

A partir de aquel día Paola mantuvo un trato distante y puramente doméstico con sus compañeras, evitando cualquier conversación personal, centrándose en sus responsabilidades y en que doña Matilde se encontrara satisfecha con su trabajo. Manuelín, por su parte, siguió siendo su amigo y su confidente. Muchas noches se sentaban en las escaleras, a la vista de todos, a charlar, porque ambos evitaban ya sistemáticamente las tertulias de la cocina, y casi todos los domingos quedaban para pasear juntos, seguidos por las miradas más o menos envenenadas de los habitantes de aquella ficticia familia. De la mano del joven Paola fue conociendo la ciudad, perdiéndole el miedo, admirando la belleza de palacios y jardines, de plazas, fuentes y edificios. Ya no salía con el corazón encogido de temor, no le asustaba perderse, había aprendido a reconocer la estación de metro que la acercaría a su casa, el tranvía cuya parada estaba a solo dos manzanas de su hogar, el nombre de las calles por las que se movía.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —le preguntó Matilde un día, mientras doblaban la ropa.

— ¿Segura de qué? —se asombró Paola.

—De dar tanto que hablar.

—Se habla más cuanto menos se tiene que decir. Ya le dije en una ocasión que Manuelín y yo somos amigos, no sé qué tiene eso de malo.

Doña Matilde meneó la cabeza con resignación, mientras pensaba que aquella muchacha era más terca que una mula, que no hacía caso al buen criterio de quien sabía mucho más de la vida, y que acabaría teniendo problemas o provocándolos, antes o después.

5

Los gritos despertaron a toda la casa, unos gritos profundos y desgarrados, gritos femeninos como los de las parturientas, sonidos lastimosos que colapsaban la sangre de los que los oían. Las chicas aún no habían tenido apenas tiempo de desperezarse cuando el ama apareció en la puerta de la habitación de las criadas con el pelo revuelto, los ojos aún somnolientos y las manos temblorosas, apretando los bordes de la grisácea toquilla de lana contra la pechera del arrugado camisón. Las muchachas desde sus camastros la miraban sin comprender, observando las desdibujadas formas de su rostro a la tenue luz del alba. Pero poco duró su turbación, unos instantes después todo estaba en marcha, doña Matilde había ido desgranando órdenes con su eficacia de siempre y en pocos minutos aquellas criadas sabían que la señora, doña Hortensia, estaba enferma, padecía unos fuertes dolores en el vientre que hacían que se retorciera entre las sábanas y diera los inquietantes alaridos que empezaban a ser insoportables. Don Alejandro había salido con presteza de la casa en busca de su amigo y doctor de la familia, Manuel Tapia, y Hortensita miraba a su madre y le tomaba la mano sin saber qué hacer ante los accesos y los gritos de la siempre bien educada señora.

Poco después oyeron las llaves en la puerta y los pasos apresurados de los dos hombres, que se dirigían sin demora al cuarto de la enferma. Fue entonces cuando el ama tomó el pasillo que conducía a las dependencias principales para quedarse en la puerta por si sus servicios eran requeridos para cualquier menester.

La visita del médico duró apenas diez minutos, pues poco tiempo le hizo falta para dar un diagnóstico, tranquilizar a una horrorizada mujer que con ojos llorosos se aferraba a su brazo preguntando si se iba a morir, y comentar con el señor Alejandro cuál era el mal que aquejaba a su esposa. En realidad, era bastante extraño que con la edad de doña Hortensia aún, en algunas ocasiones, pudiera ovular. Aquello no eran ni más ni menos que los dolores propios de una menstruación anómala, después de varios meses en los que la sangre no había vuelto a aparecer.

—Su mujer ya tiene una edad en la que la mayoría de las señoras hace tiempo que dejaron de ser fértiles. Pero cada cuerpo sigue su propio ritmo y, al parecer, cuando ya creía doña Hortensia que había acabado, vuelve una vez más. No es nada de importancia, sangrará unos cuantos días como cualquier mes, y esperemos que sea la última vez, pues al parecer los dolores en estas circunstancias son cada vez más fuertes.

—¡Qué alivio! Así que seguimos con esos trastornos de las mujeres —caviló el esposo—. Últimamente está un poco desquiciada, eso es verdad. Menudo susto me ha dado, porque cuando se puso a gritar pensé que algo se había roto en su interior. Perdona que te haya sacado de la cama a estas horas.

—¡Las grandezas de ser médico, Alejandro! No te preocupes, yo también me voy haciendo viejo y el sueño no me ataca como cuando tenía veinte años, ahora con cinco o seis horitas es suficiente. De todas formas, te voy a dejar unas recetas para que tengáis siempre algún remedio eficaz contra los dolores. Ahora le he dado un tranquilizante y necesito hablar con Matilde para

que prepare una bolsa de algodón con sal caliente dentro para que se la ponga en el vientre. Esto aliviará momentáneamente los síntomas.

El médico se sentó en la mesa del salón y de su maletín sacó un recetario, donde fue escribiendo con una letra muy gótica, de decoradas mayúsculas, una serie de remedios a base de plantas en su mayoría, ingredientes que sería necesario ir a buscar a la botica. Baños de sales de magnesio, mejorana silvestre que habría de mezclarse en una copa de vino, infusiones de salvia, muérdago y carqueja, o de artemisa, caléndula y cola de caballo. Mientras tanto, don Alejandro llamaba a Matilde para transmitirle las órdenes que, momentos antes, había propuesto el médico. Los gritos de doña Hortensia habían desaparecido y únicamente algún suspiro profundo salía de su garganta, suspiro que apenas rozaba los oídos de su hija, a quien el sueño lentamente iba venciendo. Después de despedirse con afecto, don Manuel salió de la casa seguido de las disculpas reiteradas de su amigo por haber interrumpido su descanso por tan poca cosa.

La tranquilidad volvió a aquel hogar, las ollas con el agua hervida quedaron abandonadas en los fogones apagados y únicamente se calentó sal, que se envolvió en un trozo viejo de sábana de algodón y que doña Matilde en persona fue a llevar a su señor, quien con palabras cansadas le indicó que fuera ella misma quien hablara con su mujer, porque aquellas no eran cosas que incumbieran a los hombres.

—Dígale que dormiré en la habitación de invitados para que no se sienta incómoda y pueda preocuparse de lo suyo con intimidad —le indicó don Alejandro en tono fatigado.

El ama calló lo que estaba pensando, la molestia que le provocaba esa facilidad masculina para evitar sus responsabilidades en cualquier problema en el que encontraran la más mínima justificación por la que escaparse. Con estos pensamientos se encaminó a la alcoba principal y allí se encontró otro espectáculo más de egoísmo humano.

Doña Hortensia, todavía con los ojos enrojecidos y llorosos, tranquilizada por las palabras del doctor, estaba tumbada en posición fetal, agarrándose el vientre con las manos y respirando profundamente con el fosco y canoso pelo despeinado, embutida en aquel camisón blanco que apenas si podía contener sus generosas carnes. En su mirada, que desaparecía de vez en cuando bajo los párpados, podían leerse los efectos del tranquilizante y del intermitente dolor de sus entrañas. A su lado, frente a ella, en un inmenso butacón que había acercado, Hortensita dormía plácidamente con los pies encima de la cama de su madre y la boca abierta. De tanto en cuando un leve ronquido flotaba en el aire. El ama sintió hervir su sangre ante tal falta de sentimiento, ante tal falta de responsabilidad y con una brusquedad que sobrepasaba los límites de la confianza, despertó a la joven y la mandó de vuelta a su dormitorio, cosa que ella hizo sin apenas abrir los ojos y sin ser consciente de lo que había ocurrido. Acto seguido separó los brazos de la señora, que no puso ninguna objeción, y colocó la improvisada bolsa, todavía muy caliente, en el espacio que se abría por encima de sus piernas dobladas.

—Esto enseguida le hará efecto y conseguirá que los dolores se vayan —susurró con ternura —. Ahora intente dormir, que mañana se despertará como nueva, yo me quedaré a su lado por si necesita algo. Don Alejandro me pidió que le dijera que dormirá en la habitación de invitados para que así se encuentre usted más a gusto.

La mujer asintió sin decir una palabra. Cuando por su rítmica respiración el ama comprendió que estaba dormida, sin hacer ruido abandonó la estancia y volvió a la cocina, pues ya no era hora de irse a dormir. En pocos minutos su ejército estaría en pie, dispuesto a recibir las órdenes del día para que la maquinaria de aquel hogar permitiera que todo siguiera su curso con normalidad. En un vaso echó un poco de vino y se sentó ante la enorme mesa, mientras reflexionaba sobre su soledad y la de los otros. Pensaba que ella estaba sola, pero al menos nadie podía engañarla, porque era consciente del afecto que podría recibir de los que la rodeaban, con sus limitaciones y su generosidad. Doña Hortensia, no. Su soledad era real, pero ella la percibía como algo imaginario, que solo aparecía en momentos puntuales, que no dejaban de ser los más importantes, y que desaparecerían con la luz del día. Sentada en aquella cocina creía o quería creer que Manuelín nunca la abandonaría si ella lo necesitase, él le tenía un cariño especial, lo comprobaba en el brillo de sus ojos, cuando le devolvía una camisa que había zurcido para él, cuando le apartaba la mejor tajada del pollo, cuando le hablaba con las palabras que solo ellos comprendían. Estaba segura de que en el corazón del muchacho ocupaba un puesto especial. También sabía del agradecimiento que escondía el alma de su padre, cuya decisión de controlar a su hijo se había ido diluyendo con el paso de los años, del cariño que habían llegado a demostrarle algunas de las chicas que habían pasado por allí, alguna incluso la había invitado a su boda…

Las lágrimas empezaron a desbordarse con una parsimonia tan tediosa como sus pensamientos, y un dolor amargo y oscuro, vacío e hiriente se instaló en su mirada y provocó la ceguera de su alma. No tenía que engañarse, lo que había era lo que estaba allí, delante de sus narices, alrededor de la mesa cuarteada, oliendo a guisos y putrefacción. Miró a su izquierda, a su derecha, vio los fogones, las alacenas, los trapos, las fresqueras… y la constatación de su inmenso desamparo tuvo un sabor tan real como el del vaso de vino que, de un trago, se bebió. Se secó con el mandil, haciendo demasiado ruido con las llaves, y se dirigió a su cuarto a lavarse la cara y recogerse el pelo con meticulosidad. Ya estaba lista para afrontar el nuevo día, los fantasmas se habían disuelto en la frescura del agua.

A la mañana siguiente, cuando la mayor parte de la limpieza del enorme piso ya estaba a punto de finalizar, doña Matilde llamó a Paola y la condujo a la cocina. El sol entraba difuminado, proyectándose en la recién encalada pared del patio al que se asomaban sus ventanas. Amalia trajinaba en su constante silencio, comenzando los preparativos de las distintas comidas, comprobando todo aquello que necesitaría comprar para después memorizarlo y pedir el dinero suficiente al ama.

—Te voy a mandar a por las medicinas de la señora, Pau.

Amalia dio un respingo, pues estaba acostumbrada a ser ella misma la que se encargara de casi todas las compras. La confianza que demostraba el ama al poner en sus manos el dinero para ir al mercado le confería un aire de superioridad con respecto a sus compañeras, que ella disfrutaba, pero que estaba demasiado alejado de la realidad. No es que doña Matilde confiara más en ella que en el resto, sino que desde que su edad y el volumen de su cuerpo hacían penosas las subidas y bajadas por la escalera, el vínculo directo de la cocinera con los pucheros y las comidas había sido la opción más lógica y eficaz.

Desde la pelea con Paca, la relación entre las muchachas y Paola se había convertido en un

intento de ignorarse mutuamente bajo un velo de segundas intenciones. No se cruzaban una sola palabra, pero las miradas bastaban; una situación que a menudo amenazaba con explotar, y si no hubiera sido porque la permanencia en la casa dependía de su comportamiento, más de una vez se hubieran tirado de los pelos. Además, la complicidad cada vez más evidente con Manuelín era una ofensa que ninguna olvidaba, ya que el muchacho, en vista del comportamiento de las criadas, cada vez se prodigaba menos por la cocina y sus bromas y sus comentarios habían desaparecido de allí para ceñirse al espacio nocturno de las escaleras. Desde la cocina oían a menudo las risas de Paola y la voz cada vez más grave del muchacho, en un incesante parloteo que quemaba con egoísmo los otros corazones femeninos. Lo que faltaba ahora, pensaba Amalia, era que la fresca aquella ocupara junto a ella el honor de manejar el dinero.

—Yo voy a salir a comprar, doña Matilde —interrumpió la conversación—. No hace falta que moleste a Pau.

Las últimas palabras encerraban tan irónico veneno que ni siquiera pasó desapercibido al ama, quien le echó una mirada de desaprobación.

—Tú irás al mercado, pero a la botica irá Pau.

—Pero yo lo decía…

—Sé por qué lo decías —la interrumpió— y me gustaría que no te metieras en camisa de once varas. Tú obedece lo que se te mande y punto en boca. ¿Has entendido? Yo sé muy bien lo que me digo.

Amalia trataba de contener, sin conseguirlo, el acceso de rubor que la embargaba, un rubor que emanaba de una rabia instalada en sus entrañas y que permanecería allí, latente, a la espera de poder devolver el mal hecho. Se dio la vuelta y disimuló seguir con su repaso de la comida, pero su mente era incapaz de organizar un solo producto sin antes controlar el temblor de sus piernas y la cólera de su corazón.

—La señora Hortensia —siguió doña Matilde, haciendo caso omiso al desproporcionado ruido que Amalia, en su ira, hacía— no quiere que vayamos a la botica del barrio para que nadie sepa el mal que le aqueja. No sé por qué le da vergüenza. Aunque su marido ha tratado de persuadirla de que los productos podían ser para cualquiera de nosotras, ella se niega en rotundo y ha dado la orden de que se vayan a comprar a la farmacia de la Reina.

—¿Y de qué se aqueja? —preguntó Paola con inocencia.

Doña Matilde se echó a reír.

—No es que sepa yo mucho de letras, pero juraría que eso no se puede decir. Yo he aprendido a decir “el mal que aqueja a alguien” de oírselo decir al señor. Pero para que nos entendamos, la señora no quiere que nadie sepa qué le pasa.

—¿Y qué le pasa? —insistió Paola.

—Eso a ti te da igual, que luego andáis con cotilleos de aquí para allá todo el día. Tú te

llevas las recetas, las compras y listo —la voz había perdido todo atisbo de simpatía.

—Pero ¿y cómo sé ir yo al sitio ese? Soy la última que he llegado y conozco muy poco de Madrid —trató de escabullirse la muchacha, con los ojos fijos en el suelo.

—Te equivocas, en tus paseos dominicales has llegado más lejos que cualquiera de nosotras y ¡ea! que no hay más que hablar.

Doña Matilde sacó del bolsillo de su falda, junto al manojo de llaves, un papel con las recetas escritas por el doctor, y otro donde podía leerse en letra clara, pero no tan bonita como la de don Manuel:

Farmacia de la Reina Madre

Calle Mayor 59.

Tras poner sobre la mesa ambos papeles, sacó del otro bolsillo de la falda una especie de bolsita marrón cerrada en su parte superior por un cordón brillante. Deshizo el lazo, estiró la tela y extrajo unas monedas que dejó al lado de las hojas.

—Pregúntale a Manuelín cómo llegar —dijo mientras se levantaba.

—¿Y no puede ir él? —inquirió en un último y desesperado intento por no enfrentarse sola a la ciudad.

Doña Matilde se volvió con expresión contrariada y antes de posarse en el rostro de Paola, se topó con los ojos burlones de Amalia que, con gesto sarcásticamente angelical, lo decía todo sin decir nada.

—No, Pau —dijo tajante—, tienes que ir sola y no quiero ni una palabra más, ¿entendido?

El asentimiento derrotado de la muchacha fue para Amalia el dulce sabor de la victoria. Paola se levantó con decisión, intentando que su enemiga no disfrutara con su miedo y fue en busca del amigo al que necesitaba más que a nadie en el mundo en aquel momento.

La farmacia de la Reina Madre se encontraba efectivamente en la calle Mayor, junto al mercado de San Miguel, cuya construcción bastante reciente llamaba la atención por sus modernas estructuras de hierro. La farmacia, sin embargo, databa de mucho tiempo atrás. Fue fundada en 1576 y desde antiguo estuvo ligada a la familia real, ya que María Luisa de Saboya, primera esposa de Felipe V, no se fiaba de los boticarios de palacio y decidió comprar en esta farmacia los remedios que le eran necesarios, costumbre que continuó Isabel de Farnesio, segunda esposa del mismo rey, monarca que decidió otorgarle el honor de llevar ese nombre.

Manuelín sabía perfectamente dónde se encontraba el edificio y se ofreció a acompañar a Paola, quien tuvo que rechazar la oferta de mala gana, explicándole que se trataba de un encargo un tanto secreto de la señora y que al parecer era condición indispensable que fuera sola. Así que el desconcertado mozo no tuvo más remedio que indicar, con todo lujo de detalles, el camino a seguir para que no hubiera pérdida posible. Poco tiempo después y arreglada con su único

vestido decente, demasiado abrigado para la época en la que se encontraban, un diminuto bolso y las alpargatas que trajo del pueblo, salió de la habitación con un ligero temblor en las piernas y un gusanillo nervioso recorriéndole los intestinos. Al pasar por la cocina, doña Matilde se asomó a la puerta.

—Te vas a asar con ese vestido, ¿no tienes nada más ligero que ponerte? —preguntó secándose las manos.

Paola negó con la cabeza. No tenía nada más con lo que salir a la calle arreglada.

—Me subiré las mangas —contestó un poco avergonzada.

—Eso no es de señoritas —replicó el ama—. Recuérdame cuando vuelvas que solucionemos ese problema. Y ahora marcha, que las medicinas tienen que estar aquí lo antes posible.

Los veranos de Madrid resultaban atosigantes y pegajosos. El sol castigaba con sus rayos la ciudad y levantaba vendavales de polvo y desidia. Aunque el día había amanecido con un halo de frescor, la ilusión se había desvanecido rápidamente y cuando las campanas de la iglesia dieron las once, en el mismo momento que Paola se despedía del portero, la temperatura sobrepasaba los treinta grados. Sin embargo, no sentía el calor, iba demasiado enfrascada, demasiado concentrada en seguir todas las indicaciones de Manuelín, con el bolso bien apretado entre sus manos, para que aquel bochorno le supusiera un problema más allá de la excesiva sudoración.

Sin contratiempos llegó a la parada del tranvía y esperó junto a los demás futuros pasajeros y tampoco tuvo problemas en localizar la farmacia tras un pequeño paseo.

Por fin vio la fachada, de madera oscura, con unos escaparates de cristal impolutos y un montón de carteles que no se detuvo en leer. El espacio interior la dejó sobrecogida. Nada tenía que ver con la botica del barrio, oscura y llena de tarros de distintos tamaños, con etiquetas escritas a mano y un tablero de madera que parecía que estaba a punto de convertirse en astillas. En este caso, frente a ella aparecía un mostrador oscuro y brillante de caoba, decorado con figuras talladas de ángeles y dibujos geométricos que enmarcaban, destacándolo, el nombre de ‘Reina Madre’, mientras que las paredes estaban jalonadas de multitud de estanterías, ocupadas por botes idénticos de cerámica blanca decorada en azul, en donde se guardaban mil y un remedios, plantas, semillas y productos diversos. Tras el mostrador aparecía enfundado en una bata blanca un hombre de edad indefinida y bondadosa sonrisa, adornada con un enorme bigote que parecía pertenecer a otro siglo. Paola miraba a su alrededor, embobada por el aspecto de aquel lugar que emanaba aromas de misterio y recogimiento, mientras el boticario terminaba de cobrar a una señora elegantemente vestida, que le trataba con tal confianza que inmediatamente supo que era una clienta habitual. El sonido de la caja registradora al abrirse sobresaltó a la joven, que dio un respingo, lo que hizo al hombre sonreír y coloreó las mejillas de la sirvienta.

—¿Qué desea? —preguntó con una voz delicada y suave el farmacéutico, una vez se hubo despedido de la distinguida clienta.

Paola, sin atreverse a rozar la madera que creaba un muro entre ellos, le tendió uno de los papeles que llevaba en el bolso. El hombre lo tomó y se puso unas pequeñas gafitas redondas,

después miró a Paola extrañado.

—¿Es una broma? Sé la dirección de mi farmacia —un asomo de irritación torneó sus palabras.

La muchacha le miró sin comprender. Él le devolvió el papel y entonces pudo comprobar su error, lo que enrojeció nuevamente su rostro hasta la raíz del pelo.

—Perdóneme, me he equivocado —acertó a decir y, rebuscando de nuevo entre sus cosas extrajo, esta vez sí, la nota adecuada. El semblante del individuo volvió a perfilarse de amabilidad y sin mediar una palabra más, desapareció en la rebotica, donde se le oía trastear con botes y papeles. Unos minutos más tarde volvió a aparecer con varios paquetes, que quedaron guardados cuidadosamente en el bolso. Bajó la calle Mayor con paso rápido y desembocó en la puerta del Sol, dirigiéndose de nuevo a la parada del 22. Avivó el movimiento cuando descubrió que estaba a punto de salir un tranvía, pero a pocos pasos de alcanzar la puerta, este inició su marcha.

En sus paseos dominicales, alguna vez le había pasado algo similar y Manuelín siempre salía corriendo y le gritaba que le siguiera en una especie de juego que acababa con los dos sentados en un asiento de madera con el corazón palpitante y la risa reflejada en sus rostros. Así que no se lo pensó dos veces y echó a correr, alcanzando a sujetarse en la barra lateral. Lo que Paola no había calculado es que era en esos instantes de peligro en los que la robusta mano de su amigo asía la suya con fuerza y la izaba al interior del vagón. De repente, el pánico se apoderó de su mente. Si se soltaba, a la velocidad que iba se daría un golpe tremendo y si seguía asida a aquella barra, el tranvía iría ganando velocidad y acabaría Dios sabe cómo.

Cada vez corría más rápido agarrada a aquella trampa, atrapada en su absurda decisión, y cuando estaba convencida de que todo estaba perdido, repentinamente, apareció una mano que, como la de Manuelín, le ofrecía su fuerza. Ya no podía más, en apenas unos segundos la velocidad que iba tomando el tranvía la obligaba a correr a todo lo que daban sus piernas y pronto perdería el equilibrio. Lanzó el bolso con ímpetu y se aferró a esa tabla salvadora, con la seguridad que da el miedo. Instantes después volaba por los aires y cuando estaba convencida de que aterrizaría en el suelo, unos brazos que a ella se le antojaron enormes, evitaron el golpe, aunque no pudieron librarse de quedar ambos sentados en el suelo por el impulso.

—¿Pero en qué estaba pensando, criatura? ¡Ha podido matarse!

Paola oyó aquella voz en la lejanía, con la opacidad del sonido oculto en una caracola, como si no fuera con ella, como si su cuerpo se encontrara fuera, perdido, desmayado. Un temblor incontrolado invadió todo su ser y una palidez cadavérica fue haciéndose dueña de su piel.

—Mi bolso —solo acertó a decir—, he perdido mi bolso.

—No se preocupe, señorita, aquí está su bolso, lo tiró antes de subir usted, debe de llevar un tesoro dentro —la misma voz, la misma sensación.

—¿Puede levantarse? Estaría mejor en un asiento.

Paola recogió el bolso y se levantó con la ayuda de su salvador, pero cuando elevó la cabeza y dieron la vuelta para adentrarse en el pasillo, comprobó la cara de preocupación y perplejidad que tenían los pocos pasajeros que a aquellas horas viajaban en el tranvía. Todos la miraban con una mezcla de alivio e incomprensión que ella no supo entender. Sus piernas seguían temblando, y un dolor permanente parecía acomodado en su sien. El hombre cuya mano fue providencial para la integridad de Paola vestía un uniforme oscuro con botonadura dorada y en algún momento había llevado una gorra con el número correspondiente a su identidad, gorra que había ido a parar al suelo con la inercia del golpe, junto a la bolsa que el cobrador, instantes antes, había soltado para socorrer a Paola.

Un viajero diligente había recogido todo y marchaba tras la pareja, como si se tratara de un paje, para devolvérselo a su dueño. El pelo castaño y abundante, totalmente despeinado, ocupaba ahora el lugar de la gorra de aquel hombre que con fuerza sujetaba el brazo de la joven. La comitiva llegó a los primeros asientos, donde el aire se arremolinaba, adentrándose por la puerta delantera, cuando el tranvía volvió a ponerse en marcha. Una vez que Paola se sentó, el pasajero tendió la gorra y el bolso al cobrador que, dándole las gracias, introdujo de mala manera el sombrero en el macuto y depositó todo a sus pies. Con el lento traqueteo la calma volvió y los primeros cuchicheos se reanudaron, extendiéndose por el espacio.

—Adrián, ¿está bien la señorita? —preguntó el conductor, pues, aunque tenía prohibido hablar para concentrar su atención en el caótico tráfico, le pareció que aquella era una ocasión extraordinaria.

—Sí, Rufo, está bien, un poco asustada y con un pequeño golpe, pero bien —contestó el que atendía por Adrián, rascándose la cabeza. Después se volvió a su muda y accidentada protegida, que apretaba el bolso contra su vientre con fuerza.

—¿Se encuentra mejor? —la interrogó con suavidad.

Paola levantó por primera vez los ojos y se encontró frente a frente con una mirada increíblemente azul, de pestañas interminables. Sin poder controlarlo, el nudo que había intentado mantener ahogado en su garganta se deshizo violentamente en llanto, no sabía si por la ternura de aquella mirada, si por la felicidad de estar viva, o por no haber perdido el tesoro que llevaba amarrado a sus manos.

—No me llore señorita, que ya todo pasó y está usted bien. Ahora tengo que seguir con mi trabajo, si no me necesita para nada más. Tranquilícese, respire hondo y todo el susto se irá.

Paola asintió, tratando de formar una sonrisa en su rostro que se convirtió en una mueca infantil bañada de lágrimas, una mueca que se mezcló con un puchero que hizo temblar su barbilla. Se sintió avergonzada de nuevo y bajó la cabeza.

—No le he dado… las gracias —dijo entre hipidos.

El cobrador ya se había peinado el pelo hacia atrás con los dedos, se había calado la gorra con gracia y se estiraba el uniforme, observando a la joven con una sonrisa franca. Es muy bonita, pensó, si no fuera por las lágrimas.

—No hay de qué —contestó—, ha sido un extraño placer.

Paola levantó sus ojos húmedos y esta vez sí asomó a sus labios una sonrisa que cautivó al empleado y le hizo titubear un instante. Después compuso un gesto de saludo y tomó el pasillo para seguir con su cometido. Estaban a punto de llegar a la siguiente parada.

Doña Matilde abrió la puerta y se quedó pasmada. Parecía un pez sin aire dando bocanadas al vacío antes de que ningún sonido saliera de su garganta. Alargó las manos y tomando los hombros de Paola la atrajo hacia sí y la envolvió en un cálido abrazo, que sumergió el frágil cuerpo en las abundantes carnes del ama. La chica se dejó hacer sin decir una palabra, abandonándose a un llanto que una vez más se desbordaba con la libertad que da la intimidad de aquel hogar postizo.

—¿Qué te ha ocurrido, chiquilla? ¿Estás bien? —por fin pudo articular la corpulenta mujer.

Antes de llegar a casa, al poco de bajarse del tranvía, la muchacha había tratado de atusarse lo mejor posible, pero todo fue inútil. Solo con mirarla era imposible no darse cuenta. Llegaba despeinada, con el vestido manchado, la cara demacrada y un golpe en la zona de la sien derecha, que se amorataba por momentos. El ama la separó para poder observarla con detenimiento e inspeccionar los daños con ojos maternales, después la condujo a su habitación y mandó que se desnudara mientras ella salía en busca de lo que necesitaba. Cuando volvió se encontró a una Paola temblorosa aún, vestida con una simple enagua que, sentada en la gigantesca cama, todavía dejaba escapar de vez en cuando un hipido, rescoldo del sofocón anterior.

Se lavó con el agua que en un cubo trajo el ama, se secó con cuidado y pudo comprobar que otra moradura iba tomando color a la altura de la cadera. Se puso ropa limpia de faena, que doña Matilde había ido a buscar al dormitorio de servicio, se peinó con cuidado, alejando el cepillo de la zona lastimada de la cara y cuando estuvo dispuesta y más tranquila, comenzó a relatar lo sucedido, que tiempo hacía que arañaba la curiosidad del ama. A pesar de su pesadez, la mujer se movía una y otra vez incómoda, arrancando lastimeros quejidos de los viejos muelles de su lecho a medida que el relato se acercaba al momento álgido y movió la cabeza de un lado a otro con preocupación cuando la voz de la chica se apagó.

—Ha sido una imprudencia, niña. Podías haberte hecho mucho daño. Mira cómo tienes la cara. —rompió el silencio por fin—, pero no hay que darle más vueltas, lo importante es que estás bien. Si ya te encuentras más tranquila, vamos a la cocina, que aún hay mucho por hacer.

— Tenga, ama —dijo por toda contestación Paola, alargando la mano para coger el bolsito y alcanzárselo—, las medicinas de la señora y las vueltas. He pedido que me pongan en un papel el precio para que vea que no siso nada.

Doña Matilde se levantó e inmediatamente lo hizo la muchacha, que sintió un fuerte pinchazo en la cabeza, y en un movimiento involuntario acercó a la zona dañada su mano, cerrando los ojos en un gesto de crispación.

—Te dolerá unos días, ponte algo frío de metal para que no se hinche demasiado.

Cuando hicieron acto de presencia en la cocina, Amalia se quedó mirando boquiabierta la

cara de Paola, pero no preguntó nada, dando a entender que poco le importaba lo que le ocurriera a aquella advenediza. Actitudes similares tuvieron las demás sirvientas, cosa que, lejos de incomodar, fue un alivio, ya que no le apetecía contar una y otra vez su despropósito. Siguió trabajando el resto del día con un rescoldo de dolor constante en la cabeza, que se acrecentaba cuando hacía gestos rápidos, pero no se quejó. No salió a servir las comidas como era de esperar, y se mantuvo en la cocina, en el cuarto de plancha y repasando la limpieza de cubertería y vajillas. Otra cosa distinta fue la reacción de Manuelín.

Aquel día, junto a su padre, había tenido que acompañar al señor a resolver unos asuntos en Alcalá de Henares, lo que obligó a los viajeros a estar fuera todo el día. Mientras esperaban a don Alejandro una y otra vez en sus distintos destinos, Julián había aprovechado para tener una seria conversación con su hijo. Era hora de que se buscara un empleo con futuro, algo que le permitiera vivir bien y formar una familia como era debido. En aquellos momentos Julián recibía un sueldo que era redondeado con una generosa propina por los muchos recados que hacía el muchacho, pero que de ninguna manera se podía considerar un salario. Pronto cumpliría dieciocho años y era hora de que aprendiera un oficio. Por eso había hablado con un viejo amigo que tenía un puesto de responsabilidad en los almacenes Simeón, en la Plaza del Ángel, y había decidido que entraría como mozo al acabar el verano. Manuelín había sentido un escalofrío al oír las palabras de su padre que, estaba seguro, no se podían contradecir. Él siempre había soñado con seguir en la casa cuando su padre no pudiera trabajar, los dos siempre juntos, como habían estado desde la muerte de su madre, pero al contrario, él trabajando para su padre anciano. Sin embargo, tenía que reconocer que su progenitor tenía razón, él crecía a más velocidad de la que envejecía Julián, desde un punto de vista profesional, por supuesto, y a pesar de que el mundo de las telas no le llamaba nada la atención, decidió, como casi siempre, acatar aquella decisión.

Una vez aclarado ese tema, Julián atacó otro mucho más delicado. Antes de nada lio con parsimonia un cigarrillo, que se puso en los labios para encenderlo instantes después.

—¿Qué tienes tú con Pau? —la pregunta fue a bocajarro, con la mirada extraviada en un infinito inexistente.

Su hijo no tuvo tiempo de asimilar la cuestión…

—No sé qué quieres decir —contestó envarado.

—Manuel —y recalcó que dejaba atrás el diminutivo—, ya eres un hombre. No está bien que andéis por ahí con caritas, con risitas, con comentarios que solo vosotros entendéis. Eso puede llegar incluso a ser gracioso entre dos niños, pero entre dos adultos, no. Incomodáis al resto de la casa. Matilde ya me ha advertido de la ojeriza que las demás tienen a Pau y de cómo tú siempre la proteges, y eso no es bueno… no… las mujeres pueden ser muy retorcidas si se lo proponen. Hazme caso, hijo. Si quieres algo con esa muchacha formalizáis un noviazgo y todo solucionado. Si a alguien le pica, pues que se rasque y si no quieres nada, trátala como a las demás.

Manuelín se quedó pensativo un instante. Sabía lo que le estaba pidiendo su padre, pero aquel era el único tema en el mundo en el que no estaba dispuesto a ceder. Reconocía el amor y la preocupación en las palabras paternas, pero no creía que fueran justas, no permitiría que le

arrebataran a la mujer que amaba y que además estaba seguro de que no le correspondía. Pero ¿cómo explicar eso sin parecer un cobarde? ¿Cómo hacer comprender al resto del mundo que la presencia de Pau, su risa, sus confidencias, su compañía, era lo más importante para él? ¿Cómo hacer entender a un corazón ancestralmente dolorido que el suyo latía gracias a otro corazón que acabaría por destrozar su amor? La profundidad de esos sentimientos estaba vetada para los demás, solo él los entendía, solo él conocía su derrota, que se empeñaba en olvidar para ser capaz de vivir la felicidad de los momentos que compartía con ella. Por eso no sabía bien qué decir, porque sus argumentos, como la mantequilla, se derretían aun antes de ser pronunciados.

—Te agradecería que no te metieras en ese tema —contestó, impostando una voz desdeñosa —, como tú bien has dicho, ya soy un hombre, y mis amistades son de mi única incumbencia. Si a alguien le molesta con quién hablo y con quién me río, es su problema, pero yo no voy a cambiar mi vida por lo que piensen los demás. ¡Es mi vida!

El tono desafiante de las últimas palabras del joven sorprendieron a Julián, que tuvo que aceptar que cuando uno utiliza un argumento para su conveniencia, no puede rebatirlo en otras circunstancias.

Al volver a casa un aire de sólida complicidad unía a los dos hombres, que se apresuraron a ir a la cocina en busca de la cena, pues apenas habían probado bocado en todo el día. Era bastante tarde y el estrépito de la actividad diaria se había apagado hacía un buen rato. Matilde les esperaba cosiendo a la luz de unas velas, mientras las demás muchachas cuchicheaban entre ellas, haciendo cábalas sobre lo que le habría ocurrido a la trepa de Pau. Ésta, en una esquina de la mesa, ojeaba una revista atrasada de moda que la señora había tirado a la basura.

En cuanto oyó los goznes de la puerta chirriar y el tintineo de las llaves en la entrada principal, Matilde se levantó dando un bote y se dirigió a la sala de estar para comprobar si el señor deseaba que le sirvieran la cena. Pero el señor ya había cenado en casa de un amigo mientras fuera, el chófer y su hijo, escuchaban las tripas quejarse, esperando apoyados en la portezuela del automóvil, el fin de la jornada.

Cuando el ama volvió a la cocina con la noticia de que todo el mundo podía irse a dormir porque el señor no cenaría, se encontró a Manuelín arrodillado junto a Paola mientras le preguntaba lo ocurrido. Un silencio espeso se había apoderado del espacio y únicamente el sonido chirriante de los grillos y los susurros del muchacho cortaban el aire. Todas querían saber, pero Paola no quería que supieran, por eso cerró la revista, que enrolló y colocó en el gran bolsillo de su bata, deseó las buenas noches, que únicamente Julián y doña Matilde contestaron y, haciendo un guiño cómplice a su amigo, se retiró al dormitorio. El muchacho comprendió, pero una terrible preocupación inundó su espíritu. Comió en silencio, inmerso en sus pensamientos, lejos ya de la sensación de agradable complicidad con la que había llegado. La imaginación es un monstruo cuyas fauces son eternas y no saber es un cheque en blanco que nuestra fantasía no tiene ninguna vergüenza en rellenar. Nubarrones de lluvia poblaban sus ojos con el convencimiento de que alguien, tal vez aquellas arpías que se despedían sonriendo y salían de la cocina en cómplice camaradería, habían hecho daño a su querida Pau. Con el ceño fruncido y la mirada hosca despidió a las criadas y sintió que una mano cálida se posaba en las suyas.

—No te hagas mala sangre —la voz del ama rompió el silencio. Como si de una madre se

tratara, había leído sus pensamientos—. Ha sido un desafortunado accidente. Nadie le ha hecho daño y menos en esta casa, sabes que no lo hubiera permitido.

Manuelín respiró aliviado y el ceño que mantenía contraídos los músculos de su cara se relajó. Mientras salía, los ojos de Matilde y Julián se cruzaron y una mueca de rendición surcó las arrugas masculinas.

—Se ha hecho un hombre —musitó casi para sí mismo—, no permitirá a nadie que se entrometa en su amor, porque yo sé que está enamorado y tú también.

El ama no respondió, dio unas palmaditas en el brazo de su amigo y recogió su costura.

Hasta el domingo Paola y Manuelín no pudieron encontrar ni un momento para hablar. El fin del verano comenzaba a anunciarse lentamente. El calor seguía azotando la capital sin piedad, pero los días poco a poco se acortaban y por las noches una brisa refrescante dejaba que las almas urbanas conciliaran el sueño. Puntualmente Paola escribía a su madre, prometiéndola que en cuanto tuviera un permiso iría de nuevo al pueblo para hacerles una visita. Era en esos momentos, en esos domingos por la mañana, en los que, al tomar el lápiz para desenmarañar sus pensamientos en forma de palabras, más sentía la añoranza de los suyos, más echaba de menos hasta las mieses que con tanto ímpetu había llegado a odiar como símbolo de su encierro en aquel lugar. El ajetreo diario, el trabajo agotador y cotidiano engullían su desamparo, su añoranza, pero al retomar sus pensamientos lejos de órdenes, de limpiezas, de planchas y cacerolas, un dolor intenso, lleno de melancolía, invadía sus huesos, y un futuro incierto intranquilizaba su espíritu. ¿Hasta cuándo?, se preguntaba. ¿Volveré algún día a casa? Y la respuesta era una incertidumbre que vagaba por su mente como los rastrojos por el desierto.

Nada de esto dejaba que se trasluciera en sus cartas, muy al contrario, eran palabras llenas de optimismo y sentimiento, palabras que narraban una vida sin sobresaltos, sin ese trabajo agotador que la envolvía, una vida cargada de anécdotas graciosas y besos y abrazos para todos. Después de lo sucedido en el tranvía estuvo tentada de sincerarse con su madre, egoístamente quería su preocupación y soñaba que dejaba todo para ir en su búsqueda, también le seducía la idea de mandar una carta particular a su hermano, que prometió ir a por ella en caso de que quisiera volver, pero a medida que el cardenal perdía color y el dolor se desvanecía, su necesidad de contar la verdad a los suyos iba desapareciendo también, desleída en la responsabilidad de su decisión. Por eso, aquella mañana se despertó pronto, tomó el lápiz y comenzó una de aquellas misivas anodinas de perfil similar. Su madre escribía con menos asiduidad, lo que era lógico dado el trabajo que tenía, pero como ella misma hacía, las cartas estaban cargadas de buenas noticias, de sucesos curiosos, de logros de sus hermanos y cosas por el estilo. Siempre al final de la carta su hermano añadía unas líneas y terminaba con una frase que tranquilizaba su alma: “Ya sabes, en cuanto quieras iré a por ti”.

Una vez que hubo finalizado la misiva, cuando ya estaba satisfecha con el resultado, tomó un sobre de los que guardaba en un cajón y se concentró en escribir las señas y el remite.

—No sabía yo que hubiera chachas tan listas —susurró Paca a Amalia mientras doblaban la ropa, pero con la suficiente potencia para que Paola lo escuchara—, las hay que hasta saben escribir, aunque no sé quién va a leer tanta letra en una aldea de mala muerte.

Las risas apagadas bailaron por el cuarto, levantando olas de desafío, pero Paola entendía la provocación y no estaba dispuesta a dejarse llevar a un territorio que pondría en peligro su trabajo, por lo que siguió enfrascada en su tarea.

—Servirá de comida para los cerdos. ¿Comen los marranos papel? —insistió Paca.

—No sé chica, igual en su pueblo ni marranos tienen y se comen el papel ensopao —intervino Amalia.

Las carcajadas explotaron en el aire, mezclándose con la ira que Paola sentía ascender por su cuerpo e instalarse en sus sienes con un latido sordo. Con los nervios se confundió y tuvo que hacer un tachón, algo que su espíritu metódico odiaba. Estuvo a punto de arrugar el sobre y tirárselo a la cara, gritarles que su madre sabía leer y escribir, que fue ella quien le enseñó, quería llamarlas ignorantes, escupirlas a la cara y tirarles de los pelos por hablar así de su familia y del lugar que la vio nacer. Sin embargo, respiró hondo y terminó de confeccionar el sobre, metió la carta dentro y lo cerró.

—Mírala, ni que fuera alguien por saber dibujar unas letras…

Unos golpes en la puerta cortaron las insidiosas palabras de Amalia.

—Pau —resonó la voz de Manuelín—, te espero en la cocina.

—Ahora voy —contestó con voz afectada.

La aversión de las otras dos criadas creció hasta hacerse palpable y chocar, como la marea rompe contra los acantilados, en los ojos victoriosos de Paola. No solo no habían logrado soliviantarla, al menos no como ellas pretendían, respondiendo directamente a la provocación, sino que su amigo y su oportuna aparición se convirtieron en la respuesta que, como un aguijón, quemaba el ánimo de las otras. Otro domingo, otra cita, a pesar de todo y de todos. Con movimientos tranquilos se puso su único vestido, se calzó, se atusó el pelo, metió el sobre en el bolso y se dispuso a salir de la estancia.

—No se puede ser más miserable —escuchó escupir a Paca—, desde que llegó no la he visto salir con otro vestido que no fuera ese harapo de flores, supongo…

El portazo puso un punto final cargado de triunfo para aquella muchacha que lentamente se hacía mujer y que no terminó de escuchar las taimadas palabras que sus dos mezquinas compañeras le lanzaban. Se paró en seco en el pasillo, tomó aire antes de continuar caminando y una firme decisión se abrió paso en sus pensamientos. Era hora de hablar con doña Matilde, llevaba más de un año de trabajo y tenía unos pequeños ahorros con los que sería conveniente renovar su vestuario. Nada que ver con los elegantes vestidos de su prima, cuyo recuerdo se apagaba lentamente, convirtiéndose en una especie de sueño. Ya había puesto los pies en la tierra hacía meses, pero en algo tenían razón aquellas dos arpías, no podía seguir llevando su vestidito de flores eternamente, un vestido de entretiempo, como los llamaba su madre, con el que pasabas frío en invierno y calor en verano. Compraría tela y unos zapatos de tacón, de esos de abotonar y, con la ayuda del ama, actualizaría su escaso guardarropa.

Entró en la cocina con un brillo inusual en los ojos y la determinación anclada en su mente. Allí estaba Manuelín charlando con doña Matilde, que levantó los ojos al verla aparecer. El muchacho sonrió y dando unos golpecitos, pidió a Paola que se sentara junto a él. Iba a empezar a contarle algo, pero, de repente, se vio interrumpido por el torrente de palabras que como un arroyo indomable brotaban de los labios de la muchacha.

—Necesito que me ayude, ama —comenzó diciendo y ante la perplejidad de sus oyentes, continuó—, he pensado que ya es hora de que me haga algo de ropa. Yo sé coser, pero el ajuar, también sé zurcir… pero no entiendo nada de patrones, no sé cortar ni probar, ni todas esas cosas que se necesitan para hacer vestidos. He pensado que podríamos ir a algún sitio que sea barato y comprar algunos retales con los que hacerme alguna falda, una blusa o algún vestido, lo que usted considere más útil. Pero me tendría que enseñar, guiar mis primeros pasos.

Tras el desconcierto, la mujer movió sus abundantes carnes, recolocándose en la silla, y miró a Paola sorprendida. La determinación que leyó en sus ojos trajo recuerdos olvidados de otras épocas y se vio a sí misma hablando con su madre, cosiendo a su lado, aprendiendo de sus dedos, que fueron retorciéndose como sarmientos, hasta que apenas pudo coger la aguja. Una hiriente evocación atacó su corazón, desbaratándolo un segundo, y una lágrima perdida se asomó a sus ojos, quedando colgada, a punto del suicidio, de sus pestañas. Sacó un pañuelo que siempre guardaba en la manga y se limpió los ojos con disimulo. Después se levantó a dar una vuelta a la olla de la comida para alejarse un instante de aquellos pensamientos sin que nadie se diera cuenta. El silencio confundió a Paola, quien pensó que se había extralimitado haciendo aquella petición. Su arrojo anterior, su sensación de fuerza y seguridad se fueron debilitando con los lentos movimientos del cucharón en la olla.

—Espero que seas una buena alumna y que estés dispuesta a aprender cuando hayas terminado tus labores en la casa. No voy a consentir que andes zanganeando por ahí con agujas y alfileres —dijo repentinamente doña Matilde—. Coser es como pintar un cuadro o como escribir una de esas cartas que mandas a tu familia, hay que saber la técnica, hacer las cosas con corrección, dobladillos que sean invisibles, costuras rectas... pero también hay que trabajar con el orgullo de que el resultado nos satisfaga. No te enseñaré a hacer chapuzas, la ropa quedará a mi gusto, aunque haya que hacer mil pruebas o descoser mil veces. Mi madre se retorcería en su tumba si no lo hiciera como ella me enseñó, ¿de acuerdo?

Paola asintió con la boca abierta, asombrada por un lado por el sentido de las palabras y emocionada, por otro, ante la actitud de aquella mujer. No dudaba de que sería una tarea ardua, pero estaba segura de que el resultado podría ser excelente.

—Vaya suerte que tienes —intervino Manuelín mientras jugaba con un vaso que había contenido vino.

—Sí —contestó Paola—, esta mujer es como una segunda madre.

Se levantó y se acercó a dar un achuchón al ama.

—¿Qué estás haciendo? Quita, quita, por Dios. Esta chiquilla cada día está más loca. Más te valiera hacerme caso en otros asuntos —su voz era suave, muy alejada de la severidad cotidiana. Apartaba a Paola con una mano para evitar que la besara, pero con los ojos sonreía de gratitud.

—¿No hay nada para mí? —dijo Manuelín acercándose a la pareja, que todavía manoteaba.

Doña Matilde le miró con severidad y Paola se paró en seco volviendo sus ojos al muchacho.

—Era una broma, no hace falta que me miréis así —afirmó alejándose—, no quería inmiscuirme en vuestras cosas. Pero no era por eso por lo que te decía que tenías suerte.

Manuelín trató de cambiar de tema para relajar un ambiente que se había tensado por sus palabras unos segundos antes. Realmente no entendía la reacción de las dos mujeres, únicamente quería unirse al juego, pero al parecer era algo solo apto para ellas. Una tristeza que no estaba invitada entró por la puerta de su alma y se sentó a esperar, sin esperanza de abandonar el lugar durante bastante tiempo. Dejó a esa amiga cruel allí y continuó con sus palabras, tratando de olvidar, para ver si se cansaba y se iba.

—Le estaba contando a doña Matilde que voy a empezar a trabajar, mi padre me ha conseguido un puesto por mediación de un amigo suyo en unos almacenes de tejidos. ¿Qué te parece? Igual te puedo sacar algún retal a mejor precio —aunque trató de imprimir un aire alegre a sus palabras, no consiguió más que un deje de abatimiento que no pasó desapercibido.

—No te enfades, chiquillo —intervino el ama ante ese semblante de desolación. Alargó la mano y le revolvió el pelo como había hecho miles de veces cuando era un niño.

—No me enfado —contestó en tono díscolo—, pero tampoco era para tanto, solo pretendía entrar en el juego.

Paola le miraba con interés, con una suave sonrisa que quería alargarse, pero se contenía por no hacer más leña. Con aquel gesto de desamparo Manuelín volvía a su infancia, ladeaba la cabeza como hacía cuando los hechos escapaban a la lógica de su entendimiento, siendo precisamente en esos instantes en los que la ternura que irradiaba incitaba a acercarse y protegerle.

En un instante se rehízo. Como si un potente viento hubiera arrasado su mente, cambió de posición y relató, por segunda vez durante la mañana, la conversación con su padre, el proyecto de trabajo y la posibilidad de conseguir retales a mejor precio. La impaciencia de Paola se tuvo que rendir a la evidencia de la economía y, suspirando, estuvo de acuerdo en esperar a ver cómo se desarrollaban los hechos. Se había vestido para acercarse al buzón y mandar la carta que acababa de escribir, luego iría a la iglesia, como todos los domingos, y volvería a comer. Su amigo la esperaría en la cocina, como siempre, para salir de paseo a eso de las seis, cuando el calor comenzara a declinar. Sin esperar más se levantó, se despidió con un gesto y salió. Manuelín siguió sus pasos con la mirada, perdido entre aquellas flores que decoraban el vestido, moviéndose como un fantasma entre los pliegues sutiles de la falda, pisando con los ojos las losetas envejecidas del suelo, aquellas por las que los pies de Paola se movían, las mismas que abandonaba, como haría con él. Matilde le observaba preocupada, leía en sus gestos como en un libro abierto, hasta sus oídos llegaba la aceptación muda de aquel hombre ante lo inevitable, el no ser correspondido.

—¿Qué piensas, que te has quedado perdido? —no pudo contenerse más el ama.

—¿Eh?

—Te preguntaba que en qué estabas pensando, que te has quedado ausente.

—¡Ah! En nada, cosas mías —mintió—, me preocupa la responsabilidad de un trabajo nuevo, pero mi padre tiene razón, ya no tengo edad para seguir aquí.

Matilde le miró a los ojos y él le devolvió la mirada. Ambos conocían la mentira y la verdad, pero ambos callaron y aceptaron que no sabían nada.

Durante la comida una tensión muda rondaba las almas, porque delante del ama nadie se atrevía a hablar como hubieran querido y las palabras morían en los labios y se transformaban en gestos y miradas que, como dardos envenenados, surcaban el espacio. Durante la semana todo era mucho más simple, a veces comían por turnos y Matilde ya se encargaba de separar a Paca y Paola, y cuando tenían que hacerlo juntas, ella siempre estaba en medio dando órdenes, quejándose o imponiendo voluntades. Pero el domingo traía el descanso, y el descanso la revolución de los espíritus, comentarios casuales, caídas casuales, tropiezos casuales. La presencia de Manuelín acrecentaba la tirantez, pues, aunque no se decía explícitamente, todas sabían que al llegar la tarde él y Paola partirían juntos, la última en llegar, la más enclenque, la más vulgar. Paca y sus compañeras, envenenadas de envidia, se reunían en el cuarto para escupir ese veneno que las corroía, sobre todo a Paca, que siempre fue la preferida del hijo de Julián… hasta que llegó esa. Después, ellas mismas saldrían de paseo, cogidas del brazo, con esa amistad que produce una causa común, sonreirían a soldados, a desconocidos paseantes y olvidarían que, en otro paraje de Madrid, la pareja reía.

—¿Vas a contarme de una vez qué te ha pasado en el ojo? —preguntó de repente Manuelín.

Su actitud aquel día era diferente, había variado. A pesar de los esfuerzos, era patente su preocupación, o su tristeza, o su miedo. Era difícil descifrarlo.

—Pero antes me tienes que contar por qué estás tan raro.

—¿Estoy raro? —se sorprendió.

—Sí, estás como apagado, desganado, desanimado, algo así.

El muchacho se volvió y durante un segundo la tentación de sincerarse con su amiga le quemó la boca.

—Estoy preocupado por lo del trabajo, va a ser un cambio muy grande… nos veremos menos, ya no andaré por la casa y tendré que conocer gente nueva que me dé órdenes… mi padre es un buen jefe… —las palabras se enredaban y costaba que la mentira sonara coherente— Pero no hablemos de eso, prefiero no darle más vueltas. Cuéntame tú, que Matilde solo me ha dicho que fue un accidente.

Paola comenzó su relato una vez más, suavizando los detalles que poco a poco habían ido

diluyéndose en su memoria, tratando de no dar importancia al suceso, pero no lo consiguió. Manuelín la miraba incrédulo y de vez en cuando negaba con la cabeza, se echaba el pelo hacia atrás y cerraba los ojos. Omitió, sin embargo, la gran amabilidad del cobrador, al que se refirió como un señor, y sus inmensos ojos azules, no sabía por qué. Al acabar de hablar el muchacho la riñó con dulzura, pero ella no quiso dar demasiada importancia al hecho y desvió la conversación lo más pronto que pudo hacia otros temas que le causaban más inquietud.

—¿Sabes por qué Paca me tiene esa ojeriza? —preguntó de pronto, sin venir a cuento.

—¿A qué viene eso? —contestó con otra pregunta su amigo.

—Cuando iba para la iglesia lo he estado pensando y apenas recuerdo el motivo de la primera pelea. Pero a partir de ahí todo se ha ido haciendo grande y ahora nos cuesta estar en la misma habitación sin que parezcamos dos perros de presa.

Paola se sentía preocupada, porque consideraba que Matilde era capaz de despedirlas sin miramientos si volvían a tener otro incidente, y ella no podía permitirse volver al pueblo despedida para que La Charo contara a todo el que quisiera oírla lo diferente que había sido todo con su hija. Manuelín no sabía muy bien qué responder, nunca había llegado a comprender esa rivalidad desmesurada y sin motivo que atacaba a las mujeres y las obligaba a cacarear con más fuerza que las demás.

Él recordaba que todo había empezado cuando salieron el primer domingo a escondidas, algo por lo que se sentía, en cierta medida, culpable. Después una broma desafortunada, unas malas palabras y el problema se había desbordado. Por lo poco que alcanzaba a comprender, aquello tenía pocos visos de solución, así que su consejo fue que se mantuviera lejos de ellas, sobre todo de Paca, que era la que había encendido la hoguera, y que cuando no hubiera más remedio utilizara la indiferencia como arma. Paola lo escuchaba atenta, siempre quedaba embelesada por las palabras de su amigo, apreciaba sus consejos y sabía que nunca haría nada que pudiera herirla. Sin embargo, estos comentarios no eran suficientes, porque seguía habiendo temas que mantenían en cruel incertidumbre su alma y, como una niña caprichosa, demandaba soluciones.

—¿No crees que la ojeriza también puede venir porque tengan envidia de nosotros?

—¿Por qué iban a envidiarnos? —preguntó desconcertado.

—Quiero decir que tú me haces más caso a mí, doña Matilde me dijo que tú eras un gallo y que todas las gallinas querían tener su parte —trató de explicarse.

—¿De qué me hablas? ¿Qué gallo ni qué gallinas? —la cara del muchacho era un enorme signo de interrogación.

—A veces los hombres no os enteráis de nada ¡Dios mío! Déjalo, que creo que estoy empeorándolo todo —contestó molesta, mientras aceleraba el paso sin ninguna dirección, apretando el bolso con rabia.

—¡Espera, Paola! —casi gritó—Vamos a ver si nos aclaramos.

Tomó a su amiga por el brazo y la obligó a ralentizar el paso. Después respiró profundamente y durante unos segundos trató de comprender sus palabras. Volvió a respirar con fuerza y quiso saber si ella pensaba que él había hecho las cosas mal.

Si yo te pregunto es porque no entiendo, fue la escueta contestación de la joven.

Manuelín volvió a hablar y esta vez parecía que en unos instantes había envejecido un siglo.

—Yo no soy ningún gallo —comenzó diciendo, e hizo sonreír a Paola— y espero que tú no seas ninguna gallina, porque menuda decepción si no. Pero si me pongo serio te diré que los seres humanos somos libres, eso siempre me lo repite mi padre y, por tanto, tenemos derecho a decidir con quién queremos y con quién no queremos estar. Vivimos en una casa con muchas personas y unas son más parecidas a nosotros que otras, nos resultan más o menos simpáticas y preferimos pasar el tiempo a su lado. Yo no estoy en ninguna guerra, pero elijo lo que hago. Mi padre me ha contado muchas veces historias de gentes que fueron capaces de morir porque no les quitaran su libertad. Él dice que si todos fuéramos como deberíamos de ser, si todos supiéramos lo que deberíamos saber, no haría falta ni gobierno ni autoridades ni nada. Sabríamos dónde empieza nuestra libertad y dónde acaba. No se discutiría. Pero lo que pasa en esa casa es una clara muestra de que no somos capaces de pensar correctamente…

— No sé de qué estás hablando —interrumpió su discurso Paola—. No creo que la libertad tenga nada que ver en este asunto y no quiero imaginarme esta ciudad sin autoridades, cada uno haciendo lo que le viniera en gana sin miedo a ir a la cárcel…

—No lo entiendes. Si yo tengo posibilidad de elegir y mi elección no daña a nadie ¿por qué tengo que hacer lo que se me ordena? A veces las leyes son absurdas y benefician a los que tienen poder y dinero y nosotros las acatamos sin decir ni pio. Si supiéramos utilizar nuestra libertad…

—Cada día estás más raro —le cortó la muchacha con un ligero y cariñoso empujón—, voy a tener que hablar con tu padre para que no te meta esas ideas extrañas en la cabeza. Igual el único problema sea que a Paca le gustas y está celosa porque pasas demasiado tiempo conmigo.

Una risa amarga se dibujó un segundo en los labios del joven para pasar lentamente a convertirse en carcajada.

—Yo tengo ideas raras, pero lo tuyo no tiene nombre —dijo entre risotadas— y vamos a dar la vuelta, que está anocheciendo y no quiero ver la cara de Matilde como la de un perro señalándonos el reloj.

Una brisa ligera se había levantado, suavemente al principio, arremolinando papeles después, y el olor extravagante del ozono surgía sin sentir por todos los rincones de Madrid. Las hojas empezaban a caer sin que nadie reparara en su suicidio y allá a lo lejos, escondidos tras los edificios, los relámpagos lejanos iluminaban el cielo. Sin aviso, unos goterones cansinos nacieron del firmamento, que todavía no se había coloreado completamente de gris, entonando una suerte de alegre percusión. La lluvia puede ser llanto o alegría, puede inundar el corazón de frescura, ahogar las penas, limpiar el alma, pero también puede provocar tristezas y melancolías, empapar las risas y oxidarlas. Ellos corrieron para no mojarse, pero se mojaron y la lluvia limpió

sus corazones de amarguras recientes.

6

El invierno de 1928 llegó con la crudeza plomiza de los fríos, frío de pobres; robó a los árboles sus hojas, los pájaros a los nidos y la alegría a los corazones. Los inviernos en la ciudad eran sucios y grises, aliñados con los vientos secos castellanos, que cortaban la piel. Nada se adivinaba en aquella urbe bajo el manto helado del invierno, el mundo se retraía en sus guaridas de cemento y las prisas se volvían más vertiginosas, las palabras más escasas y los colores más opacos. Paola no reconocía el invierno urbano, no había sido capaz de desentrañar señales de una naturaleza que estaba aprisionada bajo zonas de empedrado, ahogada tras edificios, contaminada de luz, una naturaleza que, envenenada por los largos tentáculos del materialismo humano, apenas si mostraba leves bocanadas de su cíclico devenir.

Aquella mañana un sol descolorido asomaba intermitente entre las grisáceas y deshilachadas nubes matinales, un sol que iluminaba con desgana la plata del tocador de doña Hortensia, a la que Paola se afanaba en sacar brillo. Tenía un ceño de desagrado instalado en el rostro y trabajaba demasiado deprisa, como si los peines y los espejos fueran a salir corriendo. Limpiaba con rabia, tratando de serenarse, pero sin conseguir que sus pensamientos más profundos no alimentaran su ira. Sentía la cólera palpitar en sus entrañas. Paca no cejaba en su empeño de hacerle la vida imposible, rodeada de su corte de estúpidas chachas aburridas. Cada día era una historia nueva, una velada acusación, una palabra hiriente. Había aguantado muchas cosas, incluso se había acostumbrado a no escuchar su retahíla monótona de chismes y calumnias. Pero todo tenía un límite.

Manuelín ya había comenzado a trabajar en los almacenes de tejidos al acabar el verano y, como prometió, en cuanto pudo sacó retales, siguiendo las indicaciones de doña Matilde en lo referente a telas y colores, a un precio reducido. Cuando el material estuvo preparado, el ama se afanó, una vez terminado el trabajo de la casa, en enseñar a Paola a confeccionar sus propios trajes.

Sin que nadie lo supiera, la muchacha había ido recogiendo revistas de moda que doña Hortensia tiraba a la basura, revistas a las que faltaban la mitad de las hojas, atrasadas y arrugadas; pero con unas y otras, tomando una idea de aquí y una de allá, había dibujado en un papel lo que quería coser. Tras darle muchas vueltas decidió enseñar el diseño a doña Matilde, quien se quedó, primero, pasmada, y después levantó la vista, la miró de una manera que la joven no alcanzó a descifrar y comenzó a reír. Paola se quedó desconcertada, no sabía muy bien si aquella risa era de beneplácito o de burla, pero el rubor acudió a su rostro cuando el ama, además de no poder parar de reír, empezó a negar con la cabeza.

—Eres… no tengo palabras. No sabes casi coger una aguja y pintas en un papel el modelo que quieres —apenas si podía hablar, atacada por las carcajadas, por lo que tuvo que tomar aliento, sacar un pañuelo de su manga y secarse las lágrimas—. Valor no te falta, eso hay que reconocerlo, y lo que has pintado es muy… hummm… muy bonito, pero parece más el patrón de un vestido para la señora que el de su sirvienta.

Poco a poco su respiración se había vuelto más rítmica y, aunque aún seguía sonriendo y alguna lágrima perdida se asomaba a sus ojos, la normalidad volvió a su ánimo.

—Son modelos de cierta dificultad, mira estas jaretas y el volante de esa blusa… queda muy bonito, pero requiere mucho trabajo y muy bien hecho para que no se note el repulgo.

—¿Usted es capaz de hacerlo? —preguntó con cierta altivez la muchacha, herida en su orgullo.

—Lo importante no es si yo soy capaz de hacerlo, lo importante es si lo eres tú —contestó con sequedad ante el tono ofendido de Paola.

—Se equivoca. Si usted puede hacerlo, es que puede enseñarme y, si puede enseñarme, yo seré capaz de aprender, aunque tenga que repetir las cosas un millón de veces.

Matilde elevó la mirada. Estaba sentada en la silla de enea que relajaba sus maltrechos riñones. A su lado, de pie, se encontraba aquella chica que, con una inmensa determinación, no separaba la vista, teñida de un leve destello de desafío, de los oscuros ojos del ama. La oronda mujer se quedó pensativa un momento y tuvo que reconocerse a sí misma que dentro del joven corazón de Pau había una gran fuerza, una gran voluntad, y fue entonces cuando no le cupo ninguna duda de que los vestidos acabarían colgados en la percha de su armario.

El trabajo doméstico ocupaba la mayor parte del tiempo del servicio de la casa, pero en cuanto doña Matilde y Paola tenían un momento libre, limpiaban la mesa de la cocina y convertían esa sala en un taller de sastrería. El ama inició la enseñanza de su aprendiza con arreglos, comenzando por el vestido que Carmen había hecho para su hija. Tras estudiar el tejido y la hechura durante unos minutos, doña Matilde tuvo su veredicto.

—Esta tela es demasiado liviana para un vestido de invierno, así que modificaremos las mangas, aumentaremos las pinzas del pecho, porque te está un poco estrecho, y acentuaremos la cintura, cogiendo una pinza aquí y otra aquí.

Paola escuchaba con atención las palabras de su improvisada profesora modista, admirando la soltura y la velocidad con las que movía las telas, dibujaba, cortaba, sobrehilaba, hacía las pruebas y sacaba el resultado definitivo. El arreglo del vestidito de flores fue un trabajo arduo. Todas las noches, a la tenue luz de la lámpara de la cocina, Paola sacaba su labor y se concentraba en su trabajo, tratando de seguir las indicaciones que le habían dado, pero no siempre el resultado era el esperado.

—Descóselo, está mal. Aquí has apretado demasiado el hilo y aquí se ve la puntada. ¿No te das cuenta?

Paola miraba el desmontado vestido con desolación y el trabajo que le había llevado varias horas se deshacía entre sus dedos con delicadeza para no dañar la tela, volviendo al punto de partida. No se quejaba, la mirada perversa de Paca siempre la acompañaba con un hilo de ironía prendido en los alfileres de la envidia, un sentimiento que se iba acrecentando a medida que la muchacha monopolizaba el afecto de los que vivían bajo aquel techo. Cada vez que algo estaba mal, no protestaba, escuchaba las nuevas indicaciones y con una voluntad férrea volvía a

intentarlo. Al cabo de un par de semanas, doña Matilde apareció en las escaleras de la habitación de servicio con unos preciosos botones de nácar que colocó cuidadosamente sobre el costurero de Paola, que en aquellos momentos remataba la prenda. No entendía por qué iba a coser a ese lugar, donde la luz era más escasa y tenía que sentarse en los escalones. Al principio la regañó, intentó obligarla a volver a la cocina, pero ella se negó porque allí se ahogaba, allí todo parecía dirigido a ella, hasta el vacío. Sin embargo, en las escaleras la soledad mecía su mente y la esporádica compañía de Manuelín daba la luz que faltaba a sus ojos.

—Solo queda ponerle los botones y he pensado que como los que llevaba estaban muy descoloridos, incluso hay alguno roto, podrías utilizar estos que he cogido de uno de mis viejos vestidos, en los que nunca más podré entrar —sus palabras sonaron nostálgicas y un atisbo de sonrisa desdibujada asomó a sus labios—. Es una humilde forma de celebrar el fin de la primera obra de arte.

Paola la miró agradecida, pero no dijo nada. Volvió a centrarse en su trabajo, porque estaba impaciente por comprobar el resultado final. Y fue excelente. Cuando llamó al ama desde la habitación con el traje puesto, apenas creía su propia obra. El vestido le quedaba como un guante y nada recordaba, a excepción de las flores y el color de la tela, su antigua forma. Instantes después apareció Manuelín, que pidió permiso para ver cómo había quedado lo que tantas horas robaba a su amiga. Se quedó parado, sin saber qué decir. No era la prenda, era el conjunto. Paola parecía otra, más estilizada, mayor, más mujer. Apenas si supo balbucear unas palabras de reconocimiento y salir turbado de la estancia. El dolor por no poder extender los brazos y atraerla hacia sí era casi físico, una necesidad que cada día le costaba más contener, que angustiaba su espíritu, torturándolo. Le gustaba tanto…

Doña Matilde negó con la cabeza al ver la reacción del muchacho, que para Paola pasó desapercibida, tan excitada como estaba por ver al fin la recompensa a su esfuerzo, y con mirada experta enderezó las costuras, comprobó los botones, dio la vuelta al bajo y asintió satisfecha.

—Ahora solo tienes que plancharlo y guardarlo en el armario hasta el verano que viene. Has sido una buena alumna, sí señor. Paola la miró con agradecimiento.

— ¡Qué pena que no sea verano! —Suspiró— Me lo pondría mañana mismo, aunque fuera para bajar y subir las escaleras.

Las dos mujeres se echaron a reír y aquella camaradería flotó en el ambiente. La risa se convirtió en mueca y su deformación se coló en los susurros viciados de otras bocas que, a pocos metros, comenzaban a mascar la podredumbre de sus corazones, emponzoñados por el despecho que atacaba el alma de Paca.

—Primero engatusó a Manuelín, que corre tras ella como un perrito amaestrado, que suspira por ella y solo recibe su desprecio, y ahora doña Matilde, todo el día cuchicheando de costuras, puntadas y modelitos. Al final será la muy zorra de Pau la que nos dé órdenes. No sé vosotras, pero yo no se lo voy a consentir.

A la tenue luz de la lámpara, la cara de Paca se difuminaba en sombras y luminosos amarillos, que otorgaban a sus palabras un aire de diabólica conspiración.

—Y eso que parecía una estúpida pueblerina que no tenía dónde caerse muerta. Pues mírala como mueve los hilos, uno tras otro. ¿No veis cómo nos mira por encima del hombro? —apostilló Amalia.

—Pues eso no es nada —retomó la palabra Paca—, Manuelín ha traído retales del almacén para que se haga vestidos nuevos. Los guarda en el armario, el otro día los estuve viendo…

—¿Has abierto su armario? —preguntó Julia con gesto de asustado asombro—, como se entere doña Matilde…

—Y quién se lo va a decir, ¿tú? Porque lo que nos faltaba, una hija de puta y una soplona entre nosotras.

—¡A mí no me faltes! Yo no voy a decir nada —elevó la voz, molesta—, me refería a que como te pille rebuscando en un armario que no es el tuyo, te echa a la calle. Ya te ha advertido.

—Eso te pasaría a ti, que eres más sosa que una mata de habas, pero yo ya me las arreglo para hacerlo sin que me vea nadie —Julia iba a protestar, pero Paca levantó una mano amenazadora y frunció el ceño, por lo que Julia se amedrentó—. Como os decía, va a seguir haciéndose trajecitos, saldrá por ahí y se buscará un incauto estúpido que la mantenga. Parecía tonta, pero a mí no me la pega. Manipulará a los demás, pero yo la voy a poner en su sitio, un día se me va la cabeza y le saco los ojos, porque estoy harta de las miraditas esas de resignación que pone cada vez que abro la boca y está doña Matilde. A mí a la cara, esas tonterías, no.

Sus compañeras la miraban atónitas. En realidad, aquella guerra no era la de ellas, de hecho, Paola jamás había tenido un altercado con nadie a excepción de Paca. Es más, trataba de evitar su compañía siempre que podía, pero Paca se las había ingeniado para crear dos bandos y una lucha en la que o estabas con ella o contra ella. Demasiado conocían cómo se las gastaba y el genio que podía sacar aquella mujer enjuta, de manos fuertes y gesto agrio, una mujer crispada de resentimiento y celos.

Pocos días antes de que Paola estuviera limpiando con rabiosa intensidad el tocador de la señora, había concluido varias piezas para su vestuario de invierno, incluido un grueso abrigo gris, cuya tela le había regalado Manuelín por su cumpleaños. Había trabajado sin descanso, con una enorme lentitud al principio, viéndose obligada a hacer y deshacer infinidad de veces las costuras, sin perder el ánimo, aprendiendo con esmero el arte de las agujas, las entretelas, las hombreras, cómo se cortaba un patrón y lo que te jugabas si te equivocabas. El corte no tiene marcha atrás, un mal corte, una mala prenda o una imposible, repetía doña Matilde. Cada tarde y cada noche, cada domingo, dedicaba su tiempo libre a coser, en absoluto silencio unas veces, con un vaso de agua como único compañero, con las historias de Manuelín otras.

Aquella mañana, antes de que el ama pusiera en manos de Paola la tarea de limpiar y ordenar el tocador de la habitación principal, le había mandado a planchar. La idea le pareció perfecta, pues aún no había tenido tiempo de dar un planchazo a su nuevo abrigo, lo que era fundamental si no quería que las costuras se deformaran. Llevó el gabán a la sala, pero cuando se estaba poniendo el delantal blanco para no manchar la ropa, apareció Paca, que inmediatamente y con una fingida bondad, se ofreció para reemplazar a Paola, arguyendo que ella era más hábil, más rápida y más experta, lo que en cierta medida era cierto. La muchacha no tuvo ningún

problema en dedicarse a otra cosa, y de sus labios no surgió ni una palabra ante la falta de humildad de su compañera, que siempre estaba poniendo su trabajo en entredicho. Hacía mucho tiempo que su táctica de no agresión con aquella mujer era fundamental para evitar que su vida fuera un infierno. Así que se volvió a quitar el mandil en silencio, se lo tendió a su enemiga con irónica expresión de amabilidad y salió de la sala hacia la cocina para coger los bártulos de limpieza y los abrillantadores. Apenas llevaba unos minutos inmersa en su trabajo cuando oyó jaleo en la zona de servicio, primero la chirriante voz de Paca, después la del ama, que iba subiendo de tono. Suspiró, por una vez aquello no iba con ella, y siguió con sus cosas sin preocuparse del motivo de la discordia. Sin embargo, las voces iban en aumento, lo que era muy extraño en el ama. Y fue entonces cuando escuchó su nombre en medio de la algarabía. ¡Su nombre! Y un presentimiento oscuro se fue abriendo paso a empujones en su mente, un olvido, una tentación. Soltó la gamuza como si quemara y salió con celeridad de la habitación, sin correr, estaba prohibido en la casa, pero con los pasos más rápidos que era capaz de componer. Las piernas le temblaban, no sabía si de furia o de miedo, tal vez solo era una absurda idea.

Llegó a la puerta de la sala de plancha sin esperanza, pues las últimas palabras que llegaron a sus oídos dieron la razón a su nefasta corazonada. Allí, con los ojos fijos en el suelo y un empecinado silencio, Paca sostenía en sus manos su maravilloso abrigo. Lo sostenía sin fuerza, lánguidamente, parecía que estaba a punto de dejarlo caer al suelo. Doña Matilde, frente a ella, hilaba las ideas a borbotones y las dejaba escapar por su boca como nubes deshilachadas que amenazaran tormenta. El sonido de la puerta al abrirse por completo acalló las palabras y ambas mujeres giraron la vista hacia Paola que, erguida en el umbral, observaba a su compañera con los ojos enfebrecidos de furia. Un silencio denso aterrizó en el espacio y la premonición de la tempestad se volvió una realidad.

—¡¿Qué has hecho?! —rugió Paola sin poder contenerse.

—Yo me encargo de esto —contestó Matilde, tratando de retomar las riendas de la situación.

—¡Mal nacida! —chilló— ¡No puedes dejarme en paz, no sabes más que hacerme la vida imposible!

—¡Tranquilízate, muchacha, y contén esa lengua! —la voz de Matilde trataba de elevarse por encima de la furia de Paola y del silencio obstinado de Paca, que había levantado la vista y observaba con gesto burlón la ira de su enemiga, quien sentía hervir la sangre en su interior.

— Solo intentaba darte una sorpresa —la melosa voz de aquella serpiente consiguió que perdiera el control que había intentado mantener hasta aquel momento.

En un instante, sin aviso, Paola se lanzó contra su rival que, asustada ante los ojos desorbitados de su atacante, soltó el abrigo y se cubrió la cara en un intento de defenderse. En el suelo, muda, quedó como testigo de la afrenta la quemadura marrón que con la forma del hierro de la plancha decoraba la parte central de la espalda de la prenda.

Pero el ataque no se produjo. Cuando Paca volvió a abrir los ojos, estupefacta por los berridos de Paola, descubrió que Matilde estaba situada entre ellas y que, tras la contundente figura de la mujer, su odiosa compañera trataba de zafarse de los potentes brazos de Manuelín,

que como grilletes la sujetaban. La casualidad había querido que aquel día se encontrara de fiesta. Era el día del patrono de los tejedores, San Pablo Ermitaño, y los almacenes permanecían cerrados. De su boca salían insultos, amenazas, maldiciones, pataleaba y arañaba al muchacho sin dejar de llorar, unas lágrimas abrasadoras que contenían frustración y odio a partes iguales.

—¡Llévatela! —ordenó el ama al muchacho—, ve a la cocina y trata de que se calme.

Manuelín se llevó a rastras a una cada vez más agotada y llorosa Paola a la cocina, después de echar del pasillo a Julia y Amalia, que con los gritos se habían acercado al cuarto de la plancha y miraban la escena sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir. Una vez en la cocina, el muchacho sentó a la desfallecida Paola en una silla y se colocó a su lado, atento a sus movimientos, no se fuera a escapar.

—Tranquila —le decía—, no llores más, que todo se va a arreglar, ya lo verás. Te traeré una tela nueva y mucho más bonita y te harás un abrigo que será la envidia de todas esas.

Pero Paola ya no escuchaba, sorbía los mocos e hipaba con desaliento, mientras los enormes goterones en los que se habían convertido sus lágrimas se despeñaban sin consuelo hacia el infinito. Manuelín acariciaba su pelo, le secaba la cara con un paño limpio que había encontrado en un cajón, tratándola con ternura, con la suavidad con la que se convence a los niños. El llanto arreciaba una y otra vez y cuando parecía que la calma se adueñaba de su espíritu, este volvía a anegarse en el salado sabor de la injusticia. Súbitamente se abrió la puerta y el muchacho se levantó. Era Matilde, que entraba dispuesta a amonestar el mal comportamiento de su pupila, pero cuando se encontró la figura doblegada sobre la mesa y escuchó los sonidos de la tristeza, no se sintió con fuerzas. Tuvo que admitir que la frustración de Paola estaba más que justificada y se preguntó qué habría hecho ella de encontrarse en la misma situación. No quiso saber la respuesta. Por eso se acercó lentamente a aquel frágil cuerpo que se deshacía en sollozos, lo abrazó y le susurró al oído palabras de comprensión.

Entonces Paola levantó la cabeza, los ojos anegados por el llanto, la nariz enrojecida por la presión contra los brazos. Miró con desesperación al ama y una pregunta salió de sus labios, cruzando el espacio y rebotando en cada una de las paredes, encontrando solo incomprensión.

—¿Por qué?, ¿por qué, ama, por qué?

Doña Matilde miró a Manuelín y este se encogió de hombros.

—Ha sido un accidente —dijo dulcemente mientras la mentira le quemaba la boca—, ella no quería quemarlo.

—Sabe que eso no es cierto, no me mienta, todos sabemos que me tiene ojeriza desde el primer día, todos sabemos que me insulta a escondidas, que no pierde una oportunidad de hacerme burla, de ridiculizarme. Ha faltado a mi familia, a la que no conoce, me ha faltado a mí, y yo siempre he callado y he mirado a otra parte, siempre he evitado los enfrentamientos, para que no me echen, ya me lo advirtió una vez. Por eso no venga a engañarme ahora, no a mi cara —seguía llorando mientras las palabras salían a empellones de su boca, rebozadas en tristeza e ira—. Usted sabe lo que me ha costado hacer ese abrigo, las horas que he perdido, era un regalo, un regalo del que me sentía orgullosa y ella lo ha destrozado a mala fe, porque envidia todo lo

que hago, lo que tengo, con quien voy. No voy a volver a pasarle una, aunque usted me eche y tenga que volver al pueblo con el rabo entre las piernas, pero le juro que como vuelva a hacerme algo, como salga de su boca una sola palabra contra mí, no habrá Manuelines en el mundo que me frenen.

Matilde la miraba preocupada. El carácter de Paola era así, de decisiones lentas, pero contundentes, y una vez iniciado el proceso, nada había que la frenase. En su interior sabía que tenía razón, que Paca la buscaba siempre que podía, que lanzaba indirectas y trataba de hacerle la vida imposible. Sabía que había quemado adrede aquella prenda. Era una planchadora experta, que nunca había tenido ningún problema, pero era imposible demostrarlo.

Paca se aferraba a la idea de que había sido un accidente porque Julia la había llamado y había olvidado retirar la plancha. Julia, con un horrorizado gesto de no saber qué decir, había confirmado su versión. De cualquier manera, Matilde pensó que se había extralimitado esta vez, había ido demasiado lejos y no se escaparía sin una buena represalia.

Poco a poco, Paola se había ido tranquilizando.

—Voy a seguir con mi trabajo, doña Matilde, le pido por favor que evite que, al menos en el día de hoy, esa y yo nos crucemos. No sé si sería capaz de controlarme —y dándose la vuelta salió hacia la habitación principal.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el joven.

— No puedo echar a Paca, es difícil encontrar chicas tan eficientes, además no puedo demostrar que haya sido adrede…

—Pero Matilde, ambos sabemos… —interrumpió el muchacho airado.

—Lo sabemos, pero no podemos demostrarlo —lo interrumpió Matilde a su vez—. Lo difícil ahora va a ser que ambas vivan bajo el mismo techo y no se maten. Paola está muy resentida, pero Paca no sabe lo que la espera porque, aunque no hubiera sido a posta, el hecho es que ha quemado una prenda que tendrá que reponer. Tú traerás una tela de las más bonitas que veas y yo confeccionaré el abrigo, Paca verá mermado su sueldo hasta que pague la tela, el forro, los botones, el hilo y todo el material necesario y Paola volverá a tener lo que Paca le quemó.

—¿Cree que esa es buena idea? —le preguntó asombrado.

—No, en este caso no hay buenas ideas, pero creo que es la más justa. Voy a mantener lo más lejos posible a esas dos, las voy a amenazar y si vuelve a pasar algo similar, las tendré que poner en la calle. No puedo permitir estos espectáculos en la casa. Hoy no ha pasado nada porque el señor está con tu padre en no sé dónde y doña Hortensia y su hija han ido a visitar a una amiga. De no haber sido así, las cosas habrían sido muy distintas. O si tú hubieras estado en el almacén… pero todo ha sucedido de esta manera y no de otra, así que intentaré que todo vuelva a la normalidad y si no, tendré que cambiar de chicas, lo que no deja de ser una pena, son buenas trabajadoras.

Paola limpiaba con furia la plata del tocador, resentida, irritada. Tienes que controlarte, se

decía, el monstruo no puede salir de su jaula o estarás perdida. Pero en el fondo de su mente, la cólera alimentaba su odio y los diques de su razón estaban a punto de desmoronarse. Pensó en su hermano, iré a por ti, recordó y ese pensamiento actuó como un bálsamo benéfico en su alma. Vendrá a por mí si le necesito, murmuró entre dientes y una nueva ola de calma barrió otra parte de su coraje. Terminó con su trabajo, echó una mirada y comprobó que todo estaba en su sitio. Estaba a punto de salir cuando se topó con doña Matilde.

—Tenemos que hablar, ahora que estás más calmada —dijo y Paola, con un gesto de afirmación, la siguió por el pasillo, abandonando al monstruo entre las sábanas de la habitación principal.

Matilde puso orden en la casa. Tuvo una conversación con ambas muchachas y dejó las cosas clarísimas. Si algo parecido volvía a ocurrir las dos estarían despedidas con o sin razón. Después explicó, primero a Paola y después a Paca, lo que había decidido acerca del abrigo. En un primer momento, el orgullo de Paola habló antes que ella y con la barbilla levantada y los labios temblándole de rabia, dijo al ama que no necesitaba nada de aquella que destrozó adrede su abrigo, que volvería a dedicarse a ello en cuanto pudiera y tuviera el dinero suficiente, pero Matilde no estaba dispuesta a ceder y con voz tajante la advirtió de que quien imponía las normas y los castigos era ella, que no admitía insubordinaciones y que si quería un consejo que le sirviera durante toda su vida, que aprendiera a controlar ese orgullo tan estúpido.

Lo de Paca fue otra cosa. Se quedó de piedra mientras oía las palabras de su jefa cuando le aclaró que su sueldo se vería reducido proporcionalmente todos los meses hasta que pagara el abrigo. Hizo ademán de protestar, pero los ojillos de acero del ama la disuadieron.

—No quiero oír hablar más de este tema —dijo para finalizar—. Por esta vez no tomo medidas más severas y dejo que me engañes diciendo que ha sido un accidente, pero ten mucho cuidado con lo que haces a partir de ahora, porque te voy a estar vigilando y si te vuelvo a ver acosando a Pau, te vuelves por donde viniste. ¿Entendido?

La sirvienta asintió desganada. Sin embargo, al levantar los ojos, doña Matilde pudo ver, entre las lágrimas que comenzaban a desbordar su mirada, una ira profunda, enquistada en lo más recóndito de su alma, un odio de esos que solo se alimentan con la envidia de querer invariablemente lo que los demás poseen.

El abrigo estuvo listo mucho antes de lo que nadie hubiera pensado. Cuando Paola lo tuvo delante se quedó muda, sin saber qué decir. Si el suyo le había parecido fantástico, para este se le acababan los adjetivos. Paca lo miró de soslayo cuando pasaba por la cocina, atraída por las exclamaciones de felicidad de su enemiga y ni siquiera quiso entrar, porque no sabía si podría controlar sus deseos de arrancárselo de las sebosas manos al ama y destrozarlo con las suyas propias. Desde el día del accidente ninguna de las dos criadas se había vuelto a dirigir la palabra, tampoco hablaban con Paola las demás, en una especie de táctica de vacío inútil, pues tanto Manuelín como doña Matilde seguían tratándola como de costumbre, por lo que la muchacha no echaba nada de menos.

Hacía un desapacible día de invierno. Los árboles habían perdido sus hojas, algunas de las cuales bailaban tristemente por las aceras, y un viento helado e insistente se colaba por las

ventanas mal encajadas de la cocina. Allí el calor del fogón se agradecía al entrar. Doña Matilde vio pasar a Paola por la puerta, rumbo a la sala principal, y la llamó. A doña Hortensia se le habían acabado las medicinas e insistía que volvieran a la farmacia a por más. La muchacha la miro desconcertada.

—La última vez…

—Lo sé —la interrumpió el ama—, pero esta vez tendrás más cuidado, ¿no es cierto? Tú ya sabes ir y además te voy a dar unos céntimos para que compres caléndula para los sabañones, mira cómo tienes las manos.

Paola se miró las manos y comprobó la hinchazón y la rojez de los dedos. Detrás de la oreja le comenzaba a molestar también.

—Ve a vestirte y abrígate bien, que el día está muy frío y la helada que cayó anoche aún no se ha levantado. Después vienes a que te escriba los recados y te dé el dinero. Para la hora de la comida estarás de vuelta y espero que sin percances.

La criada dibujó una medio sonrisa en su rostro que parecía querer decir que si no había otro remedio tendría que salir. Se fue a vestir a su cuarto. El ama, al verla, no pudo por menos que sorprenderse del cambio que se había producido en aquella chiquilla que, con ojos asustados, había llegado más de un año antes a la casa. Estaba muy guapa y parecía una verdadera señorita con aquel abrigo que ella misma había cosido y sus relucientes tacones. Se felicitó por su trabajo en un íntimo y poco humilde pensamiento.

—No se te ocurra correr con esos zapatos —el ama apartó los ojos y se dispuso a entregarle el dinero y las recetas— y no te olvides de la caléndula, al final no podrás hacer nada si no te cuidas las manos.

—Algunas veces me recuerda usted a mi madre —sonrió la muchacha—, antes de salir también me hacía un millón de recomendaciones. Aún me las hace por carta.

Doña Matilde sintió un asomo de emoción, no estaba acostumbrada a mostrar sus sentimientos, no era partidaria de sensiblerías, no quería encariñarse, porque luego las chicas se iban de la casa y ella quedaba sufriendo la ausencia. En estos pensamientos estaba cuando Paola se acercó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Pero… ¡Quita! ¿Qué haces? No te creas…

—Lo mismo que hago con mi madre cuando me voy —la interrumpió— y no se enfade, que no es contagioso.

Salió feliz, dejando allí a la desorientada mujer ahogada de turbación. Era su forma de agradecerle ese abrigo que tanto le gustaba, las preocupaciones que fingía no sentir y el cariño que no mostraba. En el pasillo se cruzó con Amalia, que se dirigía a la cocina, probablemente para empezar con los preparativos de la comida, pero ni siquiera la miró, ni siquiera se dio cuenta de la cara de extrañeza que puso al verla vestida así, ni del gesto de desagrado que surcó su rostro; para ella las demás criadas se habían convertido en humo, en aire, en algo intangible que

no estaba dispuesta a permitir que amargara su vida. Tenía una familia que la esperaba, un amigo que la cuidaba, al ama que se preocupaba por ella y un abrigo… estaba deseando volver al pueblo, ver a su madre y enseñarle su tesoro.

Nada más cerrar la puerta tras de sí, una corriente helada procedente del hueco de las escaleras le produjo un escalofrío. Se apretujó en la suavidad algodonosa de la tela y comenzó a descender con cautela, cuidándose de no introducir el pie en ninguna grieta de la madera, asiéndose con la mano libre fuertemente al pasamanos de bronce. Al llegar al portal se encontró con Matías que, escobón en mano, luchaba con un remolino de hojas que se empeñaban en colarse por la puerta, empujadas por el viento. Al oír el taconeo se volvió distraído y el remolino de hojas volvió a extenderse por el suelo del portal, libre de la presión de las poderosas púas.

—¡Me caguen mis muertos! —maldijo— Dichosas hojas ¡Quién mandaría poner estos árboles en la puerta! Seguro que al que se le ocurrió no le toca limpiarlo todos los días.

Paola lo miró divertida.

—No te rías, Pau, que me enciendo más —dijo medio en serio, medio en broma, al ver la cara burlona de la muchacha.

—Cierra la puerta, Matías, si no es tiempo perdido.

—¡Qué sabrás tú!

Sin embargo, el portero se acercó murmurando al gran portón que permitía el acceso de los vecinos y lo cerró con un fuerte golpe. Inmediatamente el viento dejó de jugar con las hojas y éstas quedaron dormidas en el suelo, inertes. Paola se mantenía inmóvil esperando que terminara para poder pasar. Cogió de nuevo el escobón y con rápidos movimientos hizo un montón en el centro del vestíbulo y se dirigió a la esquina donde un recogedor se apoyaba en la pared.

—Me voy, que tengo que estar de vuelta para la comida y ya puedo pasar sin molestarte.

—Tú no molestas nunca —contestó zalamero— ¿Dónde vas tan guapa?

—A hacer un recado para la señora.

—Pues ten cuidado, que ya pareces una señorita y los hombres…

—¡No empieces, Matías! —Paola se había ruborizado— Me voy antes de que te dé una mala contestación.

—Me refería a que te abrigues mucho, que hace un día de perros —sonrió el portero con picardía.

Pero ya Paola había traspasado el umbral, se había ceñido el abrigo y se encaminaba, andando con dificultad, contra un viento insistente, a la parada del tranvía. En pocos minutos llegó y agradeció el resguardo de la marquesina.

El cielo era gris, un gris brillante, platino, que cubría ese día desapacible y ocre, uno de esos días donde lo único que apetece es amasar la melancolía tras los cristales, al calor de un hogar, protegido de todos los vientos. El tranvía no llegaba a la desierta parada y la muchacha metió las manos en las mangas porque empezaban a dolerle de frío. Por fin, a lo lejos, entre hojas y papeles que jugaban a atraparse, vio aparecer la silueta del 22 y durante unos segundos la mala experiencia vivida meses atrás volvió a su recuerdo, creando una punzada de alarma en su mente. Pero se tranquilizó inmediatamente, en esta ocasión estaba en la parada y el tranvía pararía para que ella subiera sin problema alguno. Aun así, subió despacio, agarrada a la barra lateral, con un atisbo de intranquilidad en el alma y después se sentó antes de que volviera a ponerse en marcha. Unos instantes después se acercó el cobrador, Paola rebuscó en su bolso con dificultad porque aún le dolían las manos y sacó de su monedero los céntimos necesarios para pagar el billete, se los alargó y entonces levantó los ojos y lo vio. Él estaba de pie, tendiéndole el billete que sujetaba con dos dedos, esperando el dinero mientras miraba por la ventana despistado. Sus inmensos ojos azules se movían de izquierda a derecha, siguiendo la marcha del vehículo.

—Tome usted —dijo Paola con una voz apenas audible, pero lo suficiente como para sacarle de su ensimismamiento.

—¿Qué?... ¡Ah! sí, perdone. Espere que le dé las vueltas, me había distraído —contestó cogiendo el dinero, guardándolo en su bolsa y sacando una moneda.

—Muchas gracias —insistió Paola con una sonrisa, en un lejano intento de ser reconocida.

—De nada —contestó el cobrador sin mirarla.

El hombre se alejó y la joven se quedó anclada a su asiento con una extraña sensación, un conato de frustración incomprensible. ¿En realidad era tan invisible? Para ella el recuerdo era vívido, real; las caras, los gestos, las palabras, todo estaba engarzado en su memoria a aquel insólito día, podía sentir la fuerza de su mano, la ternura de sus palabras, el miedo que la atenazaba. Pero él no la había reconocido, para él no existía el recuerdo porque probablemente su vida tuviera muchos más sobresaltos, más ilusiones, más sorpresas. ¿Por qué quería ser reconocida? Se preguntó. En realidad, la situación fue vergonzosa y tal vez lo más sensato hubiera sido olvidarlo, sin embargo, algo inquietaba su alma. Quería, necesitaba, deseaba que él supiera de ella, aunque no alcanzaba a entender el porqué, quizás porque podría perderse en esa mirada azul… Le escudriñó por el rabillo del ojo y para su sorpresa descubrió que él también la miraba. En un gesto instintivo se volvió hacia la ventanilla y se perdió en la imagen móvil de los edificios de Madrid, sintiendo cómo la sangre golpeaba sus sienes.

—Perdone, señorita, ¿la conozco? —Paola dio un brinco y apretó el bolso con fuerza en un movimiento reflejo. Volvió sus ojos y se encontró perdida en la inmensidad de un cielo de verano.

—Lo siento, no pretendía asustarla, pero desde que ha entrado… ¡Ya la recuerdo! —dijo súbitamente— Usted, fue usted la que casi se mata, sí, ahora me acuerdo, ya decía que la conocía, no suelo olvidar una cara, pero la encuentro tan… tan distinta. ¿Cómo se encuentra? Veo que ya se ha recuperado totalmente. ¡Claro, hace ya meses de eso!

Las palabras salían atropelladas de su boca y Paola tuvo que bajar los ojos para no sonreír.

—Sí, hace bastante —acertó a contestar—, yo sí le había reconocido, pero pensé…

Paola calló, no sabía continuar, de repente las palabras habían desaparecido, se habían ocultado en algún baúl del que no tenía la llave y era consciente, para su desgracia, de la cara bobalicona que debía de estar poniendo y del temblor absurdo de sus labios.

—Discúlpeme —el cobrador se alejó para alivio de Paola y continuó su trabajo, porque acaban de llegar a otra parada, donde un par de viajeros se subían con presteza al vagón, buscando el calor del tranvía. Una vez recogido el dinero de los billetes, el joven volvió.

—He pensado mucho en usted —continuó la conversación como si no se hubiera movido de su lado—, tenía un feo golpe en la sien. Tal vez deberíamos haberla llevado a un sanatorio.

La chica negó con la cabeza.

—No era necesario, en unos días se convirtió en un moretón y luego desapareció —Paola no miraba a su interlocutor a los ojos porque la turbaban, a cambio se alisaba el abrigo en un movimiento sin fin.

—¡Menudo susto me dio!

La muchacha se ruborizó.

—Por cierto, con las prisas ni siquiera le pregunté su nombre.

—Paola —el sonido salió de golpe de sus labios, como si estuviera esperando el momento oportuno para soltarse.

—Ya me lo imaginaba —él sonreía y el tranvía volvía a detenerse de nuevo, pero esta vez nadie subió, una mujer había descendido y se arrebujaba en su abrigo, doblegada por el viento. Ambos se quedaron mirándola.

—¿Sabía que me llamaba Paola? —preguntó intrigada.

—No, ¡qué va!, sabía que tenía que tener un nombre original, los nombres siempre dicen algo de quien los lleva. Yo me llamo Adrián, como verá es bastante más normal que el suyo —ella sonrió abiertamente por primera vez.

—Mi madre también lo dice —y ante la cara de extrañeza del muchacho, aclaró—: lo de los nombres. Es una larga historia.

Paola se daba cuenta de que no enlazaba bien las frases y de que su parloteo podía resultar estúpido.

—Quiero decir que ni sé por qué mi madre me puso este nombre, parece ser que es italiano.

Un silencio incómodo se alzó de repente, acompañado de una intranquilidad incipiente, que iba instalándose en las entrañas.

—¿Y cómo ha salido en un día como este? —habló nuevamente el cobrador, creando una sensación de alivio en ambos corazones. El tranvía se detuvo— Disculpe de nuevo.

Y volvió alejarse por el pasillo, en dirección a la entrada donde los viajeros se agolpaban, intentando entrar rápidamente y dejar atrás la fría intemperie. Paola aprovechó para serenarse, no se explicaba por qué la presencia de aquel hombre le ponía tan nerviosa, pero no era una sensación molesta, era más bien inquietante, un desasosiego agridulce. Lanzó los ojos al vacío y pensó que era muy guapo, le quedaba muy bien el uniforme, después se arrepintió de pensar en eso, y después volvió a pensar que sus ojos eran inmensos y tan azules…

—Le preguntaba… —interrumpió sus pensamientos, no le había sentido llegar.

—Sí, le he oído —se volvió de inmediato—. He salido a hacer unos recados para mi señora, tengo que ir a la Farmacia de la Reina. Hubiera preferido seguir con mis tareas, pero doña Matilde no admite negativas. Doña Matilde es mi jefa, ya me entiende.

Adrián asintió con la cabeza. Por un momento había pensado que aquella joven era una señorita, no una sirvienta, pues la ropa que llevaba no era propia de una criada. Se quedó pensativo mirándola, pero sin verla, sumido en sus cavilaciones, lo que hizo que Paola se sintiera incómoda y se alegrara de que estuviera llegando a su destino. Empezó a abrocharse los botones del abrigo en previsión al frío que reinaba fuera y entonces Adrián se quedó inmóvil observando sus manos, ásperas e hinchadas, y se preguntó cómo no se había dado cuenta antes. Paola siguió la dirección de su mirada y en ese instante supo lo que había motivado aquel silencio. Se sintió mal, miró sus manos también y las escondió avergonzada en los puños del abrigo.

—Me bajo en la siguiente parada —comentó levantándose, con una voz que trataba de ser neutral, pero que se entrecortaba—, me he alegrado de volver a verle y le vuelvo a dar las gracias.

—No he querido ser…

—No se disculpe, por favor, me haría sentir peor —lo interrumpió orgullosa—. Usted se ha equivocado, tal vez haya sido mi ropa o su ceguera, da igual, acaba de descubrir que solo soy una simple criada y eso le ha sentado mal. No se preocupe, me bajo y nadie se habrá enterado de su pecado.

Paola se giró delante de él para seguir el pasillo hasta la puerta, le miró a los ojos un instante y pudo ver una gran turbación. Te lo mereces, pensó, por engreído. Sentía una enorme ira mezclada con desprecio, con vergüenza, con impotencia, una ira que estaba asomando a sus ojos, que se humedecían por momentos. Por eso separó la vista de él, por eso se giró con la cabeza bien alta y recordó a su prima, sus andares, el movimiento de sus caderas y trató de imitarla, de imitar su seguridad, de no dejarse derrotar por la constatación cruel de lo que era. Pocos instantes después el tranvía se detuvo en la Plaza de la Puerta del Sol, Paola se apeó y sin mirar atrás, convencida de llevarse unos ojos prendidos de las costuras de su abrigo, anduvo erguida hacia la calle Mayor, llorando sin consuelo, con la voluntad férrea de no pensar en nada.

Amalia estaba en la cocina preparando la comida cuando Paca entró como un ciclón para coger agua y seguir con su tarea. La cocinera se giró y miró a su compañera sin decidirse a

hablar, pero con las palabras abrasándole los labios. Paca se quedó mirando su cara bobalicona y se sintió exasperada.

—Tú, ¿qué miras? ¡Ni que hubieras visto un fantasma! ¿Vas a decirme algo o es que te ha dado un pasmo?

Amalia se decidió.

—¿Has visto a Pau? Salía toda arreglada esta mañana, que parecía la reina de España, ni me ha mirado y eso que me he cruzado en medio del pasillo. Menudos aires que se da. — Amalia había dado la espalda a Paca y seguía trajinando en sus pucheros.

—No me la mientes, no me la mientes, que le tengo unas ganas a la desgraciada esa. Se la tengo jurada y por estas —y se besó los dedos cruzados— que a esa la echo yo de esta casa. Se le van a bajar los humos. ¿Has visto cómo me mira?, ni que hubiera salido por un agujero diferente a las demás… y solo es una pobre muerta de hambre.

—Ten cuidado, Paca, que se tiene ganada a doña Matilde y en caso de duda te vas a la calle.

Amalia se dio la vuelta con un trapo que utilizó para secarse las manos. Se desplazó a la alacena y sacó unas cebollas y una ristra de ajos. Al pasar junto a su amiga le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ya pensaré en algo, pero esta vez no voy a ser tan tonta de dejarme pillar como con el abrigo, esta vez no podrá encontrar agujero donde esconderse y la echarán. Solo necesito paciencia para soportarla y un plan, estoy pensando…

En ese momento entró doña Matilde en la cocina y se encontró a Paca sentada junto a la mesa. Esta dio un brinco y temió por un momento que el ama la hubiera oído.

—¿Qué haces sentada en la cocina? En esta casa no se paga por pensar —la increpó—, sigue con tu trabajo o vas a pensar muy pronto en otro sitio, ¡holgazana!

Paca se dio cuenta de que no había oído casi nada y se censuró por ser tan descuidada y dejarse llevar por su genio. Amalia tenía razón, debería tener más cuidado, saber dónde hablaba y con quien, si no acabaría atrapada en su propia trampa. Se levantó contrariada y se fue sin decir nada. Doña Matilde se dirigió entonces a Amalia.

—¿Y tú qué haces?, ¿ya está lista la comida?

Amalia negó con la cabeza, manteniendo los ojos fijos en la tabla sobre la que cortaba la cebolla. Muchas veces aquella mujer daba miedo.

—Pues no quiero verte de cuchicheos con nadie, a saber qué andáis tramando. Eso de hablar tan bajito… Tened cuidado conmigo, que todavía no me habéis visto enfadada.

Doña Matilde recogió unos trapos y salió de la cocina aún murmurando, mientras el corazón de la cocinera se desbocaba del susto, temiendo lo que podría haber ocurrido si el ama hubiera

llegado unos minutos antes.

7

Paca era una muchacha algo mayor que Paola, una mujer poco agraciada físicamente y con una mente un tanto enrevesada, fruto de la soledad de su vida, de sus experiencias pasadas y de la cólera que albergaba su corazón frente al mundo. Su existencia no había sido fácil y tuvo que luchar contra las circunstancias creándose una capa de protección instintiva, que la llevaba a desconfiar de todo y de todos. Nunca había tenido amigos… ni los había necesitado, hubiera añadido ella.

Su historia comenzaba en una aldea navarra, una aldea teñida constantemente del verde de sus campos y de lo beato de sus gentes. Paca había nacido fruto del pecado de Susana, su madre, como consecuencia de un amorío adolescente con el cabrero del pueblo, que la había dejado preñada para luego renegar de ella.

—¡Con cuántos lo habrás hecho! —fue su cruel contestación cuando la pobre chica le dijo que esperaba un hijo— y ahora te piensas que seré tan tonto de creer que es mío y cargar con él y contigo. ¡Serás puta!, lárgate de aquí antes de que te deslome a palos.

Era la vieja y repetida historia de las mujeres ingenuas y enamoradas. De repente se veía perdida, sin el amor que soñaba, abrazada por la humillación y con un bebé en camino. Susana había envejecido en un minuto, mientras bajaba por la ladera de la montaña bañada en lágrimas, maldiciéndose por su ceguera y odiando con todas sus fuerzas al hombre que la había engañado y ahora renegaba de ella. Durante unos instantes había jugado con la posibilidad de volver a escondidas y golpearle con una piedra en la cabeza, por la espalda, hasta matarlo. Se había visto a sí misma disfrutando mientras una y otra vez machacaba aquel cráneo lleno de ideas perversas. Después había caído de rodillas sobre la hierba húmeda, desesperada. ¿Qué iba a hacer ahora? Su padre la mataría a golpes cuando se enterara, la echaría de casa. ¿Dónde iría? Nunca había salido de su pueblo, no sabía qué había más allá del camino de tierra que cruzaba la aldea y se perdía serpenteando más allá de los campos.

¡Lo odio! Había pensado súbitamente, odio lo que llevo dentro, odio que esté ahí, no es nada y ha cambiado mi vida, me ha separado de quien tanto quería, es lo que ensucia mi vientre, quien me ha hecho decir esas barbaridades a mi hombre...

—¡Te odio! —gritó secándose las lágrimas y sus palabras retumbaron por los valles en un eco incierto.

Los primeros golpes fueron suaves, como tratando de despertar a un monstruo que durmiera en sus entrañas, pero en pocos instantes se hicieron feroces y convulsivos, una rabia sorda arrastraba sus manos contra su vientre, descargando uno tras otro puñetazos que la obligaban a doblarse cada vez un poco más. Por fin paró, se levantó dolorida y se secó los ojos y la nariz con la manga.

—No serás tú quien me arruine la vida —se dirigió a su interior—, ¿me estás escuchando?

Voy a acabar contigo como sea, y después le haré la vida imposible a ese desgraciado, como que me llamo Susana.

La venganza es un poderoso veneno y si no se tiene mucho cuidado y una increíble inteligencia, acabas muriendo en sus manos. Vivir para vengarse no es vivir, pero Susana todavía no había aprendido que la vida escoge sus caminos y nos arrastra a ellos a empujones. Durante las semanas siguientes se obcecó en deshacerse del bebé costara lo que costase, pero todo fue inútil. Al fin se le agotaron las ideas, el bebé seguía firmemente anclado a su cuerpo, que se empezaba a redondear y la derrota le envenenaba la sangre. Su instinto de madre no funcionaba, cegado por la ira, y el odio hacia ese diminuto ser que crecía en sus entrañas aumentaba por momentos. Sus pechos, siempre abundantes, comenzaban a desbordar sus ropas y los vómitos de madrugada empezaron a extrañar a su madre. Finalmente fue consciente de que en poco tiempo su estado no se podría ocultar, por lo que decidió, a pesar del miedo, hablar con ella.

La primera reacción materna ante la noticia fue abofetearla, después la insultó de todas las formas que supo con el escaso vocabulario con que contaba. Pasada la ira, la anegó el miedo.

—¿Cómo vamos a decírselo a tu padre? Te matará y con razón, no creas que voy a impedírselo ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! Bien que se van a reír todas esas viejas santurronas, ¡menuda deshonra!

—Madre, yo…

—Tú cállate, no quiero oírte decir ni una palabra, ¡más que puta! ¿Quién es el padre, si puede saberse? Porque tendrá un padre, digo yo.

—Juan, el cabrero, pero dice que no es suyo —la débil voz de Susana se empezaba a mezclar con el llanto.

—¿Y qué esperabas? —bramó la mujer—, los hombres son así, te lo he dicho un millón de veces, ellos la meten, disfrutan y si te vi no me acuerdo. Ellos no se quedan preñados, ellos solo tienen que negar con la cabeza, sonreír y seguir con sus cosas.

La mujer deambulaba por la cocina de un lado a otro con expresión preocupada. Al pasar al lado de Susana volvió a darle una bofetada, que restalló como un látigo en el silencio y obligó a la muchacha a dar un paso atrás para no perder el equilibrio.

—Tu padre no puede enterarse, te matará a ti y a mí por no haberlo impedido, pero ¿cómo iba yo a saber que mi hija era una cualquiera y estúpida, además? —volvió a acercarse a la joven, que levantó instintivamente los brazos para defenderse, pero esta vez no iba a pegarla. Se acercó mucho a su rostro, tanto que pudo sentir el aliento de su madre en la cara.

—Vas a irte del pueblo —dijo al fin, sentándose en un tocón que hacía las veces de silla—, vamos a decir que te vas a cuidar a mi hermana, que está enferma.

—¿Lo sabe la tía?

—¡Cómo lo va a saber, estúpida! —gruñó la madre con gesto reflexivo—, pero le contarás

lo que ha pasado y le dirás que te vas a quedar en su casa haciendo lo que ella te mande. Yo me encargaré de enviar dinero todos los meses para tu manutención. Cuando hayas parido ya me dejaré caer yo por allí y buscaremos una solución, pero aquí no puedes volver.

—¿Nunca? —se sobresaltó Susana, sintiendo que sus ojos volvían a anegarse en llanto— ¿Me tendré que ir para siempre?

—¿Qué esperabas? Las acciones tienen consecuencias, tu padre tiene una posición en el pueblo y no vas a ser tú quien lo deshonre. Si quieres esperamos a que venga y le contamos…

Evaristo era una mala bestia. Susana le tenía un miedo irracional y justificado, porque cuando levantaba su enorme manaza ya no sabía parar, después, continuaba con el cinto y ponía su rúbrica final con un amasijo de improperios, palabrotas e insultos, aunque la víctima en esos momentos no solía tener fuerzas ya para escucharlo. Por lo general era un hombre taciturno, cuya sola presencia y la envergadura de su cuerpo se convertían en una tarjeta de visita suficiente. Sus escasas palabras eran sentencias y estaba acostumbrado a que se respetase su voluntad sin rechistar. Susana trataba de evitarlo siempre, y cuando se veía obligada a estar en su presencia procuraba decir lo mínimo, moverse lo mínimo y hacerse notar lo mínimo. No es que Evaristo fuera un padre injusto, sino que era un padre desproporcionado. Susana había presenciado varias palizas en su casa. Sacudió la cabeza aterrorizada como intentando alejar de sí esos pensamientos y su mente pragmática constató que la medida ideada por su madre era la salida menos espantosa.

—Haré lo que tú digas, madre —dijo por fin entre hipidos.

—¡Claro que lo harás!

Evaristo nunca se metía en las cuestiones domésticas, era un trabajador incansable que solo sabía de cosechas, de labranzas y de recogidas. Su única aspiración en la vida era que los días pasaran uno tras otro sin sobresaltos, que las tierras siguieran siendo generosas, que las lluvias aparecieran en el momento adecuado, que la comida esperara preparada en la mesa para cuando él llegara y que su mujer estuviera dispuesta cuando sentía la sangre agolparse en su entrepierna. Las sorpresas y las novedades le ponían de mal humor y la madre de Susana lo sabía, por eso actuó con cautela al informar a su marido de la marcha de su hija.

Susana se fue del pueblo de madrugada. Caía una fina e insistente lluvia primaveral, que hacía brillar la acuosa luminosidad del alba. Tenía un largo trecho hasta la carretera principal, donde tomaría la carreta del Tuerto, que pasaba dos veces al día. Salía con mucho tiempo de antelación, pero su madre así se lo había exigido para que nadie la viera, como si se tratara de una ladrona.

—Menos ojos, menos comentarios —había dicho cuando la muchacha se había quejado.

En la primera curva del camino Susana se dio la vuelta y contempló su pueblo, contempló la montaña que lo sostenía y que aún tenía pequeñas manchas blancas de nieve en su cima, unas manchas que a medida que comenzaba a hacerse de día iban tomando tonalidades diferentes; contempló la iglesia con su torre achaparrada y una espadaña que albergaba la campana, esa misma que oía desde su cuarto. Se preguntó por qué nunca se había fijado en todo aquello, por

qué nunca había admirado lo bello que era todo lo que la había rodeado desde su infancia. Una tristeza incontenible fue llenando su alma y las piernas comenzaron a temblarle de tal manera que tuvo que sentarse en una piedra que parecía apoyarse en un árbol a un lado del camino. Dejó los bultos en el suelo, sus escasas posesiones, y se sintió el ser más abandonado del mundo, una mujer cuya cárcel seguía creciendo en su interior sin dilación.

No te quiero, dijo para sí, ni ahora ni nunca, da igual lo que diga tu abuela, da igual eso de que cuando te vea pensaré diferente, no te equivoques, si pudiera matarte lo haría ahora mismo, has destrozado mi vida, me has separado del hombre que amaba y ahora, me echas de mi casa y de mi pueblo.

El agua lentamente iba empapando su pelo y las gotas chorreaban por su rostro, mezclándose con las lágrimas que se volvían amargas, sazonadas con esos oscuros sentimientos. Por un momento sintió remordimientos, por un momento pensó que estaba siendo injusta, por un momento supo que no podía acusar al bebé de sus actos, pero necesitaba un culpable, necesitaba un objetivo al que odiar, al que juzgar y condenar, y en su cobardía supo que él no podría defenderse, ni recriminar a una joven madre que no quería perderse la vida por su culpa.

Se levantó con la náusea asentándose en su estómago, como tantas mañanas al despertarse y, dando una fuerte arcada, vomitó apoyando su mano en el árbol que estaba chorreando, se secó con la manga la boca y recogió sus cosas. Marchó sin mirar atrás, sin pensar en el futuro, con la lluvia despidiéndose de ella y una ira demasiado honda para ser capaz de controlarla.

Los meses pasaron rápidamente y Susana se acopló a la vida de su tía solterona con mucha más facilidad de lo que hubiera imaginado. Era una santurrona beata que la obligaba a ir a misas, rosarios y cualquier actividad de la iglesia de aquel pueblo, pero que la trataba con más afecto que su propia familia, aunque no perdiera oportunidad de darle un varazo que otro de vez en cuando si hacía las cosas mal, si blasfemaba o si la descubría mirando a algún mozo del pueblo. Tampoco perdía la ocasión de recordarle su pecado y de recriminar su conducta pasada, pero los dineros que llegaban puntuales cada mes eran una razón más que suficiente para aceptar a la pecadora y, según ella, lujuriosa sobrina, en su casa.

Pero las mentiras tienen las patas muy cortas y suelen hacer agua por la parte que uno menos espera. Hacía ya más de medio año que Susana había abandonado el pueblo. Su madre lavaba y oyó llegar al marido. Por el golpeteo potente y la velocidad de sus pasos supo que alguna tormenta se cernía sobre el hogar e inmediatamente se puso en guardia, colocó el plato sobre la mesa ya preparada y salió al patio a seguir frotando sobre la tabla de madera la ropa blanca. Era mejor estar lejos de aquel hombre cuando se le nublaban las ideas. Oyó que entraba en la cocina e inmediatamente resonó su vozarrón llamándola. Se enderezó, se secó las manos en el delantal, respiró hondo y se dispuso a aguantar lo que viniera, aunque no se esperaba lo que estaba a punto de suceder. En la taberna, el cabrero, que había tomado más alcohol de la cuenta, empezó a hablar de su hija, de cómo le había intentado pillar, de su embarazo y de cómo él la había echado, sin sospechar que Evaristo estaba en la barra escuchando, así que después de partirle la nariz de un puñetazo, había vuelto a casa a pedir explicaciones a su mujer.

Según entraba llegó la primera bofetada, un golpe contundente que le hizo perder el equilibrio y caer de espaldas sobre la puerta que aún estaba abierta, de manera que medio cuerpo

estaba dentro de la cocina y el otro medio en el patio.

—¿Tú te piensas que soy idiota? —bramó mientras la cogía por los pelos y la metía en la cocina— ¿Piensas que me puedes engañar?

Y el segundo golpe llegó con la misma fuerza que el primero, solo que esta vez sintió el sabor de la sangre en la boca y un fuerte dolor al rebotar su cabeza en el suelo.

—No sé de qué me hablas —dijo débilmente, cubriéndose la cabeza con las manos y esperando el siguiente puñetazo.

—¿No sabes de qué te hablo, asquerosa ramera? ¡Igual que la hija!

Evaristo levantó por el pelo a la mujer y la obligó a mirarlo a la cara, acercó su rostro al de ella y habló con tanta rabia que pequeños retazos de saliva se estrellaban contra el rostro aturdido y horrorizado de la madre de Susana.

—¿A qué esperabas para decirme que Susana se había quedado preñada? ¡Mentirosa! ¡Mala mujer! ¿Qué se puede esperar que nazca de un vientre como el tuyo? Otra puta, como la madre. A casa de tu hermana a cuidarla, a aprender, ¿eh?, a aprender con quien más se puede abrir de piernas, ¿no?

—Yo… —comenzó a murmurar, pero no pudo continuar, la mano que sujetaba su pelo se destensó y un aluvión de golpes, puñetazos y patadas se estrelló contra su cuerpo. Al principio la mujer, en el suelo en posición fetal, trataba de protegerse, pero cuando las patadas dieron paso a los correazos empezó a ver desdibujado el universo, empezó a oír las palabras, los gritos y los insultos como en una cueva, sonando a hueco en su cabeza y después un grito y después silencio, pesado, profundo y con sabor a sangre.

Estaba inconsciente y por eso no supo que la violencia había cesado, que las manos se habían parado y que el brazo que sujetaba la correa había sido detenido por otro brazo que tenía casi la misma fortaleza.

—¡Para ya! La vas a matar, padre —ese era el último grito que había oído la mujer antes de desvanecerse. Ella no supo que probablemente la ira le hubiera cegado y Evaristo hubiera podido asesinarla si en aquel momento no lo hubiera detenido su hijo, la única persona capaz de hacer frente a su padre— ¡Ya vale!, volvió a repetir y le arrebató la correa de la mano.

—Pero tú no sabes… —gritó Evaristo.

El muchacho no lo escuchó, se puso en cuclillas y acercó la mano al rostro ensangrentado de su madre, le retiró el pelo apelmazado de la cara y la llamó en un susurro, pero ella no se movió, la zarandeó un poco más fuerte, pero ella seguía sin moverse. En ese instante un miedo revelador hizo estremecerse a Evaristo, que tuvo que sentarse en el tocón. La ira había desaparecido y se iba convirtiendo en un terror sordo, que le iba mostrando una realidad que se negaba a aceptar.

—¿Está?… —solo acertó a decir.

El muchacho no contestó, dejó que su padre se ahogara un poco más en la constatación de su violencia, permitió que creyera que estaba muerta y que él la había matado. Una crueldad por otra. Después tomó a su madre en brazos, cogió una manta que colgaba de un gancho en el vestíbulo y echándosela por encima se dirigió a las cuadras, donde colocó el desmadejado cuerpo en el carro y se la llevó hasta un pueblo vecino, donde unas monjas atendían a enfermos.

No estaba muerta, él lo sabía, había oído el corazón latir débilmente, pero no quiso tranquilizar a su padre, ese hombre cruel que había martirizado a toda la familia. Tras una semana en cama al cuidado de las hermanas, volvió al pueblo de noche, una súplica que hizo a su hijo porque no quería que nadie la viera en aquel estado. Aún andaba encorvada hacia delante porque tenía varias costillas rotas, la boca estaba deformada, hinchada y los ojos ensangrentados.

Cuando entró en casa, Evaristo removía algo en el fuego, más taciturno si cabe que nunca, levantó los ojos y se quedó petrificado ante el espectáculo que se abría a sus ojos y que había sido pintado por él. No había ido a verla ni una sola vez, a su hijo le había dicho que no podía perder un día de trabajo, pero la triste realidad se llamaba cobardía, no se había atrevido a enfrentarse con ella, ni con las monjas, ni con su hijo. No había tenido valor. Estaba arrepentido, pero no era capaz de demostrarlo. Ya le había ocurrido otras veces, la ira lo cegaba y no veía, no sentía, no era consciente de lo que hacía y luego llegaba el arrepentimiento, el juramento de que no se volvería a repetir, pero se repetía. Sin embargo, esta vez era distinto, se había extralimitado, sabía que la hubiera matado de no llegar su hijo, que habría terminado en la cárcel y mil terribles cosas más que no quería siquiera pensar. Además, el muchacho ya le había advertido. Una vez que volvió del convento y guardó el carro, entró en la cocina y se encontró con su padre que, sentado a la mesa con un vaso de vino, levantó los ojos ansiosos e interrogantes.

—Se recuperará —dijo—, pero esta vez será la última. Si te vuelvo a ver levantar una mano a madre, te mato.

Evaristo asintió, su hijo ya era un hombre y sabía que hablaba completamente en serio. Después de aquello el muchacho no volvió a dirigirle la palabra durante todos los días que estuvieron solos.

Susana no sabía nada de esto, ya estaba a punto de parir y el momento le causaba una angustia infinita. Fue un parto sencillo, ella era fuerte y la niña muy pequeña, por lo que todo ocurrió con una rapidez increíble y en pocas horas la comadrona cortaba el cordón umbilical y le daba el bebé a su madre que, con un gesto de repugnancia, indicó a la extrañada mujer que lo dejara en la cuna. La comadrona pensó que a veces las madres tenían comportamientos raros tras el parto y no le dio mayor importancia, pero en poco tiempo la tía sí supo que Susana no quería saber nada de su hija, que no se preocupaba por ella, que no le cantaba, no la mimaba, no quería ponerla al pecho como hubiera hecho cualquier madre. Todo en ella era desgana.

Durante el primer mes sus escasas atenciones fueron el origen de infinidad de peleas entre la tía y la sobrina. Después todo se complicó cuando el dinero dejó de llegar y la manutención, que tan puntualmente se había presentado hasta entonces, desapareció. Al principio la tía no se preocupó, cualquier motivo podía imposibilitar a su hermana para hacerle llegar el dinero, sin embargo, el segundo mes pasó y todo seguía igual, lo que, junto a la actitud de Susana, llevó a la

santa mujer a tomar una decisión.

—Cuando no haga estos fríos volverás a casa con tu madre, ya es hora de que conozca a su nieta —dijo un día mientras limpiaba a la pequeña encima de la mesa de la cocina, que era el lugar más cálido de toda la casa.

Susana la miró intrigada y sin comprender.

—No puedo volver al pueblo, madre me lo prohibió, dijo que ya pasaría por aquí y que veríamos qué hacer —contestó con seguridad.

—Mira, Susana, tú no eres mi hija, esa niña no es mi nieta, tú no te preocupas de tu hija, mi hermana ni me paga ni viene y yo ya estoy harta de soportarte, por lo tanto, si cuando estos fríos remitan la cosa sigue como está, te vuelves a casa o te vas donde te parezca conveniente, que si fuiste mayor para meterte en el lecho de un hombre para pecar, igual de mayor serás para buscarte la vida —concluyó.

—Pero tía…

—Ni tía ni nada, es mi última palabra.

Las inclemencias del invierno fueron suavizándose a medida que pasaban los días. Susana, convencida de que su tía hablaba en serio, para no verse de vuelta en el pueblo trató de fingir que la niña le interesaba un poco, pero en el fondo era incapaz de quererla. Le pusieron de nombre Francisca por su abuelo, Paquita para todos, algo que a la joven le traía sin cuidado, aunque trató de parecer ilusionada. A pesar de todo, los pagos seguían sin llegar, las peleas no remitían y Susana no quería verse atada a ese pequeño monstruo el resto de su vida. Por eso un día desapareció, se fugó una noche con un campesino que se iba del pueblo a la ciudad en busca de trabajo. Era el primer abandono en la vida de Paca, aunque ésta aún era demasiado pequeña para darse cuenta de nada.

Desaparecida la madre y la manutención, aquella mujer no estaba dispuesta a responsabilizarse ni un minuto más de la criatura y decidió que ya era hora de que su hermana se encargara de su nieta, porque ella ya había hecho bastante y no tenía ni edad ni ganas de cargar con la crianza y la educación de una niña que no era suya. Con el buen tiempo se puso en marcha para devolver a la pequeña a su verdadera familia.

—¿Cómo se te ocurre venir aquí y con la niña? ¿Y Susana? Le dije que se quedara en tu casa hasta que pudiera ir yo hasta allí, si vuelve Evaristo… ¿Te ha visto alguien? —las palabras salían a borbotones por su garganta, aterrorizada, mientras hacía amplios gestos con las manos.

Su hermana observó los restos de la paliza con desagrado.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? El bestia de tu marido, ¿no?

Las dos mujeres se pusieron a hablar atropelladamente y se contaron las novedades, que eran tan poco alentadoras. La madre de Susana habló de la mentira, de la paliza, de las curas, de la relación de tirantez que se respiraba en la casa entre Evaristo y su hijo —ella no sabía lo que

padre e hijo habían hablado el día en que la llevaron al monasterio— y del miedo cada vez que su marido entraba en casa, el temblor de piernas que la asaltaba y las pesadillas que no la dejaban dormir.

—Creo que si no llega a aparecer el chico, me mata —concluyó con unos enormes lagrimones que resbalaban por su cara, prematuramente arrugada y que ella se secaba con un trapo lleno de manchas.

Las noticias sobre la huida de Susana abandonando al bebé fueron la puntilla final para aquella mujer devastada, que se desplomó en la silla con desesperación.

—Como comprenderás —dijo en tono lastimoso su hermana—, no me puedo hacer cargo del bebé sin su madre, no tengo suficiente dinero, ni fuerzas, ni ganas. Siento lo que te ocurre, pero vosotros sois tres, tenéis tierras y trabajo, no os sobra, pero tampoco os falta, y al fin y al cabo la niña es tu nieta.

—¿Y si te pasara una especie de pensión?, ¿te quedarías con la niña? —preguntó con ansiedad— Sabes que en tu casa estaría mejor, ya has visto lo que es capaz de hacer ese animal si le llevas la contraria.

Paca se revolvió entre la toquilla y la manta y empezó a gemir. Era hora de comer y ya empezaba a impacientarse.

Mientras la dejaba con cuidado encima de la mesa, la mujer reflexionaba sobre la proposición de su hermana. Sus firmes convicciones religiosas la empujaban a aceptar, a apartar a aquella niña de las malas influencias y el descontrol, estaba claro que su hermana no era capaz de educar correctamente a una hija, bastante tenía con esconderse del monstruo de su marido, pero por otro lado no le apetecía renunciar a su libertad, a sus soledades, al silencio y los rezos de sus días. Sacó un vaso y echó un poco de leche de la lechera que aún no habían recogido del desayuno, empapó una esquina de un pañuelo que sacó de la bolsa y se lo puso al bebé en los labios, Paca chupaba con fruición.

—Prepárale una papilla a la niña mientras la entretengo con la leche —ordenó a su hermana.

La madre de Susana vio por primera vez a Paca y sonrió.

—¡Es tan pequeña! Ya no me acordaba de lo chiquitines que son al nacer —dijo mientras acariciaba el rostro de la recién nacida, pero inmediatamente se dio la vuelta y empezó a trajinar en el fogón.

—Hace varios meses que no me mandas dinero, ¿cómo sé yo que si me llevo a la niña tú cumplirás tu promesa? —preguntó, empezando a sentirse derrotada.

—Porque si no lo hago sé que te presentarás aquí con ella y como verás es lo último que deseo. Voy a hablar con mi hijo, él se encargará y creo que Evaristo no se atreverá a decirle nada, es más seguro.

Unas horas después la tía de Susana volvía a su pueblo con una mezcla de sentimientos que se contradecían unos con otros. El peso de la responsabilidad había caído en sus hombros con una fuerza que no esperaba, pero a la vez sentía la satisfacción de los santos a los que se les da la gran oportunidad de hacer algo por los demás y no huyen, sino que aceptan con humildad la voluntad de Dios.

Los años pasaron sin sobresaltos para la niña, que se crío en la férrea disciplina religiosa, conociendo el pecado de su nacimiento desde que tuvo la edad precisa para comprenderlo, sabiendo que su madre la había abandonado como se hace con un papel usado, que había huido para seguir en el pecado, porque su alma ya había sido atrapada por el diablo y Satanás no soltaba a los que con taimadas tentaciones había logrado acercar a su seno. Cada vez que Paca se enfadaba, cada vez que la niña protestaba o gritaba, un aluvión de comparaciones con su madre salía por la boca de su tutora, animándola a luchar contra un demonio que la mente infantil no acababa de dar forma, pero cuyos horrores se materializaban en terrores nocturnos, que la obligaban a esconderse entre las sábanas, sudando de temor y llorando de desconsuelo y soledad.

Un día, cuando Paca contaba catorce años, su tía la sorprendió en el huerto que había detrás de su casa jugando al escondite con su vecino. En realidad, la niña no hacía más que eso, jugar, pero en la reprimida mente adulta aquello supuso un cataclismo, la constatación de que la hija sería como la madre y que, por muchos esfuerzos que hiciera para apartarla del pecado, todo estaba perdido. Con la edad, aquella mujer se había ido convirtiendo en una maniática obsesiva, que muchas veces hasta al párroco asustaba con sus demencias de santos y demonios. Creía ver sombras por la noche que se acercaban a su protegida en busca de su alma y por más que el sacerdote tratara de quitarle aquellas absurdas ideas, la mujer iba perdiendo la cabeza sin remisión. Aquel día, después de utilizar la vara y de gritar a Paca, cuando creía que todo había terminado y había conseguido alejar el mal de la casa, una liviana réplica salió de los labios de la niña, no más que una queja al principio, tratando de justificarse, pero que, ante la desmesurada respuesta de la mujer, de sus gritos y su violencia, acabó por convertirse en furia. Paca se rebeló. Por primera vez se sintió con fuerzas y razones para no aguantar, sin más, lo incomprensible, sin saber que con ello prendía un incendio que acabaría por quemarla a ella.

Se gritaron mutuamente, se acusaron, y cuando la vara se volvió a cernir sobre la espalda de la muchacha, ésta la cogió por su extremo y se la lanzó a su tutora que, tras el golpe, se quedó inmóvil, callada, con cara de incomprensión en medio de la sala. Una marca rosácea se iba advirtiendo en la piel de su rostro, una fina línea que tomaba una tonalidad rojiza por momentos y que cruzaba desde la ceja hasta la mitad de la mandíbula. La vara salió despedida y se estrelló contra una balda donde se colocaban las tazas boca abajo ordenadamente y varias cayeron al suelo, organizando un gran estropicio. Paca miró horrorizada todo aquel desastre, sus ojos se movían con rapidez de las tazas rotas esparcidas por el suelo a la cara marcada de su tía abuela y de nuevo a los pedazos de porcelana del suelo. Abrió la boca para decir algo, pero no supo qué. El cuerpo inmóvil de la tía se tambaleó un instante y echó un pie atrás para sujetarse con la mesa, que soltó un leve crujido al apoyar el peso. Bajó la cabeza y metió los dedos entre su pelo para colocarlo, como si estuviera despeinado, aunque ni un mechón se había movido de su lugar. Cuando sus ojos volvieron a concentrarse en Paca estaban cargados de odio.

—¡Vete! —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué? —preguntó Paca incrédula.

—¡Vete! —alzó la voz— ¡He dicho que te vayas y no vuelvas nunca más! Eres tan mala como tu madre, no me extraña que te dejara aquí, sabía la ponzoña que había parido. ¡Desagradecida! Satanás te ha llevado a sus campos. ¿Dónde estarías de no haber sido por mí? Y con esto me pagas.

—Tía, yo… —balbuceó la muchacha, aterrorizada ante la perspectiva de la expulsión, pero ya no había nada que hacer.

—¿No me has oído? —chilló como una demente— ¡Vete de mi vista! Recoge tus cosas y ve con tus abuelos, a ver si ellos te quieren más. Se dio media vuelta y se dirigió a la puerta, pero antes de salir y cerrarla se volvió hacia Paca, que estaba en la cocina inmovilizada por el miedo.

—Cuando vuelva espero que ya no estés, si no tendré que llamar a la Guardia Civil para que te echen —y dando un portazo se marchó.

Paca se quedó unos instantes desorientada, sin saber muy bien si aquello era una realidad o lo estaba soñando, pero inmediatamente volvió a escuchar en su mente la advertencia de su tía abuela y le pareció que no estaba bromeando, de modo que salió de la habitación y se fue a su cuarto, donde recogió sus pocas pertenencias en una manta. Lloraba tanto que daba traspiés por la casa que había sido su hogar hasta ese momento. Como si no conociera el camino, tropezaba con las cosas, se golpeaba las espinillas y quería gritar, pero las palabras ya no salían por su boca y el miedo y el dolor acompañaban a la incertidumbre, provocándole nauseas. Abrió la puerta principal y ya iba a cerrarla cuando un rayo de lucidez atravesó su mente. Si tenía que ir al pueblo de sus abuelos no podía ir andando y para coger cualquier medio de transporte necesitaba dinero. No lo pensó dos veces, suspiró con profundidad, dejó las cosas en el suelo y, sorbiéndose los mocos y secándose las lágrimas con la manga del vestido, volvió sobre sus pasos hasta la cocina, se encaramó en una pequeña silla y buscó en la parte superior de la alacena donde se guardaba el dinero. Apenas si llegaba poniéndose de puntillas, pero con un estiramiento definitivo pudo alcanzar la cuerda del saquito de las monedas, tiró de él y arrastró la bolsa hasta poder cogerla, la abrió y volcó sobre su mano el contenido. Le pareció que había bastante, así que introdujo de nuevo las monedas y se colocó la bolsita entre los pechos como tantas veces había visto hacer a su tía. Se bajó de la silla y la volvió a colocar en su sitio para no dejar huellas de un pecado más. Satanás estaría contento. Se encaminó hacia la puerta y salió.

La luz del sol se ensañó con sus ojos cuando se asomó al exterior y se vio obligada a entrecerrarlos y a poner la mano en la frente a modo de visera. Era la hora de comer y el pueblo aparecía desierto. Se quedó parada, no tenía nada claro qué rumbo tomar, miró a su derecha y divisó, dos calles más arriba, la silueta inconfundible de la iglesia, cuya torre sobresalía por encima de cualquier otra edificación. Miró a la izquierda y observó cómo la calle trazaba una profunda curva y se perdía tras los muros de un almacén hacia el río. Nunca se había preguntado cómo salir del pueblo hacia un rumbo determinado, nunca lo había necesitado. Volvió a girar la cabeza hacia la derecha, indecisa. Por la calle empedrada vio una figura que bajaba con paso rápido y bien erguida. Reconoció la silueta inconfundible de quien acababa de echarla a la calle,

que seguramente volvería de la iglesia, y un lejano sentimiento de esperanza quiso abrirse paso en su corazón, esperando el milagro de que se hubiera arrepentido y volviera para recriminarla su actitud, enfurecerse durante varios días de silencios eternos y terminar por concederla el perdón cristiano del que siempre hablaba; pero su desconsuelo se hizo patente y muy doloroso cuando la señora pasó delante de sus narices sin dedicarle una sola mirada, dejándola a un lado, inmóvil, como si estuviera clavada al suelo. Se introdujo en su vivienda y el portazo fue un claro punto final a sus esperanzas y a su forma de vida hasta aquel momento. No había más que hacer, así que recogió el petate, sofocó las últimas lágrimas que anudaban su garganta y con paso firme y gran un vacío en el alma comenzó a descender la calle rumbo al río, pensando que si se cruzaba con alguien ya preguntaría. Dejó atrás las últimas casas sin encontrarse a nadie.

Llegó al pueblo por la misma vereda que quince años antes había tomado su madre en sentido contrario y contempló las casas que se arracimaban en la falda de la montaña desde la misma piedra en la que ella lloró y la maldijo, pero la muchacha no sabía nada de todo aquello y continuó andando, tratando de infundirse el valor necesario para llegar al final. No tenía otra opción y no quería preguntarse qué pasaría si no era bien recibida. Al llegar al primer edificio se acercó a una mujer que daba de comer a las gallinas y le preguntó dónde vivía Evaristo. La mujer se volvió y entrecerró los ojos con desconfianza, pero al ver que no se trataba más que de una chiquilla, extendió un brazo señalando hacia la montaña.

—La que tiene el perro sentado en la puerta —después continuó con su trabajo sin añadir una palabra más.

Paca dio las gracias y se encaminó hacia la casa. Sintió unos ojos a su espalda y se volvió, la mujer con la que había hablado se había enderezado y con los brazos en jarra la miraba con indiscreción. Continuó andando perseguida por aquella mirada y llegó hasta la puerta. Sentado en el poyete de la entrada había un hombre corpulento de pelo cano y enormes manazas. Cortaba trozos de pan y chorizo, que se llevaba a la boca alternativamente bajo la mirada vigilante de un enorme perro que seguía sus movimientos con atención, por si algo caía de aquellas manos. Evaristo miraba al horizonte, hacia las montañas, distraído, pero volvió la cabeza cuando oyó al perro gruñir a medida que se acercaba Paca. Al comprobar que se dirigía a su casa se levantó y le salió al paso. La muchacha se asustó al ver la magnitud del hombre en pie.

—¿Qué se te ha perdido por aquí, mocosa?

Paca tragó saliva, respiró hondo y trató de que su voz no sonara tan aterrada como se sentía.

—¿Es usted Evaristo?

El hombre asintió con desgana.

—Soy Paca, la hija de Susana, su hija. He venido…

Paca tenía un discurso preparado que se había repetido un montón de veces para no improvisar y quedar como una estúpida, pero no se esperaba la interrupción de su abuelo.

—No tengo ninguna hija.

—Pero mi tía…

—Te he dicho que no tengo ninguna hija y como no te vayas inmediatamente te achucho al perro —el animal pareció comprender a su amo y volvió a gruñir, lo que la disuadió de seguir insistiendo.

Se dio la vuelta y se quedó parada en medio de la calle con su hatillo, que parecía pesar un quintal, en las manos. No sabía dónde ir. El hombre se había vuelto a sentar y continuaba comiendo como si nada. ¿Se habría equivocado de Evaristo?, pensó en un arranque de esperanza.

Continuó calle arriba y volvió a preguntar, pero la contestación fue la misma. Su desconcierto iba en aumento. El pecado que hubiera cometido su madre no tenía que pagarlo ella, ¿o sí? Cada vez tenía más claro que el hombre con el que había hablado era su abuelo, apenas le cabía duda, pero no entendía su obstinación en ignorarla. Llegó a la plaza y se acercó a la fuente a refrescarse y beber un poco. El calor comenzaba a sentirse con fuerza. Sus tripas se quejaron al recibir el agua y recordó que llevaba mucho tiempo sin comer. Sacó la bolsita, cogió unas monedas y se acercó a la última casa donde había preguntado y donde sin duda la habían tratado con más amabilidad. Allí una anciana, sentada a la sombra de unos árboles, la miraba acercarse de nuevo. Estaba a punto de preguntar si le vendería algo de pan, tocino, chorizo, queso o lo que tuviera, cuando oyó una voz que la llamaba por su nombre. Se volvió y vio a una mujer que con gesto temeroso le hacía señas para que la siguiera. Paca dudó, miró a la anciana, que puso cara de resignación y le indicó que se fuera, pero la muchacha no se movía. Después de unos instantes la curiosidad pudo más que el temor y salió tras ella. Cruzó unas casas, salió a un huerto y de allí a un prado en cuyo extremo había unos tupidos árboles. El sol calentaba despiadado y Paca sentía el sudor resbalándole por el cuello. Por fin aquella mujer desconocida se detuvo y la miró con ternura.

—Mi niña —dijo—, ¡cómo has crecido! La última vez que te vi eras un bebé hambriento.

—¿Abuela?

La mujer asintió.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo estás aquí? ¿No llegó el dinero bien? —su voz sonaba ansiosa y de vez en cuando miraba hacia todos lados, como si temiera ver llegar a un fantasma.

—La tía me ha echado y no sé de qué dinero me hablas.

La mujer se quedó mirando a su nieta embelesada y estirando una mano áspera, rozó su mejilla. Después, cogiéndola del brazo la llevó con delicadeza hasta unas piedras enormes de donde partía un camino.

—Cuéntame qué ha ocurrido —la apremió.

Paca comenzó el relato muy serena, acunada por la tranquilidad de haber encontrado a su abuela y de que esta la tratara con tal ternura, pero a medida que hacía el esfuerzo por recordar lo que con tanto ímpetu había intentado apartar de su mente durante los dos últimos días, las lágrimas volvieron a adueñarse de su voluntad y terminó la desagradable historia entre hipidos y

balbuceos. Su abuela le tendió un pañuelo y la niña se secó los ojos y se sonó. Cuando levantó la mirada se encontró con unas oscuras pupilas, en las que descubrió grandes dosis de intranquilidad y miedo.

—El abuelo no me quiere ¿es eso? —y volvió a llorar.

La abuela abrazó a su nieta con cariño y una fisura se abrió en su corazón, como hecha por el filo de una cuchilla bien afilada. Pero ni siquiera en esos momentos, en su interior, se atrevió a maldecir a su esposo. Cuando la niña se hubo tranquilizado, le contó la historia, omitió los detalles escabrosos y violentos en un intento por proteger su inocencia, pero el trasfondo de sus palabras delataba los silencios. Le explicó que cada mes mandaban dinero a la tía para que se ocupara de su educación porque con ellos no podía quedarse. Su abuelo se había empeñado en que nunca había tenido una hija y había hecho desaparecer cualquier recuerdo de ella, incluso estaba prohibido el más mínimo comentario en la casa y fuera de ella. Todo esto después de haberle roto la nariz y varios dientes al cabrero. Paca entendió entonces las palabras de Evaristo, pero esta comprensión trajo de la mano lo incierto de su destino. Si su madre no existía, ella tampoco. Su abuela ya había dicho que no podía quedarse allí, ¿qué sería de ella? La invadió un temblor tal que no tuvo más remedio que poner en voz alta esos pensamientos.

—Si no puedo quedarme con vosotros, ¿qué va a ser de mí? —preguntó en un susurro, sollozando.

A su abuela se le partía el corazón, se le rasgaba algo por dentro que no sabía definir. Allí, delante de sus narices, estaba su nieta, fruto de su sangre, y estaba a punto de echarla de su lado. Sabía que nunca se atrevería a enfrentarse con su marido. A pesar de que no había vuelto a tocarla desde la paliza en la que casi la mata, no así habían cesado los insultos.

—Hablaré con mi hermana, le ofreceré más dinero…

—Es inútil —interrumpió la muchacha—, aparte de que no quiero volver, la tía se está volviendo loca, todo el pueblo lo dice, hasta el párroco. Ve sombras y demonios, se pasa los días en la iglesia rezando, todo lo hace por Dios o por librarse del mal, todo está sucio, todo es pecado.

—Entonces tendré que mandarte a la capital —reflexionó la abuela.

—¿Y qué se me ha perdido allí? No me hagas eso, yo no doy qué hacer, trabajaré en lo que quieras, no quiero ir a ningún sitio, ¡por favor ¡ —suplicó.

Las lágrimas inundaban a las dos mujeres, los temores las rodeaban, la angustia, con sus afiladas uñas, hería sin piedad los corazones; era una situación injusta para ambas, un camino sin salida, una rendición incomprensible.

—No puedo hacer nada —dijo al fin la abuela—, tu abuelo jamás consentirá que te quedes aquí. Lo siento. Espérame, por favor, ahora mismo vuelvo.

Paca se quedó sentada sobre la piedra, observando cómo aquella mujer se alejaba con rapidez, desandando el camino que poco antes habían seguido. Su espalda se curvaba como la de

una anciana hacia delante y se frotaba las manos, aunque no hiciera nada de frío, en un constante movimiento nervioso. A ella, sin embargo, le dolía la cabeza, el llanto había desaparecido para dar paso a la incomprensión y al abatimiento. Su abuela había sido su último recurso, el siguiente paso era la soledad más absoluta, el abandono más incierto.

La chica se preguntó qué habría hecho, por qué nadie la quería, por qué todo el mundo la apartaba de su lado como si tuviera la peste. ¿Acaso nadie se daba cuenta de que ella no había hecho nada? ¿Acaso no comprendían que no era más que una chiquilla que tenía un miedo espantoso a no saber dónde ir? Dejó caer la cabeza sobre sus manos y observó una mariquita que ascendía lentamente por la manta de su hatillo y deseó ser como ella, sin preocupaciones, sin familia, sin cerebro. Oyó un ruido y levantó la cabeza sobresaltada, pero era su abuela, que volvía con el mismo paso vivo y un paquete entre las manos.

—Ten —dijo alargando la mano—, en el pañuelo hay dinero y la dirección de una amiga que está sirviendo en la capital. Dile que eres mi nieta y seguro que te buscará algo, es una buena persona. Yo no puedo hacer más, lo siento, pero ya me estoy arriesgando bastante al hablar contigo.

La mujer se dio la vuelta y estaba a punto de echar a andar cuando se volvió, se agachó para ponerse a la altura de la triste muchacha y la beso suavemente en las mejillas.

—Espero que alguna vez puedas perdonarme —murmuró mientras se alejaba.

Paca quiso decir algo, gritar algo, correr tras ella, suplicar, pero no hizo nada de nada, se quedó allí, contemplando de nuevo la mariquita que trataba de colarse por los pliegues de la manta con la mente absolutamente bloqueada. Se sentía muy cansada, no tenía que llegar a ningún sitio, nadie la esperaba, se dejó caer por la superficie de la roca y se tumbó en el suelo, apretando con fuerza el pañuelo que su abuela le había traído, su único recuerdo, la prueba hiriente de la traición, la cantidad de dinero que valía. No te perdonaré, pensó, ni a ti ni a nadie, no volveré a veros, ni a pensaros, ni a quereros, ni a odiaros. Desde hoy soy huérfana, estoy sola y sin familia. Y con el dolor que provocaba la amargura de este pensamiento, se durmió.

Cuando despertó el sol se estaba poniendo y sentía hambre, pero no quería estar ni un segundo más en aquel lugar. Recogió sus cosas, guardó casi todas las monedas en el saquito que había robado a su tía, después dobló el pañuelo con cuidado y lo introdujo también. Por último, el saquito fue a colocarse entre sus diminutos pechos de nuevo. Tomó el camino de vuelta a la calle principal y al pasar junto a la casa de la anciana a la que había estado a punto de comprar comida, ésta salió por una pequeña puerta y la llamó. Paca se acercó y la mujer le tendió un paquete con comida.

—Toma —dijo—, para el camino. Sé compasiva con tu abuela, bastante ha sufrido en la vida.

Paca asintió, pero no dijo nada, tomó el paquete que la anciana le tendía, dio las gracias y se apresuró a continuar su camino. De repente la asaltó una duda.

—¿Por qué me ayuda, señora? —preguntó dándose la vuelta.

—Caridad cristiana —contestó la mujer, pero Paca no la creyó, algo en la amabilidad de su rostro le decía lo contrario.

—¿Solo por eso?

—Solo por eso.

Paca siguió su camino y no se volvió cuando Juan, el cabrero, llamó a su madre para que le ayudara a cerrar el corral. No se fijó en su nariz torcida ni en los dientes que le faltaban.

—¿Con quién hablabas, madre? —preguntó cuando estuvo a su altura.

—Nada, una zagala que se había perdido.

Paca llegó a Madrid asustada, pero como su madre, en pocos días había perdido la niñez, había abandonado la seguridad del hogar, conocido el rechazo y la incomprensión. El dolor la absorbió como un monstruo al principio y trató de devorarla. Rompió sus sueños, laceró sus ilusiones, destrozó su inocencia, pero la mantuvo viva y llenó su corazón de los materiales necesarios para protegerse, aun cuando no fuera necesario. Después la aprovisionó de todo el rencor y la desconfianza imprescindibles para ahogar cualquier tipo de sentimiento, para sobrevivir. Por último, le suministró las armas con las que defenderse, aunque no hubiera enemigos, y perdió la conciencia del dolor ajeno, firmando las leyes del que la hace, la paga. La amiga de su abuela cumplió las expectativas y la alojó en su casa un par de días, sin hacer preguntas, en la complicidad de una historia que es conocida. Y así aterrizó en casa de los Ruiz de Villanueva, con una recomendación en el bolsillo y la firme convicción de que nunca volvería a ver a su familia, porque para ella estaban todos muertos, enterrados o desaparecidos.

En Paca, el odio nacía de sus entrañas cuando se sentía amenazada, cuando su mundo desparecía escondido en su secreto, cuando otros disfrutaban de lo que a ella le había sido negado. No había ética en su corazón, ni sentido de la honestidad. Se burlaba de los sentimientos y la felicidad se le antojaba una palabra estúpida para seres ahogados de debilidades. Por eso aborrecía a Paola, detestaba sus risas, sus complicidades, su buen humor, pero por encima de todo, su independencia con respecto a ella. Paola nunca se dejaba engatusar por sus palabras, nunca escuchaba sus consejos ni se reía de sus bromas, no la temía como las demás. Paca la despreciaba y también su trabajo y su mundo, todo lo que ella representaba. Envidiaba con encono sus mañanas de domingo delante del papel, escribiendo a aquellos que la querían y esperaban sus misivas, con esa sonrisa bobalicona y ese meterse el lápiz en la boca que le revolvía el estómago de celos. Pero mucho más aún odiaba el instante en que una nueva carta llegaba de su casa, cuando los ojos de su enemiga se encendían de ilusión y corría a la intimidad de cualquier rincón para leerla, para llenarse del amor de los suyos. Una vez Paola había contado que su hermano mayor vendría a buscarla si ella lo necesitaba, que se lo había prometido al salir del pueblo y que lo reiteraba en cada carta. Paca había escuchado esas palabras con resentimiento, fingiendo que le daba igual, mintiendo sobre la existencia de otra familia y otro hermano. Y ahora, ¿qué más le arrebataría?

Paca se envenenaba cada vez más, en la misma medida en que Paola se integraba en el devenir de aquella casa, con la misma intensidad con la que sentía que era apartada a un lado, como siempre todos habían hecho. El primero en abandonarla había sido Manuelín, quien ahora

corría ávido de deseo en cuanto llegaba del trabajo en busca de Paola; después, doña Matilde, engatusada entre hilos y telas, entre secretos y pruebas. Hasta Matías estaba enredado en sus redes, siempre con bromas, siempre con comentarios agradables. ¿Quién sería el siguiente? ¿A quién le arrebataría de nuevo? ¿A Amalia? ¿A Julia? ¿No tenía suficiente con todo lo que tenía?

La cólera, la rabia, la envidia se habían hecho tan fuertes que ocupaban ya la mayor parte de sus pensamientos, ideando una manera de quitársela de encima, de volver a la situación que nunca debió modificarse. Por eso trazaba un plan, por eso dormía mal por las noches, por eso sentía náuseas con solo su presencia, pero esta vez debía de ser precavida y contundente, no podía dejar espacio a los errores o lo perdería todo.

Algunas veces Amalia se extrañaba de tanta ojeriza. ¡Olvídala!, decía, pero Paca la miraba enrabietada y contestaba que ella nunca olvidaba, que se las iba a pagar todas juntas. Y su rostro era tan duro y sus ojos tan gélidos, que un escalofrío recorría a la cocinera, convencida de que ejecutaría su venganza, porque no alcanzaba a comprender los oscuros recovecos de la mente de su compañera.

8

Paola tardó poco en volver, el camino de regreso se le hizo tedioso, miraba el paisaje de la ciudad sin verlo, agazapada en su asiento, arrebujada en su abrigo y sujetando firmemente el bolso mientras las ideas iban y venían sin ningún orden. Tenía un hondo penar, una insatisfacción extraña, un soplo de impotencia, pero no entendía bien el porqué. Se había sentido herida por aquel hombre que le miró las manos con sorpresa y habría querido esconderse, renegar de ser quien era, de su condición de criada, pero no podía huir de sí misma y era lo que era. De la felicidad que le embargaba al salir poco quedaba, el frío había serpenteado hasta su alma, cogiéndola desprevenida, y sentía cómo la nieve caía en su corazón. Se preparó para aperase en la siguiente parada abrochándose bien, el día no había mejorado en absoluto y el viento continuaba creando un tiempo desagradable. Ya en la calle comenzó a andar, pero no había dado cuatro pasos cuando alguien la llamó. La muchacha marchaba contra el viento y su frágil figura tenía que doblarse para poder caminar. Al darse la vuelta todo el pelo cambió de rumbo, se colocó en su cara y tuvo que sujetarse el abrigo, que amenazaba con abrirse.

En un primer momento no pudo ver nada, luchando por quitar con una sola mano todo el pelo que la cegaba y en esas estaba cuando adivinó unas zancadas que se acercaban casi corriendo y una voz ligeramente conocida.

—Disculpe mi falta de cortesía antes.

Paola se giró, dejó que el viento limpiara el cabello de su cara, se recogió una improvisada coleta con la mano y se giró de nuevo para ver quien se dirigía a ella en medio de aquel vendaval. Su sorpresa fue mayúscula al ver al cobrador del tranvía delante de sus narices. No supo qué decir, se quedó callada, sin moverse, con una mezcla de rubor y complacencia.

—Lo siento —repitió el muchacho—, fue un malentendido.

El viento arreciaba, los sonidos se escapaban con las hojas y la tierra, que bailaba por doquier. Paola seguía muda y Adrián no sabía qué pensar.

—Ahora me tengo que ir, me está esperando mi compañero y los pasajeros me van a matar, eso si no hay alguna queja y me echan —sonrió—. Me gustaría poder tener más tiempo para hablar con usted ¿libra el domingo?

Paola asintió confundida.

—La esperaré aquí a eso de las cuatro. Si decide no venir, lo entenderé, aun así volveré el domingo siguiente, por si cambia de opinión.

Paola volvió a asentir como un autómata, como un muñeco sin vida propia al que le hace falta que le den cuerda.

—Espero poder verla, espero que sepa perdonarme.

Adrián se sujetaba la gorra con una mano para evitar que se volara, suspendía de sus labios una sonrisa sincera y de sus inmensos ojos azules se desprendían los destellos que le faltaban al día. Inclinó levemente la cabeza y murmuró un adiós antes de lanzarse a la carrera hacia el tranvía que, en sentido contrario al que ella acababa de abandonar, se ponía lentamente en marcha. Adrián se subió de un brinco, agarrándose a la barra, y saludó a Paola con la mano mientras se alejaba. La joven se quedó mirando perpleja la calle y después de un segundo continuó alterada su camino.

Al llegar a la casa se fue directamente al cuarto a cambiarse de ropa y después se dirigió a la cocina a entregar a doña Matilde los paquetes de las medicinas y las vueltas del dinero que se había llevado. Como una madre que examina a cada uno de sus polluelos, el ama se la quedó mirando extrañada.

—¿Ha ido todo bien?

—¿Qué?

—Que si has hecho el viaje sin sobresaltos esta vez —repitió doña Matilde.

—¡Ah! Sí, sí, sin ningún problema.

—¿Y a qué viene entonces esa cara de circunstancias?

Paola estuvo tentada de contar al ama lo que acababa de ocurrirle, necesitaba consejo, pero al final decidió callar y disimular su turbación.

—Hace mucho frío, doña Matilde, y todavía no he entrado en calor —contestó, tratando de restar importancia a su actitud anterior.

—Pues rápido vas a calentarte, porque tienes un montón de sábanas y ropa blanca en el cuartito esperando a que la planches, a ver si es posible antes de la comida.

Por una vez la muchacha agradeció poder esconderse en algún lugar para tener la oportunidad de meditar tranquilamente, aunque fuera planchando, labor que la desagradaba sobremanera. Salió de la cocina y se encerró en el cuarto con la ropa y sus pensamientos, que ya comenzaban a provocar mariposas en sus entrañas, esa dulce sensación que traen de la mano los primeros sentimientos amorosos.

Los días posteriores al encuentro con Adrián, Paola estuvo un poco perdida, realizaba su trabajo con eficacia, de forma mecánica, pero su mente se situaba muy lejos de sus manos, tanto que a nadie pasó desapercibido el cambio. Se trataba de una sensación nueva, de extrañas emociones sazonadas con miedos e incertidumbres, la impresión de que algo novedoso se abría paso en su interior con una fuerza que ella no era capaz de dominar.

El fin de semana se iba acercando y las dudas se iban haciendo cada vez más grandes. Había mañanas en las que se despertaba convencida de que no debía de ir, de que estaba dando demasiada importancia a un hecho nimio que su imaginación se había encargado de magnificar. Tal vez él ya ni se acordara. En esos instantes de pesimismo se veía sentada en la marquesina del

tranvía esperando sin esperanza, avergonzada y ridícula por su inocente decisión. Sin embargo, otros días se despertaba ilusionada, con la determinación de acudir a la cita, rompiendo con su osadía todos sus temores. Por fin, la noche del viernes decidió confiar sus dudas a Manuelín, quien podría aconsejarla no solo como amigo, sino también como hombre.

La cena no había tenido ningún incidente, Paola ignoraba a sus compañeras y ellas la dejaban tranquila, todas menos Paca, que había vuelto a una actitud tan beligerante que, de no haber tenido Paola la determinación de no dejarse importunar por nada, habría sido difícil de digerir. Las continuas miradas de arrogancia, los gestos de desprecio, las pequeñas zancadillas, los menosprecios, todo componía un mapa de acoso que nadie, por diferentes motivos, quería ver. Después de recoger la cocina, Manuelín y Paola desaparecieron, como tantas noches, para guarecerse en el rincón de las escaleras que ya se había hecho suyo. Se sentaron en los escalones y el muchacho se sorprendió de que la joven llevara las manos vacías. Siempre andaba entretenida con algo, generalmente su costura, a la que se entregaba con pasión desde que él la abastecía de telas a bajo precio.

—¿Hoy no vas a coser? —se extrañó.

—No, hoy prefiero hablar contigo, necesito consejo —contestó a bocajarro.

Marear la perdiz nunca había sido una de sus virtudes, no era capaz de entrar en las conversaciones por la puerta lateral, no se daba cuenta de que el interlocutor a veces requería de un tiempo para entrar en situación. Curiosamente, esta vez Manuelín hubiera necesitado un par de siglos, pero ella no lo sabía y atacó el problema de frente.

—¿Necesitas que yo te dé consejo?, ¿sobre qué? —se asombró el muchacho, que nunca se hubiera imaginado que las palabras que estaba a punto de escuchar le partirían el corazón, como tantas veces había temido.

Paola comenzó a hablar, al principio con mucha tranquilidad, explicando las cosas con calma, desde el día del accidente. Después, a medida que iba avanzando su relato, fue entrando en un estado de ilusión descontrolada y miedo. Por fin, la voz de la muchacha se quedó en silencio mientras se estiraba descuidadamente la falda contra las rodillas y levantaba los ojos con una pincelada de turbación.

—Y ahora no sé qué hacer —concluyó—. Unas veces me gustaría ir y otras creo que no es muy de señoritas hacerlo. ¿Tú que crees?

Manuelín luchaba contra los latidos ensordecedores que hacían temblar su alma en un intento desesperado por no mostrar su dolor. Aquellas palabras se habían ido clavando una a una en su corazón como el más terrible de los martirios. Había sentido unas irremediables ganas de salir corriendo, de mandarla callar, de explicar su verdad por una sola vez, de gritar que era a él a quien debía amar. Pero la capacidad humana de aceptación es a menudo increíblemente mayor de lo que pensamos y frente a eso se descubrió a sí mismo haciendo preguntas y escuchando respuestas que destrozaban su alma un poco más, si era aún posible. Descubrió que el amor era la contradicción entre el deseo de ser único y la dicha de la felicidad del otro. Contemplaba la ilusión de Paola, el nerviosismo de la primera cita, sus dudas, y no se sentía capaz de echar a perder ese instante, su instante, aunque significara el fin de sus ilusiones. Sin saber cómo, sin

darse cuenta de lo que hacía, llegó a ese punto de generosidad del amante que nunca pensó que se encontrara en él y se descubrió aconsejándola lo que tanto temía, que se acercara hasta la parada. Es más, se ofreció a acompañarla por si necesitaba su apoyo en caso de que Adrián no acudiera. Paola se mostraba entusiasmada, Manuelín había dicho exactamente lo que ella quería oír, incluso le tomó la cara entre sus manos y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Eres un ángel —dijo y Manuelín se esforzó por crear en sus labios una sonrisa mentirosa.

—Me voy a ir —comentó el triste muchacho a continuación—, mañana me espera un día muy duro.

—¿Ya?

—Sí —contestó—, estoy muy cansado, ya concretamos lo que sea.

Y se levantó ante los atónitos ojos de Paola, que se empezaba a preguntar qué escondería aquella afligida mirada, que su intuición le decía que no era debida a ningún tipo de cansancio.

—Buenas noches, Pau, que descanses.

—Buenas noches —respondió Paola.

Nadie pudo ver en la oscuridad del pasillo el brillo que despedían los ojos de Manuelín. Nadie, desde la cocina, advirtió en aquel gesto de la mano, al pasar por la puerta rumbo a su habitación, la desolación masculina; nadie pudo percibir el cortejo que le perseguía, dirigido por la soledad y engrosado por la tristeza, la desesperanza y el dolor. Una noche más de un día cualquiera, de un mes invernal, de un año sin importancia, Manuelín se sintió morir y si no fue una muerte real, sí se llevó consigo una parte tan grande de sus sentimientos que pensó que nunca podría volver a ser feliz.

Paola se quedó pensativa, sin poder moverse de la escalera. Conocía a su amigo y su intuición había vislumbrado en sus ojos una tristeza profunda cuyo origen desconocía pero que, evidentemente, había nacido de sus palabras. ¿Temería por ella? Tal vez por eso se habría ofrecido a acompañarla. Sin embargo, en ese caso su reacción tendría que haber sido de miedo, no de pena. Por unos instantes, la felicidad por la determinación de acudir a la cita se vio empañada por los pesares de su amigo de los que, de una forma inconsciente, se sentía culpable. Pensó en doña Matilde…

Oyó el arrastrar de sillas y el barullo resultante del fin de la velada en la cocina y se levantó de inmediato, pero en vez de introducirse en su alcoba, se dirigió en sentido contrario. Por el pasillo se encontró con sus compañeras, que la miraron extrañadas, pero ninguna la saludó ni preguntó nada. En la puerta de la cocina estaba Julián, que se despedía de doña Matilde, indicándole que al día siguiente no desayunaría porque tenía que ir a Alcalá a recoger unos paquetes, y dentro de la estancia, el ama fregaba un par de tazas donde a buen seguro Julián y ella habrían tomado un poco de vino. El hombre dedicó una sonrisa a Paola y le dio las buenas noches mientras se alejaba. Al oírlo, el ama se dio la vuelta, se secó las manos y miró extrañada a su pupila.

—¿Estás bien? —preguntó sorprendida la mujer, que tomó asiento en la silla de enea más próxima, al contemplar la cara de inquietud de la joven.

—Doña Matilde —Paola se frotó las manos, como siempre hacía cuando se ponía nerviosa —, quisiera hablarle de un tema.

La muchacha se interrumpió sin saber cómo seguir, las palabras parecían haberse compactado en su boca como la argamasa de los bloques de una catedral.

—Ven, siéntate aquí —el ama indicó la silla que estaba más cerca de ella—. Presiento que es algo serio.

Paola asintió con la cabeza, pero no dijo nada, seguía estrujándose las manos, inquieta. La mirada comprensiva de doña Matilde y las palmaditas que sintió sobre su hombro la calmaron un poco y definitivamente se decidió a contarle todo.

Doña Matilde escuchó atentamente el relato, de vez en cuando asentía, una vez, incluso sonrió, pero en términos generales se mantuvo seria, observando fijamente los ojos de su interlocutora. Por fin, la estancia quedó en silencio cuando la muchacha se calló.

—¿Y bien? —preguntó la mujer tras unos instantes de incertidumbre— ¿Qué piensas hacer?

Paola miró al suelo y descubrió sus viejas alpargatas, que parecían barcos flotando a la deriva en un mar de baldosas. Respiró profundamente y levantó la cabeza.

—Creo que voy a ir.

La mujer asintió sin que su rostro dejara entrever ninguna muestra de comprensión o disgusto.

—Si ya has tomado una decisión, no entiendo por qué has venido a contármelo. Si pides mi opinión, te diré que no me parece muy decoroso que salgas corriendo detrás del primer joven desconocido que te pide una cita. Pero yo no soy tu madre y ella no está aquí, así que tendrás que decidir tú misma.

—He estado hablando con Manuelín y él cree que no hay problema en ir. Está incluso dispuesto a acompañarme.

Doña Matilde abrió los ojos con estupefacción. Conocía los sentimientos del muchacho y estaba segura de que las palabras de Paola le habrían roto el corazón.

—¿Te ha propuesto eso? ¿Manuelín?

Paola volvía a sentir que algo se escapaba a su entendimiento. Primero había sido la tristeza de su amigo, ahora la sorpresa del ama. Intuía que algo no estaba colocado en su sitio, algo que todo el mundo parecía saber menos ella.

—¿Por qué le parece tan raro? Manuelín es mi amigo e imagino que solo desea que sea

feliz.

El ama meneó la cabeza con pesar, con tanto vigor que su abundante pecho se agitó un instante bajo la bata. Era obvio que aquella ignorante no tenía ni idea de lo que para todos los demás era evidente. Se sintió en la obligación de ser franca, por ella misma y por su niño, al que quería con toda su alma, aunque ya fuera un hombre. Al menos evitaría que, inconscientemente, Paola regara con vinagre sus heridas.

—Pau —dijo tras un fuerte suspiro—, Manuelín te quiere.

—Y yo a él —contestó extrañada, como si aquello no fuera más que una obviedad.

—Pau —insistió el ama ante la terca ignorancia de la muchacha—, él te quiere de otro modo.

Paola se quedó muda un instante, tratando de colocar en algún lugar las palabras que acababa de escuchar y de repente, como un relámpago en la noche, una idea se fue abriendo paso con fuerza, desdibujada al principio, nítida después y una angustia escaló a su estómago. Súbitamente comprendió palabras, gestos, sonrisas, indirectas a las que no había dado importancia y que ahora se aclaraban como si los rayos del sol entraran a raudales por una ventana. Se tapó la boca con una mano, en un gesto casi de horror y las lágrimas acudieron a sus ojos sin invitación ninguna.

—¿Quiere decir que Manuelín… que él… que yo?

El ama asintió a las incongruencias de Paola.

—Creo que eres la última en enterarte. Para todos es más que evidente… y ahora le llegas con este cuento.

—Por eso estaba tan triste —susurró.

—¿Qué puedo hacer? —las lágrimas ya anegaban sus ojos— Yo le quiero, le quiero mucho, pero como a un hermano. Si esto le va a hacer sufrir no voy…

—Paola, tranquilízate —el ama colocó su áspera mano sobre la de la muchacha, y un calor inmediato relajó su alma—. No puedes evitar que Manuelín se sienta desgraciado, pero lo que sí puedes evitar es hacerle daño sin sentido. Su amor le ha llevado a hacer ese ofrecimiento que para él sería como un martirio, pero tú no debes permitirlo. Yo os acompañaré en calidad de madre, si ese ¿cómo has dicho que se llamaba?

—Adrián —respondió entre hipidos.

—Pues si ese Adrián tiene buenas intenciones —continuó—, no le molestará mi presencia o al menos se conformará, si realmente le interesas. Y en cuanto a Manuelín, dale tiempo para digerirlo, no muestres demasiada felicidad y, sobre todo, sé comprensiva con su pena.

—Creo que ya no tengo ganas de ir —la voz de Paola se había convertido en un balbuceo

donde se mezclaban los hipidos, los susurros y la pena—. No voy a incomodar aún más a todas las personas de la casa.

Doña Matilde la miró con una mezcla de curiosidad y ternura.

—No tomes decisiones apresuradas. Si tú no estás enamorada de Manuelín, nadie tiene la culpa; y no debes renunciar a tu felicidad, que podría esconderse en cualquier esquina, por un sentimiento que nadie puede obligarse a tener.

Paola se sintió reconfortada, pero aturdida. Bebió un vaso de agua que doña Matilde le tendió, se limpió la cara y se despidió del ama con más agradecimiento que alegría. Al salir por la puerta, en el umbral, la muchacha se volvió.

—¿Está segura de que no le molesta acompañarme el domingo? —preguntó indecisa— Sé que le cuesta mucho subir las escaleras.

—No te preocupes, Pau, de vez en cuando me viene bien cambiar de aires y con una sola mirada podré darte un veredicto —sonrió—. Ahora descansa, que ya es muy tarde.

Manuelín apareció a la hora de la cena, entró en la cocina con semblante taciturno y después de un breve saludo se sentó en la mesa sin dirigir ni una mirada a su amiga. Ésta encajó el golpe con pena. Los ojos avispados de Paca rápidamente comprendieron que algo sucedía y se mantuvieron alerta, pero lo único que pudieron apreciar es que entre su odiosa compañera y Manuelín algo extraño ocurría. Una vez finalizada la cena, Paola hizo un breve gesto al muchacho y este se levantó sin convicción ninguna y se dispuso a seguirla. Paca intervino en ese momento.

—¿Qué te ocurre, que estás tan serio? —era imposible no percibir un deje de picardía— ¿Ya te vas? Hace mucho que no nos cuentas nada que nos haga reír.

Lo último que le apetecía era hacer reír a nadie, tampoco hablar ni dar explicaciones, así que decidió salvar el momento poniendo una especie de mueca que quería ser una sonrisa y se encogió de hombros.

—Otro día, hoy estoy muy cansado. Voy a hablar un momento con Pau y me voy a dormir.

Sin esperar contestación salió y se dirigió a las escaleras. En la oscuridad del pasillo tomó aire y se echó el pelo hacia atrás en un gesto, mil veces reconocido en su padre, que pretendía que le tranquilizara. No tenía nada claro que decir. Por un lado, se arrepentía enormemente de haberse ofrecido a acompañar a Pau, no sabía si podría soportar ver a otro hombre con ella y no hacer nada, pero por otro lado temía que alguien le hiciera daño. Conocía muy bien a la chica y sabía de su inocencia, que a veces rayaba lo absurdo. Sin un plan premeditado, sin ninguna idea en la cabeza, hizo un esfuerzo por controlar sus gestos y se sentó a su lado. La calidez de su presencia lo alteró y se sintió caer en un pozo demasiado oscuro y demasiado profundo. Solo deseaba marcharse cuanto antes de allí. Trató con un titánico esfuerzo de parecer desenfadado cuando saludó a la muchacha.

—¿Cómo ha ido ese día?

—Bien —contestó Paola—, muy cansado, como todos los sábados, ya sabes, lo de la limpieza general.

Manuelín asintió mirando al suelo. Paola sentía un remolino de compasión, ternura y dudas en su corazón. Lo último que quería en este mundo era causar dolor a aquel que siempre se había comportado como un hermano. Como era su costumbre, decidió ir al grano.

—No hace falta que me acompañes mañana.

—¿No? —preguntó vacilante—, ¿vas a ir sola?

—No, ayer estuve hablando con el ama, vendrá ella haciendo las veces de madre.

—Vaya —su tono era neutro, aunque sintió una oleada de alivio—, entonces no me necesitas, pues espero que lo pases muy bien.

—Yo también —contestó y de inmediato se arrepintió. Aquello iba a resultar demasiado difícil.

—Pues todo arreglado, me voy a la cama, Pau, he trabajado mucho y estoy agotado. Siento no tener fuerzas para hablar contigo —Manuelín se levantó y Paola lo hizo también. No podía dejarle así, con aquella pena que le abrasaba los ojos, con aquella desidia, aquel no querer hacer nada que desconocía que pudiera existir entre la alegría que siempre había sido el estandarte de su carácter. Ya había empezado a andar por el pasillo cuando Paola lo llamó. El muchacho se volvió un poco sorprendido y ella pudo ver un brillo creciente en sus ojos.

—Dime.

—Sabes que eres una persona muy importante para mí ¿verdad?

—Pero no lo suficiente.

Durante un segundo ambos se miraron a los ojos, Manuelín supo que de alguna manera Paola conocía su secreto, quizás hubiera sido el ama, esa vieja cotilla, o tal vez lo hubiera hecho demasiado patente, ya daba igual, todo le era indiferente.

—No soportaría que me tuvieras lástima —dijo por fin el joven.

—No lo hago, solo quería que supieras que deseo que sigamos siendo amigos.

—Ahora no puedo ni pensarlo, más adelante ya veremos. Buenas noches, Pau.

Manuelín continuó andando por el pasillo, ni siquiera oyó la despedida de Paola. Una lágrima solitaria dejó una mancha en el suelo con forma de sol infantil.

El domingo amaneció claro y soleado, había helado durante la noche a causa del cielo raso y una tenue brisa, afilada como un gélido puñal, mecía suavemente los árboles de la ciudad. Paola pasó la mañana agitada, tratando de mantenerse ocupada y no pensar ni en su cita ni en su amigo. Ambas cosas le generaban una angustia incómoda. Antes de que las primeras luces del

alba se hubieran colado por la ventana de su cuarto y una luz lechosa y deshilachada dibujara extrañas formas en las paredes, ella ya estaba despierta. En sus horas de insomnio sus pensamientos iban y venían sin orden ni concierto de un suceso a otro. Recordó la mirada de Manuelín y comprendió su tristeza, pero no se le ocurrió cómo ayudarle, decidió qué ropa se pondría aquella tarde, imaginó situaciones, palabras, inventó cómo sería su acompañante y qué le gustaría, también barajó la posibilidad de que aquel hombre no se presentara, entonces sintió miedo e inseguridad, pero momentos después le embargaban la ilusión de lo desconocido para, sin apenas darse cuenta, desembocar en un insufrible sentimiento de culpa por traicionar a quien tanto la había protegido. Daba vueltas y más vueltas entre las sábanas, procurando no destaparse, buscando un sueño que se negaba a darle el consuelo de no ver pasar las horas.

Sus compañeras la veían trajinar de un lado a otro, despistada, sin la alegría de los domingos, sin Manuelín buscando cualquier excusa para hablar con ella un momento, sin fijarse ni un segundo en sus inquisidoras miradas y los gestos de incomprensión que todas cruzaban. A la hora de la comida, cuando se sentaron a la mesa, Paola mostraba el mismo aire ausente de todo el día, apenas probó bocado y Manuelín ni siquiera apareció, su plato vacío y limpio constituía un mudo y doloroso reproche que la muchacha no supo encajar.

Su padre le excusó diciendo que se encontraba indispuesto, palabras que pronunció mirando con extrañeza a Paola, quien por un momento volvió a la vida para sentir un terrible nudo en la garganta. No quería que su amigo sufriera, ¿estaría en realidad enfermo? Tal vez debería ir a comprobarlo. ¿Y si no quería verla? De todas formas, era su amigo y necesitaba cerciorarse de que estaba bien.

Se levantó con resolución antes del postre y anunció que iba a comprobar que Manuelín no necesitara nada. La mirada de reprobación de doña Matilde la paralizó durante unos segundos, pero no se dejó intimidar y salió de la cocina con paso rápido. Paca miró al ama, que bajaba los ojos con desolación, y después a Julián, que con gesto hosco miraba al ama. Algo no cuadraba allí, algo que algunos parecían conocer y de lo que otros se encontraban apartados. Giró la vista y lanzó una mirada interrogante hacia Amalia, sentada a su lado, pero ésta se encogió de hombros. Después se instaló un silencio casi palpable, que se hacía añicos cada vez que chocaban los cubiertos contra la loza.

Paola tocó la puerta con los nudillos, pero nadie contestó. Insistió con un poco más de fuerza, pero el silencio seguía siendo la única respuesta. Se asustó y, decidida, abrió. Allí no había nadie. Todo estaba colocado, limpio. La puerta del armario estaba abierta y en su parte interior había un espejo en el que Paola se vio reflejada, con la mano en el pomo, anclada al umbral y con una bobalicona expresión de incredulidad. Cerró con cuidado, como si alguien estuviera durmiendo y se pudiera despertar, y volvió a la cocina, donde se sentó en silencio ante los sorprendidos ojos de las criadas y las miradas de reproche de Manuel y doña Matilde.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó Julia.

Paola no sabía qué contestar. Miró al ama buscando ayuda, pero ésta estaba pelando una manzana con gesto adusto, como si aquello no fuera con ella. No quería confesar que había abierto la puerta sin permiso, así que se decidió por una mentira.

—No lo sé, debía de estar durmiendo, porque no ha contestado a mi llamada y no he querido molestarle.

La extrañeza se convirtió en sorpresa cuando durante la sobremesa el ama se levantó sin decir nada y se marchó a su cuarto para reaparecer, al cabo de media hora, vestida para salir. Aquella mujer apenas abandonaba la casa desde hacía mucho tiempo si no era por un asunto de fuerza mayor. Su voluminoso cuerpo pesaba demasiado para bajar y subir escaleras, y las rodillas acababan pasándole factura durante los días posteriores. A veces, incluso su respiración se aceleraba y sentía que se ahogaba, lo que la obligaba a sentarse a descansar y, entre jadeos, recuperar el aliento. Nadie, sin embargo, se atrevería a preguntar. A los pocos minutos apareció Paola.

Se despidieron sin grandes aspavientos y mientras los tacones de la muchacha resonaban por el pasillo con menor intensidad a medida que se alejaba, la intriga se fue posando con ligereza en los corazones que permanecían en la cocina sin abrir la boca. De pronto la puerta se cerró con un chirrido. Paca se volvió a sus compañeras y las interrogó con los ojos, ambas negaron imperceptiblemente como contestación, no tenían ni la más remota idea de a dónde se dirigían aquellas dos mujeres. Julián parecía perdido en sus pensamientos, dando vueltas a un vaso que contenía licor.

—¿Sabes dónde van tan arregladas y con este frío? —Paca se dirigía a Julián. Este levantó los ojos, que tenía clavados en el vaso, y se dio cuenta de que la pregunta iba destinada a él. Compuso un gesto un tanto molesto y negó con la cabeza.

—No lo sé ni me importa, no suelo meterme en la vida de los demás.

—Yo tampoco, era pura curiosidad —contestó Paca a la defensiva.

—La curiosidad mató al gato —aseveró— ¿No te enseñó eso tu madre?

Dio un trago a su vaso con parsimonia.

La mención de su madre encendió la cólera de Paca, pero no podía responder como hubiera deseado sin dejar al descubierto la realidad: su madre era una maldita ramera que la había abandonado. Se tragó la inquina.

—Ya veo que no estamos de humor, parece que todo el mundo se ha vuelto loco hoy —contestó a cambio, con fingida desgana. Se levantó y salió de la cocina sin despedirse e inmediatamente Julia y Amalia hicieron otro tanto. Julián quedó solo. Se estaba bien allí, al abrigo del fogón, en silencio, sin todas aquellas cotorras que no dejaban de marearle, que no le dejaban reflexionar sobre lo ocurrido durante la noche.

Manuelín estaba en casa de unos parientes, él mismo se había encargado de llevarlo a temprana hora, no quería que los señores pudieran verle en aquel estado, eso traería problemas y no era demasiado dado a las explicaciones. Estaba un poco harto de los aires petulantes de don Alejandro, de su falta de tacto y de aguantar que a veces le tratara como si no existiera.

La noche anterior el chófer, tras la cena, se había quedado hablando con doña Matilde un

rato. Su hijo hacía más de media hora que había cruzado el pasillo rumbo a su habitación. De repente, sintió sueño así que se levantó, el ama hizo lo mismo, se despidieron y entonces apareció Paola. Una hora después, más o menos, la casa había quedado en silencio y debió de ser en ese momento cuando el muchacho se había escabullido y había salido a la calle.

Manuelín sentía el corazón roto, sangrante, había imaginado esa escena infinidad de veces, pero la realidad había sido mucho más dolorosa y un río de desconsuelo se había despeñado por su rostro. Cuando se agotó de llanto sintió una suerte de pánico, una angustia que le robaba el aliento, saber que amaba a alguien que estaba tan cerca y que pronto estaría tan lejos… el impulso fue irracional, mecánico. Oyó retirarse a su padre, después al ama y al abrir la puerta descubrió la desoladora, pero cariñosa oscuridad y no pudiendo controlarse salió a la fría noche, sin rumbo, sin ideas, sin sentimientos, sin amor. Sentía tal lástima de sí mismo que conseguía mantener en suspenso los demás dolores como esbirros de su frustración.

No recordaba dónde tomó la primera copa ni con quién, no recordaba dónde estuvo, qué dijo ni a quién, tampoco había sido capaz de recordar cómo había vuelto a casa, ni si alguien le había llevado. Subió las escaleras a trompicones y vomitó en el primer rellano, apoyado en la barandilla de bronce, y cuando intentó continuar, se escurrió y cayó sobre lo que acababa de echar, manchándose por completo el abrigo y parte de la chaqueta que llevaba debajo. Se sujetó a la barandilla blasfemando y riendo y consiguió ponerse en pie para continuar el ascenso.

Por fin llegó, se colocó delante de la puerta e intentó abrirla, pero no era capaz, no acertaba a encajar la llave en la cerradura. Sin importarle despertar a todo el mundo, estaba dispuesto a golpear la puerta entre carcajadas y balbuceos a medias, cuando sonaron las llaves en el interior y apareció la imponente figura del ama, que se quedó de piedra al verlo.

—Pero chiquillo ¿de dónde vienes a estas horas?

Intentó acercarse y descubrió horrorizada que apestaba a alcohol y a vómito y que apenas si se tenía en pie. De hecho, empezó a escurrirse por el marco de la puerta en la que estaba apoyado hasta quedar definitivamente sentado con la mitad del cuerpo en la escalera y la otra mitad en la casa. El movimiento le hizo gracia y comenzó a reírse. Doña Matilde intentó que se callara, pero al chistar, el joven empezó a repetir el mismo sonido una y otra vez, llevándose el dedo a los labios.

—¡Shhhhh! Calla Manuelín, que te van a oír.

—¡Shhhhhhhhhhh! ¡Shhhhhhhh! —repetía divertido, intentando acercar un dedo a su boca.

Sin previo aviso una nueva arcada lo hizo vomitar otra vez entre sus piernas. Matilde estaba desconcertada, no sabía qué hacer, aquello podría convertirse en un escándalo de desconocidas consecuencias. Decidió dejar allí al muchacho unos instantes y despertar a su padre, que seguramente controlaría mejor esas situaciones. Avanzó todo lo deprisa que pudo por el pasillo, moviendo sus generosas carnes con torpeza y rezando porque a Manuelín no le diera por cantar, por gritar o por levantarse y entrar en la casa. No llamó a la puerta, entró directamente y con el corazón desbocado zarandeó a Julián, que se despertó de inmediato con gesto perplejo al descubrir que los rollizos brazos del ama lo estaban sacudiendo.

—¿Qué pasa? —se asustó.

—Corre, levántate, tu hijo está como una cuba en la puerta. Yo no puedo moverlo.

—¿Qué dices, mujer? Si se fue a dormir antes que nosotros.

—Puedes quedarte haciendo preguntas estúpidas ahí tumbado mientras monta alboroto o hacerme caso y salir corriendo —la mujer se dio la vuelta disgustada y salió de nuevo al pasillo. Julián tomó una bata y fue tras ella.

En la puerta, Manuelín estaba dormido en una posición en la que parecía un muñeco inanimado. Las piernas continuaban una a cada lado del umbral de la puerta, pero el cuerpo se había deslizado hacia el pasillo, creando un arco cuyo extremo era la cabeza, que se apoyaba por la sien sobre el suelo. El olor ya empezaba a ser evidente. Al sentir los brazos de su padre el muchacho comenzó a balbucear de nuevo.

—Señora Matilde, está usted muy fuerte, un poco gorda, pero a mí no me importa, la quiero igual.

—Calla —ordenó su padre en un susurro malhumorado.

—Calla, que te pegoooo —repitió con voz gangosa Manuelín.

El traslado fue dificultoso, porque el pasillo era estrecho, el muchacho ya pesaba lo suyo —además se durmió de nuevo— y Julián procuraba hacer el mínimo ruido posible. Por fin alcanzó su habitación, abrió la puerta y cayeron juntos en la cama. El olor era nauseabundo y al levantarse descubrió que su pijama y su bata estaban tan manchados como la ropa de su hijo. Se desnudó, sacó un pijama limpio, se aseó y se volvió a vestir. Después repitió la misma tarea con Manuelín, que rezongaba en sueños.

Mientras tanto, doña Matilde limpiaba el vómito de la puerta y fregaba el suelo. Cuando ya estaba a punto de cerrar, tuvo un pensamiento que pasó fugaz por su mente, una pregunta. Si el niño, como ella lo llamaba, ya llegaba apestando a devuelto, ¿dónde había arrojado antes? Con paso resuelto y haciendo el menor ruido posible tomó una lamparilla y empezó a bajar escalones y cuando comenzó a descender por la curva que trazaba la escalera, vio la mancha en el rellano. Volvió a subir moviendo rítmicamente sus enormes posaderas, agarrándose a la barandilla para tomar impulso en cada escalón y cogiendo el cubo bajó y acabó su trabajo. Si había más manchas en el primer piso o el portal, ella no se sentía con fuerzas de bajar y subir con el cubo lleno y a oscuras, con la única iluminación de los rayos de la luna, que se colaban por la vidriera del patio. Cerró la puerta con el máximo cuidado y se encaminó a la cocina. Limpió todo lo que había usado y fue a la habitación de Julián. Llamó a la puerta suavemente con los nudillos.

—¿Se puede? Soy yo —susurró.

La puerta se abrió y apareció Julián cubierto con una manta. Al fondo, tumbado en la cama, Manuelín dormía apaciblemente.

—¿Crees que nos ha oído alguien? —preguntó con temor el hombre.

—No, al parecer todos duermen.

—Menos mal —suspiró aliviado.

—He bajado hasta el primer rellano porque también había vomitado allí, pero no podía seguir, me pesan demasiado las carnes y me ahogo al subir. Creo que deberías bajar y echar un vistazo.

El hombre asintió, tomó la lamparilla que tenía en la mesilla y desapareció en la oscuridad del pasillo. A los pocos instantes Matilde escuchó el chirriar de la puerta. La mujer entró en la habitación y contempló a Manuelín, que dormía como si nada de aquello fuera con él. Un montón de ropa sucia se apilaba en una esquina. Los zapatos, aún manchados, reposaban en el suelo como mudos testigos, abandonados, esperando un dueño. Ella tenía las respuestas y en breves momentos sabía que Julián haría las preguntas. Vientos cargados de problemas podían asolar su reino y ella no estaba dispuesta a que nada se torciera. Escuchó la puerta cerrarse y la silueta masculina se fue haciendo nítida como si saliera de la nada.

—No había nada más —masculló entre dientes—. Necesito un vaso de vino.

Doña Matilde asintió, cerró la puerta de la habitación y siguió aquella figura que envuelta en una manta parecía encorvarse por momentos. Al entrar en la cocina, las lamparillas crearon sombras en las paredes que parecían bailar. El resplandor anaranjado de los rescoldos todavía se colaba por los resquicios del fogón, la temperatura allí era más agradable.

—Estoy helada —gruñó doña Matilde y acercó una silla al hogar.

Julián llenaba dos vasos de vino de espaldas a la mujer y cuando se volvió su gesto era adusto. Le tendió uno de ellos.

—¿Tú sabes algo de esto, Matilde? —preguntó mientras acercaba otra silla a la del ama y se sentaba—. Mi hijo jamás se había comportado de esta manera.

—Algo sé.

—Lo imaginaba.

Julián mostraba un gesto cansado, las arrugas de la comisura de los labios se habían ahondado en un rictus de desconcierto. Mantenía el ceño fruncido y bebía a pequeños sorbos el vino de su vaso.

—Es por Paola —comenzó la mujer—, tiene una cita mañana y se lo ha contado esta noche.

Julián se echó el pelo hacia atrás confundido, sin saber qué decir. Grupos indolentes de canas se agolpaban en sus sienes.

—Esto son cosas de mujeres ¿no crees? Si su madre viviera ella sabría qué decir. A mí solo

se me ocurren bobadas. Ya no entiendo el amor como lo entendía a su edad. La verdad es que ni lo recuerdo —su voz dibujaba rastros de impotencia.

—¿Querrías hablar tú con él?, ¿me harías ese favor? Sabes que él te quiere y te respeta, hará caso a lo que le digas —continuó.

Doña Matilde le escuchaba en silencio con el vaso de vino, que no había probado, en la mano. Durante un instante la parte más oscura de su mente se había rebelado y las duras palabras que Julián había pronunciado, tantos años atrás, resonaban en sus oídos. Miraba la danza de las sombras y buscaba una salida satisfactoria para todo aquello.

—Hablaré con él —anunció al fin—, aunque no sea su madre.

No había podido renunciar a esa pequeña satisfacción. Julián la miró sin entender. Probablemente aquellas palabras ya no significaran nada para él.

—Siempre te has comportado como una madre y yo te lo agradeceré eternamente.

Le hubiera podido decir que no había sido eso lo que hacía varios años le había dado a entender, le podría haber hablado del dolor que le habían provocado sus palabras, podía incluso sentirse herida por su olvido, pero calló y decidió dejar el pasado enterrado donde estaba.

—Coge al chico y llévatelo a algún lugar, es mejor que mañana no esté aquí, primero porque se levantará con una resaca monumental y podría enterarse alguien, segundo porque es mejor que no vea salir a Paola. Después ya hablaré yo con él.

Cuando empezó a clarear, Manuel salió con su hijo y al cabo de dos horas volvió solo. Únicamente el silencio acompañó a la pareja aquella mañana.

9

Paola y doña Matilde bajaron las escaleras en silencio en vivo contraste, la una ligera y liviana, nerviosa y confundida, la otra torpe y oronda, pero decidida y contrariada. Al llegar al portal, el ama se paró a tomar aire sujetándose en la barandilla, que en su tramo final se ensanchaba y giraba sobre sí misma, creando una especie de nudo. Jadeaba ruidosamente. Al cabo de unos minutos, cuando su respiración comenzó a llevar un ritmo más armonioso, se separó del pretil y se puso el abrigo con ayuda de la joven. Matías salió de su cuartito sonriendo con cara de sorpresa.

—¡Cuánto hace que no la veía! ¿Qué, de paseo?

Doña Matilde le lanzó una mirada iracunda que congeló la sonrisa del portero.

—Tú a lo tuyo —contestó sacudiendo una mano que señalaba la puerta por la que acababa de aparecer—, que luego andas por ahí predicándolo todo. A ti te lo voy a contar…

Matías se sintió agredido y recuperando la compostura se dio la vuelta y se marchó, farfullando algo referente a la marquesa de la escoba.

Paola tomó del brazo a doña Matilde con cierta aprensión por lo que acababa de suceder, decidida a guardar silencio, y salieron a la soleada y gélida tarde.

—Has descubierto que no está Manuelín, ¿no? —dijo de repente el ama.

Paola asintió.

—Supongo que quieres saber dónde está.

Paola volvió a asentir.

—¿Pero qué te pasa, chiquilla, te quedaste sin lengua?

Andaban con lentitud por la acera desierta, donde un cada vez más diluido sol invernal se reflejaba en la pared de los edificios.

—Me parece que está usted un poco enfadada —contestó al fin— y no quiero echar más leña al fuego.

—¿Enfadada yo? No. Estoy mucho más que eso. Dirijo una casa donde las criadas no se hablan, se envidian y se pelean, donde el chófer no se siente a gusto con su trabajo y su hijo, enamorado de una de las sirvientas, se presenta ebrio y rebozado en vómito en medio de la madrugada. Y como un faro en medio de la noche, al que le azotan todas las tormentas, estoy yo, tratando de sosegar las cosas e intentando que los señores no se enteren de nada. ¿Por qué iba a estar enfadada?

Paola se había quedado muda de espanto. ¿Manuelín borracho?

—Sí —continuó el ama, jadeando nuevamente—, no pongas esa cara de susto, tu amigo se presentó anoche en un estado deplorable y su padre se lo ha llevado a casa de unos parientes.

Solo quedaba girar la esquina. Pocos metros más adelante se levantaba la marquesina. Paola era consciente de que llegaban tarde, los pasos del ama eran lentos y se preguntaba cómo iba a poder seguirlos. De repente una intranquilidad incontrolable se apoderó de ella y la borrachera de Manuelín y el enfado de doña Matilde quedaron en un segundo plano. ¿Y si se había ido? ¿Y si no se había presentado? En algún lugar recóndito de su cerebro las palabras enfurecidas del ama resonaban rememorando la noche pasada, pero Paola ya no tenía ningún sentido puesto en ellas. Giraron, y apoyada en el poste metálico, distinguió la figura de un hombre que fumaba con parsimonia, observando el escaso tráfico. Súbitamente se dio la vuelta y lo reconoció. Había acudido a la cita.

Adrián, por su parte, no se fijó en ellas, tal vez porque esperaba a una sola mujer, o tal vez porque la contundencia del ama atraía todas las miradas. Lo cierto es que el muchacho se dio la vuelta de nuevo y tiró el cigarro al suelo para más adelante apagarlo con el pie. Paola se sintió turbada, por un momento el ama interrumpió su perorata y fijó sus penetrantes ojos en la expresión de la muchacha.

—¿Es él?

—Sí, pero creo que no me ha reconocido —contestó en un susurro.

Antes de que doña Matilde pudiera decir nada más, el hombre se volvió al sentir su presencia y sonrió al ver a Paola, después miró al ama con desconcierto, preguntándose posiblemente quien sería aquella mujer con cara de pocos amigos, que se aferraba al brazo de la joven.

—Buenas tardes, Adrián —rompió el fuego Paola.

—Buenas tardes —contestó.

—Esta es doña Matilde, que ha venido a acompañarme. No hubiera sido muy decente presentarme sola a una cita con un hombre al que no conozco —soltó de sopetón, señalándola.

—Señora… —Adrián hizo una leve inclinación con la cabeza y le estrechó la mano. Sus increíbles ojos azules reflejaban una cortesía cargada de perplejidad que inmediatamente sedujo al ama. Después se dirigió a Paola y con los ojos llenos de admiración tomó su mano y se la besó. La muchacha se ruborizó de inmediato.

—Estás muy guapa —dijo galante.

El paseo no fue demasiado largo y sí muy accidentado. Doña Matilde sentía temblar sus rodillas y cada vez andaba con más lentitud, lo que obligaba a los jóvenes a detenerse cada pocos pasos. La conversación era formal, mucho más incluso que en sus primeros encuentros y, en su papel de madre postiza, el ama no dejaba de acribillar al muchacho con preguntas sobre su

familia, sobre su trabajo y sobre su vida, desentendiéndose de la mirada recriminatoria de su pupila. Adrián, demostrando una gran paciencia, contestó con amabilidad a todas y cada una de las cuestiones, convencido de que aquello era una especie de prueba a la que tenía que someterse antes de poder pasar los tan ansiados minutos con Paola. En parte tenía razón, lo que no sabía es que no sería ese día. A pesar del desconcierto inicial, le agradaba la actuación de la muchacha. No es que se lo esperara, ni tampoco hubiera actuado de otro modo si hubiera aparecido sola, pero aquel proceder le resultó muy serio y a él le gustaban las cosas bien hechas.

De esta manera las dos mujeres se enteraron de que Adrián no tenía familia desde que su madre falleciera el invierno anterior, víctima de una neumonía. De su padre apenas se acordaba, había sido militar y murió joven en circunstancias extrañas, algo que su madre nunca se molestó en explicarle. Llevaba varios años trabajando como cobrador de tranvía y vivía solo en una casa que su madre y él habían conseguido en la Colonia Mahou, en las afueras de la ciudad, aunque ella nunca llegó a conocerla. Se trataba de una casita de tipo rural, modesta, de dos habitaciones y un patio bastante amplio. Doña Matilde hablaba y hablaba y Adrián intentaba parecer amable, pero de vez en cuando miraba a Paola con cara de desesperación y ésta levantaba los hombros con una medio sonrisa en señal de impotencia.

La dificultad cada vez más obvia de doña Matilde para andar y el frío que iba abatiéndose sobre la cuidad a medida que el sol se escondía por detrás de los edificios llevó a Adrián a proponer que entraran en el café Pomares, bastante concurrido a aquellas horas, puesto que allí se reunían jóvenes literatos en tertulias interminables. No era un café lujoso, era más bien un establecimiento de barrio con una barra y mesas donde los clientes se sentaban a disfrutar de una taza de café y de una conversación agradable. El ambiente era denso a causa del tabaco, las puertas estaban cerradas para mantener el calor y una neblina blancuzca flotaba imperceptible por el techo. La fachada que se abría a la calle tenía unos cristales llenos de vaho donde, de cuando en cuando, una gotita se despeñaba sin control, abriendo un sendero brillante que poco a poco iría desapareciendo. Doña Matilde se desplomó en la silla, que chirrió ante su peso, incapaz de contener sus enormes posaderas, que se desbordaban por ambos lados del asiento. Paola tuvo miedo de que en cualquier momento la silla no fuera capaz de soportarla y se desplomara, llevándose al ama sin piedad hasta el suelo, pero no sucedió nada y los jóvenes tomaron asiento, juntos frente a ella. Inmediatamente apareció un camarero vestido con un traje negro que llevaba una servilleta blanca en el brazo, un atuendo algo discordante con la humildad del local. Pidieron café con leche para todos y doña Matilde se dejó engatusar por unos bollos caseros que reposaban sobre la barra, semicubiertos por un trapo de algodón. Un silencio incómodo se elevó a través de las variadas conversaciones de los contertulios. Adrián, que odiaba los silencios si no eran necesarios, preguntó a Paola por su vida, por su pueblo, por su familia, y la muchacha comenzó a hablar con el mismo tono formal con el que lo había hecho él, pendiente de la cara del ama, que asentía de vez en cuando entre bocado y bocado, expresando así que estaba de acuerdo con sus palabras. Continuaron un rato más hablando de cosas intrascendentes hasta que empezó a oscurecer y doña Matilde se levantó, dando por concluida la velada. Una vez que llegaron a la marquesina, se pararon, el ama estrechó la mano de Adrián rápidamente y dejó a los dos jóvenes que se despidieran, excusándose en el frío y en que ella andaba más lenta. Paola ya la alcanzaría. La muchacha le lanzó una mirada de agradecida complicidad y se quedó observando cómo aquel enorme cuerpo giraba la esquina y desaparecía de su vista. Después se volvió a Adrián.

—Ha sido una tarde muy agradable.

—Sí —contestó el muchacho con una sonrisa burlona—, muy…no sé cómo decirlo…

Ambos se miraron y una carcajada se expandió por el aire. Paola no quería reírse, pero la situación había sido tan cómica que no pudo por menos de seguir a aquellos ojos que la atrapaban sin remedio en sus emociones.

—Perdona, no quiero parecerte maleducado. Me gustaría verte de nuevo —consiguió articular Adrián, secándose las lágrimas que le habían producido las carcajadas.

Paola recobró la compostura y sintió un golpe de aire gélido en la cara que agradeció, pues momentos antes había sentido el ardor que le provocaba su turbación.

—¿De veras? —no pudo contener de nuevo la risa y Adrián se la quedó mirando con un gesto que ella no supo descifrar.

—De veras —dijo con seriedad—, el domingo próximo te esperaré a la misma hora, si tú quieres.

Paola asintió y alargó la mano para estrechársela, Adrián la tomó entre las suyas y la retuvo más de lo necesario.

—Estás helada —afirmó y con un gesto mitad seductor, mitad servicial, la acercó a sus labios y la besó con ternura. Paola estaba embelesada, pero se zafó con cierta brusquedad y se dio la vuelta.

—Hasta el domingo —balbuceó.

—Lo esperaré impaciente.

La muchacha se volvió con un gesto de satisfacción infantil y descubrió unos ojos risueños, inmensamente azules, que provocaban un día soleado en aquella desapacible noche.

Cuando alcanzó a doña Matilde, esta había enfilado ya la calle donde vivían con su parsimonia habitual. Las mejillas de Paola estaban arreboladas y una sonrisa bobalicona se había colocado en su boca como una marca incuestionable de la estupidez que provoca el amor.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó nada más llegar a su altura con ansiedad.

—¿Quieres que te diga sinceramente la verdad? —contestó con otra pregunta, mientras la cara de Paola se tornaba lúgubre.

—Sí, ¿no le ha gustado?

—¿Tanto te importa lo que yo opine? —sus ojos denotaban una profunda satisfacción.

—¡Claro, ahora es como si fuera mi madre! Ella, tristemente, no está para darme consejo.

—Pau, lo que yo opine o lo que opine tu madre es lo de menos, si es una persona honrada, trabajadora y buena, como parece, la que tiene que convencerse eres tú. Eso sí, si ha sido capaz

de aguantar esta tarde andando a paso de tortuga con una vieja gorda, helarse de frío, apenas poder hablar contigo, no se ha quejado y encima nos ha invitado a merendar, serio interés tiene que tener por ti —y soltó una carcajada.

Paola sonreía de oreja a oreja, sentía una sensación desconocida que invadía todo su ser, una ilusión descontrolada, una necesidad de que pasara el tiempo volando para poder verlo de nuevo, y no pudo por menos de abrazar a doña Matilde, que fue cogida por sorpresa y rezongando se dejó querer. No tuvo ni un solo instante de preocupación por lo que vendría después, ni un recuerdo para su amigo herido, para su amigo que se había emborrachado de desesperación y de deseo. Toda su atención había sido absorbida por aquel hombre de cabellos ondulados y ojos inmensos que supo atraparla en sus redes, que había conseguido que los últimos metros hasta su hogar los hiciera flotando, sin percatarse del frío intenso de la noche, sin tomar en consideración el silencio pertinaz que se había instalado en los labios del ama que, con los pies en la tierra firme, ya empezaba a sufrir por su niño.

Manuelín estuvo ausente toda la semana y su padre apenas se dejó ver más que para dormir. Paola sentía un vacío incómodo y cada noche se sentaba en las escaleras de su habitación a coser, mientras la añoranza se hacía más y más compacta. Era como un guiso que se estuviera cociendo, que iba menguando con el tiempo, volviéndose más sabroso y más fuerte. Eso mismo sentía ella, un día tras otro el sentimiento se volvía más consistente, más duro, más doloroso. La casa no parecía la misma sin su presencia, todo andaba callado, aburrido, su falta se sentía en el aire y tanto ella como el ama arrastraban una tristeza silenciosa que impregnaba cada una de sus tareas. Amalia, Paca y Julia se mantenían al margen, pues desconocían los motivos que habían provocado aquella situación. Eso sí, convencidas de que de alguna manera Paola tenía algo que ver en todo aquello, por lo que su animadversión, que pocos motivos necesitaba para alimentarse, se hacía cada vez más fuerte.

El viernes, Paola se sentía desolada. Ni siquiera la perspectiva de ver a Adrián el domingo la sacaba de su apatía, había esperado durante toda la semana ver aparecer a su amigo, saber de él, consolar sus penas, pero al parecer el muchacho no quería ver a nadie, se había refugiado en una casa que ella no conocía y retomaba su vida lejos de los suyos. Porque en infinidad de ocasiones él le había dicho que su familia estaba allí, con su padre, con doña Matilde, con sus recuerdos. La culpabilidad de Paola era infinita, no llegaba a comprender cómo había estado tan ciega, cómo había sido tan egoísta; únicamente se había preocupado por ella y el resultado era desalentador, había conseguido quitarle todo lo que amaba. Ahora no sabía cómo arreglarlo.

Había intentado hablar con Julián, preguntarle, pero siempre se escabullía antes de que pudiera decir una palabra. Ese viernes, sin embargo, estaba dispuesta a conseguirlo, aunque tuviera que aparecer en su cuarto a una hora intempestiva. No hizo falta. Después de la cena, cuando todo el mundo se había ido a la cama, el chófer entró en la casa y fue a la cocina. Paola se levantó, se puso una bata y se dirigió hasta allí, decidida a saber algo de quien tanto añoraba.

Julián estaba de espaldas a la puerta, un vaso de licor frente a él y la mirada perdida en las sombras. La presencia de Paola lo sobresaltó y se dio la vuelta.

—¿No deberías estar en la cama? —dijo volviendo a su posición inicial, dándole de nuevo la espalda.

Ésta desoyó el comentario.

—¿Dónde está Manuelín? ¿Se encuentra bien? —preguntó con desazón.

—Está bien, mujer.

—¿Va a volver?

—¿Qué más te da a ti?

Paola se sintió confusa, iba a decir algo cuando el hombre se levantó de la silla, tomó el vaso de licor, lo apuró de un trago y se volvió. Sus ojos estaban cargados de amargura y cansancio.

—Déjalo estar, muchacha, no insistas.

Julián salió de la cocina haciendo un gesto de despedida y Paola se quedó inmóvil, aterida de frío, con los pies descalzos pegados al suelo y el alma sangrando de desdicha. Se acercó a la mesa y se sentó en la misma silla que pocos segundos antes estaba ocupada. Aún se percibía la tibieza de otro cuerpo, dobló los brazos y dejó caer la cabeza sobre la mesa.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —las palabras le sobresaltaron y estuvo a punto de caer de la silla. Era doña Matilde, que iba a por un vaso de agua.

Paola no contestó, se volvió con desgana y se encogió de hombros.

—Te vas a morir de frío —insistió acercándose a ella— ¿Es por Manuelín?

Paola levantó los ojos y asintió.

—Yo no quiero que esté mal, ni que sufra, ni que abandone su casa y su familia por mi culpa —el desconsuelo de sus palabras rompía el alma—. Si alguien tiene que irse, soy yo.

Paola volvió a esconder la cabeza entre sus brazos y un sollozo tímido salió de sus labios.

—Si él no está, yo tampoco quiero estar —concluyó.

Doña Matilde había escuchado en silencio aquellas palabras, era evidente que la juventud tendía a ver las cosas de forma desproporcionada, todo les parecía una tragedia, no había pasos intermedios, o el cielo o el infierno. Vivían las pasiones como si no les quedara más que un segundo por vivir, y las penas como si constituyeran el final de sus vidas.

—No pienses esas cosas, niña, tú no tienes la culpa de no sentir lo mismo que él, y nadie puede forzar los sentimientos de nadie…

—¡Pero tenía que haberme dado cuenta! —levantó la voz, interrumpiendo al ama.

—Shhh… que vas a despertar a toda la casa. Da igual que te dieras cuenta o que no, eso no iba a cambiar nada y tarde o temprano ocurriría lo mismo, de hecho, creo que él lo sabía y aun

así prefirió seguir queriéndote. Cuando uno se enamora por primera vez, parece que nunca podrá volver a sentir nada parecido, y cuando acaba, todos hemos tenido la sensación de morir porque es imposible que pueda haber nada más allá. Pero no es así, nada dura mil años, las cosas volverán a su ser y Manuelín se volverá a enamorar y la vida continuará. Ha tomado una decisión, nos puede gustar más o menos, podemos compartirla o no, pero desde luego hemos de respetarla. Si sufres porque él no está aquí, piensa que a lo mejor es más feliz sin tener que verte todos los días y sin comprobar con sus ojos que el domingo sales con alguien que no es él. No seas egoísta entonces, dale sus días de luto, la posibilidad de que te olvide o que olvide el sentimiento que tenía hacia ti y, si aun así no quisiera volver nunca, Dios no lo quiera, está en su perfecto derecho. Tú tomaste una decisión, a ti te gusta Adrián y quieres conocerlo y no dudaste ni un segundo en volverle a ver. Es más, te brillaban los ojos de ilusión al llegar a casa. ¿Quieres que Manuelín te vea así? ¿Crees que no le dolería? Deja las cosas como están y sé paciente, sigue como hasta ahora y no pongas todo más difícil, en esta vida no se puede tener todo, unas cosas se ganan y otras se pierden. Manuelín, de momento, está entre las bajas.

Mientras doña Matilde daba este discurso, Paola lloraba en silencio, reconociendo la verdad de aquellas palabras. Ella lo quería todo, quería la ilusión que le proporcionaban las citas con Adrián y quería volver a casa y contar con la complicidad de su amigo, con el cariño del ama, con el amor de su familia desde la lejanía… No se había dado cuenta, pero el mundo no podía girar en torno a ella.

—Y ahora vamos a dormir, que vas a coger una pulmonía. Estás helada y descalza, como te pongas enferma, a ver quién hace tu trabajo —los ojos del ama sonreían con amabilidad y Paola agradeció la calidez de su mano, sus palabras y todo lo que siempre hacía por ella sin obligación.

Una figura se revolvió en la puerta cuando sintió las sillas moverse y a las dos mujeres despedirse. Salió corriendo por el pasillo, envuelta en sombras, protegida por la oscuridad rumbo a la habitación de servicio. Abrió con sigilo la puerta para no despertar a sus compañeras y con la misma cautela se metió en la cama. Una sonrisa ladina se dibujaba en su rostro, Paca ya sabía el secreto de la casa.

El domingo amaneció queriendo oler a primavera, aunque el frío aún era intenso. El sol de febrero se había abierto paso entre unas lechosas nubes blancas, que se fueron diluyendo a medida que pasaban las horas. Paola, aunque ilusionada, todavía mantenía un halo de tristeza por la ausencia. No se sentía capaz de ser plenamente feliz, eso hubiera traicionado el sacrificio de su amigo. Ella se entendía, pero temía que nadie más lo hiciera. Como cada domingo, escribió una carta a su madre donde daba a entender que había conocido a alguien, pero con pocos datos. Esperaría que las cosas se asentaran para contar más. Para tranquilizarla, le relató que a la cita había acudido con doña Matilde en calidad de madre.

Comió en silencio, con el alma puesta en otro lugar lejano, un alma dividida en blanco y negro, y la comida le supo a sal y a amargura y al dulzor del sol de la tarde. Paola estaba descubriendo los matices extraños de su corazón, sus asaltos al amor, a la culpabilidad, las lluvias de ilusión que se derramaban agriamente por las ausencias. Era como pintar un cuadro sobre otro, porque no disponía de más lienzos y mientras unos colores nacían brillantes, otros estaban muriendo inexorablemente, ahogados por el pincel. Nada le provocaba el gesto desafiante de Paca, ni la neutralidad de doña Matilde, no dejaba que hasta su interior llegara el

cansancio de Julián, ni las continuas miradas de Amalia.

Se sentía como muerta, ausente de una batalla que ya no le interesaba librar, porque lo único realmente vívido en aquella habitación era un vacío, un trágico y constante vacío que se mostraba cruelmente en una silla que no se había movido, un plato que no se había puesto y una voz que ya no se oía. De sus labios no salió ni un comentario, en su mente no se formó ni un pensamiento, todo estaba ocupado por esa sensación de orfandad, de abandono, y si trataba de acallar esa pena constreñida de culpabilidad, el cielo inmensamente azul de unos ojos la llenaba de esperanza, de ilusión, esa misma que se negaba a admitir en el despiadado convencimiento de estar fallando a su amigo.

Cuando iba a salir de la cocina, con la cabeza baja y sin saber qué debía sentir exactamente, doña Matilde le dijo que esta vez no iría, sus rodillas habían tenido suficiente movimiento para un mes, pero que confiaba en su responsabilidad y en que su comportamiento siempre fuera el adecuado. Esa noticia, que en otras circunstancias hubiera hecho estallar su corazón de alegría, no significó para ella más que un problema añadido al laberinto de sentimientos que asolaban su interior. Entró en su cuarto para vestirse y cuando prácticamente estaba preparada, aparecieron Paca, Amalia y Julia, que últimamente parecía que no se separaban un segundo. Buscaron en sus armarios porque también iban a salir y, entre comentario y comentario, se lanzó un dardo.

—¿Dónde andará Manuelín? ¿No sabes tú nada, Pau? Siempre andabais juntos —Amalia se dirigía a Paola mientras miraba con complicidad a Paca.

La muchacha no respondió.

—¿No me has oído?

Paola se mordió los labios y trató de serenarse antes de que el monstruo de sus entrañas se volviera loco.

—No tengo ni idea —acertó a decir.

—Manuelín es poco hombre para una dama, está bien como entretenimiento, pero algunas se cansan rápido y siempre hay otro a quien engatusar.

Quien había hablado con esa carga de veneno era Paca, que se dirigía a Amalia haciendo como que Paola no se encontraba en la habitación.

—Es un buen chico para hacerte reír —continuó—, para que te entretenga durante los momentos de aburrimiento, te traiga telitas, te sostenga el vaso, pero algunas necesitan más… trote.

Las tres muchachas estallaron en carcajadas, mientras continuaban arreglándose, haciendo un vacío vergonzoso a Paola, que luchaba contra sí misma con fuerza.

—Pobre Manuelín —intervino Julia—, no lo ha podido resistir.

—No me extraña, un año arrastrándose para esto. Yo…

Paca no pudo terminar la frase, los ojos de Paola se habían clavado en ella y un grito surcó el aire y fue a estrellarse contra su malicia.

—¡Cállate! Más vale que te calles de una vez o si no…

—O si no, ¿qué? —se encaró Paca, levantándose antes de terminar de ponerse la segunda media.

Nuevamente, la aparición milagrosa del ama, que siempre se encontraba al acecho porque leía más de lo que estaba escrito, dejó las cosas en suspenso. Entró y se encontró a las muchachas mirándose la una a la otra en una estampa que rayaba lo ridículo. Paola completamente arreglada, con el bolso y el abrigo sobre la cama, mientras que Paca llevaba solo las enaguas y una media puesta y la otra en la mano. El ruido de la puerta había hecho que ambas se volvieran con una actitud que las delataba.

—¿Qué está pasando aquí? —tronó la voz del ama.

Un silencio compacto llenó el aire y ahogó las palabras.

—¿Es que no me habéis oído? —volvió a bramar—, ¿qué está pasando aquí?

Paola rompió el silencio con la voz temblando de ira.

—Paca me preguntaba por Manuelín y le he dicho que no sabía nada.

Doña Matilde posó su mirada en la muchacha y después la dirigió a su otra criada. Era evidente que estaban a punto de saltar la una sobre la otra, los cuerpos tensos, pequeños temblores, el odio ocupando las pupilas y el gesto aterrorizado de las demás. Matilde sabía que tarde o temprano aquello saltaría por los aires. La desaparición del muchacho era un acicate más para torturar a Paola y ella nunca se dejaría doblegar, de eso estaba segura.

—Vete ya Paola, vas a llegar tarde —doña Matilde indicó con una mano la puerta. Ella se volvió en un arranque de furia, tomó el bolso y el abrigo y estaba a punto de salir cuando oyó el hiriente comentario de su enemiga.

—A ver si este te dura más.

Paola se volvió y se encontró con el rotundo cuerpo del ama, que la tomó por un brazo.

—No hagas caso, intenta provocarte —con el otro brazo la rodeó e imprimiendo a su gesto firmeza, la sacó de la habitación—. Ahora vete y disfruta. No dejes que nadie te robe tu momento.

La joven se tragó el orgullo y las lágrimas que quemaban en sus ojos y siguió el pasillo rumbo a la puerta, mientras el ama volvía con tranquilidad a la habitación de servicio.

—¡Vosotras dos, fuera! —indicó a Amalia y a Julia, que miraban con desconcierto a su amiga.

Una vez que se hubieron puesto la bata y salido, doña Matilde se encaró con Paca.

—¿Qué pretendes, Paca? ¿Dónde encuentras la maldad para tratar así a las personas? Te estás jugando tu puesto, te lo dije una vez y te lo repito.

Paca puso un gesto de inocencia fingida y burlona, que provocó en doña Matilde un inmenso deseo de abofetearla.

—¿Yo? —dijo con cara de no haber roto un plato—, pero si yo no he hecho nada, es Paola, que está un poco desquiciada. Amalia le preguntó por Manuelín y ya ve cómo se ha puesto. Pero nada, igual es que delante de la marquesa no se puede hablar.

El retintín de sus palabras chirrió nuevamente en los oídos de su jefa.

—Mira Paca, a mí no me engañas, puedes poner todas las caritas de cordero degollado que quieras, pero como te pille torturando a alguien no voy a tener compasión de ti, ¿queda claro?

—Pero doña Matilde, si yo…

—¡Te he dicho que si queda claro! —chilló.

Paca asintió con un destello de desafío en los ojos.

—¡Y no vuelvas a escuchar conversaciones detrás de las puertas!, eso también me permite echarte.

—¡Nunca he hecho nada parecido! —mintió con altanería— ¿eso es lo que va diciendo ésa?

—No —doña Matilde le mantuvo la mirada—, lo digo yo. Y por tu bien no me obligues a demostrarlo.

El ama salió dando un portazo y se encontró de cara con las otras dos criadas que, apoyadas en la pared, tenían el rostro preocupado. Se las quedó mirando.

—Yo tendría cuidado con esa —señaló con el dedo hacia la puerta—, os puede meter en un lío. Dice que fuiste tú, Amalia, quien empezó la pelea.

Amalia fue a decir algo, pero las palabras quedaron perdidas, colgando en un rincón de su miedo. En realidad, no había mentido, ella había comenzado los comentarios, pero todo era un plan, todo había sido orquestado por la que ahora no tenía ningún pudor en señalarla con el dedo acusador.

—Yo no quería… —balbuceó— Paca dijo…

En ese instante se abrió la puerta y apareció Paca cegada de rabia, ya vestida, y se quedó mirando la escena. Posó unos ojos amenazadores en sus compañeras, que callaron inmediatamente, y después miró al ama con arrogancia.

—¿Vamos a salir o nos vamos a quedar de tertulia en el pasillo?

—No olvidéis lo que os he dicho —sentenció doña Matilde y haciéndose hueco se fue muy dignamente. Mientras volvía a la cocina pensaba en las personas, en lo que arrastraban y lo que dejaban a su paso.

Desde que Paola había llegado, la casa se había puesto del revés. Todo marchaba como una máquina bien engrasada y de repente los engranajes se atoraban. Y no es que fuera una mala persona, todo lo contrario, pocas habrían aguantado tantos desmanes y tantas provocaciones sin volverse, pero lo cierto es que tenía la cualidad de desequilibrar el mundo. Atraía a las personas sin esfuerzo, de la misma manera que atraía también las envidias y los rencores. Eso no era bueno.

Había enamorado a Manuelín sin darse cuenta, la había enamorado a ella con su forma de ser, había enamorado a Adrián con su accidente, enamoró a Matías con su optimismo. Era fácil quererla, preocuparse por ella, su dolor se convertía en universal y sus sentimientos eran tan genuinos que provocaban ternura. Sin embargo, robaba sin darse cuenta, ponía el mundo del revés y dejaba cadáveres a su paso desconociendo que estaba en una guerra. Provocaba entonces los sentimientos más ruines, sonsacaba las envidias y su pasar de largo hería aún más esos corazones. Y frente a ella Paca, la recién descubierta Paca, porque no acababa de creerse lo que estaba viendo. Llevaba varios años en la casa y nunca se mostró como aquel ser malvado en el que se estaba convirtiendo. No sabía mucho de ella y nunca se había sentido inclinada a las confidencias, pero su comportamiento hasta entonces había sido ejemplar, tanto en el trabajo como en su actitud. No llegaba a comprender esa ojeriza, ese encono, esa rabia que le impedía perdonar cualquier circunstancia por pequeña que fuera.

Entró Julián en la cocina e interrumpió sus pensamientos.

—¿A qué viene esa cara, Matilde?

—Las chicas han vuelto a pelear, no sé cómo frenar esta situación.

—Paca no es trigo limpio —Julián tomó una silla y se sentó junto a la mujer.

—Pero trabaja bien y es difícil encontrar chicas de servicio tan eficaces. Además, es muy lista, todos sabemos lo que pasa, pero nunca la he pillado, ella es la que piensa y manda a las demás. Por una frase no puedo echarla, por muy hiriente que sea, y las amonestaciones parece que la traen sin cuidado. Acaba de terminar de pagar el abrigo y ya ves para lo que ha servido.

—Para que la odie más. Esa solo busca vengarse. Te lo digo yo, y hasta que no lo haga no va a parar.

—Dejemos este tema, que me altera. Tomemos un vasito de vino en la tranquilidad de que no hay nadie, ni los señores —doña Matilde se levantó con dificultad de su silla y se acercó al armario, de donde cogió dos vasos, luego tomó una botella y se sentó.

—¿Cómo va tu hijo? —preguntó llenando los vasos.

—Demasiado tranquilo, Matilde, demasiado tranquilo. No habla, no pregunta, se va a trabajar y después sale con unos amigos, que creo que están metidos en cosas de trabajadores, y

duerme. Esa es su vida.

—¿Cosas de trabajadores?

— No se lo digas a nadie, pero creo que anda con anarquistas —dijo bajando la voz.

Doña Matilde dio un respingo.

—¿Qué se le ha perdido a esa criatura con esos sujetos?

—Supongo que la culpa es mía. Tanto hablarle de libertad, de injusticia para con los trabajadores… y encima un desamor, espero que se le pase pronto.

—Quítale esas ideas, Julián, que ya sabes cómo se las gastan los guardias, el día menos pensado te lo traen… ¡no quiero ni pensarlo!

Quedaron los dos en silencio mascando los despropósitos del día, bebiendo traguito a traguito el vino, como tenían que beber la vida para no emborracharse. El ama se sentía cansada, sus huesos estaban soportando otro invierno y cada vez le costaba más moverse, se estaba ablandando y no le gustaba, prefería mantener los sentimientos en su lugar, como los había tenido siempre, sin preocuparse de otras personas y de sus vidas. Pero Manuelín era su niño, lo había visto crecer y hacerse un hombre y no podía soportar la idea de no tenerlo cerca. Y ahora Paola amenazaba con colarse en su corazón y revolverlo todo. No temía las felicidades presentes, sino los dolores de las ausencias futuras. De repente se volvió hacia Julián, los últimos rayos de sol se colaban por la ventana y creaban sombras bailando al compás del movimiento de las sábanas tendidas.

—¿Volverá? —preguntó en un susurro, sintiendo la herida que podía crear la respuesta.

—Eso espero, Matilde, eso espero —y su mano dio unos golpecitos de consuelo, ese mismo que él no tenía, en el brazo de su amiga.

10

Paola giro en la esquina y descubrió a Adrián en la misma posición que el domingo anterior, parecía que no se hubiese movido desde entonces. Si no hubiera tenido el corazón tan roto y tan alterado, le hubiera hecho gracia ese pensamiento, pero le había supuesto un gran esfuerzo llegar hasta aquella parada sin llorar. Mientras se acercaba, el hombre se dio la vuelta y la vio, su cara de felicidad cogió por sorpresa a la muchacha, que se ruborizó y pudo leer en su mirada, sin atisbo de duda, la satisfacción del reencuentro. Imaginó que la ausencia del ama también le habría alegrado. Ella trató de componer su rostro en una sonrisa, pero no se le daba nada bien lo de fingir, y el gesto extrañado de Adrián le sugirió que no lo estaba haciendo demasiado bien.

—Buenas tardes, señorita Paola —dijo quitándose el sombrero teatralmente.

—Buenas tardes, Adrián.

Su voz no era la misma, lo sabía, ni su cara, ni su sonrisa. Por un momento se arrepintió de estar allí con un desconocido con el que no podría compartir sus penas. Bajó los ojos, haciendo un intento por recobrar el dominio de sí misma. Si ya había tenido sentimientos encontrados toda la semana, los últimos acontecimientos con Paca habían sido la guinda a su ansiedad. Sentía que con aquella cita traicionaba algo muy valioso. Empezaron a andar en silencio, cada uno buscando las palabras oportunas. Adrián era consciente de que algo había pasado, pero no se atrevía a preguntar.

—Te he traído algo —dijo sacando un pequeño envoltorio de papel de seda.

Paola levantó la mirada y se encontró con la luminosidad cautivadora de su azul.

—¿Un regalo? ¿Para mí?

Adrián asintió.

—No es nada importante, pero espero que te guste.

Paola tomó el paquete con manos temblorosas y sintió cómo el lazo del regalo se iba creando en su garganta. Deshizo la atadura y desenvolvió el contenido. Eran unos guantes negros, unos guantes muy suaves con un borde de piel en su parte superior. Era el regalo más bonito que jamás nadie le había hecho. Sintió cómo el lazo también se iba deslizando en su garganta y se deshacía en un llanto ligero que no sabía cómo controlar, miró hacia un lado y con la punta de los dedos se secó las lágrimas con la insensata esperanza de que no volvieran, pero los diques se resquebrajaban, la pena contenida durante demasiados días consiguió encontrar una vía de escape y estaba dispuesta a desbordarse.

—El otro día tenías las manos frías y pensé… ¿Estás llorando? —Adrián alargó dos dedos y obligó a Paola a mirarlo. La contemplación de sus ojos sorprendidos avivaron aún más el llanto — ¿He hecho algo mal? ¿No te gustan?

Paola negó con la cabeza, no podía hablar. Sacó un pañuelo del bolso y se secó los ojos y se sonó la nariz, pero instantes después un mar salado volvía a despeñarse por sus mejillas. Adrián la miraba sin saber qué decir o qué hacer. Por fin la tomo del brazo y la obligó a sentarse en un banco de un pequeño parque, donde un montón de niños jugaban con una pelota. Se quedó callado, mirando al infinito, a un sol que empezaba a declinar creando unos rayos anaranjados que hacían brillar las lágrimas de su acompañante. Dejó que se tranquilizara. Con paciencia, le tomó la mano y la retuvo entre las suyas en un gesto de complicidad, de apoyo, que ella aceptó y agradeció. No quería que la viera en aquel estado, pero los acontecimientos se habían desarrollado así y no podía hacer otra cosa. Estaba segura de que a su madre no le hubiera gustado. Siempre decía que las penas hay que lavarlas en casa, pero ella no era su madre y no sabía cómo contener ese río que afloraba constantemente a sus ojos. Un buen rato después se había calmado lo suficiente como para poder hablar.

—Perdona —dijo entre hipidos—, siento haberme comportado así. Te agradezco el regalo, las lágrimas no tienen nada que ver con eso, bueno en parte sí, porque ha sido el detonante… Es que la semana… ha sido todo difícil…

—Ahora no pienses en nada —Adrián la interrumpió—, estamos aquí, los dos, para pasarlo bien. Es tu único día libre y me niego a desperdiciarlo llorando. Ya es la segunda vez que reconozco tus lágrimas.

Paola asintió.

—Vamos a seguir el paseo, ponte los guantes para que esas manos estén calentitas y cuando quieras y te veas capaz, me cuentas lo que te apetezca, pero sin lágrimas. Y ahora mándame una sonrisa, que se me ha helado el corazón con tu pena.

Paola sonrió con las palabras de Adrián. Ambos se levantaron. Adrián dobló el brazo y la invitó a tomarlo. Ella, ruborizada, se asió a él. La calle ya no le pareció tan vacía y su vida no se le antojó tan triste, sentía los ojos enrojecidos y se avergonzaba de estar fea, pero al muchacho no parecía importarle nada más que andar con ella del brazo por las calles de Madrid.

—La tristeza es como un pájaro en el cielo —dijo de pronto Adrián—, sobrevuela siempre nuestras cabezas, unas veces se posa aquí y otras allá, lo importante es saber que tarde o temprano partirá de nuevo.

Paola lo miró atónita y él sonrió.

—Estas cosas se me ocurren a veces, lo ideé cuando mi madre murió. Sentía tanta pena y tanta soledad que me obligué a pensar que algún día desaparecería. Queda el rastro, pero poco a poco deja de doler y se convierte en recuerdo.

En ese momento Paola comenzó a amarlo. No se dio cuenta, pero muchos años después, al recordar aquellas palabras, lo supo. Algo en aquel hombre le transmitía seguridad, felicidad, tranquilidad, parecía que nada podía ocurrir mientras ella se encontrara allí, con él, de su brazo. El amor era eso, algo intangible, una especie de bendito veneno que nos vuelve vulnerables precisamente porque nos creemos invencibles. Y confió en sus palabras, en que el pájaro del dolor tarde o temprano se marcharía. Y entonces empezó a hablar, y de su boca salieron todos

sus temores, sus iras, sus penas. Habló de sus compañeras, le contó cómo eran capaces de despertar a su monstruo, de sacar de su corazón los peores sentimientos, la rabia, la necesidad de venganza; le habló de su abrigo, de sus peleas, del fantasma del despido, que flotaba constantemente sobre su cabeza como un mal augurio; le habló de doña Matilde, de su miedo a defraudarla; le habló de Manuelín, de su amigo perdido porque la amaba, de su culpabilidad; le habló de su familia, de su añoranza, vació su alma como hacía su padre en las noches de pasión, porque aunque ella aún no lo supiera, había heredado ese don y cuando su corazón, desconociendo el sentimiento que empezaba a albergar, descubrió el amor, se volvió locuaz.

Adrián sabía escuchar sin interrumpir, y por las palabras de Paola reconoció su historia y no la juzgó, simplemente apretó con más fuerza su delicado brazo, en un gesto de apoyo mudo, convirtiéndose él mismo en un asidero del que la joven supo que no se caería. Cuando calló, Adrián miraba al infinito de las calles.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Paola hizo un gesto de asentimiento. Lo único que quedaba de su tristeza era un ligero rastro rojizo en los ojos.

—¿Te gustan los churros con chocolate? —Adrián alejaba a manotazos certeros la pena.

—Nunca los he probado.

—Pues la primera vez tiene que ser en el mejor sitio de Madrid y has dado con la única persona del mundo que conoce ese secreto.

Adrián rio con ganas y su risa provocó un escalofrío que recorrió a Paola por completo, era una risa de viento, libre, una risa de agua, cambiante y transparente, era una risa de fuego, atrayente y peligrosa. La tarde iba cayendo y los temores se disolvían, olvidados, en alguna recóndita bandada de pájaros que buscaban otro lugar donde posarse.

Manuelín volvió a casa un lunes de primavera, cuando ya no se le esperaba, cuando la añoranza y la pena se habían ido desdibujando de olvido, entró como si se hubiera ido por la mañana, sin ninguna explicación, con una maleta que nadie le había visto sacar y se dirigió a su cuarto, saludando a todo el mundo con una sonrisa imposible de reconocer, imposible de descifrar. No se paró en nadie, no destacó a nadie, no elevó a nadie por encima de los demás y Paola supo que todo había cambiado, que la época de las complicidades, de los cuentos de hadas, había pasado a mejor vida. No se quejó, había interiorizado las palabras del ama y sabía que todo no se podía tener y ella tenía demasiado. A partir de ese momento se conformaba con ser una más, con no descender de ahí, con no ser una menos.

Las palabras de doña Matilde parecía que habían hecho mella en Paca y una tregua se había abierto entre las muchachas, un pacto de no agresión, de silencio, de ignorarse la una a la otra. Los domingos Paola se arreglaba ilusionada y corría al encuentro del hombre que amaba, de aquel que la amaba, y se sentía feliz, y en sus cartas escribía su dicha, y en sus ojos reflejaba su dicha y dejaba rastros de dicha por cualquier rincón de la casa. La dicha ajena duele en las almas miserables y desarrolla la imaginación del mal. Paca no olvidaba, ya se lo dijo a Amalia, solo buscaba el momento propicio, cuando el veneno fuera el suficiente.

Manuelín permanecía mucho tiempo fuera de casa. Por las mañanas salía a trabajar. Paola miraba su espalda alejarse porque el muchacho no tenía con la joven un solo gesto que indicara que sabía de su existencia. Por las noches solía asistir con sus amigos a reuniones clandestinas, comportamiento que el padre le recriminaba, y volvía a altas horas de la madrugada, borracho de ideas y consignas. Los escasos días que cenaba en casa se quedaba a las tertulias de la cocina, ya no seguía a Paola hasta las escaleras, no compartía con ella sus risas, ni sus ideas ni sus proyectos. Ella lo echaba de menos y no quería, sentía el dolor de la pérdida y se decía de nuevo que no lo podía tener todo, pero ese pensamiento no aplacaba su desánimo y una punzada de envidia la hería, la envidia de no ser ella la que compartiera con él las palabras. Paca, sin embargo, disfrutaba con la situación, reconocía la frustración que dominaba a su enemiga y aprovechaba cualquier momento para acercarse y hacer carantoñas al muchacho o compartir con él una broma o una confidencia. En esos momentos se volvía triunfante y sostenía la mirada de su adversaria con un gesto de muda venganza, para que fuera consciente de lo que había perdido. Manuelín entraba en su juego, ella no lo quería reconocer porque el cariño no se lo permitía, pero su ego masculino también estaba salpicado por unas gotas de odio. Y de frustración. Y del dolor que no se quería admitir. Paola entonces bajaba la cabeza y se retiraba con su costura a las escaleras. No se paraba a contemplar la impotencia que corría por las venas del hombre despechado, consciente de la manipulación cruel de Paca y de su miserable aceptación.

En verano, Paola pudo por fin visitar a su familia. Fue en agosto, cuando los campos se vuelven ocres y las golondrinas aún no han partido, cuando los cielos eran tan intensos como el color de su amor. No advirtió de su llegada. La emoción que la embargaba fue creciendo con cada kilómetro que recorría, con cada minuto que la acercaba un poco más a su hogar. En un gran paquete envuelto en papel llevaba un abrigo, un abrigo del color apagado de los campos en verano, un abrigo que en cada una de sus costuras llevaba un retazo de corazón. Desde que se había enterado de la buena noticia, no paró de preparar regalos. Haciendo un esfuerzo por tragarse su orgullo, con el miedo de una negativa que pudiera herir definitivamente su alma, le había pedido como un favor especial a Manuelín telas para sus regalos, y él no puso inconveniente. Había gastado hilos, había buscado patrones, había imaginado lo que habrían crecido sus hermanos y con una dedicación casi obsesiva, que a su vez mantenía su tiempo ocupado para no pensar en las pérdidas, hizo fluir por sus manos todo el cariño que no había podido demostrar en tantos meses. También había hecho una muñeca de retales, con pelo de lana, ojos de botones cosidos, y vestiditos para cambiar. Y todo iba allí, junto a ella, los paquetes de su amor. Amor, Adrián. Pensó en él, en la despedida. En realidad, no pasarían ningún domingo lejos, se habían visto aquella mañana y la había acompañado a la estación llevando su equipaje, recomendándole prudencia. Estaría de vuelta el domingo siguiente, más feliz, le dijo, más repleta, más radiante.

Los brazos de su madre la atraían, le dolía pensar que Adrián no pudiera nunca saborear esa pasión, pero no debería preocuparse, ella se encargaría de abrazarle, como a un niño, como a un amigo, como a un amante. Esto lo pensó mientras le miraba, mientras observaba su gesto de concentración para evitar que cayera nada, mientras lo quería. Cuando ya se dijeron adiós y se dio la vuelta, Adrián la llamó, tomó su rostro entre las manos y la besó en los labios. Nunca nadie la había besado así. Los labios de Adrián eran dulces, sabían de un modo especial, pero no encontraba comparación ninguna. Los labios de Adrián no sabían azules como su mirada, se parecían más al granate de las moras sin madurar en una tarta recién hecha. Eran cálidos y brillantes, pero lo más importante es que eran un regalo de amor para colgarlo en su boca.

Paola se tocó los labios y sonrió.

El calor era sofocante cuando llegó a la plaza del pueblo. Llevaba tantos bultos que por un momento se arrepintió de no haber dicho nada.

—¡Paola! —la muchacha se sobresaltó, pero reconoció inmediatamente la voz. Era Manuel, su hermano, su añorado hermano con el mismo nombre de una ausencia. Sintió que la emoción podría desbordarse en cualquier momento— ¿Qué haces aquí? ¿Te quedas? ¿Sabe algo madre? ¡Qué alegría verte!

Manuel tomó a su hermana por la cintura y la hizo volar. Paola descubrió la fuerza que la había amparado todos aquellos meses. Después se separó y la miró de arriba abajo.

—¡Estas guapísima!

—Vamos a casa. Ayúdame a llevar todas estas cosas, si me quedo aquí un minuto más me muero de calor —Paola estaba agotada.

Carmen la vio llegar desde lejos. Había salido por la puerta del patio con decisión, como ella siempre hacía las cosas, y en medio de la calle se quedó parada, entornando los ojos, mirando a su hijo, después se fijó en la acompañante y lo siguiente fue un sonido opaco, porque el grito de alegría quedó apagado entre los dedos de la mano con la que se tapó la boca. Corrió hacia ellos.

—¡Mi niña!

Paola soltó las cosas y abrazó a su madre. Por fin el olor del campo en su cabello, el olor del consuelo, de la paz, del refugio. Por fin los brazos de los que siempre se podría fiar, por fin su origen, su punto de partida, su destino. Y rompió la tensión y la compostura, rompió la máscara que se puso el día que partió de allí, rompió las soledades, las ausencias, los miedos, dejó todo arrinconado a sus pies, y desnuda lloró… por fin.

Carmen se separó sorprendida, preocupada por esa humedad salada que se había posado en su cuello. De repente, se preguntó angustiada el motivo de esa llegada, de esas lágrimas, de todos aquellos paquetes.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? ¿Alguien te ha hecho daño? ¿Vuelves a casa? ¡Cómo no has avisado! Tú padre está en el Prado de Los Espinos ¡Anda Manuel, ve a por él!

Paola miró con ternura a su madre. Sus palabras, que brotaban a borbotones, leían la intranquilidad en sus ojos.

—Estoy bien, madre, no me pasa nada. No he avisado porque quería que fuera una sorpresa. ¡Tenía tantas ganas de verla!

Carmen dio un suspiro y volvió a abrazar a su hija. Después la miró despacio y la descubrió tan cambiada… pero no dijo nada, la emoción no se lo permitía.

—¿Por aquí todo bien?

—Todo como siempre, ya sabes… siempre igual.

—¿Y los niños?

—Andan por ahí jugando.

—¿Cómo está usted, madre?, la noto cansada.

—Tú vas subiendo y yo bajando, esa es la vida. Pero dime, ¿cómo es que estás aquí?

—Unos días libres. Los señores no están, doña Matilde se ha apiadado del servicio y tengo una semana y un millón de cosas que contar.

Ambas mujeres habían llegado al portón del patio, se detuvieron un instante para soltarse e inmediatamente Paola dejó pasar a su madre y después se introdujo ella. Todo estaba como siempre, la cuadra vacía porque la mula estaría con su padre, los postes de madera que sujetaban el tejadillo retorcidos y rugosos, el olor a establo y a paja, y al fondo, junto a la puerta de entrada, los paquetes y fardos que había dejado Manuel antes de irse. Se apresuró, pues de repente recordó el abrigo y sintió unos terribles deseos de que su madre lo viese. Recogieron todo y lo llevaron dentro.

—¿Cómo has venido tan cargada? Por un momento pensé que te habían echado y que volvías a casa —Carmen se afanaba en colocar todo sobre la mesa—. Deberías llevarlo a tu cuarto.

—Son regalos —Paola se sentía emocionada—. Mire madre, esto lo he hecho para usted.

La muchacha tendió el enorme paquete a su madre, que lo miró con expresión atónita. Carmen no estaba acostumbrada a recibir regalos, ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que había recibido un obsequio, si descontaba la ropa que, de ciento en viento, le proporcionaba don Anselmo para los niños. Pero eso no contaba.

—¿No va a abrirlo?

Carmen salió de su letargo, de su borrachera de sensaciones y asintió. Colocó el paquete sobre la mesa y desanudó las cuerdas que lo sujetaban. Paola, tras ella, la miraba hacer, controlando las ganas de destrozar el envoltorio con sus propias manos. El abrigo quedó al descubierto y Carmen se volvió hacia su hija con el semblante roto de emoción, después la abrazó con fuerza. Paola explicó que lo había hecho ella, relató a su madre cómo en las tardes invernales, después de trabajar, doña Matilde le había enseñado a coser. Porque doña Matilde sabía mucho, su madre había sido costurera o modista, no lo tenía muy claro, y nada más saber que volvería al pueblo decidió coser uno para ella. Sería el abrigo más bonito de toda la zona, para que lo llevara a Misa todos los días del invierno y presumiera de hija.

—No me hace falta un abrigo para presumir de hija —rezongó.

—Era una broma —contestó Paola sin dar importancia a las palabras de su madre—. Y ahora póngaselo, aunque no sea tiempo, para que yo vea como le queda.

Carmen se quitó la bata y salió a lavarse las manos, no fuera a manchar el abrigo. Entró de nuevo, tomó la prenda por los hombros y la llevó a su habitación, la extendió sobre la cama y con parsimonia fue desabrochando los botones uno a uno. Se lo puso, le estaba perfecto, su cuerpo, aún cargado de formas, rellenaba los vacíos entre las costuras, el tono marrón contrastaba con el pelo oscuro y lo hacía destacar.

—¡Estás muy guapa! —exclamó Paola al ver a su madre— ¡Serás la envidia del pueblo!

Carmen se miraba en el pequeño espejo de la puerta de su desvencijado armario con la boca abierta, sin saber qué decir. De vez en cuando acariciaba el tejido como si fuera un tesoro y con coquetería se daba la vuelta para tener una perspectiva desde todos los ángulos. Con la emoción, ninguna de las dos mujeres había escuchado entrar a los hombres, y Marcial miraba a su esposa desde el umbral de la puerta con una sonrisa complacida. Carmen vio a su marido reflejado en el cristal e inmediatamente se volvió para contarle lo que le había traído la niña desde la capital.

—Lo ha hecho ella, Marcial, ahora sabe coser —la voz de Carmen se quebraba con cada nueva palabra. Paola se acercó a su padre y este la abrazó un instante. Después se separó y la dio unos cachetes cariñosos en la mejilla.

—¿Estarás mucho tiempo? —preguntó.

—La niña va a quedarse una semana —se adelantó Carmen.

—Me alegro de verte, hija, sobre todo de verte bien.

Paola no necesitaba más palabras de su padre, le conocía bien, sabía de su poca habilidad para hablar, y mucho menos aún para mostrar cualquier tipo de sentimiento, pero las arrugas que se formaban en los pliegues de sus ojos y esa medio sonrisa apuntalada en su boca, valían para ella más que un millón de discursos.

Después llegaron José y Lucía corriendo, abriéndose paso a empujones para abrazar a su hermana. Habían crecido bastante desde la última vez que Paola los vio, pero todo lo que llevó les venía bien. La muñeca de trapo maravilló a Lucía, que se agarró a ella inmediatamente sin ninguna intención de compartirla con nadie. José tomó la mano de su hermana nada más verla y se quedó a su lado, quieto, callado, con unos pantalones que acababa de estrenar, sumido en sus indescifrables pensamientos infantiles.

Un halo de alegría zarandeó los corazones en aquella tarde de verano, un haz de luz que declinaría levemente como los suaves rayos del sol al atardecer. En la iglesia, los enormes nidos de las cigüeñas reposaban inmutables como cada año, a la espera de su abandono. La cruz de piedra donde Paola se subía a esperar a su padre, esa tarde la esperaría a ella, como los campos que siseaban su nombre, como las lavanderas que al día siguiente tendrían de qué comentar. El tiempo pasaba tranquilo, mecido por la corriente del riachuelo, un tiempo que controlaba el movimiento del sol y el paso de los días, un tiempo sin pasado y sin presente, un tiempo de semillas y siembras, de nacimientos y funerales, el tiempo monótonamente inalterable del

pueblo. Paola, sin percibirlo, se sentó en su regazo y se dejó llevar, abandonando durante unos días sus pensamientos.

Paca se aburría. Paola y Amalia se habían marchado y ella y Julia trabajaban a un ritmo lento, bochornoso como los días. Doña Matilde se pasaba las horas en la cocina abanicándose, robando bocanadas de oxígeno a la siempre entornada ventana y secándose el sudor, que hacía brillar su piel. Julián permanecía buena parte del tiempo junto a ella, con su sempiterno vaso de vino y sus silencios. Manuelín se prodigaba poco por la casa, solía aparecer a mediodía para comer y después, en el mejor de los casos, ya no se le veía hasta la hora de cenar. Seguía rodeándose de hombres con ideas revolucionarias cuya sola mención daba escalofríos al ama, quien no podía dejar de pensar que los ricos siempre serían ricos y los pobres siempre serían pobres, pesase a quien pesase, y que buscar cambios era complicarse demasiado la vida. El muchacho a veces trataba de dar sus razonamientos, intentaba explicar que todos los seres humanos eran iguales, libres y que tenían unos derechos, pero sus discursos cargados de un evidente toque panfletario no eran respaldados por nadie más que por el interés impostado de Paca. Julián miraba a su hijo preocupado, el germen de aquellas palabras lo había puesto él, y ahora se arrepentía, porque una cosa era hablar y otra muy distinta actuar, y últimamente se estaba pasando a la acción. Se preguntaba si Manuelín podría quedarse en la filosofía o iría más allá.

Paca, sin embargo, le escuchaba ensimismada, asintiendo a sus razonamientos como si los entendiera, como si compartiera aquellas ideas que realmente no tenían el más mínimo sentido en su mente. Le daba igual que hablara de derechos o de educación, ella asentía sonriendo con gesto bobalicón, y cuando definitivamente el muchacho terminaba su discurso, ella ponía cara de estar de acuerdo.

— ¡Qué bien hablas y qué razón tienes! —solía decir.

Julián la miraba con ojos furibundos sin entender a dónde quería ir a parar esa mujer. Lo último que necesitaba era que alguien cercano arengara a los ejércitos de sus proyectos, de sus ilusiones, de sus convicciones. Y no es que a su hijo le faltara razón, sino que la experiencia le decía a aquel hombre curtido por la vida, que la fuerza, el poder y el dinero tenían las batallas ganadas y Manuelín no poseía ninguna de aquellas tres cosas. En realidad, Paca tenía bastante claro el juego que se traía entre manos, nada le interesaban la economía o los derechos, ella solo pretendía hacerse nuevamente visible para ganarse su confianza y colocarlo en su bando, frente al de Paola, a la que no podía olvidar, aunque estuviera lejos. O quizás precisamente porque estaba lejos, feliz, disfrutando de un cariño que ella nunca podría saborear y que su envidia esbozaba en el lienzo de su imaginación como la dicha absoluta.

—A veces la violencia es un mal necesario si se quiere que haya una verdadera revolución que nos haga a todos iguales —decía en tono solemne.

—¡No digas sandeces! —lo reprendía su padre—, la violencia solo crea más violencia, nunca es una solución.

—Tú ya estás alienado, el poder del capitalismo en nuestra sociedad es una enfermedad, y tú ya te has contagiado. ¿Qué queda de aquellos días en los que me hablabas de la libertad de los

hombres?

—La libertad no se gana con violencia, pero…

—Pero sí te la arrebatan con violencia.

El tono iba subiendo y las palabras se iban entrelazando en un mundo en el que la realidad se mezclaba con los sentimientos que siempre se habían mantenido agazapados; tras las palabras rimbombantes que hablaban de capitalismo, de supeditación del poder político al poder religioso, de alienación y trabajadores, subyacía un trasfondo mucho más doloroso, más real, más cercano, subyacía la frustración del amor, el desengaño de la vida, el cansancio de las pérdidas, la derrota de la soledad. Cuando no somos capaces de arreglar nuestra habitación, tratamos de arreglar el mundo, se notarán menos los fracasos y no serán tan dolorosos. La habitación de Manuelín y la de su padre eran un puro caos y perderse en esas conversaciones, si bien no ordenaba nada, les obligaba a mantenerse fuera y solo entrar a dormir.

Al final Manuelín se levantaba enfurecido, mirando a su padre como si no le conociera, como si se hubiera transformado en un cobarde que saliera huyendo de una batalla, y se iba. Eran esos momentos los que aprovechaba Paca para darle su apoyo, para ponerle una mano en el hombro y confesarle que ella estaba de acuerdo con él.

Paola volvió del pueblo el domingo siguiente, traía la piel dorada y los ojos brillantes, el corazón atragantado de emociones y ya echaba de menos a su familia con la misma intensidad con la que había pensado en Adrián toda la semana. Su amor estaba dividido y era tan intenso que podía pasar de la felicidad al llanto en cuestión de segundos. Carmen ya sabía de Adrián, ya sabía de su noviazgo, Paola había contestado a todas las preguntas que había querido hacer, había contado su historia, y Carmen había descubierto en los ojos de su hija y en sus palabras el amor que sentía.

—Formalidad, Paola, formalidad —había recomendado su madre mientras recorrían el camino de vuelta a la carretera—, los hombres son muy impacientes y para eso tienes que estar tú, para poner los límites. Si te quiere, sabrá esperar.

Paola asentía sin comprender completamente las palabras de su madre, lo de esperar se diluía en sus sentimientos como una barrera infranqueable más allá de la cual no se debía ir, el problema era que ella nunca había caminado por ese sendero y apenas conocía más que las palabras a medias que iba captando aquí y allá.

—En esta vida hay tiempo para todo, las cosas se deben hacer a su tiempo y cuando os caséis ya tendréis la bendición de Dios.

—Madre, apenas nos conocemos de unos meses y ya me está hablando de boda.

Carmen había mirado a su hija con detenimiento y se dio cuenta de que se había convertido en una mujer, una mujer que durante más de dos años se había tenido que solventar la vida sin ayuda de nadie, una mujer que trabajaba, que había aprendido a coser, que viajaba sola hasta Madrid, que había encontrado un hombre al que querer. Manuel esta vez sí que acudió a despedirla, había escuchado con fingido desentendimiento la conversación de las mujeres sin

perder un detalle, y al igual que Carmen era consciente de cómo había cambiado Paola. Llevaba puesta la camisola nueva que ella había cosido, la mostraba con orgullo y a todo el que le preguntaba le contaba que su hermana se la había regalado. Habían compartido confidencias como antaño, habían repasado las vidas de todos aquellos que aún seguían en el pueblo, se habían reído de las anécdotas de sus vidas en la distancia, seguían siendo cómplices. Paola le habló de Adrián al atardecer, tumbados los dos en el suelo, cerca de la cruz donde tantos momentos habían compartido, abrió su corazón y le habló de sus inmensos ojos azules, de la suavidad de sus palabras, de su apoyo, del sabor que tenían sus labios… Manuel también le regaló su confianza y contó lo que aún no sabían sus padres, la magia que rodeaba el pelo dorado de una moza de un pueblo vecino, sus encuentros furtivos, sus besos. Fue entonces cuando la muchacha alargó su mano y tomó la de su hermano en un intento por congelar aquel instante y grabarlo en su memoria.

—¿Te acuerdas lo que me dijiste cuando me fui? —Paola se perdía siguiendo unas nubes blancas que se deshacían en madejas de lana.

—¿Lo de que iría a por ti?

—Sí.

—Claro, y lo mismo te diré cuando te vayas. Si me necesitas recorreré lo que haga falta para ir a buscarte. Nunca permitiré que nadie te haga daño, ni el Adrián ese por quién andas suspirando. La primera vez que me lo eche a la cara ya tendré con él unas palabras —Manuel se volvió con una espiga en la boca y observó la cara sorprendida de su hermana.

—No lo harás.

—Sí, sí que lo haré. Pero no te preocupes, entre hombres hacen falta pocas palabras. Solo quiero que sepa que no estás sola, aunque vivas en la ciudad, no estás sola.

—Pues no te lo presentaré —Paola le quitó la espiga de los labios y puso gesto de enfado.

—Pues muy bien —Manuel sonreía divertido, en algunas cosas su hermana seguía siendo la misma, tenía un toque de ingenuidad que la volvía encantadora.

—Me ha ayudado mucho pensar que vendrías a por mí, me ha ayudado a no sentirme sola, ha sido como ese líquido de miel que madre nos daba cuando nos dolía la garganta. Me tranquilizaba.

—Bueno, ahora, como tienes novio, ya no querrás que vaya a por ti —un regusto de celos se había posado en sus labios, haciendo sus palabras demasiado evidentes.

—Bobo.

—Encima me insultas.

—Bobo, más que bobo.

—Ya está bien, ¿no?

—Para mí nada ha cambiado, sigo necesitando saber que vendrás a por mí.

—Eso está hecho.

La semana pasó volando. Los silencios muchas veces hablan más que cualquier sonido, compartir la nada es casi tan importante como compartir la plenitud, pero más difícil. Manuel caminaba a su lado, rozando su mano de vez en cuando, sin pronunciar una palabra, sin embargo, Paola sabía que estaba ahí, consciente de su sensación de vacío, de la huella de añoranza que empezaba a formarse en su interior.

Su padre llegó más tarde con Lucía y José, que corrían delante de Marcial como los perritos incansables que hacen mil trayectos. Cuando llegó el autobús, toda la familia se arracimó alrededor de Paola, que sintió un nudo en su alma, intentando por todos los medios que no asomara el llanto, pues no había sido invitado a esa fiesta. Besó a los pequeños, abrazó a su padre, que la sonrió; abrazó a Manuel, que le susurró al oído: “Iré”. Y por último se aferró a su madre para aspirar antes de irse su aroma y poder guardarlo en algún rincón recóndito de su olfato, de donde pudiera rescatarlo en sus sueños.

Entonces el vehículo se puso en marcha y sintió un hueco tan profundo en su corazón que creyó que al precipitarse por él moriría de pena. No sabía que, en su fondo, con los brazos abiertos, esperaba la inmensidad del azul para rescatarla, para acunarla, para devolverle la respiración. Mientras caía en la melancolía, una lágrima temeraria se despeñó más allá de su universo, inconsciente por completo, y se estrelló en su mano, recordándola que lloraba.

Madrid se ahogaba de calor cuando llegó. La vislumbró a lo lejos como un inmenso animal acostado sobre su vientre, las primeras casas, las primeras calles, los primeros transeúntes. Ya no tenía miedo a aquella ciudad, no le era desconocida, había aprendido a no despertarla, a no provocar su mal humor ni su ceguera. Sabía dónde tenía que ir y eso la relajaba. Atrás habían quedado los campos que la habían visto nacer, su familia, sus vecinos, atrás habían quedado los restos de su tristeza, su pozo oscuro, porque la impaciencia por ver a Adrián empezaba a quemar su respiración y la proximidad del reencuentro llenaba de felicidad su ser.

Los seres humanos somos muy volubles, contradictorios, incomprensibles… Adrián hacía media hora que la esperaba, apoyado en una columna con ese gesto tan suyo de doblar una rodilla para apoyarse en la pared, fumaba un cigarro que segundos antes había liado con parsimonia. Estaba impaciente. Estaba ansioso. Estaba alegre. Vio cómo se acercaba el vehículo , disminuyendo su velocidad a medida que entraba en la estación. Ese autobús traía su vida. El motor se paró definitivamente y los pasajeros empezaron a descender ordenadamente, como un ave que expulsa miles de huevos multicolores. El muchacho se irguió y buscó con los ojos a Paola. Pronto la vio arrastrar su petate por las escalerillas para posarlo en el suelo. Adrián apagó el cigarro y salió corriendo mientras levantaba una mano con la esperanza de que entre aquel maremágnum de reencuentros Paola se fijara en él. Ella lo vio y sonrió, su corazón se desbocaba y el sabor de unos labios que quedaron colgados de su boca como un regalo volvió con toda la intensidad a su recuerdo. No tuvo tiempo de pensar más, ya Adrián la envolvía en sus brazos, y en un instante ese recuerdo desconocido se tornó real y el sabor granate lo inundó todo.

Paca estaba cada vez más cerca de Manuelín, lentamente iba derribando las barreras que el muchacho había construido contra su persona en la época en la que solo veía por los ojos de Paola. En secreto, incluso empezó a compartir sus proyectos, a encubrirlo delante de su padre, a hacer pequeños recados para su célula.

Los grupos anarquistas y su sindicato eran perseguidos por el gobierno de Primo de Rivera, sus actividades eran ilegales, pero parecía que aquellos dos no le dieran la menor importancia. Paola miraba a su amigo sin comprender nada, no llegaba a entender esas absurdas ideas que habían pasado de simples comentarios al eje de su vida, le resultaban inauditas las confidencias con Paca, sus secretos, sus conversaciones, el apoyo incondicional que ésta le demostraba. Ella ya no existía para él, hecho que dejaba patente cada día, en cada comida, en cada silencio. Simplemente un saludo, una petición de sal o agua en la mesa y la más absoluta indiferencia.

Las ausencias, de tanto doler, dejan de sentirse. Al principio un poso de amargura se mantenía como una constante dolorosa en el corazón de Paola, pero con el paso de los días y la frialdad de Manuelín, la situación se normalizó de tal manera que la muchacha terminó haciéndose invisible en la casa. Su universo se iba creando alrededor de su novio, de sus planes, de sus paseos, de sus detalles. Porque Adrián la colmaba de pequeños detalles que ponían en su vida distintos colores en el aire.

Pasó a ser su confidente, su amigo, el hombre a quien amaba, la persona que era su ancla, su punto de referencia, el puerto al que siempre quería arribar. Pero nunca hay mal que por bien no venga y Paca estaba tan implicada con las actividades de Manuelín que había dejado a un lado su inquina hacia Paola. Ni siquiera la miraba, ni se preocupaba por ella, ni la humillaba, ni la despreciaba, simplemente se había subido al carro de la indiferencia del muchacho, lo que para ella era una bendición o eso creía en su ingenuidad, pues Paca nunca olvidaba, aunque había aprendido que la venganza no tiene que tener prisa.

Un día, a la hora de comer, Manuelín llegó alterado. Cuando entró en la cocina, su padre levantó la vista y un fogonazo de intranquilidad pasó por sus ojos, se puso en pie inmediatamente y le dijo que tenía que hablar con él. Manuelín intentó zafarse, pero Julián era un hombre que tenía un punto de autoridad que difícilmente se podía pasar por alto y el chico no tuvo más remedio que doblegarse a sus deseos y seguirle por el pasillo rumbo a su habitación. En la cocina se hizo un silencio sepulcral.

El Gobierno del General Primo de Rivera había reformado en 1928 el artículo 53 del Estatuto Universitario, lo que significaba que se reconocía el derecho de las universidades privadas de la Iglesia a emitir titulaciones oficiales a sus alumnos, lo que conmocionó tanto a los profesores como a los alumnos de las universidades públicas, que hasta entonces tenían ese derecho. Por ello se celebró una asamblea en Madrid y se amenazó con una huelga general a nivel estatal si no se suspendía esa reforma. El sindicato de estudiantes fue aún más allá y añadió la petición de una mayor representación estudiantil en el Patronato del Gobierno de la Universidad. Ante la negativa a hacer concesiones, el 7 de marzo de 1929 fue convocada la huelga y siete días después se detuvo a un gran número de dirigentes del FUE, se cerraron universidades y el conflicto fue tomando un cariz político. El uno de abril era evidente que la huelga era un éxito, por lo que el Gobierno decidió tomar represalias contundentes contra los estudiantes para aplastar el movimiento. Al final los alumnos volvieron a las aulas, pero

decididos a llevar a cabo más movilizaciones.

Manuelín no era estudiante universitario, apenas había ido al colegio y parecía imposible que su causa de igualdades y justicias tuviera algo que ver con el mundo de unos estudiantes que provenían de clases adineradas y cuyas inquietudes eran tan dispares. Pero lo cierto es que tenían un punto de conexión —nada hay que una tanto las voluntades como un fin común— y en este caso era acabar con la dictadura. Las voces que se alzaban contra Primo de Rivera y contra el Rey eran cada vez más numerosas y Manuelín había participado activamente en aquellos días de huelga. Ahora era época de pasar factura, eran los momentos en los que la policía investigaba, en los que se luchaba por sacar de la cárcel a los detenidos, en los que los nombres iban de mano en mano y nuca se sabía dónde terminaría su alocada carrera.

Un amigo que había tenido cierta camaradería con los estudiantes en aquellos días le dio el soplo. Su familia era influyente, tenía acceso a expedientes. El nombre de Manuelín estaba en uno, por eso le aconsejó que desapareciera durante una temporada. Después llegó el miedo. La adrenalina nos protege, pero no es eterna. La posibilidad de que le hubieran detenido por las calles en esos días de lucha formaba parte del riesgo, era una opción con la que contaba, pero ahora, pasados algunos meses, las cosas se veían desde otra perspectiva.

Julián le interrogó con la mirada, de su boca no salió nada, simplemente se sentó en una silla de su habitación y esperó. El muchacho supo que no tenía escapatoria, que a su padre no le hacía falta más que mirarle para comprender que estaba metido en un problema. Así que empezó a hablar. Al principio trató de imprimir a su relato un tono político, ausente, como si fuera un hecho consumado y evidente el que él estuviera en aquellas calles, en aquellos días.

—Déjate de politiqueos y frases floridas —le recriminó su padre de mal humor.

Así que se bajó del pedestal, abandonó los disimulos, tan inútiles con aquel que le había visto crecer, dejó a un lado el coraje que no sentía y las justificaciones que ya no servían de nada y, como un niño, expuso sus temores, el miedo que le producía la policía, las detenciones y la cárcel. Julián le escuchaba hablar, libre de esa capa disonante que le perseguía últimamente, lejos de esa altivez impostada, fuera de tanto juicio de valor, y volvía a reconocer a su hijo y de nuevo se sentía en la obligación de protegerlo, de ayudarlo y, cómo no, de reprenderlo.

—Tenemos que hablar con todos —comenzó diciendo, mientras se levantaba de la silla y movía las manos con nerviosismo—, hay que explicar la situación por si se presenta aquí la policía. Si alguien se va de la lengua eres carne de presidio. ¿En qué estabas pensando? Ya te dije que esas compañías y tanto hablar de revolución y de violencia no iban a traerte nada bueno. Y aquí está la respuesta. ¿Crees que tu amigo, ese que te ha dado el soplo, tiene algún problema? Te contestaré yo. ¡No! Su papá, envuelto en influencias, poder y dinero ya se habrá encargado de que el nombre de su hijo no aparezca por ninguna parte. Eres un ingenuo si te tragas toda esa bazofia de igualdad y derechos, podrá cambiar quien esté arriba, pero siempre habrá quien esté ahí, métetelo de una vez en la cabeza.

Manuelín escuchaba en silencio las palabras de su padre, comprendía lo que decía, entendía la frustración de trabajar sin horarios, en casa ajena, sin futuro, sin perspectiva, siempre atento a los deseos de otro, a las necesidades de otro, a las órdenes de otro. Era consciente del desgaste

que suponía no haber modificado su situación ni un ápice en tantos años, con tantos días todos iguales, conduciendo un coche que no era suyo, arreglando una casa que no era suya, pasando los momentos en blanco frente a un vaso de vino en silencio junto a doña Matilde, otro punto blanco en su vida.

Ese era el problema, su padre estaba derrotado, desgastado, su padre se estaba quedando estampado en la cocina de aquella casa como un punto blanco más. Pero él no quería dejar que su vida pasara como apéndice de otra. Sin embargo, ese no era el problema ni el momento de iniciar una batalla dialéctica que a ningún sitio les conduciría, era hora de solucionar un problema, un grave problema, además.

Salieron hacia la cocina, donde terminaban de recoger todas las muchachas y donde doña Matilde, sentada en una silla junto a la ventana, miraba al infinito de la pared del patio distraída, con gesto de preocupación.

—¿Tenéis un momento? Debo comentar algo con vosotras y pediros un favor —la voz de Manuel sonaba a hueco, a tempestad, a cansancio.

Doña Matilde asintió y mandó a todo el mundo a sentarse alrededor de la mesa.

—Sé breve —comentó—, tenemos que seguir con las tareas. Di lo más importante y esta noche, después de la cena, comentamos lo que haga falta comentar. Pero sabes, Julián, que por mi parte haré lo que esté en mi mano, sea lo que sea lo que me pidas.

El hombre lanzó una mirada de agradecimiento al ama, que se vio respaldada por una tímida sonrisa de Manuelín. Después se sentaron ambos hombres y Julián, con palabras concisas, expuso la situación y pidió a aquellas mujeres que mintieran por su hijo si se daba el caso de que viniera la policía.

—No hace falta que digáis nada ahora —dijo mirándolas una a una—. Pensadlo durante la tarde y esta noche, después de la cena, hablamos sobre el asunto, ¿de acuerdo?

El muchacho, con un gesto indescifrable, seguía las palabras de su padre mientras miraba con insistencia a Paola. Al principio esta, acostumbrada al desinterés que provocaba en los demás, no se había dado cuenta, pero la obstinación de esos ojos acabó por obligarla a girar la vista hacia él. Sus miradas se cruzaron y la muchacha supo leer en su mente, Manuelín se preguntaba si Paola le respaldaría, temía que su comportamiento, su abandono, su desapego, llevaran a la que había sido su amiga por el camino de la venganza.

—¿Tú entiendes qué nos pide exactamente Julián? —Amalia dejó de colocar los platos un instante y se irguió buscando la mirada de Paca.

—¡Claro!, quiere que si viene la policía todas digamos que el chico apenas si sale de casa, que llega de trabajar todos los días pronto, que nunca le hemos oído hablar de política… todas esas cosas.

—Me lo imaginaba. ¿Y tú que vas a hacer? —Tenía cierto temor en los ojos.

—Mentir, ¡mira ésta! ¿Tú no? Pues te digo una cosa, o nos ponemos todos de acuerdo o se nos cae el pelo.

—¿Y si una se chiva?

—¿Lo dices por Pau?

Amalia asintió un poco avergonzada de parecer tan pusilánime delante de su compañera.

—No creo que esa tenga redaños para enfrentarse a todos.

—¿Y si le detienen por la calle?

—Amalia, no seas gallina, no hace falta dar tantas vueltas a las cosas. Simplemente nos piden que si viene la policía digamos que es un muchacho ejemplar, si le detienen en la calle o el trabajo ya no podemos hacer nada. Preocuparnos por él, en todo caso.

El entrechocar de los cubiertos con la porcelana de los platos era el único sonido que se escuchó durante la cena hasta que, cuando el cesto con las manzanas se puso en mitad de la mesa, Julián tomó la palabra.

—Creo que es el momento de saber qué pensáis —dijo.

Doña Matilde lo miró con preocupación y un asomo de lástima. Alargó la mano y le tocó el brazo.

—Sabes que por mi parte no hay ningún problema, quiero a tu hijo como si fuera mío y diré lo que tenga que decir. Eso sí —y se dirigió a Manuelín, que se miraba con obcecación las manos, colocadas sobre la mesa—, que sea la última vez que andas con todos esos, que luego mira cómo te ves.

Manuelín levantó la vista con gesto de fastidio. Aquello era idea de su padre, él no había pedido nada a nadie, de hecho, la situación le resultaba bastante incómoda, se le asemejaba a un juicio en el que había sido condenado y se estaba buscando la mejor salida. No tenía ninguna intención de dejar a un lado la lucha, sabía que el futuro del país estaba en la revolución, en los cambios, en personas que como él estaban dispuestas a plantar cara.

—Ama, no pienso dejar a mis camaradas en la estacada. De momento tengo que ser prudente hasta que la fiebre de la represión se pase, pero no me pida que abandone mis ideas, porque no lo haré.

Doña Matilde lo miró sorprendida, no esperaba aquella respuesta tan fuera de lugar y tan injusta. No eran sus amigotes quienes iban a dar la cara por él. Estaba a punto de darle una contestación airada, recriminándole esas palabras, cuando, contra todo pronóstico, Paola se adelantó.

—Cuentas con mi apoyo —fue su escueta aseveración. Después pareció desentenderse de todo lo que allí se decía. No era quien para enjuiciar nada, además hacía demasiado tiempo que

se sentía lejos de casi todos los que allí se reunieron.

—Sabes que yo te defenderé frente a lo que haga falta —se oyó la voz de Paca, con un deje de frustración por no haber sido la primera.

Amalia y Julia también asintieron sin demasiada convicción, arrastradas por las circunstancias y rezando porque los guardias no hicieran acto de presencia en ningún momento.

Doña Matilde sentía la amargura en sus labios, pero un gesto de Julián le indicó que dejara pasar el tiempo, que no era el momento adecuado para iniciar una guerra que acabaría añadiendo un problema más a los que ya tenían. Ella comprendió lo que quería decir su amigo y calló. La sobremesa se deshizo en pocos minutos, se recogieron los últimos restos de la cena y poco a poco todos, excepto Manuelín y Paca, se dieron las buenas noches y salieron hacia sus respectivos dormitorios. En la cocina, los dos jóvenes se mantenían en silencio. El muchacho, molesto por la escena que acababa de vivir, la muchacha, intentando buscar una excusa para iniciar la conversación.

—Al parecer no tienes de qué preocuparte —Paca se levantó para sentarse en la silla contigua a la de su amigo.

Él la miró sin comprender.

—Quiero decir que estamos todos de acuerdo en que eres un chico estupendo que nunca ha roto un plato.

Manuelín compuso una risa amarga.

—No he pedido nada de esto. Tengo que ser consecuente con lo que hago. Preferiría no haber metido a nadie en mis problemas. Pero mi padre me sigue considerando un niño, él escucha, decide y actúa —se sujetó la cara con las manos.

—Tu padre solo quiere lo mejor para ti, no se lo tengas en cuenta. Sabes que yo entiendo esa lucha, que estoy contigo, que puedes pedirme lo que quieras.

—Si vienen a por mí no hay nada que hacer —continuó como si no hubiera escuchado las palabras de Paca—. Todo este circo que mi padre ha montado no sirve de nada. La policía, primero arresta y luego pregunta. Él se cree que esto es un fortín, pero solo es una casa. Y ahora estáis metidos todos en esta mierda.

—Al menos sabes que puedes contar con nosotros, ¿no? Yo me sentiría bien si me apoyaran. Hasta la Pau de las narices no ha dicho ni pio.

Manuelín miró a Paca con intensidad. Sus últimas palabras acababan de arañarle el alma como un rastrillo. Pau seguía siendo Pau, ni narices ni nada, su retirada no quería decir que no la quisiera, que no se preocupara por ella, su retirada quería decir que ya no tenía lugar en aquella vida que se había colmado con otro.

—¿Qué esperabas? —la interrogó con gesto desafiante.

—Creo que en algún momento tú también te has preguntado qué haría ella.

—Nunca tuve dudas —mintió.

—Entonces, perdona que me haya preocupado por ti —las palabras de Paca sonaron dolidas, acababa de descubrir que Manuelín no había olvidado a aquella zorra, tampoco ella lo había hecho, pero por otros motivos. Decidió que tendría que cambiar de táctica.

—Yo ya no tengo nada contra Pau, ella vive su vida y yo la mía —se excusó—. Así que me he alegrado de que todos estuviéramos de acuerdo.

Manuelín se levantó de la silla y la colocó con cuidado debajo de la mesa, no le apetecía en absoluto escuchar los parloteos de aquella mujer, siempre tenía la sensación de que sus palabras tenían un fin que él no era capaz de conocer.

—Me voy a ir a la cama —dijo con aire mecánico—, buenas noches.

—Buenas noches —contestó Paca, pero no se movió de su asiento.

Manuelín salió de la cocina y Paca escuchó la puerta de su cuarto al cerrarse. El primer intento de acercarse a los sentimientos del muchacho había sido un fracaso. De las palabras que se habían dicho había descubierto dos cosas, la primera es que aún no se fiaba de ella, la segunda, que su sentimiento por Paola seguía tan vivo como el primer día. Tal vez era hora de aprovecharlo.

El verano se acababa. El otoño hacía cada vez más guiños a la gran ciudad, mañanas que iban refrescando, las primeras hojas que tapizaban el suelo y el calor, que dejaba de ser insoportable. Durante todo el día se había trabajado a destajo, el sábado se celebraría una de esas cenas que organizaba doña Hortensia para los amigos de su marido y que llevaban una preparación tan costosa que todo el servicio se ponía a temblar cuando el ama llegaba con la noticia y el gesto torcido. Los golpes en la puerta de servicio sonaron con tal violencia que todos los habitantes de la casa se sobresaltaron. Doña Matilde se apresuró por el pasillo, presintiendo que algo malo acababa de ocurrir.

—¡Lo han detenido, Matilde, lo han detenido! —dijo Julián cuando el ama abrió la puerta.

Doña Matilde hizo ademán de abrir la boca para decir algo, pero una taquicardia inoportuna le robó el resuello. Se apoyó en la pared y por un instante pensó que se derrumbaría. Amalia y Paola, que se encontraban justo detrás de la mujer, sostuvieron con dificultad su pesado cuerpo, mientras Paca iba a la cocina a por un vaso de agua. Poco a poco doña Matilde, que se había convertido en un muro infranqueable que impedía a Julián pasar, fue recobrando el color y la respiración. Lentamente llegó a la cocina y se sentó.

—Pero ¿cómo ha sido? —preguntó el ama con voz aún entrecortada.

—Estaban esperándole en el portal, me lo acaba de contar Matías. Se han identificado y han preguntado que a qué hora llegaba. Después se han quedado en la puerta y cuando iba a entrar se lo han llevado a la comisaría —la voz de Manuel se quebraba con cada sílaba— ¿Está el señor en

casa?

—Sí —contestó Matilde extrañada—, hace unos minutos le he servido un coñac en su despacho.

—Voy a hablar con él. Tiene influencias, conoce a mucha gente importante, sabrá qué hacer.

Paola estaba bloqueada, se sentía sumergida en un océano desde donde veía todo desdibujado, amorfo, el mundo se volvía opaco en su lejanía y una sensación permanente de ahogo la perturbaba. Era la sensación de la impotencia. Su amigo arrestado, en los calabozos, solo. Se hablaba mucho de los interrogatorios, de cómo trataban los guardias a los presos, sobre todo a los de izquierdas, peor a los anarquistas o ¿era a los comunistas? La muchacha hacía verdaderos esfuerzos por recordar qué era peor, en qué conversación había oído qué cosa, pero todo era inútil. No entendía de política ni de partidos ni de libertades ni de revoluciones. Lo único que era comprensible para su mente era que él estaba en graves apuros, a juzgar por la cara de su padre.

Julián se levantó, tomó un vaso y lo llenó de vino. Después se lo bebió de un trago y salió por el pasillo hacia el despacho de don Alejandro. Odiaba pedir favores, pero en este caso no había más remedio. Cuando golpeó la puerta con los nudillos aún no sabía qué iba a decir.

Doña Matilde se quedó en la cocina, sentada, con los brazos recogiéndose el regazo, a la espera de noticias, a la espera de que Julián volviera y dijera qué tenían que hacer, a la espera de su niño, que solo sabía Dios lo que estaría sufriendo, a la espera de poder terminar con aquella pesadilla, a la espera de que la vida volviera a colocarse en su lugar. Se sentía abatida, inútil, cansada.

Manuelín volvió a casa por la noche. Todos estaban alrededor de la mesa y al oír las llaves en la puerta de servicio su padre dio un brinco y salió a toda velocidad por el pasillo. El muchacho llegaba cansado y hambriento, estaba serio, apenas hablaba y de mala gana contestaba con monosílabos al aluvión de preguntas que le hacía su progenitor. En realidad, Manuelín no era nadie, no sabía nada y hacía muy poco tiempo que se había juntado con los jóvenes anarquistas para que la policía lo considerara de interés. Alguien se había ido de la lengua, y simplemente se trataba de comprobar cuál era su grado de implicación en las actividades políticas de esos grupos radicales. Don Alejandro se había puesto en contacto con un par de amigos y nadie descartaba que el padre del amigo que le dio el soplo hubiera hecho otro tanto. Lo cierto es que en comisaría le tuvieron una hora de interrogatorio: que dónde estabas, que con quién te juntas, que si la manifestación, que si conoces a fulanito y a zutanito… y al final lo soltaron, advirtiéndole de que se anduviera con cuidado y cambiara de compañías.

Manuelín, por su parte, se sintió humillado. El trato que recibió, si no podía describirse como violento, rayaba la intimidación, la burla, el sentirse desnudo por primera vez ante aquellos uniformes que había empezado a odiar. Sintió el amargo sabor del poder en manos de otros y no se perdonaba los accesos de pánico que había sufrido durante la espera.

—Deja al chico respirar, Julián —salió el ama en defensa del muchacho—. Te voy a preparar algo, que estarás desfallecido.

—No se moleste, un vaso de leche caliente y pan, lo único que de verdad quiero es meterme en la cama.

Aquella cena era el ancla en su realidad, la constatación de que su mundo seguía en el mismo lugar. Desde muy pequeño, siempre que algo le preocupaba, siempre que se sentía mal por algún motivo, tomaba pan empapuzado en leche caliente con azúcar, como el bebé que se chupa el dedo o el que acaricia una almohada antes de dormirse. Doña Matilde sintió un acceso de ternura mientras ponía el puchero a calentar y buscaba el pan en la bolsa que había detrás de la puerta.

—Esta vez te has librado. Don Alejandro nos ha echado un cable, pero me ha dejado muy claro que no quiere nada de política en su casa y menos aún que tenga que ver con esos descerebrados anarquistas. Espero que nada de esto se vuelva a repetir, porque esta es la única casa de la que disponemos para vivir.

El semblante de Julián no dejaba lugar a dudas. Su hijo quería decirle algo, explicarle que agradecía la ayuda a don Alejandro, pero que no podía pedirle a cambio que dejara de pensar, no podía pedirle a cambio que siguiera los pasos de su padre tras otro hombre como él, no podía tomar las riendas de una vida que no era la suya y dictar las normas como si estuviera por encima de todo. Pero estaba agotado, los ojos y los silencios de todas las personas que poblaban su universo estaban allí, expectantes, pendientes de sus palabras y sus gestos y él, en cambio, solo deseaba dormir.

—¿Me estás escuchando? —insistió Julián.

—Sí padre, te escucho, pero ahora mismo solo quiero tomarme la leche e irme a la cama. Mañana será otro día y podremos hablar de lo que quiera.

Doña Matilde miró al padre y le hizo un gesto muy elocuente, que le impelía a dejarle tranquilo.

—De acuerdo, hijo, pero no sabes el disgusto que me he llevado.

Manuelín levantó la vista del vaso que acababa de colocarle delante el ama, dejando de soplar por un instante, y observó el semblante agotado de aquel hombre, que solo velaba por su bien.

—Esté usted tranquilo, padre, me sé cuidar.

Todo quedó en suspenso en aquel momento. Como si una cámara se alejara de la escena, las voluntades fueron escapándose de la cocina y un fundido al negro envolvió con su halo los corazones y las palabras.

Manuelín siguió con sus actividades, pero lo hizo de manera clandestina, teniendo mucho cuidado de mantener las formas delante de su padre y de doña Matilde, que asistían satisfechos a los cambios. Paca, sin embargo, conocía los trajines de su compañero, que había tomado una posición de mayor responsabilidad entre sus camaradas y que ya no se movía como el tipo

alocado que tenía algo que olvidar.

La idea de la venganza le sobrevino de repente, una imagen se grabó en su retina y desde ahí se fue desarrollando en su cerebro y se convirtió en posibilidad.

Era domingo y Paola acababa de volver de su cita dominical con Adrián. Últimamente era como un pequeño fantasma por la casa, apenas hablaba, se ensimismaba en su trabajo y en sus momentos de ocio siempre encontraba algo que hacer, sentada en sus escaleras. La única persona a la que tenía apego era a doña Matilde, pero ésta siempre estaba muy ocupada, muy rodeada, muy centrada en Manuelín, y sacaba poco tiempo para ella. Paola no se lo recriminaba, se había hecho a la idea de avanzar por los días con un único fin, salir el domingo con su novio y llenarse de esos instantes para vivir el resto de la semana. Pero aquella tarde volvió más pronto de lo normal, no se sentía bien y quería meterse en la cama y descansar. Doña Matilde ni siquiera la sintió llegar y solo Paca, que en esos momentos estaba en el cuarto, la vio. Observó cómo se desvestía, cómo doblaba la ropa y se ponía un camisón. En el brazo tenía un racimo de pequeños cardenales de algún golpe reciente, como si alguien la hubiera cogido con fuerza del brazo, y ese pensamiento se quedó rebotando por su cerebro sin rumbo fijo, pero con la extraña certeza de conformar un esbozo de proyecto.

A la hora de la cena el ama pensó que Paola no había llegado. Sin levantar la cabeza Paca informó a doña Matilde.

—Esa llevaba en su cuarto más de dos horas.

El ama se extrañó.

—¿Se encuentra mal?

—¿A mí que me dice? Sabe que nosotras no nos tratamos.

Decidió acercarse a la habitación y comprobar con sus ojos qué pasaba. Llamó con los nudillos antes de entrar, pero nadie contestó, temiendo que aquello fuera una de las estúpidas bromas de Paca, abrió la puerta y allí se encontró a la muchacha dormida. Sin hacer ruido salió de la habitación y volvió a la cocina. Nadie preguntó nada y la cena se desarrolló como cualquier otra, con un Manuelín que trataba de resultar gracioso, aunque en el fondo de su corazón le comía la intranquilidad por saber cómo se encontraba su antigua amiga. Cuando ya todos se fueron a la cama y se quedó solo con Paca, no pudo por menos que preguntar.

—¿Cómo sabías que Pau ya estaba en casa?

Aquel era el momento.

—La vi entrar en el cuarto esta tarde mientras guardaba la ropa.

—¿Y no le preguntaste nada?

Paca puso cara de fastidio como si aquella conversación le resultara molesta.

—Parece mentira que me hagas esa pregunta. Esa y yo no nos dirigimos la palabra, a mí como si se muere.

—No digas barbaridades —Manuelín no pudo disimular su desagrado—, esas cosas no se le desean a nadie.

—Yo no le deseo nada, pero tampoco me importa lo más mínimo su vida. Va de mosquita muerta y al final se come a todos. Menos mal que el tiempo la va poniendo en su lugar. Y ahora lo del novio.

Manuelín no quería preguntar, de hecho debería no haber empezado esa conversación, pero algo en su interior era más fuerte que su voluntad y el desinterés impostado de Paca encendía su curiosidad.

—¿Qué le pasa al novio?

La criada jugaba con unas migas de pan encima de la mesa, tan concentrada en ello como si estuviera llevando a cabo un descubrimiento científico. Dejó pasar unos instantes para potenciar aún más el misterio.

—Es un sinvergüenza. Pero imagino que a ti eso te da lo mismo —su voz sonó maliciosa y el muchacho se sintió de repente atrapado. Necesitaba saber más, pero no quería que fuera aquella mujer, que disfrutaba con el mal ajeno, quien se lo contase. Sin embargo, no tenía otra salida.

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Entonces?

—Sé de alguien que lo conoce bien y sabe de qué calaña es —mintió—. A mí no me gusta cotillear, pero creo que ha encontrado la horma de su zapato. El tal Adrián es un mequetrefe mujeriego, embaucador y mentiroso, que seduce a jovencitas ignorantes, te puedes imaginar para qué.

—Ten cuidado con lo que dices, Paca, que hay muchas lenguas largas por ahí —contestó el chico malhumorado.

Ella seguía con su juego de migas sin levantar la cabeza.

—Pues ya no digo más. A mí, la verdad, es que ni me va ni me viene, pero la cara que traía hoy no era precisamente de felicidad, parecía que había estado llorando, incluso se ha tenido que lavar los churretes. ¿Por qué crees que no ha salido a cenar? Igual hasta la pega.

Ya estaba. La idea acababa de tomar forma y definitivamente se había convertido en una puñalada de maldad. Maldad para el muchacho, al que Paca odiaba en esos instantes por ser tan débil de seguir amándola; maldad para Paola, cuyo noviazgo acababa de ponerse en entredicho, y

maldad para Adrián por la calumnia que le convertía en un monstruo sin que ella supiera nada de él. A partir de ese momento lo que tuviera que pasar pasaría. No sopesó las consecuencias, tal vez todo quedara en nada y cada uno seguiría con sus penas, ignorante de las de los demás. Pero si por casualidad Manuelín decidía hablar con Paola o criticar a Adrián, sus palabras habrían alcanzado más éxito del que esperaba. Paola nunca se lo perdonaría, jamás volvería a dirigirle la palabra después de que hiciera uno de esos comentarios sobre su novio, la ruptura sería definitiva.

El azar, en cambio, tenía otros proyectos. La mecha que Paca había prendido con aquellas mentiras se debocó. Manuelín ya no habló más, no necesitaba decir nada, la ponzoña del odio lo había atrapado en sus garras y únicamente era necesario un detonante para que la frustración que arrastraba desde hacía tanto tiempo estallara sin remisión.

Paola anduvo todo el día revuelta, la menstruación había llegado cargada de esos dolores que no sabes de donde proceden, de esa tristeza que te nubla el alma, que comprendes, pero no eres capaz de controlar, de ese cansancio que no tiene origen. Siempre había conseguido que pasara desapercibido para los demás, ella se había encargado de que nadie se diera cuenta, pues lo contrario habría supuesto una vergüenza. Hasta aquel día.

A Manuelín le obsesionaban las palabras de la noche anterior. Durante toda la mañana no había podido quitarse de encima sus ecos, su princesa maltratada, y aunque no quería, su corazón no era capaz de darse por vencido sin indagar, quería observarla sin que ella fuera consciente y cuando llegó de trabajar buscó excusas para saber dónde estaba, para cruzarse con ella, para tratar de adivinar si el tormento del que hablaba Paca era verdad. En la cena la muchacha no abrió la boca, últimamente participaba poco de los temas de la mesa, se escondía en sus pensamientos y se alejaba del continuo parloteo, que cada vez la interesaba menos. Él la escrutaba a escondidas bajo la atenta y satisfecha mirada de Paca.

Al terminar ayudó a sus compañeras a recoger todo e inmediatamente dio las buenas noches y se retiró a su habitación. Doña Matilde la miró mientras salía de la cocina y pensó que poco a poco estaba perdiendo su alegría, que lentamente se iba desgajando de todos ellos, haciéndose transparente como una aparición, mimetizándose con el entorno como un camaleón que no quiere ser visto. Un rayo de culpabilidad le quemó el alma y sin decir una palabra se levantó con cierto esfuerzo de la silla y la siguió por el pasillo. Tocó con los nudillos y con un susurró la llamó.

—¿Puedo entrar, Pau?

La puerta se abrió y la criada apareció tras ella, extrañada ante la visita del ama. Por un momento temió una reprimenda por algo que no alcanzaba a comprender, pero la suavidad en el semblante de aquellos ojos castaños, la tranquilizó.

—¿Necesita algo, doña Matilde?

—No hija, no. Venía a charlar un rato contigo, hace tanto que no hablamos… con esto del niño hemos andado todos de cabeza, menos mal que parece que ya ha entrado en razón.

Paola sintió una punzada de lástima. Cuanto más se calla, más se sabe y más se observa.

Estaba segura de que Manuelín aún andaba liado con sus amigos anarquistas y también sabía que Paca lo jaleaba, aunque su intención no llegaba a comprenderla, pero los había visto cuchichear a espaldas de todos y llevar notas y papeles de un sitio a otro. La única diferencia es que ahora todo era mucho más furtivo, todo se hacía a escondidas y cuando además uno no quiere ver, es complicado quitarle la venda de los ojos. A pesar de eso, no dijo nada, aquella mujer no se merecía más dolores de los que tenía.

—Si no le importa me voy a poner el camisón y me voy a meter en la cama. No digo esto para que se vaya ¿eh?, es que ando en esos días de mujeres y me duele todo, solo quiero estar en la cama, ha sido un día duro.

Doña Matilde esbozó una sonrisa comprensiva y cómplice. Solo las mujeres conocen esas sensaciones, esos pesares absurdos.

—¡Claro, hija! Ya decía yo que andabas un poco cabizbaja.

—Supongo que todo tendrá una finalidad, pero a veces es duro esto de ser mujer —Paola compuso una sonrisa mientras se iba cambiando de espaldas al ama.

—Cuando seas madre esto cambiará, ya lo verás, los dolores y las molestias se harán mucho más pequeños.

—Eso espero.

La joven se metió en la cama y doña Matilde se sentó en una silla a su lado. En un brazo que sobresalía del camisón los pequeños moratones cogían tintes más oscuros. El ama se los miró y Paola, siguiendo el camino de su mirada, puso un gesto mohíno.

—¡Menudo golpe me di! Casi me mato.

Ante el gesto interrogante de su interlocutora siguió.

—Prométame que no me va a regañar —comenzó.

El ama asintió con benevolencia.

—Fue un accidente estúpido. Por no despertar a nadie fui a oscuras por el pasillo a beber agua y había algo en el suelo, no me pregunte qué, pero me escurrí y caí contra el taquillón del vestíbulo, clavándome el adorno de madera en el brazo, que fue lo que frenó mi caída. No aterricé en el suelo, pero me llevé este recuerdo de vuelta a la cama.

—¡Dónde tendrás la cabeza! —exclamó, y cambiando radicalmente de tema, la interrogó— ¿Y qué tal con tu novio, todo bien?

—Muy bien, doña Matilde, es una persona maravillosa, somos muy felices juntos —la cara de la muchacha resplandeció unos instantes—, siempre me da saludos para usted.

El ama volvió a su cuarto reconfortada y abrió una caja decorada con piedras rojas. Se sentó

con gesto cansado en la cama y empezó a sacar sus recuerdos. Ella también tuvo ilusiones, también amó, y también pensó que cuando tuviera un hijo las molestias de la menstruación desaparecerían. Se tumbó en la cama y rememoró su pasado.

11

Matilde siempre volvía a su piso de Madrid, a aquel que había compartido con su madre y cuyo salón estaba constantemente lleno de telas, de encajes, de hilos, donde siempre había mujeres para encargar, para que les tomaran medidas, para las pruebas. Sus recuerdos de aquellos años eran muy felices.

Su madre había sido costurera antes incluso de conocer a su padre, siempre se sintió atraída por ese mundo y los abuelos del ama no habían tenido ningún problema en pagarle un curso de corte y confección. Pronto consiguió un trabajo y cuando conoció a Santos y se casó, decidió poner el negocio en su propia casa. Después había llegado la niña, Tilde, como la llamaban todos, que había colmado de felicidad a doña Pilar. El padre de doña Matilde era un agujero negro en sus recuerdos, un punto oscuro en su corazón con tintes de culpabilidad. Había sido un viajante que pasaba más tiempo fuera de casa que en ella. Cuando la niña veía aparecer su figura esmirriada, atrapada bajo un sombrero, acarreando incansablemente su maleta, lloraba.

—¡Pero si es papá! —repetía Pilar. Sin embargo, la niña solo reconocía a un intruso que le robaba el tiempo de su madre.

En esos días Pilar se convertía en otra mujer, cuidaba mucho más su aspecto, se perfumaba con agua de rosas y posponía algunos de sus trabajos, los menos importantes, para tener tiempo para su esposo. Cuando recibía a alguna clienta de confianza cuchicheaban, soltando pequeñas risitas cómplices, que Tilde no acababa de comprender. Su padre, mientras tanto, se dedicaba a holgazanear, a dejarse querer, a pedir todo lo que, según sus palabras, a causa del trabajo, no podía disfrutar. Entonces su mujer volaba de un sitio a otro, dispuesta a satisfacer los deseos de su marido.

—¿Y qué ha hecho mi princesa mientras no estaba papá?

Santos obligaba a la niña a sentarse en sus rodillas y trataba sin éxito de camelarla.

—¡Nada! —contestaba enfurruñada Tilde, cruzando los brazos y poniendo gesto de enfado.

—Algo habrás hecho en todo este tiempo. ¿Ayudas a mamá?

—¡Nada! —volvía a contestar con cabezonería.

—Pero Tilde, papá ha venido a verte. Se va a poner triste y…

—¡Vete! —Y lo siguiente era un silencio que acababa en pucheros y, por último, en gritos y llanto cuando la niña quería zafarse de los brazos de su padre.

—No le hagas caso, cariño —decía Pilar a su compungido esposo, es que apenas te ve y no te reconoce de una vez a otra. Mientras, la niña, escondida tras las faldas de su madre, miraba a aquel usurpador ceñuda. Y es que cuando llegaba Santos, la camita de Tilde salía de la

habitación materna y pasaba a la otra, que durante los periodos de ausencia marital se dedicaba a almacén. La niña lloraba por las noches, llamando a su madre, se retorcía tratando de soltarse de los brazos que la llevaban a la cama, chillaba enrabietada.

—¡Mamá, no! Yo quiero dormir contigo, como siempre, esa habitación tiene monstruos… —decía entre lágrimas y gritos, pero Pilar se volvía inflexible esos días.

Por eso Tilde había rezado todas las noches con devoción pidiendo que aquel señor desapareciera para siempre, que nunca más volviera, que no la obligara a irse más de la habitación de su madre y no obligara a ésta a cerrar esa puerta con pestillo. Cuando por fin un día su padre desaparecía, prometiendo volver lo más pronto posible, Tilde sentía un flujo indomable de felicidad corriendo por sus venas, tanta como desdicha había en los enrojecidos ojos de doña Pilar. Pero la niña no se daba cuenta porque entonces las cosas volvían a su ser, al salón donde ella se hacía disfraces con las telas mientras mamá trabajaba, a los cuentos nocturnos antes de irse a dormir, al abrazo materno con aromas de cariño, ese aroma que solo su madre poseía.

—Hueles a mamá —solía decir la niña mientras Pilar la abrazaba.

—Y ¿cómo huelen las mamás?

—¡Pues a mamá! —contestaba categóricamente, como si aquello fuera una obviedad.

—¿Has rezado ya?

—Sí.

—Pues a soñar con los angelitos, ellos te cuidan mientras yo duermo.

Cuando doña Matilde contaba siete u ocho años, su progenitor había hecho la última visita. A través de la pared fue testigo de una acalorada discusión entre sus padres, unos fuertes gritos que despertaron a la pequeña, a la que nuevamente habían desterrado al almacén a dormir.

—No podemos seguir así —había oído decir a su madre—, siempre estás fuera, nunca sé cuándo vas a volver, es como si no tuviera marido. La niña ni te conoce, te llama ‘señor’, ¿lo sabías?

—¿Y qué quieres que haga? —había contestado furibundo Santos—mi trabajo es así, ya lo sabías cuando te casaste conmigo.

— Me dijiste que serían un par de años, que luego te ascenderían y no tendrías que viajar —levantó la voz Pilar.

—Pero las cosas no han salido como pensaba, ¿tengo yo la culpa?

—Cambia de trabajo y quédate con nosotras, Santos —casi rogó.

—No digas sandeces, Pilar. Llevo trabajando…

—¿Sandeces yo? Tu trabajo no trae dinero a casa, todo lo gastas en viajes, comidas,

pensiones y vete tú a saber en qué más —le había cortado—. Yo pago la casa, los gastos de la niña, la comida, todo sale de mi negocio y ¿todavía tienes la cara dura de decirme que no puedes cambiar de empleo?

— ¡Me debes un respeto, soy tu marido! —había bramado Santos— Si yo digo que las cosas son así, son así.

—Pero si me quieres —suavizó el tono Pilar—, entenderás…

—Pues ya que lo mencionas, ese es el problema, que no te quiero —había sentenciado Santos—. Cada día me cuesta más volver aquí y soportarte a ti y a esa malcriada de hija que tienes.

—Sal de mi casa —Pilar apenas hablaba en un susurro.

—¡Mañana mismo me largo!

—Te he dicho que salgas de mi casa ahora… ¡ya! —Pilar había levantado la cabeza con orgullo y se había enfrentado a los ojos de su marido, que en esos instantes no supo reconocerla. No iba a llorar, ya tendría tiempo de hacerlo, mañana, pasado, al otro, tendría una vida entera para llorar aquella humillación, aquellas palabras, pero de momento lo único que le permitía respirar era su decisión.

—¿Dónde voy a estas horas? —Santos había mirado a su mujer con incredulidad. Hasta ese momento había hecho lo que se le antojaba y ella, sumisa siempre, acataba sus decisiones.

—¡Largo de aquí! —había chillado por fin y dándose la vuelta había sacado aquella maleta eterna en sus recuerdos y, abriéndola sobre la cama, había ido metiendo todo lo que iba encontrando de su marido por la habitación, así, de cualquier manera, sin doblar la ropa con el mimo con el que siempre lo había hecho. Las cosas no cabían, pero ella, en un arrebato, había abrazado maleta y ropa y salido por el pasillo dejando un rastro de calcetines y camisas por el suelo. Golpeando con rabia la puerta para abrirla de par en par, había tirado todo en el descansillo, volviendo sobre sus pasos para recoger lo que quedó desperdigado en el trayecto y lanzarlo fuera también. Por último, volviendo a la habitación, donde un desorientado Santos la miraba sin saber qué hacer ni qué decir y señalando la puerta de la casa que había dejado abierta, insistió de nuevo, sin un asomo de tristeza, para que se fuera.

—Te arrepentirás de esto —Santos, como cualquier cobarde, había acudido a la amenaza, pero Pilar ya no sentía nada, ni siquiera miedo, su gesto lo delataba.

—De lo único que me arrepiento es de haberte querido.

—Pero yo…

—Todo está dicho. Ahora vete —le interrumpió.

Santos había observado a su mujer atónito, pero la dureza que vio en sus ojos le persuadió de seguir con aquella guerra. En realidad, eso era lo que quería, salir de esa casa y no regresar

nunca más. Cogió sus cosas y se fue. Nunca volvieron a verlo.

Poco después de cerrar definitivamente la entrada a su casa y a su corazón, Pilar se había derrumbado. Volviendo a aquella habitación que había sido el dormitorio conyugal se había sentado sobre la cama, muy estirada, tragando saliva a borbotones, tratando de que la amalgama de sentimientos, frustraciones, miedos y dolores no se deshiciera, que se mantuvieran compactos, indescifrables, ocultos. Entonces Tilde había aparecido en el umbral de aquella estancia, con su camisón de florecillas, arrastrando la almohada de la que nunca se separaba.

—Ha sido culpa mía, mamá —un puchero que transmitía una tristeza insondable, de esas a las que solo un corazón infantil sería capaz de sobrevivir y, con el tiempo, olvidar, deformaba su cara.

—Tenías que estar durmiendo hace mucho rato —Pilar sentía que apenas si podía con las palabras.

—Yo he rezado para que se fuera y Dios me ha hecho caso y mira lo que ha pasado.

Pilar, viendo cómo dos lagrimones inmensos brotaban de unos ojos inocentes, ya no pudo contener la angustia más.

—Tú no tienes culpa de nada, cariño. No tienes por qué llorar.

La madre había abierto los brazos y la pequeña, que había permanecido en el umbral, corrió a esconder su pena en el pecho materno.

—Yo no quería que lloraras, pero ese señor no me gustaba, cuando venía todo era diferente, por eso recé para que se fuera y no volviera más y ahora tú estás triste.

Habían pasado aquella noche juntas en la cama, Pilar vestida, abrazada al pequeño cuerpo de la niña, a la que tapó con una manta. Una vez la criatura se hubo dormido, Pilar había soltado su tristeza y se había mecido en ella, rebozándose, sintiendo lástima de sí misma, recriminándose haber sido tan tonta, echando de menos a aquel al que tanto había amado. Había sufrido reconociendo su tristeza, dejándose llevar por una inmensa amargura y cuando las luces del alba comenzaron a filtrarse por la ventana, se secó los ojos y olvidó.

A partir de aquel momento su vida se había concentrado en su hija, y cuando alguien le preguntaba por su marido, Pilar contestaba muy serena que, aunque Santos vivía, ella era una mujer viuda.

Matilde había aprendido de su madre los secretos de la costura y poco a poco fue tomando parte en el negocio, hasta que terminaron trabajando codo con codo. Mantuvieron así una vida sin sobresaltos ni escaseces, los encargos llegaron a ser tantos que incluso habían contratado a una aprendiza, Teresa, un par de años menor que Matilde, para que las ayudara.

Teresa acudía todas las mañanas acompañada de su hermano mayor hasta el piso de la Puerta de Toledo. Le daba un beso cuando llegaban al portal y subía a trompicones la escalera. Aunque era un poco atolondrada era muy bien mandada y hacía todo sin rechistar, con la alegría

desmesurada que da la adolescencia. Matilde los veía llegar desde la ventana de su cuarto. Hacía años que no dormía con su madre, mientras recogía la habitación, y después se quedaba mirando cómo el muchacho seguía la calle y se perdía a lo lejos. Por las tardes ocurría otro tanto, el chico esperaba en el mismo lugar hasta que su hermana salía y tomaban juntos el camino. Matilde añoraba la presencia de un hermano e idealizaba aquellos paseos en su mente solitaria. Tenía curiosidad por saber quién era.

—¿Siempre te acompaña tu hermano? —había preguntado un día, mientras cosían sentadas junto a la ventana.

—Siempre, señorita Matilde. Le pilla de camino al trabajo y dice que las calles andan muy revueltas para que una chica ande sola. Yo siempre le digo que lo que le pasa es que se aburre.

Teresa había levantado la cabeza sonriente.

—Es mayor que tú, ¿verdad?

—¡Oh sí!, señorita, él cumplió diecinueve el mes pasado. Trabaja en la obra, un edificio muy grande que andan haciendo no sé por dónde.

—Me gustaría tener un hermano —había dicho Matilde más para ella que para Teresa.

—No se vaya a creer, hay días que yo querría estar sola en casa, los hombres lo único que dan es trabajo, mi madre siempre lo dice —y había vuelto a reír mientras tiraba de una bobina de hilo y cortaba un trocito con los dientes.

—¿Cómo se llama?

— ¿Mi hermano? —había preguntado sorprendida la chica.

—Pues claro, ¿quién va a ser?

—Antonio.

Un día de invierno que había un encargo urgente que terminar, Pilar pidió a Teresa que se quedara un poco más, pues sin ella sería imposible acabar el vestido. Teresa la había mirado indecisa, con un poso de intranquilidad en los ojos.

—Pero señora… mi hermano lleva esperándome un buen rato, con el frío que hace se va a congelar.

—Pues dile que suba —había respondido Pilar—, puede sentarse con nosotras mientras se toma un vasito de vino.

Teresa había bajado con su alocada carrera de siempre, haciendo que los escalones retumbaran bajo sus pies, sobre todo cuando saltaba los tres últimos de cada rellano. Este es Antonio —le había presentado y por si era necesaria una mayor aclaración, había añadido—, mi hermano.

Tras los saludos, Matilde había ido a la cocina a traerle una jarra con agua y un vaso, pues no bebía vino. Allí estuvo casi una hora sin decir nada que no se le hubiera preguntado con antelación, y Matilde se admiró de lo distinto que era de su hermana, que solía amenizar las tardes con un parloteo sin fin hasta que Pilar, cansada de aquel zumbido, la mandaba callar. A partir de aquel día, por invitación de Pilar, cuando Teresa iba a retrasarse, Antonio podía subir a la casa a esperar que terminara sin tener que soportar los fríos de la noche.

Matilde y Antonio se habían gustado nada más verse, intercambiaban miradas y sonrisas, algunas palabras intrascendentes y un rubor pertinente en las mejillas. A ella le entusiasmaba la discreción del muchacho, su mirada limpia y su sonrisa, esa que componía para ella. Él, por su parte, estaba hipnotizado con la visión de aquella mujer que, cuando se fijaba en él, le arrebataba el aliento. Los amores primeros son tan intensos que las nimiedades se convierten en grandezas, los defectos en cualidades y los silencios en palabras. Pilar había asistido satisfecha a aquellas conversaciones mudas, al nerviosismo que percibía en su hija cuando Antonio iba a subir a casa, a las excusas tan ingenuas que buscaban para verse un instante a solas en el pasillo. Por eso no le supuso ninguna extrañeza que el muchacho le pidiera permiso para cortejarla y le enterneció su cara de alivio cuando ella no puso ninguna objeción. Así había empezado el noviazgo de doña Matilde, como cualquier otro, un noviazgo cuya consecuencia lógica hubiera sido acabar en boda si la tragedia no se hubiera interpuesto en su camino.

Antonio pasaba muchas horas en casa de Pilar, ya fuera porque esperaba a su hermana, a la que con más motivo iba a recoger todos los días, ya fuera porque tenía que esperar que Matilde acabara su labor. El caso es que el muchacho se abrió un hueco en el hogar de aquellas dos solitarias mujeres.

Doña Matilde nunca podría olvidar aquel día. Era miércoles, el verano tocaba a su fin, pero aún se sentía el calor de los rayos del sol. Habían trabajado con las ventanas abiertas, charlando distraídamente, como cualquier jornada, escuchando la algarabía del danzar inquieto de las golondrinas. En la calle seguía el trasegar de las gentes, las voces, la vida de la ciudad. Nada olía diferente, ninguna pista anunciaba la tormenta que estaba a punto de desatarse sobre sus vidas. Antonio no llegaba. La oscuridad iba ganando la partida al día, el trabajo tocaba a su fin, y el muchacho sin aparecer. Teresa empezaba a impacientarse. Matilde, aunque tratara de disimularlo, también.

—Tranquilízate, mujer, se habrá entretenido —había dicho Pilar mientras recogía el salón.

—No es propio de él, señora, ya sabe cómo es.

—Seguramente habrá tenido alguna cosa urgente que atender —había intervenido Matilde, tratando de insuflarse la serenidad que ella misma empezaba a perder.

Pero los minutos pasaban con su monotonía inalterable y Antonio no aparecía por ningún sitio. Teresa y Matilde, asomadas a la ventana, escudriñaban la calle por donde tenía que llegar; las gentes iban y venían, absortas en sus asuntos, sin ser conscientes de la angustia que unos metros más arriba se estaba gestando.

—Esto no me gusta, señorita —Teresa tenía los ojos brillantes.

—No entiendo qué puede haber pasado, pero no te pongas así, que seguro que todo tiene una explicación.

—Pero usted sabe cómo es —había insistido la chica—, habría mandado recado si no pudiera venir.

Cuando la noche ya se había colado por las calles y el flujo humano había ido disminuyendo hasta casi desaparecer, Teresa decidió irse a su casa y ver si sus padres sabían algo. Sin embargo, no tuvo tiempo. Al final de la avenida vio surgir la figura conocida de su padre que, con amplias zancadas, se dirigía directamente hacia aquella casa. Teresa no pudo contenerse más y se había echado a llorar.

—Algo malo ha pasado, lo sé, lo presiento.

Había salido corriendo hacia la salida y Matilde había ido tras ella, aunque Pilar intentó que esperara en casa la llegada de su futuro suegro. Fue un gesto inútil, Matilde también corrió escaleras abajo con las primeras lágrimas surgiendo de su miedo.

Cuando llegó al portal solo escuchó las últimas palabras.

—… desgraciado accidente.

Teresa se había abrazado a su padre envuelta en un mar de lágrimas y Matilde se quedó en el último escalón petrificada, sin saber si seguir bajando o quedarse eternamente en aquel lugar que evitaría la desdicha de saber la verdad.

Antonio estaba muerto, el andamio en el que trabajaba se había descolgado por motivos que aún se desconocían y él y su compañero se habían precipitado al vacío, cayendo sobre las pilas de piedras que estaban amontonadas para ser colocadas. Un desgraciado accidente, así lo había definido el capataz cuando se presentó en casa del fallecido para comunicar la triste noticia. A partir de aquel momento, Matilde había enviudado como su madre, había olvidado como ella y su ansiedad la palió con la comida, con los dulces, con todo aquello que le apetecía y que parecía saciar su hambre y su espíritu. Su madre había tratado sin éxito de sacarla de su desconsuelo, era joven y podría rehacer su vida, el amor la visitaría de nuevo… pero ella solo tenía una pregunta que, como un golpe bajo, zahería a Pilar.

—¿Cómo tú, reharé mi vida como tú?

Doña Matilde se secó los ojos y miró con melancolía los objetos que había ido esparciendo por su cama. Cogió una medalla de plata con una imagen de la Virgen de los Remedios y la acercó a su boca. Había sido un regalo de Antonio, aunque ahora ya había perdido la pátina de su olor, de su sentido. Ella seguía reñida con Dios, la injusticia de robarle el corazón de aquella manera no se la perdonaba; una buena persona, un alma inocente, ¿en qué había podido herirle tanto para que se lo hubiera arrebatado de aquella manera? Triste era perder la vida siendo un joven, apenas le había dado tiempo a vivir, pero peor era quedarse en este mundo para llorar las ausencias sin el consuelo de la comprensión. Recogió todo, se recompuso, se puso el camisón y

se metió en la cama, que lloró al sentir su peso con un quejido tan profundo como la pena del cuerpo que soportaba.

Mientras tanto, en la cocina Manuelín se preguntaba qué hacer. La semilla que había plantado la vileza de Paca iba germinando lentamente en su interior, regada por el odio. Tras los postigos de la ventana se levantó un viento suave que mecía con delicadeza la ropa tendida. Los cristales reflejaban la imagen de la cocina, sus conversaciones, el fin de la jornada. Los platos todavía en la mesa, los restos de las manzanas y las migas de pan. Rostros de cansancio. En unos momentos la oscuridad se cerniría sobre los corazones como una marea de quietud. Paca y Manuelín volvieron a quedarse solos. La criada se había ofrecido a terminar de recoger, aduciendo que aún no tenía sueño. Él la miraba hacer, perdido en sus pensamientos y en sus dudas.

—En el mercado se comenta que Primo de Rivera tiene sus días contados —rompió el silencio Paca, mientras colocaba los vasos en un armario.

—Primo de Rivera no es el problema, el problema es mucho más grave, el problema es esta monarquía sin sentido, son las desigualdades, la falta de derechos, el problema es que este país no va a ningún sitio. El problema son los curas, que nos adoctrinan desde niños para soportar lo que Dios nos tiene asignado y así ganar el paraíso, una forma más de tenernos sometidos, porque, que yo sepa, nadie ha vuelto de ese supuesto paraíso para contarnos cómo es, lo que nos indica que evidentemente no lo hay. Si existiera Dios no podría ser tan arbitrario. Primo de Rivera no es más que la primera ficha.

Manuelín hablaba con desgana, sin dar ese toque revolucionario a sus palabras que tanto gustaba a la mujer.

—La gente está un poco asustada, las cosas cada vez están peor, tanta huelga, tanto…

—Es necesario —la cortó malhumorado—, sin huelgas los patronos harían con los obreros su santa voluntad.

Paca calló, el desinterés del muchacho era patente, no le apetecía en ese momento lo más mínimo hablar de política. En su cabeza bullían otras preocupaciones y la criada sabía cuáles eran. Un odio sordo se fue apoderando de sus entrañas y la hiel que provocaba la revolvió por dentro.

—Ya he terminado —anunció con frialdad, doblando un trapo con el que acababa de secarse las manos. Se quitó el delantal y se despidió.

No había salido aún de la cocina cuando la voz del chico la detuvo.

—¿Sabes algo más del novio de Pau?

Paca se volvió, aquello era más de lo que podía soportar y poniendo los brazos en jarras, adoptó un gesto chulesco.

—A mí lo que le pase a esa o lo que le deje de pasar me trae sin cuidado, ya te lo dije. A ver

si te crees tú que yo voy por ahí preguntando por su novio, ¡lo que me faltaba!

—Me refería a si habías hablado más con la persona esa que conoce al tal Adrián.

Manuelín no quería preguntar, cada palabra se le enredaba en la boca y le quemaba, pero era incapaz de estar callado, necesitaba saber más y el único hilo del que podía tirar era de ella.

—No, no sé nada más ni me importa. ¿Por qué no se lo preguntas a Paola? ¿No erais tan buenos amigos? Igual se sincera contigo y puedes volver a llevarle el vaso de agua a las escaleras —las palabras habían salido incontenibles desde su frustración.

Un silencio sepulcral cayó de repente sobre las dos almas, una tensión insoportable, un aluvión de sensaciones. Paca mantuvo la mirada desafiante ante unos ojos que se crispaban por momentos. Estaba provocando descaradamente la reacción del muchacho, una reacción que se la llevaría por medio. Pero no sentía ninguna preocupación, ella no necesitaba a nadie, había desterrado de su corazón a la ramera de su madre, que la había abandonado como a un trapo usado; a su abuela, una gallina cobarde; al sinvergüenza de su abuelo; a su tía, una loca repugnante, todos habían salido de su vida y desde que llegó a Madrid no había querido gastar ni un segundo de su tiempo en el recuerdo. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo con aquel hombre pusilánime, tan arrogante entre sus camaradas, y que luego besaba el suelo por donde pisaba aquella malnacida de Paola, que no tuvo ningún reparo en abandonarlo por otro?

—Eres una mala persona —arrastró las palabras el muchacho—, una persona cruel y sin escrúpulos.

—¿En serio piensas que me importa lo que tú pienses de mí? —Paca soltó una sonora carcajada—. Me das lástima. Mírate ahí, sufriendo por una desgraciada que nunca te dio nada. ¿Crees que es mejor que yo? No creo.

Paca sonreía con ironía, descargaba sobre Manuelín su ira, esa misma que aún no había podido escupir a su verdadera destinataria.

—Yo no estoy sufriendo por nadie —se defendió.

—Di lo que quieras, engáñate cuanto desees, me es indiferente. Pau tiene lo que se merece, un indeseable a su lado, y ¿sabes qué?, me alegro.

Manuelín se levantó precipitadamente y la silla cayó al suelo, haciendo un ruido sordo.

—¡Cállate ya!

—¡A mí no me manda callar nadie y menos un medio hombre como tú! —gritó.

Paca estaba encendida y, erguida, se enfrentaba a él retadora, mirándolo directamente a los ojos, unos ojos que brillaban de furia. No le tenía ningún miedo.

Cuando Manuelín, a punto de perder los nervios, iba a contestar, unos pasos se oyeron por el pasillo y el siseo de las telas al rozar las paredes. Ambos quedaron callados, paralizados,

conscientes en ese momento de la magnitud, la intensidad y el tono de sus palabras.

—¿Se puede saber a qué vienen esas voces?

El ama apareció en la puerta de la cocina con cara somnolienta y gesto adusto, sujetándose una bata que no conseguía cerrar.

—Discutíamos de política —improvisó Manuelín, poniendo una medio sonrisa—, Paca me ha picado diciendo que Primo de Rivera tenía los días contados y ya me conoce, ama, me inflamo.

Se acercó a doña Matilde y puso una cara angelical, de esas que sabía que derretían a la mujer.

—Siento si la hemos despertado —dijo echando una mirada a Paca, que comprendió de inmediato.

—Sí, sí, yo también lo siento.

—Bueno, os acepto las disculpas, pero a la cama inmediatamente, que mañana llega pronto. Y ya te dijo tu padre —se volvió a Manuelín al sentir su mano en el orondo hombro— que nada de políticas entre estas paredes.

—Lo siento —dijo el muchacho, saliendo de la cocina tras la mujer, sin dedicar siquiera una mirada de soslayo a Paca—. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuró doña Matilde.

Paca se mantuvo en silencio, ahogada en su eterna cólera. Y en aquel instante todo quedó a oscuras, incluso las almas.

El ambiente en la casa era cada vez más tenso. Doña Matilde, desconocedora de la situación, presentía el terremoto de la misma manera que los animales huyen antes de que se produzca el desastre, solo que ella tenía que quedarse y tratar de paliar las consecuencias. Manuelín observaba con disimulo a su querida amiga en un intento por descifrar sus dolores, Paca andaba malhumorada, Julián seguía controlando las idas y venidas de su hijo y Paola parecía que viviera en otro mundo. Y fue en una de esas miradas furtivas que el joven lanzaba constantemente, tratando de escudriñar en las almas ajenas, cuando vio las marcas en el brazo de Paola, los cardenales que como un racimo de acusaciones tomaban un tono amarillento en la piel. Y en ese instante las dudas desaparecieron, dejando paso a un torrente de odio difícilmente imaginable. Había soportado ver a quien amaba con otro, tener que renunciar a su amor, una renuncia que le mordía las entrañas cada día. Había soportado la humillación de volver a casa, las palabras malévolas de Paca, estaba dispuesto a soportar cualquier cosa, menos que alguien le hiciera daño, aquello sobrepasaba los límites de su aguante. Sin saber cómo, una idea se fue conformando en su ánimo, una idea sin reflexión, sin cálculo de consecuencias, una idea de esas que uno no se para a pensar porque resulta una obviedad, porque no podría ser de otra manera.

El domingo llegó desabrido, nervioso. Toda la noche un insistente viento había hecho gemir

las ventanas y el golpeteo furioso de la lluvia no había cesado ni un minuto. Al amanecer, las calles presentaban un ambiente grisáceo de invierno prematuro, aceras mojadas, brillantes, cubiertas de conglomerados infinitos de hojas parduscas que habían estado viajando hacia ninguna parte, de un lado a otro, movidas por el viento y que, poco a poco, se habían amalgamado en los rincones, junto a las paredes, en las bocas de las alcantarillas, tan húmedas que no remontarían el vuelo más. El reino de doña Matilde se despertó perezoso, pegado a unas sábanas que guardaban del frío que se empezaba a instalar en el hogar. Los señores, como todos los domingos, se encontraban en casa de su hijo.

Paola se levantó a las nueve, como era su costumbre. El día se deslizaba sin incidentes, tan gris como el cielo, que volvía a amenazar lluvia, desnudo de palabras y de la alegría de otros momentos, cada uno en sus quehaceres, en sus pensamientos, jugando al escondite con sus soledades. Tras la comida, Paola fue a su cuarto para arreglarse, como hacía todos los domingos desde que había conocido a Adrián, con la ilusión acunando sus tristezas y la impaciencia rondando su alma. Manuelín se levantó también de la mesa, también fue a su cuarto y se preparó para salir. Sus pensamientos eran ligeros, blanquecinos, disipados, unos pensamientos que rondaban el momento crucial, pero que no querían llegar a él. Salió por la puerta sin despedirse, con un punto de adrenalina haciendo temblar sus músculos y un pozo infinito en la boca del estómago. No sabía muy bien qué iba a hacer, no se había parado a concretar su propósito, no había buscado las palabras con las que herir o defenderse, lo único que se abría con una claridad categórica en su mente era el fin, Pau, su felicidad. Sin ser consciente, la generosidad del amor volvía a abrirse paso en su corazón malherido y un sentimiento que estaba por encima de cualquier rencor se hacía un hueco a codazos entre sus reticencias.

Adrián esperaba tranquilo, apoyado en la puerta del portal para guarecerse de la lluvia. Fumaba con parsimonia y su mirada estaba perdida en el laberinto de las gotas, un paraguas negro se apoyaba chorreando en un rincón junto a él. Manuelín lo vio a través de los cristales, cuando aún no había terminado de bajar las últimas escaleras, y fue en ese momento cuando la furia se adueñó de su ser y ahogó cualquier atisbo de raciocinio en su interior. Una nube rojiza cegó sus ojos y la constatación de que no podría contenerse ante el maltratador de Paola le obligó a acelerar el paso y a lanzarse como un poseso rumbo a la puerta.

Matías lo vio aparecer, vio su gesto tenso y su andar decidido hacia la salida. No le dio tiempo a más, no esperaba más, no tuvo ocasión de salir de su cuarto y saludar, ni preguntar, y los hechos que se sucedieron a continuación fueron tan rápidos que poco pudo evitar.

Al oír la puerta Adrián se volvió con una sonrisa, convencido de que ante sus ojos aparecería el tan anhelado rostro de su novia, sin embargo, la sonrisa quedó ligeramente congelada en sus labios al ver a un muchacho que con gesto malhumorado lo miraba con insistencia y se dirigía hacia él.

—¡No volverás a tocarla! —gritó.

Adrián lo miró desconcertado y sin que tuviera posibilidad alguna de evitarlo, el puño de Manuelín se lanzó contra su cara, impactando con fuerza entre la nariz y el ojo derecho. Adrián se tambaleó por la fuerza del golpe y tuvo que echar un pie atrás para evitar caer. Se llevó la mano a la cara y sintió la tibieza de la sangre brotar de su nariz. Después de mirar su mano

ensangrentada, levantó la vista e increpó al muchacho.

—¿A ti qué te pasa? —el empujón que con las dos manos respondió al puñetazo desequilibró a su contrincante, que se escurrió con las hojas que se amontonaban en el escalón del portal y cayó al suelo.

A partir de ese momento la violencia se desató y los puñetazos, los insultos y los empujones se sucedieron con saña. Matías salió y trató de separar aquel amasijo de piernas y brazos que se retorcían por el suelo, pero cuando lograba sujetar a uno el otro se lanzaba ciego hacia el apresado, que quedaba en inferioridad de condiciones. El primer golpe que impactó en el rostro de Matías le disuadió de seguir intentándolo. Decidió llamar a la policía antes de que se mataran.

Sin embargo, no había traspasado aún la puerta del portal cuando vio aparecer por las escaleras la figura inconfundible de Paola. Entró con rapidez.

—¡Venga rápido, señorita, Manuelín y su novio se matan!

Paola vio a través de los cristales dos figuras enzarzadas en una pelea y salió corriendo lo más rápido que le permitían sus tacones. Abrió la pesada puerta y gritó.

—¡Basta ya!

Tomó a Adrián de un brazo, temiendo que uno de aquellos golpes terminara hiriéndola a ella y por el hueco que había abierto se interpuso entre los dos hombres, que se incorporaron rápidamente, jadeando sin soltarse por completo. La joven estiró sus propios brazos y separó definitivamente a los contrincantes, que temieron poder hacerle daño. Situada en el centro de las miradas iracundas de los dos, la figura delicada de la muchacha, que con los ojos anegados en lágrimas observaba confundida el aspecto dantesco de su novio y su amigo, consiguió acabar con los golpes.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó con un hilo de voz, sin dejar de mirar a uno y a otro.

La lluvia no había dejado de caer con persistencia. Algunos transeúntes bajo sus paraguas contemplaban con curiosidad aquella escena en la que una mujer bien vestida separaba a dos hombres que hasta hacía unos momentos se estaban peleando. Ambos sangraban por la nariz y probablemente por algún sitio más, pero una mezcla pardusca de sangre, barro y agua escondía las heridas. Las ropas chorreando, las caras chorreando, las lágrimas de pena o de ira mezclándose con el agua dulce de las gotas, los cuerpos aún crispados, atentos, acechantes, a la espera de un mínimo gesto del otro.

—No te volverá a hacer daño, Pau, lo sé todo y no tienes por qué aguantarlo —dijo por fin Manuelín, cerrando los puños con fuerza. Sus propias palabras herían su alma al recordarlo.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién querría hacerme daño? ¿Has empezado tú esta pelea? —Paola parecía un espantapájaros, apostada allí entre los muchachos, calándose de agua, sin entender qué había ocurrido.

—¿Conoces al tarado este? —intervino Adrián— Ha salido por la puerta y me ha dado un

puñetazo así, sin venir a cuento.

Los ánimos se iban calmando y los cuerpos se relajaban. Poco a poco Paola pudo comprender lo que había ocurrido, lentamente fue desmigajando los pensamientos de Manuelín, que cada vez estaba más convencido de haber sido engañado y de acabar de cometer una injusticia que le había llevado a una acción tan ridícula como la de agredir al novio de Paola.

—Lo siento, Pau, yo solo quería protegerte, como hubiera hecho tu hermano, como siempre te lo prometió él. No podía soportar la idea de que alguien te estuviera haciendo daño —Manuelín hablaba entre hipidos, gorgoteando las palabras que salían con desorden por sus labios.

—¿De dónde has sacado tú semejante idea? Adrián jamás me haría daño.

—Paca dijo…

—¡Así que era eso! —lo interrumpió alzando la voz, mientras una oleada de furia la invadía.

Y Paola lo comprendió todo, la mención de aquel nombre colocaba las piezas y daba sentido al puzle sin asomo de dudas. Y esta vez se había pasado de la raya. La muchacha se incorporó, se echó el pelo empapado hacía atrás y sin decir una palabra más se dio la vuelta para introducirse en el portal. Los hombres la miraban sorprendidos e incluso Adrián hizo ademán de frenarla.

—¿Qué vas a hacer, mujer? Tal vez deberías serenarte antes de subir —Adrián se incorporó para seguirla, pero se quedó parado en el umbral.

—Pau… —un sollozo incontrolable ahogó lo que Manuelín hubiera podido decir.

Hay momentos en los que una decisión puede dar la vuelta a una vida. Paola subía las escaleras con paso rápido, sin sentir el reguero de agua que iba dejando tras de sí, ni el peso de las ropas húmedas; no se paró a pensar en su aspecto desaliñado, ni en su rostro empapado de lluvia y amargura a partes iguales, no había pensado qué iba a hacer o a decir, no le importaban las consecuencias, lo único que realmente movía sus músculos era el rencor, una ira ciega y sorda que exigía justicia y respuesta a esa pesadilla en la que se estaba convirtiendo su vida en aquella casa. Mientras tanto en el portal, Adrián ayudaba a Manuelín a levantarse, el muchacho se había convertido en un guiñapo que tiritaba sin control y que empezaba a decir cosas incoherentes. Si permanecía mucho tiempo más allí, con aquel frío y aquella humedad, acabaría cogiendo una pulmonía. Así que decidió ayudarle a llegar a las escaleras apoyado sobre él, a pesar de que él mismo empezaba a sentir el dolor de los golpes, sobre todo el de la nariz, que ya había dejado de sangrar, pero que había dibujado un rastro pardo a través de su cara. Al entrar en el portal, Matías, que se había escondido en su madriguera a la espera de que aquel huracán amainara, los vio y salió a echar una mano.

—Deje que le ayude —dijo poniendo el otro brazo de Manuelín, que cojeaba, sobre su hombro—, no entiendo qué le ha pasado a este muchacho, si es la mar de tranquilo.

Entre los dos hombres comenzaron la ascensión del muchacho por las escaleras principales,

pues la estrechez de las de servicio lo habría hecho imposible. A cada paso Manuelín perdía fuelle, como si se fuera abandonando, lo que hacía que sus ayudantes jadearan con fuerza por el esfuerzo, sobre todo Adrián, a quien la pelea empezaba a pasar factura.

Paola llegó a la puerta y abrió con sus llaves. El ama ni se inmutó, pues pensó que sería alguno que volvía de comprar cualquier cosa o que se le habría olvidado algo. Después un fuerte taconeo le indicó que se trataba de Pau. ¡Ay, esta chica dónde tendrá la cabeza!, pensó, pero siguió apoyada en la mesa de la cocina, dejándose llevar por ese leve sopor que producía la calidez del fogón que le aligeraba el alma.

Paola se encontró a Paca en la habitación con sus compañeras, decidiendo si salir o no. Según cruzaba el umbral, su extraño aspecto y su cara de indignación alertaron a Julia y a Amalia, que volvieron sus miradas hacia Paca, buscando una respuesta que ésta no tenía.

—No podías dejar las cosas estar ¿eh?, no puedes soportar ver a nadie feliz, tienes que llenar de mierda todo lo que te rodea —Paola tiró el bolso y se enfrentó a su enemiga—. Pero esta vez has ido demasiado lejos y no voy a consentirlo.

Paca reaccionó y se levantó de la cama con gesto desafiante.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te han tirado a un charco y vienes a echarme la culpa? —contestó con ironía.

Paola no pudo contenerse más y se lanzó, con las manos por delante, sobre Paca que, ante lo inesperado del gesto, cayó de espaldas sobre su cama que, como una zancadilla gigante, se cruzó en su camino. Entonces se levantó furibunda y se lanzó sobre su enemiga tratando de arañarle la cara, pero Paola la esquivó y lanzó su mano, que resonó como un latigazo en el aire y dejó una marca rojiza en la mejilla de Paca. Amalia y Julia gritaban, el timbre sonaba porque Manuelín, Adrián y Matías ya habían alcanzado la casa y doña Matilde no sabía a dónde dirigirse, no sabía si abrir a los señores, que por algún motivo habían adelantado su llegada y habían olvidado las llaves, o enterarse de la procedencia de los gritos. En un instante su reino se había ahogado en el caos más absoluto. Decidió comenzar por abrir la puerta y el desconcierto inundó su alma cuando se encontró con aquel espectáculo. El portero sujetaba a su niño, que parecía a punto de desmayarse, sollozando, con la cara llena de barro, sangre y agua y las ropas empapadas. A su lado, Adrián, en un estado tan deplorable como su protegido, con la misma mezcla ocre por su cuerpo, pero con una mayor entereza de ánimo. ¡Y todos entrando por la puerta principal!

—¿Qué os ha pasado? —pudo al fin preguntar, llevándose una mano a la boca y haciéndose a un lado para que los hombres pudieran entrar.

—Será mejor que llevemos al muchacho a su cuarto. Luego habrá tiempo de hablar —contestó el portero. El ama indicó el camino con un gesto.

Los gritos en la habitación de servicio continuaban, se oían insultos y bravatas que se mezclaban con súplicas y jadeos. Doña Matilde, sin entender nada, dejó a los hombres que se perdieran por el pasillo y se dirigió allí. Cuando se asomó a la puerta vio a Paola y a Paca en el suelo, tirándose de los pelos, dándose golpes e insultándose con saña. A un lado, las otras dos criadas gritaban, suplicando que se estuvieran quietas ya. Doña Matilde se acercó dando gritos y

se agachó junto a ellas con dificultad, tratando de separarlas. Aquella tarde todo el mundo parecía haberse vuelto loco en la casa. Paola gritaba.

—¡Zorra!, casi se matan por tu culpa, ¡mentirosa!

—A mí nadie me llama zorra y menos tú. Ya tenía ganas de pillarte, hija de puta.

Doña Matilde se afanaba intentando separarlas, pero la rabia de las dos muchachas era tan inmensa, estaba tan enquistada que parecía imposible que pararan.

—¡Ayudadme de una vez! —chilló el ama a las otras dos—, ¿no veis que no puedo con ellas?

Pero Amalia y Julia estaban petrificadas.

Por fin aparecieron Adrián y el portero, guiados por los gritos, e inmediatamente se lanzaron sobre las dos mujeres y, sujetándolas en el aire, las separaron. Ambas se habían arañado y las marcas de las uñas aparecían por todo el cuerpo, tenían el pelo desordenado y algún que otro mechón descansaba en el suelo, apartado para siempre de su dueña. Intentaban zafarse de sus captores, volver a la lucha, los ojos incendiados de rencor, y las bocas que seguían lanzando improperios, pero no tenían la fuerza suficiente para soltarse.

—¡Esta me la vas a pagar, asquerosa víbora, mala persona! —Paola estaba fuera de sí, soltando por la boca todo tipo de insultos, amarrada por los brazos de su novio, que en esos momento eran desconocidos para ella— Le dijiste a Manuelín que Adrián me hacía daño, ¡mentirosa!, lo que te corroía era la envidia porque nadie te quiere, porque no tienes ni amigos ni familia. ¿Qué? ¿Te crees que nos creemos el cuento de tu hermano, maldita puta?

Adrián estaba boquiabierto, jamás hubiera pensado que aquellas palabras pudieran salir de una persona que con él siempre era tan educada.

—¡Me da igual lo que tú creas! —replicaba con la boca anegada de odio Paca— ¡Puta, que no eres más que eso, una ramera con aires de señorita! Primero con Manuelín y cuando te cansaste de él, con el otro. ¿Qué pasa? ¿No era suficiente hombre para ti?

—¡Cállate, desgraciada! —y volviéndose a su carcelero— ¡Suéltame de una vez! ¡Que la mato! ¡Te mato!

Adrián consiguió llevarse a Paola de la habitación, aunque le costó lo suyo, porque la muchacha se agarró al marco de la puerta con las dos manos mientras continuaba su perorata de insultos y pataleos, pero por fin salió al pasillo. No podía dejar de gritar, toda la hiel que había estado tragando un día tras otro, todo el odio acumulado, las trampas, las insinuaciones, las mentiras, todo se desbocó y salió a borbotones en forma de improperios. Cada vez más lejos se oían las contundentes respuestas de Paca, que hacía otro tanto, intentando zafarse del portero.

—Tranquilízate ya —le susurraba Adrián al oído—, ya ha pasado todo.

Y en medio de todo aquel desbarajuste, la puerta principal se abrió y llegaron los señores,

acompañados de su hija, en el momento en el que Adrián tomaba el pasillo en dirección a la cocina tratando de serenar a Paola. Nadie se dio cuenta, entre el disgusto y los gritos, cuando don Alejandro y doña Hortensia, con cara de no comprender nada, se asomaron a la zona de servicio alertados por el jaleo. Lo que vieron les resultó increíble y vergonzoso y lo que oyeron, aún más. Se dirigieron estupefactos al salón y allí la señora se sentó un instante para recuperar el ánimo.

—Alejandro, lo que acabamos de ver y oír no se puede consentir. Esta es una casa decente. ¿Qué estarán pensando nuestros vecinos? Hortensita ¡A tu cuarto! Di a doña Matilde que la queremos ver inmediatamente en la salita. Esto no puede quedar así. ¡No puede quedar así! ¡Tienen que rodar cabezas! —levantó la voz enfadada.

Doña Hortensia y su hija se fueron a sus respectivas habitaciones a cambiarse y mientras, don Alejandro se internó en el estrecho pasillo de servicio. Aún se oían los gritos de las mujeres insultándose cuando el hombre tocó en la puerta que se mantenía abierta. Doña Matilde levantó los ojos, que estaban clavados en Paca y dio un respingo al ver la figura del señor en aquel lugar. El corazón se le aceleró y los nubarrones que había estado observando sobre su reino danzar de un lado a otro en los últimos días, se convirtieron, en un segundo, en una galerna de la que pocos podrían salvarse.

—Quiero verla en unos instantes en la salita —dijo don Alejandro con sequedad— y consiga que se callen de una vez estas dos arrabaleras.

Después su vista se paró en el portero, que aún sujetaba a Paca por los hombros.

—¿Qué hace usted en mi casa, Matías? —preguntó.

Matías no sabía qué responder, soltó a Paca, que se había quedado en silencio al escuchar a don Alejandro, consciente de lo que aquello podía suponer para ella, y se acercó a la puerta con intención de salir.

—Subí para ayudar a Manuelín, que se había peleado…

—¡Déjalo ya! —tronó la voz de doña Matilde interrumpiéndole, pues sabía que aquellas palabras solo servirían para estropear las cosas más aún, si era posible—, Matías ya se iba.

Doña Hortensia y su familia habían vuelto aquel domingo mucho antes de lo que era habitual porque su hijo se encontraba indispuesto. Su llegada había acabado por templar los ánimos y ni una mosca se oía cuando doña Matilde, que se había demorado unos minutos para recomponer su aspecto y tomar aire, hizo acto de presencia en la sala de estar donde, sentado en el sillón orejero, se encontraba don Alejandro y frente a él, muy erguida y con un rictus de contrariedad en los labios, doña Hortensia. La conversación fue muy tensa, sobre todo porque doña Matilde no acababa de comprender qué era lo que había pasado, no tenía disculpa posible para el comportamiento de las dos criadas, y trataba por todos los medios de sacar a su niño de aquel asunto.

—Creo que nos debe una explicación —dijo don Alejandro encarándose con el ama, a la vez que intentaba contenerse.

—Señor, yo no sé muy bien qué decir.

Don Alejandro se levantó con gesto cansino, se acercó a una mesa auxiliar que tenía varias botellas abiertas y se sirvió coñac en una copa bien ancha.

—Como usted comprenderá, no estamos dispuestos a consentir estos escándalos en nuestro hogar, porque imagino que estas situaciones no serán la tónica habitual cuando no estamos en casa, ¿verdad?

—¡No!, no señor, es la primera vez que ocurre algo parecido. Aún no he podido hablar con las chicas y no entiendo bien qué ha podido ocurrir —la voz del ama se iba apagando mientras se hacía patente su falta de argumentos.

—¿Y qué es eso de una pelea?, ¿dónde está el hijo de Julián? —intervino doña Hortensia.

—No sé por qué ha dicho eso el portero. Manuelín simplemente se cayó al salir del portal, se dio un golpe en la cara y Matías le ayudó a subir. Lo que ha ocurrido es que, entre la sangre, el barro y la humedad parecía que hubiera venido de la guerra —improvisó doña Matilde, que sentía la angustia trepar por su vientre. A pesar de que no hacía demasiado calor, sudaba copiosamente.

—¿Y el sujeto de la cocina? El otro que parecía que también había estado en la misma batalla que el hijo de Julián, ¿qué pintaba en esta casa? —retomó la voz cantante el señor con ironía.

—¿De quién hablas, Alejandro? —doña Hortensia se revolvió con elegancia en su asiento, sin dejar de mantener la misma postura erguida. La sensación de que las puertas de su hogar se habían abierto de par en par a la vista de cualquiera le causaba una enorme incomodidad.

—Junto a una de las criadas, que no dejaba de chillar esas palabras groseras que me niego a repetir, en el pasillo hacia la cocina se encontraba un joven lleno de barro y lo que a todas luces debía de ser sangre en la cara.

Doña Hortensia se volvió escandalizada y clavó los ojos en el ama.

—¡Esto no se puede consentir de ninguna manera! —levantó la voz y un dedo amenazador — ¡Creo que usted nos está contando una patraña!

Todo peligraba en aquel reino impostado. Doña Matilde, que había tomado el papel de paraguas protector que cubría a toda aquella familia que ella consideraba como suya, se desmoronaba, aplastando en su caída a todos los que más quería. El azar esta vez no había jugado de su parte y, aunque intuía cómo se habían desarrollado los hechos, no alcanzaba a comprender totalmente la magnitud de la situación. La aparición de los señores había conseguido que las cosas pasaran sobre ella y se desbocaran sin solución. Callar hubiera significado asumir unas consecuencias que se negaba a aceptar. Hablar, sin embargo, suponía una condena que no se hubiera atrevido a definir como justa. Elegir, sabiendo que sus palabras cambiarían una vida que no era la suya, fue difícil, pero el amor de una madre, aunque ésta sea ficticia, es inconmensurable. Y eligió a su niño, se aferró a la idea de que debía de ser fiel a sus palabras

cuando había asegurado a Julián que haría cualquier cosa por su hijo. Así se justificó por las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—Entiendo su disgusto —comenzó diciendo doña Matilde, a quien las lágrimas ya empezaban a caerle de los ojos—, pero me gustaría que fueran comprensivos.

—¿Comprensivos? —inquirió doña Hortensia— Esto ha sido lo más vergonzoso que he tenido que vivir. Así que, si no quiere ser usted la primera en salir de esta casa, lo que por otra parte me dolería en el alma, puesto que durante años su trabajo ha sido excelente, ya puede decirnos qué ha ocurrido aquí esta tarde para que tomemos las medidas oportunas.

El ama volvió sus ojos llorosos hacia la ventana, por cuyos cristales entraban unos mortecinos rayos de luz distraídos, que hacían brillar las últimas gotas que aún se aferraban a los cristales. En un segundo desaparecieron y la negrura volvió a cubrir el cielo.

—Ha sido un lío de faldas —mintió el ama como si las palabras dolieran en su boca.

—¿Un lío de faldas? —repitió doña Hortensia sin entender.

—Sí —afirmó sin convencimiento—, Adrián, el joven que estaba en la cocina con Pau, es su novio. Esta tarde iban a salir juntos, pero cuando la muchacha ha llegado al lugar del encuentro, se ha enterado de unas cosas muy desagradables que iba diciendo Paca de su novio. Entonces Paola ha perdido los estribos y ha vuelto a casa. Adrián ha intentado disuadirla, pero cuando corría tras ella, se ha escurrido y ha sido él quien ha caído y ha quedado como usted, don Alejandro, ha visto.

—¿Y el hijo de Julián? ¿Y qué hacía el portero en mi casa? —preguntó don Alejandro, extrañado ante las palabras de doña Matilde.

El ama hacía verdaderos esfuerzos por improvisar una historia que resultara creíble, pero colocar a tantos personajes estaba resultando muy difícil.

—El hijo de Julián está en su cuarto descansando y el portero le ayudó a subir, porque se había golpeado, entonces oyó los gritos de las chicas y entró a ayudar.

—¿Y desde cuando el portero puede pasearse por mi casa a su antojo? —preguntó con incredulidad don Alejandro.

—Era una situación difícil, don Alejandro, yo no podía separar a las dos muchachas.

—¿Separarlas? No estará dándome a entender que habían llegado a las manos como dos mujerzuelas, ¿verdad?

Los ojos de doña Hortensia estaban a punto de salirse de sus órbitas, comenzaba a respirar con dificultad y unos sofocos inoportunos teñían de rojo su rostro. A su lado su marido recorría la sala de arriba abajo con su copa en la mano, sin poder dar crédito a lo que oía.

—No quiero decir que se pegaran —reculó doña Matilde, quiero decir que estaban

agarradas…

—¡Basta ya de mentiras! —bramó de repente Doña Hortensia, sorprendiendo a su esposo mientras dejaba a un lado su elegante postura. Se levantó y se dirigió al ama que, aterrada, observó su movimiento dándose por despedida— ¡No quiero saber más! A usted se le paga por controlar esta casa y que todo esté realizado correctamente en su momento adecuado. Lo de hoy ha sido… ha sido… ¡no tengo palabras para definir lo defraudada que me siento!

Doña Matilde miraba al suelo sin saber qué decir, estaba convencida de que cuanto más hablara, más estropearía las cosas, así que decidió aceptar lo que viniera, que sabía no sería nada bueno.

—Sin embargo —continuó la señora—, su trabajo ha sido siempre impecable, y aunque nada me creo de lo que ha dicho, no sé si en un estúpido intento de que dejemos las cosas correr o tratando de encubrir a alguien o algo, prefiero olvidar las explicaciones y encomendarle el trabajo de buscar a las personas responsables y ponerlas de patitas en la calle en el menor tiempo posible. Hay muchas criadas deseando trabajar en nuestra casa. No le costará mucho encontrar sustitutas.

Para alivio del ama, todo lo relacionado con Manuelín había sido obviado, lo que significaba que estaba fuera de aquel asunto. Una sensación de euforia que duró muy poco, justo lo necesario para darse cuenta de la misión que le acababa de ser encomendada, mandar a la calle a sus pupilas.

Todo lo que aconteció con posteridad marcaría el fin de aquella pequeña familia, que se desmembraba sin solución. Manuelín, al enterarse de la noticia, al pensar que Paola saldría de su vida para siempre, que no escucharía su caminar pasillo adelante por las mañanas, que no comería junto a ella ni la miraría a escondidas, sintió que otra vez el corazón se ahogaba en sus sentimientos, asfixiando su vida. Por eso, lanzándose a un vacío que no albergaba más que muertos, propuso a Doña Matilde hablar con los señores y decirles la verdad, su verdad, aquella que fuera capaz de devolver un mínimo de cordura y de normalidad a aquel desafuero. Pero el ama lo disuadió, no había nada que hacer, la decisión estaba tomada y lo único que conseguiría sería verse en la calle también. Con dos ya tenían más que suficiente. Manuelín, entonces, entró en un estado de desesperación constante, un estado de aflicción y de culpabilidad que se sentía incapaz de asimilar y que le obligaba a vivir con los ojos en el suelo.

Paca recibió la noticia sin inmutarse, no tenía intención de quedarse en aquella casa más que lo suficiente para recoger sus cosas. No pensaba perder un segundo con todo aquel atajo de despojos humanos; aquellas lágrimas absurdas, aquellos gimoteos insoportables no iban con ella. Odiaba a Paola, la odiaba con toda su alma, con todos los sentidos y en toda la extensión de sus sentimientos. Nada le importaba haber sido despedida si se la llevaba por delante. Ella no tenía nada que perder, buscaría otra casa, se inventaría otra vida, nada la ataba a aquellos seres que habían compartido su existencia durante años. No sabía querer, no miraba atrás y, recordaba, no pestañeó mientras con sus pertenencias formando un petate, sin besos y sin lágrimas, dijo adiós aquella luminosa mañana de invierno. Todos la vieron alejarse en silencio, extrañados de una frialdad que habían intuido, pero que jamás sintieron con tanta intensidad. Antes de perderse tras la puerta sus ojos se detuvieron un instante en el rostro de su enemiga y una mirada triunfante

dibujó una sonrisa perversa en sus labios, después solo el sonido seco de la puerta al cerrarse.

Paola estaba desorientada, todo había ocurrido tan deprisa que no había tenido tiempo de digerir los acontecimientos, y los resultados le parecían tan injustos que apenas si se había defendido cuando le comunicaron el despido. Doña Matilde, sentada al borde de su cama, trataba de consolarla, acunando la culpabilidad en su regazo, la arbitrariedad de los designios que ella misma había favorecido. La muchacha apenas contestaba, y con la marcha de Paca comprendió que nada tenía vuelta atrás, que era necesario recoger sus cosas y salir de aquella casa hacia un futuro indeterminado que pasaba por distintos estadios, siguiendo la estela de su desconcierto, desde volverse al pueblo hasta buscar una nueva casa. Finalmente abrió con desgana su vieja maleta y empezó a colocar con esmero su ropa. De vez en cuando una lágrima perdida y tan aturdida como ella misma, se despeñaba desde sus ojos al vacío.

Unos golpes suaves en la puerta de su cuarto le devolvieron a la realidad momentáneamente. Levantó los ojos y vio a Manuelín apoyado en el marco, sin atreverse a entrar. No dijo nada, no sabía qué decir y por eso siguió con su tarea como si aquella presencia no tuviera que ver con ella.

—¿No me piensas hablar? —rompió el silencio la voz cada día más grave del muchacho.

—No sabría qué decirte, apenas tengo palabras para mí…

—Yo quería pedirte perdón, necesito que me perdones, no puedo permitir que abandones esta casa sabiendo que no me has disculpado por mi mal hacer.

—¿Qué esperas? ¿Qué más quieres de mí? —Paola dejó su tarea y se encaró con su amigo, dirigiéndole una mirada feroz— ¿Que te perdone? ¿Que te diga que no me importa, que ha sido una chiquillada? Manuel, ya no eres Manuelín, y yo no soy capaz de entender qué motivos pudiste encontrar para hacer algo semejante y ponernos a todos en la picota. Pero si lo que turba tu sueño es mi perdón, cógelo y vete.

Manuelín sentía un nudo que atragantaba sus palabras y que llegaba hasta el corazón, estrangulándolo.

—Nunca quise hacerte daño, ni a ti ni a nadie —levantó los ojos y se enfrentó a los de la muchacha, quien pudo ver claramente las secuelas de la pelea en tonos rojizos, morados y amarillentos—, actué por amor, por un amor que ya no tiene disculpa ni lógica, un amor enterrado en vida, sangrante y cataléptico, que araña su ataúd sin esperanza…

—No entiendo todas esas palabras —interrumpió Paola su discurso—, no sé de dónde las sacas.

—Leo, leo mucho —sonrió el muchacho ante la ignorancia de su amiga, y por un minuto se vio transportado a un pasado más feliz.

—Pues si quieres hablar conmigo, tendrás que ser más clarito.

—Paola, las palabras de Paca me dieron a entender que tu novio te trataba mal, que te hacía

sufrir… no sé, me volvía loco pensar que alguien pudiera hacerte daño, sabes lo que siento, se me nubló el entendimiento, ella supo cómo hacerlo y yo caí en su trampa, ahora me doy cuenta —hablaba atropelladamente—, por eso necesito que me perdones, porque nunca tuve más intención que la de protegerte.

Paola reflexionaba, sabía que decía la verdad. Desde el primer momento había intuido que el odio de Paca estaba detrás de todo aquello. Ella había sabido mover los hilos, y si bien Manuelín había sido un títere en sus manos, reconocía que ella no lo había sido menos al entrar en aquel juego estúpido de orgullos y soberbias por el que ahora se encontraba en esa situación. Sin pensárselo dos veces se acercó a su amigo y le revolvió el pelo con cariño, compuso una triste sonrisa de despedida y sin necesidad de palabras le perdonó.

Aquella misma tarde Paola tenía recogidas sus cosas, una vieja maleta y dos bultos que colocó junto a la puerta de servicio. Antes de salir se dirigió a la cocina recorriendo el pasillo por última vez, dispuesta a despedirse, pero antes de llegar, el llanto había desbordado los diques de su razón y resbalaba tozudo por su rostro. Por eso se detuvo un instante para sosegarse, para secar esas lágrimas rebeldes y recomponer su gesto. Dijo adiós conteniendo el llanto, abrazando, sin saber, la culpabilidad que abrasaba al ama y revolvía su conciencia, alargando la mano para regalar una caricia a su querido amigo, que lloraba con desconsuelo, estrechando con fuerza la mano del siempre taciturno Julián, que sabía sin hablar, un beso para Julia y otro para Amalia, que bajaron incómodas los ojos, a sabiendas del daño causado. Después dio la espalda a todos, respiró hondo y salió de aquella casa para nunca más volver. Adrián la esperaba en el portal con gesto hosco y un ojo amoratado que apenas podía abrir por la hinchazón. En su cuartucho, Matías fumaba un cigarro pensativo, levantó la mano y por una vez, no salió de su madriguera.

12

En enero de 1930 Miguel Primo de Rivera dimitió, por lo que el rey Alfonso XIII tuvo que nombrar un nuevo jefe de Gobierno, cargo que recayó en las manos de Dámaso Berenguer, iniciándose el periodo que fue conocido como ‘dictablanda’. Como los ánimos se encontraban muy revueltos en la sociedad española, Berenguer buscó formas de pacificación y con ese fin prometió la vuelta a la normalidad constitucional y la convocatoria de elecciones generales.

Berenguer también prometió una amnistía a los condenados por delitos políticos e incluso llamó al general Goded, conspirador en la época de Primo de Rivera, para que le ayudase a tranquilizar a los militares más exaltados. Sin embargo, todas estas promesas no serían más que humo y la constatación de la mentira encendería aún más los ánimos, tanto de los civiles como de los militares republicanos.

Curiosamente, este macrocosmos político no tenía ningún significado en el reducto existencial de Paola, quien, arrastrando su desconsuelo y su desánimo, aferrada con fuerza al brazo de Adrián, andaba en silencio no sabía muy bien hacia dónde. La posibilidad de regresar a su pueblo, antes tan añorada, se abría ante sus ojos como una derrota y un abandono que no deseaba. Su universo en Madrid se había reducido a aquellas cuatro paredes y a los que las habitaban, por eso una sensación de orfandad profunda arañaba sus entrañas. Las lágrimas que con tanto éxito había conseguido contener, volvían a deslizarse en libertad.

—No llores más, cariño —le repetía una y otra vez su novio—, las cosas ocurren y hay que afrontarlas. Si no tienen remedio, no merece la pena darse el sofocón.

Pero Paola ni siquiera podía contestar y en su dolor solo pensaba que Adrián era incapaz de sentir lo que ella estaba sufriendo, él no sabía lo que ella perdía, no podía entender su orgullo herido, la vergüenza que la arañaba por tener que abandonar de aquella manera su segundo hogar, como una proscrita, como una mala trabajadora, como una verdulera que se había lanzado a los ojos de una compañera, aunque ésta no fuera más que una alimaña. No se lo merecía, no merecía haber acabado de aquella manera. Y por si eso fuera poco, el futuro se abría como un signo de interrogación tan compacto que amenazaba con aplastarla.

Se dejaba llevar, el paso decidido de Adrián la conducía a algún destino que ella ignoraba, pero le agradecía no tener que enfrentarse de momento a ese problema que, aun siendo pequeño, hubiera podido ahogarla en un pozo de dudas. Cogieron un tranvía que poco a poco fue dejando atrás las cada vez más vacías calles del centro para lentamente internarse en barrios más periféricos. Paola se dejaba conducir como una niña perdida, sin hacer preguntas y sin querer saber las respuestas, sentada en un asiento de madera resquebrajada con un bulto lleno de recuerdos entre las piernas. Dejaron el tranvía y comenzaron a caminar con gesto decidido hacia un grupo de casas que se veían al fondo, más allá de una especie de descampado donde el abandono era tan evidente como la turbación de Paola.

—¿Dónde estamos? —Su vuelta a la realidad se veía aderezada con un tono de sorpresa.

—En una colonia a las afueras, allí está mi casa.

Paola lo miró sin comprender. ¿No pensaría que iba a dormir allí? Soltó el hatillo que cayó pesadamente al suelo y se sentó en unas piedras, cubriéndose la cara con las manos. Adrián la miraba sin comprender. Los sollozos eran cada vez más fuertes y sacudían el cuerpo, que parecía aplastado por el paisaje, con una cadencia desoladora. Se acercó a ella y se arrodilló a su lado, con una mano la obligó a levantar la vista y secó sus lágrimas con dulzura.

—¿Qué te ocurre ahora? ¿Por qué te pones así? ¿No quieres venir a mi casa?

Entre hipidos la muchacha negó con la cabeza.

—No estaría bien ¿Qué pensarían tus vecinas? ¿Por quién me tomarían? Ya he sufrido la vergüenza de que me echen de una casa hoy, te ruego que no me avergüences tú también.

El hombre se echó el pelo hacia atrás y lanzó un suspiro de reproche que a Paola no le pasó desapercibido. Negó con la cabeza un par de veces, como intentando serenarse, y enfrentó sus ojos a la mirada húmeda de su compañera.

—Me duele que pienses eso —dijo con lentitud y sus ojos se perdieron en la infinitud de un horizonte por cuyos límites el sol pronto se escondería—. He hablado con Petra, mi vecina. Vive con su hermana en la casa de al lado y era muy amiga de mi madre. Pasarán la noche contigo para que nadie tenga nada que decir, yo dormiré en mi casa. Tendrías que confiar más en mí, si fuera así entonces hubieras sabido que nunca te pondría en una situación indecente…

—Siento haberte dicho eso —le interrumpió y nuevamente se deshizo en llanto—, yo no quería… no pensaba… yo…

Adrián tenía el corazón herido y los sollozos de la mujer que amaba se clavaban en su alma como puñales. Con ganas hubiera irrumpido en aquella casa en la que con tanto esmero Paola había servido, habría echado a patadas a Paca sin miramientos, hubiera escupido todo lo que pensaba al pusilánime de Manuelín y al ama le hubiera explicado lo que perdía, no solo como trabajadora, sino como persona. Pero nada de eso era posible, a cambio había tenido que morderse los labios y contemplar la injusta amargura de la persona a la que tanto quería. Las últimas palabras y la desconfianza habían acabado de herirle. Comprendía. Lo comprendía todo, pero él también sufría y ella no parecía darse cuenta. Repentinamente, Paola se puso en pie, sacó un pañuelo de su bolsito, se secó los ojos y se sonó la nariz. Después recompuso su peinado en un gesto más reflexivo que práctico y, tomando el brazo de Adrián, le obligó a erguirse. Entonces lo abrazó con fuerza. Allí, en medio de ninguna parte, frente a un camino por el que apenas pasaba nadie, junto a un descampado que pronto se escarcharía, lo abrazó.

—Perdona mi egoísta tristeza —le susurró al oído—, ya se acabaron los llantos. El pasado quedó atrás y el presente está allí, en aquellas casas que ya apenas se ven. Vamos antes de que nos congelemos de frío.

Se besaron con dulzura, recogieron los bártulos y, tomados de la mano, siguieron el estrecho sendero que, entre hierbajos y cardos, cruzaba la noche.

Según se acercaban, unas tristes bombillas amarillentas cubiertas con una especie de gorro metálico les dieron la bienvenida. Los cables eléctricos cortaban el cielo, saltando de una esquina a otra como rectas infantiles en un cuaderno. Llegaron a una calle de tierra flanqueada por casas, todas ellas muy parecidas. Al final, cerca de la fuente que cerraba el paso, Adrián se paró, sacó unas llaves del bolsillo y se acercó a la puerta seguido de Paola. Al abrir, un penetrante olor a comida llegó hasta ellos. Chascó una cerilla, encendió una vela y una mortecina luz iluminó un salón pintado de azul.

—Veo que la señora Petra no ha perdido el tiempo —dijo sonriendo—. Deja las cosas donde quieras, mañana ya nos ocuparemos de pensar qué vamos a hacer, por el momento hoy ya hemos tenido demasiadas lágrimas.

Paola no volvió al pueblo. Tras aquella primera noche, su novio, que no pudo dormir ni un instante enredado en sus pensamientos, decidió pedir su mano. No estaba dispuesto a más calamidades ni a más tristezas, no se sentía con fuerzas para separarse de ella ni un instante más de lo necesario y por eso, tras una noche entera de reflexión e insomnio, tomó la decisión, una decisión que, era consciente, significaba un cambio para toda la vida.

Se levantó de la cama y se echó la manta sobre los hombros. Abrió la ventana y una bocanada de frío helado cortó su rostro mientras con un amplio gesto abría las contraventanas, para después volver a atrancar las dos hojas del ventanal. Sobre la casa de enfrente una luna redonda, lechosa y desdibujada lo miraba desde las alturas, impasible. Las estrellas apenas se distinguían en las primeras luces del amanecer. Se quedó de pie, absorto en la mortecina luz lunar. Recordó a su madre y deseó que estuviera allí con él, que le hablara, que le aconsejara como siempre, con aquella voz ligeramente estridente que tanto añoraba, con palabras cargadas de ese amor que solo una madre puede brindar. No podía aplazar más aquella idea, no se sentía en condiciones de relegarla a un rincón de su mente durante todo un día para retomarla al final de la jornada y continuar con unas divagaciones que su corazón reconocía como inútiles. Sabía que no podría vivir sin ella y que el miedo era fruto de los abismos de lo desconocido, abismos a los que irremediablemente estaba a punto de sucumbir. La luna se escondió tras unas nubes, haciendo brillar con fuerza sus bordes, creando un efecto de irrealidad lumínica que él interpretó como un guiño conocido.

—Gracias, madre —susurró a la noche.

Dejó la manta sobre la cama, se aseó, se puso el uniforme, cogió sus cosas y salió cerrando cuidadosamente la puerta. Se asomó por el patio de su vecina y descubrió a Petra dando de comer a tres famélicas gallinas.

—Buenos días, señora Petra.

La mujer se sobresaltó y dio un pequeño salto hacia atrás.

—¡Chiquillo! —le dijo sonriendo, con la mano aún en el pecho—, qué susto me has dado. ¿Cuándo aprenderás a tocar la puerta?

—Yo…

—Estoy a punto de preparar el desayuno —lo interrumpió—, un huevo frito te vendría bien. El pan es de ayer, pero te lo tuesto en un santiamén. Tu novia sigue durmiendo, ¡menudo sofocón traía la pobre! No he querido despertarla, como de momento no tiene nada que hacer… ya me dirás lo que habéis decidido, ya sabes que puede quedarse aquí el tiempo que sea necesario, ¡faltaría más! Mi hermana dice…

—Señora Petra, ¡pare por Dios!, que parece usted una metralleta.

Petra era una mujer singular, muy alta, delgada de extremidades y con una tripita pronunciada que se adivinaba bajo el mandil de cuadros que llevaba siempre encima, un mandil de colores que cambiaba cada día con una precisión de reloj. Lunes, verde; martes, azul; miércoles, marrón; jueves, rojo —Jesucristo padeció en este día maldito, solía decir—; viernes, morado; sábado, amarillo, y domingo, blanco inmaculado. Su hermana se reía de ella cuando aparecía el domingo con el delantal albo. “Un delantal jamás puede ser blanco, un delantal es para mancharse”, le explicaba. “El séptimo día Nuestro Señor descansó, cuanto más limpio llegue a la noche, más habré seguido su mandamiento”, contestaba Petra con cara circunspecta y una ligera mueca de ironía en la comisura de los labios. Era el ritual del desayuno del domingo. Tenía una enorme nariz afilada, a la que culpaba de no haber encontrado marido, y unos dientes que sobresalían de sus labios más allá de su boca. Sin embargo, sus ojos grises y redondos, como la luna que se escondía por momentos, daban al conjunto un aire de ternura, un halo que robaba seriedad a sus palabras.

—¿Vas a querer los huevos o no? —insistió dirigiéndose a la entrada de la cocina.

Adrián la siguió y se internó en aquella estancia que tan bien conocía y cuyos olores abrieron su apetito de inmediato.

—Antes he de hablar con Paola.

—Está durmiendo, no creo que debas despertarla —Petra colocaba dos huevos sobre la encimera de piedra que estaba al lado de la cocina y se inclinaba para sacar de un armarito bajo una sartén.

—Es importante, muy importante, necesito saber si se casará conmigo.

La mujer se volvió atónita hacia el muchacho e iba a decirle algo cuando por la puerta apareció Pili, su hermana, con una especie de bata floreada y ojos de sueño.

—¡Mira a quien tenemos aquí! —exclamó sonriendo—, ¿no podías dormir pensando si trataríamos bien a tu novia?

Pili era completamente distinta a su hermana, de hecho, si no se sabía, era casi imposible adivinar que lo fueran. Al contrario que Petra, Pili era bajita y rechoncha, las mejillas siempre coloradas, unas manos regordetas llenas de magia para los dulces y una voz suave y burlona. Nunca llevaba mandil, fanfarroneaba incordiando a su hermana de ser lo suficientemente pulcra en sus tareas como para no necesitarlo. Tenía carita de ratón, con una nariz puntiaguda y un mentón que se escondía en su garganta. Los dientes de arriba, como en el caso de su hermana, desbordaban el labio superior y se mantenían siempre a la vista. Juntas resultaban una pareja de

lo más cómica.

Adrián le dirigió una mirada de saludo y se volvió de nuevo hacia Petra, que aún no había salido de su asombro.

—¿Y tiene que ser ahora, con esta premura, así, sin pensar? —recuperó las palabras.

—Necesito saber que me corresponde —contestó el muchacho con un toque de súplica en sus palabras.

—¡Eh! ¡Eh! Un momento, que creo que me he perdido algo. ¿De qué estáis hablando? —interrumpió Pili.

—El niño, que quiere pedir matrimonio a la Bella Durmiente a estas horas de la mañana, sin desayunar siquiera —respondió Petra.

—¿En serio, Adrián? Pero ¡qué bonito! ¡Qué romántico! Ya me hubiera gustado que un hombre apuesto me hubiera pedido a cualquier hora del día… ¿Me dejas que esté allí? Me hace tanta ilusión… —Pili se sentó en un taburete que había al lado de una pequeña mesa apoyada contra la pared, con las manos entrelazadas, mirando sin ver lo que había a su alrededor.

—Deja de decir majaderías —la cortó su hermana—, siempre andas en las nubes, menos mal que estoy yo para poner un poco de orden en vuestros cerebros. Tú, mi niño, te vas a sentar a desayunar tranquilamente y tú, y señaló a su hermana, te vas a vestir para traer un par de cubos de agua. Y abrígate, que hace mucho frío.

La lumbre en la cocina crepitaba invisible y solo un tenue resplandor naranja se filtraba por una portezuela frontal. La débil luz amarillenta, que se perdía en la inmensidad del techo, llenaba el recinto de sombras y daba a la escena un halo de irrealidad. Adrián, mudo, miraba cómo aquella mujer preparaba unos huevos fritos a los que añadía unos ajos machacados mientras en su interior una galerna de impaciencia se abría paso con dolor. El plato ya estaba en la mesa cuando el muchacho se levantó ante la mirada extrañada de la vecina.

—Si no hablo con ella, reviento y los huevos no me van a ayudar a sentirme mejor ni a pensar con más claridad —se justificó.

—Pero Adrián…

Adrián salió de la cocina con gesto decidido e inmediatamente volvió a entrar cuando se dio cuenta de que no sabía siquiera dónde debía dirigirse. Petra lo esperaba en el centro de la sala con los brazos en jarras y cara de fastidio, pero al ver el desconsuelo en su rostro, no pudo por menos que sonreír. Probablemente ella había olvidado hacía mucho tiempo la desazón que provoca el amor.

—Será mejor que no entres en su cuarto de sopetón, parece una chica muy decente y solo conseguirás violentarla. Si ni siquiera puedes esperar a desayunar, seré yo misma quien la despierte, lo que no quiere decir que lo entienda. Demasiadas emociones tuvo la pobre ayer para…

—¡Señora Petra!

—Vale, vale… ya no digo nada más —y secándose las manos en el delantal salió hacia la oscuridad del salón.

En la alcoba, la luz del amanecer entraba tímidamente por la ventana a través de la persiana y creaba geométricas formas de luces y sombras en la pared y el armario de madera, que se situaba a la derecha de la cama, una brillantez que se hizo opaca con intermitencia cuando Petra cruzó la estancia y se acercó a la cama. Al oír el crujido sordo de los travesaños, provocado por el peso de la intrusa, Paola se volvió y abrió los ojos aún sin ver, sin reconocer dónde se encontraba ni con quién, empezando a abandonar con dificultad los límites del sueño.

En ese momento, Petra tranquilizó su alma somnolienta, susurrando a su oído la petición de Adrián, su deseo de verla, de hablar con ella de un asunto muy importante antes de salir a trabajar. La muchacha asintió y se incorporó levemente sin salirse de las mantas. Entonces lo vio, apoyado en el quicio de la puerta, con la cara seria y la inmensidad de sus ojos azules posados en ella, una inmensidad que no podía distinguir en las sombras, pero que estaba segura de que estaba allí, englobada en la mirada que tan bien conocía. Paola lo observó con ternura y él se tocó la oreja con nerviosismo, signo inequívoco de turbación. No supo por qué su corazón se desbocó en ese instante, su intuición ya le advertía de que algo estaba a punto de cambiar en su vida, aunque nunca fue capaz de adivinar hasta qué punto.

Los cuentos de hadas se producen a cada instante, en cada vida, en cada sueño; los cuentos de hadas se construyen con ilusiones y necesidades, con gestos generosos, con amor, con pasión; los cuentos de hadas suelen tener poco de cuento y mucho de hada, y no son tan raros ni tan ficticios, lo que pasa es que no se les pone nombre. Aquella madrugada Paola vivió su cuento de hadas, aquella madrugada el hombre que amaba decidió comprometerse en su camino para recorrerlo juntos y aunque estaban en una habitación vulgar, de una casa vulgar que no les pertenecía, aunque tras la puerta dos testigos emocionadas seguían aquellas palabras, aunque nadie se puso de rodillas ni hubo anillo, ninguno de los dos hubiera podido soñar con nada más bello, con nada más dulce, con nada más emocionante. Paola no dudó, no tuvo que pensar ni un instante, solo pudo abrir los brazos y encerrar en ellos un cuerpo tembloroso mientras con voz emocionada decía ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Tras la puerta Petra suspiró, miró a su hermana y con un gesto de emociones indefinidas le señaló los cubos que habían quedado abandonados en el centro del salón. Sin hacer ruido tomaron uno cada una y se marcharon a la cocina, donde se elevó entre ellas un silencio cargado de extraños significados olvidados.

Las Navidades de 1935 fueron el último remanso de paz familiar para Paola y Adrián. Muchas cosas habían ocurrido desde su boda, que se celebró con la premura que exigía la situación, levantando mil y un comentarios en el pueblo, comentarios que Carmen se apresuró a desdecir en vano, pero que el tiempo se encargó de volatilizar. La felicidad por fin sonreía a la joven pareja, proporcionándoles un manto de tranquilidad y la cobertura necesaria para hablar de futuro. La entrada de Paola en el templo del brazo de su padre, que orgulloso caminaba hacia el altar, provocó un llanto en Carmen tan pertinaz como profundo. A su lado Manuel, con el traje de los domingos y camisa nueva, apretaba la mano de su madre en un gesto de infinita ternura.

Un poco más adelante, con los nervios a flor de piel, Adrián esperaba a una novia que tras su aparición le dejó boquiabierto: era la viva imagen de un ángel.

El 14 de abril de 1931 se había proclamado la II República Española, en parte debido al fin de la dictadura de Primo de Rivera y en parte debido al descrédito en el que había caído la Monarquía. El Rey había tenido que exiliarse, viviendo Madrid días de euforia y miedo. Sin embargo, las tan ansiadas reformas que había de traer el nuevo Gobierno y que sacarían al país de su atraso, no habían acabado de convencer a nadie, a unos por lentas y débiles y a otros por demasiado revolucionarias. De 1931 a 1936 se pusieron de manifiesto todas las contradicciones que durante tanto tiempo se habían ido gestando en la sociedad española, desde aquellos que buscaban un cambio radical, tan profundo y sustancial que significara acabar con el poder oligárquico en España, hasta aquellos que no querían dejar su posición privilegiada y estaban dispuestos a utilizar todos los recursos a su alcance.

El país se convulsionaba, pero Adrián y Paola vivían en su reducto de felicidad, lejos del alcance de las luchas de poder, de los partidos políticos y de los constantes rumores de golpe de Estado. Miraban hacia fuera desde las paredes de su hogar y sentían escalofríos que más tarde caldeaban entre las sábanas de su habitación. Pronto la vida les regaló a Carmencita, nombre en honor a su abuela, una niña sana y juguetona que vio la luz tras un parto sencillo y sin complicaciones. Después llegó Paola, que heredó el nombre de la madre y los inmensos ojos de su padre, pero de color esmeralda, colmando la dicha de la pareja. Después fueron llegando unas noticias que apenas sí comprendían.

—Las cosas cada día están peor —decía algunas veces Adrián, mientras cenaba bajo la atenta mirada de Paola, que sujetaba a la pequeña en los brazos.

—¿Peor? ¿Hasta dónde llegará lo peor? —preguntaba su esposa, estrechando con más fuerza a su hija para evitar un escalofrío de incomprensión— Nosotros no tenemos nada que ver con toda esa gente, ¿no?

—No tengo ni idea, cariño, no tengo ni idea. Mi amigo Venancio dice que el ejército está revuelto y que eso es mala señal.

Paola asentía sin entender qué quería el Gobierno, qué quería el ejército, cómo las cosas irían peor y de dónde nacía la inquietud de su marido, que cenaba encerrado en sus pensamientos, mirando sin ver a través de la ventana del salón.

Sin embargo, estas conversaciones no se producían a menudo. Adrián se negaba a inquietar a su mujer con noticias y especulaciones de la hora del bocadillo, con peleas entre sindicalistas que hablaban de la apocalíptica situación española, y presagios de desgracias. Por otro lado, la política siempre le había parecido un tema aburrido que apenas comprendía, lleno de contradicciones, que podía acabar una conversación con gritos, insultos e incluso golpes, un tema que sacaba la parte irracional de algunos de sus compañeros, que hasta hacía poco tiempo no se hacían más que bromas. El muchacho estaba convencido de que toda aquella palabrería, de que todos aquellos acaloramientos no podrían conducir a nada bueno. Por eso cuando Venancio le preguntaba sobre algún tema, cuando trataba de incluirle en la conversación, de darle pie para que diera su opinión, Adrián contestaba con evasivas, con un encogerse de hombros o alguna

frase que dejara claro que el tema no le interesaba lo más mínimo. Era entonces cuando surgía la parte más visceral de Venancio, era entonces cuando se enfadaba.

—¿Quieres que tus hijos padezcan las mismas privaciones que tú? Para conseguir las cosas hay que luchar, amigo, y el enemigo está claro —decía levantando ligeramente la voz.

—Ya —era todo lo que obtenía por respuesta.

Venancio se desesperaba con la falta de entusiasmo de su amigo.

—Despierta, Adrián —le solía decir—, va siendo hora de hacer la revolución.

¿La revolución? ¿Qué revolución? ¿Para qué necesitaba él una revolución? Se preguntaba. Apenas sabía lo que significaba aquello. Él solo deseaba vivir en paz con su mujer y las niñas, salir en las mañanas soleadas de la mano de Paola y pasear sin rumbo, saborear la felicidad de sentirla a su lado, mirar con orgullo a sus hijas y verlas crecer sanas y fuertes. Hacer el amor por las noches, desbordándose en las entrañas de su compañera mientras arrancaba de sus labios suspiros de placer. ¿Dónde encajaba la revolución en su mundo?

—¿No tienes aspiraciones? ¿No quieres un mundo mejor en el que tus hijos puedan disfrutar de educación, de un trabajo digno, de una vivienda en condiciones? Y no solo eso, ¿no quieres lo mismo para el resto de los hombres? —insistía Venancio en un discurso inflamado.

—Esa es un pregunta absurda —contestaba Adrián— ¡Claro que deseo vivir mejor! ¡Quién no! Y si mis vecinos también lo hacen, pues adelante, pero eso se consigue con trabajo, con responsabilidad. Todo requiere un esfuerzo. El mundo es así desde siempre, los ricos son ricos y los pobres, pobres, da igual el nombre que tengan o de donde provengan, el espacio que deje uno lo llenará el siguiente y yo estoy demasiado atrás en la fila como para perder mi vida esperando.

—Pero tienes límites —replicaba Venancio, enardeciéndose—, dependes de un patrono que puede despedirte a su antojo, y de ese débil hilo pende la vida de tu familia, ¿no es una cuerda demasiado frágil? Hay que luchar por mejorar la situación. El proletariado unido tiene toda la fuerza, lo que pasa es que aún no lo sabe.

Adrián negaba con la cabeza sin comprender, él hacía bien su trabajo, llegaba puntual, no se metía en problemas, los jefes estaban contentos con él, ¿qué tenía que temer? Pero aun así, dándose esos razonamientos, Venancio conseguía ponerle nervioso, conseguía desequilibrar su mundo, hacerle pensar en cosas que jamás se había planteado y la sensación de vulnerabilidad acababa por impregnarle durante el día entero.

Por su parte, Petra y Pili habían adoptado a Paola y su familia desde el mismo instante en el que aquella muchacha llorosa y hundida durmió en casa de las hermanas, la misma casa contigua a la que meses después sería su hogar. Ellas, que asistieron con la emoción en los pliegues del alma a la petición de matrimonio de Adrián, que acogieron bajo su techo a la futura esposa hasta formalizar el compromiso, y que ayudaron a confeccionar el vestido de novia; ellas, que hicieron dulces y festejaron la soledad de un evento que nunca sería suyo, se convirtieron desde el primer momento en la familia postiza de la pareja.

La noticia llegó como un relámpago de tristes presagios en medio del perezoso deambular de un día caluroso. Era 18 de julio, era sábado. Paola cosía a la sombra de las parras del patio, observando de vez en cuando las correrías de Carmencita, que no paraba ni un instante. A su lado, la más pequeña dormía plácidamente en una especie de cuna portátil que su padre había hecho con maderas recogidas de aquí y de allá. Se oían zumbidos de insectos. Minutos antes de que los golpes rompieran la mansedumbre de la tarde, Paola había regañado a su hija, que trataba de echar un puñado de tierra en el barreño que, al sol, calentaba el agua para el baño vespertino.

—¡Carmen! Ni se te ocurra —la advirtió.

Y la pequeña había girado los ojos hacia su madre con un mohín pícaro y la mano derrochando arena. Instantes después la atención de Paola se perdió instintivamente en los conocidos sonidos de unos pasos acercándose a la entrada. El rascar de la reseca arena contra la suela de unos zapatos. Aún no había acabado de interiorizar la extrañeza de una visita a esas horas de siesta cuando unos golpes en la puerta metálica del patio sobresaltaron su pulso. No supo por qué, pero algo en su interior se revolvió inquieto. Desvió en un instante aquellos pensamientos fuera de lugar, dejó la labor sobre los pies de la cuna y se levantó a abrir. Carmencita ya esperaba junto a la puerta, intentando bajar la manilla y preguntando que quién era.

—Déjame cariño, que mamá va a abrir.

Lorenzo esperaba al otro lado, la cara congestionada, perlado de sudor.

—¿Está Adrián? Preguntó con la gorra en la mano, sin decidirse a cruzar el umbral.

—Sí, duerme la siesta —la mujer se frotaba las manos inquieta—, pero si es algo importante en un santiamén lo despierto.

Lorenzo era el dueño de la taberna que estaba junto a la casa. Conocía a Adrián desde hacía mucho tiempo, habían compartido su antiguo barrio, sus correrías adolescentes y después se habían perdido la pista. El destino los llevó de nuevo a ser vecinos. Por eso cada tarde, al volver del trabajo, los dos hombres se veían en la taberna y tomaban un chato mientras hablaban tranquilamente. A pesar de que tenían la misma edad, Lorenzo parecía mayor. Era grueso y bajo, con una cara redonda como un pan, siempre colorada, y las manos gruesas, como chorizos a punto de reventar sus tripas. Sin embargo, hoy, por primera vez, parecía una hoja de papel en blanco.

—Si me haces el favor… creo que debe saber… —las palabras se agolpaban en su garganta en un desorden irracional y no conseguía levantar los ojos del suelo. Frente a las mujeres hermosas siempre le pasaba igual, se trababa, tartamudeaba, le costaba hablar, respirar, hilar una frase completa. Desde lo de Lola…

—Pasa y siéntate. Me miras un momento a las niñas, que ahora mismo vuelvo.

Paola se dio la vuelta, franqueando el paso al tabernero, y cruzó el patio hacia la puerta que

comunicaba con la cocina. Los pliegues de su liviano vestido veraniego bailaron alrededor de sus piernas en un rítmico son al compás de sus pasos. Lorenzo se quedó de pie sin saber muy bien qué hacer bajo la atenta mirada infantil de ojos negros.

Pasados los primeros momentos, Carmencita perdió interés por el vecino y siguió con sus juegos. Lorenzo miraba a la niña con deleite. Le gustaban los críos, le hubiera gustado ser padre, siempre hablaba con Lola de los niños que iban a tener, de los nombres que les pondrían. Si las cosas hubieran sido diferentes tal vez en aquel instante dos niñas jugaran con la arena. Un halo de tristeza cruzó sus ojos momentáneamente antes de que los sonidos que provenían de la casa distrajeran sus obsesivos pensamientos. Giró la cabeza y vio aparecer a Paola con dos vasos y una jarra de agua, seguida de su marido. El semblante aturdido de Adrián no necesitaba palabras.

—Ha habido una sublevación en Marruecos, aparece en todos los periódicos de Madrid —soltó a bocajarro en cuanto vio aparecer a su amigo—. Te lo dije, Adrián, tanto rumor, tanta bandera, tanta mierda… asesinatos, pistoleros, los militares están hartos.

La perplejidad de Adrián contrastaba con la palidez de su compañero, que no dejaba de estrujar la gorra con las manos.

—Va a pasar algo gordo, lo presiento, ya te lo venía diciendo, ¿recuerdas cuando mataron al teniente Castillo? —continuó Lorenzo ante el silencio.

Adrián iba a contestarle cuando por la puerta entreabierta se coló Venancio.

—¿Os habéis enterado? Ha habido una sublevación militar en Marruecos, esos hijos de puta no pueden soportar que el pueblo decida. Pues más vale que no se acerquen por Madrid.

Lorenzo se volvió y miró a Venancio con incredulidad. Paola seguía junto a la puerta con la jarra y los vasos en la mano. Apenas entendía de qué hablaban, ni siquiera sabía dónde quedaba el lugar donde los militares se habían sublevado, pero le tranquilizó la intuición de que estaba lejos, muy lejos de su patio, de su familia y de su mundo.

Adrián permanecía en silencio, sumido en un duermevela del que aún no había salido. No era la primera sublevación que se producía en España y en el fondo no terminaba de comprender a qué venía tanto revuelo.

—Creo que estás asustando a mi mujer —dijo por fin, aparentando más serenidad de la que sentía— y aún no sabemos nada de esa revuelta. Al fin y al cabo, eso está en África, ¿no?

—No lo entiendes —insistió Venancio—, los militares quieren cargarse la República y la Iglesia los apoya. Si no es ahora, será mañana, y si no al otro, pero al final habrá que luchar por lo que es nuestro.

—¡Qué luchar ni luchar! —dijo Adrián con enfado—, estás sacando las cosas de quicio y dramatizando demasiado. ¿Qué puede ocurrir? ¿Otro golpe militar? ¿Otro Primo de Rivera? Lo único que hay de cierto en todo eso es que yo seguiré trabajando como un asno para dar de comer a mi familia y eso no depende de la República, del Rey o de los militares. Deja que se maten entre ellos y que a mí me dejen seguir en paz.

Lorenzo movía la cabeza de uno a otro sin decidirse a intervenir.

—Yo creo que esto es más serio de lo que parece —se decidió por fin—. El Gobierno de la República ha sido elegido en las urnas y no creo que esté dispuesto a admitir un golpe de Estado así como así.

—¡Dejadlo ya de una vez! —volvió a intervenir Adrián, cuyo ceño se había fruncido definitivamente y mostraba un gesto huraño— Insisto en que lo único que conseguiréis con tanta palabrería es asustar a las mujeres, igual para nada. Hablando no vamos a solucionar nada, mañana ya se verá en qué ha quedado todo y si hay motivos de preocupación o no. Yo por mi parte pienso seguir echándome la siesta…

—Pero Adr..

—¡Venancio, mañana hablamos!

Lorenzo se levantó como si tuviera un resorte en el trasero y se despidió de Paola, que se había sentado junto a su bebé y miraba a los hombres con gesto intranquilo. Venancio lo pensó unos instantes más, pero finalmente dio un suspiro de impotencia mientras se incorporaba.

—No quería preocuparte, Paola, siento si te he alarmado.

La muchacha forzó una sonrisa. Después aquel hombre se encaminó a la puerta, seguido del dueño de la casa. Ya en el umbral se volvió un instante y susurró a su amigo en un tono apenas audible: “Lo quieras o no, tendremos que luchar por lo que es justo y habrá que tomar bando, la neutralidad es de cobardes”.

Adrián cerró la puerta cuando los dos hombres se hubieron marchado y se giró para descubrir la angustia en los ojos de su mujer.

—¿Tú crees que pasará algo? —preguntó con el temor trepando por su corazón como la maleza en un bosque.

—No lo sé, cariño, ojalá lo supiera, pero lo que sí te digo es que Venancio siempre está con estos discursos de justicia y de sangre. Me tiene harto, yo no quiero luchar por su justicia, que no entiendo, no quiero manifestarme a favor ni en contra de todo eso que dicen los políticos, de capitales y empresarios, de derechas y de izquierdas. Creo que al final todo es lo mismo de siempre, el mismo perro con distinto collar. Lo único que quiero es vivir tranquilo, porque sé que, puestos a perder, siempre nos toca a los mismos, si no que se lo cuenten a mi padre, que no sé qué demonios se le había perdido por aquellas tierras de Dios. ¿Y quién se acuerda de él? ¿Quién se preocupó por mi madre viuda y por su hijo huérfano? Yo te lo diré: nadie.

Adrián no solía hablar de su padre, pero Paola sabía que su prematura muerte en el frente, en las guerras de Marruecos, había marcado la vida de su marido y había asentado en él unas ideas que difícilmente podrían dejar de echar raíces en su corazón. Le notaba alterado y a pesar del temor cargado de incertidumbre que atenazaba su alma, se levantó con tranquilidad y se abrazó a su cuerpo con fuerza.

—Olvidémonos de esto —le dijo al oído—, lo que tenga que ser, será y no merece la pena preocuparse con antelación.

Iba a decir algo más, pero entonces sintieron las manitas de Carmencita, que se unían al abrazo soltando una especie de risa nerviosa cargada de alegría. Adrián se agachó y cogió a la niña en sus brazos, elevándola por encima de su cabeza para hacerle cosquillas con la boca en un costado. La contagiosa risa infantil acaparó el espacio que hasta hacía unos momentos estaba cargado de tensión y empujó los malos augurios por encima de los muros.

Explicar cómo se aceptó y más tarde se interiorizó una guerra civil en la vida cotidiana de miles de personas es muy complejo, porque en realidad en la mayor parte de la sociedad las circunstancias arrebataron la voluntad y se disolvieron agazapadas entre la incertidumbre y la sorpresa, prestas a lanzar su ataque sin previo aviso. Millones de almas al borde de un trágico y oscuro precipicio que no esperaban, sin conocer los derroteros por los que iba a trazarse su camino desde aquel momento en adelante, sin ser conscientes de que tras un recodo, antes inocente, ahora se escondía la muerte, tristes marionetas que de repente se vieron abocadas a hacer cosas que no querían, a estar en lugares que no deseaban, a seguir una corriente viscosa de odio, del matar para no morir, del no pensar en si había alguna forma de evitarlo. Desde aquella calurosa tarde de verano, nada volvió a ser como se recordaba y, sin sentir, un hecho llevó a otro y ese al siguiente. Efectivamente, el Gobierno republicano no estaba dispuesto a rendirse y cuando fue palpable la magnitud de la tragedia, ya era tarde. Tarde para los hombres y mujeres cuyo destino empezaba a escribirse en epitafios, con tinta de sangre, personajes anónimos que tuvieron la mala fortuna de nacer cuando no debieron, en el lugar menos adecuado, para acabar prematuramente.

Paola se acostó aquella noche sin volver a pensar en el asunto, sin imaginar por un momento que todo su mundo tal y como lo conocía estaba a punto de desaparecer. El cielo había brillado azul y armonioso, las chicharras no habían cesado en su canto, los insectos no cejaban en su monótono zumbar, aleteando entre los florecientes ramos de uvas. Nada presagiaba la catástrofe, ni un solo síntoma, ni siquiera la calma que precede a la tempestad.

El domingo amaneció como una continuación natural del día anterior. Mientras Paola hacía el desayuno, Adrián salía hasta la fuente y acarreaba, uno tras otro, los baldes llenos de agua que iba distribuyendo de forma estratégica por toda la casa. A media mañana, salió con Carmencita a la taberna.

—Salgo a tomar un vino, cariño. Me llevo a la niña para que juegue un rato en la calle.

Adrián se colocó la gorra y tomó la diminuta mano de su hija. Paola apareció tras las cortinas de la habitación secándose las manos. Llevaba el pelo recogido en un moño del que escapaban mechones brillantes que enmarcaban su rostro. Un delantal demasiado grande le daba un aire de niña pequeña. Sonreía.

—No le quites ojo ni un instante, es más rápida que un rayo y puede liártela en un segundo.

—Descuida, la mantendré bajo estrecha vigilancia. ¿Verdad que con papá te vas a portar bien? —preguntó dirigiéndose a la niña, que se aferraba fuertemente de su dedo meñique.

Carmencita asintió muy seria y después sonrió con ese poso de malicia que solo podría permitírsele a un niño. Su padre la tomó en brazos y le dio un achuchón.

La taberna estaba justo al lado de su casa. Saliendo por la puerta del patio, se cruzaba una calle de arena, atestada de polvo en aquella época del año —en invierno podía convertirse en un barrizal con la lluvia— y, bajando una ligera cuesta, se llegaba a una pequeña explanada que hacía las veces de terracita. Allí, dispuestas con cuatro sillas cada una, había varias mesas metálicas de color verde, que se protegían bajo la sombra de los gruesos árboles que crecían en los laterales de los dos caminos en cuya confluencia se hallaba. Al fondo se abría un edificio de ladrillo de una sola planta con una puerta de dos hojas, siempre abierta. Protegiendo el interior, una cortina hecha de trocitos de madera colgaba de unas pequeñas cadenas que sonaban al traspasarla y mantenían la monótona cadencia del sonido hasta la completa inmovilización de todos sus elementos. Carmencita se sentía fascinada por aquella extraña cortina, pasaba una y otra vez de un lado a otro sin separar con las manos las hileras, dando pequeños pasitos que hacían emerger su figura silueteada por las cadenas, que iban separándose a su paso.

—¡Carmen! Deja de entrar y salir, que vas a tirar la cortina y te vas a arañar la cara.

La niña se paraba un instante y en cuanto su padre continuaba la tertulia, volvía a su juego favorito. A veces también se enredaba dando vueltas y se desenredaba en un molinillo sin fin.

Aquella mañana apenas había nadie en la terraza. A pesar de la sombra, la temperatura era muy alta y solo tres hombres jugaban a la rana en la parte donde el ramaje era más frondoso. Uno de ellos alzó la mirada y saludó a Adrián con un ligero movimiento de la cabeza. Al entrar en la taberna, el frescor de una casa de anchos muros daba un respiro al alma.

Lorenzo, tras el mostrador, con un trapo blanco lleno de cercos rojos sobre el hombro, se apoyaba sobre un barril con un chato de vino en la mano y bebía con desidia a tragos cortos, perdido en sus pensamientos. Un par de vecinos un poco más allá hablaban cariacontecidos en susurros, probablemente sobre la última rebelión y los acontecimientos que se estaban produciendo. Adrián no llegaba a entender lo que decían.

—Ponme un chato, Lorenzo. ¿Cómo va todo?

Carmencita ya estaba enredando en la cortina y Adrián fue a llamarle la atención cuando se topó con los ojos de Lorenzo, que decían lo contrario.

—Deja a la niña, así se entretiene un rato.

Adrián asintió, mientras contemplaba cómo su amigo sacaba un vaso y le echaba el vino. Después le puso también unas aceitunas.

—Para celebrar que estamos vivos —dijo.

—Parece que andamos desanimados, ¿eh?

—¿No te has enterado? —Lorenzo lo miraba extrañado.

—¿Enterarme, de qué?

—Madrid está… no sé cómo decirlo… revuelto. La gente se ha echado a la calle, se habla de golpe de Estado, el Gobierno está reunido. Yo tampoco sé mucho, lo que oigo aquí y allá, pero nada es tranquilizador —lo dijo con un deje de angustia en la voz—. Ya te avisé, esta vez la cosa no pinta bien, esto es más grave de lo que nos creemos. Y yo, al fin y al cabo, tengo poco que perder, no tengo mujer ni hijos…

Suspiró profundamente, observando las risas de Carmencita, que acababa de caer al suelo, mareada de tanto dar vueltas.

—Creo que estás exagerando, ya se han producido cosas de estas antes…

—Pero no es lo mismo, se rumorea que ha habido levantamientos en otros lugares de España y que los va a haber en Madrid. El Gobierno informa a medias, pero hay movimientos de tropas, la gente se ha vuelto loca y pide armas. ¡Armas, Adrián! Las armas solo tienen una finalidad, y ambos sabemos cuál es. El ambiente está tenso, la gente, o grita o habla en susurros, hay quien dice que va a almacenar comida por si acaso…

— No quiero que me entiendas mal —Adrián observaba a su amigo con los dientes apretados y como se negaba a creer que todo aquello fuera una premonición de un futuro que no cabía en su mente, desvió las motivaciones por otros caminos—, pero desde lo de Lola no ves las cosas con objetividad…

—Lola no tiene nada que ver en esto —cortó el tabernero, claramente molesto—. Si ella estuviera aquí sentiría un terror que ahora no siento, estaría sufriendo al pensar en tenerla que dejar sola, o en cosas peores. Yo por mí no tengo ninguna incertidumbre, porque en algo tienes razón, desde entonces estoy muerto.

Un silencio ensordecedor cubrió a aquellos dos hombres que, parapetados tras su vaso de vino, se sumieron en la soledad de su desaliento, de sus reflexiones, de sus miedos, con el paradójico telón de fondo que conformaba la alegría vibrante y escandalosa de Carmencita.

Adrián no comentó nada de esto con Paola, quería protegerla de todos los miedos y dudas que comenzaban a atenazar sus entrañas a medida que pasaba el tiempo y se desataban los rumores. Tampoco le contó que había visto a Venancio por la tarde, que le había contado cómo la gente tomaba las calles del centro de Madrid. Lo había dicho con orgullo, con el convencimiento de que la lucha solucionaría el problema y dejaría claro de una vez por todas que el pueblo soberano tenía la palabra sobre su futuro. Estaba enardecido, borracho de excitación, una postura que a Adrián le pareció tan peligrosa como inconsciente. Se iba al centro, a unirse a las masas enfervorecidas que mostraban su apoyo al Gobierno, a defender lo que era suyo.

13

Lorenzo había sido un niño triste, un niño desamparado. Su madre se había escapado con un médico prestigioso y mujeriego que, tras llevarla a Argentina, la había abandonado por una bailarina francesa mucho más joven. Su amor incondicional nunca había sido correspondido y cuando quiso darse cuenta, la vida, como un tren de alta velocidad, la había arrollado. Había terminado prostituyéndose en las calles de Buenos Aires, en sórdidos tugurios, hasta que una cirrosis acabó con su sufrimiento. Había muerto con el nombre de su hijo en los labios, un nombre que no se atrevió a pronunciar por miedo a mancharlo.

El padre de Lorenzo regentaba un pequeño hotel cerca de la Puerta del Sol, un lugar agradable que permitía a la familia una vida desahogada. Sin embargo, la fuga de Mariana significó para su marido, don Ramón, un golpe del que jamás logró recuperarse. Lorenzo era tan pequeño, apenas contaba cinco años, que prácticamente ni se había enterado, pero don Ramón no pudo soportar ni la presión ni la soledad y se había sumido en un rosario de depresiones, borracheras y accesos de ira que normalmente acababan en las costillas de su hijo. El niño creció temiendo a un padre violento, que era incapaz de asumir su pena.

Lorenzo era tímido, callado, había aprendido a ir de puntillas por la vida para no sufrir. Era obediente y trabajador y si no hubiera sido porque un día a su padre se le antojó que ya había estudiado demasiado y lo sacó del colegio, habría llegado muy lejos. A cambio, se tuvo que conformar con llevar las riendas del negocio familiar que, sin él, se habría hundido.

Fue por aquellos años juveniles, antes de abandonar el colegio, cuando conoció a Adrián, que aún no se había mudado a las afueras. Iban a la misma clase y pertenecían a grupos diferentes, pero como seguían el mismo camino de vuelta a casa, pronto trabaron amistad. Lorenzo escondía tras su fachada de empollón solitario a una persona vital, con sentido del humor, inteligente y buena. Adrián no tardó en darse cuenta de sus virtudes y se hicieron inseparables.

Lola había llegado después. Apareció como un espejismo en el desierto, perdida en la gran ciudad. Sus padres habían emigrado de un pequeño pueblecito de Extremadura en busca de mejores oportunidades en la capital. Su padre era lo que podría definirse como un veterinario basado en la experiencia, lo que no quería decir más que su sabiduría le había llegado a través de los conocimientos que su padre le había dejado en herencia, quien, a su vez, los había tomado de su abuelo y así sucesivamente, en una cadena sin fin que se perdía en los albores de la historia de aquel remoto lugar. Había reunido una pequeña fortuna y con ella había decidido dar forma a su sueño y salir de una vulgaridad en la que a menudo tenía síntomas de asfixia existencial. Así que un buen día comunicó a su esposa que se marcharían a Madrid. A punto estuvo de darle una lipotimia a la buena mujer, que a partir de aquel día no dejó de llorar un minuto, de compadecerse de sí misma y de relatar una y otra vez a sus vecinas su infortunio.

Su marido se exasperaba ante aquellas muestras de incomprensión, aunque era evidente que la decisión estaba tomada y las mujeres de bien obedecían a sus maridos en cualquier situación,

sin excepciones, que para eso se habían casado. Aun así, trataba de animarla, prometiéndole mayores comodidades, soñando en alto con criadas y doncellas, con una vida placentera de lujos que ella, con los pies más anclados en el suelo, intuía falsa y peligrosa.

Él, por su parte, arrastrado por un delirio ingenuo, confiaba en llegar a ser un veterinario de renombre en la urbe, tener el respeto de los más afamados científicos y biólogos, cuyas publicaciones devoraba desde hacía años. Investigar con la bata blanca y un microscopio y posar, como veía a sus colegas en las fotos de las revistas, sereno, hierático, valorado. Dejar definitivamente de tratar con paletos, de meter la mano en el ano de las vacas, de ceñirse a curar podencos famélicos y ovejas malheridas. Así que un día de primavera cerraron definitivamente los postigos de la casa familiar.

Al llegar a Madrid se instalaron en el pequeño hotel que regentaba Lorenzo en nombre de su progenitor, que por aquellas épocas pasaba más tiempo cerca de la botella que de los negocios. Fue un arrebato de amor inmediato. Nada más posar sus ojos en ella, una confusión indescriptible le arrebató el alma y tuvo que hacer un esfuerzo, desconocido para él, por no parecer un joven estúpido e inepto.

Don Siro había alquilado las dos mejores habitaciones, una para él y su esposa y la de al lado, que se comunicaba por medio de una pequeña puerta con la de sus padres, para Lola. Mientras don Siro salía todas las mañanas con traje, sombrero, bastón y el periódico bajo el brazo para conquistar su futuro, como decía mientras se despedía de su familia, doña Angustias se marchitaba en la cárcel en la que su habitación se transformaba cada vez que se marchaba su marido.

No se atrevía a salir sola, no se dejaba doblegar por la insistencia de su hija para que superase aquel estado de aletargamiento que la postraba durante horas en el lecho, cubierta de desidia y de aburrimiento. Únicamente la costura ocupaba su tiempo, pero en menos de un mes había hecho y rehecho, zurcido, bordado y remendado todo lo que había caído en sus manos.

Lola empalidecía de impotencia y tedio. Su jornada se centraba en esperar que apareciera su padre y le contara las locas insensateces que sus desvaríos le dictaban.

Cada mañana, después de asearse, bajaban al salón principal a desayunar juntos. Algunos días había huéspedes nuevos, pero la mayoría del tiempo, solo cuatro mesas estaban listas para el servicio.

Un anciano de cabello cano y traje raído, que portaba a todas horas unos lentes y un libro, lo que hacía que fuera tropezando constantemente y pidiendo perdón hasta a los jarrones. También desayunaba en aquel salón una pareja de comerciantes de telas. Lo sabían porque el primer día se habían presentado como “los señores Ruiz, una tela para cualquier lid”. Se habían acercado a su mesa y los habían saludado con una sonrisa, pero la frialdad de don Siro y doña Angustias había levantado un muro infranqueable que los Ruiz habían comprendido y que les había hecho ruborizar. Su relación se ciñó entonces a un intemporal y gélido buenos días. No eran el tipo de personas con los que don Siro deseara codearse, no tenían estatus, eran chabacanos y maleducados y comían con la boca abierta, algo imperdonable.

—El saludo no se le niega a nadie, querida —sermoneaba el veterinario a su hija—, pero

siempre hay que saber en qué escalón se sitúa cada persona.

—A mí me han parecido muy amables —contestaba Lola sin demasiado interés.

—¡Por Dios, hija! ¿Cómo vamos a relacionarnos con gente de tan baja estofa? Mira cómo abren la boca mientras mastican, cómo cogen los cubiertos, cómo se sacuden las migas de la pechera. Nuestra familia tiene más clase.

En la mesa más cercana a la puerta, solía sentarse una mujer de trato distante. Normalmente ya estaba desayunando cuando Lola y sus padres bajaban al saloncito. Contestaba con una inclinación de cabeza al saludo diario, una enigmática sonrisa e inmediatamente desviaba la vista, que se perdía irremediablemente más allá de las cortinas. Por último, se alojaba en el hotel un matrimonio con dos niños pequeños, cuya presencia volaba por los pasillos mucho antes de su aparición física y real, cuando la voz chillona de la madre conminaba a sus criaturas a portarse bien.

—¡Qué mala educación, Virgen Santa! Pero qué puede esperar una en un lugar como este. Siro, querido, ¿cuándo volveremos a casa? Cada día me siento peor, encerrada entre estas cuatro paredes. ¡Me consumo! —decía mientras subía las escaleras rumbo a su jaula.

—Mi amor —contestaba don Siro—, esto es transitorio, tenemos que rentabilizar nuestro dinero. Ya tengo contactos que me pondrán en relación con los grandes, con investigadores de mi categoría. Después nos mudaremos a una preciosa casa y serás la reina de las fiestas de Madrid.

Doña Angustias torcía el gesto, sacaba el abanico del bolso y lo agitaba con rabia, muchas veces sofocada por la imposibilidad de contestar a su marido lo que realmente pensaba de Madrid, de su futuro y de aquel odioso hotel. Y en ese sinsentido marital, Lola se aburría, esa era la realidad. Tras los primeros días de euforia, en los que parecía inminente el cambio de su vida, en los que escuchaba con fruición y anhelo cada relato paterno de entrevistas, citas y buenas palabras, llegó la amargura y la duda. Intuía, cada vez con más fuerza, que aquel era un proyecto abocado al fracaso. Reuniones llenas de cortesía, de buenas palabras, de los ‘ya veremos’ correspondientes, daban paso a un silencio desalentador y locuaz para todos, menos para don Siro, que no quería ver la realidad.

Lorenzo, sin embargo, vivía pendiente de los movimientos de Lola. Disimulaba que no se fijaba, que no le importaba, pero cada vez que los profundos ojos de aquella joven se posaban en él, una taquicardia incontrolada interrumpía bruscamente su relajada respiración. Sabía que, para ella, él era un don nadie y sufría en este convencimiento, se decía que debía pensar en otra cosa, pero el amor, si algo tiene, es su capacidad de ser obsesivo. No se atrevía a hablar con la muchacha más allá de los saludos, las preguntas y las frases intrascendentes, que a menudo iniciaba Lola presa del tedio, pero su imaginación creaba un ser delicioso e idílico del que cada vez se sentía más preso.

Algunos días la joven, al acabar el desayuno, mientras seguía con preocupación la marcha de su padre hacia una derrota más, y al volver la vista descubría el paso cansino de doña Angustias por las escaleras en busca de su reclusión, se sentía presa de una encrucijada y un nudo ahogaba su garganta y paralizaba sus movimientos. No quería resignarse a aquella vida. La

vitalidad de su juventud, sus ansias de respirar conducían sus pasos hasta la pequeña mesa de recepción para ver si el muchacho que tan solícito era siempre, guardaba en sus labios unas palabras que, aunque triviales, rompieran durante unos segundos la monotonía lóbrega de su existencia.

Lorenzo cada mañana esperaba verla aparecer con cualquier pregunta, con cualquier comentario y vigilaba atento el salón comedor. A veces se producía el milagro y aquella etérea silueta se giraba hacia él y hacía un comentario, saludaba con una sonrisa encantadora o pedía toallas, jabón o cualquier otra cosa que faltara en las habitaciones. Lorenzo se ruborizaba, tartamudeaba y tardaba en contestar. Se sentía ridículo y cuando la veía perderse por la escalera, maldecía su falta de aplomo.

Una mañana de verano, cuando ya llevaban en el hotel casi tres meses, cuando nadie tenía dudas de que la aventura de don Siro era un sueño imposible, a pesar de que él continuara con su rutina de visitas, de puertas cerradas, de delirios de grandeza, Lola discutió con su padre. En realidad, todo comenzó con uno de aquellos comentarios de doña Angustias, una de tantas quejas que emitía a diario, pero que iban creciendo a golpe de tedio, descalabro tras descalabro, alimentadas por su sensación de abandono, que aumentada en la misma medida en que lo hacía el calor insufrible de Madrid.

—Deberíamos volver al pueblo, dar una vuelta por la casa. Yo podría quedarme una temporada mientras tú ultimas tus negocios —la voz de doña Angustias estaba cargada de esperanza.

—Mi familia está donde estoy yo —respondía don Siro y doña Angustias se desesperaba.

—Pero Siro, comprende que aquí no hacemos nada, rodeados de esta calaña inmunda con la que ni siquiera puedo cruzar cuatro palabras, encerrada en esta habitación… ¡Yo no puedo más! Y tú te muestras tan insensible… —la voz de la mujer se cortó en un sollozo y una lágrima solitaria se precipitó hasta su mano.

—¡Angustias! No seas infantil y déjate de lamentos. Si estás encerrada es porque quieres, coge a tu hija del brazo y salid a conocer Madrid que, por cierto, es una ciudad muy hermosa. Pero no me vengas con lloriqueos, volverás al pueblo cuando yo lo considere oportuno. No quiero tener jamás otra conversación como esta y no quiero ni una sola queja más. ¿No tienes nada que coser? ¡Sal y cómprate algo!, pero por Dios, déjame en paz.

La dureza de las palabras de don Siro, ya tocado por el desengaño de ver su sueño cada día más lejano, cogió por sorpresa a su mujer, que abrió la boca para decir algo que se perdió en algún punto entre su cerebro y su garganta, los ojos muy abiertos, cargados de una humedad dispuesta a desbordarse sin remisión. Pero aún más desprevenida había cogido a Lola, que solía apartarse siempre de los problemas de sus padres y que esta vez no pudo controlarse.

—¡Pero padre! No hable así a madre, ella tiene razón. Usted se va todas las mañanas y nos deja aquí sin más que hacer que ver pasar el tiempo. Debería intentar ser comprensivo…

Lola calló ante el cambio en las facciones que deformaron la cara de su padre como nunca antes había visto, mientras se acercaba a ella lentamente, como un depredador controlando su

presa.

—¿Qué has dicho? ¿Qué te has atrevido a decirme? ¿Dónde ha quedado el respeto que me debes?

—Pero padre, yo …

La bofetada hendió el aire, que se volvió denso en un instante, sólido, desdibujado como una masa informe y anodina que impedía la respiración. El tiempo se paró, los pensamientos arañaron las paredes, rompieron sus cadenas y salieron a la superficie sin control, sin orden. Se podían escuchar los susurros de la intimidad, sus desvaríos, sus secretos perdiéndose en el infinito del vacío.

Doña Angustias rompió a llorar y su gemido devolvió a la vida a los protagonistas de la tragedia. Sin pensarlo dos veces, Lola salió corriendo escaleras abajo, dejando a su padre plantado en medio de la habitación, sorprendido aún por lo que acababa de suceder. Jamás había perdido los nervios de aquella manera y menos con su hija, menos con ella, su adorada Lola. Entonces un grito que trataba de atraparla y devolverla al pasado, como si nunca nada de aquello hubiera acontecido, rasgó la mañana.

—¡Lola…!

Pero Lola ya no oía nada, solo el deseo de huir movía sus piernas, lo demás la había abandonado. En su desbocada carrera se salió uno de sus zapatos, perdió pie y a punto estuvo de rodar, pero recuperó el equilibrio y continuó su descontrolada fuga. Lorenzo, que entraba en aquellos momentos al vestíbulo, escuchó la cabalgada y el posterior traspiés, y se asomó extrañado al hueco de las escaleras justo cuando la muchacha cegada por el llanto desembocaba contra él. El inesperado impacto provocó que ambos rodaran por el suelo, llevándose la peor parte la joven, que aterrizó contra una esquina del zócalo, haciéndose una pequeña brecha junto a la ceja.

—Señorita Lola, ¿está usted bien? —Lorenzo se levantó apresuradamente y corrió a auxiliar a la chica— ¿Cómo bajaba de esa manera? ¿Ha ocurrido algo? ¿Están bien sus señores padres?

Lola levantó la cabeza y un hilo de sangre corrió por su rostro. Al sentir el cosquilleo del líquido se tocó la cara y un tiznajo rojizo decoró la piel, dando al conjunto un punto de horror. Ayudó a sentarla e inmediatamente oyó un segundo trote. Esta vez vio que don Siro se acercaba a ellos corriendo.

—¡Pero criatura! ¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído? —y volviéndose a Lorenzo, cuyo espejismo apenas había durado unos instantes, ya convertido de nuevo en patán, le gritó.

—¡Ayúdeme a levantarla y a llevarla a su cuarto!

Ambos ayudaron a Lola, que se dejó conducir como un animalillo indefenso de vuelta al redil. Las lágrimas, mezcladas con la sangre que manchaban su vestido, daban a la escena un velo dramático, que aumentó considerablemente cuando en el umbral de su habitación apareció doña Angustias quien, dando un grito desquiciado, se lanzó sobre su hija, convencida de que

estaba muriéndose. Lorenzo fue despedido y sin saber qué pensar volvió a su puesto de hostelero centinela con el alma encogida, el yo herido y un dulce aroma a jazmín en la mano que había sujetado la de su amada. Poco botín para tamaña guerra.

A media tarde, sin embargo, Lola hizo su aparición y se quedó quieta frente a él, inmóvil. Estaba pálida, una gasa con esparadrapo cubría una parte de su frente. Lorenzo, como era habitual en él desde que conoció a la muchacha, perdió el habla, se quedó mirándola, parado, sin saber qué hacer. Simplemente se levantó y cuando había reunido todas sus fuerzas para preguntar qué deseaba, oyó su voz.

—Vengo a ofrecerle una disculpa y a darle las gracias por su ayuda. Es lo menos que merece después de lo de esta mañana.

—No se preocupe —tartamudeó el muchacho—, lo importante es que se encuentre usted bien.

Lola asintió, esbozando una especie de mueca que quería ser una sonrisa. Hizo ademán de darse la vuelta ante el silencioso proceder del joven, pero se lo pensó mejor. No tenía ganas de continuar encerrada en aquel cuarto, que cada día odiaba un poquito más, ahogada en el aburrimiento, enfadada con todo lo que la rodeaba, hastiada de las constantes disculpas de su padre que, cargado de remordimientos, abría la puerta una y otra vez para ver si se encontraba bien, si necesitaba algo, si le dolía la cabeza, en una torpe manera de pedir un perdón que ella no necesitaba.

—Imagino que le debo una explicación —volvió a dirigirse a Lorenzo.

—En absoluto, señorita. No me debe nada.

—¿Entiendo que le molesta mi presencia? —preguntó la joven con un deje de soberbia.

—¡Oh! No. No he querido decir eso —el rubor cubrió su rostro hasta la raíz de su pelo castaño bien peinado.

Lola soltó una carcajada. Por primera vez desde hacía muchos días rio con ganas.

—¡Era una broma! —dijo entre hipidos—, pero al parecer te lo has tomado muy en serio.

Lorenzo la miraba entre desconcertado y ruborizado, mientras en su cerebro un fluir de emociones lo llevaba de la felicidad al ridículo y de ahí a la incomprensión, pasando por la esperanza y el miedo.

Repentinamente y ante la incredulidad del muchacho, todo se volvió de otro color. Lola comenzó a hablar, a desahogarse ante los ojos escépticos de Lorenzo, que miraban sin terminar de creerlo aquella aparición, mientras escuchaba encantado todo lo que aquellos labios quisieran formular. De esta manera el joven se enteró de cuál era el motivo de su estancia en Madrid, de cómo su padre estaba derrochando egoístamente todos los recursos familiares en una empresa sin futuro, en la que se había embarcado sin tener en cuenta a su familia. Le habló de la discusión, de por qué corría por las escaleras, de cómo se sentía, de su soledad, de lo que echaba en falta su

pueblo, sus amigas, su mundo…

Lorenzo, embelesado, asentía una y otra vez. Su mente estaba anclada en el murmullo suave de aquellas palabras, de aquellos gestos, de aquellas manos que subían y bajaban, que abrían sus dedos, de su cabeza que se inclinaba hacia los lados. Hacía rato que se había rendido a la felicidad de su presencia.

Todo acabó de golpe, la magia se hizo añicos como un cristal tras el impacto de una piedra. Una llamada y Lola volvió a la realidad, miró a su interlocutor como si despertase de un sueño desconocido, como si no supiera qué hacía allí, se llevó una mano a los labios y salió corriendo escaleras arriba mientras se despedía.

A partir de aquel momento, un lazo invisible tejió su red entre aquellos dos corazones. De la confesión desolada de Lola fueron surgiendo pequeñas conversaciones. Sin darse cuenta, Lorenzo comenzó a participar en ellas, a opinar, a reírse de las extrañas ocurrencias de su amada, a absorber con fruición cada uno de los instantes que tenía a su lado. Lola aprovechaba las siestas de su madre y salía sin hacer ruido. Bajaba las escaleras feliz de haber encontrado un amigo, a quien bombardeaba a preguntas. Su curiosidad era insaciable. De esta manera se enteró de todos los chismes del hotel. No había mejor fuente que su dueño.

Algunas veces sus conversaciones se veían interrumpidas por algún cliente que bajaba, subía o pedía algo. Inmediatamente dejaban su diálogo y Lorenzo se afanaba en sus tareas. Ella le seguía con los ojos, pensando que tal vez lo entretenía demasiado, pero ¡era tan agradable estar con él! Un día se lo preguntó, quiso saber si era así de cortés y paciente porque era una clienta, pero el muchacho respondió de una manera inesperada. Volvió sus ojos hacia ella y con una medio sonrisa indescifrable, negó con la cabeza.

—Es un placer hablar contigo —dijo antes de que toda la sangre subiera a borbotones a sus sienes.

Lola subía de nuevo antes de que su madre despertara, pero cada vez apuraba más el tiempo y algunas veces llegaba tarde. Entonces, con ojos interrogantes doña Angustias la escrutaba.

—¿Qué andas haciendo por ahí abajo?

—Nada madre, he salido a la puerta a tomar el fresco. Me ahogo en esta habitación.

—¿A tomar el fresco? Pero ¿qué estás diciendo, chiquilla? Si abro la ventana a estas horas, entra fuego. Me estás ocultando algo —su voz se volvía taimada.

—No madre, solo es que me aburro.

Doña Angustias no estaba nada convencida, conocía a su hija y sabía que algo tramaba, pero no sabía qué. Mientras tanto, Lola se maldecía por su descuido, tendría que ser más cauta si no quería que sus escapadas vespertinas, con las que soñaba desde que salía el sol, se fueran al traste.

Y así el tiempo fue envolviéndolo todo, reforzando unas costuras y desgarrando

definitivamente otras. El verano dio paso al otoño. Doña Angustias iba haciendo honor a su nombre cada vez con más fuerza. Se quedaba en la cama todo el día, malhumorada, siempre quejándose de su salud, de dolores inexistentes que pudieran hacer a su marido, cada vez más distante, reflexionar y sentar la cabeza. Si había luz, era molesto para sus ojos; si hacía calor, se marchitaba; si refrescaba, se moría de frío. La comida era insufrible; los vecinos, unos pordioseros; su hija, un ser perverso que la abandonaba continuamente. Y es que la muchacha había pedido permiso a su padre para salir sola del hotel, ir a misa, recorrer el barrio y comprar algún vestido para el invierno y Don Siro había accedido, a pesar de las amargas quejas de su mujer. Por una parte, aún sentía en sus manos la quemazón de la bofetada y creía que aquella concesión lavaría sus culpas, por otra estaba seguro de que era una medida de presión, que obligaría a su esposa a abandonar ese lecho donde se consumía sin remisión, cogiendo uno tras otro un montón de kilos. Pero estaba equivocado, en aquella batalla su esposa no estaba dispuesta a ceder y estas extrañas estrategias conyugales permitieron una libertad a Lola que jamás imaginó.

Su vida cambió radicalmente y con ella la de Lorenzo. Se hicieron novios. Algunas veces podían incluso pasear de la mano tranquilamente por la ciudad. Nadie los conocía, nadie se fijaba en ellos, una pareja más, por una calle cualquiera, con la simpleza del enamoramiento desbordando los ojos. Lola amaba la ciudad y su anonimato. Compartían las horas mientras hacían planes de futuro, inconscientes planes para un mañana que jamás llegaría, planes donde se incluía una boda, unos niños, una vida. Y durante aquellos días fueron felices, increíble y locamente felices.

Lola administraba el tiempo para que su madre no sospechara, volvía con alguna bolsa, contaba cómo era la iglesia, cómo eran sus fieles. Pero cada vez más, doña Angustias se hundía en un pozo de melancolía y frustración insondables, un callejón sin salida. Nada parecía interesarle, ni siquiera las salidas y entradas de su hija, cada vez más frecuentes.

Don Siro tampoco escuchaba nada. Cada vez más escuálido, no sabía cómo salir del atolladero en el que se había sumido. Como don Quijote, había confundido las cosas, la realidad ahora se mostraba cruda a sus ojos: a nadie le interesaban sus estudios, sus hipótesis, su trabajo. Pero su orgullo le impedía reconocerlo e incansable, seguía dando tumbos, cada vez más desalentado, de un sitio a otro, empezando a recibir por su obstinación los primeros desaires, las primeras palabras descorteses.

Había muchas decisiones que tomar en la familia de don Siro, pero nadie se atrevía a dar el primer paso, de forma y manera que una densa tela de araña, cargada de malos augurios, se cernía sobre todos. Lola tenía que hablar con sus padres sobre su relación, pero más que temer, sabía que se lo prohibirían. Aquel muchacho a quien amaba no pertenecía a la clase de hombre a la que aspiraban sus progenitores y aunque ella estaba dispuesta a fugarse con Lorenzo, quería exprimir al máximo aquellos momentos de tensa calma. Su padre tenía que buscar una solución honrosa para su loca aventura, no podía digerir que había malgastado dinero, tiempo y esfuerzos, amén de destrozar su familia, en una quimera. Lentamente iba dejando atrás sus ensoñaciones y empezaba a asimilar la magnitud de su equivocación. Algunos días se sentaba en un banco del parque y lloraba amargamente. En aquella ciudad era un don nadie, ni siquiera contaba con un título universitario como carta de presentación. Por último, doña Angustias tenía que salir de aquella trampa, de aquel encierro, de aquella depresión que la atenazaba, de la melancolía de

sentirse abandonada y sola. Pero su altanería le impedía doblegarse, rogar a su cónyuge que la salvara de aquel infierno. Su soberbia iba aún más allá y el rencor crecía cada segundo, lenta pero inexorablemente.

Desayunaban cada día como si no pasara nada, pero el silencio atronador del ruido monótono que hacían los cubiertos al chocar contra la porcelana era revelador.

Era jueves. Lorenzo libraba por la tarde y los novios habían hecho planes juntos. Tomarían chocolate con churros, pasearían por la Plaza Mayor y pasarían por Pontejos a comprar unas telas. Lola se despidió de su madre como siempre, invitándola a que la acompañara en una retórica pregunta de la que conocía la respuesta. Aquel día doña Angustias ni siquiera contestó, levantó una mano gordezuela e indicó que se marchara. Mientras bajaba las escaleras, Lola se preguntó si estaría siendo egoísta con su madre, si no debería insistir más en sacarla de aquella habitación.

Era otoño, pero aún se dejaban sentir los últimos coletazos de un verano agonizante. Una ligera brisa refrescaba los corazones, recordando que el ciclo comenzaba de nuevo y las primeras hojas de los árboles iniciaban su ocre baile. Los novios se cogieron del brazo y salieron exultantes a devorar las horas que el tiempo les regalaba.

Don Siro volvía cabizbajo de su periplo diario, con la mente absorta en negros pensamientos y la necesidad de tomar una decisión que pusiera al desnudo su fracaso, cuando, al doblar la esquina, se topó con una gran aglomeración de gente en la puerta del hotel. Había policías, se oían gritos, y un vehículo subido en la acera, olvidado en la zona opuesta al barullo, con las puertas abiertas, se le asemejó a un animal de ojos pequeños que fuera a echar a volar. Un pensamiento fugaz azotó su alma, una sensación indescifrable, un terror salido de alguna entraña desconocida, se desató. Respiró hondo mientras apretaba el paso y se dijo que aquello nada tenía que ver con él, pero un malestar desconcertante le invadió y contra su propia voluntad echó a correr. Se abrió paso entre la gente, educadamente al principio, con urgencia después, hasta que llegó a la escena que aquel gentío observaba. Había un cuerpo en el suelo y una sábana blanca sobre él, una sábana que lentamente se manchaba de sangre.

La policía no dejaba a nadie acercarse y junto al cuerpo, un hombre vestido de negro acababa de levantarse con mirada sombría y con un maletín en la mano negando con la cabeza. Don Siro solo tenía ojos para aquel hombre, se negaba a ver más, se empeñaba en seguir sus movimientos, observar sus zapatos brillantes, que se movían por el suelo gris levantando una levísima capa de polvo que se quedaba adherida a los laterales. Zapatos que se paraban, daban dos pasos y volvían a pararse, cambiaban la presión que ejercía aquel cuerpo, se combaban levemente en su triste caminar. Y sin pretenderlo lo vio. No deseaba ver nada, pero en ese deambular por el cemento, su mirada se fijó en un objeto junto a la pared. Una pequeña y conocida zapatilla rosa que se había desprendido en la caída, en absoluta rebeldía con el acto de su dueña.

Don Siro se quedó petrificado. ¡Mi niña!, pensó, ¡mi ángel! Y una oleada de angustioso pánico sacudió su cuerpo. ¿Cómo había podido suceder algo así? Volvió lentamente la mirada al bulto blanco que no había querido ver antes y se sorprendió de su tamaño. No, no era Lola… y un alivio inesperado arrebató el lugar a la tristeza un segundo, el tiempo preciso para que su

mente fuera capaz de comprender el dolor de otra tragedia. No, no era su hija quien había caído desde la ventana, era su mujer.

El entierro de doña Angustias fue lóbrego. El día amaneció plomizo, denso, y una fina e insistente lluvia no dejó de caer en toda la jornada. Apenas había nadie en el cementerio porque apenas nadie la conocía en la ciudad. Aparte de su hija y su esposo, que se había consumido en horas, asistieron al acto Lorenzo, que acompañaba a la familia, la señora Ruiz, que consideró una obligación cristiana dar el último adiós a su vecina, y el sacerdote. Lola no dejaba de llorar, con la cara roja y los ojos hinchados hipaba silenciosamente, secándose con un pequeño pañuelo, de cuando en cuando, las lágrimas que, testarudas, se empeñaban en continuar saliendo. A su lado, don Siro, blanco como la lápida de mármol, estaba inmóvil, apenas pestañeaba, apenas podía creer lo que estaba viviendo y su mente, colapsada, no era capaz de enviar sensaciones de dolor o miedo. Lorenzo miraba de reojo a la muchacha y sufría deseando poder coger su mano y consolar su corazón. Desde la desgracia no había vuelto a hablar con Lola.

Ella le había dejado en el vestíbulo, sonriente, feliz, deslizando un ligero beso en la mejilla. Después, la realidad se había abierto paso a dentelladas. Cuando el muchacho fue a cambiarse de ropa, se encontró a su padre sentado en una silla de su cuarto, con un vaso en la mano y la botella casi vacía sobre la mesilla. Estaba más borracho que de costumbre. Lorenzo se sintió irritado, cada día estaba más cansado de aguantar sus peroratas, sus gritos, sus tristezas de beodo, pero nunca había profanado su espacio de aquella manera, nunca le había esperado en su habitación. Su malhumor iba en aumento. Había confiado en que se mantendría sobrio hasta su vuelta, le había encargado simplemente controlar la entrada y que la muchacha que les ayudaba con las faenas hiciera lo necesario para que todo estuviera listo para la cena, pero ya ni siquiera podía encargarse de eso. Lo miró con cara de contrariedad mientras se desabrochaba la camisa.

—¡Menudo espectáculo te has perdido! —su padre se levantó y arrastró los pies inseguros hasta la cama para acercarse más.

.—¡Bummmm y zas! —un sinfín de babas salieron de su boca mientras seguía su historia— ¡Contra el suelo, aplastada como una tortilla! ¡Cómo se quejaba la vaca! Y luego silencio. Se murió.

Dio otro trago al líquido dorado que había en el vaso y sonrió bobaliconamente.

—Ahora el Tieso ya es viudo, como yo. Tu madre, la muy puta, me dejó, no se mató, pero más le hubiera valido—, continuó en tono gangoso.

Lorenzo no entendía nada de lo que su padre decía, pero sabía que el Tieso era don Siro y una ola de temor cubrió su corazón.

—Papá, ¿qué ha ocurrido?, ¿quién ha muerto?, ¿por qué el Tieso es viudo? —el joven se acercó a la cama y exigió una respuesta.

Pero aquel hombre decidió no hablar más y seguir bebiendo. Había cumplido con su cometido, ¿no? Había cuidado del castillo, aunque la dama se hubiera espachurrado, pero eso no era asunto suyo. Si el Tieso no se marchase todos los días y la dejara sola…

—Contéstame, papá, ¿qué ha ocurrido?

La sonrisa distraída y el gesto ausente de su padre enervaron a Lorenzo.

—¡Contesta de una vez! —gritó.

—Yo he protegido el castillo, pero si la dama quiere volarrr…

Lorenzo había perdido los nervios y cogido de los hombros a su padre para zarandearlo, pero descubrió sus pupilas vidriosas, aspiró el olor de su aliento y vio su gesto perdido, por lo que comprendió que era perder el tiempo. Se apartó de él y, cambiando de opinión, decidió acabar de vestirse y salir a ver qué había pasado. El nerviosismo le corroía las entrañas, porque si hilaba las palabras ahogadas en alcohol de su padre, preveía una tragedia. Salió de la habitación corriendo y sin parar subió al segundo piso, donde se encontraban las habitaciones de Lola. La puerta estaba abierta. Se asomó y cuando la vio sentada en un butacón llorando, con la bolsa de telas a sus pies, la cama de doña Angustias deshecha y vacía y a don Siro con la mirada enajenada, susurrando incomprensiblemente, la oscura realidad tomó forma.

—Retírese, por favor —oyó decir a aquel hombre, que parecía un fantasma—, se trata de un problema familiar.

Y con un suave movimiento cerró la puerta. Lola ni se movió, ni siquiera lo miró. Tenía los ojos fijos en la pared, el rostro mojado por el llanto y un persistente gesto de culpabilidad.

La muerte de doña Angustias había sido una victoria rotunda sobre su familia, sobre aquellos a los que culpaba de su soledad, de su miseria, de su infortunio. Primero había perdido su mundo tras un sueño imposible que no era el suyo. Después vio cómo se alejaba su marido tras los mismos pasos, cómo abandonaba toda cordura en aras de una esperpéntica idea que desde un principio se proclamó como inútil. ¡Pero Lola!, de ella no esperaba tamaña traición. Su hija, su niña, su luz, aquel ser en el que había depositado todas sus esperanzas, a quien creyó su aliada en aquella desquiciada batalla, también se había hecho un hueco en la maraña de esa ciudad. Creía que no lo sabía, todo el mundo la había tomado por tonta, pero ella controlaba, escuchaba, observaba cada respiración de su hija. Nada se puede esconder a una madre, nada, y menos el amor. Salía creyendo que dormía, volvía con las mejillas arreboladas, tartamudeaba ante las preguntas más comprometidas, alargaba sus paseos, buscaba tareas fuera de allí… su madre solo necesitó algo de tiempo para descubrir de quien se trataba.

Todo había ocurrido por casualidad, Lola salió y doña Angustias recordó que había olvidado pedirle las pastillas del dolor de cabeza. Se asomó a la ventana y los vio. El muchacho del vestíbulo y su hija; juntos, del brazo. Se derrumbó. Pensó en poner las cosas bien claras cuando volviera, aquel no era chico para ella, no tenía cualidades, ni el dinero suficiente para satisfacer los caprichos de su niña. Estaba indignada, una rabia sorda crecía por sus entrañas hasta caldear sus orejas. Hizo ademán de vestirse y salir tras ellos, coger a Lola del brazo y alejarla de aquel mundo que no era el suyo. Pero no encontró las fuerzas.

Toda su vida se vino abajo, estaba en una ratonera y antes o después la jaula caería al intentar coger el queso. Era cuestión de tiempo. Ya no era nadie, ya no pintaba nada, ya no tenía voz en aquella familia que representaba todo para ella. Habían perdido gran parte de su dinero,

volverían al pueblo sin blanca, con el rabo entre las piernas, y se convertirían en el hazmerreír de unos y en un sentimiento de lástima para otros. Lola… ¿qué sería de ella?

Estos pensamientos fueron tomando forma a lo largo de los días, alimentados por la soledad y el silencio. Días de mentiras, días de hipocresía, días en los que el disimulo de don Siro y la falsedad de Lola hicieron mella en su ánimo. Y fue así como los pensamientos se tejieron unos a otros, como se enredaron en el desalentado corazón de doña Angustias y lo fueron asfixiando lentamente, emponzoñando su existencia, hasta que, repentinamente, llegó a la amarga conclusión del fin. No quería asistir a la debacle de su familia, solo quería descansar definitivamente en paz.

Una vez concluido el entierro, don Siro y Lola recogieron silenciosamente sus cosas y vaciaron amargamente las habitaciones. A cada paso que daban se topaban aquí y allá con recuerdos de doña Angustias, objetos que había ido esparciendo por el espacio a través del tiempo de abandono, algunos de ellos incluso llevaban impreso su perfume aún, inconfundible, y el silencio de la vergüenza y de la culpa teñía las almas de negro.

Lola seguía llorando en silencio, a ratos. Más de una congoja dominaba su alma. Era una lucha sin esperanza contra su propia razón. Tenía que hablar, decir a su padre que no volvería al pueblo, que su lugar estaba allí, con Lorenzo, con su amor. Tenía que superar su dolor, su tristeza, el sentido de responsabilidad incumplida que la ahogaba. Y, sin embargo, un muro de jirones de llanto había abierto un abismo infinito que la apartaba de don Siro cada vez con más fuerza. Varias veces intentó abordarlo con un temblor pertinente en los labios, pero siempre se topaba con el mismo gesto, con las mismas palabras que emplazaban la conversación para otro momento. La lluvia obstinada seguía componiendo una música nostálgica contra los cristales, emborronando las calles de un Madrid distante y atropelladamente oscuro.

Lorenzo esperaba impaciente. Había subido varias veces al segundo piso con la esperanza de encontrarla, de arañar un segundo a la tragedia para hablar de ellos, pero solo un ruido constante de mover bártulos había llegado hasta sus oídos, agudizando su zozobra. El temor a perderla era más fuerte que sus ansias de respirar, por lo que su corazón se desbocaba con cada pequeño ruido que acechaba aquellas paredes.

Aquel día todo estaba quieto, tranquilo, como si los huéspedes se hubieran puesto de acuerdo para no salir, para no pedir, para no tener ningún leve problema que solucionar, tal vez queriendo dar la espalda a una muerte que había rondado sus vidas. Lorenzo permaneció casi todo el día en el vestíbulo, pendiente de la escalera, pero poco a poco sus ojos se perdieron en el invariable deambular de las gotas deslizándose por los cristales de la puerta. No bajaron a comer. Cuando ya pensaba que no bajarían a cenar, un susurro monótono de pasos antecedió su presencia. El alegre murmullo de comensales y cubiertos quedó en silencio un segundo y todos los ojos se volvieron hacia la puerta. Don Siro estaba aún más pálido, sus pómulos se marcaban contra la piel y hundían las cuencas de sus ojos tan profundamente que le daban un aspecto quijotesco. Con la cabeza levantada y recién peinado, anduvo con paso firme entre las mesas hasta llegar a la suya sin posar los ojos, ni un instante, en nadie. Lola iba detrás, mucho menos erguida, con los parpados enrojecidos, y vestida de riguroso luto; un negro que contra la blancura de su piel le conferían un aspecto de fragilidad casi etérea. Cuando se sentaron, el rumor contenido volvió a elevarse. Lorenzo no quitaba ojo a su novia, pero ésta no hizo ni un solo gesto

que le permitiera albergar ninguna esperanza de verse.

Todo estaba preparado para su marcha y Lola seguía sin encontrar el momento preciso. Se metió en su cuarto y se acostó. Una vuelta tras otra le hizo llegar a la conclusión de que no existía un momento adecuado y, espoleada por sus sentimientos, cruzó a la otra habitación, donde su padre fumaba su pipa, mirando ausente la lluvia caer a través de los cristales.

—Padre…

Don Siro dio un respingo y a punto estuvo de dejar caer la pipa de sus manos.

—Hija, ¡me has dado un buen susto! ¿No puedes dormir?

—No.

—Es normal, ha sido… lo de tu madre… yo lo siento —las palabras no acababan de formarse en su boca—. Ven, siéntate a mi lado, juntos…

—Padre, quería hablarle de algo —Lola se sentó junto a la ventana, en la oscuridad de la noche.

—Dime qué te quita el sueño.

Y sin más preámbulos Lola empezó a hablar. Según sus palabras salían a borbotones, don Siro dejó de mirar la ventana, colocó la pipa apagada en la mesita de noche y observó a su hija sin querer comprender lo que decía.

—…Lorenzo y yo somos novios y él querría pedir permiso para…

No pudo más. Primero su fracaso, después la absurda muerte de su esposa y ahora esto. Estaba cansado, se sentía perdido, desamparado, derrotado y ahora su hija, entre tanto dolor, cuando estaba hundido por los problemas, le hablaba de enamoramientos, de una relación con un pelagatos, de no irse de Madrid, de no abandonar aquella maldita cuidad que le quería arrebatar todo. Y sin poder controlarse, reaccionó.

—¡Basta! ¡No quiero oír más majaderías! ¿Cómo te atreves a hablarme de sandeces de este calibre con el cuerpo de tu madre todavía caliente? ¡Tú no tienes corazón! ¡Vuelve a tu habitación inmediatamente antes de…

—¿Antes de qué? ¿De volver a abofetearme? —Lola se arrepintió inmediatamente— Padre…

—¡He dicho que no quiero oírte más! Saldremos mañana, como teníamos planeado —dijo don Siro, levantándose violentamente de la silla y señalando con el brazo la puerta semiabierta de la habitación de su hija.

—Padre es injusto… —respondió en un susurro.

—Lola, ¡vete!

La muchacha ya lo vio todo perdido y estaba a punto de darse la vuelta, cuando una ira destructora llegada de no sabía qué rincón de su cuerpo, alimentada por el amor que sentía y que presumía muerto, se agolpó en su boca y salió sin control.

Levantó la cabeza y le gritó fuera de sí. Le culpó de la locura que los había llevado a la ruina, de las responsabilidades que había olvidado con su familia, con su esposa, a la que había visto marchitarse sin mover un dedo; con ella, que había tenido que salir al mundo para no sucumbir, como doña Angustias, al encierro. Con lágrimas en los ojos lo llamó insensible, lo acusó de no buscar su felicidad, de llamar pelagatos al ser que amaba, cuando ellos apenas tenían donde caerse muertos. Él se había encargado de acabar con todo. Por lo tanto, no debía dar lecciones de nada.

Don Siro, tomado por sorpresa, ante aquel caudal de palabras que le rompían el alma volvió a sentarse de nuevo, bajó la vista, se atusó el canoso bigote y dijo.

—He dicho que te vayas a tu cuarto.

Lola dio un portazo al salir. Era su forma de chillar. Se lanzó a la cama hecha un mar de lágrimas. No podía hacer nada, no podía ir contra la autoridad de su padre, ni siquiera era mayor de edad. Pero, sobre todo, su pena no tenía consuelo porque había algo contra lo que no podía luchar, algo que la ataba, que le impedía actuar, escaparse, y era la certeza de que nunca sería capaz de abandonarlo.

Lorenzo dormía intranquilo, sobresaltado por los acontecimientos. Su gran cama, que había pertenecido a sus padres, se le hacía estrecha. Algo le despertó. Al principio no fue capaz de encontrar el origen de los sonidos intermitentes que interrumpían su sueño. Instantes después supo que eran unos nudillos contra su puerta. Adormilado se levantó y se puso una bata susurrando un improperio. Se acercó a la puerta y abrió. La figura de Lola se recortaba contra la escasa claridad del pasillo, Lorenzo la miró atónito.

—¿Puedo pasar o me vas a tener toda la noche en el pasillo? —preguntó con cara circunspecta.

—Perdona, no esperaba… no creía… Pasa, por favor, pasa —Y haciéndose a un lado la dejó entrar.

La puerta se cerró y antes de que Lorenzo pudiera obtener una explicación de aquella visita, Lola se echó en sus brazos deshecha en llanto. Todo aquel derroche de sentimiento le pilló desprevenido. Lo más cerca que había estado de una mujer en su vida se remontaba a sus tiempos infantiles, a alguno de los escasos abrazos maternos que aún poblaban su memoria. Sintió que todo su ser se excitaba y se maldijo por ello, no era el momento, pero su cuerpo volaba libre, sin atenerse a los dictados de su razón. Procuró calmarse, las primeras palabras de la joven hicieron el resto.

—Mañana me voy… —el llanto sofocó sus palabras.

Lorenzo la miró incrédulo, sus ojos se abrieron inconscientemente y un arrebato sin dueño le sobrecogió.

—¿Qué estás diciendo, mi amor? —susurró.

—Mi padre… no quiere… dice… —las palabras surgían inconexas, balbucientes, entre hipidos, como si cada sílaba compusiera un dolor en su garganta, una punzada en su alma.

No hacía falta mucha imaginación para comprender lo que Lola trataba de decirle entre lágrimas.

—No puedes irte, al menos sin la promesa de volver a vernos.

El llanto arreció, los hipidos cada vez eran más fuertes y el pequeño cuerpo temblaba sin control en los brazos masculinos.

—Ven, mi amor, siéntate aquí y respira profundo para que podamos hablar con tranquilidad.

Las derrotas injustificadas son más dolorosas, porque no hay un criterio para entenderlas. La usurpación de la felicidad por un abuso de poder no deja ni un estrecho margen a la esperanza. La impotencia del absurdo recorría aquel cuarto, tratando de encontrar una solución que sabían imposible. Huir, ¿hacia dónde? La conciencia no permitiría ser feliz a Lola teniendo que aceptar la crueldad del abandono, pero esa misma conciencia rompería su corazón por tener que dejar todo lo que amaba. Una encrucijada en la que todos los caminos desembocaban en un precipicio.

Pasaron las primeras horas hablando, buscando posibilidades que dieran un aliento a su amor. Lorenzo, sentado en la cama, acariciaba el pelo de Lola con una nostalgia que aún no debería de sentir, pero que lo embargaba. Lentamente, las posibilidades se fueron esfumando y ambos fueron conscientes de un fin que les arrancaba la vida. Lola volvía a llorar desconsoladamente y Lorenzo notaba ascender una congoja que limitaba sus palabras a través de su cuerpo. Abrazó con fuerza a su novia y al separarse se miraron en silencio, sintiendo una lástima profunda de ellos mismos, de esas decisiones que no les estaba permitido tomar. Sus miradas quedaron prendidas la una de la otra, en un baile extático, solo advertido por ellos. Un mechón de pelo rebelde se había escapado de la cárcel del peinado ondulado de la muchacha y revoloteaba juguetón al compás de los hipidos de su dueña, sombreando su cara en una danza constante, que contrastaba con el brillo de las lágrimas. La lluvia arreciaba contra los cristales y el viento se enojaba violento, lanzando ráfagas que hacían susurrar a los árboles.

—Quiero quedarme esta noche aquí, contigo —los ojos de Lola se alzaron asustados y anhelantes—, seguramente será el último momento de intimidad que nos quede.

—¿Y si se despierta tu padre? ¿Y si ve que no estás en tu cuarto? ¿Y si…?

—Calla, por favor. No me hagas las cosas más difíciles de lo que ya son —interrumpió la joven—. Siempre he hecho lo que se esperaba de mí, he aguantado los desvaríos de mi padre sin apenas cuestionar una palabra, he tenido que aceptar la muerte ilógica de mi madre y ahora, sin tiempo para asimilarlo, separarme de ti, a quien tanto amo. El amor y el respeto son las herramientas que están cavando mi tumba, porque mi vida sin ti ya no será vida… Me merezco esta noche, nos merecemos esta noche porque quién sabe…

Las palabras de Lola se perdieron entre el llanto, como si nunca se hubieran dicho, como si aquella joven señorita no hubiera pronunciado ni un solo sonido, como si ningún pensamiento fuera de lo correcto hubiera cruzado su mente femenina y frágil ni un instante. Era una mujer fuerte, había llegado hacía unos meses como una niña de la mano de sus padres, consentida, asustadiza, timorata, pero las circunstancias habían sembrado madurez en sus entrañas, esa misma que ahora empujaba su férrea determinación.

—¿Estás segura? —Lorenzo no acababa de creerlo y no estaba dispuesto a dañar lo que tanto amaba.

—Sí.

La noche fue un brillante oasis en las inmediaciones de un desierto. Durmieron abrazados en las postrimerías de la noche, después de acariciarse, de besarse y de abrazarse. Nada más ocurrió entre aquellos dos jóvenes corazones. Lorenzo no se dejó vencer por un deseo que lo torturaba, pero que no alcanzaba remotamente al amor y al respeto que Lola le inspiraba. Hablaron sin hacer planes, con el desaliento bailando en sus manos, con unas palabras teñidas de un olvido prematuro y doloroso que provocaba a las lágrimas, que se mantuvieron dispuestas a desbordarse a cada instante.

—¿Te olvidarás de mí?

—Nunca. Iré a buscarte algún día… ¿Y tú?

—Jamás. Irás conmigo allá donde yo vaya…

Las palabras de amor rasgaban el silencio, se escapaban hacia el lugar donde, desde tiempos remotos, intercambian los suspiros los amantes; donde no hay lugar para el ridículo ni para la vergüenza, donde los diminutivos marcan los besos y el término empalagoso, la necesidad de amar. Ese lugar en el que se vence por una vez al tiempo y al espacio, donde nada existe alrededor, donde se difumina el paisaje y se crea uno particular y único, suave y dulce como una caricia. Y en ese paisaje inventado, rodeados de las palabras de aliento y vencidos por la realidad y la tristeza, quedaron dormidos, abrazados, aspirando el aroma del otro, acaparando el calor del otro, acompasando la respiración del otro… por última vez.

Cuando a la mañana siguiente don Siro, que apenas había podido dormir en toda la noche, entró en la habitación de su hija y contempló la cama vacía, un pensamiento sombrío y angustiado fue tomando forma en su interior. Era la culpabilidad la que hablaba por él, la que le arrastraba hacia el pasado, la que quería salir de aquel hotel, de aquella ciudad, de aquel sueño que le recordaba con una cadencia repetitiva que nada de aquello hubiera ocurrido si hubiera dejado que la vida fluyera como lo estaba haciendo hasta que él tomó su decisión. Doña Angustias continuaría viva, serían una familia de bien, su hija se casaría con un terrateniente de la zona y él continuaría soñando lo que habría podido llegar a conseguir. Por eso, el ordenado vacío de aquel cuarto donde debería haber estado Lola le atravesó el corazón.

Hay dos maneras de afrontar la culpa, hundiéndose en ella o transfiriéndola a otro con la clara intención de justificarse. Hasta aquel momento, don Siro había naufragado en su pena, había asumido toda la responsabilidad de aquella trágica derrota, se había fustigado una hora tras

otra con el convencimiento de su error. Sin embargo, aquella ausencia desencadenó en él la posibilidad de la penitencia, una clara justificación para dejar atrás su culpa y centrarse en la de los demás. ¿No había traicionado Lola a su madre? ¿No la había abandonado? ¿No había escondido su enamoramiento? ¿Quién podía saber las causas que llevaron a doña Angustias a hacer lo que hizo? ¿Y si sabía de sus escarceos y no lo pudo soportar?... Estas y otras preguntas se abrieron paso en su mente y lentamente fueron mitigando su dolor, un espacio que con la misma parsimonia fue rellenando la ira. Lola era cruel, no tenía vergüenza, ni honra.

Antes de que don Siro llegara a la puerta de la habitación de Lorenzo, los amantes se despertaron sobresaltados por los gritos. Apenas si tuvieron tiempo de vestirse cuando unos golpes furiosos aporrearon la puerta. Los jóvenes se miraron y sin palabras se dijeron adiós, después Lorenzo abrió al desencajado veterinario que, sin hacer oídos a las palabras del muchacho, lo apartó de su camino de un manotazo y se fue directamente a la silla desde donde Lola lo miraba atónita.

—¡Recoge tus cosas, que nos vamos! No voy a decirte lo que eres por respeto a tu madre, que descansa bajo tierra —gritó—, pero las mujeres como tú tienen un nombre. ¿Es esto a lo que te dedicabas mientras esa santa mujer sufría por ti? Abandonada tarde tras tarde por su hija adorada… ¡lo que debió de sufrir!

Lola miraba a su padre sin comprender. Nada quedaba del hombre hundido y abochornado por la culpa del que se había despedido la noche anterior. Ahora era un verdugo con una sola misión, cargarle la culpa a ella.

—Pero, padre, ¿qué está diciendo? Yo no abandoné…

—¡Calla, desgraciada! —la cortó don Siro a gritos, pero no pudo terminar porque la sombra de Lorenzo avanzó hacia él.

—Perdone, don Siro, pero está usted siendo injusto. Aquí no ha pasado nada esta noche, Lola vino…

Las manos de aquel hombre iracundo se elevaron en el aire pidiendo silencio mientras en su cara la ira hacía sonrojar su piel. Respiró hondo y se acercó al muchacho hasta casi rozar su cara. Lorenzo era más alto y tenía que mirarlo desde arriba, pero este pequeño detalle no desalentó al veterinario.

—¡Cierra la boca! No digas una palabra más o me veré obligado a darte un escarmiento. Lo que has hecho con mi hija no tiene nombre, has mancillado su honra, así que si eres un hombre sal de aquí ahora mismo y no nos dirijas la palabra jamás, saldremos de esta habitación y de tu vida para siempre.

Pero Lorenzo no estaba dispuesto a dejar las cosas así, no estaba dispuesto a dejar a su novia en manos de aquel sujeto desquiciado y se encaró con él.

—No tiene derecho…

Don Siro se abalanzó sobre él con la rabia que había ido almacenando en su corazón, con el

coraje de su culpa, con toda la frustración de meses de fracasos y ambos rodaron por el suelo a puñetazos, patadas y empujones.

Lola gritó y se lanzó sobre ellos para separarlos.

—¡Basta! —gritaba—, ¡basta ya!

Pero aquel amasijo de manos y pies se levantaba lanzándose nuevamente uno sobre el otro con renovadas fuerzas en cada envite, llevándose todo a su paso. El estruendo rompió la tranquilidad matinal del hotel y por fin apareció don Ramón en la puerta, somnoliento, sereno en el nuevo despertar, preguntándose qué estaba ocurriendo allí. Entre él y la muchacha lograron separar a los contendientes, que se miraban con furia. El padre de Lorenzo consiguió llevarse a rastras al veterinario, que no dejaba de lanzar insultos y amenazas a gritos, mientras Lola trataba de tranquilizar a su novio. Después lo miró incrédula, le acarició el rostro en el que empezaban a marcarse algún que otro moratón y le besó levemente en los labios. No dijo adiós, simplemente se dio la vuelta con el alma desmoronándose a cada paso y salió de aquella habitación.

Lola y don Siro abandonaron el hotel momentos después, en silencio. De una manera u otra, todos los clientes hospedados allí asistieron a su marcha. Salieron en dirección a la estación y se perdieron en las casi desiertas calles de Madrid. Otro día amanecía en la ciudad, pero nadie parecía ser consciente de la desdicha que arrastraban esas dos almas, un desamparo basado en el abismo que se abría entre los dos y que ya jamás podría reconciliarlos.

Lorenzo esperó noticias, sucumbió al desánimo, se hundió en la soledad y pereció en la impaciencia. No podía olvidar, no sabía olvidar y, cuando algunos años más tarde su padre cayó enfermo, vendió todo lo que le recordaba la presencia de Lola y se dispuso a empezar en otro lugar, en otro oficio. Podemos correr todo lo rápidamente que queramos, nuestro pasado siempre es más veloz y cuando creemos que quedó atrás, se presenta sin avisar. Lola estaba viva en cada poro de su piel, en cada pensamiento, en cada victoria y en cada derrota. Finalmente se acostumbró a vivir con un fantasma, porque lo que pudo ser se le antojaba una ilusión reconfortante en una vida vacía y gris.

14

El 19 de julio de 1936, el general Fanjul, que era un militar ajeno a las tropas de Madrid, pero al que se le había encargado dirigir la sublevación de la capital, llegó al cuartel de la Montaña vestido de paisano. Curiosamente, su actuación fue extraña, pues no sacó a sus hombres a la calle para tomar los puntos de mayor importancia de la ciudad, sino que simplemente proclamó el estado de guerra y se atrincheró, junto con mil quinientos hombres, en el cuartel. Y allí quedó, esperando a que llegasen más tropas procedentes de otras guarniciones que, supuestamente, habrían de rebelarse al mismo tiempo. Sin embargo, las rebeliones en lugares como Campamento o Cuatro Vientos fueron rápidamente sofocadas. Los refuerzos no llegarían.

Ante esta situación, el Gobierno ordenó a sus tropas leales que rodearan el lugar esa misma tarde, tropas fuertemente armadas que al amanecer del día 20 de julio iniciaron el ataque, dirigidos por el teniente de artillería Orad de la Torre. Los sublevados aguantaron unas horas bajo el fuego continuo. Se utilizó contra ellos incluso la aviación, y el cuartel quedó prácticamente destruido. Una vez que los soldados entraron en el recinto, asesinaron a la mayor parte de los insurgentes, centenares de muertos, e hicieron prisionero al propio general Fanjul.

Pili entró como una tromba cuando Paola abrió la puerta. Traía el pelo revuelto y el rostro desencajado.

—¡Ay, Dios de mi alma!, ¡criatura, qué tragedia! ¿Lo has oído? No sé en qué va a acabar esto. ¡Qué locura! Tal vez es el Apocalipsis, Nuestro Señor se ha cansado de tanto pecado y ha decidido enviarnos sus plagas. ¡Ay, Señor, Señor! Ni en mis peores pesadillas, qué visiones, qué dolor, qué de muertes sin sentido…

—¡Cálmate, por Dios! —casi gritó Paola ante ese torrente de locuacidad—, las niñas están dormidas y van a pensar que nos pasa algo grave.

—¿Y no crees que esto es grave? —preguntó perpleja la vecina— ¿No son graves las muertes?

—¿Muertes?, ¿quién ha muerto? Me estás asustando con tanto parloteo inútil. ¿Me quieres explicar de una vez de qué estás hablando?

—Creo, mi niña, que refugiada en tu hogar y protegida por Adrián, pasas los días sin enterarte de nada. ¿Acaso no has oído mentar el levantamiento?, ¿no te has enterado de la batalla que ha habido en el Cuartel de la Montaña? Parece que no vivas en Madrid. ¡Hay una guerra, Paola, una guerra! ¿Sabes qué significa eso?

La joven comenzó a temblar y sus ojos se nublaron. Ya sabía ella que la felicidad de los pobres no podía durar. Buscó asiento mientras contenía las náuseas, que comenzaban a invadir su interior, unas náuseas que, propiciadas por una buena nueva, se transformaba por segundos en una carga insoportable.

—Guerra —logró articular, como si no fuera capaz de darle sentido a aquella palabra. Y cuando su mente empezó a procesar lo que aquello podía significar en la placidez de su vida, un miedo poderoso y cruel la atenazó y no pudo por menos que precipitarse al cuartucho del aseo y vomitar en un balde.

Pilar salió tras ella y le sujetó la frente. Carmencita llamó en aquel momento a su madre, alertada por el jaleo, y sus gritos despertaron a Paola, que empezó a llorar. La muchacha se secó la boca, se enderezó y fue en busca de sus hijas. Las tumbó en la cama y se recostó con ellas en un absurdo intento de protegerlas. Después se volvió hacia Pili, que la miraba desde el marco de la puerta con cara de preocupación.

—Tal vez no sea más que otro golpe de Estado, tal vez en pocas semanas todo vuelva a la normalidad —reculó su vecina.

Paola la miró fijamente, una pátina de hielo había surcado sus ojos y, de repente, parecía muy mayor.

—¿Lo crees en realidad? —la mirada de Paola era firme.

—No —contestó Pili—, y bajó la cabeza afligida. Su amiga tenía derecho a saber la verdad. Tras un instante de silencio denso, decidió contarle lo que había visto.

—Imagino que te has enterado de la sublevación, ¿no? —comenzó su relato Pili.

—Sí. El sábado vinieron Lorenzo y Venancio a contárnoslo, pero Adrián me dijo que había que esperar a ver cómo se sucedían los acontecimientos. Imagino que todo ha ido de mal en peor, pero mi marido ha decidido, no sé con qué motivo, ocultármelo —las palabras de Paola rezumaban resentimiento al sentirse tan ignorante. Sin hacer caso a este último comentario, Pili prosiguió.

—Pues ayer, un militar, no me acuerdo cómo se llamaba… empezaba por f, déjame pensar…

—¡Da igual el nombre! —interrumpió Paola, incorporándose en la cama y dejando a la pequeña nuevamente dormida, mientras tomaba a Carmencita en brazos.

—Bueno, el caso es que se atrincheró en el Cuartel de la Montaña, ese que está al lado de la Plaza de España, lo conoces, ¿no? —Paola asintió— y proclamó el estado de guerra. Inmediatamente después se corrió la voz por Madrid y la gente fue a pedir armas al Gobierno y se volvió loca. Los que estaban atrincherados se negaron a rendirse. Los bombardearon primero, después entraron y ha habido un montón de muertos, muchos, muchísimos. He vuelto de Madrid hace un rato y hay gente armada por todas partes cantando himnos. Están borrachos de triunfo y eso es peligroso.

Paola no sabía qué pensar, adivinaba el peligro en aquellas palabras, en el nerviosismo de su amiga, en su palidez. Pili recorrió los pocos pasos que la separaban de la cama y se sentó junto a ellas. Hizo una carantoña a Carmencita, que estaba inusualmente tranquila, como si entendiera la seriedad del asunto, y continuó.

—Toda España está en pie de guerra, pero todo es confuso, todo son rumores. Dicen que Barcelona resiste, pero que el sur está en manos de los sublevados y que pronto pueden llegar a Madrid. No sé, cariño, no sé qué pensar, pero estoy muy preocupada. Las guerras no traen nada bueno, nunca hay ganadores y menos cuando la lucha es entre compatriotas.

En aquel momento la puerta principal se abrió y apareció el rostro preocupado de Adrián, que trató de disimular su turbación. Sabía las noticias, había hecho el recorrido en tranvía desde el trabajo pensando cómo contar a su esposa lo que estaba sucediendo sin alarmarla demasiado. Vivir tan lejos del centro de la ciudad había creado un espejismo de tranquilidad, pero las noticias se habían extendido como la pólvora. Nadie sabía lo que iba a suceder, pero se hablaba de guerra inminente. Pero ¿contra quién? Y lo más importante, ¿por qué? Adrián no acababa de comprender qué significaba todo aquello, por qué la gente enloquecía de aquella manera, con aquella violencia; por qué un zapatero, un panadero o un conductor habían decidido coger un arma y saltar sobre hombres que a su vez habían decidido lo mismo en defensa de no sabía qué valores y no sabía qué principios. Un pánico irracional, por inconsciente, le había tenido desazonado y afligido toda la mañana. Se había desarrollado un silencio sepulcral en alguno de sus compañeros de trabajo, en continua disonancia con los inflamados discursos de otros. No había sabido en todo ese tiempo qué era lo menos peligroso, pero su prudencia le hizo callar. Sin embargo, una intuición nacida de lo más profundo de su corazón le llevaba martilleando la cabeza horas: el convencimiento de que nunca más las cosas volverían a ser como las habían conocido.

En cuanto se asomó a la puerta de la habitación supo que las noticias habían corrido más que él, y la mirada gélida de su mujer le hizo comprender que la hora de la sinceridad había llegado. Pili sintió enrarecerse el ambiente y pensó que era el momento de retirarse. El matrimonio tenía que hablar y ella no estaba invitada. Se levantó lentamente y saludó al recién llegado, que la respondió con una triste sonrisa.

—¿Qué llevas envuelto en ese paquete? —preguntó Paola al ver que Adrián dejaba sobre la mesa un voluminoso objeto.

—Es una radio, la única manera de estar enterados de algo. Pero está rota, no sé si podré hacerla funcionar. Imagino que ya sabes lo que ha pasado…

—Imaginas bien. ¿A qué esperabas para decírmelo? No creerías que podías hacer un castillo de esta casa y meterme dentro hasta que pasara todo. Ha venido Pili y me he sentido como una idiota, todo el mundo alterado, todos preocupados, todos tomando iniciativas y decisiones y yo…

—Lo siento, cariño, no sabía cómo hacer las cosas, es todo tan… tan…

—¿Absurdo?

—Mucho más que eso. Es de locos.

La puerta se cerró y fue en ese momento cuando se dieron cuenta de que la vecina había desaparecido, navegando entre sus frías palabras como una extraña.

Entonces Adrián se acercó a su mujer y la abrazó. No sabía quién necesitaba más aquel

abrazo, porque su entereza masculina estaba dañada en puntos estratégicos y le hacían vulnerable. Paola intuyó ese desconcierto y su rabia se disolvió en aquellos brazos instantáneamente. Así estuvieron unos minutos, sin decirse nada, sin pronunciar una sola palabra, transfiriéndose en silencio lo que tanto pánico les daba pronunciar. Por fin, la mujer tomó la palabra.

—¿Esto es una guerra de verdad?

—En Madrid se rumorea que durará poco que, en Barcelona, al parecer, está casi sofocado —intentó tranquilizarla—, dicen…

—Me interesa tu opinión, cariño. Los rumores no son más que eso.

—No sé qué pensar, sinceramente. Me aterra el ser humano, me aterra pensar que uno puede convertirse en soldado y matar por unas ideas que dudo que jamás se pongan en práctica. Me inquieta lo que he visto, lo que he oído, esas masas borrachas de fervor que se convierten en marabuntas y arrasan sin contemplación lo que no pertenece a su ideario. Me pregunto si no hay más formas de conseguir lo mismo, tal vez la violencia sea el único medio. No lo sé.

Paola volvió a abrazarle, nunca le había visto tan desconcertado, tan afligido, tan desubicado.

—Voy a acercarme a la taberna, a ver si desde el teléfono de Lorenzo puedo contactar con mis padres. Necesito saber que están bien —la muchacha se levantó, dejando a Carmencita en brazos de su padre.

—Intentaré poner la radio, a ver si me entero de algo más.

Vana ilusión, pues durante la Guerra cada bando utilizó los medios de comunicación, fundamentalmente la radio, en su provecho: los sublevados no dejaban de lanzar mensajes de su victoria, y el Gobierno no se cansaba de afirmar que la sublevación que había estallado en África estaba siendo aplastada, noticias ambas que llenaban de desconcierto a la población.

Paola dejó a Adrián al cuidado de las niñas y salió por la puerta del patio, rumbo a la taberna. Lorenzo era el único del barrio que tenía un teléfono público con el que ponerse en contacto con los familiares que estaban lejos.

Segundos después volvió. Adrián aún no había empezado a mover el dial de la radio, comprobando que no funcionaba, cuando oyó la puerta del patio. Paola acababa de salir y no esperaban a nadie. Sorprendido dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la cocina. Cuando se asomó se quedó petrificado, primero, y salió corriendo, después. Apoyada contra la puerta estaba su esposa, blanca como el papel, los ojos desorbitados y un temblor incontrolable que barría su cuerpo en oleadas continuas. Adrián, asustado, se acercó a ella y la tomó en brazos, pensando que algo le había ocurrido a alguien de su familia. La llevó en volandas hasta una silla y allí la sentó.

—¿Ha pasado algo malo en tu casa?, ¿tu hermano?, ¿tus padres?

Pero Paola negaba con la cabeza, no podía hablar. Carmencita se asomó por la puerta buscando a sus padres y soltó una risa de alivio cuando los descubrió. Se acercó a su madre y torció el gesto al ver sus lágrimas y su desconsuelo.

—¿Mami?

Adrián trató de entretenerla con un juguete, pero la niña no quitaba los ojos de encima a su madre y por fin rompió a llorar. Paola la cogió en sus brazos y sorbiendo las lágrimas trató de serenarse y tranquilizar a la niña, que solo sabía preguntar qué le pasaba a su mamá. Llevaron a Carmencita al cuarto de las niñas y allí dejaron a las dos jugando con unas lanas de colores. Cuando entraron en el salón, Paola parecía algo más relajada y fue capaz de hablar.

—Venancio ha muerto —dijo por fin con la voz rota.

—¿Qué? —Adrián dejó caer la cabeza y se pasó la mano por el pelo, tratando de buscar una lógica a aquel torrente de acontecimientos desgarradores, que amenazaban con desbordarse. Instantes después levantó sus inmensos ojos azules hacia su esposa, que continuaba explicando lo que había escuchado.

—Me lo acaba de decir Lorenzo. He entrado en la taberna y me he quedado de piedra cuando he visto el panorama. Por fin he preguntado y Lorenzo me ha dado la noticia. En el asalto al Cuartel de la Montaña se hizo con un arma y fue abatido de dos balazos. Ha estado ingresado en el hospital hasta hace unas horas, pero no ha podido sobrevivir. Mañana es el entierro.

Y nuevamente comenzó a llorar y sus palabras se interrumpieron, no estaba segura del motivo. Lloraba por Venancio, ese hombre lleno de vida que se había mimetizado con la masa inhumana, se había cargado con un arma para matar y así comenzar esa revolución de la que siempre hablaba, una revolución que, en caso de producirse, él ya no vería. Lloraba por su familia, que se había quedado sin padre, sin esposo, sin hijo. Lloraba porque no quería más muertos, porque su vida estaba girando de manera desequilibrada, sin control y sin que ella pudiera hacer nada para gobernarla. Lloraba porque intuía que no sería la última víctima. Lloraba por no ser feliz en aquel instante, pero, sobre todo, lloraba porque llevaba un hijo en su vientre, que nacería en un mundo cargado de odio y muerte.

Adrián se mantenía en silencio. Reflexionando, como era él, tratando de buscar un lugar coherente a aquella desgracia. Venancio no se había presentado a trabajar y él había pensado que seguiría con sus himnos y sus revoluciones. Pero nunca imaginó que fuera más allá de las palabras. Incluso se había disgustado con él por no acudir al trabajo, el jefe se enfadaría y no estaban las cosas para jugar. ¡Ojalá esa siguiera siendo toda su preocupación respecto a su amigo! Ahora no estaba y no volvería jamás. Se sintió indefenso, perdido. Sintió, por primera vez en su vida, que las circunstancias dirigían su existencia y él era simplemente una marioneta en manos desconocidas.

Muchos muertos, había dicho Pili, muchos. Aquí estaba el primero, pensó Paola, desolada ante el silencio de su marido, que no acababa de creerse lo que había ocurrido.

El entierro de Venancio fue demoledor, una pequeña guerra dentro de la guerra. La madre caminaba sin ver ni oír nada, la llevaban en volandas entre sus otros dos hijos, toda vestida de

negro, con un gran velo cubriéndole la cara, que solo se levantaba de vez en cuando para secarse las lágrimas. Un pañuelo negro como la miseria, como el dolor, como el llanto. Caminaban junto al féretro rumbo a la iglesia. Tras ella iba la viuda con la cabeza bien alta, muy digna, con un férreo control de las emociones, los músculos crispados, los puños cerrados. Arrastraba de la mano a dos muchachos de diez y doce años con el pelo muy corto y las orejas de soplillo. Sus caras de circunstancia, de no entender, de pena infinita, de derrota ante la muerte, contrastaban poderosamente con la de su madre, que parecía un huracán a punto de desatarse. Y se desató.

Cuando el sacerdote comenzó a hablar de la contención, de la resignación, de la humildad y del acatamiento a la voluntad de Dios, la rabia contenida de la viuda, que nunca quiso enterrar a su marido revolucionario en una iglesia (fue imposible convencer a la madre de lo contrario), se desbocó; y en su dolor arremetió contra todo y contra todos, contra esos sacerdotes más preocupados de las cuestiones mundanas que de cuidar a su rebaño, contra los que estaban con su marido y no tuvieron lo que hay que tener para acompañarlo en primera fila y cuidar de él, a los que no estaban allí por cobardes, a sus familiares por débiles de espíritu y a sus hijos por no ser capaces de controlar el llanto, como hacía ella. ¡Unos consiguen las cosas y mueren por ellas y otros se aprovechan de lo conseguido!, chilló descompuesta, tirándose del pelo en medio de la iglesia ante la perplejidad de todo el mundo. Adrián corrió a calmarla, pero la mujer se zafó de aquellos brazos y, mirándole con gesto de repugnancia, le escupió a la cara: “¡Cobarde!” Entonces, hombres salidos de no se sabía dónde, muy probablemente familiares, se la llevaron a rastras entre el rumor de los asistentes al acto.

Tras el entierro, todos volvieron a casa. En la retina, la imagen de la viuda desesperada, del dolor, del aroma de la muerte. Una tragedia absurda, una vida truncada. Pocos imaginaban que los primeros bombardeos pronto comenzarían a oírse y esas escenas se convertirían en un hecho cotidiano al que habrían de adaptarse.

Ante acontecimientos tan brutales los seres humanos se alteran, pero su enorme capacidad de adaptación hace que se termine por normalizar una vida que es un caos. Necesitamos de la rutina para sentirnos seguros, realizar todos aquellos trabajos cotidianos que den pinceladas de supuesta tranquilidad, pasar por los mismos lugares y observar los mismos rostros, solo así somos capaces de hacer un guiño a la esperanza. El país estaba dividido, Madrid estaba en pie de guerra, la consigna de “no pasarán” se filtró como el agua por los corazones de aquellas pobres gentes, que empezaron luchando por unos ideales, por un futuro, y acabaron muriendo para no matar o matando para no morir. Tras los primeros acontecimientos, la radio se convirtió en el canal de información, en la única manera de seguir los pasos de la destrucción. En el hogar de Paola el mundo se fue serenando, a pesar de las malas noticias y el rastro de la muerte. Ella se había sentido feliz cuando descubrió su último embarazo, Adrián suspiraba por un varón y estaba segura de que esta vez sería la definitiva, algo en su interior le decía que era así. Sin embargo, los acontecimientos de los días anteriores habían deslucido aquella noticia. No sabía si sentirse dichosa o apesadumbrada, trataba de elegir una emoción con la que quedarse y todas le parecían injustas. Había imaginado un momento especial para hablar con su marido, una de aquellas noches de pasión en las que, tras tejer el amor, sorprendería a Adrián con la buena nueva. Pero ya nada era lo mismo, él andaba siempre pendiente de las últimas noticias, volvía de trabajar cabizbajo, apenas contaba lo que veía, porque lo que se estaba fraguando no vaticinaba nada bueno. La ciudad se preparaba para la defensa. En el centro, los sacos terreros se iban amontonando en lugares estratégicos, una urbe convertida en un hervidero constante de hombres

y mujeres que, cargados de optimismo, cantaban, construían y se preparaban para la muerte.

Las niñas ya dormían, Paola recogía los restos de la cena mientras Adrián escuchaba las últimas informaciones sobre el avance de los sublevados que, como una locomotora, se acercaban a Madrid.

—Tengo algo que decirte —rompió repentinamente el silencio la voz, casi un susurro, de Paola. Se acercó a su marido secándose las manos en el delantal y se sentó a su lado. Extendió el brazo y le acarició el pelo de la nuca.

Adrián levantó la cabeza extrañado y la miró como invitándola a hablar.

—Podría haber sido una buena noticia —dejó aquellos sonidos bailando por la sala y se mordió el labio. Como música de fondo, las palabras chirriantes de un comentarista exaltado. No se lo merecía, pero sintió una tristeza infinita y una responsabilidad insoportable.

—Yo… —balbuceó, como si la culpabilidad le arrebatara la respiración— yo…

Una lágrima se derramaba solitaria por su mejilla y Adrián se asustó.

—¿Qué tienes, qué te ocurre?

Paola se lanzó a sus brazos y su marido la acogió en ellos como un nido espontáneo en el que poder descansar.

—Estoy embarazada —acertó a decir—, y después volvió a esconderse entre aquellos hombros fuertes para no enfrentarse a la reacción, para no sufrir un rechazo o una reprimenda.

Adrián la estrechó más fuerte, habría sido una buena noticia, en verdad, pero llegaba en un mal momento. Aun así, sonrió y acarició el pelo a su esposa.

—Saldremos adelante, cariño, confía en mí.

Paola salió de su refugio y enfrentó sus ojos a los de él y en las profundidades de aquel mar pudo observar la feliz intranquilidad que allí reinaba.

—Será un varón, mi amor. Se llamará como tú —el abrazo que siguió a estas palabras se dilató en un espacio en el que ambos se perdieron, unidos y distanciados, dentro de sus ansias y recelos.

Los días que siguieron no disminuyó la tensión. Gastaron con don Anselmo, en la tienda de ultramarinos, parte de sus ahorros en comida. Las noticias de los frentes eran alarmantes, pronto estarían los rebeldes a las puertas de Madrid. El joven matrimonio no sabía cómo sentirse, casi todo a su alrededor era una extraña mezcla de ardor y entusiasmo, pero ellos imaginaban que detrás de aquella parafernalia habría de anidar la inseguridad más terrible.

La noche del 27 al 28 de agosto se produjo el primer bombardeo. A pesar de la lejanía del combate, los vecinos de la barriada salieron a la calle asustados. Pili y Petra, abrazadas una a la

otra, cubiertas por sus toquillas, miraban al infinito tratando de comprender a través de la noche aquellos lejanos estruendos. Alguien murmuró: “Ya están aquí, estamos perdidos”. Los sonidos se fueron apagando y la normalidad de la noche se hizo dueña del espacio. Los insectos continuaron con la nocturnidad de sus armoniosas tonadillas y en segundos todo pareció un sueño. Poco a poco el gentío fue volviendo en silencio al resguardo de sus hogares. Adrián llevaba a Paola protegida bajo su bazo. Al cerrar la puerta, ambos se miraron con gravedad y se quedaron sentados en las sillas del salón. Paola había logrado hablar con su familia. En el pueblo, las cosas, de momento, estaban tranquilas. Habían decidido hacer una zona secreta y disimulada en el sobrado, un escondrijo para guardar comida en previsión de las confiscaciones. Se rumoreaba que ya habían hecho los primeros registros y, con la excusa de las necesidades de la guerra, estaban desplumando a los campesinos. Carmen la había instado para que volviera.

—Pásate una temporada aquí, las ciudades son más peligrosas en estos tiempos horribles. Dicen que ya suenan disparos en Madrid, que ya hay muertos y heridos, pero aún puede uno escapar de esa ratonera. Coge a las niñas y ven.

Paola no estaba dispuesta a abandonar a su marido en aquellos momentos. En el fondo mantenía la esperanza de que esa situación durase poco, que unos u otros ganasen la batalla, pero que pudieran volver a vivir en paz. Ella no entendía de aquella guerra más que lo que hilaba de aquí y de allá. Recordaba a Manuelín, su amigo en los primeros días de Madrid, sus palabras, los intentos por hacerla entender las injusticias de aquella vida. ¿Pero qué hay más injusto que perderla? Sufría desde que amanecía hasta que anochecía. A veces se quedaba mirando a Carmencita y a Paola mientras jugaban, su tranquilidad inconsciente, sus risas, su felicidad, y deseaba volver a su infancia y disfrutar de esa ignorancia. No había dicho a su madre lo del embarazo, hubiera sido capaz de presentarse en su casa para llevársela de los pelos, el silencio era más prudente.

Aquella noche, presagio de otras muchas, Adrián experimentó una sensación de miedo distinta cuando Paola le comentó la propuesta de su familia. Se trataba de un pánico resignado ante lo que evidentemente se les venía encima. Alargó la mano por encima de la mesa y tomó la de su mujer, que se mantenía en silencio con la mirada en el infinito.

—Tal vez tenga razón tu madre, quizás sea más seguro para ti y las niñas viajar al pueblo y estar allí hasta que todo esto acabe.

—¿Y tú, vendrás tú con nosotras? —los ojos de Paola rebosaban de zozobra.

—Es imposible, cariño, yo no puedo dejar mi faena sin saber qué va a pasar. Sería una locura, no tendría cómo manteneros. ¿Y si me voy y todo se acaba rápido? No podría volver, sería un cobarde que ha salido huyendo como las gallinas, me quedaría sin trabajo…

—Podrías ayudar a mi padre y mi hermano en el campo…

—No sé nada de campo, Paola, entiéndelo. Mi lugar está aquí, he de defender lo que es mío. Mi casa, mi familia, mi vida.

Paola sentía la congoja hacerse dueña de su corazón. Jamás abandonaría a su marido, pero notaba que poco a poco la inflamada arenga que se escuchaba por cada rincón de la capital iba

haciendo mella en su alma. Era la primera vez que le oía hablar de lucha y de defensa, tal vez no con el optimismo, con el coraje, con la rabia que descubría en sus conciudadanos, pero sí como una justificación para evitar la huida. Lo que aquellas palabras significaban atravesó su corazón como un obús.

—Si tú te quedas, yo también —fue la escueta contestación de la muchacha.

Después se fueron al dormitorio y se amaron, no hubo acuerdo ni palabras que lo presagiaran, la íntima confluencia de sus espíritus así lo exigía. Se amaron con deleite, con pasión, se amaron porque la incertidumbre se adueñaba de las vidas sin recato, creando una viscosa masa gris que se escondía en todos los pliegues del alma. Crearon por un instante su mundo de sentimiento, alejado de las bombas que por primera vez habían escuchado, lejos del infierno que se les avecinaba, lejos de un tiempo y un espacio al que se resistían sin posibilidad de victoria.

Cuando las primeras sirenas comenzaron a romper la noche madrileña, las familias salían de su sueño con dificultad y se lanzaban a los refugios, a las bocas de metro, a los sótanos. Algunos días, la luz de la mañana ya iluminaba la ciudad cuando los bombarderos dejaban caer su carga de muerte. Paradójicamente, mientras el horror y la desesperanza se adueñaban de las almas, el verano iba sucumbiendo al otoño, la Tierra seguía girando, ajena a las viles tragedias humanas, y las estaciones se sucedían un año más, sin comprender los errados vericuetos de las decisiones de aquellos tiempos.

Aquella mañana nubosa y triste, preludio del mal tiempo, Adrián se había levantado como todos los días y había salido a trabajar. Paola le había besado en los labios y le había recomendado prudencia. Su tranvía cruzaba zonas conflictivas y nunca podía saberse de donde llegarían los cañonazos, la metralla o las bombas. Días atrás la muchacha había acompañado a su marido al centro de la capital y el espectáculo la había dejado sobrecogida. En su reducto de las afueras todo estaba minimizado, pero en la ciudad comenzaban a verse los primeros edificios en ruinas, los primeros socavones en las calles y las primeras caras de terror y duelo. La comida empezaba a escasear, algunos productos que hasta entonces se comercializaban en cualquier establecimiento empezaron a desaparecer y poco a poco se dejaron de reponer. Paola tomó el tranvía junto a su marido con la esperanza de poder comprar lo que don Anselmo hacía días que no podía conseguir. En el centro las cosas no estaban mucho mejor.

Volviendo a aquella mañana, Pili y Petra se encontraban en casa de la pareja, como casi todos los días, ayudando a la joven, que ya mostraba claros signos de su embarazo, cuando el ruido de las sirenas surcó el cielo, perseguido por el lejano zumbido de los motores, que se acercaba sin pausa. Las tres mujeres se miraron con aprensión y dejaron durante un segundo sus tareas. Paola fue en busca de las niñas, que jugaban sobre una manta en la puerta de la cocina. Levantó a la pequeña Paola, aunque la niña hacía grandes esfuerzos por escaparse de los brazos de su madre y volver a sus juegos. Al no conseguirlo, comenzó a llorar. Carmencita se acercó también y preguntó qué pasaba.

Los zumbidos de los aviones se acercaban con estrépito, cada vez con más fuerza, mucho más que ninguna de las veces anteriores. El tiempo había ido pasando y aunque habían sufrido muchos bombardeos ya, nunca se habían acercado tanto. Las primeras explosiones cercanas

llenaron de terror a las tres mujeres que, tomando unas mantas para envolver a las niñas, salieron al exterior de la casa sin saber muy bien qué hacer. Allí no había bocas de metro ni sótanos en los que protegerse. La gente corría de un lado a otro sin sentido, tratando de huir hacia un destino desconocido que les alejara de aquel terror. Paola también salió a la carrera seguida de las vecinas. Llevaba a la pequeña Paola en brazos, fuertemente asida sobre su hinchado vientre. Tras la casa había unos terraplenes llenos de maleza donde podrían tener alguna posibilidad de esconderse y hacia allí se dirigieron. No eran las únicas, decenas de personas habían pensado lo mismo y se lanzaban contra la tierra, a resguardo en la maleza. Paola encontró una especie de covacha diminuta, un saliente de piedra bajo cuya protección podrían acurrucarse. Se oían gritos, carreras. La muchacha mantenía a su hija contra la pared, protegiendo con su cuerpo el de ella, que se quejaba y trataba de zafarse de los brazos y la presión materna.

—¡Para quieta ya! —le regañó su madre—, y más que una orden sus palabras tenían armonía de lamento.

Pili gemía, mantenía protegida a Carmencita que, llena de terror, se abrazaba y sollozaba con cada estruendo. Petra se encontraba más al borde, parte de su cuerpo sobresalía, quedando al descubierto.

—Acércate más, Petra, nos apretamos un poco, ahí puede…

Un sonido ensordecedor apagó las palabras y una gran nube de polvo cubrió el diminuto espacio de cielo que podía verse a través de la piedra. Toses. Llantos.

—¡Petra, ¿estás bien?! —la voz de Pili rozaba la histeria, pero se atragantó con el humo y empezó a toser.

—¡Sí, estoy bien, pero no puedo ver nada, el polvo cubre todo!

Alguien lloraba cerca de allí, también se oían gritos y llamadas de auxilio, pero los aviones continuaban sobrevolando la zona y las bombas, aunque no tan cerca, continuaban cayendo. Nadie se atrevió a moverse. Poco a poco el polvo se fue disolviendo y las toses cesaron. Paola se echó un poco para atrás porque su hija hacía un rato que no se movía. La miró y contempló en sus ojos verdes el pánico tan grande que la había dejado paralizada. Y lentamente los motores de los bombarderos se fueron alejando, el ruido de la desdicha se hizo un rumor y desapareció. Aun así, hizo falta un buen rato para que la gente asomara las cabezas con precaución.

Petra sangraba. Tenía una herida en un brazo, el que quedaba más desprotegido de la piedra. No sabía cómo se había hecho aquello, ni siquiera lo había sentido. La adrenalina es capaz de producir esa magia. Probablemente, una piedra u otro objeto lanzado por efecto de una bomba, la había dañado, pero era una herida sin importancia. Tras Petra salió Pili, con Carmencita de la mano. La niña tenía la cara surcada de chorretones de barro y lágrimas. Se agarraba fuertemente a la mano de su vecina y continuaba sollozando tenuemente. Después ayudaron a salir a Paola. Tenía la cara sucia y algún arañazo. En sus brazos, dormida, la pequeña Paola hipaba inquieta.

Hacia la carretera, lejos, a la derecha de su refugio, había caído un proyectil, dejando en la arena un cráter negruzco. Fuera del agujero de muerte había tres cadáveres. Dos mujeres y un niño yacían inmóviles, negruzcos y manchados de sangre parduzca por todo el cuerpo. Podía

haber más heridos o más muertos, pero Paola no quiso acercarse, no quiso mirar, intuía que los cuerpos ni siquiera estaban completos y las náuseas la obligaron a vomitar sin soltar a su hija de los brazos. La gente se arremolinaba alrededor de los muertos, una niña chillaba, otra mujer lloraba a gritos, arrodillada delante del cuerpo sin vida del niño. Ya nada se podía hacer. Las tres mujeres se dieron la vuelta y enfilaron el camino de la casa que, al menos, se veía en pie. Paola, tratando de desviar la mente de la tragedia, pensó que era increíble haber recorrido aquel camino a la carrera con la niña en brazos sin haber caído. Ahora, al volver, las subidas y bajadas por los pequeños barranquillos, los cardos, los agujeros, las madrigueras de los conejos, eran trampas que había que ir saltando sin aliento. Sin embargo, de la ida no recordaban nada, era como si Dios hubiera extendido un manto y hubiera dejado la superficie rasa. ¡Dios!, ¿dónde estabas?, ¿tantas cosas importantes tienes que hacer? Paola se sorprendió, se sentía muy enojada con Dios y su abandono.

Marta, la mujer de Anselmo, el tendero, les dio las malas noticias unas horas más tarde. Fueron allí a por algo de harina y unas legumbres. La tendera se disculpó por la harina, pero ya era imposible conseguirla. Unas alubias, sin embargo, sí tenía porque un campesino de la zona se las había traído por la mañana. A Paola el precio le pareció excesivo, pero no tuvo más remedio que pagarlo, mientras pensaba que apenas le quedaba nada para compras futuras. Marta era una mujer joven, de la edad de Paola, siempre risueña, siempre de broma con la clientela, siempre dispuesta a hacer una carantoña a los niños. Pero aquella tarde su aspecto adusto no se correspondía con su carácter.

—¿Os habéis enterado ya? Lucía, la de Delfín, y Pepa, la del Cortijillo, y su sobrino, han caído en el ataque. Al parecer, el niño se asustó y salió corriendo y su madre y su tía salieron tras él, pero como Pepa era más ágil se acercó más y cuando estaba a punto de cogerle… ¡la bomba! —la voz de la mujer se quebró y, sacando un pañuelo del canalillo de su pecho, se secó una lágrima— Es horroroso, esto es horroroso, no sé dónde vamos a llegar…

A Lucía la pilló de lleno, pobre mujer… hoy he visto a sus tres hijos vagabundeando por la puerta de su casa, que estaba cerrada, cubiertos todavía de sangre. Su padre no ha vuelto aún de Madrid. He intentado acercarme, pero salen corriendo como cervatillos asustados. Han llevado el cadáver hecho trozos hasta la parroquia, nadie sabía qué hacer con él. ¡Lo que le espera a Delfín cuando llegue!

Paola no sabía qué decir y Petra, que la había acompañado, habló en su nombre.

—Si no nos matan las bombas lo hará el hambre, no hay ni dinero ni comida y las despensas empiezan a flaquear —intentó reconducir el tema en vista de la lividez del rostro de su amiga.

—Hay también otros heridos, a algunos se los han llevado en mantas, no sé si llegarán a tiempo o se desangrarán por el camino —continuó Marta, haciendo caso omiso a las palabras de Petra.

Paola se sentía mareada, su cuerpo apenas si respondía a su mente. Únicamente era capaz de pensar que podía haberle ocurrido a su familia a tan solo unos metros de allí. Se le presentaba la imagen de su hija, mutilada, cubierta de sangre y el mundo empezaba a darle vueltas y más vueltas.

—Paola, criatura, tienes mala cara —y saliendo de detrás del bloque de sacos y cacharros que formaban el parapeto que servía de mostrador, le acercó una silla que encontró en algún recóndito lugar de la trastienda—. Malos tiempo para quedarte encinta, sí señor, muy malos.

Se sentó en la silla y agradeció el gesto con una suave sonrisa. Su vientre se movía inquieto. Apenas había ingerido nada en todo el día y lo poco que había desayunado lo había vomitado tras el ataque. Cerró los ojos y notó que el mundo daba vueltas a su alrededor sin control y después de eso ya no supo más.

Se había desmayado. Marta y Petra impidieron que se cayera de la silla al darse cuenta de su laxitud. La dejaron en el suelo y la tendera trajo un vaso de agua, un gesto inútil, porque la mujer había perdido la consciencia. Petra se alarmó, temía que todos aquellos acontecimientos, las carreras, los disgustos, el pánico, hubieran desarrollado en su gestación un mal irreparable.

—Cuídala unos instantes. Me voy a acercar a casa, a ver si ha llegado ya Adrián y me puede echar una mano.

Pero Adrián no estaba allí. Los bombardeos de la mañana le habían dejado sin servicio y cuando se disponía a volver a casa, un camión de milicianos se había parado a su lado.

—¡Eh tú!, ¿dónde vas?

Adrián se volvió y sus ojos se posaron en los fusiles que llevaban en bandolera. Tenía que ser prudente.

—Vuelvo a casa, hoy no hay servicio de tranvía en mi línea, hay que repararla y protegerla de nuevo.

—La Patria te reclama, camarada. Hay que seguir reforzando la zona del frente. A casa puedes ir después —y, extendiendo un brazo, el miliciano le indicó que subiera al camión. Llevaba un cigarro en la boca y tenía unos ojos felinos y profundos, rodeados de arrugas.

Adrián suspiró y tomando el brazo se montó en el camión. Era más prudente no contrariar a quien lleva las armas.

—Me llamo Álvaro, pero todos me llaman comandante Puente —se presentó el que le había ayudado a subir. Dirigía una brigada de zapadores—, le tendió una mano nudosa, de uñas oscuras y llena de callos. Adrián se la estrechó.

—Adrián. Soy conductor de tranvías. Aún no me han movilizado, al parecer soy más necesario en mi puesto.

El comandante Puente ladeo la cabeza y con un atisbo de sonrisa sesgada le miró con curiosidad a través de sus ojillos penetrantes.

—Hoy sabrás cómo trabajamos los camaradas republicanos —y lanzó una carcajada, a la que se unieron los cinco soldados que le acompañaban.

Entre Anselmo, Petra y Marta llevaron a Paola hasta su casa. Volvió en sí al poco de irse su vecina en busca de auxilio, pero la dependienta no quiso dejar que se levantara por si acaso se volvía a marear. Una vez en casa la tumbaron en la cama, le dieron un vaso de agua y le pidieron que descansara. Sin embargo, Paola era incapaz de cerrar los ojos. Trataba de dormir, pero una tras otra las imágenes de la mañana volvían a su recuerdo para secuestrar su descanso. ¿Y si hubiera caído unos metros más cerca?, podría haber acabado con todo su mundo, con sus hijas, con sus amigas, con ella misma. La angustia señoreaba de nuevo por sus ansias y de nuevo las náuseas hacían acto de presencia. ¿Por qué tardaba tanto Adrián cuando tanto le necesitaba? Por fin, vencida por el cansancio, cayó en un sueño intranquilo. Las hermanas, mientras tanto, jugaban con las niñas en un intento de hacerles olvidar la experiencia vivida, sin comprender que los niños tienen el poder de jugar con el tiempo cual si fuera plastilina, lo ensanchan y lo recogen, lo extienden y lo vuelven ligero o denso a su antojo. Por esa magia que protege a la niñez, aquellas criaturas reían y parloteaban, ajenas y a salvo de la incomprensible barbarie que las rodeaba.

Adrián en aquellos momentos estaba cerca del frente, acarreaba sacos, moviendo armamento, corriendo de un lado a otro a las órdenes del comandante Puente, que parecía no tener prisa ninguna por acabar. El sonido era ensordecedor. A pesar de la distancia, el silbido de las balas resonaba en su cerebro como una música macabra. Hacía algunas horas había habido un bombardeo que les había obligado a protegerse y abandonar su actividad, pero pronto estuvieron de vuelta. De vez en cuando, por el camino veía a soldados heridos que, ayudados por compañeros, se dirigían a la retaguardia, a los puestos de auxilio.

El día empezaba a deshacerse en jirones de luz. Toda la jornada las nubes habían cubierto el cielo de forma intermitente y una lluvia finísima se había dejado sentir durante algunas horas. Sin embargo, al caer la noche, el cielo se había teñido de rojo y el sol, tan reacio a mostrarse, se había decidido a zanjar las horas.

—¡Eh, Adrián! —el grito le sacó de sus pensamientos—, distribuye aquellos sacos cerca de esa vía.

Adrián se volvió y sin hacer caso a la orden que acababa de recibir, se dirigió al comandante Puente. Era muy tarde y estaba seguro de que Paola estaría intranquila. No era hombre de entretenerse al salir del trabajo y en aquellos tiempos la más leve demora podía convertirse en una angustia terrible.

—Me voy —dijo, sobreponiéndose al miedo que le causaban las armas—, mi mujer estará intranquila, dentro de un momento no veremos nada y mañana tendré que acudir a mi trabajo.

El comandante Puente no estaba acostumbrado a que se discutiesen sus órdenes, mucho menos al desacato que podía deducirse de aquellas palabras. Se quedó quieto un instante, apoyado en la pala con la que estaba cavando una zanja, el sempiterno cigarrillo colgando de los labios y el gesto adusto y reflexivo de quien está dilucidando un tema importante. Adrián le miraba fijamente, tratando de mantener la compostura y una actitud de audacia que estaba muy lejos de sentir. En aquellos momentos, si el comandante se descolgaba el fusil del hombro y le daba un tiro, todo habría acabado, sin más, sin palabras, sin excusas o razonamientos. Estuvo

tentado de arrepentirse y suplicar perdón por su osadía, tanto como el comandante estuvo tentado de darle un tiro por desertor. Sin embargo, después de unos segundos que le parecieron eternos, la voz grave del comandante se dejó sentir.

—Tienes cojones, muchacho. A otro, por menos, le habría descerrajado un tiro entre los ojos. La guerra no esperará a mañana ni entiende de mujeres melindrosas que se preocupan de sus maridos. La guerra es otra cosa, en la guerra se decide entre la vida y la muerte, entre la libertad y la opresión, entre el valor y la cobardía.

Adrián escuchaba callado, completamente inmóvil, la cabeza firme, los músculos crispados, a la espera de su ejecución o la conmutación de su pena. El silencio volvió a hacerse dueño del lugar, un silencio tenso hasta en el frente, como si misteriosamente se hubiera quedado en suspenso el tiempo. Antes de que el comandante continuara con su perorata, Adrián, con los latidos de su corazón aporreando sus sienes, volvió a pronunciar las fatídicas palabras:

— Me voy —no podía seguir siendo manejado, él no era militar… y cogiendo sus cosas se dio la vuelta y pensó en Paola, en la posibilidad de no volver a verla, en sus hijas, en su mundo. Esperaba el disparo de cualquiera de los que habían trabajado codo con codo junto a él instantes antes. Cerró los ojos con fuerza, apretó la mandíbula y echó a andar.

—¡Eh tú, camarada! —era la voz grave del comandante—, todavía no he terminado.

El estruendo en el frente volvió a escucharse, otra vez los cañones desde el Cerro Garabitas disparaban muerte. Las palabras del miliciano se perdieron en el atardecer mientras Adrián se alejaba con paso firme hacia la ciudad. Por un momento pensó que lo había conseguido, que su arranque de valentía había tenido sus frutos. Sin embargo, un disparo rozó su cabeza y le obligó a pararse.

—¡He dicho que aún no he terminado!, ¡yo soy quien da las órdenes aquí! —a pesar de tener que elevar la voz, un leve tono de cansancio imprimía tedio a las palabras del miliciano.

Adrián se dio la vuelta lentamente y comprobó que, aunque no se había dado cuenta, muchos de los soldados estaban pendientes de ellos. Con grandes zancadas, el comandante se acercó y sacándose el cigarrillo de la boca, se demoró unos instantes en pisarlo fuertemente con sus botas.

—¿Pero tú estás loco? —le susurró cuando estaba a su lado. El muchacho comprobó que el gesto amenazante no se correspondía con el tono de sus palabras, ahora que nadie podía oírlos entre la distancia y el ruido constante de las armas— ¿No te das cuenta de que no puedo consentir insubordinaciones? La mayoría de los chavales que me siguen se unieron a la causa en un gesto heroico e irreflexivo, ninguno es militar, ninguno tiene formación, lo más seguro es que mueran antes de darse cuenta de por donde les llegan los disparos. Por eso su vida depende de que sigan mis órdenes, de la disciplina, de asumir que no pueden mover un puto dedo sin que yo se lo ordene, ¡hostias!

Álvaro gesticulaba en exceso, como dando a entender que estaba echando una bronca descomunal al tranviario, y Adrián, entendiendo la maniobra y sintiéndose seguro, se dejaba humillar. Incluso llegó a poner el arma en su cabeza sin ninguna intención de disparar.

—¡Me cago en la puta! Y llegas tú y sin preguntar a nadie coges tus cosas y te vas, y cuando te llamo sigues andando, me desafías. ¿Qué pretendías, que te metiera un tiro? Así que, si no quieres que te lo dé de verdad, y no es por falta de ganas, no digas ni una palabra cuando haga lo que haga. ¿De acuerdo?

Adrián hizo un leve gesto de asentimiento, pero antes de que se pudiera dar cuenta, el puño del comandante se había estrellado contra su rostro y había caído hacia atrás. El fusil le apuntaba directamente al pecho.

—La verdad es que tienes huevos, muchacho, pero si quieres que sigan colgando de su sitio, yo tendría más cuidado con todo. No son tiempos de osadías, hay que pensar. Y ahora vete antes de que cambie de opinión.

Adrián se levantó tocándose la mejilla, que comenzaba a inflamarse. Recogió todas sus cosas y sin volverse, pero sintiendo las miradas confiadas en el mando de los que quedaban atrás, echó a andar con ligereza. Sabía que acababa de salir de una buena y por fin, cuando llegó a la parada del tranvía, suspiró. Le dolía la cabeza y no solo era producto del golpe, sino también de la tensión. Era tardísimo, Paola estaría muy preocupada. A medida que las vías devoraban los kilómetros, Adrián fue serenándose. Metió las llaves en la cerradura, ya hacía tiempo que era noche cerrada. Había luz en el salón y una calma anómala en su mundo. Paola, con la cara desencajada, Pili con su rosario y Petra sirviendo agua, todas sentadas alrededor de la mesa, esperaban el milagro. El sonido de las llaves les hizo dar un respingo y Paola salió corriendo con tanta fuerza que la silla salió disparada contra el pequeño aparador y todas las tazas temblaron. Adrián se encontró con su mujer en los brazos antes aún de dejar sus cosas en el suelo.

—Tranquila, cariño —repetía ante los sollozos de su esposa—. Ya estoy en casa, estoy bien, tranquilízate…

Y una lágrima intrusa asomó a sus ojos, tan azules a la luz renqueante de las velas que parecía un diamante irisado rodando hacia el vacío.

Cuando la calma se adueñó del espacio, los esposos se contaron los desgraciados sucesos del día y un rompecabezas de alarma, temor y desasosiego se entretejió entre ellos. Se volvió a barajar la posibilidad de que Paola y sus hijas fueran al pueblo, sus escasas provisiones se estaban acabando y pronto no podrían alimentarse bien. En el pueblo sería otra cosa. Pero ella se obstinaba en no dejarle solo, en considerar que toda la familia debería estar unida, en un vano intento de conseguir que se fuera con ellas. La noche avanzaba y los esposos se fueron a dormir. Adrián sufría al ver el estado de Paola, su cara demacrada, su delgadez a pesar del embarazo, su tristeza. Abrazó el cuerpo cálido de su compañera e intentó dormir, pero una angustia constante le atenazaba las entrañas. ¿Cómo proteger a aquellos a los que amaba?

Pocos días más tarde, el barrio se despertó con unos desagradables sonidos cerca de la fuente. Milicianos y obreros se fundían en un trabajo constante a base de palas y picos, apoyados en un inicio por una pequeña excavadora, afanándose en la tarea de hacer un enorme agujero. Cuando las vecinas, intrigadas, preguntaron a aquellos hombres qué estaban haciendo, ellos respondieron con desgana.

— Un refugio, señoras, para que no haya más muertos, que por aquí no hay donde

esconderse.

Los trabajos se terminaron con premura y los soldados marcharon con las mismas explicaciones con las que habían llegado. Cuando por fin los primeros vecinos entraron, un silencio sobrecogedor se extendió por el espacio. Se trataba de poco más que un túnel recubierto de ladrillo, por cuyos bordes aún sobresalía la masa que los mantenía unidos. Olía a humedad, a moho y a tierra, y desembocaba en una pequeña sala en cuyos bordes inferiores había una especie de bancos de piedra. Su construcción se debía a que los bombardeos se estaban convirtiendo en hechos cotidianos, diarios, y las autoridades se vieron en la obligación de tomar algunas medidas para proteger a la población civil. La parte positiva de este lugar era la posibilidad de guarecerse cuando las sirenas sonaban y uno no sabía dónde meterse, la parte negativa era que si estaban llevando a cabo esas construcciones era porque la guerra no iba a acabase en dos días, como preconizaban uno y otro bando. A través de la radio, que se compartía con muchos vecinos, apiñados en las casas donde había un aparato, se enteraron de que el Gobierno republicano había huido hacia Valencia, dejando Madrid a su suerte, a las órdenes del general Miaja. De hecho, muchos habitantes de la capital pensaban que todo estaba perdido y que por eso el Gobierno se iba. Contra todo pronóstico, la noticia enardeció los ánimos de los madrileños que, aun a falta de mandos militares y con un ejército más bien escaso, consiguieron frenar el envite de las tropas sublevadas cerca del Manzanares.

Adrián compartía muchas tardes una breve charla y un chato, si se lo podía permitir, con Lorenzo. Intentaban no hablar de la guerra, pero la sombra de lo que estaban viviendo era más fuerte que sus deseos. Se sentaban tras la barra, su amigo se ponía frente a él y ambos bebían en silencio hasta que uno de los dos, con gesto cansado, hacía un comentario. Irremediablemente, cualquier palabra acababa en los últimos sucesos y una tristeza densa y conocida ocupaba sin ruborizarse el espacio que los rodeaba.

—A veces me pregunto qué habrá sido de Lola. Si estará bien, si su padre habrá vuelto a la cordura. Muchas noches sueño aún con ella… Sé que es absurdo, pero cada vez que suenan las sirenas rezo porque se encuentre a salvo —los dedos gordezuelos del camarero jugaban con el vaso.

—Ella no está en Madrid —contestó Adrián—, imagino que vivirán una vida más placentera. Mi mujer dice que su madre siempre está presionando para que vuelva al pueblo, porque quieras o no, allí siempre hay un plato que llevarse a la boca. En cambio, aquí mira cómo estamos.

—Lo entiendo, comprendo que quiera quedarse contigo —Lorenzo seguía girando su vaso ya vacío—, pero creo que debería seguir el consejo de su familia. ¿Qué pasará cuando te movilicen? Sola, con dos hijas y uno en camino… no sé… yo creo que es muy arriesgado.

—¿Tú crees que nos movilizarán?

Lorenzo asintió.

—¿Pronto?

Lorenzo bajó la cabeza y con un gesto de resignación volvió a asentir.

No podían sospechar lo poco que faltaba para que la noticia llegara con más fuerza que una de esas bombas que sistemáticamente se dejaban ver por las calles de Madrid. Era algo que se esperaba, que era una pesadilla recurrente en la mayoría de las familias con hombres jóvenes en su seno, el alistamiento. Paola, en su ignorancia, había querido creer que los hombres iban a la guerra por decisión propia, pero que era posible tomar la resolución de no ir, de no poner la vida en peligro, de no abandonar a la familia. Se mentía a sí misma, quería ponerse una venda en los ojos y no ver, porque evidentemente sabía que eso no era posible.

Una noche, cuando el frío ya se estaba instalando con comodidad en los hogares, bajo las mantas que Paola había tejido, su corazón no pudo más y lanzó la pregunta.

—Tú no tienes que ir al frente, ¿verdad? Esta mañana Marta me ha dicho que están movilizando a todos los hombres jóvenes, pero creo que lo hace para ponerme nerviosa, sabe que su marido es demasiado mayor para luchar y disfruta haciéndonos sufrir a las que tenemos los maridos más jóvenes.

Adrián se mantuvo en silencio, tratando de buscar las palabras adecuadas para no intranquilizarla. Pero no las encontraba.

—¿No me contestas? —insistió.

El hombre abrió los brazos y dejó que su esposa se escondiera en ellos. Paola sabía la respuesta, pero se negaba a pensar que Adrián pudiese marchar y dejarla sola. Poco podía imaginar que su marido hacía tiempo que trabajaba junto al comandante Puente cerca del frente, ante la inactividad que un día tras otro encontraba en las cocheras durante largos periodos del día. Decidió decir la verdad.

—Probablemente me movilicen en poco tiempo. Hay que defender Madrid, hay que impedir que entren y destruyan todo lo que es nuestro, todo lo que hemos conseguido con tanto esfuerzo. Lucharé por ti, vida mía, por nuestras hijas, por nuestra casa y nuestra supervivencia. Sabes que no quiero hacer ninguna revolución, sabes que solo quiero vivir en paz, pero creo que ha llegado el momento de proteger lo que es mío.

Paola escuchaba compungida las palabras de su marido, descubría en ellas la lógica de la razón, pero el más mínimo pensamiento relacionado con separarse de él, con poder perderle, la llenaba de angustia. Quería decir algo, quería demostrar valor, hacer cómplice a su compañero de su desconsuelo, pero estaba paralizada por el miedo. Recordaba a la mujer de Venancio, tan erguida, tan digna, tan fuerte, y envidiaba no saber comportarse de esa manera y ser, al final, un estorbo del que Adrián pudiera avergonzarse.

—Vaya donde vaya, volveré a por ti, no os abandonaré jamás, me cueste lo que me cueste —sentenció, interrumpiendo los pensamientos de su esposa.

Paola sintió las lágrimas agolparse en sus ojos y se acurrucó, abrazándose con más fuerza. Cerró los ojos un instante y balbuceando contestó.

—Lo sé.

Aquella noche, mientras oía la respiración acompasada de Adrián, Paola no pudo conciliar el sueño. Un viento lejano traía ecos de guerra. Llovió sobre los cristales, derramando lágrimas de desconsuelo invernales. El agua corría sin impedimento por el vidrio, formando surcos irregulares que deformaban las líneas del árbol plantado a la entrada de la casa. De repente, había aceptado la situación, en un instante la lógica se abría paso a través de sus ensoñaciones y sus miedos, trayendo la cruel realidad de aquella guerra. De nada servía no mirar, no escuchar, no hablar. Era inútil pensar que Marta quería hacerle daño cuando únicamente trataba de mostrarle la realidad, era absurdo no escuchar hablar a los muertos, a sus familias, empeñarse en querer no oír. No estaba en un cuento, sus hijas pasaban hambre, ella apenas comía y Adrián marcharía a un futuro incierto que podría arrebatarle la vida.

—¿Por qué yo? —se preguntó—, ¿por qué tuve que nacer en este momento y este lugar?

La idea de perder a algún miembro de la familia se le hizo insoportable y a su mente acudieron retazos de conversaciones que ella había anulado con denuedo. La niña que estaba jugando en la habitación y se la llevó un obús, maridos que fueron a trabajar y jamás volvieron, las personas que cogían la carretera con apenas una maleta, cargados de piojos, que huían del caos, del horror y de la amenaza, familias que vivían en el metro, que habían perdido sus casas… sus propias vecinas asesinadas por las bombas. Aquella noche se dio cuenta de que estaba situada en el epicentro del espanto y se sintió morir.

15

El comandante Puente y Adrián pronto hicieron buenas migas. Todas las mañanas, en un momento u otro, el tranviario dejaba los raíles y recorría las calles en busca de los zapadores. Sabía dónde solían moverse y hacia allí se dirigía. Acataba las órdenes del comandante como uno más en los trabajos de reconstrucción, y como uno más bebía vino de la bota y se repartía el escaso rancho al que aspiraban. Pero cuando atardecía, cogía sus cosas y se marchaba sin decir nada. Álvaro era todo un especialista en conseguir comida, sus hombres siempre tenían algo que llevarse a la boca porque, siguiendo con la teoría que le había confesado a Adrián, mientras le apuntaba con su fusil en el pecho, sus hombres tenían que confiar en él ciegamente y para ello, tenía que actuar como un padre preocupado. Llegaba de repente cargado de latas, con unas hortalizas e incluso un pollo. Nadie preguntaba de dónde lo había sacado, tampoco hacían grandes algaradas para no llamar la atención, comían entre bromas y guiños y después seguían con su misión.

Al acercarse al frente para reforzar las trincheras se jugaban la vida. Adrián intentaba no pensarlo, se concentraba en su cometido y regateaba a la muerte, que en aquellos lugares campaba a sus anchas en un azaroso baile de destrucción. Muchas veces, cuando nadie lo miraba, se guardaba algún alimento para su familia. El comandante le dejaba hacer mirando para otro lado, pero el muchacho leía en sus ojos astutos el consentimiento.

—¿Dónde consigues estos alimentos? —se extrañaba Paola al verle llegar con aquellos tesoros prohibidos.

—Me los dio el comandante —respondía el muchacho.

—¿Y de dónde los saca él? Ya no se ve nada de esto por ningún lado y si hubiera, los precios serían…

—¡Y qué más nos da! ¡Tú tienes hambre, yo tengo hambre, las niñas tienen hambre! No voy a tener ahora problemas morales con el alimento de mi familia. Yo no he hecho nada malo, solo acepto el regalo de un amigo. Y si no me lo como yo, será otro el que lo disfrute.

—¿Y así, sin más?, ¿te regala comida por nada?

—Le ayudo cuando puedo.

—¿Y en qué consiste la ayuda?, ¿no te estarás poniendo en peligro?

Adrián estaba exhausto, física y mentalmente. Era incapaz de mantener conversaciones como aquellas. Paola estaba fuera del mundo, no veía los muertos amontonarse, ni oía los cañonazos, y lo que llegaba a ella lo deshacía en su quehacer diario, negándose a afrontar la realidad.

Después de estas palabras, ante el silencio empecinado de su marido, la madre, la esposa,

parecía pensárselo mejor, miraba atentamente a su compañero, que había desmejorado visiblemente en los últimos tiempos, miraba los alimentos y volvía a mirar a Adrián. Cogía todo lo que estaba sobre la mesa y lo llevaba a la cocina. Inmediatamente lo racionaba, ideaba la mejor manera de estirarlo y estirarlo hasta el infinito, porque cada día era más complicado buscar cómo alimentarse, y se ponía a hacer la cena, que siempre olía a nostalgia.

Madrid moría de hambre y frío en aquel invierno de 1936. Durante el mes de noviembre las noticias iban y venían de un lado a otro, cargando en sus pretendidas victorias las derrotas de los demás. No había abastecimiento de comida y era necesario hacer largas colas para conseguir algo que llevarse a la boca. Ni siquiera las cartillas funcionaban y no era raro ver que varios integrantes de una misma familia hacían colas interminables en distintos lugares de la ciudad para conseguir alimentos. Surgió con fuerza el mercado negro, donde los productos alcanzaban precios desorbitados, se acaparaban alimentos y las decisiones gubernamentales para hacer frente a esta situación se perdían entre las distintas organizaciones. Poco a poco, hasta los productos de primera necesidad se hicieron escasos. En noviembre de 1936 el racionamiento se había puesto en marcha, señalándose cantidades por persona y día, números que fueron disminuyendo a medida que avanzaba la contienda.

Los bombardeos también seguían siendo cotidianos, las alarmas aéreas sonaban y la gente acudía a refugios, a estaciones de metro o se guarecía donde buenamente podía. Sin embargo, la cotidianeidad de la muerte llegó a ser tan cercana que acabó por normalizarse. Había familias azotadas por el hambre para las que buscar alimento era mucho más necesario que pensar en las bombas. Acrecentaban el sentimiento de inseguridad esas muertes que se producían en los llamados paseos. El encono y el odio llegó a hacerse tan profundo entre uno y otro bando que, quien fuera sospechoso de tener una ideología diferente, era sacado de su domicilio y, tras un juicio que más parecía una pantomima que otra cosa, se le ajusticiaba con prisas en cualquier lugar. Fueron tantos los excesos en este sentido que el Gobierno se vio obligado a tomar medidas y crear unas milicias llamadas ‘Vigilancia de la Retaguardia’. Aun así, la población temía no parecer lo suficientemente entusiasta.

Los reclutamientos obligatorios habían comenzado al poco de iniciarse la guerra, y los hombres de las quintas del 33, del 34 y del 35 ya se habían convertido en soldados durante aquel invierno. El Gobierno animaba a la población civil a abandonar la ciudad, que se convertía por momentos en una ratonera, pero contra todo pronóstico los madrileños no se movían. Tal vez no sabían a dónde ir, o quizás temían más lo que les deparara aquel éxodo.

Paola y Adrián continuaban su vida entre sobresaltos. La dureza de la situación se había abierto paso ante aquella pareja sin ningún tapujo. Paola ya no jugaba a cerrar los ojos y confiar, Adrián trabajaba cuando podía y cuando no, acudía con el comandante Puente a luchar. Esto les permitía un abastecimiento extra, que ya ni se preocupaban en pensar de donde provendría. El hambre desata los instintos y la picaresca para no oír llorar a tus hijos por la noche, se abre paso en tu corazón como una imposición legal. En las colas, Paola sacaba su carácter más violento ante cualquier injusticia que pudiera dejar sin un mendrugo a su familia. No eran momentos para arredrarse.

Muchas veces dejaba a las niñas con Pili o con Petra a altas horas de la madrugada para ir a hacer cola a este o a aquel lugar, donde un reparto extra se había anunciado. Adrián la regañaba.

Con aquellos fríos y en su estado no era conveniente. Pero Paola, que parecía diez años más vieja, miraba sus profundos ojos y le decía que si él no podía hacer cola, ¿quién buscaría la cena o el desayuno o la comida de los días futuros? Además, frecuentemente una de las dos hermanas la acompañaba en sus periplos nocturnos. Allí se juntaban decenas de madrileños en busca de una ilusión. Paola cargaba entonces con un pequeño cajón que le permitía sentarse y no estar tantas horas de pie. A veces la solidaridad de aquellas caras hambrientas como la suya provocaba su llanto, y aunque el alimento era sagrado, la dejaban sentarse en un recodo más caliente o cerca de una pequeña hoguera, hecha en una lata con cuatro palos.

Adrián la miraba preocupado y muchas veces dejaba su ración de comida intacta para poder llevar a casa todo lo que el comandante Puente pudiera encontrar.

—¿No comes? —Álvaro repartió un pedazo de pan bastante duro entre sus hombres.

—No tengo hambre.

El comandante le miró con extrañeza y cuando todos se dispersaron para comer y tumbarse un rato, se acercó a preguntarle nuevamente por qué no comía. Los ojos claros de su amigo se clavaron en el militar y por un instante no supo qué responder.

Por fin bajó la cabeza y en pocas palabras le contó su situación, su mujer embarazada, sus dos niñas pequeñas, la falta de comida, sus miedos, sus iras. Álvaro comprendió entonces por qué torcía el gesto cada vez que le hablaba de hacerse voluntario. No dijo nada más, se levantó sacudiéndose los pantalones y con su eterno cigarro en la boca se alejó. Pocos instantes después apareció con un gran pedazo de papel de estraza, que envolvía algo.

—Toma —dijo torciendo la cabeza a la vez que le entregaba el paquete—, y dile a tu mujer que se quede en casa.

A partir de aquel día, todas las noches Adrián llegaba a su hogar con un pequeño paquete que contenía alimentos. Algunas cosas estaban duras y otras no muy frescas, pero siempre encontraban un plato que comer en la mesa. Paola, sin embargo, de vez en cuando salía a hacer cola. Las paredes hablaban y en un barrio tan modesto como aquel, nadie se permitía el lujo de no buscar comida. No quería provocar sospechas. Sin embargo, sí evitó esas salidas nocturnas y dejó de llorar amargamente cuando no llegaba a tiempo a recoger su racionamiento. También había escondido las gallinas, siempre que le preguntaban si tenía aún huevos, se ponía muy seria y decía que ante el hambre de las niñas habían tenido que comérselas; pero no era cierto, las gallinas estaban encerradas en el gallinero, había atado sus picos y sus patas y por la noche entraba y les daba las sobras. Los huevos eran un artículo de lujo y las niñas necesitaban vitaminas. Con el gallo tenía mucha más pelea.

Pili y Petra se pasaban la mayor parte del día yendo de una casa a otra y eran conocedoras del secreto, pero también tenían gallinas y algunos días se acercaban a Madrid a vender sus huevos en el mercado negro, lo que les reportaba un beneficio extra, que también ayudaba en la maltrecha economía. Eran buenas comerciantes. Muchas veces, con ese dinero volvían a comprar cosas en el mercado negro y trapicheando aquí y allá, no les faltaba de nada. Sabían que era peligroso, pero ¿quién iba a sospechar de aquellas dos estrambóticas hermanas?

Cuando sonaban las sirenas, Paola no acudía al refugio. Se angustiaba pensando que podría morir saliendo de casa o atrapada en aquella miserable ratonera de ladrillos. No podía, por más que sus vecinas intentaban convencerla de que era un suicidio quedarse en casa. Ella no era capaz de salir. ¿Y si alguien entraba y descubría su secreto?, ¿y si veía las gallinas?

—No deberías quedarte en casa, ¿y si te cae un obús o una bomba encima?

—¿Y si os cae a vosotros cuando os escondéis en esa madriguera? Hemos visto cómo la hicieron, eso aguanta menos que mi casa.

Las vecinas torcían el rostro, pero se lo repetían una y otra vez.

La Navidad del año 36 fue todo menos una Navidad. Las corrientes anticlericales de la República prohibieron su celebración, así como los Reyes Magos. Paola escuchó la prohibición como todo lo que llegaba últimamente del Gobierno, como un eco lejano fuera de su órbita. Sus días se centraban en encontrar alimentos, en guardar sus secretos, en no parecer sospechosos de nada, en continuar cerca de su marido y, sobre todo, en mantener viva a toda su familia. Rezar, rezaría siempre, porque así se lo habían enseñado sus padres, y hasta el momento no le había ido mal del todo, pero eso quedaba en su intimidad. Por eso decidieron comer junto a sus vecinas tanto el día 24 como cenar el 31, sin decírselo a nadie, sin hacer ningún aspaviento, como tantas y tantas veces habían hecho, abriendo una botella de vino que Petra sacó, nadie sabía de dónde, y comiendo un puchero más cargado que de costumbre. Con besos y abrazos se desearon felicidad, y por encima de todo se alzó el ferviente anhelo de que acabara aquella locura.

El día de Año Nuevo, Carmencita se levantó con fiebre. Cuando fue Paola a su dormitorio, la niña estaba arrebatada de calor, se quejaba y decía palabras inconexas. Su madre buscó una manta porque la niña tiritaba y la tomó en brazos, sentada en la cama.

—Mami, diles que no vengan bombas —decía con voz gangosa.

—Tranquila, mi cielo, mamá está aquí para cuidarte —y la apretaba más contra su pecho, balanceándose de un lado al otro en un movimiento rítmico y cadencioso. Besaba su frente y notaba la temperatura.

Llamó a Adrián, que aún dormía y cuando apareció restregándose los ojos en la puerta de la habitación, dos lágrimas inquietas nublaban los ojos de su mujer. Adrián se alarmó, pero al acercarse más descubrió entre sus brazos la manta con su hija.

—¿Qué vamos a hacer? Carmencita está enferma y no tenemos nada que darle más que un poco de leche caliente.

Adrián trató de tranquilizar a su esposa, diciéndole que aquello no sería más que un catarro, que las enfermedades en los niños eran muy escandalosas y cosas por el estilo, pero Paola, en sus entrañas, sentía un peligro desconocido. Después llegaron los vómitos. La niña no quería comer nada y lo poco que conseguía que tragara, lo arrojaba inmediatamente. Cuando Petra y Pili hicieron acto de presencia, la preocupación era más que patente en el rostro del matrimonio.

—¿Qué os pasa? ¡Vaya una forma de empezar el año! —Pili entraba en la cocina desde el

patio, de cuya puerta tenía llaves. Detrás iba su hermana con un paquete en las manos.

El matrimonio giró la cabeza hacia sus vecinas. Estaban sentados en el viejo banco de la mesa de la cocina y hablaban casi en susurros. Carmencita se había vuelto a dormir cuando habían empezado a ponerle paños fríos en la frente y las muñecas, y ellos, sin saber qué hacer, buscaban una solución. En el suelo, sobre una manta, jugaba Paola.

—La niña está enferma —contestó Adrián con gesto de preocupación—, se levantó con muchísima fiebre y no ha querido comer nada. Lo poco que hemos conseguido que tomara lo ha vomitado, incluso el agua. Hemos intentado que la fiebre baje poniéndole paños de agua fría y tapándola bien. Ahora duerme, pero sigue con la calentura.

En aquellos momentos de escaseces, una enfermedad era un grave problema y si era de un niño, mucho peor. No había cómo conseguir medicinas, suponiendo que se pudiera pagar a un médico que fuera a aquella casa, que tampoco era el caso, por lo que no quedaba más opción que esperar a ver la fortaleza de Carmencita.

Los días siguientes fueron un auténtico tormento para Paola, que veía cómo su hija perdía el color, gemía entre sueños, extraviada en un duermevela del que apenas salía para decir ¡mamá!, levantando la cabeza asustada. Las arcadas continuaban, aunque como no tomaba nada, solo bilis salía por su boca. Día y noche, la madre hacía guardia al lado del lecho de la niña y solo se separaba de ella lo mínimo para continuar viviendo.

—Dios mío, no me falles ahora, no me falles, no me falles —rezaba—, haz lo que quieras conmigo, no escucharás ni un suspiro, pero por favor, no te la lleves de mi lado.

Y sentía cómo el llanto arreciaba y ya ni siquiera podía rezar. Los sentimientos, como un suplicio, lo llenaban todo y solo deseaba gritar, arrancarse el cabello y dejarse llevar por el desconsuelo y desfallecer. Quería ir allí adonde su hija fuera, arrancarla de su dolencia y meterla en su corazón, pero no perderla. Era tan frágil, tan pequeña, tan indefensa…

—No me falles, no me falles, no me falles… murmuraba como una retahíla.

El quinto día de la enfermedad de Carmencita, las sirenas sonaron por la tarde y el inmenso y silencioso murmullo del miedo se puso en marcha. Paola no se movió, no fue a esconderse debajo de la cama, apenas si se inmutó. La niña, sin embargo, se agitó inquieta entre sueños.

—Mamá, vienen los aviones malos, mamá hay que esconderse, mamá no estoy debajo de la cama…

—Shhhh no te preocupes, tú estás a salvo, mamá está aquí y te protege —mientras hablaba acariciaba a su hija, que seguía con la calentura. Y entonces empezó a cantar una nana bajito, como un lamento, una nana que su madre solía cantar a sus hermanos.

El zumbido de los motores se acercaba y apenas si podía oír su voz. De repente, una furia atroz se desató en sus entrañas sin control, un odio tan profundo, una impotencia tan violenta que dejó la habitación de su hija, de la que apenas se había separado, y salió a la calle, por la puerta del comedor. Un frío intenso se templaba con el sol de la tarde. El sonido era infernal, las

bombas retumbaban cada vez más cerca. Y sin entender por qué, miró al cielo y comenzó a gritar como si estuviera perturbada.

—¿Qué quieres?, ¿a mi hija?, llévame a mí entonces.

Paola levantaba los brazos al cielo y gritaba como una loca.

—¡Llévame a mí!, ¿me estás oyendo? —y giraba sin dejar de mirar al cielo— Yo siempre he confiado en ti y tú no me puedes fallar, ¿me entiendes? Lloraba con desconsuelo y ya apenas oía su propia voz. Entonces, un sonido espeluznante hizo temblar los muros de aquellas débiles casas y pequeños cascotes se deslizaron por las cornisas. Había caído muy cerca. Paola se asustó y bajó los brazos, se quedó como una marioneta a la que han cortado los hilos y se sentó en el suelo a esperar su sentencia.

—¿Estás loca? ¡Levanta de ahí ahora mismo! —Petra la tomaba por el brazo y la llevaba a rastras hacia la puerta abierta de su casa. El fuerte sonido de la última bomba le había impulsado a asomarse por la puerta del refugio, había caído muy cerca y temía por su casa, que estaba al lado mismo. Sin embargo, lo que vio la dejó sin palabras. Allí, en medio del camino, Paola se sentaba en el suelo como una muñeca rota. No se lo pensó y, aunque no se había anunciado el fin del bombardeo, salió corriendo a su encuentro.

No quiso tomar ni un vaso de agua, volvió a los pies de la cama de su hija sin articular una sola palabra.

Lejos de allí, Adrián picaba en silencio cuando se produjo el bombardeo. Esta vez estaban lejos.

—Te veo muy callado —el comandante Puente le tendió un botijo. Adrián bebió y se lo devolvió.

—Mi hija está muy enferma y no sé a quién recurrir. Paola está día y noche a los pies de su cama, no come, no duerme y temo perder a las dos. La niña lleva cinco días con calentura y vómitos. No es capaz de ingerir nada y parece un pajarito que se nos va —las últimas palabras se rompieron como un vidrio que se hace añicos en la garganta de aquel torturado espíritu.

El comandante se quedó un rato en silencio, reflexionaba como siempre hacía, aunque nadie era capaz de entender lo que pasaba por su cabeza. De repente, dio un manotazo en la espalda de su amigo y poniendo una sonrisa de circunstancia, le dijo que no se preocupara, que le iba a echar una mano. Adrián no entendía cómo aquel hombre de campo iba a poder ayudarle con su hija y puso tal cara de desconcierto que arrancó una carcajada a su compañero. Este se levantó y llamó a su ayudante, Rivas. Habló con él unos instantes y después aquel se marchó.

—Sigue con lo que estás haciendo, luego vendré a buscarte —Álvaro observó a su camarada con una mirada franca y limpia—. Confía en mí, ya te dije que siempre cuido de mis hombres.

El comandante saltó la zanja y se perdió entre los sacos terreros y el polvo, mientras sacaba un cigarro del bolsillo y se lo llevaba a los labios. El tranviario miró cómo se alejaba y se

preguntó qué estaría tramando.

Adrián estaba confundido. Por un lado, una puerta a la esperanza se había abierto en su corazón, y por otro no quería hacerse demasiadas ilusiones. El comandante nunca le había fallado, pero no era un mago que pudiera sacar cualquier cosa de la chistera. Rivas volvió un par de horas después acompañado de un hombre bastante mayor y gesto asustado. Era delgado y alto, una enorme calva coronaba su cabeza, aunque por encima de las orejas tenía aún pelo cano. De gesto adusto y nariz aguileña, miraba con desconfianza a un lado y otro como si alguien lo estuviera persiguiendo. Traía en la mano una cartera de las que solían llevar los fontaneros. Adrián lo miró con desconfianza. La pareja se acercó a Álvaro y estuvieron hablando un rato. Parecía que aquel hombre no quería hacer algo y de repente, el comandante se levantó con gesto cansado y señalándole con el dedo le dijo algo que dejó sin color el rostro del invitado. Entonces el fontanero asintió y ambos se levantaron y fueron hasta donde estaba Adrián.

—Te presento al doctor Losada —dijo el comandante con los ojillos sonrientes y la voz cargada de ironía—, se ha prestado voluntario para ir a ver qué le pasa a tu hija.

Entonces lo cogió por los hombros con un gesto de camaradería que evidentemente el doctor no compartía. Le miró fijamente con aquellos ojos de acero y sin soltarle continuó.

—No te cobrará ningún honorario, es así de solidario y, además, te dará las medicinas que necesita la niña.

Adrián se había quedado mudo. Era evidente que aquel doctor o fontanero o lo que fuera estaba coaccionado por su amigo para que le ayudara, pero no era el momento de hacer preguntas. Confiaba plenamente en Álvaro y si este decía que era médico, estaba seguro de que lo era, aunque resultara evidente que, fuera por lo que fuese, Álvaro le tenía pillado por los huevos y no había sido capaz de negarse a hacer algo que indiscutiblemente no deseaba.

Su vuelta a casa estuvo rodeada del más hermético de los silencios. Aunque en un primer momento Adrián trató de demostrarle su gratitud por lo que estaba haciendo, el doctor Losada le cortó sin ningún miramiento.

—Es evidente que me fuerzan a venir a ver a su hija. No sé qué negocios tendrá usted con ese hombre, pero ándese con cuidado, es como Satán. Así que no vamos a engañarnos con buenas palabras y discursos lacrimógenos, deje que haga mi trabajo y me largaré por donde he venido. Si con un poco de suerte no les vuelvo a ver, será un placer.

Adrián se sintió azorado y desde ese momento se centró en mirar cómo el invierno sumaba fealdad a la cuidad. Ya no volvieron a dirigirse la palabra en todo el trayecto. Cuando llegaron a casa, Paola seguía a los pies de la cama y una letanía ininteligible salía de sus labios. Petra estaba de guardia en el salón, lo que había pasado durante el bombardeo había corrido como la pólvora por todo el barrio y algunos habían empezado a correr el bulo de que la niña se estaba muriendo. No querían dejarlas solas y las dos hermanas se turnaban para cuidar de la pequeña Paola y no dejar a la madre que hiciera alguna otra tontería.

Petra miró intrigada al caballero con bolsa de fontanero que entraba tras Adrián, sin embargo, no dijo nada. Fueron directamente a la habitación de la pequeña y Paola levantó la

cabeza desorientada. Estaba sentada en el suelo y con su mano cogía la de la niña.

—Paola, cariño, ha venido un médico a ver a Carmencita. Tienes que levantarte y dejar que la reconozca.

La mujer levantó los ojos intrigada. No entendía. Nunca podrían pagar esa visita, ni las medicinas, ni nada. Después puso los ojos en aquella bolsa de fontanero que olía a plomo.

—No se inquiete usted —dijo el doctor Losada mirando la bolsa. Su voz se había suavizado al ver a Paola en el lecho de su hija—, llevo aquí mis cosas. Es una forma de disimular lo que cada uno es. En los tiempos que corren es un material caro y goloso. Es mi forma de ganarme la vida.

Sus palabras tenían un ligero toque de justificación.

Paola se levantó del suelo, trató de arreglarse el pelo con las manos y se estiró la falda. En sus ojos, enmarcados en unas profundas ojeras, eran claros los signos del llanto. Se echó hacia atrás y señaló con la mano el lecho donde estaba la pequeña. Carmencita estaba en posición fetal, tapada hasta las orejas.

El médico retiró la ropa y ella se quejó. Entonces empezó a hacer el reconocimiento. La niña estaba muy enferma, explicó el médico, aunque esperaba que pudiera ponerse bien con lo que le iba a recetar. Paola abrió mucho los ojos y nuevamente se llenaron de lágrimas.

—No se preocupe usted por el dinero, el comandante Puente corre con todos los gastos —dijo con una enorme carga de ironía en la voz.

Paola iba a decir algo, pero su marido le hizo un gesto para que callara. Un silencio tenso cortó la tarde.

—Den esto a la niña cada cuatro horas, es para evitar que vomite. Que vaya tomando sorbitos de agua para impedir que se deshidrate completamente y este jarabe, dos cucharadas ahora y dos más por la mañana. Bajen la fiebre con paños de agua fría en frente y muñecas y mañana haré llegar al comandante el resto del tratamiento. Yo no puedo hacer nada más, todo depende de cómo responda la niña, de su fortaleza y de su suerte. Queda en manos de Dios.

No quiso decir que habían esperado demasiado porque le parecía cruel y probablemente aquella pobre gente no tuviera con qué pagar ni el jarabe, pero lo cierto es que la criatura estaba bastante grave. Era difícil adelantar un desenlace, pero alguna posibilidad tenía de salir adelante.

—Le estaré eternamente agradecida, doctor…

—Losada, mi nombre es doctor Losada. Y no me agradezca nada, ya su marido se encargará de contarle la historia. Y ahora, si no les importa decirme cómo salir de aquí, me marcho. Espero que todo les vaya bien.

El doctor volvió a su tono grave, mostrándose bastante más seco de lo que en realidad se sentía. Al fin y al cabo, acababa de hacer algo bueno, una novedad en su poco altruista

personalidad. No estaba acostumbrado a la generosidad. Inmediatamente, las palabras de aquel mequetrefe del comandante Puente resonaron en sus oídos, y las amenazas disolvieron de su alma cualquier poso de bondad.

Adrián lo acompañó hasta el tranvía. No pudo por menos que darle las gracias y estrecharle la mano, que el señor Losada compartió sin demasiado entusiasmo. Lo vio alejarse sin mirar atrás. Y Carmencita se repuso. Nunca volvieron a verse ni supieron más de aquel doctor, que se cruzó unas horas en su vida para devolverles un segundo de esperanza.

—Me gustaría acompañarte a hablar con el comandante. Quiero agradecerle todo lo que está haciendo por nosotros —el matrimonio cenaba en la cocina a la luz de una titilante vela una sopa aguada con batatas. Adrián estaba callado, como casi siempre que volvía de los alrededores del frente.

—Ya lo hago yo por ti, cariño. No es necesario que dejes a las niñas solas, que hagas todo el camino y que además te pongas en peligro.

Paola lo miraba terca, quería ponerle cara a aquel hombre que parecía su ángel de la guarda.

Adrián la miró desesperado, se mordió los labios y trató de contenerse, pero no pudo.

—Paola, mi amor, estamos en el centro mismo de una guerra. Respirar es peligroso. Puede pasar cualquier cosa. He visto hombres mutilados llegar del frente para llevarlos a los hospitales de sangre aullando de dolor, llamando a gritos a sus madres, algunos eran auténticos niños. He visto de todo, Paola, te lo aseguro, estamos en el infierno. No quiero que vayas a…

Las sirenas comenzaron a sonar. La pareja se miró con pesadumbre y una vez más apagaron la vela y fueron en busca de las niñas. Ni siquiera se escondieron, se quedaron todos tumbados en la cama abrazándose. Paola ya comenzaba a estar más torpe debido a lo avanzado de su embarazo. La muchacha volvió a rezar mientras escuchaban el ruido de la muerte, mientras temblaba y dejaba a un lado sus deseos de conocer al comandante, de discutir con Adrián, de tratar de salir de aquella pesadilla que era tan real como los brazos de su marido, que abarcaban a toda la familia. Solo le pedía a Dios que o todos o ninguno.

Varios días después, Álvaro llamó a Adrián a un aparte. Cuando estuvieron solos, sentados en un agujero que acababan de hacer en la tierra, encendió un cigarro. Parecía preocupado y no sabía muy bien por dónde empezar. En vista de que se adensaba el silencio, Adrián aprovechó para darle las gracias.

—Carmencita ya está mejor. Mi mujer quería venir a agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros. No sé cómo hubiéramos sobrevivido sin ti. Yo no la he dejado, por supuesto, pero me hizo prometer que te lo diría en cuanto tuviera oportunidad —cogía puñaditos de tierra que estaba húmeda y la dejaba deslizarse por sus manos encallecidas, evitando fijar los ojos en su amigo, no sabía por qué, tal vez presentía que tenía malas noticias que darle.

—No ha sido nada. Ese hijo de puta al menos ha hecho algo de provecho.

—Me dijo que tú eras Satán.

El comandante soltó una carcajada y por un momento se rompió la tensión que planeaba sobre aquellos dos hombres.

—Posiblemente tenga razón —una humareda lo envolvía detrás de su última calada al cigarro—, es cuestión de opiniones. Voy a sacarte de dudas, así tú decides por ti mismo. El doctor Losada ha ido acercándose al sol que más le calentaba. En realidad, no se llama Losada, sino Sainz de Ledesma y Torregrosa. ¡Ahí queda eso! Ha hecho desaparecer todo su pasado y utiliza su profesión a modo de estraperlo, ¿sabes lo que significa? —Adrián negó con la cabeza y el comandante continuó— Pues es muy sencillo. Es médico, pero no quiere que lo sepa nadie, por eso lleva ese maletín de fontanero. Es de Valencia y lleva enriqueciéndose desde el comienzo de la guerra. Saltándose a la torera el juramento hipocrático…

—¿Qué es eso? —interrumpió Adrián.

—Es una especie de decálogo que juran todos los médicos para ejercer su profesión, según el cual se comprometen a actuar bien, a no ser corruptos, a curar siempre…

—Ya entiendo.

—Bueno, pues como te decía, saltándose a la torera todo, nuestro querido doctor acaparó medicamentos, hierbas, material médico… y junto con un boticario tienen una red en la que trabajan por cantidades astronómicas para todo aquel que tiene algo con lo que cubrir sus honorarios, independientemente del resultado. Si el enfermo no tiene dinero, acepta joyas, pagarés… y hasta escrituras de las casas. Sale de la nada y a la nada vuelve y en estos tiempos revueltos es muy difícil localizarle. Sin embargo, tuvo la mala fortuna de ser reconocido por unos de mis hombres. ¿Recuerdas a Rivas? Pues él también es valenciano y le reconoció. Ya en aquella ciudad tenía cuentas pendientes. Nunca ha sido trigo limpio. Así que empecé a controlarlo y sacando de aquí y de allá, supe en qué andaba metido. En un primer momento decidí denunciarle y que le volaran los sesos por hijo de puta, pero al final pensé que me podría servir de más ayuda vivo. Sé que tiene los días contados y que, antes o después, alguien le rebanará el cuello o saldrá volando por los aires o le denunciarán o le alistarán. La vida ya sabes cómo funciona. Pero mientras tanto, lo extorsiono.

Álvaro lo dijo sin ningún síntoma de arrepentimiento, sin dar importancia a sus palabras, como si aquello fuera una anécdota. Adrián estaba perplejo.

—No me mires así, amigo mío —el comandante parecía divertido— ¿De qué me sirve un mamón muerto? Prefiero un médico vivo. Siempre que hay algún problema o llega a mis oídos alguna necesidad urgente o a alguno de mis hombres le pasa algo, mando llamar al doctor Losada. Cuando protesta, le amenazo, pero acaba por ceder siempre, su negocio es demasiado jugoso como para enfrentarse a un comandante loco. Además, le tengo dicho que sigo sus pasos y que más le vale quedarse ejerciendo por el barrio de Salamanca.

Se incorporó un segundo y sacó el paquete de tabaco. Se hacía un cigarrillo mientras a sus ojos volvía la preocupación.

—Algo te ocurre, Álvaro.

El comandante se frotaba la barba con una mano mientras sujetaba, a medio llenar, el papel con el tabaco.

—Nos vamos —lo dijo a bocajarro. Adrián se volvió y miró a su amigo desconcertado. La artillería, que había estado en silencio hasta aquel momento, empezó su canción de muerte allá en la lejanía.

—¿Qué estás diciendo?

—Nos ha llegado el mensaje de ponernos a las órdenes del general Líster y su 11ª división. Salimos rumbo al norte, hacia Guadalajara, creo. Tampoco puedo darte más información. Creo que por fin nos ha llegado la hora de dejar de huevear, de cavar, de hacer zanjas, de proteger monumentos. Llegó la acción.

Las palabras de Álvaro sonaban a ironía. Su interlocutor no sabía a ciencia cierta si deseaba entrar en combate, como muchos de sus hombres preconizaban, o si era todo lo contrario. De cualquier manera, aquello significaba un duro golpe para Adrián.

—Y eso no es todo —continuó—, tengo información fidedigna de los próximos reemplazos de reclutamiento obligatorio. Lo siento, Adrián, pero vas a tener que hacer la maleta o salir corriendo.

La artillería no dejaba de resonar a los lejos. Los dos hombres, arrebujados en sus ropas, sentían un frío inmenso, un desconsuelo infinito. Adrián, cuya zamarra no podía evitar que escalofríos de amargura sacudieran su mente con un desasosiego atroz. Álvaro, cuyo capote militar tampoco evitaba su hastío.

—Mira, Adrián —volvió a resonar la voz del comandante—, esto es una mierda, una mierda atroz que solo tiene un camino y que es forzoso. Me importan un huevo todos y cada uno de los militares, me paso por los cojones sus ideologías, sus arengas y a su puta madre. Yo era un campesino que solo quería vivir en paz, casarme con la Pura, a la que nunca llegué a preguntar, y tener hijos y darles de comer. Ahora he aprendido que todos los hombres deberían ser iguales y tener las mismas oportunidades, y que se lucha por vivir mejor… pero de ahí parten todas mis dudas. ¿Y si pierdes la vida por la bala de algún mal nacido, quién va a seguir con mi vida?, ¿quién dará las oportunidades a los hijos que no voy a tener?, ¿quién besará por las noches a la mujer que no será mía? No me lo creo, amigo, no me creo nada. El mundo feliz donde los pobres no sean pobres no me lo creo, y esto te lo digo a ti, fumando en una futura trinchera, ateridos de frío, con la artillería dando leña. Todo es una puta farsa. Así que, si me permites un consejo, ya que te obligan a luchar, lucha por ti, querido colega, por salvar tu vida. No seas héroe, esos quedarán sin memoria con el paso del tiempo. Los generales no comen lo mismo que los soldados, ni pasan el mismo frío ni la misma angustia. Descuida, que sus familias estarán a salvo. ¿Dónde está el Gobierno? Y la contestación me hace sentirme triste. Sigo y seguiré siendo un camarada de segunda fila o de tercera. Así es fácil luchar por la libertad, lejos de las bombas y las miserias, con los suyos bien protegidos, lanzando mensajes, inflamando ánimos con palabrería que, si te sirve de consuelo, llega vacía a mi corazón. Ellos escribirán la historia, tú y yo, con mantenernos vivos ya habremos ganado la batalla.

El comandante Puente hablaba con nostalgia. Parecía joven, Adrián nunca se había

preguntado cuántos años tendría, pero hablaba con esa carga de amargura que solo dan los años o las penas. Durante unos segundos, los ruidos de fondo quedaron en suspenso.

—No sé qué voy a decirle a Paola —tomó el relevo Adrián—. Nunca he querido tener problemas con la política, me asquea, me parece que somos animales sedientos de sangre. Te reconozco en mí, querido compañero, yo tampoco tenía grandes ambiciones y ahora… ahora tendré que marchar al frente y matar…

La voz se le quebró y no pudo continuar. Unos instantes después añadió.

—Seguramente seré un cobarde, pero no quiero morir lejos de mi familia, no quiero saber que mi mujer, embarazada, o mis hijas mueren de hambre o de frío o de enfermedad y yo no estoy a su lado. Esto es una locura atroz, una pesadilla. No soy militar, no quiero ser militar, ni matar a nadie…

Sin poderse contener, Adrián, aún avergonzado, dejó que una lágrima de desesperación se despeñase por su rostro. La retiró de un manotazo. El mundo se le caía encima. La marcha del comandante significaba perder su forma de abastecimiento más importante, perdía un amigo, un confidente, pero lo más horrible de todo es que al poco tiempo se marcharía él. ¿Qué sería de su familia? Se tapó la cara con las manos y lloró en silencio, tal vez hacía demasiado tiempo que la impotencia le había ganado la partida y estas lágrimas eran añejas. Álvaro lo miraba con tristeza, conocía lo que pasaba por su mente, había vivido con anterioridad la sensación de pérdida, de soledad y de abatimiento. Le puso una mano en el hombro y le dio unas palmaditas suaves.

La tarde iba cayendo con lentitud, el cielo raso daba paso a multitud de estrellas que jalonaban hasta el infinito el mapa celeste. Una luna naranja aparecía por el horizonte deformada, como el tiempo, como las mentes de todos aquellos que habían ideado aquella horrible pesadilla. El frío era intenso, un frío de pobres, de insensatos, de locura. El hambre se había convertido en compañera, en la horrible amiga que te quitaba el miedo por la mañana y te impedía dormir por las noches. Y en medio de aquella guerra, la sonrisa de Carmencita, que volvía a jugar en una manta, feliz, con su hermana pequeña.

Los bombardeos iban disminuyendo en aquellos primeros meses de 1937 y los muertos, llegando. Una vida contenida en una breve misiva donde se lamentaba que el soldado, el cabo, el sargento de tal o cual brigada, regimiento o tropa de asalto hubiera fallecido defendiendo… y ese largo blablablá, que la esposa o los padres de turno no llegaban a leer jamás. El hambre y el miedo se habían adueñado de Madrid, creando una fisonomía en sus habitantes, un halo de indigencia y derrota que arrastraban por las calles de aquella desolada ciudad. Las cárceles estaban llenas, los vigilantes de la retaguardia detenían a aquellos que consideraban elementos peligrosos y unos vecinos veían cómo otros salían de sus casas, arrestados, sin saber muy bien por qué. Las noticias llegaban por la radio y aquellos afortunados que podían oírla manejaban una información que corría como la pólvora. Constantes rumores del desarrollo de la guerra y la constatación de muchas penalidades. No se podía abastecer a la capital y cada cual se buscaba la forma de mantenerse con vida tanto tiempo como fuera posible.

Una mañana llegó a casa de Paola un hombre de su pueblo. Ella no lo conocía, nunca lo había visto. Era un hombre joven que, según le dijo, había desertado de las filas fascistas de

Franco para unirse a la defensa de Madrid. Era republicano, como su padre y su hermano, que habían huido del pueblo antes de que llegaran las tropas de la séptima división, al mando de Nicolás Molero Lobo. Él no había tenido tiempo. Le habían obligado a alistarse. No dijo nada entonces y mantuvo la cabeza fría, aceptando todas las consignas fascistas, pero a la mínima oportunidad que vio, se fugó. El padre de Paola, que sabía de sus intenciones, antes de ir al frente, le había dado una carta para su hija con su dirección en Madrid, por si acaso tenía alguna oportunidad de dársela.

Cuando llegó Adrián, se sorprendió al ver a aquel hombre sentado en la mesa de su pequeño salón y le miró con desconfianza, pero enseguida apareció su mujer con la niña pequeña en brazos y le explicó quién era y por qué se sentaría en su mesa. Tenía los ojos enrojecidos y al acercarse a besar a su marido, este se dio cuenta de lo que había adelgazado a pesar del embarazo.

—¿Qué se cuenta tu familia? —preguntó Adrián, intentando desviar sus pensamientos de la horrible noticia que llevaba escondida en el bolsillo de su pantalón.

—Están bien, gracias a Dios siguen bien —Paola calló con un gesto que dejó claro que había terminado allí esa conversación. Adrián entendió y calló también. Había que ser prudentes.

Una vez acostadas las niñas, Paola puso la mesa y sirvió el guiso. Aquel desconocido comió como si le fuera la vida en ello, rebañó el plato y cerró los ojos con gesto satisfecho, después se levantó y anunció que se marchaba.

—Muchas gracias por la comida, espero que las noticias de tu familia sean buenas —dijo dirigiéndose a Paola, que no había abierto la boca—. Ahora tengo que marcharme, me esperan en la carretera mis compañeros. No quiero hacerles esperar demasiado. Estamos impacientes por entrar en combate y enseñar a esos asesinos qué es lo que el pueblo soberano quiere.

Cuando aquel hombre se hubo marchado, Paola se echó a llorar y abrazándose a su voluminoso vientre se sentó en la silla.

—¡Han alistado a mi hermano Manuel! —dijo desconsolada— ¡Está luchando en Guadalajara! Esto es una pesadilla, cariño, mi hermano… luchando…

Las lágrimas impidieron que siguiera hablando. El corazón de Adrián se encogía por momentos. ¡El comandante Puente lucharía contra su cuñado! Tal vez él mismo cruzara disparos. Era imposible que hubiera un Dios, si estuviera ahí no podría consentir esta locura. ¿Cómo aumentar el dolor de su mujer?, ¿cómo explicarle las terribles noticias que traía arañando su alma sin compasión? El papel de su bolsillo quemaba sus dedos. Sin embargo, estaba convencido de que era mejor que se enterara por él, porque en cuanto pusiera un pie en la calle al día siguiente, lo sabría.

—Cariño —comenzó. Paola levantó la cabeza y miró el azul turbio de la mirada de su marido y lo supo. Comenzó a llorar de nuevo.

—¡No!, ¡no!, ¡no puede ser!, ¡dime que no es cierto! —se abrazaba a sí misma, retorciendo el delantal que llevaba. Se levantó y empezó a moverse por el salón sin rumbo, los ojos anegados

y el pelo escapándose de la coleta, donde trataba de mantenerlo preso— ¿Qué más quieres, Dios mío?, ¿qué te tengo que demostrar, qué?

Los gritos de Paola despertaron a las niñas. La pobre mujer se había ido deslizando por la pared, dejándose caer como una marioneta hasta el suelo y, hecha un ovillo, lloriqueaba en silencio sin escuchar. Adrián fue primero al dormitorio de sus hijas y las tranquilizó, las tapó bien con las mantas que su esposa había tejido en aquellos años de felicidad. Las acarició y volvió al salón. Cogió de los brazos a su mujer y la levantó. Ella se dejó hacer con los ojos perdidos. Cada día pesaba menos. La llevó en volandas a la cama, la desvistió y la metió entre las sábanas. La tapó bien y se tumbó a su lado.

—No te preocupes, cariño, todo saldrá bien —le susurró al oído.

—No, nada sale bien. ¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Cómo voy a ir a Madrid todos los días a ver al comandante Puente? Sin él nos moriríamos de hambre.

Una nueva punzada de angustia le traspasó el estómago. Quedó en silencio, intentando buscar una fórmula que restara importancia a lo que tenía que decir. Paola lo volvió a mirar a los ojos.

—¿No podré ir a verle? ¿A mí no me dará nada, sin tus servicios?

— No, no es eso. Ellos también marchan al frente.

El llanto arreció de nuevo.

—¡Nos moriremos de hambre! ¿No te das cuenta? Una mujer embarazada, a punto de dar a luz con dos niñas pequeñas… ¿De dónde voy a sacar la comida?

Adrián no supo qué decir. Por una vez en la vida, desde que conoció a Paola, no sabía cómo solucionar aquello, y pensar en su familia sola, a merced de la fortuna, le desgarraba el corazón. No pudiendo contenerse más, el llanto fluyó con libertad ante la impotencia y la rabia. Lucharía por no sabía qué a cambio de no luchar por lo único que tenía en aquel maldito mundo. Recordó las palabras de Álvaro, y se prometió luchar por su vida, mantenerse vivo para poder resarcir a los suyos del abandono que les infligía contra su voluntad.

Aquella noche nadie recogió los platos, ni encendió las velas, nadie modificó ni un solo detalle de aquella trágica estampa. La noche pasó porque el planeta gira y llegó el día inmutable, como si nada estuviera ocurriendo. Algunos pájaros se atrevieron a cantar, anunciando una primavera que aún no tenía visos de llegar, pero que invariablemente llegaría.

En su carta, Marcial, el padre de Paola, le contaba que todos estaban bien, que su madre lloraba cada día por su hijo, que estaba en el frente. Que su hermano solía escribirles, pero que nunca contaba si estaba bien o mal. Más que nada preguntaba por la familia y narraba anécdotas de sus compañeros. También les decía que ya era imposible que se reuniera con ellos, ya no podía ir al pueblo, que los militares se comportaban como animales muchas veces. Que todo el pueblo tenía miedo. Contaba también que habían fusilado al alcalde en cuanto llegó el ejército porque pertenecía al Partido Comunista. Otros muchos habían sido apresados. El sacerdote, don

Anselmo, casi un anciano, había intentado mediar en aquella barbarie contra sus feligreses y sus vecinos, pero un sargento le había amenazado y le había instado a que se dedicara a sus asuntos con Dios. De momento ellos estaban a salvo, pero trataban de mostrarse lo menos posible por miedo a que alguien que les tuviera ojeriza aprovechara para acusarlos de cualquier cosa y así dejar constancia de su lealtad al ejército sublevado. Peguntaba por ellos, por sus nietas, y la instaba a que mandara noticias a la menor oportunidad posible.

Adrián leyó la carta con preocupación. La guerra era un nido de odio y violencia, del matar para no morir. En su mente no cabía tamaña barbaridad. Pero no era distinto de los demás, ya estaba preparándose para ser parte integrante de aquel disparate.

Durante el resto de su vida, ni un solo día pasaría sin que recordase aquella jornada. Había salido el sol y el cielo se mostraba despejado. El suelo estaba húmedo por las últimas lluvias, todo estaba embarrado y los primeros brotes se dejaban ver en los pocos árboles que habían conseguido sobrevivir a aquel largo invierno. Estaba desperezándose la primavera. Paola estaba a punto de salir de cuentas, pero el azar ni siquiera le había permitido que su marido la acompañara en el momento del parto. Petra y Pili le habían asegurado que no estaría sola, que a partir de aquel instante en que los pasos de Adrián le llevaran lejos de allí, ellas se convertirían en su familia.

Había llegado el momento. En el patio algunos pájaros se posaban en las parras desnudas y entonaban una triste canción de despedida, mientras en la cocina las vecinas preparaban un poco de comida. Antes de irse, el comandante había conseguido hacer acopio de alimentos y se los había dado a Adrián. Para que tu mujer vaya tirando, le había dicho. Aquello, más que un regalo, era un milagro. Cuando por primera vez preguntó de dónde procedía, Álvaro le había tranquilizado la conciencia.

—No te preocupes, nadie va a morirse de hambre para que tú comas. Como puedes imaginarte lo robo. Evidentemente no es mío, ni tengo una fábrica de alimentos, pero te aseguro que estoy robando a ladrones, bueno, robando no es la palabra adecuada, vuelvo a extorsionar. Conozco a muchos que se están haciendo ricos con el mercado negro, acapararon comida en su momento y ahora se dedican… bueno, ya me entiendes. Yo tengo las armas y la dinamita. Si no me dan, les hago volar. Es un negocio bastante fácil y bastante simple —su carcajada era clara y vibrante—, ya te dije, camarada, que en esta guerra lo único que me interesa es mantener con vida a mis hombres en la medida de mis posibilidades y hacer lo mismo conmigo. Nunca tuve armas, ahora que las tengo, las utilizo en mi propio beneficio.

Adrián era partícipe de una extorsión, no sabía muy bien cómo sentirse, pero decidió que lo único que le tenía que importar era su mujer y mandó a su conciencia que se escondiera más allá de sus preocupaciones. Después olvidó.

Paola se movía inquieta por la cocina. Por fin su marido apareció. Lo recordaría siempre con aquella media sonrisa de claudicación, con aquel querer aparentar normalidad y valentía cuando Paola sabía que se desangraba por dentro. Tomó todas sus cosas, besó a las niñas y después se demoró en los labios de su mujer, que empezaron a saber salados. Las lágrimas se habían vuelto a desbordar. Besó igualmente a las vecinas y salió por la puerta del salón.

—Pronto volveré. Te lo prometo.

—¿Dónde vas, papá? —la voz infantil le hizo detenerse. Se agachó.

—Un poco lejos, Carmencita. Tú eres la mayor, así que ayuda a mamá mucho, sobre todo cuando llegue el bebé. Te traeré algo muy bonito cuando vuelva.

Una sonrisa se abrió paso en la cara de la niña. Adrián levantó la mano y se fue. Paola, con el sabor de las lágrimas aún en los labios y las manos cruzadas sobre el vientre, sintió cómo el mundo se le venía abajo. Se quedó allí, inmóvil, tiritando de frío a pesar del sol, tratando de aprehender aquel instante en su retina para no olvidarlo hasta que volviera. Petra tomó a Carmencita de la mano, y Pili a Paola de los hombros y las metieron en el interior de aquella casa, que se quedó irremediablemente vacía.

16

El trece de marzo de 1937 Paola dio a luz un niño que nació sin comadrona, sin médico y sin contratiempos. Petra y Pili estuvieron a su lado en todo momento y ayudaron a nacer a aquel bebé, que lloró aún antes de tener todo el cuerpo fuera. Tal vez era su protesta por llegar a aquel mundo trastornado. Paola también lloró al ver que era un niño. Sabía, aunque nunca lo había manifestado, que Adrián deseaba un varón y se lamentaba de que no estuviera allí, a su lado, para tener en los brazos a su hijo. Nuevamente la cotidianeidad se había abierto paso entre los corazones inundados de pena de aquella familia y los días se sucedían con una martilleante constancia de desaliento. No habían tenido aún noticias, no sabían dónde se encontraba, ni siquiera si estaba herido, no sabían nada y ese vacío dominaba la existencia de aquella mujer.

Poco a poco los víveres que el comandante Puente consiguió para ellos se habían ido agotando. En su estado apenas podía ir a las colas, en las que cada vez había menos que recoger y, aunque sus vecinas continuaban con sus trajines en el mercado negro, eran cinco bocas que alimentar. Paola estaba muy demacrada y durante los últimos días del embarazo había adelgazado en proporción inversa a su vientre. Apenas comía, prefería dárselo a las niñas, que empezaban a quejarse de hambre. Petra siempre andaba detrás de ella para que no dejara nada, para que comiera su ración como cada cual, pero era imposible.

—El niño se llamará Adrián, como su padre —dijo tratando de incorporarse.

—Quédate quieta en la cama, aún estás muy débil —Pili la cogió suavemente por los hombros y la obligó a tumbarse, estiró toda la ropa de la cama y la tapó. El frío aún era persistente en la casa. Ella misma se arrebujó en su mantón—. Me parece perfecto el nombre, verás qué alegría se lleva tu marido cuando regrese.

Petra, que había salido, volvió a entrar con las niñas, que miraron con curiosidad a su hermano sin atreverse a tocarlo. El bebé estaba dormido justo al lado de su madre, que lo protegía con su cuerpo.

—¿Os gusta? —sonrió Paola.

—¡Es muy pequeñito! —Carmencita alargó la mano y con un dedo acarició con suavidad el moflete de su hermano. El niño sonrió.

—¡Mira, mamá, se ha reído! —la niña estaba alterada y daba saltos y palmas sin parar. Su hermana, al verla, empezó a reírse y a dar saltitos, imitándola. Todas se echaron a reír. Los niños tienen esa capacidad de adaptarse a cualquier situación y encontrar a través de la niebla el camino hacia el sol.

Cuando Paola estuvo repuesta se dio cuenta de que, sin la ayuda del comandante, el problema de la comida se convertiría en la lucha diaria. Hasta entonces, aún a sabiendas de que los alimentos escaseaban, ellos no habían pasado grandes penalidades. A partir de ese momento, sin embargo, el buscar la forma de sobrevivir se convirtió en una obsesión.

Por las mañanas, de madrugada, salía a hacer cola con los vales para ver si conseguía algo, pero cada día las raciones eran más escuetas y muchas veces llegaba a casa con las manos semivacías y la desolación rebosando en su bolsa raída. Empezó a hacer lo que muchas de sus vecinas hacía semanas y meses que venían haciendo, vender cualquier cosa que hubiera en la casa de valor. Los anillos de boda, los pendientes de los antepasados, sábanas del ajuar, mantas que serían necesarias para el invierno… En la tienda, Anselmo se queda con todas esas cosas y te da a cambio comida, le habían dicho en el barrio, no sé de dónde la saca, pero trae comida.

Así que una tarde, después de llevar en la cola todo el día y no conseguir más que un pedazo de jabón y un puñado de lentejas, se chupó el dedo y sacó el anillo de plata que Adrián le había regalado el día de su boda. Según se deslizaba por su dedo, el alma se le escapaba de las entrañas. Estaba agotada, no tenía recursos como para enfrentarse a todo aquello. La noche anterior habían comido unas gachas aguadas gracias al puñado de harina que Petra había llevado, las niñas se quejaban y sus pechos se secaban. Adrián lloraba por las noches y en su desesperación, ella lloraba con él.

Se quitó también los pendientes, eran de plata repujada y su madre se los había puesto al nacer. Habían pertenecido a su abuela y nunca se los había quitado de las orejas. Su pelo largo los escondía de cualquier curioso que pudiera haber tenido la idea de robárselos. Ya no tendría de qué preocuparse, su abuela se estaría revolviendo en la tumba. Paola dejó esos pensamientos a un lado, no era el momento de sensiblerías, los niños tenían que comer y ella se tenía que buscar la vida como fuera. Se secó las primeras lágrimas, se colocó una coleta y, cogiendo un pañuelo para envolver todo, salió de casa. Sus vecinas se entretenían contando cuentos a las niñas en la habitación.

—¡Salgo un momento! —su voz quebrada alertó a las mujeres que, en la habitación de al lado, se miraron extrañadas. Pili se levantó y antes de que cerrara la puerta, se asomó al salón.

—¿Dónde vas a estas horas? ¿Y Adrián?

—El niño duerme en la cuna, en mi habitación. Échale un ojo por si llora. Voy a buscar comida.

Pili se extrañó, ya habían hecho cola y habían gastado sus vales diarios. Ante su desconcierto, Paola confesó a dónde iba y lo que iba a vender. Pili la miró a los ojos y vio en ellos la desesperación de una madre que apenas tiene nada que dar a sus hijos y comprendió. Simplemente asintió con la cabeza.

—Que no note que estás desesperada, sobre todo no malgastes tu mejor baza. Esa mujer —se refería a Marta— se ha convertido en un ser mezquino, se aprovecha de la necesidad de la gente y ofrece tratos miserables. El otro día me encontré con Aurelia, la que vive cerca de la torrentera, y me contó que le había dado dos huevos, un puñado de arroz y otro de garbanzos a cambio de un reloj que había pertenecido a su marido, al que fusilaron en Porlier, un reloj de gran valor. Pero ella estaba desesperada porque Pablito, su hijo, tiene tuberculosis y no puede reponerse si no come. Me dijo que por las noches se iba a la Puerta del Sol y hacía la calle por comida. ¡Es horrible! Aurelia, siempre tan decorosa, siempre tan en su lugar… pero un hijo es un hijo, no seré yo quien la juzgue… nos estamos volviendo animales, perdemos la dignidad.

Pili se sentó cabizbaja en una silla, alargó la mano y tomó la de Paola, que la había escuchado horrorizada. Ella procuraba mantenerse alejada de los rumores, pero cuanto más corría, antes la alcanzaban.

—Ve —la instó Pili —, sabremos apañarnos, no me hagas caso.

Paola salió. Las palabras de su amiga la habían conmocionado y a la vez la llenaban de angustia. ¿Cómo acabaría todo aquello?, ¿tendría que hacer la calle ella también? Con estos pensamientos adheridos fuertemente a su corazón cruzó el camino, pasó la inmensa piedra de granito que se alzaba en la esquina, nadie sabía por qué, y continuó andando por la senda de tierra que partía frente a su casa. Cuando llegó a la tienda de Anselmo apretaba con fuerza el pañuelito con sus tesoros. Marta estaba tras el mostrador, sentada zurciendo unos calcetines. Su marido fumaba, apoyado en la madera, mientras escuchaba la radio. A su lado, contra la pared, había un fusil. La tienda, a simple vista, estaba vacía. Marta levantó la vista de su labor y miró a la mujer con cara interrogante. Dejó todo a un lado y se colocó junto a su marido.

—¡Pero bueno, Paola, tú por aquí! ¿A qué debemos tan grato honor? Escuché que tu marido había sido llamado a filas. No sabes cuánto lo lamento, pero alguien tiene que defendernos —Paola se mordió la lengua para no contestar lo que pensaba. Si algo le había repetido su marido antes de marcharse es que fuera discreta, nunca se sabía quién te estaba oyendo —. También me han contado que has dado a luz a un precioso bebé. ¡No son buenos tiempos para traer hijos al mundo!

—Veo que estás bien informada —contestó Paola con un gesto más adusto del que hubiera deseado.

—Hija, sin nada qué hacer en todo el día… ya ves cómo tenemos la tienda. Cuando viene alguien por aquí no queda más remedio que charlar.

Paola decidió ir al grano, la verborrea de aquella mujer le disgustaba en exceso y no quería decir nada que pudiera perjudicar su trato.

—Me han dicho que compráis cosas a cambio de comida —soltó a bocajarro. La cara de Marta se quedó lívida y miró para todos lados como si esperara que alguien estuviera oyendo tras los sacos vacíos.

—Pues te han informado mal, querida, eso va contra la ley y nosotros… ya nos conoces —Marta se había tensado como la cuerda de un violín y sus ojos parecían los de un lobo al acecho. La estaban tanteando.

—Entonces me he debido equivocar —se dio la vuelta—, me han debido de informar mal. Buenas tardes.

No había dado tres pasos cuando Marta salió de detrás del mostrador y con un leve chistido llamó su atención. Cuando Paola se volvió hizo un gesto para que la siguiera y ambas pasaron a la trastienda.

—¡Cuidado como dices las cosas, muchacha! Esta ciudad está en permanente escucha. Si

alguien se enterara que vendemos y compramos… productos… nos encerrarían en la cárcel. Cada uno hace lo que puede para sobrevivir. Me entiendes, ¿no? —Paola asintió.

—¿Y qué es eso que quieres vender?

La mujer sacó de la manga el pañuelo con sus tesoros y lo abrió sobre su palma. Marta lo miró con ojos de entendida. Tomó primero el anillo y después los pendientes. Después los volvió a poner en el pañuelo. Paola la observaba ansiosa, tratando, como le había aconsejado Pili, de que no se le notara la desesperación.

—Te podemos dar un cuartillo de garbanzos, uno de lentejas y algo de aceite —dijo por fin.

Paola miró aquellos ojos lobunos y sin saber por qué se echó a reír. Lo cierto es que aquella situación no tenía nada de cómico, su posición era desesperada, se deshacía de lo más valioso de su vida, y allí estaba, riendo como una loca. Marta la miraba desconcertada y, a medida que Paola no podía controlar aquella risa nerviosa, la irritación crecía en la tendera.

—No sé dónde ves la gracia —Marta hablaba violentamente—, estás muriéndote de hambre, vienes a pedirme ayuda y te ríes de mí en la cara.

Paola se secaba los ojos, la risa le había producido el llanto y a la vez, habían obrado en su espíritu el milagro de la clarividencia.

—Mira, Marta, nos conocemos desde hace años, pero nunca pensé que en ti anidara tal alimaña. Sí, puedo estar desesperada, pero aún tengo la suficiente fuerza para decirte cuatro palabras, porque todavía no he perdido la dignidad. Mi marido no está, cierto, pero aquí está su mujer para esperarle. Mi hijo no ha nacido en un buen momento, cierto, pero aquí está su madre para protegerle de cualquier cosa, incluso de gente como tú. Te puedes meter los cuartillos por donde te quepan, pero yo no te voy a dar el gusto de que me times aprovechándote de mi debilidad.

—Pues no sé qué haces todavía aquí. ¡Largo con Dios! A ver si la dignidad os quita el hambre y los piojos, desgraciada.

Paola iba a contestar, pero sonaron las alarmas. Pili y Petra estaban solas con los tres niños. Se volvió a guardar el pañuelo y sin mediar palabra salió corriendo. Cada vez que sonaban las sirenas el mundo se volvía loco, rostros de angustia se cruzaban, la gente corría y nadie sabía hacia donde se dirigía cada uno. El ruido era cada vez más fuerte, pero ella no podía ir más deprisa. De repente la tierra retumbó. Sin saber cómo, el suelo dejó de estar bajo sus pies y salió disparada contra el muro del edificio que estaba al otro lado del camino que le devolvía a su casa. Apretaba fuertemente entre sus mandíbulas el palito que llevaba siempre en el bolsillo de su vestido, una forma de evitar que estallaran los tímpanos si caía una bomba cerca. Una nube de polvo la cubrió. Estaba desorientada y comenzó a toser, el polvo se había colado en sus pulmones y apenas podía respirar. Se levantó como pudo, alguien chillaba cerca de allí, pero los sonidos le llegaban amortiguados, disonantes. Se tocó la cabeza y se dio cuenta de que la tenía húmeda, al mirarse la mano y verla teñida de rojo comprendió que estaba herida. El polvo se fue difuminando y la claridad dando paso al horror. El sonido de los aviones continuaba en el cielo, pero Paola apenas los oía y pensó que ya se alejaban. Pocos metros más allá una mujer tumbada

levantaba una mano pidiendo ayuda. Paola fue hacia allí, el espectáculo era dantesco, parecía que se hubiera partido en dos, le faltaba un pie y por su vientre asomaban las vísceras. Paola le tomó la mano, y en ese momento dejó de respirar y de pedir ayuda.

Más allá, otros dos cuerpos tumbados boca abajo estaban inertes. Los aviones se alejaban con su cargamento de horror, pero Paola solo miraba aquella cara de desconcierto que, con los ojos abiertos y el rostro ensangrentado, formaba una interrogación existencial. Cerró los ojos y se tumbó junto a aquella mujer que no quería morir sola y todo se volvió negro como una noche eterna.

—¡Paola, Paola!, ¿estás bien? Contesta, criatura…

Aquella voz le resultaba conocida, pero no quería abrir los ojos, le dolía la cabeza y no recordaba por qué prefería estar así, junto a la tierra.

—¡Paola!

Unos brazos la sacudían con fuerza. Abrió los ojos un instante y vio frente a ella la cara asustada de Pili. Volvió a cerrarlos.

—¡Mami!, ¿estás muerta? —la voz llorosa de Carmencita se abrió paso entre su oscuridad y se obligó a volver a la realidad.

Miró a su alrededor y vio a toda la familia. Carmencita, llorando desconsoladamente de la mano de Pili, que llevaba a Paola en los brazos. La pequeña miraba todo con un puchero que se convirtió en llanto al oír a su hermana.

—¡Mami, mami! —comenzó a decir entre hipidos.

Tras ella estaba Petra, con Adrián envuelto en una manta. El niño dormía ajeno a toda aquella tragedia. Por fin Paola se sentó en el suelo. Alguien se había llevado el cadáver de la mujer a la que dio la mano, pero el rastro de sangre seguía allí. Se puso las manos en la cara y al tocarse la cabeza recordó la herida. La sangre se estaba secando. Pili dejó a la pequeña en el suelo y ordenó a su hermana que le diera la mano y no la soltara hasta que llegaran a casa. Carmencita asintió con una seriedad que no dejaba lugar a dudas. Entonces Pili se agachó y ayudó a su vecina a ponerse en pie. Poco a poco fue andando hacia su hogar, que estaba a poca distancia.

—Por poco, Paola, por poco. ¡Qué susto más horrible! Cuando llegamos había…

Paola miró a su vecina con un rostro impasible y doliente a la vez.

—No quiero saber nada más. Por poco, pero no fue —su tono era firme y tajante. No pronunció una palabra más. Un silencio violento mantuvo sus ojos clavados en la distancia.

Hacía tiempo que de la fuente del callejón no manaba agua, menos mal que tras la barriada había un arroyuelo que suministraba a los vecinos aquel líquido tan necesario. Petra cogió dos cubos y salió a toda prisa hacia allí. Todo el barrio estaba revuelto. Los vecinos se empeñaban en

salir a ver aquellos agujeros que habían dejado las bombas, a interesarse por los heridos y a lamentarse por los muertos, con la leve esperanza en el corazón de no haber sido ellos. Todo el barrio era un rumor. Si a principios de año los bombardeos habían cejado un poco, ahora volvían a convertirse en el pan nuestro de cada día. Los vecinos paraban a Petra y preguntaban. Se decía, se comentaba que Paola… menos mal que está bien, ¡Qué suerte ha tenido! Y Petra despedía a unos y otros intentando demorarse lo menos posible. Necesitaban saber cómo estaba.

En realidad, era más la herida del alma que las que tuviera en el cuerpo, que no eran más que unos arañazos y la pequeña brecha en la cabeza, que se debió de hacer al estrellarse contra la pared. También relató a las hermanas el capítulo con Marta y cómo no había conseguido nada.

—Tiene razón —acabó por confesar—, por muy sinvergüenza que sea. Con la dignidad no se come.

Paola decidió que tenía que cambiar de estrategia. Las palabras de Marta habían hecho que viera la realidad desde otra perspectiva, ser íntegra, ser honrada, ser digna no le iba a dar de comer ni a mantener vivos a sus hijos. Tal vez había llegado la hora de luchar, dejando atrás todo lo que la habían enseñado.

Al día siguiente, por la mañana, habló con las hermanas. Saldría a las colas de madrugada y más tarde al mercado negro. Petra le informó que aquello era muy peligroso, que podían engañarte, encarcelarte, acusarte y cosas peores que no quiso mencionar. Ellas se habían ido comiendo las gallinas y vendido casi todo, por lo que tenían poco con lo que trapichear. Paola aún tenía dos gallinas y un gallo.

Las colas eran interminables y había que evitar los altercados, porque si no los guardias te echaban y ese día no podías llevar nada para comer. Algunas veces se llevaba a su hija mayor y la mantenía acurrucada en una manta hasta que se hacía de día. Entonces la niña iba de un lado a otro recogiendo todo lo que podía resultar útil. Sobe todo palos, astillas, madera de muebles mutilados; el invierno llegaría y habría que alimentar la cocina. Una vez en casa los iban amontonando en un rincón del patio, cubiertos por maleza. Tan pequeña como era, Carmencita podía pelearse como un animal si veía que alguien trataba de coger algo que era suyo. Corría como una gacela y en sus ojos había desaparecido el brillo infantil, dando paso a una seriedad desconcertante. Cuando Paola distinguía en los ojos de su hija esa fatalidad, la sentaba en sus rodillas mientras esperaban la cola.

—Ven cariño, vamos a jugar —Carmencita la miraba extrañada, pero inmediatamente se acurrucaba junto a su madre. No podía perder aquel regalo inesperado.

—Una, dola, tela, catola, kila, kilete, estaba la reina en su gabinete, vino Gil y apagó el candil, candil, candilón, cuenta las veinte, que las veinte ¡soooonnnnnn!

Y hacía cosquillas a la niña y ésta reía y la dulzura y la inocencia de la infancia volvían a ella en un instante, dando un respiro a su madre.

El primer día que fue con Petra a Madrid se quedó de piedra. Tuvieron que andar muchos kilómetros porque el último bombardeo había reventado un tramo de vías y los tranvías no podían pasar. Casas derruidas, calles llenas de cascotes, monumentos cubiertos de sacos, miseria

por doquier, caras asustadas, sucias, hambrientas. Paola miraba todo con los ojos aterrados, hacía varios meses que no iba a la capital y aquel panorama la deprimió profundamente. Tuvieron que refugiarse dos veces por alerta de bombardeos y al final volvieron con las manos vacías. La casa donde poco tiempo atrás Petra vendía sus huevos ya no era más que un montón de escombros y hierros retorcidos.

Paola llevaba sus huevos en una bolsita que se había hecho y que colgaba por entre su falda y sus enaguas, pero con tanto ajetreo no sabía si llegaría alguno vivo de vuelta. Iban en silencio, la tarde caía y aún les quedaba mucho camino por recorrer, aunque con la llegada de la primavera los días se habían alargado y la temperatura comenzaba a ser más benigna. Muchas personas caminaban por la carretera como ellas. Andaban rápido, mirando al suelo. De repente escucharon un revuelo. Los que iban por delante se pararon, algunos querían retroceder y cundió el desconcierto. Todos se preguntaban qué pasaba, el nerviosismo era patente, hasta que una mujer vestida de negro, que había perdido todos los dientes y se rascaba la cabeza con desesperación, dijo lo que todos temían.

—Un control.

Petra y Paola se miraron con desasosiego, si les pillaban los huevos se los requisarían, y eso si no las interrogaban sobre su procedencia. En un instante los guardias habían rodeado a un grupo importante y empezaron a pedir documentos y a hacer preguntas. Los últimos habían huido y habían avisado a los que llegaban por detrás, de tal manera que la carretera había quedado desierta. Paola se sentó en una piedra, abriendo las piernas como cuando estaba embarazada para que los huevos no se rompieran. Estaba nerviosísima. Con su intento por dar de comer a sus hijas igual llegaba su perdición. Todo era silencio, se miraban los unos a los otros, pero nadie decía nada. Algunos ya seguían su camino, otros eran conducidos a un camión, algunos se quejaban.

El aire comenzaba a refrescar la noche y Paola se hundió en la toquilla que llevaba, metiendo incluso la cabeza. En el fondo quería olvidar dónde estaba, qué hacía. Soñaba con abrir los ojos y esconderse en los brazos de Adrián y descansar.

—¡Eh, tú!

Paola siguió con sus ensoñaciones.

—Tú, ¿me estás escuchando? ¡Levántate! —la mujer sintió que la empujaban y a punto estuvo de caer de la piedra. Se levantó malhumorada e iba a decir que qué forma era esa de tratar a una mujer cuando se quedó petrificada al ver al hombre que tenía ante sí. Él pareció no reconocerla.

—Te estoy llamando, ¿es que estás sorda? No tenemos toda la noche. A ver…

—¡Manuel! —lo interrumpió.

Manuel la miró desconcertado. En el fondo de sus recuerdos se abría paso aquel tono de voz, pero no se correspondía con el rostro que tenía ante sus narices. Y entonces reaccionó.

—¿Pau?, ¿eres tú?, ¿eres tú, Pau? —repitió.

Paola sintió una inmensa emoción. Hacía varios años que no veía a su Manuelín. Después de aquella pelea con Adrián y con Paca se había ido de la casa de los Ruiz de Villanueva y no había vuelto a saber nada de nadie de aquella familia.

El muchacho no daba crédito a lo que veía. Paola había cambiado mucho, no se parecía en absoluto a como él la recordaba. Estaba muy desmejorada, muy demacrada y parecía diez años mayor. La encontró delgadísima, tenía unas profundas ojeras y llevaba ropas viejas y roídas. Tal vez sus ojos, aunque mucho más apagados, eran un último recuerdo de su amor.

—Sí —logró articular, conteniendo como podía el llanto —soy yo.

Manuelín la llevó a un aparte. Cuando Petra iba a seguirlos, el miliciano la apartó, pero Paola le indicó que iba con ella. Hizo un gesto con la mano y se fueron detrás de un camión, que estaba semioculto tras los matorrales. Allí la abrazó para consolarla y notó cómo sus huesos temblaban. Después se apartó y se la quedó mirando en silencio. Paola se secó los ojos y le pidió perdón por su reacción, echando la culpa al mal día que llevaban. Petra asistía como convidada de piedra a aquella escena, sin entender quién podía ser aquel hombre que con tanta confianza trataba a su amiga.

—Lo sé, estoy horrible —Paola se separó de su amigo de juventud y trató de colocarse el pelo tras las orejas sin mucho éxito.

—No, no estás horrible, estás… distinta. Pareces mayor. La lucha nos está cambiando a todos, pero ya vendrán tiempos mejores —realmente le costaba encontrar los vestigios de la muchacha de antaño en aquella cara triste, en aquellas arrugas incipientes, en aquella delgadez, aunque no era el momento de decir nada—, pero cuéntame cómo te va. Me enteré de que te habías casado y creo que alguien me dijo que tenías un hijo.

—Tres, tengo tres. Dos niñas y un niño. Adrián fue llamado a filas a principios de marzo y aún no hemos tenido noticias de él.

—¿Ya tres? ¡Cómo pasa el tiempo! —su voz rezumaba nostalgia.

Manuelín sacó unas cajas de la parte trasera del camión para que se sentaran las dos mujeres y él encendió un cigarrillo mientras se sentaba al borde del camino. Paola vio que llevaba una pistola al cinto, pero no dijo nada.

—¿Y se puede saber qué hace una madre de tres hijos por esta carretera a estas horas?

Paola miró a su amigo sin apenas reconocerle, el tono de voz varonil, el rostro más anguloso, los gestos contenidos. La noche se iba estrellando y una luna perezosa y amarillenta iba surgiendo de los aledaños del fin del mundo para alumbrar las tristezas. Las voces en la carretera perdían su significado al deslizarse por las retamas y los arbustos. Un silencio tenso se abrió paso entre el presente y un pasado que apenas recordaban que existió. Paola se preguntó qué decir, si debía confiar, tal vez la guerra había sido capaz de pudrir los corazones hasta conseguir que aquel al que tanto quiso se convirtiera en su verdugo y tuvo miedo. Manuelín,

mientras tanto, la observaba desconcertado por su mutismo. Petra se miraba los zapatos manteniéndose invisible.

—Pau, ¿qué te ocurre?

—No sé si debo confiar en ti —se sinceró—, tu uniforme, tus maneras de antes, esa pistola. No sé qué debo contestarte. No sé si me habla Manuelín, el amigo, o Manuel, el agresivo soldado.

El muchacho sonrió y fue la primera vez que Paola sintió una ráfaga de seguridad en su corazón. Aquel gesto no había cambiado, pero una oleada de antiguas sensaciones y sentimientos cayó pesadamente sobre sus hombros y la anegó de tristeza.

—Manuelín, soy Manuelín, pero si alguien lo oye, negaré que lo he dicho. Y ahora déjate de monsergas y cuéntame cómo te va, qué haces aquí, dónde están tus hijos, ¡hacía tanto que no sabía de ti! Si puedo ayudarte en algo…

Paola tomó una decisión amparada en aquella sonrisa, se dejó llevar por su instinto y, con frases atropelladas, fue desgranando su historia, explicándole sus miedos y sus necesidades y por último le habló de los huevos que habían llevado a Madrid por la mañana para venderlos o cambiarlos por algo que llenase más la barriga y que traían de vuelta porque no habían encontrado al comprador y no se habían atrevido a buscar otro a la desesperada.

Manuel escuchaba en silencio, fumando compulsivamente y creando azuladas nubes de humo, que se quedaban ancladas a sus cabezas. De repente, una llamada quebró el silencio.

—¡Manuel! ¿Dónde te metes, cabrón? ¿A quién andas follándote esta vez?

—A tu madre —respondió a esa voz desconocida, que lo reclamaba soltando una carcajada a la que, como un eco, respondió otra desde la carretera—. Esperadme un momento, ahora mismo voy.

Se levantó. Las mujeres hicieron otro tanto, pero aquel hombre les indicó que se mantuvieran sentadas.

—Ahora vuelvo —y desapareció entre la negrura, que ya era total.

—¿Tú sabes lo que le has dicho a ese soldado? Espero que sepas lo que estás haciendo, porque acabas de confesar que queríamos vender huevos en el mercado negro, lo que significa que tenemos gallinas y que nos las pueden confiscar, y eso tirando por lo bajo —Petra hablaba en susurros. Paola apenas vislumbraba su silueta en la oscuridad, pero notaba el temblor de su voz mientras pronunciaba aquellas palabras.

—Lo conozco, no nos hará ningún mal. Fue un buen amigo y un gran apoyo cuando llegué por primera vez a Madrid —aunque trató de imprimir seguridad y confianza a su voz, no estaba tan convencida como intentaba demostrar.

—Tampoco podemos demorarnos demasiado —continuó su vecina—, Pili estará ya

preocupadísima por nuestra tardanza.

—Tienes razón. En cuanto vuelva, nos despedimos.

Manuel apareció nuevamente, precedido por la diminuta luz de su cigarro. Sonó el motor renqueante del camión que había en la carretera, unas débiles luces iluminaron el maltrecho asfalto y acto seguido se puso en marcha. Instantes después apenas se oía más que la suave brisa susurrando entre la maleza creciente.

—Nosotras también tenemos que irnos —Paola se arrebujaba en su manto—, ya va haciendo frío y la hermana de Petra estará intranquila, preguntándose si nos ha ocurrido algo. Además, lleva todo el día con los tres niños y Adrián no come desde mediodía.

Paola había sentido cómo le subía la poca leche que sus pechos podían generar.

—Os llevo —dijo Manuel con determinación. No son horas para que andéis por la carretera y yo tengo un camión.

El miliciano las llevó. Cuando entraron en la casa, Pili, que estaba muy nerviosa, se asomó a la puerta de la cocina y se quedó petrificada al ver a Manuel tras su hermana y su vecina. Se temió lo peor y se llevó la mano a la boca para sofocar un grito.

—Tranquila, Pili, es un amigo. Se nos ha hecho muy tarde y nos ha traído —la voz de Paola sonaba cansada.

Pili se dio la vuelta y volvió a entrar en la cocina. Paola invitó a su amigo a sentarse y fue también a la cocina para ver a las niñas, pero ya no estaban allí.

—¿Ya están acostadas? ¿Y qué han cenado? Se dio la vuelta, sacó los huevos de debajo de su falda, comprobó que milagrosamente estaban bien y cogió a Adrián de la cunita.

—Nada, no había nada y aunque se han quejado un poco, las he convencido de que traerías algo rico para mañana.

La puerta del salón sonó al cerrarse, e inmediatamente entró Petra en la cocina con el susto aún en el rostro. Paola sacó un pecho y el niño empezó a mamar con fruición, aunque ella pensaba que no sacaba demasiado alimento, tal vez fuera que la calidad de la leche no era la adecuada, el caso era que el bebé cogía poco peso. Petra anunció que el soldado, como ella lo llamaba, había ido al camión a por no sé qué cosa. Entonces Pili aprovechó y miró a la joven madre.

—¿No habrás?… —no acabó la frase porque no sabía cómo expresar lo que le rondaba la cabeza desde que aquel hombre había puesto los pies en la casa.

—No habré ¿qué? —Paola miraba a su amiga sin comprender.

—Quiero decir, que podemos apañarnos sin necesidad de que tú, de que…

—¡Pili, habla de una vez! —se impacientó.

—Adrián es tu marido y no deberías…

Un halo de clarividencia se abrió paso en la mente de aquella madre que daba el pecho a su hijo y miró a su vecina y amiga con ternura.

—No, Pili, no es lo que piensas. Manuel es un antiguo amigo que trabajaba en la misma casa en la que yo serví cuando vine a Madrid, me ayudó mucho y hoy ha impedido que nadie mirara si llevábamos algo o no. Podemos confiar en él, es buena gente.

Unos golpes en la puerta indicaron a las tres mujeres que Manuel volvía. Petra, por si acaso, se quedó en la cocina poniendo a salvo los huevos. Paola siguió dando de mamar al pequeño y Pili salió a abrir. El muchacho le tendió una bolsa de arpillera a aquella desconocida y entró de nuevo.

—Me tengo que ir —anunció—, me gustaría despedirme de Pau, de Paola.

—¡Un segundo! —llegó desde la cocina su voz—, estoy dando de comer a Adrián, espérame, que ahora salgo.

Unos instantes después Paola salía con el bebé en los brazos. Se había recogido bien el pelo y mostraba una sonrisa de agradecimiento apenas visible bajo la titilante luz de una especie de vela. Manuel estaba sentado a la mesa, mirándose las manos, y a su lado Pili, como una guardiana eficaz, hacía sonar rítmicamente los dedos sobre la madera.

—Me tengo que ir —volvió a insistir Manuel—, te he dejado algo de comida que llevaba en el camión. Venimos del campo y allí aún quedan provisiones. No se te ocurra volver a Madrid a comprar o vender nada, es peligroso y además cada vez hay menos y te darán menos, en el supuesto de que no te roben o te hagan cualquier cosa. Hazme caso, yo sé lo que digo. Si quieres vender, sal de la ciudad. Los campesinos tienen muchas cosas y pueden necesitar otras muchas, ahí es donde puedes encontrar recursos. Mañana volveré con lo que pueda conseguir, pero yo no soy tu solución, Pau, puede que pasado mañana ya no esté aquí.

Manuel, de repente, se sentía angustiado. Sabía de la miseria, convivía con ella, pero hacía mucho tiempo que no le ponía nombre y apellidos y mucho menos ese nombre. Aquella casa miserable, aquellas tres mujeres asustadas, desconfiadas y solas, cuidando de niños famélicos y harapientos. Miró a su alrededor, había pocos muebles, suponía que habían servido de leña durante el invierno; también faltaban algunas cortinas y, sobre todo, se palpaba el hambre. Todo dejaba a su paso el desdichado aroma del hambre. Y en el centro de aquel horrible universo, Paola, su Pau, aquella que templaba sus noches de miedo y de desconsuelo, y que ya no era más que un fantasma moribundo de su recuerdo.

Se levantó y con un leve gesto se despidió. Paola lo acompañó a la puerta con el niño que lloriqueaba en brazos.

—Gracias —le dijo.

—Mañana me acercaré con lo que pueda encontrar. Hoy, cenad lo que hay en la bolsa, ese niño necesita comer y tú también, Pau. Estás en los huesos.

Y se marchó. Los faros iluminaron la noche y el motor retumbó en el silencio. Muchos vecinos pensaron que venían a llevarse a alguien acusado de ser infiel a la República y tuvieron miedo. Nada podía hacer un camión en aquel barrio a aquellas horas más que traer la desgracia, pero por una vez, estaban equivocados.

Paola volvió a entrar en la casa. Pili había vaciado la bolsa sobre la mesa y los ojos se le habían llenado de lágrimas. Había patatas, judías, garbanzos, zanahorias, algarrobas, nabos, naranjas, cebollas, pan, un pedazo grande de queso y dos ristras de chorizo. La tentación había pasado ya, pero no les faltaron ganas a las dos hermanas de lanzarse sobre aquellos alimentos y comer hasta hartarse. Las tres mujeres no podían separar los ojos de la mesa, los colores de aquellas viandas dotaban de un halo mágico a esa noche de primavera.

Por fin Petra se levantó y volvió a meter en el saco los alimentos y los llevó a la cocina. Detrás, como hipnotizadas, fueron las otras dos.

—¡Vamos a hacer un guiso para cenar! —Petra colocaba los alimentos en diferentes lugares de la cocina—, lo demás lo racionaremos para que nos dure, pero hoy va a ser un día grande.

Paola sonrió y miró a Pili y esta se volvió hacia su hermana y las tres se abrazaron. Habrían gritado si hubiera sido posible, pero la lógica les dictaba prudencia y el miedo aún las atenazaba. Todo eran oídos indiscretos en aquellos tiempos y por mucho menos podían asaltar tu casa en busca de comida. La desesperación de las familias levantaba los instintos más animales. Habían visto a mujeres pelearse con saña por un mendrugo, patearse, arañarse, caer al suelo y hacerse sangre. Habían oído los peores insultos, las mentiras más rastreras, pero es que el hambre, contra todo pronóstico, dolía. Y ellas lo sabían muy bien, lo habían sufrido en carne propia.

Con el guiso, al que añadieron un trocito de chorizo que rápidamente esparció un aroma singular por la casa, cortaron unas finas tiritas de pan. Taparon la olla, asustadas por aquel olor tan particular, como si pudiera traspasar las paredes y colarse en las casas vecinas, acusándolas de tener lo que los demás ansiaban.

—¿No olerá demasiado el chorizo? —Petra comprobaba que las ventanas estuvieran bien cerradas mientras planteaba la cuestión.

—No, además vamos a cenar ahora mismo y en poco tiempo ya solo será un recuerdo. ¿Está todo bien cerrado? —Paola recogía con esmero las migas que habían sobrado de los cortes y las amontonaba en un platillo. Las gallinas también tendrían hoy ración extra.

— Sí, todo está cerrado.

Colocaron la mesa y sirvieron un plato generoso y humeante para cada una. Después despertaron a las niñas que, somnolientas, acudieron al comedor y se quedaron maravilladas ante el embriagador aroma de la comida.

—¿Vamos a cenar, mamá? —la sonrisa de Carmencita iluminó su rostro. Después se puso a

dar palmas y se lanzó a su plato, pero su madre la contuvo.

—Sshhhh. Espera, que te vas a quemar… y no armes jaleo, la gente ya duerme y no hay que molestar —la niña cogió la cuchara con su manita infantil y se contuvo a la espera de que su madre le diera permiso. Paola, su hermana, se sentó a su lado y cogió también la cuchara. Después llegó el silencio, únicamente interrumpido por los soplidos y la ansiedad.

Aquella noche, ya en la cama, que definitivamente había empezado a compartir con sus hijas desde los momentos del invierno más crudo, Paola dio gracias a Dios por ese día y por esos alimentos que habían templado su angustia y que permitieron a sus hijas dormir de un tirón. Una subida de leche inesperada la sacó de la vigilia que lleva al sueño. Estaba derrotada, agotada, sin embargo, se levantó y tomó al pequeño Adrián en brazos. El niño se quejó en sueños con un suave lloriqueo, pero cuando intuyó el pezón que su madre le ofrecía se aferró a él, succionado con furia. Y así se quedaron, los cuatro compartiendo una cama que una vez fue un nido de amor para dos.

El día siguiente amaneció lluvioso y gris. Petra llamó a su vecina, que se había quedado dormida. Tenían que ir a la cola. Paola se levantó y trató de arreglarse y asearse. En el patio, los cubos se habían llenado, los vertió en la pila y volvió a sacarlos. El agua fresca terminó de despertarla y al cabo de unos minutos ya estaba envuelta en su toquilla de lana, dispuesta a seguir a Petra, mientras Pili se quedaba al cuidado de los pequeños. Llegaron a las seis de la mañana y ya había una enorme hilera de personas esperando que comenzara el reparto. Seguía lloviendo y todo el mundo se pegaba al muro de piedra para que la cornisa evitara que estuvieran calados a los cinco minutos. Los pies hacía tiempo que estaban húmedos. Delante de ellas, una mujer sentada en un cajón arropaba a sus dos hijos. Era morena, muy delgada, tanto que los pómulos se asemejaban a huesos que únicamente cubriera la piel. Los ojos hundidos, muy negros y muy implorantes. Paola la miraba, pensando que, quizás, aquella que tanta pena le transmitía no era muy diferente de la imagen que ella irradiaba. Ni siquiera su amigo la había reconocido, y no habían pasado tantos años.

Un poco más adelante dos mujeres de pie, con dos bolsas colgadas de los brazos, se quejaban del hambre, recordando tiempos pasados en los que tenían alimentos que llevarse a la boca. Susurraban criticando aquella situación y se intercambiaban recetas a la hora de cocinar con los pocos recursos con los que contaban. Paola escuchaba interesada y memorizó cómo hacer una tortilla sin patatas y sin huevo, utilizando mondas de naranjas a modo de patatas, quitando la cáscara externa e hirviendo los trozos para quitarles el sabor, y una mezcla de ajo, aceite, harina, sal, agua y, si encontrabas, bicarbonato, que sustituiría al huevo.

—Hace frío hoy —la voz de su vecina la devolvió a la realidad—, sobre todo por la humedad. Si dejara de llover sería otra cosa.

Aunque la lluvia arreciaba, nadie se movía. Buscaban fundirse con aquel muro protector y sabían que no había otro remedio que esperar, aunque comenzaran a mojarse y a tiritar. Aquella cola era la obligación con su familia, la única manera de conseguir el escaso alimento que llegaba a multitud de hogares en forma de miserables porciones. Y entonces, las sirenas comenzaron a sonar. La angustia se apoderó de aquellos pies anegados, de aquellas ropas húmedas, de aquellos rostros agotados y como un gigantesco ciempiés agonizante, la fila se

deshizo en retazos de miedo, que se expandían por todos los espacios buscando cualquier refugio. Paola, sin embargo, no se movió, fue avanzando como si la cola aún estuviera allí, desplazándose, y ella se acercara a su destino. Petra, que comenzaba a correr, se dio la vuelta y vio cómo aquella mujer continuaba andando, siguiendo el muro rumbo a la puerta. Era una locura, porque la zona más cercana al dispensador estaba desprotegida. Volvió hacia ella y trató de llevársela hacia un lugar más seguro, pero Paola no se movió.

—Esperaré que pase y estaré la primera, no tendré que seguir aquí y no continuaré empapándome, tengo frío y estoy cansada —el sonido de los motores de los bombarderos se acercaba.

—No seas loca, mi niña. Puede pasarte cualquier cosa, allí no hay nada con lo que protegerse. Vamos, corre, que aún tenemos tiempo —pero Paola no hizo caso y continuó andando a paso ligero hacia la puerta, de la que manaban los exiguos alimentos. Petra cerró los ojos, trató de dominar el miedo, pero no fue capaz. El sonido silbante de las bombas ya era una realidad en algún lugar, aún lejano, de la maltratada ciudad. Dejó a su amiga y salió corriendo dispuesta a ponerse a salvo. Con una que se arriesgara, era más que suficiente.

Es complicado entender cómo en determinados momentos de una vida, cuando las circunstancias nos llevan al límite, las reacciones son de lo más variadas. Se suponía que aquella mujer de rostro agotado, madre de tres niños y esposa de un soldado, se había vuelto loca, había perdido la percepción del peligro y arriesgaba su vida por no esperar bajo la lluvia una cola que hacía a diario. Sin embargo, esa madre, mujer y esposa sonrió bajo la amenaza de las bombas cuando, al dar la vuelta a la esquina, al final del muro, una cola más diminuta se encomendaba a Dios a las mismas puertas de la tienda. No era la única que había tomado esa decisión. Había un puñado de desarrapados como ella, de menesterosos como ella, de desesperados como ella, de agotados como ella, que habían decidido ser los primeros tras el bombardeo o morir en el intento. Morir. Esa palabra estaba perdiendo su poderoso significado, tal vez había dejado de ser la amenaza horrible del fin y empezaba a tomar tintes de liberación.

Las bombas sonaban en la lejanía. Cada vez que había una explosión, Paola cerraba los ojos con fuerza y todo su cuerpo se sobresaltaba. La adrenalina subía a niveles insospechados, tratando de dilucidar si las bombas se acercaban o serían otras zonas a las que sorprendería la desgracia esta vez. Tras minutos que se hicieron interminablemente angustiosos, los sonidos se volvieron más débiles. Los aviones se alejaban, no cabía duda, y tras ellos surgía la esperanza de haber sobrevivido un día más. Poco a poco todo aquel maremágnum humano que, como hormigas había acudido a sus hormigueros improvisados ante la amenaza, fue surgiendo de nuevo, volviendo a colocarse con el alma en vilo en aquella cola cotidiana. Nadie dijo nada de los que habían quedado primeros. Se habían ganado el derecho de volver temprano a casa. Cuando Paola se iba, Petra llegó a su lado. No dijo nada porque no sabía qué decir. La muchacha le dio unos golpecitos en el bazo.

—Hoy me han dado otra vez lentejas, un pedacito de jabón, sal y aceite. ¿Qué comida se puede hacer con eso? ¡Ah! y leche para el niño.

Petra permanecía en silencio. Se sentía un tanto avergonzada mientras caminaban de vuelta a casa.

—Cada uno hace lo que puede. No te tortures. Me ha salido bien. Si ahora estuviera en la morgue estarías preguntándote por qué no insististe más en que me fuera. Olvídalo, por favor. El miedo es un sentimiento y también nos empuja a sobrevivir. ¿Qué crees?, ¿que yo lo hice mejor? Mi desesperación y las ganas de descansar han superado al miedo y me han llevado a una locura transitoria. En estos tiempos uno encuentra dentro de sí todo aquello que ni siquiera ha intuido nunca que existiera. Pero por el momento solo existe el aquí y el ahora, y nuestro presente nos va a permitir hacer hoy una comida decente —le guiñó un ojo. Petra intentó sonreír, aún azorada. Y siguieron caminando por aquel Madrid descarnado, salvando baches, cascotes, barro y tristeza, tratando de ocultar la gloria de saber que de momento tenían un plato en la mesa y algún día más de abastecimiento asegurado.

—Somos afortunadas, Petra. No sé mañana, pero hoy lo somos —Paola caminaba con garbo, saboreando una felicidad que sabía efímera, tan efímera como su suerte, pero de momento real.

Manuelín apareció cuando ya anochecía. Nuevamente había comenzado a llover con fuerza. Llegó precedido del ruido de su camión, los faros sucios y opacos tiñeron el salón de Paola de una claridad móvil, que entró por una ventana y fue iluminando la habitación de forma circular para volver a desaparecer en el momento en que el vehículo dio la vuelta y aparcó. Instantes después unos leves golpes con los nudillos rompieron el silencio de la noche. Paola fue a abrir con el niño en brazos. Su amigo entró rápidamente y cerraron la puerta. De la cocina, situada a la derecha, salía un leve resplandor. Ella le hizo una seña y el muchacho la siguió hasta allí. En un rincón, las dos hijas de Paola jugaban con cacharros abollados, cerca del hogar, en donde algo se estaba quemando, desprendiendo una luz rojiza, un poco de calor y un olor extraño. Paola le hizo un gesto para que se sentara en una de las dos sillas de enea que había cerca de las niñas.

—Pensaba que no volverías —fue el serio saludo de Paola.

—¡Pau!, ¿de verdad pensabas que no volvería?, ¿que no trataría de ayudarte? Esta guerra nos hace salvajes muchas veces, pero yo nunca olvido a los seres queridos, y tú te encuentras entre ellos, aunque haga años que no sé de ti.

Manuel sacudió la gorra que llevaba en la mano y mil gotas surcaron el aire. La mujer se tranquilizó.

—¿Cómo está tu padre, y Matilde, y los señores? Desde que salí de allí no he vuelto a saber nada —se atrevió a preguntar.

A través de sus propias palabras Paola se hizo consciente de su soledad, reencontró en aquel hombre sus raíces urbanas, sus primeros pasos por la ciudad, sus recuerdos. Bajó la guardia y volvió a ser la chica asustada que llegó a Madrid a servir sin saber muy bien dónde se metía. Era una sensación reconfortante dejar por un segundo tantas responsabilidades y escuchar. Manuel le contó que su padre estaba bien. La guerra le había pillado en Portugal con el señor y no habían vuelto de allí. Hortensia y su hija habían seguido a don Alejandro en el barullo de los primeros días, habían cerrado la casa, cogido lo más valioso y habían huido. Él pertenecía a la CNT, y desde el primer momento se había alistado para defender la República, estaba en Madrid de forma puntual y partiría al día siguiente. No le podía explicar demasiado de sus planes porque

eran secretos de guerra.

—Poco más te puedo contar —concluyó—. Me alegro de que mi padre esté lejos de aquí, de que no vea cómo esos bastardos fascistas nos quieren masacrar.

Un silencio tenso se alzó entre ambos. El inflamado discurso se agotó ante el gesto de desagrado de Paola, quien tenía una idea muy distinta de aquella horrorosa guerra. No podía olvidar que su hermano, sin quererlo, era uno de esos bastardos fascistas.

—Prefiero dejar esos temas aparte —dijo por fin con desgana—, no creo que gane nada nadie muriéndose de hambre, de frío, de enfermedades o de un tiro en la cabeza. Si por mí fuera, dejaríais de jugar a los soldaditos ya.

Manuel mantuvo un mutismo respetuoso. Le quemaban esas palabras, pero pensaba que Pau era demasiado ignorante para saber la importancia histórica de aquel momento. Ella solo entendía lo que veía a su alrededor, no era capaz de comprender que había un más allá, un día en el que todos los hombres y las mujeres serían libres e iguales, y había que luchar por ello. Y no importaban los que se quedaran por el camino, el fin bien valía aquellas vidas. Sin embargo, se abstuvo de decir nada.

Paola también le resumió su vida desde el momento en el que salió de la casa de los Ruiz de Villanueva. En algunos episodios se le hacía un nudo en la garganta y la voz se le quebraba, pero se recomponía y continuaba su narración. Por fin, los dos quedaron en silencio y solo el repiqueteo de la lluvia llenaba el espacio.

—Se está haciendo muy tarde —dijo de pronto Manuelín—, mañana salimos y nadie sabe dónde he ido ni por qué tengo el camión.

—No quiero que te marches sin… Yo… no te di las gracias ayer, pero no sabes…

—No me des las gracias, Pau. ¡Ojalá pudiera hacer algo más!

—Pero esos alimentos… hacía que no comíamos… —Paola se echó a llorar con un desconsuelo que nacía del fondo de sus entrañas—. No sé si sabes lo que es no tener comida y nada para rellenar el estómago, explicar a los niños que no puedes darles de comer, aunque ellos sientan hambre y lloren. Yo ya no sé cómo conseguir más, cómo seguir adelante, yo…

Se tapó la cara con las manos y dejó que el llanto continuara. Esas lágrimas, que hacía tiempo que no vertía porque no podía encomendarse a nadie, porque nadie podía consolarla, empezaron a desbordarse sin control. Manuelín estiró una mano y apretó el antebrazo de su amiga. Carmencita que, tras la curiosidad inicial por aquel desconocido, había seguido jugando, se levantó y se fue hacia su madre. Paola, su hermana, la siguió con paso inseguro.

—No llores, mamá —Manuel asistía a la estampa sin respirar. La mano diminuta de la niña acariciaba con ternura el cabello de su madre mientras que con la otra mano abrazaba a su hermana, que empezaba a hacer pucheros. Y volviéndose al desconocido le increpó.

—¿Por qué haces llorar a mi madre? ¡Eres un hombre malo! Cuando venga mi papá… —los

ojos de la pequeña refulgían de odio. Paola se recompuso y se secó de un manotazo las lágrimas con el dorso de la mano.

—¡No digas esas cosas, Carmencita! Este señor no me ha hecho llorar, él me ha ayudado —la regañó.

—Y entonces ¿por qué lloras? —insistió con terquedad.

—Son cosas de mayores, hija —Paola abrazó a su hija y la besó en la cabeza—, id a jugar, que mamá ya está bien. Algunas veces me pongo triste porque papá no está.

Carmencita se fue nada convencida. Seguía mirando de reojo al hombre que se sentaba tan cerca de su madre. Mantuvo el ceño fruncido.

—Bueno, me voy —se levantó con una tímida sonrisa Manuel—, tu hija podría matarme con la mirada si me quedo un poco más.

—No se lo tengas en cuenta —contestó Paola un poco más relajada—, a veces me culpo porque sé que pierde la infancia. Es extremadamente responsable, es dura y fuerte, parece que tuviera mucha más edad. Me asusta verla crecer antes de tiempo.

Manuel sonrió.

—Tienes unos hijos preciosos y no queda más remedio que amoldarse a las circunstancias, no te culpes de todo. Por cierto —se puso en pie y desvió la conversación—, he traído todo lo que he podido encontrar. No es gran cosa, pero en estos tiempos de escaseces os podrán ayudar a que la vida sea un poco más sencilla. Espérame aquí con la puerta abierta, que llueve mucho. Y salió dando grandes zancadas.

Paola se quedó allí, sujetándola, impidiendo que se cerrara. Un viento desapacible hacía que la sensación de frío fuera mayor y desagradables rachas cargadas de lluvia se colaban por la abertura. La mujer se protegió tras la madera. Unos instantes después entró Manuel con dos sacos de arpillera similares al de la noche anterior, que dejó en el suelo, pegados a la pared. Volvió a salir y al cabo entró con otros dos. Un último viaje y cerró la puerta. Estaba empapado, gotas transparentes resbalaban desde su pelo y hacían surcos por su cara. Paola se preguntó cómo hubiera sido su vida si se hubiera enamorado de él. El corazón le dio un vuelco y expulsó de su cabeza esa estúpida idea.

—Pues ya está todo. Espero que saques provecho a lo que te he traído y sirva para que no andes por ahí metiéndote en líos, al menos por un tiempo —sonrió.

—No sé qué decir. Has sido un ángel de la guarda para esta familia —las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos. Manuel se acercó y la abrazó. A pesar del paso de los años, seguía recordando su aroma. Su corazón se aceleró y un deseo incontrolable de besarla se apoderó de sus sentidos. Cerró los ojos y trató de serenarse. Tragó saliva para que su voz no delatara su emoción y con un gigantesco esfuerzo se separó.

—Ojalá pudiera hacer mucho más, sacarte de este infierno y llevarte lejos, a salvo, a un

lugar donde pudieras ser feliz. Al lugar que tú te mereces —los ojos de Manuel brillaban en la oscuridad de aquel salón. Paola se puso tensa, el silencio pesó sobre las almas y por un instante el mundo se detuvo y volvió atrás, a la alegría de un pasado irrecuperable. Manuel alargó la mano y tomó la de Paola. Era muy pequeña, muy frágil, la acercó a sus labios y la besó, demorándose más de la cuenta.

—¡Mamá! —resonó la voz de Carmencita—, ¿dónde estás? Paola se ha caído —un segundo después sonaba con fuerza el llanto de la pequeña.

Paola se soltó y fue en busca de su hija, volviendo a la realidad y dejando que, como un espejo, se hicieran añicos las últimas palabras y los últimos gestos. Cogió a la pequeña y la calmó con ternura. Al levantar la cabeza del rostro de la niña, se encontró con los ojos de Manuel, que la observaban desde el marco de la puerta. Se sintió extrañamente perdida, pensó en Adrián y una punzada de dolor se cebó en su estómago. Él notó su desasosiego y decidió que había que dejar las cosas donde las había encontrado. La necesidad nubla los sentidos.

—Buena suerte, Pau. Espero que nos volvamos a ver, eso querrá decir que hemos salido victoriosos —se acercó y le besó la mejilla. Ella bajó la cabeza. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, la complicidad había desaparecido.

—Lo mismo digo. Si el cielo quisiera que te encontraras con Adrián, dile que estamos bien, que lo esperamos —iba a decir que le queremos, pero pensó que no era ese el mensajero más oportuno—, y muchísimas gracias por tu ayuda.

Manuel levantó la mano y con una sonrisa rebozada en tristeza, se marchó. Paola oyó cerrarse la puerta del salón y un sentimiento de desprotección y soledad la embargó con fuerza.

Los sacos contenían muchas más cosas, además de comida: mantas, velas, papel y trocitos de madera. Estaban avanzando hacia el verano y aquel material se convirtió en una advertencia clara. La guerra no terminaría en poco tiempo y, después de la experiencia invernal, Manuelín la animaba a seguir acaparando todo aquello susceptible de ser quemado. Aquel arsenal fue un enorme respiro para la familia. Aunque marchaban a hacer cola cada mañana a las seis en busca de cualquier cosa, sabían que a su regreso habría un plato seguro sobre la mesa, un plato que hacían con tapadera y con las ventanas cerradas para que no llegaran los olores más allá de aquellas paredes. Paola sabía que aquello no era más que un parche, una ilusión, que en pocos días todo volvería a ser como antes, pero había aprendido que lo importante era sobrevivir al hoy, que el mañana era demasiado incierto para preocuparse por él.

El verano fue una época más indulgente, aunque igual de peligrosa y miserable. Puede parecer un eufemismo hablar así, pero cuando todo es malo, se agradece lo menos malo. Y la vida tenía que seguir. Las provisiones de su amigo se alargaron en el tiempo todo lo que ellas fueron capaces de conseguir, inventando guisos imposibles, buscando desperdicios y robando frutas en algunas casas de las afueras, que sus dueños defendían a tiros. La vida había perdido parte de su significado existencial y había pasado a un segundo plano, porque el primero estaba centrado en la supervivencia.

Las sirenas se habían hecho cotidianas, las colas, ir a por agua al arroyo, buscar en los campos cercanos todo tipo de hierbas comestibles, recoger papel, madera… El pequeño patio se

iba convirtiendo poco a poco en el paraíso de Diógenes. Cualquier cosa que pareciera que podía tener un uso, era arrastrada hasta allí. Las vecinas estaban un poco asustadas con aquella febril tarea de Paola y a veces se preguntaban si no estaría perdiendo el juicio cuando la veían aparecer con Carmencita de la mano acarreando bolsas rellenas de desechos. Pero es que poco a poco había dejado a un lado sus miedos, su conciencia y sus principios para volverse el jefe de su clan. Sobre ella recaía la responsabilidad de alimentar a su familia, y era capaz de hacer cualquier cosa por conseguirlo.

Un día de verano se enteró de que había una casa de campo abandonada a varios kilómetros de allí que, al parecer, tenía higueras, probablemente cargadas de brevas. No se lo pensó, dejó en la cola a una perpleja Pili y, sin dar muchas explicaciones, tomó el camino que se dirigía hacia Ciudad Lineal. Después de un par de horas andando, Paola consiguió encontrar la casa y su decepción fue mayúscula. Efectivamente, había un edificio derruido que tenía un inmenso jardín donde se elevaban tres enormes higueras, pero ya estaban esquilmadas. Apenas cuatro o cinco brevas espachurradas contra el suelo daban fe de que allí hubo frutos. Eso y las ramas arrancadas, los signos de humanidad en batalla campal por conseguir su parte. Se sentó agotada en el suelo, hambrienta, se cogió la cara con las manos y se echó el pelo hacia atrás. Tenía sed, hacía calor. Levantó la cabeza y divisó una curiosa fuente con un angelote en medio de cuya jarra, que sostenía con los brazos, una vez manó agua. Aquel espacio tenía que haber sido bellísimo y, aunque el descuido estaba dejando paso a la maleza, aún se podía observar su encanto. Se levantó y se acercó a la fuente. Unos charcos llenos de verdín era todo lo que quedaba en el fondo de piedra. Al ángel le faltaba una pierna y parecía un bailarín en equilibrio. Paola sonrió para sus adentros y se sentó en el borde, que estaba a la sombra de unos enormes árboles.

Al fondo, sus ojos descubrieron un pozo. Corrió hacia él y se asomó. Había agua, pero de la cuerda medio podrida de la polea no colgaba ningún cubo. Miró en todas direcciones, pero el balde ya se lo había llevado alguien. Bajar era imposible. Se sentía sedienta, pero más allá de eso, era un reto absurdo que lo único que le permitía era demorarse en aquel remanso de soledad y sosiego. Decidió explorar un poco, aún a sabiendas de que otros muchos habían estado antes y habrían arramplado con cualquier cosa que fuera de utilidad.

La casa, en el centro, estaba parcialmente derruida y la parte que quedaba en pie era un testigo sin entrañas de lo que un día fue. Habían desaparecido las cortinas, las lámparas, los muebles, pero las paredes enteladas, los azulejos llamativos de los baños, las molduras de los techos, que se vislumbraban por aquellas ventanas sin cristales, eran mudos vestigios de un pasado esplendor. Rodeó los cascotes y dio la vuelta al edificio. Tras él vio el cobertizo, lo que quedaba de una caseta de madera cuyas paredes ya habían empezado a desaparecer y donde muchos clavos oxidados sobresalían amenazantes y huérfanos de sus travesaños gemelos. Aún se podían adivinar los ganchos y los lugares que habían ocupado las herramientas. Tampoco quedaba nada, el botín había volado.

Cuando estaba a punto de marcharse, un resplandor bajo el seto que cubría la valla llamó su atención. Se acercó y vio un mango, tiró de él y se vio con un hacha en la mano. No era demasiado grande, pero estaba afilada y podría serle muy útil. Siguió escarbando y moviendo los setos ya marchitos y secos y descubrió unas pequeñas tijeras de podar, un paraguas roto, un semillero de lata y una bolsa llena de semillas de no sabía qué. Siguió rebuscando por detrás de

lo que quedaba del chamizo, pero no había nada más. Sacó la bolsa que siempre llevaba doblada en el bolsillo de su falda y metió todo. Seguía teniendo aquella sed insoportable y sentía los labios secos y la saliva densa. Las chicharras ya entonaban su chirriante canto y empezó a sudar. Entonces tuvo una idea, cogió el semillero y con un palo y una piedra hizo dos agujeros, se acercó al pozo y pasó la cuerda que colgaba de la polea por ambos orificios y la anudó nuevamente en la parte superior. Después intentó bajar la lata, pero la soga era insuficiente. Probó entonces a sacar la cuerda, pero estaba enganchada, por eso no se la habían llevado, así que se subió al brocal y haciendo peligrosos equilibrios en el borde, consiguió desliarla.

Sudaba copiosamente por el esfuerzo. Se bajó del brocal y fue dejando caer la lata con ansia. Faltaba muy poco para que llegara al agua, se inclinó todo lo que pudo y por fin vio como se llenaba. Tiro con fuerza y la subió. Hubiera bebido de un trago el líquido maravilloso, pero era consciente de que el semillero estaba muy sucio y podía coger cualquier cosa. Así que lavó con arena y agua el improvisado cubito varias veces y cuando el resultado la satisfizo, bajó una última vez la lata y la subió deseando saciar su sed, sintiéndose orgullosa de su hazaña.

Bebió todo el contenido, volvió a bajar la lata y volvió a beber. El frescor del agua la llenó de optimismo y redujo el calor que había acumulado con tanto esfuerzo. Cuando estuvo saciada, quitó los nudos y guardó todo en la bolsa, soga incluida. Seguramente podría sacar algo de ella. Se dirigió a la salida del jardín pensando que no había ido del todo mal, aquellas cosas tendrían su precio, aunque no fueran alimentos. Iba ensimismada en estos pensamientos cuando una voz bastante ronca la sobresaltó.

—¿Qué has encontrado, qué llevas en la bolsa?

Paola giró la cabeza desconcertada, tratando de ver de dónde venía la voz y a quién pertenecía. Allí estaban, sentados en la fuente del angelote. Eran un hombre y una mujer con aspecto harapiento y desaliñado. Él tenía un palito en la boca y aspecto amenazador. Ella parecía una rata, con los ojillos negros, muy juntos y una risita que resonaba a cada comentario de su compañero. Paola se puso a la defensiva.

—No llevo más que trastos —se dio la vuelta y siguió andando muy rápido, casi corriendo.

—¡Eh, espera! Has entrado en nuestro reino y cualquier cosa que hayas encontrado, aunque sean trastos, nos pertenece —la voz masculina sonaba fuerte, clara y malhumorada. Todo indicaba que se habían levantado y la seguían. Paola, con el alma en la boca, empezó a correr, pero la bolsa pesaba demasiado para coger velocidad. Miró atrás y vio que la pareja se acercaba jadeando con pésimas intenciones, los palos que llevaban en las manos no dejaban lugar a duda. Pensó que estaba perdida, allí, tan lejos de su casa, sin posibilidad de que nadie le echara una mano. La calle completamente vacía.

Pasó un grupo de camiones cargados de soldados que ni siquiera se fijaron en ellos en el mismo momento en el que Paola se paraba para descansar. O dejaba la bolsa o la cogerían. No pudo pensar más, sus perseguidores se frenaron frente a ella y trataron de tomar aliento después de la carrera.

—Te hemos hecho una pregunta, ladrona, y no nos has contestado —rezongó sin resuello aquel hombre—. No nos dejas más remedio que recuperar lo que es nuestro y darte un

escarmiento.

—¡Yo no he robado nada! Esas ruinas no os pertenecen.

—¡Calla! —gritó amenazante—, o te molemos a palos aquí mismo.

La risilla nerviosa de su acompañante dejó al descubierto una boca a la que faltaban muchos dientes y los que quedaban estaban amarillos y podridos. Paola sintió que se le revolvía la sangre. Pensó en volver a escapar, pero inmediatamente desestimó la idea. Con la bolsa era imposible, la cogerían en un segundo y de espaldas, pero dejarla… Se negaba a dejar escapar una mañana entera de trabajo. Y de repente supo qué debía hacer y un brillo brutal se encendió en sus ojos. Soltó la bolsa, gesto que hizo sonreír a los dos malhechores, en la creencia de que se daba por vencida. Le darían unos palos por llevarse lo que no era suyo y se quedarían con el botín que con tanto ahínco había protegido esa desconocida.

Y entonces, con un gesto rapidísimo, impulsada por el miedo, se agachó y sacó el hacha. Cuando se incorporó su cara se había transformado y un odio salvaje se leía en sus ojos. La mujer con cara de rata dio un gritito, soltó el palo y se colocó tras el hombre. Este dio un paso atrás, pero pronto se recuperó y blandió el palo.

—Un solo golpe con esta estaca y te mato, ¡maldita hija de puta, malnacida, ladrona, zorra malparida! ¡Dame todo o por Dios que te reviento!

Paola negó con la cabeza, con el ceño fruncido y el hacha en la mano.

—Acércate, cabrón, si quieres que te deje la cabeza como una sandía, pero como hay Dios que tú no me quitas el pan de mis hijos, porque antes te parto en dos —la determinación de aquellos labios apretados, de aquella firmeza en las manos, de aquella ira en la mirada atemorizaron a la pareja, que no parecía ya tan valiente. Aun así, lo intentó una vez más.

—¡Te voy a moler a palos, perra!

—¡Ven aquí si te atreves! —parecía una fiera presta a lanzarse sobre su presa—, tal vez me lleve un garrotazo, pero te abro en canal. ¡Por mis hijos que tú no lo cuentas!

Una rabia surgida del fondo de su ser se abrió paso a golpe de odio e inundó el corazón de Paola. En un momento todo le traía sin cuidado, el peligro, el hambre, las bombas, la guerra. Todo se había centralizado en aquellos seres empeñados en quedarse con lo que no les pertenecía. Y los odiaba, como odiaba estar allí, como odiaba a Adrián por haberla abandonado a su suerte, y a Manuelín por irse, y a todos los que jugaban a la guerra desamparando a sus familias. Como odiaba hacer cola para no conseguir nada o andar horas para no tener brevas. Odiaba a los militares que les sacaban de las filas y a los que delataban a sus vecinos, odiaba, solo odiaba, y no había nadie más a mano con los que pagar su impotencia. Ellos se lo habían buscado, ellos eran la gota que colmaba el vaso de su resistencia y estaba dispuesta a liarse a hachazos contra quien se pusiera delante.

Miraba fijamente, casi sin parpadear, a su enemigo, casi deseando que diera el primer paso para descargar toda su cólera de una vez o recibir un golpe, a poder ser mortal, que la salvara de

la locura en la que se hundía su existencia. Sin embargo, los dos maleantes, hartos de estar en la calle, hartos de medirse con la desesperación ajena, supieron que no valía la pena, que el botín que pudiera contener la bolsa no valía el riesgo que corrían con aquella mujer que parecía enajenada. Bajaron los palos y la observaron con desprecio esta vez.

—¡Bah! Si no llevas nada más que mierda. No me merece la pena ni el esfuerzo de matarte a palos. Además, hace demasiado calor —volvió a sonar la risita de la cara de rata —vamos Lucrecia, deja a esta loca con su hacha. Mírala, parece sacada de un libro de miedo.

Y dándose media vuelta se marcharon, silbando él, haciendo como que no le importaba irse con las manos vacías después de la carrera, de los insultos, del calor; riendo ella, aceptando lo que dijera su compañero y sabiendo que esta vez habían sido derrotados y tenían que huir.

Paola bajó el hacha. El sudor había empapado su pelo y un temblor incontenible hacía que sus piernas apenas pudieran sostenerla. Escondió el arma en la bolsa y anduvo hasta la pared de una finca cercana, donde la sombra le daría un respiro. La boca de nuevo sabía a amargura. Se sentó en el suelo, metió la cabeza entre sus manos y comenzó a llorar. Igual que había ocurrido con el odio, ocurrió con la tristeza. No sabía por qué lloraba, tal vez por el miedo que había pasado, o porque por unos instantes se había convertido en un monstruo, o porque esta vez había podido librarse y no sabía cuántas veces más lo conseguiría. Quizás lloraba por el hambre de sus hijos o por un futuro incierto o por el peligro en el que estaban inmersos o por la ruptura de su familia. Cuando fue capaz de controlarse, se secó los ojos con la manga y se levantó. En el suelo, los huesos de unos frutos desconocidos estaban por doquier. Tan desesperada se había sentido, tan frágil, tan triste, que no había reparado en nada de lo que la rodeaba. Miró para arriba. Era un níspero cuyas ramas sobresalían por la tapia. La zona más baja estaba pelada, pero la zona de la copa aún mostraba el naranja brillante de esa fruta.

Pensó que era una lástima tenerlo tan cerca y tan inalcanzable. Y en ese momento, las ramas empezaron a agitarse. Los dueños estaban recogiendo nísperos. Paola los escuchaba agazapada en la protección de la pared. Algunos caían fuera de la valla, cerca de su cabeza, pero ella no se atrevía a moverse, no fueran a pensar que quería robarlos. Cambió de opinión rápidamente y, sin perder un minuto en nuevas reflexiones, empezó a coger a toda velocidad todos aquellos frutos y a meterlos en la bolsa. Cuando vio que el peso era más que suficiente, se pegó a la pared y anduvo lo más rápido que pudo hasta que llegó al camino. Tardó mucho más en volver, la bolsa pesaba demasiado y tenía que pararse a menudo. Algunas personas con las que se cruzaba miraban su contenido con envidia y Paola nuevamente sintió miedo. No lo pensó dos veces, sacó el hacha y se la puso en la otra mano a modo de persuasión. Era una imagen rocambolesca ver a una mujer menuda, con un cargamento de fruta en una mano, en medio de una guerra, y un hacha en la otra, como diciendo: “Defenderé lo mío con la vida”. Lo curioso es que sus ojos decían que estaba dispuesta a ello. Llegó a casa sin más contratiempos, agotada y tensa. No contó nada, no quería asustar a nadie. Sin embargo, a partir de aquel día no volvió a salir sin el hacha, para la que hizo una bolsita con la arpillera de los sacos que le trajo Manuel, y que colgaba de su cintura con un tirante que le llegaba al hombro, para que no le pesara demasiado.

El botín de aquel día de verano sirvió para cambiarlo por comida. También la mayoría de los nísperos. Estaban realmente apetecibles, pero significaban mucho más, lejos de sus manos, convertidos en productos de primera necesidad, que utilizados como golosinas. Se fue junto a

Petra y a Carmencita al centro de la capital, con su hacha al cinto y su hatillo, se situó en una esquina entre las calles de Serrano y General Oraá, en el barrio de Salamanca, una zona en la que los bombardeos eran menos frecuentes, y donde aún había dinero y mucho miedo y comenzó a intentar vender sus cosas. Carmencita paseaba por las calles delante de su madre, como si fuera una niña normal, pero en realidad tenía el cometido de informar de la llegada de los famosos vigilantes de la retaguardia o de personas sospechosas. Todo podía ser requisado o podían llover las preguntas sobre su procedencia, y Paola no quería saber nada de aquellos hombres que, como salidos del infierno, solo llevaban la maldad dentro, o al menos eso parecía.

Un día, mientras Paola andaba con su mercadeo, la niña vio un pedazo de una monda de naranja y sin pensarlo dos veces la cogió y se la metió en la boca. Paola salió justo en ese instante y asistió al trágico espectáculo de ver cómo su hija se sentaba en la acera para masticar aquel pedazo de un ya lejano desperdicio. La visión de aquella imagen la devolvió a una realidad que había abandonado hacía meses, la pérdida de la dignidad. Mantenerse con vida, buscar comida para el día siguiente, huir de la miseria, aquellas labores lo habían llenado todo, habían ahogado su existencia, sus valores, su forma de vida. Lejos quedaban ya las manos limpias antes de comer, los platos calientes en la mesa, las risas infantiles alrededor de los juegos… ¿Cuánto hacía que no veía a sus hijas reír o gritar? Miró a Carmencita, tan concentrada masticando aquella porquería, con la cabeza apoyada en su mano derecha como si pensara, las ropas raídas, los pies sucios.

—¿Acabaste ya, mamá? —Carmencita se había dado la vuelta y la miraba desde la profundidad de sus oscuros ojos infantiles.

—Sí, hija, ya acabé. ¿Qué hacías? —preguntó Paola mientras veía enrojecer ligeramente el rostro de la niña.

—Nada. Te esperaba sentada en la acera —mintió.

Paola hizo un gesto que quería ser una sonrisa. Era injusto que su hija estuviera viviendo aquello, que viera muertos, que corriera por las bombas, que caminara a diario kilómetros, que apenas asistiera al colegio, que jugara a mentir para dejar a un lado, durante cinco minutos, el hambre que la atenazaba, que comiera basura…

La madre alargó la mano y su hija la tomó.

—Cuéntame qué te gustaría hacer ahora mismo. Vamos a soñar un rato mientras volvemos a casa.

—Me gustaría comer cocido, pero cocido de verdad, con mucho chorizo. Y de postre rosquillas de esas con azúcar que hacías antes. Y dormir sin miedo a que me maten las bombas. Y salir a la calle a jugar. Y me gustaría tener lápices de colores y hacer muchos dibujos…

Carmencita quedó pensativa. Paola sentía un nudo en la garganta que apenas la dejaba respirar. Sabía que si abría la boca la nostalgia de su corazón se convertiría en llanto, y no deseaba por nada del mundo llorar delante de su hija.

—Pero ¿sabes lo que más me gustaría, lo que más, más? —continuó de repente.

—Dime —solo pudo articular su madre.

—Cambiaría todo porque papá me abriera la puerta. ¡Quiero que vuelva ya!

La infantil voz de la niña había resultado contundente a pesar de su corta edad. Sus palabras, casi adultas, contenían la verdad que todos guardaban y el sentimiento que nadie se permitía. Carmencita era una niña adulterada, una niña sin infancia, una niña cargada de preocupaciones y miedos que no le pertenecían, que con nadie compartía. Paola se sintió egoísta, perdida por unos instantes e impotente, y el dolor de la ausencia de Adrián se mezcló con las palabras de su hija que, sin recriminarle nada, le dejaba el alma al descubierto. Se secó una lágrima que, empeñada en despeñarse, no dudó en asomar su acuosa fisonomía por los pliegues de su rostro. Tomó aire y sonrió.

—Volverá, no te preocupes. Nos lo prometió al irse y sabe que lo estamos esperando.

Aquella noche, después de tomar las gachas aguadas de todos los días mezcladas con raíces, manzanilla o cualquier cosa que se pusiera a tiro, Paola entró en la habitación de sus hijos. Adrián dormía en la cuna que un día hizo su padre y que todos habían usado. Pronto sería pasto de las llamas. Era muy pequeño, apenas lloraba y cada día era más difícil conseguir la leche con la que darle de comer. A su lado, en una camita, se acurrucaban las dos niñas.

—¿Tenéis calor? —preguntó Paola sentándose en la cama y comprobando que estaban completamente destapadas. Carmencita asintió con la cabeza y su hermana copió su gesto con una sonrisa asomando a sus labios.

—¿Queréis que os cuente un cuento antes de dormir? —la voz de aquella madre sonó deliciosa.

Las niñas se incorporaron entusiasmadas.

—¡Sí, mami, sí, cuéntanos uno! —dijo Carmencita e inmediatamente su hermana se unió al coro de peticiones. Hacía tiempo que aquellas niñas no se mostraban como tales y Paola se sintió feliz al verlas levantar los brazos emocionadas, incluso la pequeña trató de levantarse para saltar sobre el maltrecho colchón.

Antes de que Paola acabara el cuento, sus hijas dormían plácidamente. Carmencita apoyaba la cabeza contra su vientre y la pequeña Paola se chupaba el dedo con un movimiento rítmico de su lengüecita, que paraba de vez en cuando para volver a comenzar rápidamente. Las miró con ternura, no eran más que pequeñas almas inocentes envueltas en la enajenación de los adultos que deberían protegerlas.

El verano iba avanzando trágicamente hacia el frío indeseado. Madrid, hambrienta y miserable, herida e implorante, se lanzaba sin remisión a un nuevo invierno, más duro, más atroz, si cabe. Paola se afanaba en recoger cualquier desperdicio que pudiera arder. Trataba de mantener una actividad febril que no le permitiese pensar, que no le dejara tiempo ni fuerzas para ser consciente de la realidad. Por las mañanas, de madrugada, hacía cola en busca de su racionamiento, cada vez más escaso. Volvía con paso agotado y la mirada en el suelo y trataba de dar de comer algo a Adrián, que chupaba con avidez aquellas papillas aguadas casi sin leche.

Y volvía a salir, a vender lo poco que tenía, dos huevos solitarios, unos zapatos de su marido que tardaba en volver, una manta necesaria… luchaba como una leona por conseguir el mejor precio, que siempre era miserable.

Aquel destemplado día de otoño, mientras Paola se arrebujaba en una descolorida y raída rebeca negra, que apoyaba a su abrigo durante el invierno, y esperaba que la interminable cola avanzara lo suficiente para resguardase en algún lugar del frío, fijó su mirada en las alpargatas de la mujer que tenía delante. Con el ingenio que provoca la necesidad, se había hecho una especie de zapatillas con telas que claramente habían pertenecido a una cortina, a un mantel o a algo por el estilo. La idea le pareció brillante, unas suelas recicladas y una tela después. No dejaba de mirar aquel calzado con el ceño fruncido. Tan enfrascada estaba, que la mujer la increpó incómoda y Paola volvió a la fría realidad, pero en su mente se iba gestando un proyecto acuciado por el hambre.

—¿Has visto los zapatos de esa mujer? —susurró a Petra, que la acompañaba esta vez.

—Son horribles —Petra tenía un curioso acento nasal a consecuencia de un fuerte resfriado, que la había mantenido en cama una semana.

—No tenías que haber venido, aún no estás repuesta y si te pones peor no sé con qué te vamos a curar —Paola estaba realmente preocupada por su amiga. Los piojos habían hecho acto de presencia y ante la dificultad de conseguir vinagre para eliminarlos, Petra había decidido cortar su pelo, que aparecía prácticamente rapado. Paola sabía que había sufrido al ver caer su melena al suelo, pero era la única medida posible. Entre eso, la delgadez y las marcas de agotamiento que le había dejado la fiebre, aquella mujer, enmarcada en su enorme nariz, parecía una caricatura picassiana de ella misma. Los piojos estaban consiguiendo aunar estilo entre los más pobres.

—Quedarme con los niños es mucho peor, ¿y si enferman por mi culpa? Quita, quita, de otras peores he salido.

—Ya… estaba pensando en los zapatos. ¿Te has fijado cómo los ha hecho esa mujer? —Petra empezó a pensar que su niña estaba rota por la fatiga.

—¿Los zapatos, qué te interesan a ti los zapatos?

Y las alarmas volvieron a sonar, aullidos desgarradores que marcaban el camino de la parca. Pronto llegaría el tronar de los motores y, después, los estallidos y los gritos, los llantos y la muerte. Las dos mujeres se miraron y después miraron a su alrededor en busca de la mejor salida. Sabían de sobra que correr de la mano del horror no era una opción, mantener la cabeza clara y buscar la mejor alternativa, sí. Lo que conseguirían esperando la cola no valía la pena.

El zumbido de los proyectiles dio paso a las carreras, la fila se rompió y todos los transeúntes modificaron su camino para hallar donde guarecerse. Unos buscaban los quicios de las puertas de los portales, como hacían en sus casas, otros se tiraban de bruces al suelo y comenzaban a rezar, los más corrían en busca de un sótano, de la boca del metro, de un vehículo bajo cuya estructura pudieran escapar al horror. Cualquier cosa valía. Paola avistó unas escaleras que descendían no se sabía dónde y, tomando de la mano a su amiga, se lanzó a la carrera por el

centro de la calle. Los aviones eran visibles y su cargamento se comenzaba a sentir con claridad.

Cuando llegaron a las escalerillas vieron a cinco o seis personas apretujadas contra una puerta cerrada al fondo. Una anciana hipaba y se secaba las lágrimas con una tela blancuzca.

—¡Intente abrir la puerta! —chilló Paola, que estaba casi en la acera.

—¡Es imposible! —gritó un hombre malhumorado.

—¡Empuje, haga algo!

El hombre desoyó las súplicas y se apretó todo lo que pudo contra la puerta, a la que protegía un pequeño voladizo. Allí estaba la mujer de los zapatos hechos con tela de visillo, pero en aquellos momentos Paola tenía otras cosas en las que pensar. Un sonido ensordecedor llegó de muy cerca y escombros y cascotes cayeron sobre todos como una lluvia de aviso. Paola subió nuevamente las escaleras, seguida de Petra, que resoplaba sin cesar, aunque no decía nada. Al llegar a la calle vieron muchas personas correr despavoridas. Estaban en el centro del huracán y al descubierto. Paola se paró en seco y giró la cabeza a derecha e izquierda, su mente trabajaba a todo lo que la adrenalina de la supervivencia daba de sí. Y lo vio. Sin mediar palabra arrastró tras de sí a una entregada compañera, que no entendía que aquella mujer corriera de nuevo hacia la pared como si quisiera chocar contra ella.

La bolsa se estampó contra los restos de un cristal, esa bolsa que Paola siempre llevaba llena de desperdicios. Limpió el ventanuco con un movimiento urgente, que hizo mecánicamente, sin entretenerse ni pensar, y después empujó a Petra, que quedó ante aquel pequeño hueco sin atreverse a entrar.

—¡Entra! —chilló Paola, gritando por encima del ruido mortal que las rodeaba— y cuando Petra hizo ademán de mirar qué había tras el hueco, su vecina le dio un fuerte empujón y ambas entraron de golpe por el ventanuco, rasgándose con los cristales que la bolsa no había conseguido eliminar. Cayeron un par de metros y se estrellaron contra el suelo.

Fuera, el bombardeo continuaba. Entre el retumbar y el crujir de edificios, también se oían gritos desgarradores. Paola se sentó en el suelo. Estaba dolorida y la muñeca le arrancaba gemidos de dolor si intentaba moverla. Estaba todo oscuro y no podía ver a Petra, aunque la tenía al lado.

—¡Petra! —dijo mientras trataba de tocar el suelo en busca del cuerpo de su vecina, que inmediatamente encontró y empezó a zarandear— Petra, ¿estás bien?

El bulto se movió con un quejido. Paola notaba pequeños regueros de sangre que corrían por el brazo con el que había empujado a Petra y también un hilillo que le corría por la cara. Trató de secárselo y se acercó a su vecina.

—Petra, contéstame, por favor.

—Aún sigo viva —resonó esa querida, necesitada y conocida voz. Y algo se movió en la oscuridad— ¿Cómo se te ha ocurrido meterme por ese ojo de aguja? Todavía me estoy

preguntando cómo hemos cabido.

—¡Gracias a Dios!, pensé que hubieras podido hacerte daño.

—¿Daño? ¡No! Tal vez no pueda ponerme en pie, debo tener cientos de cortes. Te recuerdo que primero pasé yo. Y espérate que no tenga algún hueso roto.

El silencio se hizo entre ambas. A lo lejos empezaba a desaparecer el estruendo del horror, pero las sirenas aún no daban por concluido el bombardeo. Los ojos se habían acostumbrado a aquella tensa oscuridad y un pequeño haz de luz, moteado por infinidad de partículas de polvo, se colaba por una parte del ventanuco por el que acababan de pasar, un escaso alivio lumínico que se abría al exterior, coincidiendo con la zona inferior de un muro escondido tras una pared, que algún día fueron otras escaleras. Desgraciadamente, los compases del sufrimiento, del dolor y la agonía, de los finales trágicos, del miedo más doloroso, sí creaban una espantosa sinfonía, que se colaba por aquel vano sin cristal.

—A pesar de todo, aunque tenga el sabor salado y metálico de la sangre en la boca, tengo que darte las gracias, Paola. Hoy sí que hemos estado cerca, y sin ti... —la voz ronca de Petra profanó el silencio de la muerte.

—No tengo ni idea de dónde estamos ni cómo salir de aquí —Paola obvió el comentario. Estaba tan aterrorizada que prefería entretenerse en otras cosas. No hacía más que dar gracias a Dios porque aquel día Carmencita no hubiera ido con ellas.

—Por el olor diría que estamos en una especie de carbonera —contestó quejumbrosa Petra —, además, esto creo que era un fábrica de no sé qué.

La sirena sonó.

—Habrá que buscar una salida. El problema es que estamos a oscuras. ¿Puedes levantarte? —la voz de Paola había perdido toda la firmeza y sonaba vacilante.

—Creo que sí.

Las mujeres se levantaron doloridas. No se habían roto nada, pero Paola tenía un intenso dolor en la muñeca y escozor por las piernas y la cara. Petra tenía un profundo corte en la frente, que se taponaba con la toquilla que llevaba al cuello. Pero no dijo nada a la muchacha. También tenía escozor y le dolía en varias zonas de su cuerpo. A tientas anduvieron unos pasos, hasta que se toparon con una pared de ladrillo.

—Ahora tenemos que recorrer la pared a ver si encontramos una puerta.

Se movían lentamente, por si encontraban algún obstáculo en el suelo, pero efectivamente aquello era una carbonera que hacía mucho tiempo que estaba vacía, ni una sola pieza de carbón se escondía en su interior. Por fin encontraron la salida, una puerta con un tirador. Cuando abrieron, el sol las deslumbró. Estaban en el patio de una antigua y derruida construcción, que antaño debió ser una factoría.

En silencio se miraron y entonces fueron conscientes de su estado. Sangre, polvo de carbón y piel se mezclaban en una espantosa armonía. Petra sujetaba la toquilla, que estaba empapándose de sangre. Tenía cortes por todas partes. Paola había salido mejor parada, pero se sujetaba la muñeca dolorida. Y estaban negras, tiznadas. Las ropas, la piel, el pelo, todo negruzco. Si las circunstancias hubieran sido otras, incluso hubiera resultado cómico, pero a falta de otra solución, decidieron encontrar el camino a la calle e irse a casa lo más pronto posible. Anduvieron pocos metros y tropezaron con una gran puerta de carruajes, que únicamente conservaba el marco. Cuando salieron, el mundo había reemprendido su marcha, pero por la calle había cuerpos tendidos y rotos, algunos parecían lanzados sobre las paredes, un pavoroso y horrible espectáculo que todos trataban de evitar mirar. Ya no se podía hacer nada por ellos. Quizás descansarán tranquilos, sin tanto sufrimiento, sin tantas penurias, tal vez fuera una suerte poder acabar de golpe con la vida en aquel infierno. Se oían las ambulancias, algunos hombres trataban de atender a los heridos. Había niños jugando entre los escombros, buscando algo, un tesoro que les diera de comer un día más. Otro efecto más de la guerra, ese poder de adaptación que te ayuda a seguir.

Pasaron por delante de la escalera hacia la que Paola corrió en primera instancia y ante sus ojos se abrió el espanto. Una bomba había caído de lleno en aquel lugar y un amasijo de cuerpos amputados descansaba inerte sobre los escalones. Las mujeres se quedaron atónitas, se miraron, pero no fueron capaces de articular una palabra. Su coqueteo con la muerte había sido demasiado íntimo esta vez y sintieron un nudo en la garganta que las obligó a acelerar el paso. De repente, Paola se frenó.

—Espérame un minuto, ahora mismo vuelvo.

Petra contempló con horror cómo Paola se metía entre los difuntos, entre sus restos, buscando no sabía qué. Cuando encontró lo que buscaba salió de entre los cuerpos con cosas en la mano que inmediatamente metió en su bolsa. En cuanto estuvo de nuevo a la altura de su amiga, se dobló y una arcada la obligó a vomitar. Se sentía mareada. No sabía de dónde había sacado el valor para hacer aquello, pero las náuseas no dejaron de ser su compañía hasta que llegó a su casa. Petra no se atrevió a preguntar. Cuando, tras llamar a la puerta, Pili abrió, no reconoció aquellos cuerpos negros y sangrantes. Solo la voz de su hermana impidió que cerrara la puerta de golpe. Pili las curó, las limpió y las metió en la cama. No tenía más que agua y algo de jabón para desinfectar, pero hizo un excelente y meticuloso trabajo cargado de mimo. Mantuvo a los niños callados y lejos, para que esas dos mujeres trataran de curar, aunque solo fuera por unas horas, si era posible, las heridas del alma que habían entrado a borbotones por sus ojos, unos ojos que todavía conservaban el horror de aquellos cuerpos mutilados, de aquellas casas destrozadas, de aquellas vidas abandonadas sin saber por qué, en la frialdad de la acera de una ciudad dolorida.

Al día siguiente, de madrugada, Paola se levantó, cogió las cartillas y salió de casa sin hacer ruido. Le dolía todo el cuerpo y tenía la muñeca hinchada, pero comer era aún más imperioso. Sobre un taburete de la cocina dormía abandonada la extraña zapatilla que robó a la mujer muerta.

Entre todos los cacharros que se amontonaban en su patio, había varios paraguas destrozados. Paola le había enseñado a Carmencita a recogerlos porque podían usarse como

armas en caso de necesidad. Una pobre protección, lo sabía, pero sus varillas podrían sacarle de algún aprieto. A la niña no le había comentado sus pensamientos y siempre le explicaba que con varios podrían hacer uno o dos que sirvieran para los días de lluvia. Pero aquel fatídico día, mientras esperaba la comida que nunca llegó, encontró una maravillosa utilidad a los paraguas. Haría zapatillas como las que llevaba aquella desgraciada mujer, que había caído asesinada en el bombardeo.

Cuando habló del asunto con las vecinas, éstas la miraron con cara extrañada. Paola, en su afán por conseguir algo que llevarse a la boca, proponía las cosas más estrambóticas, lanzaba ideas una tras otra, la mayor parte inservibles, imposibles, irracionales, pero su no parar de cavilar permitía a su cerebro y a su alma una tranquilidad inimaginable. Estar siempre alerta, planear cosas, ejecutarlas, todo la hacía mantener al tiempo y al dolor a raya. Esta vez, sin embargo, con la muestra del calzado del que ni Petra ni su vecina comentaron la procedencia, decidieron que podía ser una buena idea. Tras varias horas de trabajo, el resultado fue bastante satisfactorio, y antes de malgastar más tiempo, por si su idea no era tan buena como creían, tomaron los primeros tres pares y se fueron a Madrid, al mercado de la miseria, a vender su podredumbre, un sucedáneo de zapatos para no ir descalzos en aquel invierno del año 37 en el que los sucedáneos eran la realidad más tangible. Los vendieron con rapidez, los canjearon por otros productos que, aunque igual de miserables, para ellas eran un tesoro: unas naranjas, un poquito de leche, un puñado de legumbres y unos nabos. El éxito empujó a las tres mujeres a continuar. En un par de semanas habían agotado todas sus reservas de materiales, sobre todo los paraguas, y con ello el negocio se acabó.

Paola iba siempre con la mirada en el suelo y empezó a colarse por entre los escombros de los bombardeos, empezó a robar a los muertos, que ya no necesitarían su pobreza, con Carmencita a su lado e incluso con la pequeña Paola cogida de su mano si era preciso. Carmencita buscaba con ansia en cualquier lugar, y tenía un sexto sentido para encontrar cosas que nadie más veía. Se movía entre los escombros como una serpiente a la caza de su presa y no tenía ningún reparo en saltar por entre los muertos, moverlos e incluso registrar sus bolsillos. Cuando sonaban las sirenas informando que el bombardeo había terminado, toda la familia se lanzaba a la calle en busca de cualquier cosa que llevarse a la boca o de cualquier cosa con la que se pudiera hacer un trueque. Paola siempre con el hacha a mano, pendiente de su hija, pendiente de su supervivencia, con el hambre en la mochila, la dignidad desterrada y el dolor de la indigencia.

17

Hacía frío en la casa, Paola estaba sentada junto a la mesa de la cocina. Estaba sola. Los niños dormían y Pili y Petra ya se habían ido a su casa hacía rato. Jugaba con un vaso roto en las manos, dándole vueltas una y otra vez, completamente distraída. Su mente no dejaba de trabajar, pero empezaba a sentir que sus fuerzas se estaban agotando. El invierno ya se había acomodado a sus anchas, tiñendo de dificultades, más si era posible, sus miserables vidas; y, sin embargo, ajeno al clima, las lluvias o el viento, el horror continuaba allí, indeleble, salado y paradójicamente cotidiano. En completa oscuridad, su mirada estaba perdida en las sombras que bailaban en la pared del fondo y apenas un diminuto rescoldo se intuía por las ranuras de la puerta del fogón. Casi no le quedaba nada para encender aquella cocina. Pensaba que había hecho una buena provisión de materiales para hacer fuego, pero sus cálculos habían sido muy erróneos, se habían quedado excesivamente cortos, y sus reservas empezaban a resentirse. No solo era el frío, que atenazaba como una serpiente que se aferra a su presa con fruición, también necesitaban la cocina para la comida.

La muchacha sonrío por la ironía. Comida… guisos aguados de desperdicios flotantes y escasos. Pero al menos calentaban las ansias y daban un poco de tregua al hambre. Ya apenas se conseguía ningún alimento, el racionamiento era tan paupérrimo que había que ingeniárselas por otro lado.

La última carta de Adrián había llegado hacía apenas dos semanas, pero estaba fechada casi un mes antes y Paola, en la vorágine de pesimismo en la que estaba empezando a hundirse, no podía dejar de pensar que tal vez estuviera leyendo las últimas palabras de su marido. Las noticias que llegaban del frente eran aterradoras, cada día un nuevo telegrama, un nuevo mensaje, una nueva carta traía el matasellos de un cadáver, de un imposible consuelo de palabras innecesarias y vacías. Pero había más, muchos más que ni siquiera se perfilaban como noticia y quedaban en un anonimato que hacía suspirar a la viuda, a los huérfanos, a los padres que, en su ignorancia, continuaban siendo esposas e hijos, rezando porque la vida de su ser querido fuera protegida.

Era una misiva breve y poco sincera. Mentiras consoladoras para quien quisiera creerlas, no para una mujer desesperada. El sobre y su triste contenido estaban sobre la mesa de la cocina, dentro de un azucarero ahora vacío, sin un mísero recuerdo de otros tiempos, sin un grano de azúcar con el que mitigar el amargor de la vida. Paola alargó una mano y rozó el papel, pero no lo sacó de su celda, allí estaba aún el alma de su marido, filtrando su dulzor, convencida de que bajo aquel peso dormían las palabras de un hombre vivo. Tenía frío, deseaba cerrar los ojos y despertar lejos de allí, pero le dolía el hambre, los sabañones de las manos y de los pies, le dolían las grietas de la boca, pero por encima de todo le dolían sus hijos, cuya madre adolecía de la peor de las enfermedades, la impotencia para protegerlos.

Le habría gustado contestar aquella carta, transcribir un mundo de mentiras que llevaran el sosiego a otro corazón destrozado, explicar lo que no sucedía, inventar lo que deseaban, abrir su corazón en una despedida optimista, ahogada en un llanto consentido, compartido, pero mudo.

Sin embargo, tenía otras muchas necesidades más perentorias antes que conseguir papel y lápiz. Adrián lo entendería cuando se lo explicase.

Y por si no tenía bastante, por si las adversidades aún no eran suficientes, allí, a su lado, cerca del vaso abandonado con el que jugaba hacía unos segundos, estaba el papel que abrasaba sus manos y disparaba sus pensamientos. Había llegado aquella misma mañana. Se podría decir que era una carta, pero en el estricto sentido del término se trataba más bien de una misiva. De madrugada, al levantarse para hacer una vez más la agotadora cola, se encontró en el suelo del salón, tirado, un papel amarillento muy bien doblado. Había llegado sin duda por debajo de la puerta y por si había alguna duda de a quién pertenecía, en letras temblorosas y de trazo rápido se podía leer su nombre. Paola había recogido el papel y, extrañada, lo había abierto. En su interior las frases que aún revoloteaban en su mente como pájaros en celo.

López de Hoyos, 2. Pregunta por Marcia. Te prestará ayuda.

Vas de parte de Hipólito, el del plomo (ella te entenderá).

Manuelín

¿Qué significaban esas palabras? ¿En realidad, Manuelín estaba detrás de todo aquello? ¿Qué ayuda podía proporcionarle, comida, mantas, carbón? ¡No había nada de eso en Madrid desde hacía meses! ¿Y si no era su amigo? Se rumoreaba que estaban tratando de descubrir a los traidores a la República. ¿Y si no era más que una estratagema para que se viera mezclada en algún lío? Paola hacía meses que no tenía ningún reparo en decir las cosas tal y como las pensaba, pestes del Gobierno, de la guerra, de los políticos, de los que repartían el racionamiento… mensajes que podrían traducirse en antipatrióticos con mucha facilidad.

—Muchacha, no digas esas cosas a desconocidos y menos en voz tan alta. Nunca sabes quién te está escuchando —solían decirle sus vecinas, mucho más prudentes.

Pero la desesperación de Paola llegaba a veces a tales extremos que necesitaba un enemigo con nombre y apellidos a quien echarle la culpa, con el que desfogarse y decir lo que pensaba de aquella estúpida e inmunda guerra, que estaba sembrando el dolor en todo lo que ella amaba. Más de una vez se había enzarzado en discusiones con personas que la tildaban de cobarde, de rebelde, de fascista… alguna vez incluso tuvo que dejar ver su hacha por entre los pliegues de su vestido. Ahora, en las tinieblas de esa cocina se arrepentía, comprendía que había sido imprudente y tal vez aquel papel fuera la prueba de ello. Había sujetado el mensaje con la punta de los dedos, como si quemara, y lo había doblado nuevamente con mucha parsimonia. Después lo guardó entre sus ropas, tratando de olvidarlo hasta la noche sin conseguirlo. Las dudas pesaban como una descomunal losa. No había hablado con sus vecinas, nadie debía saber nada, ella tendría que tomar la decisión sola, pero estaba tan cansada que apenas le quedaban fuerzas para pensar, así que se levantó, cogió el papel y lo guardó en el azucarero con la carta de Adrián.

Tapó los papeles y, acariciando la tapa, susurró:

—Decide por mí, cariño, yo no puedo más.

Una lágrima surcó el rostro de Paola mientras se hacía un hueco junto a sus hijas, que gimieron dormidas. El calor compartido relajó su alma. Déjanos dormir en paz hoy, rezó en silencio, no me obligues a enfadarme también contigo. Amén.

El sueño llegó tranquilo y no hubo sobresaltos nocturnos más allá de los sonidos cotidianos del pavoroso correr del tiempo.

El día siguiente amaneció frío. Una fina lluvia componía arrítmicos compases contra los cristales de las ventanas e invitaba a no distanciarse de la cama. Paola dormía junto a sus tres hijos bajo todas las mantas que había en la casa. Los cuerpos infantiles desprendían un calor especial y allí, escondidos, parecía que podrían permanecer seguros, respirando acompasadamente el mismo aire que les ponía las narices coloradas por la baja temperatura. El primero en gemir fue Adrián, tenía hambre. Encontrar leche se había vuelto imposible y a su madre no le quedó otro remedio que aplastar con un tenedor lo mismo que comían todos, conformando una especie de puré, la mayor parte de los días blanquecido y caldoso, que el niño devoraba sin ningún aspaviento de esos que serían propios de un bebé.

Unos toques en la puerta despejaron definitivamente a la muchacha, que comprendió de golpe que se había dormido, que no se había levantado de madrugada a esperar la cola que ya tan poco les ofrecía, que la tranquilidad extraña de aquella noche, apoyada por el enorme cansancio y debilidad que empezaba a acusar, la habían columpiado en un reparador sueño del que surgía precipitadamente.

—Niña, ¿te encuentras bien? —la voz de Petra resonó tras la puerta. Paola se apresuró a salir de la cama y comprobar el acuciante frío que hacía. Se colocó la manta que estaba en la parte más superficial de la cama y, haciendo un gesto cariñoso a Carmencita, que acababa de abrir los ojos, para que no se levantara, se dirigió a la puerta. El vaho marcaba cada una de sus respiraciones como una locomotora muda a punto de salir. Abrió bostezando y en el vano se encontró con el rostro preocupado de su vecina, que llevaba un raído y grueso abrigo que había conocido tiempos mejores. Sobre la cabeza destacaba una colorida bufanda de lana de distintos grosores, probablemente tejida con restos de otras prendas.

—Buenos días, Petra —se apartó para que entrara.

—Estaba preocupada, mi niña, no has salido esta mañana, y creí que habrías caído enferma —el tono de voz tembloroso delataba cierto nerviosismo. Tras un suspiro continuó confusa—, ¿os encontráis todos bien?

Con cada palabra que pronunciaba el vaho salía de su boca. Paola la miraba con cara ausente. Estaba aún desorientada, tenía frío; su empuje, su hiperactividad, parecía que se hubieran desvanecido con la noche. No tenía ganas de seguir luchando, solo de seguir acurrucada junto a los niños hasta el infinito.

El silencio que siguió a continuación inquietó a Petra, que no reconocía en aquel rostro

inexpresivo a su amiga, de quien siempre envidió el empuje. Iba a volver a hablar cuando se sorprendió ante lo inesperado de escuchar nuevamente la voz de su vecina.

—Me he dormido —inmediatamente recordó su disyuntiva de la noche anterior sobre la supuesta carta de Manuelín—, tampoco sé muy bien qué hacer, estoy agotada de remover muertos, hacer colas interminables, comer basura, pelearme por cualquier cosa, escuchar a los niños quejarse de hambre. Solo deseo volver a la cama y seguir allí, no espero que lo entiendas, pero estoy agotada.

Petra la miró en silencio, sabía que algún día llegaría ese momento, el momento de la derrota y la dejadez. Lo había visto a menudo entre todos los que poblaban aquellas calles, había escuchado en varias ocasiones historias como esta, historias de desesperación e impotencia, incluso había oído en el arroyuelo que la señora Prudencia, la que alguna vez había acudido a ellas para que arreglaran un vestido que le quedaba demasiado largo o demasiado ancho, una mujer enfermiza y gruñona, se había envenenado adrede para no ser una carga extra para la familia. Al parecer, había dejado una carta donde contaba que ella había vivido lo suficiente, que estaba desesperada de ver tanto sufrimiento y que quitándose de en medio a su familia le iría mejor. Incluso dejaba junto a la carta su cartilla de racionamiento para que la siguieran usando (aunque fuera ilegal). Pero el destino es vengativo y está ocioso y pocos días después cayó un obús en su casa, haciendo desaparecer a su nieta, que dormía en la habitación donde se produjo el impacto. Una tragedia más que se había ahorrado la buena señora, mientras que la hija, y madre de la niña, había perdido el juicio y deambulaba llamando a gritos a su Paquita en cuanto no la ataban a una silla.

Paola hizo ademán de volverse a la cama, pero Petra la cogió del brazo y suavemente la llevó a la cocina. Ella, con docilidad, fue sin protestar. La vecina salió al patio mientras la joven madre quedaba allí, acurrucada en la manta marrón, volviendo al cabo de un instante con unas piezas de madera en la mano. Se acercó al fogón y lo puso en marcha entre un espeso y amargo silencio. Con las primeras llamas colocó una cacerola con agua en el fuego y volvió los ojos a su amiga.

—No es momento de rendirse, no es el momento. Hay que seguir luchando, hay que seguir sobreviviendo, esta situación no puede ser eterna.

—Yo ya he agotado mi cuerpo y mi cabeza. Ahora solo me resta descansar y esperar —Paola cerró los ojos como si los párpados no pudieran sujetarse un instante más.

—Eso no es cierto, es un mal día, ya verás…

—No me des sermones, Petra, yo ya no puedo más. Me reviento a andar, hago cosas que nunca imaginé que sería capaz, voy con un hacha escondida que no dudaría en usar, hago colas interminables, acarreo cualquier cosa servible desde el otro confín de la ciudad, y todo es inútil. No tenemos nada que llevarnos a la boca, nada para calentarnos. Nada de nada —la voz de Paola sonaba lenta y compacta, solida, oscura.

—Eso no es cierto, niña, y tú lo sabes. Nos has mantenido vivas. Gracias a ti comemos, mucho o poco, pero comemos. Tienes tres hijos, no lo olvides, siguen ahí y esperan que no les falles —se levantó y comprobó que el agua estaba caliente, después apartó el cazo y llenó dos

tazas. Metió la mano en el bolsillo y sacó un paquetito. Paola la observó con ojos interrogantes.

—Manzanilla. Nos la trajo ayer la Puri, la que vive detrás de nosotras, y lo que es aún más increíble… —sacó un diminuto tarro— ¡miel!

Paola abrió unos ojos como platos, aquello era imposible.

—¿Cómo has conseguido miel?

—Cambiando cosas, ¿cómo si no? Creo recordar que me lo enseñaste tú. La verdad es que era para los niños, pero hoy hacemos un día de celebración, que falta te hace. Duermes, descansas un día y mañana, Dios dirá.

—¿Qué habéis vendido? —insistió Paola— Manzanilla pase, pero miel, ¿quién tiene miel en todo Madrid?

—¡Yo! —Petra lanzó una carcajada.

—¿Qué habéis dado a cambio de ese botecito?

—¡Paola, no seas pesada!

Petra echó media cucharadita de miel y le tendió la taza. Cogió la suya y se calentó las manos.

—Trato de imaginarme qué podéis haber dado a la Puri para que se deshaga de esto. En Madrid seguro que hubiera conseguido mucho más.

—No lo creo. Y ahora vamos a calentar la tripita a otros angelitos —trató de zanjar la conversación, pero Paola no estaba dispuesta.

—Quiero saberlo.

Un silencio consistente se apoderó del espacio y lo oscureció todo. Paola seguía protegida bajo la manta y bebía a sorbitos aquel manjar inesperado. Apenas recordaba la sensación de dulzor en el paladar. Petra se había levantado y volvía a calentar agua. Por fin se decidió a hablar.

—La Puri ha conseguido un saco de provisiones, no me preguntes cómo ni para quién eran. Supongo que de alguien importante y también supongo que son robadas y de turbios asuntos, pero no sé nada a ciencia cierta. Sin embargo, ayer la vi llegar con un hombre y en el patio tuvieron una conversación que apenas llegué a comprender, pero me pareció que hablaban de un robo, de mantenerse en silencio y de algo peligroso. Trataban de hablar bajito, pero hacía tanto frío que les castañeteaban los dientes y por eso conseguí hilar una idea. Después escuché un ruido y ya me pudo la curiosidad, me subí al asiento de la pared y vi que habían dado la vuelta a un saco y en el suelo estaban esparcidos maravillosos tesoros, latas, botes… No distinguía bien, pero hubiera jurado que todo era comida. Así que esta mañana me he acercado a su casa, le he dicho que lo sabía todo, que lo había oído todo y la amenacé con denunciarla si no recibía algo a

cambio. Así que ya sabes, he vendido silencio, ese ha sido el trueque. Se volvió y quitó el cazo del fuego nuevamente, vertiendo agua en dos tazones más. Después echó la miel y se disponía a salir para dárselo a las niñas cuando Paola estalló.

—¿Pero te has vuelto loca?, ¿tú sabes dónde te puedes haber metido? Mañana te dan un tiro y aquí no ha pasado nada. Estamos en guerra, Petra, ¿no lo entiendes? La vida no vale nada, nada de nada, y menos la nuestra. ¿Lo sabe Pili? —Paola se levantó y la manta cayó al suelo. Empezó a dar vueltas, nerviosa, por la cocina— Hay que ir a hablar con la Puri… antes de que haga algo.

Petra sonrió satisfecha. Su vecina había vuelto a la vida. Paola la miró incrédula.

—¡Anda! Termínate la manzanilla, que voy a llevar esto a las niñas. Coge la manta y prepara una papilla al peque, creo que aún queda harina. Y endúlzasela bien.

—Deja eso ahora, Petra, esto no es una broma.

—Doy esto a las niñas y en un momento estoy contigo.

Paola se quedó parada en medio de la cocina, sin saber qué hacer. Un dolor punzante recorría su estómago y la garra afilada del miedo comenzaba a cerrar sus brazos. Su cabeza empezó a funcionar a toda velocidad, tratando de crear un plan. Todo se movía en torno a la comida, ¡todo! Petra ya no estaría segura allí. Tal vez ellas tampoco.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote? Vas a coger frío, ten, ¡ponte la manta! ¿Y la papilla de Adrián? —Petra actuaba con total normalidad, como si nada de aquello fuera con ella.

—¿Pero Petra, no te das cuenta del peligro que corres?

—No corro ningún peligro, créeme —sacó un plato de porcelana descascarillado y empezó a echar agua caliente para preparar el desayuno del pequeño.

—¡Para quieta un instante!

Petra se paró con desgana y enfrentó su cara a la de Paola.

—Está bien, ¿qué quieres? El agua se va a enfriar y no quiero que el niño desayune frío. Ahora está viendo cómo sus hermanas se llevan algo a la boca.

—Tienes razón —concedió sentándose de nuevo, cogiendo la manta y terminando la manzanilla—, hacemos la papilla y nos sentamos a planear cómo salir de esta.

Cuando ya estuvieron las dos mujeres sentadas en la mesa de la cocina, Petra comenzó a hablar con sosiego.

—Nunca hago las cosas sin pensarlas, mi niña. Todo está atado y bien atado, hay que aprovechar las oportunidades y esta era una de ellas. No me pasará nada, Puri no hablará, porque creo que ella se juega mucho más que yo. Pero de todas formas ya se lo he explicado a mi hermana, que casi sufre un desmayo al enterarse para después poner el grito en el cielo. Todas

las cartas están en mi mano.

Cuando he llamado a la puerta de la Puri, se ha echado a reír y me ha dicho que estaba loca, que lo habría soñado, que en su casa no entra más que su marido y que ahora, por desgracia, nos estaba defendiendo a todas, incluso a las que carecíamos de hombres que nos protegieran, la muy estúpida. Así que le he reproducido cuatro palabras que escuché e incluso el nombre del caballero vestido de militar, que también tuve la suerte de oír. En este punto, nuestra querida vecina empezó a cambiar de color y pasó a las amenazas. Que si yo conozco a este y a aquel, que si tú no sabes dónde te metes, que tendrás que vivir mirando a tu espalda.

Sin embargo, sin perder la tranquilidad, sin que se me notase miedo ninguno, le conté lo que ya llevaba pensado. No era yo la única que conocía el secreto, en absoluto. Más personas lo saben, le dije, y si a mí me pasa algo, te denunciarán igualmente, porque…

—Pero ¿has perdido completamente la cabeza?, nos pones en peligro a todos —interrumpió Paola sin poder contenerse más. Se levantó bruscamente de nuevo y se echó el pelo hacia atrás, agobiada.

—¡Cálmate! —Petra levantó la voz. Estaba empezando a perder la paciencia—. Escúchame hasta el final y después ya me dices lo loca que estoy. Pero al menos déjame que te explique…

La muchacha se volvió a sentar con el ceño fruncido, convencida de que los problemas se multiplicarían por mil a causa de la insensatez de aquella loca, que se había metido en un jardín que no le correspondía, sin tener en cuenta las consecuencias. Apoyó la cabeza en las manos y armándose de paciencia, con cara de pocos amigos, siguió escuchando.

—Ya sé a quién se lo puedes haber dicho, me contestó, a tu hermana y a la Paola. Pero también pueden verse en problemas si abrís la boca. Más o menos esas fueron sus palabras —continuó—. Pero yo ya sabía qué contestar, lo había previsto todo. Le dije que si me consideraba tan estúpida para poner en peligro a la gente que quería; le dije que no, que no era a vosotras a quien se lo había contado, sino a alguien a quien ella no podría llegar.

—¿A quién? —preguntó Paola, desconcertada.

—A tu madre.

Paola dio un brinco.

—¿A mi madre?, ¿y qué pinta mi madre aquí, si ni siquiera está en Madrid?

—Ahí está la gracia. La Puri no lo sabe, ni sabe cómo encontrarla, y se lo ha tragado enterito. Siempre hablas de que si tu madre te enseñó esto, que si tu madre te enseñó aquello. Todo el barrio sabe de tu madre, pero ella no tiene medios para buscarla, así que le he dicho que, si nos pasaba cualquier cosa, tu madre actuaría mandando una carta a quién correspondiera y como efectivamente era un robo… La Puri se asustó y pasamos de las amenazas al yo te doy y, ¡por Dios!, tú te callas, que me buscas la ruina, que entiéndelo, que pasamos mucha hambre, que esto y lo otro. Cuando ha querido contarme, hecha un mar de lágrimas, yo he preferido no saber más, la he consolado, he prometido no molestarla más y me he traído mis pequeños tesoros para

casa. Lo que no esperaba era vuestra reacción, casi me sacáis los ojos las dos. Pili aún está en el sillón rumiando las pegas a mi plan, pero de momento yo lo encuentro perfecto y estoy segura de que no va a pasar nada de nada —una radiante sonrisa iluminó su rostro y un profundo sentimiento de satisfacción se deslizó por sus ojos y se hizo claramente visible.

Paola estaba muda. Había sentido un pánico profundo, su vida discurría pendiente de un hilo, pero romperlo adrede le había parecido un suicidio. Sin embargo, una vez conocidos todos los detalles, no tenía tan mal aspecto. Iba a seguir preguntando cuando Carmencita, envuelta en otra manta, apareció en la cocina con el vaso en la mano.

—¡Estaba buenísimo, tía Petra! —dijo volviéndose a su madre— ¿Hoy nos quedamos en casa, mami?

Paola asintió y la niña sonrió abiertamente. La lluvia seguía su chapoteo infinito y el frío se colaba por todos los resquicios de la casa, pero al menos bajo aquel techo se sentían un poco menos abandonadas.

—Ve a la cama con tus hermanos y no os destapéis, hace mucho frío. ¿Qué hace Adrián?

—Está dormidito —Carmencita hablaba como un adulto—, pero no te preocupes, yo le cuido.

Carmencita salió de la cocina como un fantasma, dejando una estela como la cola de un vestido de novia ajado. Un instante después su cabeza volvió a asomarse.

—¿Nos puedes leer la carta de papá otra vez?

Su madre abrió el azucarero y al sacarla cayó la nota que tanto le había desasosegado la noche anterior. Se había olvidado completamente de ella. Se agachó y la recogió, nadie se dio cuenta. Se acercó a la habitación y estuvo con las niñas leyendo la carta y hablando de su padre mientras la nota permanecía en su mano cerrada. Finalmente tomó una decisión, se asomó a la cocina donde Petra haría otro milagro de comida y le dijo que salía.

—¿No te he dicho que hoy te quedaras en casa? —Petra, a veces, se portaba como una madre intransigente— Con la que está cayendo, con el frío que hace, ¿dónde vas a buscar nada?

—Tengo que hacer un recado —dijo ya desde el comedor, mientras se colocaba su viejo abrigo, que un día muy lejano doña Matilde le enseñó a coser.

Petra salió de la cocina y le tendió la bufanda.

— Al menos abrígate, lo que nos faltaba es que cayeras enferma. Y ten mucho cuidado. Llevamos dos días demasiado tranquilos. No te confíes, y en cuanto oigas las sirenas, ponte a cubierto donde sea.

—No te preocupes, Petra, sabes que sé cuidar bien de mí misma.

—Lo que no entiendo es dónde vas.

—Te lo explico a la vuelta —Paola abrió la puerta y decenas de gotitas regaron el suelo más cercano a la entrada, como si hubieran estado esperando para colarse. Un viento helado azotó su rostro, que se sumergió en la bufanda multicolor y cerró con rapidez. Echó a andar bajo la lluvia, con su hacha escondida, el corazón encogido y una diminuta esperanza perdida en lo más profundo de su alma. López de Hoyos no se encontraba demasiado lejos, podría estar de vuelta en un par de horas a paso rápido.

Llegó a una casa de dos plantas que tenía un pequeño porche de ladrillo y balcones de hierro. Sobre la valla de un patio trasero asomaban las ramas desnudas de un árbol muy grande, que inmediatamente hicieron pensar a Paola en su cocina. Estaba empapada, con los pies embarrados y completamente calados y el pelo pegado a la cara. Sentía el frío en las entrañas cada vez que una ráfaga de aire se levantaba y agradeció la protección que le ofrecía el porche. Estuvo allí unos instantes, indecisa. Seguía pensando que podía estar equivocándose cuando, de repente, la puerta se abrió y salió un hombre de edad avanzada con una boina calada hasta las orejas y un desvencijado paraguas en la mano. Su prominente nariz y sus orejas enormes escondían unos expresivos ojos azules. Miró a Paola con desconfianza y dio un par de pasos hacia ella. Bajo la gorra asomaban mechones de pelo blanco.

—¿Esperas a alguien? —la interrogó, señalándola con el paraguas.

—Yo quería saber… preguntaba —se le trababan las palabras. Aquel hombre parecía de todo, menos amable. Aun así, con el paraguas en ristre como una lanza, esperó con gesto interrogante la respuesta de aquella mujer, que no hacía más que tocarse la cintura.

—Preguntaba por Marcia —dijo por fin, armándose de valor.

El gesto de sorpresa del anciano desconcertó a Paola, pues no sabía cómo traducirlo. Ladeó la cabeza y apoyó el paraguas en el suelo sin quitarle los ojos de encima.

—¿Y de parte de quién vienes?

—De Hipólito, el del plomo.

El anciano sonrió. Así que te manda Hipólito… ven, pasa y me cuentas cómo le va la vida. Y mirando a derecha y a izquierda, se dio media vuelta y, volviendo sobre sus pasos, llamó con golpes firmes a la puerta.

Sonó un cerrojo al descorrerse y ante ellos apareció una mujer madura, de aspecto recio, que se encaró con el anciano.

—¿Qué demonios se te ha olvidado ahora, Agustín? Te advierto que estoy muy ocupada y…

La mujer se calló de pronto, porque tras el abuelo vislumbró a una mujer visiblemente calada de agua.

—¿Quién es? —dijo, señalándola con una elevación de la cabeza

—Viene de parte de Hipólito, el del plomo.

Paola trató de hacer un pequeño saludo, que se convirtió en una mueca. La mujer se quedó mirándola con los ojos entrecerrados y el mismo gesto de desconfianza que el viejo. La muchacha la miró también para demostrarle una seguridad que no sentía. Era una mujer alta, con el pelo color ceniza y unos labios carnosos que dejaban ver unos dientes muy blancos, lo que era una rareza en aquellos días.

—Pasa —dijo por fin.

Y ambos entraron en un salón que estaba caldeado, aunque a Paola le pareció que hacía mucho calor. A pesar de todo, agradeció encontrarse allí, aunque solo fuera por unos instantes. Era una sala modesta, con pocos muebles. Una mesa grande con seis sillas, que tenían cojines de cuadrados rojos y blancos sobre los asientos. Un aparador en una de las paredes sin nada sobre él y una especie de estantería también vacía, excepto por una foto enmarcada y amarillenta de una pareja en el día de su boda. Ella, sentada en una silla con vestido de novia y con una especie de casquete blanco sobre la cabeza, del que surgía un vaporoso velo. Y a su lado, de pie, un hombre apuesto con un enorme bigote, bastón y traje militar. La mujer de la foto, sin duda, era la misma que acababa de abrir la puerta, pero con varios años menos.

Siguieron avanzando por un estrecho y corto pasillo con alguna puerta y desembocaron en una espaciosa cocina, donde algo se estaba guisando sobre los fogones. Paola pensó que no había olido nada tan apetecible en su vida, pero calló y esperó a ver qué pasaba. No había marcha atrás.

—¿Y de qué conoces tú al Hipólito? —la supuesta Marcia señaló con la mano una silla y le indicó que se sentará— Estás empapada. Ahí te llegará el calor y podrás secarte.

No sabía qué contestar y decidió lanzarse con la verdad.

—No conozco a ningún Hipólito —Paola bajó los ojos y se miró las manos, bajo la falda se le clavaba el mango del hacha, recordándole su presencia—. Es solo una nota bajo mi puerta.

Marcia sonrió.

—Así que no tienes ni idea de quién es. Bien. Y entonces, ¿por qué has venido?

—Porque la nota venía firmada por un amigo.

—Y ese amigo se llama…

Paola dudaba si descubrir la identidad de Manuelín y sintió miedo. No conocía a aquellas personas de nada y, sin embargo, la estaban sometiendo a un interrogatorio.

—No sé quiénes son ustedes, tal vez me he equivocado viniendo aquí —la voz le temblaba e hizo ademán de levantarse.

—Tranquila —volvió a hablar la mujer, poniendo su mano en la manga del abrigo mojado de la muchacha—. Tienes razón, hemos sido descorteses, pero los días que vivimos son muy

peligrosos y no puedes fiarte de nadie. Yo me llamo Marcia y él es Agustín. Si realmente vienes de parte de Hipólito, debemos cerciorarnos, aunque no tienes cara de tendernos una trampa. Y ahora podías explicarme por qué has venido a mi casa.

Paola tragó saliva y cogió aire.

—Llegó una nota por debajo de la puerta con esta dirección para que preguntara por Marcia de parte de Hipólito, el del plomo, diciendo que podría recibir ayuda. La firmaba un viejo amigo. Tengo tres hijos, mi marido lucha o luchaba, ya no lo sé, porque la última carta llegó hace más de un mes, en el frente, creo que por Extremadura, pero ni siquiera sé dónde está eso. Estoy desesperada, me cuesta cada día más buscar algo con lo que dar de comer a mi familia. Al principio dudé. Como usted ha dicho, los tiempos no están para aventuras, pero al final… —las lágrimas comenzaron a aflorar sin previo aviso y Paola calló y levantó la cara hacia el techo para evitar que la traicionaran.

—¿Tu amigo es militar?

Paola asintió con la cabeza.

—¿Y tú te llamas…?

—Paola, señora.

—Paola —repitió Marcia—, Manuel nos dijo que vendrías. Un placer conocerte —y extendió una mano que la muchacha estrechó.

—¿Has comido?

—No, señora, pero no se moleste, lo que me pueda dar será una bendición de Dios para mis hijos.

—Tranquila, mujer, habrá tiempo para todo. Quítate ese abrigo y conozcámonos un poco mejor. Manuel es un hombre muy reservado y no sabemos nada de ti, pero se le veía interesado en que te echáramos una mano. Nos lo hizo prometer antes de irse. ¿De qué le conoces?

Paola volvió a ponerse tensa.

—Espero no parecer maleducada, pero creo que esas preguntas debería hacérselas a él. Yo no sé hasta dónde puedo hablar y hasta dónde perjudicar.

Una risa cristalina y contagiosa llenó el espacio y rebajó la tensión.

—Tal para cual —Marcia se levantó y retiró la cacerola del fuego—, discreción al máximo, la peor de las condenas para una cotilla como yo.

El viejo, que se había mantenido en silencio en un taburete junto a la cocina, se volvió hacia Marcia con gesto de reprimenda.

—Deja a la muchacha en paz.

—Tienes razón, discúlpame —dijo dirigiéndose a Paola—, pero ese hombre es un misterio para mí, siempre tan solitario, tan recto, y de repente pone tanto interés en alguien. Me atacó la curiosidad.

—Solo es un buen amigo de juventud.

—Vale, vale.

Y colocó sobre la mesa un guiso de patatas con pollo, lo que Paola había olido al entrar en la casa. Tuvo ganas de llorar y lanzarse a devorar el plato, pero inmediatamente pensó en los niños.

—¿Me lo podría llevar para mis hijos?

—Come, criatura, para los niños habrá más.

Paola jamás olvidó el sabor de aquellas patatas, de aquella salsa, de aquel pollo. Jamás encontró en su vida un plato más exquisito, que le llenara el paladar de tal placer. Y aunque trató de ser comedida, las ansias de cada cucharada no les pasaron desapercibidas ni a Marcia ni a Agustín, que la observaban en silencio.

Fuera, la lluvia seguía arreciando y el frío lanzaba rachas que congelaban la esperanza. Sin embargo, un nuevo requiebro del destino hacía malabares en mitad de la tragedia.

Cuando Paola dejó el plato vacío y rebañado, levantó la cabeza y no pudo evitar que una tímida sonrisa asomara a sus labios, abriéndose paso entre la desazón que le causaba estar en aquella casa sin entender bien el motivo, y el deleite de unos manjares inesperados amarrados a la esperanza de que fueran más.

—¡Hacía tanto tiempo que no comía un plato caliente en condiciones! —se trató de disculpar.

—Tenemos orden de Manuel de no descuidarte y ese hombre no se casa con nadie ni se anda con tonterías. Imagino que serás importante en su enigmática y ermitaña vida.

Paola tragó saliva ruidosamente sin querer y un nudo revolucionó su estómago, caldeado y lleno.

—Es solo un amigo —volvió a justificarse por segunda vez en pocos minutos—. Estuvimos trabajando en la misma casa cuando llegué a servir a Madrid y nos hicimos inseparables.

—Ya…

El brillo de complicidad en los ojos de Marcia no fue de su agrado, pero seguir justificándose la hacía más culpable de algo que no tenía ni pies ni cabeza, y por eso optó por el silencio y la espera. Debió de poner mala cara, porque Marcia sonrió abiertamente.

—No te enfades, mujer, quizás no sea más que un amigo, pero entiende que el que se juegue

la vida porque la tuya sea mejor es realmente extraño sin que haya algo de por medio. Es peligroso en estos tiempos desviar abastecimiento y él, dentro de su rectitud y de su lealtad a la República, está haciendo algo muy ilegal, tanto que podría ser fusilado por ello.

Paola no podía creer lo que estaba oyendo. Cada vez se sentía más y más desconcertada, y el alimento caliente y compacto estaba dejando el rastro de una modorra untuosa, pringosa, culpable. Manuelín se jugaba la vida por ella… no tenía sentido, era absurdo, nada había hecho por él más que dejarle solo y marcharse con Adrián. Sin embargo, su amigo se empeñaba una y otra vez en aparecer como un héroe salvador, en jugarse la vida, su carrera militar y sus ideales, para que ella, la dañina de ese cuento, tuviera un día más de futuro.

—Bueno, ya está bien de charla, que esos niños tendrán que alimentarse —Marcia se levantó de golpe, asustando a Paola, que parecía naufragar en un océano de dudas—. ¿Llevas una bolsa contigo?

Paola asintió y sacó de debajo del abrigo, doblada y llena de marcas blanquecinas en los pliegues, su eterna compañera. Estaba mugrienta, hacía mucho tiempo que servía para todo y tenía una galaxia de manchas de distintos colores, secas y caprichosas, por todas partes.

—Ahí no puedes llevar comida sin que se te estropee o sin que cojáis cualquier cosa. Has de tener mucho cuidado, la gente pasa mucha hambre, no se consigue nada con las cartillas y si te pillan con esto, vas a pasarlo muy mal y nosotros también, no digamos nada de Manuel.

—Yo nunca os delataría —se apresuró a asegurar Paola.

Marcia la miró con cierta ternura y, después, una dulce sonrisa se dibujó en su rostro.

—Siento decirte que no tienes ni la más remota idea de lo que pueden conseguir que digas con los medios adecuados. Reza para que no te cojan; si lo hacen, te repito que estamos todos muertos en el mejor de los casos. Una caterva de esas que deambulan noche y día por los escombros, que se matan por una monda de naranja y te apuñalan si es necesario, si descubrieran lo que llevas en la bolsa, no te dejarían tiempo ni para tomar aire una última vez y después tirarían tu cuerpo en cualquier carretera, o en el montón de cadáveres que han sembrado las últimas bombas. Aunque no lo creas, esa sería la mejor de las opciones, porque si te pillan los militares, las cosas se pondrán mucho peor y, queriéndolo o sin querer, acabarías delatándonos a todos. No te digo más, nuestras vidas están en tus manos, así que sé muy, muy cuidadosa. Si te pillan, será el fin.

Paola asintió aterrada. Ella misma formaba a menudo parte de esa caterva, como la llamó Marcia, y aunque sentía vergüenza, reconocía que hubiera matado por el pan de sus hijos. Un sudor frío corría por su frente desdibujando el empuje, la valentía y el coraje que pensó que tenía.

Sin decir ni una palabra más, Marcia se levantó y salió de la cocina. Agustín la siguió con un cigarrillo apagado colgándole de los labios. Se había quitado la gorra y una lustrosa calva, moteada de manchas, se elevaba sobre los mechones de pelo blanco que la rodeaban. Se oyó descorrer algo parecido a una pesada puerta, ruidos confusos, susurros, rasgar de papeles y otros sonidos que Paola no pudo identificar mientras seguía anclada, como una barca estropeada, a

aquella silla de madera vieja. Por fin regresaron.

Agustín traía una vieja bolsa de la compra de cuadros desdibujados y colores desleídos, pero evidentemente mucho más pulcra que la de Paola.

—Abre tu bolsa para que metamos esta —elevándola por el aire, la introdujo con cuidado.

—Llevas legumbres, verdura, leche, algo de morcilla y chorizo, dos muslos de pollo y algunas cosas más —Marcia estaba mucho más seria de lo que había estado con anterioridad, mostraba el mismo semblante desconfiado de la llegada.

—No sé cómo podré agradecerte… —comenzó Paola.

—Escucha, Paula.

—Paola.

—Bueno, como quiera que te llames. No atraigas la atención de nadie, actúa como siempre lo haces, sigue con tus rutinas y cierra la cocina cuando guises para que los olores no se esparzan por el ambiente y creen sospechas. ¿Has oído bien? Las personas hambrientas desarrollan un sexto sentido para oler la comida. Raciona bien lo que te llevas y no lo desperdicies, hasta la semana próxima no te quiero ver por aquí. Mañana de madrugada, un hombre mayor y un niño llamarán a tu puerta y tú te alegrarás mucho de verlos porque son parientes y te traen noticias de tu familia. Pasarán un rato en tu casa y dejarán lo que llevan en sus sacos para que podáis calentaros un poco. Si os preguntan, seguís quemando muebles, el olor que desprenderá el suministro será a barniz. Lo más peligroso es el camino de vuelta a casa, camina tranquila, por las zonas donde haya más gente y si te cruzas con los milicianos no te pongas a temblar, no te quedes paralizada o pienses que llevas escrito en la frente tu delito. Normalidad, normalidad y normalidad por encima de todo.

Paola asentía, atemorizada por un lado, pero llena de esperanza por otro. Solo podía pensar en sus hijos, en el vuelco que iba a dar su vida con aquellos regalos caídos del cielo de manos de su amigo.

—Notas por debajo de la puerta te indicarán cuando puedes volver, y si no puedes por cualquier motivo, no confíes en nadie. Te citaremos nuevamente pasados un par de días —continuó la mujer.

—Recuerda que todos dependemos unos de otros y tenemos que cumplir las reglas para seguir vivos. No debes venir aquí sin autorización nunca, ¿lo has entendido? Tendrás que esperar la misiva.

Paola bajó los ojos y dijo que sí, tan débilmente que apenas fue más que un suspiro. Marcia se levantó, tomó la bolsa y se la tendió. Y ahora vete.

Cuando Paola salió de la casa temblaba como una hoja a punto de desprenderse de la rama. Sentía en su espalda los ojos de Marcia y Agustín, valorando su actitud a través de las ventanas, taladrando con su mirada su seguridad. Respiró profundo, tomó con más fuerza las bolsas y

emprendió el camino de regreso con decisión. Cruzó la calle y se internó en un camino de arena rodeado de arbustos espinosos, tratando de llegar lo más rápido que pudiera a las vaquerías, que desgraciadamente hacía mucho que no disponían de animales, la zona de los alfares y, por último, su casa.

De repente se le ocurrió una idea. Trató de cortar aquellos espinosos arbustos con las manos, se pinchó y se quemó al tratar de arrancarlos, pero ramas infectadas de espinas y afiladas púas se fueron amontonando en el suelo en un diminuto montoncito. Cuando calculó que tendría una cantidad suficiente como para ponerlos encima de la comida y que cualquiera pensara que quería utilizarlo para encender fuego, lo colocó sobre esos maravillosos tesoros y volvió a seguir su camino. Pensarían que estaba loca, aquellas ramas verdes y húmedas no tenían ninguna utilidad, pero podrían servirle de coartada. Las manos le sangraban, le escocían los dedos, pero ella, apretando fuertemente las asas, seguía su rumbo sin dejar que una mínima mueca denotara su malestar y su miedo. Entonces se acordó del hacha que seguía colgada de su hombro, fiel a su cometido, y sintió que no estaba sola. Una riada de confianza inundó su alma.

Había parado de llover un instante, pero el cielo seguía cubierto y amenazante y el viento congelado de la mañana no había dejado de soplar. El contraste con la casa de Marcia hacía que tuviera más frío al caminar. Eso y el hecho de que su ropa no se hubiera secado por completo, de tal manera que aquellas ráfagas, a las que poco a poco acompañó de nuevo la lluvia, eran como cristales que se clavaban en su cuerpo mal abrigado. Deseaba llegar a su hogar y dejar a un lado esa tensión que contraía sus músculos, torturándolos con dolores continuos y cambiantes. Abrió la puerta y la cara de sus vecinas fue un poema. Era difícil acostumbrarse a aquellas apariciones puntuales de Paola en condiciones penosas. Dejó las bolsas en el suelo, sorprendida. Petra y Pili se levantaron interrogándola y cuando, al abrir la bolsa y hacer a un lado las ramas, aparecieron los manjares, se quedaron boquiabiertas.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—Es una larga historia. Voy a ponerme algo seco. Id preparando algo más de comida y ahora os cuento. Es posible que nuestra suerte esté cambiando. Llévate la bolsa, Pili. Nadie debe saber lo que tenemos, nos jugamos mucho —bajó la voz casi a un susurro y cuando las pequeñas estaban despistadas, le dijo que las niñas no debían enterarse de nada, que no había que hacer aspavientos ni dejar que ellas notaran cualquier cambio.

Desde el momento en el que se cruzaron con Marcia, la vida familiar de Paola y sus vecinas mejoró muchísimo. Aunque ella seguía con su rutina diaria y se levantaba de madrugada para hacer la cola correspondiente, aunque protestaba por la escasez cada día más acuciante y se metía entre los escombros y acarreaba en su bolsa un sinfín de objetos inútiles, sabía que al llegar a su hogar habría algo de comida en la mesa y un pequeño fuego en la cocina. El abastecimiento desde la casa de Marcia se hacía de forma regular, y si bien eran productos que en cualquier otra época no se distinguirían por su importancia o calidad, en aquellos años de guerra, de penurias y de escasez, eran auténticos tesoros, de los que muy pocos dispondrían. No hacían excesos porque las provisiones no daban para tanto, pero el agua caliente con nabos o las lentejas cocidas dieron paso a pequeños guisos de verdura y algunas veces de pollo, a algún huevo y productos por el estilo, que a ellas les parecían manjares de reyes.

Las niñas tenían prohibido entrar en la cocina mientras se preparaba la comida para que no vieran nada en las bolsas de lo que pudieran hablar con cualquiera que les preguntara y en su ingenuidad vivían pensando que mamá no las dejaba pasar por miedo a que se pudieran quemar. Comían sus platos, pero nunca hablaban de comida, simplemente saciaban el hambre y trataban de continuar con sus rutinas como si nada hubiera sucedido.

Una mañana, Carmencita y Paola se encontraron con Puri, la vecina a la que Petra había amenazado para conseguir alimentos. Ellas iban a Madrid a escarbar entre los escombros como hacían a menudo, con la bolsa en la mano y el frío en los huesos. Paola apretó la mano de su hija y trató de seguir su camino después de saludar con formalidad, pero Puri se paró.

—Buenas, mujer, ¿qué, a ver si encontramos algo?

Paola se detuvo sin soltar a la niña.

—Sabes cómo está todo Puri, hay que dar de comer a tres bocas y ya no sé de dónde sacar la comida. Cada día la cartilla te sirve para menos y esta guerra parece que no terminará nunca.

—¡Ya…! —los ojos de Puri eran taimados y el tono irónico de aquel monosílabo desconcertó a su vecina, que no alcanzaba a entender qué más habría querido decir. Desde que iba a casa de Marcia veía peligro por todas partes y tenía la constante sensación de que todo el mundo sabía su secreto. Se sentía continuamente amenazada y de cualquier conversación con cualquiera sacaba un millón de dobles significados— Pero de vez en cuando las hermanas os llevan una ayudita, ¿no?

Paola enrojeció. Así que se trataba de eso, su corazón se relajó. Un silencio perturbador e incómodo se hizo sitio entre las mujeres, que se miraron con cierto desafío. Y sin previo aviso, Carmencita, como si fuera algo natural, intervino.

—¡Ayer nos trajeron pollo! Estaba muy rico.

Paola miró a su hija sin creerse lo que acababa de oír, tragó saliva y sintió que un sudor frío recorría su espalda. La cara de asombro de su interlocutora hablaba por sí misma y un brillo inquietante surcó sus ojos.

—¡Más quisiéramos nosotras! —forzó una carcajada— No le hagas caso a la niña, hace siglos que no sabemos lo que es un pollo, pero bromeamos con los nabos y decimos que hemos echado pollo al guiso. ¡Carmencita!, qué cosas tienes, hija mía. Explícale a Puri cómo es nuestro pollo.

El órdago estaba encima de la mesa y rezó porque la niña supiera comprenderlo. Carmencita miró a su madre desconcertada por un momento, pero olió el peligro y distinguió en sus ojos el miedo y el disgusto, había arrugado los labios como cuando iba a regañarla. Sin saber por qué obedeció y se lanzó a seguir la mentira.

—¿Te lo habías creído? —dijo por fin con una breve sonrisa— Me encantaría probar el pollo otra vez, pero desde que mamá se quedó sin gallinas jugamos a que comemos cosas ricas, aunque todos los días sea lo mismo.

Puri miró a Paola con un gesto inescrutable y ésta ladeó la cabeza, negando mientras trataba de explicar las ocurrencias de los niños. Después puso la excusa de la hora y se despidió rápidamente, deseándola un buen día. La mujer no se quedó muy convencida, guardaba rencor a esa familia, que se había aprovechado de su suerte, y ante nada mejor que hacer, decidió indagar en sus idas y venidas.

—¿Por qué has tenido que abrir la boca, hija? —la madre temblaba y la ira había enrojecido su cara, dejando paso a un sofoco que se alzaba sobre el frío de aquel invierno— ¡Es peligroso, muy peligroso hablar de la comida fuera de casa! La gente pasa mucha hambre y si se enteran de que tenemos algo vendrán, nos harán daño y nos lo quitarán, ¿entiendes?

La niña asintió acongojada.

—¡No vuelvas a hablar cuando hablan los mayores! ¡Nunca! —las últimas palabras las dijo casi chillando.

—Lo siento mamá, perdona —sollozó.

—Es peligroso, hija, muy peligroso, hay gente muy mala. Los niños tienen que estar calladitos, solo se habla de comida en casa, ¡solo en casa!, mételo bien en tu cabeza. Y si viene cualquiera y te pregunta le dices que nabos, que sopa de lentejas, o que no has comido.

Paola tuvo que sentarse, el corazón latía desbocado en su pecho. Miró a su hija y vio las lágrimas, que formaban chorretes por su cara. Tenía el pelo casi rapado para evitar piojos y otros parásitos, llevaba unos pantalones que las vecinas habían sacado de unos viejos de Adrián, encima un vestido y encima del vestido una chaqueta de lana raída y demasiado grande, que habían encontrado en una de sus incursiones en los escombros. De alguien que ya no la utilizaría. Los calcetines le llegaban a las rodillas y estaban zurcidos una y otra vez. Dentro de otros zapatos de no sabían quién, llevaba trapos para aislar los pies del frío y la humedad. Tenía la nariz colorada, en parte por el frío y en parte por el sofoco, las manos también. Algún sabañón asomando y las piernas con la piel cuarteada. La niña apenas se quejaba. Ni del frío, ni del hambre, ni por tener que llevar la ropa de los muertos, ni por meterse entre los escombros. Ya apenas lloraba o se asustaba cuando sonaban las sirenas. Se quedaba agazapada, con los ojos cerrados y en silencio, las más de las veces abrazando a su hermana, que sí seguía sintiéndose aterrorizada. Los hipidos de la niña, que se había sentado a su lado, destensaron su miedo.

—¡Prométeme que nunca más hablarás de la comida con nadie!

—Te lo prometo —sollozó la pequeña.

—Ven —abrió los brazos, en los que se sumergió su hija llorando ya abiertamente.

—No quería decir nada malo, mamá…

—Ya pasó, cálmate. Esta terrible guerra nos está volviendo locos a todos.

Allí quedaron las dos, sentadas sobre una gran piedra de granito en la vereda del camino que salía de la colonia. Paola decidió que volverían a casa y descansarían. En realidad no era

necesario ir a ningún sitio y tenía que hablar con Petra y Pili; no se fiaba de Puri, no le había gustado aquella cara desconfiada y aquellos ojos inquisitivos. Probablemente sospechara algo y las sospechas de los vecinos podían resultar muy comprometidas.

La nueva carta de Adrián llegó a finales de diciembre. Era una tarjeta con un texto corto, cargada de mentiras como todas las demás, contando cuentos que ya nadie creía y deseando que todos se encontraran bien. Era un papel arrugado y amarillento, decorado con una caligrafía sinuosa y conocida, deformada por el uso de un lápiz mal afilado. Paola sintió ganas de contestar, de decir que ellos también estaban bien, de hablar de su buena estrella, de su hambre y sus carencias, pero pensaba que era imposible encontrar con qué escribir y cómo mandar la carta.

Aquella mañana en la que llegaron las noticias desde el frente, otra misiva había cruzado el umbral por debajo de su puerta durante la noche y la cita quedó confirmada para esa misma tarde. La rutina de la supervivencia seguía su rumbo.

Al llegar a casa de Marcia, después de hacer un camino sinuoso de idas y venidas, de recogidas de cosas inservibles —incluso piedras— para desviar cualquier tipo de atención sobre su persona, se encontró de nuevo con una pequeña sorpresa sobre la mesa. Siempre que iba, aquella mujer de anchas caderas y boca explosiva, le tenía preparado un plato de comida, una fruta o cualquier otra cosa, que Paola agradecía sin palabras. Las dos mujeres habían ido cogiendo confianza y a menudo se sentaban a hablar en la cocina un buen rato al agradable calor de la leña quemada. Aquella tarde Marcia la esperaba con una taza de café y un pedacito de pan negro. El aroma de la infusión se esparcía dulcemente por la cocina.

—Siento no tener un poco de azúcar —se disculpó—, pero cada día es más complicado encontrar nada.

Paola se la quedó mirando sorprendida.

—Solo el olor me hace ver las cosas de otra manera, es sencillamente maravilloso. El azúcar es lo de menos —se llevó la taza caliente a los labios, dando un pequeño sorbo. Después fue partiendo en trocitos el pedacito de pan y los echó en el café. Con una cucharilla se los llevó a la boca lentamente, saboreando cada uno con fruición.

—¿Qué tal todo?, ¿los niños? —preguntó su anfitriona.

—¿De dónde sacáis estos alimentos? —Paola miraba fijamente a Marcia tras el humo del café que sostenía en sus manos.

—Es mejor que no sepas nada. Como puedes imaginar, todo esto es ilegal y lo que hay detrás es mejor olvidarlo. Estamos en guerra y seguro que nunca imaginamos lo que seríamos capaces de hacer y, sin embargo, hacemos. Manuel nos paga bien y nosotros nos encargamos de que no os muráis de hambre. Lo demás no es de tu incumbencia, y mejor que no lo sea.

Paola valoró la posibilidad de intentar seguir sonsacando, pero hay veces que en el fondo no deseamos saber más y muy probablemente ella estaba en esa situación. Podía parecer egoísta, cruel incluso; quizá se lo estaba robando a otras familias, tal vez eran alimentos manchados de sangre. Decidió callar y cambiar de conversación para no sentirse malvada por mirar a otro lado.

—Hoy he recibido carta de Adrián.

Agustín entró en la cocina con su eterno cigarro apagado colgando de los labios. Se quitó la gorra y saludó a las mujeres mientras se acercaba a la cocina y se servía una taza de café. Se sentó con ellas.

—¿Y cómo está el mozo? —intervino en la conversación.

—Es una tarjeta muy corta, me dice que está bien, pero miente. Sé que no quiere preocuparme. En una guerra nadie puede estar bien y menos sí sabes que quizás ese sea el último día de tu vida y las letras que escribes, tu epitafio. Al menos sé que está vivo. Si pudiera escribirle yo, que supiera que estamos bien y que le echamos de menos…

—¿Sabes escribir? —Marcia la observaba con curiosidad.

—Sí, me enseñó mi madre. Pero me falta todo lo demás, papel, un lápiz, sello…

—La joven sabe escribir… esto sí que es asombroso —Marcia la miraba con incredulidad —. Yo pensaba que eras una campesina que habías venido a Madrid a servir, ¿no me dijiste eso?

— Y lo soy, pero mi madre decía que el saber no ocupa lugar y como ella sabía leer porque le había enseñado su padre, nos enseñó a todos los hermanos en las largas noches de invierno. Y a escribir también.

Agustín se levantó y volvió al cabo de un instante con una tarjeta amarillenta y un lápiz.

—Escribe lo que quieras, que yo lo envío —dijo sentándose, con la vista perdida en los desconchones de la pared.

Paola tomó el lápiz emocionada y, tras un gesto de agradecimiento, se concentró en reunir unas pocas palabras que mandaran un segundo de tranquilidad a Adrián. Se mordía la lengua al escribir y movía los labios formando las palabras que con tanto esfuerzo dibujaba. Por último, puso su nombre.

Mientras tanto, Marcia se había levantado y había colocado las cosas en una primera bolsa. Después metió ésta en la segunda bolsa, la de Paola.

—Con esto aguantareis unos días más. No es mucho, pero sé que serás capaz de estirarlo todo lo que puedas —Dijo sentándose de nuevo. El aroma del café se había ido diluyendo hasta convertirse en un recuerdo.

—El hambre de antaño no es el hambre de ahora —Paola suspiró—. ¿Volveremos alguna vez a ser lo que éramos?

—No —Agustín fue categórico—. Nunca podremos huir de este horror. Tal vez esconderlo, contenerlo, hacer como que no está, pero nuestros actos y nuestros recuerdos nos acompañarán a la tumba.

Paola lo miró con extrañeza, pero Agustín solo tenía ojos para la pared, parecía perdido.

—Debo marcharme, que se me hará de noche.

—Te acompaño a la puerta —las dos mujeres se levantaron y salieron de la cocina.

—No hagas caso a este viejo amargado. Su mujer, sus tres hijos y sus dos nietos fueron masacrados en un pueblo, creo que de León. No suele hablar mucho de ello. No sé los detalles, pero sé que él no estaba allí, estaba en el monte. Cuando volvió se encontró con el horror de ver a toda su inocente familia muerta. No sabe a ciencia cierta el motivo, pero cazó en el bosque a los que consideraba los asesinos y los degolló a los tres. Aún no ha descubierto si vengó a su familia o cometió un crimen más. Huyó y se refugió en los brazos de una guerra que le trae sin cuidado quien gane. En el fondo creo que lo único que desea es que le den dos tiros. Por eso se arriesga tanto, espera que la muerte sea benevolente con él y le deje descansar.

Paola se sintió conmovida. Desde el primer instante había sentido una extraña simpatía por aquel anciano. De ninguna manera se lo imaginaba arremetiendo contra otros hombres para cortarles el cuello.

—¡Qué historia más triste! —Paola recogió la bolsa del suelo del salón y se dirigió a la puerta.

—Corren tiempos de historias tristes, Paola.

Al girarse para despedirse, volvió a ver la foto amarillenta en la que ya se había fijado el primer día que entró en esa casa.

—¿Es tu boda? —con el dedo señaló la estantería.

Marcia asintió con gesto contrariado.

—¿Y él? ¿También está en el frente?

—Tu curiosidad te traerá problemas, ¿no has oído el refrán de que la curiosidad mató al gato? Sí, es mi marido, sí, está en el frente y ojalá le metan un tiro entre ceja y ceja, porque si vuelve se lo meteré yo.

La rabia que desprendían las palabras de Marcia sobresaltó a Paola, que siempre la había tenido por una mujer contenida. Sin embargo, al mencionar a su marido, un brillo de acero se instaló en sus ojos, volviéndolos inexpresivos, y las palabras abandonaron sus labios a golpe de rencor.

—Es una larga historia, una larga y desagradable historia. Pero créeme si te digo que espero por su bien que no se le ocurra volver, porque ahora estoy preparada para recibirle.

Todo cambió en un instante, el aire se hizo más ligero y el ambiente se destensó de golpe. Solo con cerrar y abrir los ojos, con lanzar un ligero suspiro, las palabras se desintegraron en el espacio y Marcia volvió a ser la que era.

—Y vale ya de charlas. No tengo que recordarte las precauciones… sé prudente y nos vemos pronto. Ahora, marcha.

Paola salió al frío de la tarde. Unos rayos rojizos se colaban entre las nubes plomizas que lo cubrían todo. Los perfiles se hacían transparentes y brillantes, la luz amarillenta y descolorida se apreciaba a lo lejos, contra la fachada de rítmicas ventanas de cristales rotos de una nave. Metió las ramas de espinos que había dejado a la puerta y emprendió el camino de vuelta. Cerca de su casa, con la noche oscura por compañera, divisó por el camino, pasado ya el arroyo, unas figuras que venían a su encuentro. Se maldijo por haberse entretenido tanto tiempo en casa de Marcia. Según se acercaba creyó escuchar una voz que le resultó familiar. Puso sus oídos alerta y distinguió la voz ácida de Puri mezclada con una masculina más grave. Sintió erizarse el pelo de su nuca y con un rápido movimiento sacó el hacha de debajo de su ropa y la sujetó con fuerza. Las voces eran cada vez más nítidas. Entonces tuvo una idea. Volvió a guardar el arma y se inclinó para sacar rápidamente las ramas de los espinos, destrozándose las manos. Extrajo después la bolsa interior y la dejó tirada tras unas piedras rezando porque la oscuridad la disfrazara como si fuera una roca más. Después volvió a meter los espinos en la bolsa vacía y continuó andando con el alma encogida. Las voces se iban acercando hasta que las figuras se hicieron totalmente visibles. Cuando ya estuvieron a su altura, Puri se detuvo.

—Paola, ¡qué sorpresa!, ¿qué haces tan tarde por el camino?

—Vuelvo de coger unas ramas a ver si podemos encender algo de fuego.

Los ojos de Puri brillaban en la oscuridad y la desconfianza y el rencor se distinguían claramente en ellos.

—¿Y has encontrado algo?

—Unos espinos, pero creo que no arderán.

—¿Me tomas el pelo?, ¿espinos mojados?

—Voy a intentar…

Paola no tuvo tiempo de terminar la frase, ni siquiera de ver el brillo del cuchillo acercarse a su garganta y, por supuesto, no distinguió el rostro del hombre que la sostenía por el cuello, apretando el filo del arma contra él. La muchacha dejó caer la bolsa y se puso a temblar.

—¿Qué llevas en esa bolsa? —la voz le susurraba al oído y un hedor ácido surgía de aquel cuerpo tan cercano.

—¡Habla!, ¿qué llevas en esa bolsa?, ¡no lo voy a repetir! —gritó esta vez el hombre.

—Ya te dije que esta ramera escondía algo —se oyó la voz de Puri.

—Son ramas de espino —sollozó Paola. Y antes de que pudiera decir nada más se vio lanzada contra el suelo con tanta fuerza que no le dio tiempo a poner las manos y chocó con la cara. Sintió un intenso dolor en el pómulo y en la frente. Se dio la vuelta y vio cómo el hombre

metía la mano en la bolsa. A su lado, expectante, la figura de su vecina. El cielo tan nublado y la falta de luna, hacía que apenas se viera nada, aunque tuvieras los ojos acostumbrados a la oscuridad. Por un instante estuvo tentada de salir corriendo, pero sabía que no llegaría muy lejos y que pondría en peligro a su familia.

El hombre gritó. Se había pinchado. En un arrebato dio la vuelta a la bolsa y las pocas ramas de espino cayeron al suelo como testigos mudos de la tragedia que se estaba gestando en aquel remoto barrio de Madrid.

—¿Qué es esto?... ¿Qué… es… esto…? —bramó

—Yo pensaba... —la voz de Puri temblaba ahora.

—Tú pensabas… ¿qué? Maldita zorra, perra, hija de puta… ¿Tú qué pensabas, que llevaba un tesoro esta pobre muerta de hambre? ¿Y para esto llevo pasando frío toda la tarde?

El latigazo de una bofetada resonó en la noche, seguida de un gemido agudo. Puri estaba en el suelo y se tocaba el pómulo con la mano. Después aquel hombre le dio una patada que hizo girar el cuerpo de la mujer y arrancó de su garganta un sollozo de dolor. Paola asistía con pavor al espectáculo.

—¿Y ahora qué hacemos con ella?, ¿que se vaya y nos denuncie? ¿La matamos?

Al oír las últimas palabras y presa del pánico, Paola no pudo más y trató de salir corriendo. Sin embargo, fue un esfuerzo inútil, aquel salvaje la persiguió, la agarró por los pelos, la lanzó contra el suelo y la pateó sin piedad mientras la insultaba. Después la levantó, agarrándola nuevamente del pelo, y la arrastró hasta donde Puri se encontraba gimoteando.

—Tal vez llevara otra bolsa y la tirara en algún sitio al oírnos —dijo nada más verlos llegar.

El hombre se volvió a Paola.

—Si me dices lo que traías, a lo mejor duermes en tu casa esta noche.

Paola dudó unos instantes. Aquellos miserables alimentos no valían lo suficiente como para dejar huérfanos a sus hijos. La presión de aquel hombre sobre su cabello la estaba matando de dolor, un tormento que se sumaba a todo lo que le dolía su cuerpo pateado y su alma torturada. Si se lo digo, pensó con un último esfuerzo, soy mujer muerta. Tal vez ya lo sea, pero es mi última oportunidad.

—Traía espinos para tratar de calentar un poco mi casa, una solución desesperada, lo sé, pero no he encontrado nada. Hoy salí muy tarde —sollozó.

—Miente —la estridente voz de Puri se elevó—, su hija dijo que comían pollo.

—¿Y qué dices a eso? —volvió a tirar del pelo más fuerte.

—Son imaginaciones de la niña, ya se lo expliqué, un juego para que no sientan tanta…

El cuerpo de Paola volvió al suelo tras el empujón que aquel sujeto le dio.

—Se acabó la charla —sentenció, y el filo del metal brilló un instante en la oscuridad.

Levantó el brazo y se inclinó para hincar el cuchillo en el pecho de la muchacha, pero la sorpresa quedó eternamente grabada en su rostro cuando con un golpe seco, desde el suelo, poniendo todas sus fuerzas, su ira y su odio en ello, Paola blandió el hacha y se la clavó en medio de la frente, e inmediatamente se la desprendió. Sangraba profusamente pero no estaba muerto, así que ella se retorció como una serpiente, salió de debajo de sus brazos y lanzando otra vez el hacha, se la clavó en la espalda y la volvió a sacar. El hombre cayó de bruces y Paola levantó el hacha una y otra vez, una y otra vez, ciega, sorda, ahogada en rabia, en penurias, en impotencia. Golpes rítmicos, contra la cabeza, contra la espalda, contra los brazos… un mar de sangre en aquella orgía de muerte. Cuando ya estaba rendida, se volvió. Puri miraba la escena con los ojos fuera de las órbitas. Aquello había sucedido en breves instantes y su mente no había sido capaz de mandar un mensaje de alarma a su cuerpo. Se había quedado paralizada del miedo. Primero, cuando vio al hombre que calentaba sus noches portarse como una bestia, después cuando creyó que mataría a su vecina. Sin embargo, la reacción felina de Paola había acabado por paralizarla. Y ahora se acercaba a ella blandiendo el arma. Pensó que nunca más vería salir el sol.

—¿Quieres morir?

Ante el silencio de Puri, repitió la pregunta.

—¡He dicho que si quieres morir!

Puri negó con la cabeza.

—Te advierto, si tocas a uno solo de mi familia, lo miras mal, nos diriges la palabra o algo similar, te mato —dijo, paseando el hacha por su cara. El miedo hizo que Puri se orinara—. Si me denuncias, si hablas de esto con cualquier persona o me llevan presa, te mato. Tengo amigos que lo harán por mí y, sabiendo de donde ha venido la delación, no podrás vivir sin mirar a tu espalda —repitió, haciendo suyas las palabras de su vecina.

Puri empezó a sollozar con fuertes hipidos.

—Yo no quería que nada de esto pasara, solo pensaba…

—¡Vete! No quiero oír ni una palabra más.

Puri salió corriendo hacia su casa. Paola volvió tambaleándose sobre sus pasos, recogió la bolsa de Marcia y la metió nuevamente en la suya. Al llegar al cuerpo inerte, comprobó que estaba muerto, metió las manos en sus bolsillos, se llevó todo lo que encontró que pudiera valer algo y se encaminó a su casa. Se sorprendió de sí misma, de su frialdad, de su falta de sentimiento, de haber compartido con el espanto una cena y no haber salido indigestada. Esperaba que las niñas ya estuvieran dormidas, su aspecto debía ser horroroso. Petra abrió la puerta y se santiguó. Paola entró en su casa y, dejando todo en el suelo, cayó de bruces. Su amiga apenas tuvo los reflejos suficientes como para que no se estrellara contra las frías baldosas. Nunca quiso explicar qué ocurrió aquella noche, pero cuando a la mañana siguiente corrió la voz

de que había aparecido un cadáver junto al arroyo, las vecinas de Paola no tuvieron duda de que ella, de una manera u otra, había estado implicada en el hecho. Puri desapareció del barrio, no se sabe si accidentalmente o por propia voluntad. En días de guerra, todo era posible.

18

Marcia nació en una familia acomodada. Tuvo una infancia feliz y un padre que se preocupó de que fuera una muchacha educada e instruida. A los conocimientos que toda mujer de aquella clase y época debía tener, se añadía que hablaba francés con fluidez, tocaba el piano y era una excelente interlocutora. Amaba la lectura, la filosofía y soñaba con casarse con un príncipe azul, que llenaría su vida de felicidad. Cándido, su padre, había heredado una pequeña fortuna de los abuelos y dirigía un próspero negocio comercial. La familia Torregrosa y Abad vivía en una preciosa casa, en la que no faltaba de nada. Sin embargo, este idílico cuadro se truncó cuando don Cándido sufrió una apoplejía que le dejó sentado y perdido en una silla de ruedas, con la baba cayéndole por la barbilla el resto de su vida.

Marcia, cuyo nombre había elegido su padre en honor a la madre de Trajano, emperador romano de origen español, contaba en aquel momento con dieciocho años y su vida ya no sería la misma. Su madre, Eufrasia, cayó en una terrible depresión que la tenía largas temporadas en cama, a los pies de su marido, hecha un mar de lágrimas o suspirando y gimoteando por los pasillos. Marcia era la primogénita y, ante la falta de un varón, trató de poner orden en una casa tocada por la tragedia. Sin embargo, pronto comprendió que, para una joven como ella, sin ninguna experiencia comercial ni laboral, desconociendo los vericuetos económicos de su familia, era una tarea imposible. Entonces, decidió a regañadientes y dolida en su orgullo pedir a su tío Sebastián, hermano de su padre, que viajara a Madrid a hacerse cargo de la situación, para que las finanzas familiares no desembocaran en bancarrota.

Efectivamente, el tío Sebastián y su mujer, Valentina, se trasladaron a la capital. Ellos no tenían hijos y se hicieron cargo de Marcia, de sus cuatro hermanas pequeñas y de sus padres. Cándido se pasaba los días pegado a la ventana del salón, con la cabeza torcida, un pañuelo al cuello y la mirada perdida en el jardín. Cuando Marcia lo veía pensaba que aquel ya no era su padre, que su alma había volado lejos, dejándose olvidado un cuerpo que sobrevivía vacío y solitario. Doña Eufrasia fue mejorando y aunque jamás volvió a ser la que era, dejó atrás las largas jornadas escondida bajo las sábanas. La tranquilidad, impostada, fue llegando con lentitud de nuevo.

Un día, Valentina dio aviso para que Marcia se viera con ella en el salón donde la muchacha solía practicar el piano. Ella acudió presurosa, pensando que su padre había tenido un nuevo ataque. Pero cuando entró, se encontró a su tía acompañada de un hombre muy apuesto, tanto que, si no hubiera sido por el bigote, su rostro hubiera sido de una belleza casi femenina. La joven se quedó parada en el umbral de la puerta y su tía la invitó a pasar.

—¡Marcia, querida, adelante! Mira quién ha venido a vernos. ¿Recuerdas a Timoteo?

Sin atreverse a entrar, Marcia la miraba sorprendida. Valentina se levantó y a la vez lo hizo el hombre que, con un gesto cortés, le franqueó el paso hasta su sobrina. La mujer se acercó junto a ella y le tendió la mano para acompañarla a los diminutos sillones que estaban frente a la chimenea, donde el caballero esperaba. Se sentaron los tres.

—Buenas tardes —a Marcia le costaba mirar a aquel hombre de ojos profundos y sonrisa enigmática…

Una conversación insustancial, cargada de fórmulas de cortesía, se inició en aquel momento y no cesó hasta que el desconocido se despidió. Las dos damas le acompañaron a la puerta y cuando se hubo marchado, Valentina miró con dulzura a la joven.

—¿Qué te ha parecido? —Valentina parecía radiante y Marcia no alcanzaba a comprender por qué.

—No entiendo esa pregunta, tía.

—¿No te parece un hombre apuesto y educado?

Marcia se encogió de hombros. Desde luego no era su príncipe, ella sabía que el día que lo tuviera delante su corazón lo reconocería.

Timoteo era el partido elegido. Marcia se enteró a los pocos días. Su tío, de acuerdo con su mujer y con el beneplácito de Eufrasia, a la que todo parecía traerle sin cuidado, había hecho los trámites adecuados y había movido estratégicamente los hilos para conseguir un buen casamiento a su sobrina. Una boda que además significaría un espaldarazo económico a los negocios familiares, la unión de dos buenos apellidos y un problema resuelto, con tantas mujeres por casar en aquel hogar.

La familia de Timoteo también veía con buenos ojos el enlace, ya que ‘el niño’ tenía ya treinta años y no mostraba prisa por contraer matrimonio ni por formar una familia. Siendo tan buen partido, no se explicaban aquella tardanza. Así que la juventud y la belleza de Marcia acabaron por convencer a sus futuros suegros.

Como era de esperar, la joven puso el grito en el cielo. Su tío se quejaba de que su hermano no había tenido cuidado al educarla como a una mujer como Dios manda, que acata las decisiones de su padre, en este caso su tío, que actuaba como tutor, y se prepara para ser una buena madre y esposa. Lejos de eso, Marcia chilló, lloró, pataleó y se negó en rotundo a casarse con aquel desconocido, que no le atraía lo más mínimo con su carita de ángel y sus maneras excesivamente amables, tan empalagoso como los dulces que su madre se empeñaba en que comiera. Por eso, cuando Timoteo se dejaba caer por la casa, Marcia tenía migraña, estaba dándose un baño, indispuesta o cuidando de su padre.

Sebastián estaba cansado de las excusas de su sobrina y, aunque adivinaba que para Timoteo eran igualmente un alivio, entendía que aquello no podía seguir así, porque el enlace peligraba.

Uno de los días en los que el futuro novio se dejó caer por la casa, Sebastián lo llevó al salón, le sirvió un vaso de Jerez y se disculpó con la excusa de ir a avisar a Marcia. A pesar de la cara de disgusto del joven, Sebastián cerró la puerta dispuesto a volver con la novia costara lo que costase, aunque tuviera que llevar a aquella joven díscola hasta la sala a empujones. La encontró leyendo junto a su padre y, aunque trató de negarse, no tuvo más remedio que ir.

Entraron en el salón de música y se sentaron cerca de la chimenea. Ella saludó escuetamente y fijó sus ojos en el suelo. El silencio era denso, la animadversión se podía palpar y aunque Sebastián trató por todos los medios de iniciar una conversación, el resultado fue frustrante, un monosílabo tras otro, un silencio seguido de otro y caras de aburrimiento. Por si acaso esto fuera poco, al servir el vino, Marcia, queriendo o sin querer, derramó parte del líquido que hubiera tenido que terminar en el vaso, sobre su invitado, que saltó como un felino y dedicó una mirada feroz a esa estúpida y torpe mujer que querían obligarle a tomar por esposa.

Tras aquella tarde, Sebastián perdió definitivamente la paciencia y antes de que se anulara la boda por la mediocridad y el desinterés de su sobrina, decidió recurrir a soluciones más drásticas. Era hora de poner los puntos sobre las íes. Y la amenaza llegó como el filo de una navaja por la espalda. Marcia no intuyó nada, pero ante la actitud y las palabras de su tío, se sintió el ser más desgraciado y abandonado del mundo.

—Tienes dos opciones —dijo Sebastián a Marcia con rotundidad—, o formalizamos el compromiso con Timoteo, o acabas en un convento por rebelde y desobediente. Quizás allí seas más feliz.

—¡Pero tío, si ni siquiera le gusto!

— El roce hace el cariño y si no hay cariño, habrá convivencia. Todos tuvimos que aceptar nuestro destino.

Marcia siguió tratando de negarse, habló con su madre para que intercediera, pero Eufrasia estaba en uno de esos días de “estoy agotada, no soporto tanto ruido” y no escuchó a su hija. Extendió su mano huesuda y prematuramente temblorosa y acarició su rostro llamándola mi Marcia, como cuando era pequeña. Con su padre no podía contar, su tía ya le había hablado de las bondades de ser esposa y madre, y su tío la conducía al matadero. Comprendió que no tenía escapatoria, porque la opción del convento, si era cierta, se le antojaba aún más horrible y no podía jugársela y acabar con el hábito y un mundo contrario a lo que para ella era la vida. Sin vocación y sin poder salir, sería como estar muerta.

Sola y desesperada, finalmente cedió y se formalizó, contra la voluntad de ambos, el compromiso. Timoteo no tenía ni un solo gesto amable con la que sería su esposa y Marcia trataba de estar junto a él el menor tiempo posible. No tenían nada en común, ni temas de conversación, ni gustos ni aficiones. Por las noches, en la soledad de su cuarto, Marcia lloraba y se preguntaba cómo podría vivir con aquel tipo estirado y superficial. Soñaba que un príncipe lejano se colaba en su dormitorio por la ventana y, a lomos de su caballo mágico, la llevaba tan lejos de allí que jamás tendría que volver a preocuparse de nada. Sentía que los días la lanzaban a un pozo sin fondo en una cuenta atrás sin solución y todos los preparativos de boda afligían su corazón hasta hacer que sangrara. Las mujeres a su alrededor, su tía, sus hermanas y hasta su propia madre, cacareaban de gusto comprando, pensando, ideando, decorando, mientras ella, la novia, solo sabía llorar.

El fatídico día llegó. El novio, vestido de militar, elegante, apuesto y frío. Ella bellísima, con traje de encaje blanco, melancólica, abatida y triste. Nada de todo lo que estaba a su alrededor existía, todo era en otra vida, con otra persona, en otras circunstancias. El mundo que

la saludaba, que sonreía, que daba la enhorabuena, no existía en su mente. Regalos, rostros, palabras, música que sonaba, gentes bailando ¿o era ella la que danzaba mientras el público aplaudía? Copas que chocaban, unas gotas que salpicaban su vestido, un sacerdote ¿hablaba? Su boca se movía, pero ella no percibía los sonidos. El universo perdía el color y una paleta de grises sustituía las tonalidades conocidas de su existencia hasta aquel instante. El tiempo se aglutinó en un eterno segundo en el que el futuro fue visible a sus ojos y un bucle incontrolable de emociones densas y pegajosas la ahogó. La novia cayó de bruces al suelo entre el sonido sibilino de su vestido. Cuando volvió en sí, su suegra abanicaba su rostro, estaba en algo parecido a una cama y le habían quitado el casquete que adornaba su cabeza. De su marido, ni rastro.

—Hija, no te preocupes, es normal. La emoción, tantos preparativos, la incertidumbre de la nueva vida. No es la primera vez que pasa esto en una boda, y encima este bochorno, tanto calor… yo he estado a punto de desmayarme en la ceremonia también.

Marcia giró la cabeza para que no vieran sus lágrimas. Estaba muerta, o eso pensaba; sin embargo, no podía imaginar hasta qué punto comenzaba a cruzar las puertas del infierno.

Llegó a su nueva casa, la que compartiría con su marido el resto de sus días, como había recalcado el sacerdote, después del banquete y de hacerse la foto que inmortalizaría aquella desgraciada unión. Timoteo estaba bastante borracho y después de asearse, gruñó una despedida y desapareció con sus amigos, dejando a una confusa Marcia a solas con su desconsuelo, angustiada ante la perspectiva de lo que era menester que ocurriera. Cada crujido, cada sonido, alteraba su corazón a la espera de un marido que había dejado claro el interés que le inspiraba su mujer al abandonar el lecho conyugal en aquella primera noche. Agotada, cuando las primeras luces del alba despuntaban por el horizonte, se durmió.

Al despertarse, el sol estaba ya alto y la melodía de las tareas cotidianas impregnaba todo el espacio. Unos golpes tímidos sonaron en la puerta y al poco una mujer madura y gruesa entraba en el dormitorio, torciendo el gesto al ver que Marcia se encontraba sola, el camisón de encaje arrugado y los ojos hinchados de tanto llorar. Sintió lástima de aquella bella joven, pero no dijo nada, simplemente se puso a su disposición y le hizo varias preguntas sobre cuestiones domésticas. Era la señora de la casa, pero ella no tenía ningún interés por nada, así que dejó en manos de la criada todos los pormenores de la marcha de aquel hogar, que ya sentía como extraño.

Las noches siguientes no fueron distintas, su marido apenas se cruzaba con ella y menos aún le dirigía la palabra, a no ser que fuera estrictamente necesario, así que la muchacha empezó a acariciar la idea de una libertad encarcelada, pero libertad, al fin y al cabo. Podía acudir a la iglesia, leer en la galería que daba al jardín o ir a casa de su familia, donde pasaba las tardes enteras, veía a su padre, tocaba el piano y de la que poco menos que su tío la echaba.

—Ahora tienes tu propio hogar y un esposo al que cuidar, no es necesario que nos visites todos los días tantas horas. Tu marido acabará por sentirse incómodo y abandonado y eso no es propio de una mujer casada.

—Cuando quede encinta ya verás como todo cambia —intervenía su tía.

Y Marcia sonreía escéptica y pensaba para sus adentros que la maternidad tenía pocas trazas de llegar, pues Timoteo parecía preferir la compañía de su secretario, que le acompañaba a todas partes como una sombra, que la suya. Sin embargo, un martes de fin de verano su marido se dirigió a ella durante el desayuno, sin dejar de leer el periódico, que siempre ojeaba a esas horas de la mañana.

—Esta noche tenemos una cena en casa de los Ruiz, unos amigos de la familia. Estate preparada para las siete, que te pasaré a recoger.

Marcia lo miró sorprendida.

—¿Y tengo que ir yo? —se aventuró.

—Eres mi esposa, ¿no? ¿O esperabas otra cosa de la vida marital? —Timoteo dobló el periódico con cuidado y lo colocó encima de la mesa observando, esta vez fijamente, el rostro de su esposa.

Marcia se sonrojó. Por un instante había vuelto a ser la niña que todo lo preguntaba, sin reparar que estaba casada y que el hombre que tenía frente a ella era su marido.

—Discúlpame, ha sido una pregunta absurda.

—Escúchame, Marcia. Solo voy a tener una conversación de este tipo contigo. Yo quería esta boda tanto como tú, no me interesas en absoluto, pero hay un motivo familiar por el que se ha llevado a cabo y ambos lo debemos de respetar. Así que de puertas para afuera seremos el matrimonio ideal y aparentaremos ser felices y dichosos. Si hay que ir al teatro, a una cena, o a cualquier otro evento, iremos, sonreiremos, charlaremos y daremos la impresión de vivir una auténtica luna de miel.

Marcia asintió con las mejillas ardiendo de vergüenza.

A las siete en punto estaba lista. La velada fue tediosa y el continuo fingimiento, agotador. La joven se preguntaba si toda su vida se convertiría en aquella pantomima sin ningún sentido y en las entrañas sentía un frío doloroso y asfixiante. Sin embargo, se paseaba con soltura por el salón, contestando con educación y refinamiento a todas y cada una de las cuestiones que se le planteaban, incluso a las indirectas sobre la maternidad, que parecía ser el tema estrella de la noche. De reojo contemplaba a Timoteo charlar y beber sin demasiado control, lanzándole guiños cómplices o sonriéndola con mojigatería, para delicia de los allí presentes. Ella, obediente, contestaba a sus requiebros con sutiles gestos.

Al terminar la fiesta, salieron del brazo y Timoteo posó un suave beso en los labios de Marcia, quien pensó que se despedía para seguir la juerga por otro lado. Pero estaba equivocada, era una muestra más de su falso amor. Sintió rechazo, pero se dominó.

Timoteo había bebido en exceso, algo que no era extraño en él, y al hablar arrastraba las palabras. Se puso a filosofar en el camino de vuelta, pero fuera de las miradas de extraños, Marcia apenas escuchaba las divagaciones absurdas de su marido. Al llegar a casa salió dando traspiés y se sentó en la butaca que había a la derecha de la entrada. Marcia pasó junto a él para

dirigirse a su cuarto, la noche había sido agotadora y ella se sentía extenuada. Todo estaba en silencio, el servicio dormía ya. Cuando iba a coger la barandilla de la escalera, Timoteo se levantó y la tomó del brazo con cierta fuerza.

—¿Dónde crees que vas?

Marcia se revolvió nerviosa.

—Me voy a dormir, la jornada ha sido muy larga y estoy cansada.

—Irás a la cama cuando lo decida yo.

Marcia no sabía qué hacer. Estaba casada, tenía que cumplir su deber como esposa, pero su marido estaba borracho y sentía una profunda antipatía por él. Su instinto mantuvo su boca cerrada.

—Pasemos al salón y tomemos algo.

Marcia iba a excusarse, pero antes de que abriera la boca vio el gesto hosco de Timoteo y su semblante marcial. Después se llevó los dedos a los labios y le pidió silencio a su esposa.

—Espera aquí, que te voy a traer una sorpresa.

La joven estuvo tentada de salir corriendo. Al cabo de unos minutos volvió al salón acompañado de su secretario, que terminaba de abrocharse una camisa. Al entrar quedó sorprendido al ver a Marcia sentada en un sofá, rígida y hermosa, a la espera de no sabía qué.

—No habrás pensado… ¿Tim, estás loco? Es mejor que subas al cuarto y duermas la borrachera —Pedro, el secretario, habló con contundencia.

Marcia se quedó boquiabierta ante la familiaridad con la que trataba Pedro al que se suponía que era su jefe. Además, no acababa de comprender qué hacía en su casa a aquellas horas de la noche.

—Es mi mujer y hará lo que yo la ordene.

—No digas más tonterías, Tim, estás poniéndote en evidencia.

Marcia no lograba entender qué era todo aquello, no entendía de qué hablaban ni por qué su marido se pondría en evidencia. Una sombra oscura se cernía sobre ella, acertaba a intuir algo luctuoso en el ambiente, algo que tenía que ver con su persona, que protagonizaba ella, pero no veía más allá. Sus nervios se tensaron, el corazón palpitaba a ritmos desacompasados y a medida que los dos hombres hablaban, como si no existiera, aun siendo el centro de la conversación, comprendió que algo no era normal en aquella casa.

Timoteo se enfadó, subió el tono y pasó de las palabras a los gritos y de ahí a los hechos.

—¡Todo lo que eres es gracias a mí! No te olvides de a dónde puedes regresar, todo tiene un precio y entendí que estabas dispuesto a pagarlo, ¿no es así? —Timoteo estaba fuera de sí. El

secretario asintió con pesar.

—¡No te he oído!, ¿no es así? ¡Contesta para que te oiga, joder!

Pedro levantó la cabeza y dijo un sí sonoro y hueco, pero cargado de hastío. Entonces su jefe explotó en una carcajada y se acercó al secretario. Levantó la mano y cuando Marcia pensaba que lo abofetearía, la bajó suavemente y con el dorso acarició su mejilla. Después deslizó esa misma mano hacia la nuca y lo atrajo hacia sí hasta que sus labios se unieron en un profundo y largo beso. Marcia no podía creer lo que sus ojos estaban viendo, no sabía qué sentir ni qué hacer. Su marido era un pervertido, era el único pensamiento que martilleaba su mente con contundencia y decisión.

—¿Se asusta mi mujercita de lo que ve?

—Tim. No creo que sea necesario…

—¡Calla! Todos tendremos nuestro premio. Cuanto más pronto sepa cómo son las normas aquí, mejor —la voz de Timoteo había dejado de ser fuerte para convertirse en un susurro silbante y maléfico. Su mujer estaba realmente aterrada.

—¿No quieres unirte a la fiesta?

Marcia negó con la cabeza, los ojos anegados.

—¡Pues yo quiero que vengas! ¡Ya!

La muchacha se levantó lentamente y se fue acercando con miedo, llorando abiertamente, con feroces hipidos y sollozos. Lo que ocurrió a continuación marcaría a esa mujer para el resto de su vida, aunque solo sería la primera de otras muchas veces a lo largo de su matrimonio. Timoteo la obligó a subir a su dormitorio, seguida de los dos hombres, y allí la obligó a desnudarse delante de los dos. Ella trataba de taparse con las manos como mejor podía, pero él ordenó que no se cubriera. Primero la besó Timoteo sin mucha pasión, la sobó sin miramientos, mordió sus pezones con torpeza. Las mujeres no le interesaban lo más mínimo, pero sabía que eso excitaba a su compañero de juegos, lo habían hecho a menudo con prostitutas. Después invitó a Pedro a unirse al grupo y este obedeció, a pesar de que se sentía intimidado por la situación. Una cosa era una prostituta a la que pagaban y con la que pactaban las condiciones y otra cosa era aquella joven esposa, decente y virgen.

Sin embargo, Timoteo había decidido que se cobraría la obligación de casarse con dejar de pagar prostitutas para sus fantasías. Teniendo una mujer en casa no sería necesario, de momento y hasta que se cansaran, buscarla fuera.

Marcia, por su parte, a veces trataba de zafarse y recibía un golpe de su marido, que amenazó con azotarla si no colaboraba. Finalmente tuvo que ceder, y mientras ella yacía con Pedro, su marido lo hacía con él también. Así pasaron las horas y Timoteo cumplió su promesa. En un determinado momento de la noche en el que la muchacha no podía más y trató de huir de los hombres y chillar, Timoteo sacó la correa, ató sus muñecas a los barrotes de la cama y azotó sus blancas nalgas sin consideración ninguna y sin dejarse ablandar por los gritos y los llantos de

ella.

A altas horas de la madrugada terminaron. Marcia yacía en la cama despeinada, con la cara arrebatada de llanto, hipando constantemente y muerta de miedo. Le dolía el trasero e intuía que alguno de los correazos estaba sangrando, porque la cama estaba llena de restos de sangre que no pertenecían a su virginidad destrozada. Cuando los hombres se levantaron, ella se hizo un ovillo y Pedro tuvo la deferencia de taparla, aunque a esas alturas lo que menos le preocupaba era su desnudez. Acababa de descubrir que estaba casada con un monstruo pervertido y malicioso.

Antes de irse, Timoteo se sentó en la cama y se acercó a ella. Retiró el cabello de su cara con un gesto que quería ser dulce. Marcia se sobresaltó aterrada, pero él únicamente la miró con una sonrisa irónica.

—Espero que mejores, porque has resultado un poco insulsa… hay que poner más empeño, ¿no te parece, Pedro?

—Déjala ya, Tim.

—Te voy a advertir para que te quede claro. Soy tu marido y me perteneces, así que haré contigo lo que me venga en gana. Tocarte no, ya habrás descubierto que las mujeres no me interesan, me van más los culitos. Me gusta, sin embargo, que me la chupen, la boca me da igual si lo hace bien, me gusta follar mientras te follan, y me gusta dar mientras el otro goza. ¿Has comprendido? ¿No querías un maridito? Pues aquí tienes uno, y si te sientes sola, llamas a Pedro y que te la meta todo lo que te apetezca. Tiene mis bendiciones.

Marcia, horrorizada, lloraba cada vez más violentamente. No sabía qué le dolía más, si el cuerpo, el orgullo, los latigazos o aquellas burdas palabras del monstruo con el que la habían obligado a casase.

—Y una última advertencia, mi amor. Si esto sale de estas cuatro paredes, te mato. Pero no sin sufrimiento, y te advierto que soy diabólico buscando métodos para hacer sufrir a las personas. Por el contrario, si te portas bien y colaboras, podrás vivir como una reina.

Pedro miraba la escena ahogado en arrepentimiento. Marcia no se había movido, no había levantado la cabeza siquiera, que continuaba hundida en la almohada. Solo se oían los hipidos rítmicos de su llanto.

Los dos hombres salieron del cuarto y durante muchas horas la pequeña Marcia lloró su desconsuelo. Le dolía todo el cuerpo, le escocían los correazos y se sentía como un jilguero atrapado en una jaula, esperando la muerte. De repente, la puerta se abrió y la muchacha se volvió horrorizada, esperando que comenzara nuevamente aquella tortura. La imagen de Pedro le dio la razón. Sin embargo, volvía solo. ¿Qué pretendía? ¿Había tomado las palabras de su marido al pie de la letra y quería divertirse ahora él solo? En las manos llevaba un frasco y se acercó hasta el lecho lentamente, observando con auténtica lástima la cara descompuesta de aquella joven.

—No tengas miedo, solo pretendo curarte.

Marcia se apartó y se acurrucó como un animal herido en un rincón de la cama. Cuando Pedro trató de alcanzarla, se lanzó a él como una fiera acorralada y trató de agredirlo. Pedro rechazó sus débiles intentos y abrazó su cuerpo sin violencia.

—Shhhh… tranquila. No te voy a hacer daño.

Y sin saber por qué, tal vez porque todo estaba perdido, o porque nadie había tenido un gesto amable desde que llegó a aquella casa, se dejó hacer en silencio, temblando. Pedro echó crema en las heridas, sacó un camisón del cajón y la cubrió. Quitó las sábanas del pecado y colocó unas nuevas. Después acompañó a Marcia, que estaba sentada en una silla con la mirada perdida, muda y horrorizada, hasta la cama y la tumbó como si fuera un bebé. Ya estaba amaneciendo. Ni una palabra había salido de su boca.

Pedro recogió todas las cosas e iba a salir cuando escuchó la voz nítida y seria de Marcia.

—¿Por qué me hacéis esto?

—Ahora descansa, trata de dormir. Hablaremos, te lo prometo.

Y salió de la habitación mascando su infortunio, asqueado de sí mismo y profundamente arrepentido de lo que acababa de hacer. La puerta se cerró y Marcia cayó en un irregular sueño de jardines floridos, libros de filosofía y clases de piano que se derretían al fuego de una chimenea de dimensiones espectaculares. Ella quería arder con sus sueños, pero Timoteo lanzaba su correa y la chimenea cerraba sus barrotes de acero. Los pájaros se habían quedado mudos.

Desde aquella fatídica madrugada, Marcia cayó en una profunda depresión. Hubiera querido contar con la ayuda de alguien, pero supo que estaba completamente sola y abandonada. Es más, jamás se atrevería a contar a nadie lo que allí ocurría. Dejó de comer, apenas salía de su cuarto y era extraño verla aparecer en casa de sus padres, a no ser que fuera requerida para algo. Adelgazó ostensiblemente y su piel se volvió cenicienta. Pasaba las noches aterrada, atenta a cualquier sonido y caía agotada en sueños cortos, de los que se despertaba sobresaltada. Cuando la puerta se abría quería morir. Pedro aparecía tras Timoteo con la cabeza gacha, pero se prestaba a las locuras de aquel monstruo sin rechistar, dejándose hacer cosas que a los ojos de la muchacha eran atrozmente antinaturales. Ella misma se prestaba a los caprichos de aquel lunático porque el miedo deshace las defensas y atrapa las voluntades. Cualquier mal gesto, cualquier negativa hacía de Timoteo un ser mucho más cruel de lo que era, y Marcia había sufrido en carne propia la violencia de su ira.

Pedro, cuando el monstruo no andaba cerca, subía a la habitación conyugal e intentaba consolar a la desdichada esposa, pero ella se tapaba con la ropa de la cama y no se movía ni contestaba. En pocos minutos, reconocía que sus palabras eran vanas y salía nuevamente sin hacer ruido.

Y así pasaron los meses. Cualquier fiesta, casa o evento a la que se veía obligada a asistir o visitar era para ella un tormento. Llegaban del brazo y disimulaban, soportaba las preguntas sobre una maternidad que no llegaba, sobre su aspecto cada vez más deteriorado, sobre las últimas novedades políticas… pero para Marcia todo resultaba un tormento imposible.

Incapaz de continuar, decidió que solo había un camino para terminar con ese horror. No era capaz de imaginar su existencia de aquella manera, año tras año, violación tras violación, y decidió buscar la manera de acabar con su vida y su sufrimiento. Primero se reconciliaría con Dios por sus pecados y después confiaba en la bondad divina por su egoísmo al claudicar.

Pero muchas veces, cuando decidimos que no hay salida, llega el destino y desmonta todo. Marcia había calculado hasta el último detalle, a solas, a escondidas. Incluso una chispa de venganza infantil había animado sus actos. Despojaría a Timoteo de su juguete para siempre y no podría castigarla por ello. Pero la última palabra la pronunció la naturaleza cuando Marcia, de repente, en un momento de lucidez, fue consciente de que hacía demasiado tiempo que no sangraba. Su menstruación había desaparecido y eso solo podía significar una cosa. Había estado tan obsesionada con su destino que no había reparado en ello, pero una tarde, al abrir el cajón para guardar un pañuelo, se fijó en sus toallitas colocadas ordenadamente y se preguntó cuánto tiempo hacía que no las usaba. Hizo memoria y llegó a la conclusión de que tenía dos faltas.

El diagnóstico fue claro, estaba embarazada. Marcia se sintió en ese momento la persona más desgraciada del universo. Traería al mundo a un bastardo que jamás sabría quién era su verdadero padre y en qué humillante y violenta situación había sido concebido. Sus planes de suicidio eran inviables para una persona con sus convicciones. A condenarse ella estaba dispuesta, pero ninguna culpa tenía el hijo que llevaba en su vientre. Daba vueltas y más vueltas a su situación sin encontrar salida, pero eso no era todo, pues aún quedaba el trago de hacérselo saber a Timoteo, de quien, dada su tendencia a las reacciones desproporcionadas, temía una explosión de crueldad tanto como la indiferencia más profunda.

Una noche lluviosa y desapacible, Timoteo se quedó en casa. Eso no podía significar más que una noche de tormento más. Mientras bebía en el salón contemplando el fuego de la chimenea, la puerta sonó e instantes después Pedro hizo su aparición y se dirigió hacia allí. Marcia estaba en la sala de música con una taza de tila en la mano, sin saber cómo enfrentarse a aquella dolorosa situación. El tintineo de la cucharilla contra el plato, a causa de los temblores, la obligó a dejar todo sobre una mesa. Sentía que aquel débil ruido se esparcía por la casa como las campanadas de la torre de una iglesia. Por fin se decidió, tomó aire y se dirigió al salón, cuyas puertas estaban cerradas. Al abrirlas contempló un espectáculo que en otras condiciones le hubiera escandalizado, dos hombres a medio vestir, uno sobre otro en el suelo, tumbados frente a la chimenea, besándose y acariciándose. Marcia sospechaba que el servicio debía conocer sus vicios, porque su marido era muy poco discreto en sus comportamientos. Cualquiera podía interrumpir aquellas prácticas, pero posiblemente lo temían tanto como ella.

El sonido que hizo al entrar provocó que los hombres se volvieran y al ver que era su esposa, Timoteo dibujó en su rostro una enorme sonrisa de victoria.

—Te dije que acabaría por gustarte —se levantó del suelo, desaliñado—, estás deseando unirte al juego, ¿eh? Todas os enviciáis y acabáis siendo las más putas… ¿Echabas de menos que Pedro te follase un ratito?

Marcia evitó un gesto de asco y tomó la mano que le tendía educadamente su marido. Sin embargo, no se dejó conducir a la alfombra del suelo, sino que, ante la perplejidad de su esposo, se sentó en el sillón que él había ocupado hasta que llegó su amante. El gesto de Timoteo no

dejaba lugar a dudas, la sonrisa se había congelado en su cara e iba a desatarse la tormenta, pero antes de que pronunciara una palabra y ante los ojos atónitos de Pedro, que se estaba incorporando, soltó la noticia.

—Estoy embarazada.

Timoteo la miró con desprecio y Pedro con sorpresa, pero ambos guardaron silencio.

—¡Qué contratiempo! —Timoteo hablaba más para sí que para los demás—. Tendremos que deshacernos de él.

Marcia lo miró horrorizada. Esa era una opción que ella jamás había contemplado.

—Timoteo, eso sería…

Las palabras se atoraron en su garganta y no era capaz de hacerlas salir. El pánico controlaba su voluntad. Pedro acudió en su ayuda.

—Tim, eso sería una irresponsabilidad —arguyó, completando el argumento no pronunciado de Marcia— y no solo eso. Solucionaría muchos problemas que ese niño naciera.

—¿Un bastardo?, ¿me estás diciendo que deje nacer a un bastardo tuyo?, ¿qué le dé mi apellido y herede mi fortuna? —el rostro de Timoteo se encendió y la mano derecha comenzó a temblarle, síntoma inequívoco de que su reacción violenta estaba a punto de estallar. Sin embargo, haciendo esta vez acopio de valor, Pedro trató de no amilanarse.

—Escúchame un momento. Si alguien llega a enterarse de que habéis intentado interrumpir este embarazo, podéis tener muchos problemas. Nosotros sabemos de quién es, pero nadie más. Se podría pensar que intentáis acabar con la vida de vuestro propio hijo, lo que podría suponer un gran inconveniente y un grave peligro, ya sea porque Marcia se vaya de la lengua o por un comentario improcedente. La Justicia actuaría y estamos hablando de una acusación de asesinato. La otra opción es asegurar que ella te ha sido infiel, con el correspondiente escándalo y las preguntas y los comentarios. Y no solo eso, tendrías que repudiarla y volver a las calles a buscar… ya sabes. Y hay algo más, estas operaciones son muy delicadas, pueden tener complicaciones muy graves, es bastante común… incluso podría producirse una desgracia, las mujeres no siempre aguantan esta clase de intervenciones, no puedo imaginarme la cantidad de problemas que esta situación podría provocarte. Y, por último, el niño normalizaría tu vida, acabarías con las sospechas y dejarías de oír las bromas de tus amigos sobre tu hombría e incapacidad para dejar preñada a tu mujer. Luego, sabiendo que el niño no es tuyo, que simplemente es un bastardo, puedes obrar en consecuencia, desheredarle inventándote los motivos, mandarle lejos, ni siquiera tendrías que verle… hay muchas posibilidades.

—¿Lo dices porque es tu hijo? —Timoteo guiñó los ojos, desconfiado tras el discurso de Pedro.

—No, lo digo porque creo que es la mejor opción para todos, Tim. Piénsalo. A los ojos del mundo seguiríais siendo la pareja perfecta y esos rumores que alguna vez han surgido se hundirían ante la evidencia.

Timoteo se tocó el bigote pensativo, sin dejar de mirar a Pedro. Su mano se había tranquilizado y los músculos de la cara aparecían relajados, bailando al compás del fuego. Solo se oía el silbar del viento y el repiqueteo de la lluvia. Marcia había dejado de respirar.

—Sea… —dijo por fin sin mucha convicción— y ahora, mujercita, vamos a celebrarlo.

En unos instantes, Timoteo había olvidado todo el asunto. Era su forma de afrontar las cosas, tomar la decisión y no volver a preocuparse más. Nuevamente le urgía la bragueta en los pantalones, ese otro fastidioso tema ya pertenecía al pasado. Por su parte, Marcia, sumisa, se quitó el vestido. Cada día odiaba con más fuerza a aquel demente, pero estaba atrapada en sus fauces, nadie creería sus palabras de puro grotesco y anómalo. Y no solo eso, la torturaba además el sentimiento de culpabilidad, porque pensaba que el día que cedió por primera vez se hizo cómplice del juego. No obstante, algo había cambiado. La capacidad de aguante y de adaptación de los seres humanos llega a límites insospechados, la costumbre del dolor permite el sufrimiento silencioso y, lentamente, sin apenas ser conscientes de ello, lo oscuro se hace cotidiano; lo grotesco, habitual; y aprendemos a convivir con ello, máxime si algo más importante que la propia vida se gesta en tu interior. Aquel día, por encima de la violencia, despuntó una diminuta esperanza, tan frágil como el ala de una mariposa, y un minúsculo hilo de afecto hacia Pedro corrió por sus venas, adherido, como una tabla de salvación, al hijo que esperaban. Marcia necesitaba agarrarse a algo para no sucumbir a la locura y Pedro había lanzado un pequeñísimo cabo de rescate y redención con sus palabras.

La noticia fue acogida con satisfacción por ambas familias, que se congratularon de que por fin llegara el ansiado sucesor de los apellidos y las fortunas. Marcia sufría de cólicos al levantarse, continuas náuseas e incluso alguna vez perdía el conocimiento, lo que todos achacaban a su exagerada delgadez y debilidad. Timoteo, por su parte, pronto se cansó de toda aquella parafernalia del embarazo y una mañana mandó que mudaran sus cosas a otra habitación con la excusa de dejar a su mujer más tranquila. En realidad, Marcia no significaba nada para él, menos que nada, pues ni siquiera podía abandonarse a aquellos juegos que, junto a Pedro, tan gratos le resultaban y tantas satisfacciones le habían provocado. Es más, tampoco le excitaba ya el muchacho. Se había vuelto servil y soso y algunas veces se preguntaba qué oscuro sentimiento dentro de él permitía que lo mantuviera a su lado. Empezaba a sospechar de aquella lamentable pareja de desdichados, pues cada día parecían llevarse mejor.

A Pedro lo había rescatado de los bajos fondos de Madrid. Huérfano y enclenque, se dejó seducir enseguida por los dineros, los trajes y las zarandajas de Timoteo. Apenas era un adolescente cuando lo conoció, sucio, hambriento… habría hecho cualquier cosa por dinero, y al mirarle a los ojos, Timoteo supo que deseaba poseer al desarrapado que ante él pedía unas monedas. Hombre acostumbrado a conseguir lo que se proponía, ocioso y pervertido, se había hartado de prostitutas y chaperos, que nada tenían ya que enseñarle ni ofrecerle. Necesitaba nuevas emociones que excitaran su insaciable obsesión por el sexo, sobre todo masculino, sobre todo inmaculado e inocente.

La primera vez el muchacho lloró y trató de negarse, lo que excitó poderosamente a Timoteo. Ver aquellos ojos aterrados y sentir que la fuerza estaba de su lado, le llevaba casi al éxtasis, pero supo prepararlo sabiamente con regalos y promesas o la amenaza de dejarlo donde lo había encontrado y Pedro cedió, cedió a todos sus caprichos sin quejarse jamás, tratando de

convencerse de su buena estrella y obligándose a complacer de la manera que deseara al que quería creer su mentor. Y Timoteo se quedó prendado de él, y lo cubrió de presentes y lo convirtió en su secretario particular, en su sombra, en un todo que se encargaba de él las veinticuatro horas del día. Pero al llegar la intrusa, todo había cambiado. Su mujer había desbaratado sus días, había alterado las reglas del juego y a menudo tenía la extraña sensación de sentirse fuera cuando estaban los tres juntos. Y no le gustaba. Es más, empezaba a enfurecerlo.

Con el embarazo y la repugnancia que este le generaba, había vuelto a salir de casa con Pedro en busca de nuevas conquistas, de nuevas fantasías, y en esas nuevas salidas pronto descubrió que algo entre ellos ya no funcionaba como era debido. No sabía definirlo, pero lo sentía y le revolvía las entrañas. El secretario había dejado de excitarle, ya no le atraía lo más mínimo y creía saber la razón, lo asociaba con su otra vida, con su mujer, con su familia, y sobre todo con aquel maldito embarazo de los cojones. Tal vez había cedido demasiado pronto, tal vez lo debería haber pensado mejor.

Decidió entonces disfrutar de sus andanzas en solitario y Pedro fue abandonado como un mueble más, como la propia Marcia, como todo el que pasaba por su lado y no le interesaba. De esa libertad de movimientos dedujo Pedro que sus días allí estaban a punto de acabar y, contra todo pronóstico, se sentía inmensamente feliz por ello. Solo ansiaba hacerse visible a los ojos de Timoteo y que este le echara definitivamente de su vida. Marcia, por su parte, comenzó a sentirse protegida tras un vientre que crecía día a día y que su marido aborrecía. Sus vidas se separaron dentro de su propio hogar, tomando senderos opuestos. La muchacha volvió a la lectura, a tocar el piano y a disfrutar de una soledad que era su único consuelo. Y Timoteo a tardes de amigos y noches de borrachera y sexo oculto.

Muchos días, mientras tejía o miraba distraídamente por los ventanales, la futura madre se preguntaba qué sería de ella cuando el bebé naciera y si su marido volvería a abusar del matrimonio como lo había hecho en el pasado. Igualmente temía por su hijo, que sabía que jamás aceptaría Timoteo. En tardes soleadas acariciaba la idea de escaparse, de salir huyendo con el niño en brazos lejos de allí, para siempre. Soñaba con una vida tranquila y un hogar cálido y lleno de amor. Después volvía a la realidad, a lo descabellado de esa idea. ¿Dónde se escondería? ¿Quién la ayudaría? Las autoridades darían con ella de inmediato y acabaría entre rejas y su hijo, huérfano.

Hablaba a menudo con Pedro de cosas intrascendentes, compartiendo un destino impuesto, ahogado en el silencio de las palabras, sin mencionarlo, de puro sangrante y doloroso. Marcia intuía la tristeza del hombre como la propia, sus ansias de libertad rozando las suyas. Pero Timoteo era cruel y mantenía a ambos enjaulados bajo el mismo techo sintiéndose deplorablemente sucios.

Los sucesos se desencadenaron sin querer. Esa noche Timoteo volvía borracho y malhumorado. La casa dormía. Su voz ronca y áspera por el alcohol resonó en los pasillos, en los rincones, en el cesto de tejer, en las notas silenciosas del piano. El servicio, acostumbrado a sus excesos, no se movió. Solo si el señor los requería se levantarían de sus lechos, pero el señor subía tambaleante las escaleras, gritando palabras soeces, insultos contra su mujer, contra su futuro hijo, contra su depuesto secretario, insinuaciones inconexas que únicamente Marcia y Pedro comprendían. Sentían lástima por la señora, esa criatura solitaria, callada y educada que

tenía que soportar la desdicha de un marido como aquel.

En lugar de dirigirse a su cuarto, se dirigió al de su mujer tropezando con todo, montando tal escándalo que hasta las lechuzas del jardín callaron. Marcia le oyó llegar y sintió el pánico de la impotencia. Se levantó a toda velocidad, dentro de la torpeza que aquel estado le infería, y dio una vuelta a la llave que a espaldas de su marido había mandado poner en la cerradura de su puerta. Sabía que las consecuencias eran imposibles de medir, tal vez al día siguiente no lo recordara, quizás pensara que lo había soñado o tal vez la matara a palos por ello. Ella solo pensaba que de momento estaba a salvo.

Después comenzaron los golpes atronadores contra la puerta, los insultos, salpicado todo ello de vómitos y babas. Paraba un momento, Marcia escuchaba temblando, agazapada en la cama con la cabeza tapada con la almohada, hasta que los golpes y los improperios se reanudaban. Parecía que aquello no terminaría nunca. Por fin, el hombre desistió y volvió a su cuarto, pero antes de llegar cambió de opinión y se dirigió al cobertizo, cogió un hacha y volvió a subir las escaleras, esta vez menos tambaleante, animado por la fuerza de la adrenalina. Esta zorra no sabe con quién se las gasta. Llavecitas a mí, en mi propia casa. Ha firmado su sentencia de muerte, ella y el bastardo que lleva dentro, pensó.

El primer hachazo contra la puerta resonó como una temible amenaza y una pequeña porción del filo resplandeció durante un segundo en la habitación conyugal. El segundo fue más contundente. En unos pocos minutos había hecho un agujero lo suficientemente grande como para que cupiera una mano. La mujer se sintió perdida, miró a su alrededor buscando una salida, pero no había nada. Estaba encerrada y la única vía de escape se deshacía a cada impacto. Había llegado su hora.

Cuando la puerta cedió definitivamente, Marcia contempló aquella pérfida figura y una serenidad contundente se apoderó de su alma. Tal vez estaba a punto de ocurrir lo que ella tanto ansiaba, y su vida, con un engendro como compañero de fatigas, estaba presta a concluir. Timoteo rumiaba palabras e insultos a partes iguales, pero a ella no le interesaba su contenido. Cuando llegó a la altura del lecho la cogió de un brazo con fuerza, tanta que la mujer pensó que se lo arrancaría, y la bajó de la cama a rastras, trastabillando, evitando caer de bruces en un último respiro de su instinto maternal. Empujó su diminuto cuerpo, estrellándolo contra la butaca que junto al ventanal aún conservaba el libro abierto. Marcia no se movió, no habló, ni siquiera trató de levantarse, únicamente contempló a su marido acercarse a ella con el hacha levantada sobre la cabeza y cerró los ojos. Un golpe secó sonó a su lado, un balbuceo y después silencio. Estaba sorprendida de seguir viva y volvió a abrir los ojos. Entre las sombras plateadas que dibujaban siluetas sinuosas y vibrantes en las paredes descubrió a Pedro, el hacha en la mano, los ojos brillantes y la actitud meditabunda. La muchacha no sabía que el secretario aún sentía en sus manos el hormigueo de la venganza, aún debía resistirse al impulso de levantar el arma y machacar el cráneo de aquel maldito hijo de puta.

—Pedro…

Pedro reaccionó, salió de su letargo de odio y se acercó a socorrer a Marcia.

—¿Está?… —la mujer no se atrevía a pronunciar las palabras que darían a su alma un

inmenso reposo, mientras los brazos masculinos la izaban del suelo.

—No, no está muerto, solo le golpeé por la espalda. Estaba tan borracho que se desplomó inmediatamente. Vuelve a la cama, yo le arrastraré hasta su dormitorio a que duerma la mona y volveré para decidir qué hacemos.

—¿Qué hacemos con qué? —sollozó Marcia.

—Con esta horrible situación. Hoy estaba yo, pero si mañana no estoy y vuelve borracho y pendenciero, es capaz de matarte. Tengo que buscar una solución.

Y salió arrastrando el cuerpo desvencijado de Timoteo. Estaba a punto de quedarse dormida tras el sofocón cuando sus oídos se pusieron alerta de nuevo. Alguien se acercaba. Pronto descubrió en el umbral la figura de Pedro, observando el destrozo de la puerta.

—No puedes seguir viviendo con este lunático —dio un paso al frente, haciendo crujir las astillas del suelo.

Marcia, desde las sábanas, lo miraba desalentada. Apreciaba las buenas intenciones de Pedro, pero era lo suficientemente lista como para saber que sus días estaban contados. Su marido era un borracho depravado y violento, sin contención ninguna, capaz de atemorizar a cualquiera que estuviera en su órbita. Si no, ¿por qué nadie decía una palabra en aquella casa?

—Déjalo todo en mis manos —dijo al fin—, sé lo que tengo que hacer.

—Pedro, yo… —una corriente de sentimiento había entrelazado sus vidas desde hacía un tiempo, cosiendo un hilván por sus conversaciones de temas sin trascendencia, unidos por su desgracia, por su abandono. Eran dos náufragos a la deriva y en sus terribles soledades habían tejido lo más parecido a un amor deshilachado y seco. Pedro la defendía, ella portaba un hijo de él.

—Marcia, tal vez en otro lugar, quizás en otras condiciones… Nuestro secreto, sin embargo, es nuestra vergüenza. Nada se puede construir sobre el cieno.

No quiso escuchar más. Salió haciendo un soniquete seco al pisar la madera, y Marcia observó cómo se marchaba sin mover un músculo siquiera. Ella cerró los ojos y siguió acurrucada contra la almohada escuchando ruidos, pasos, susurros, alguna que otra voz y el ir y venir de la servidumbre. Nada le interesaba. Al fin el cansancio la venció y cayó en un sueño profundo de inquietantes sombras que rodeaban su cama.

Pedro guardaba más odio en su interior del que jamás hubiera imaginado, y tras los sucesos de aquella noche, toda la ira contenida se había desbordado como una riada. Sabía que nunca más sería capaz de controlarlo. Veía en Marcia su propia debilidad, su miedo, su aceptación, sentimientos que él había soportado por oscuras y egoístas razones, fundamentalmente por no volver al cieno. Ahora lo veía claro, había madurado en una sola noche, no había salido nunca de la cloaca, sino que había llegado a un nivel distinto, un nivel donde la pobreza se pagaba a precio de servidumbre, y se preguntaba cuál de las dos situaciones había ensuciado más su alma.

Llegó al dormitorio de Timoteo, el lugar donde tantas veces había soportado humillaciones y vilezas, convenciéndose de que era la única manera de vivir. El hombre roncaba la borrachera, ajeno al volcán que había empezado a estallar a su alrededor. Lo miró. Le parecía mentira que aquel sujeto generara tanto temor, pero sabía que el temor era un añadido que le llegaba por nacimiento, la superioridad de su dinero. Cerró la puerta y salió.

Cuando las primeras luces del alba asomaban, tiñendo de plata los árboles del jardín, Pedro despertó al servicio y ordenó que subieran al dormitorio del señor, que lo asearan, le pusieran la ropa de dormir y echaran las cortinas para que nada lo molestase. También deberían recoger el resultado de los destrozos nocturnos. Un par de horas después fue al dormitorio de Marcia y la despertó. La mujer abrió los ojos sobresaltada, pero al ver a Pedro se tranquilizó.

—Levántate, vístete y baja al salón. Tenemos que hablar.

Marcia obedeció sin preguntar.

—Voy a hablar con Timoteo. Todo esto se va a acabar de una vez por todas —Marcia entraba en el salón escuchando ese saludo cargado de cólera. Intentó abrir la boca negando con la cabeza, pero Pedro levantó la mano, indicando que le dejase hablar. Se sentía fuerte, se había convencido de que el único infierno que sufrían se escondía en esa casa y comenzó a preguntarse cómo el miedo le había cegado de aquella manera, impidiéndole ver otras perspectivas. Él ya no era un adolescente desarrapado, hambriento y asustado al que los desperdicios le sabían a gloria. Era un hombre y su poder se lo había otorgado precisamente quien dormía borracho escaleras arriba. Hasta unas horas antes, no tenía voluntad, era difícil de creer desde esta nueva óptica, pero estaba totalmente anulado y estaba convencido de que su única salida era huir, huir como un ladrón, a escondidas, o esperar a que Timoteo, aburrido de su persona, lo echara de allí.

Pero la luz había llegado de la mano de la violencia para abrirle los ojos y cambiar el orden de las cosas, y así se lo hizo saber a Marcia. Su error había sido seguir pensando como mendigo. Sin embargo, nadie sabía de su condición o pasado, Timoteo se había ocupado de esconderlo bien, él era el secretario de don Timoteo, su sombra, al que había abierto las puertas de su casa. Su palabra no era la de un mendigo, ni sus modales, ni su forma de actuar… podía contar tantas cosas… y encontrar a tantas personas que ratificaran sus historias… A él su apellido no le importaba, no lo tenía, ni unos padres a los que avergonzar ni una sociedad a la que escandalizar. A veces no tener raíces tenía sus ventajas. Él podría empezar desde cero en cualquier lugar de España.

—¿Y qué ocurriría si para quitar credibilidad a tus palabras descubre tu origen y te acusa de cualquier fechoría?

—Sería absurdo, ¿cómo explicar por qué soy su secretario, por qué tengo su total confianza, vivo en su casa, como de su comida, llevo muchos de sus asuntos y durante tantos años? Precisamente Timoteo no es conocido en sociedad por su filantropía. Además, él me utilizó a escondidas y únicamente cuando sonó algún chismorreo decidió que saliera a la luz, me dio un apellido y unas excelentes referencias. ¿Cómo se tomaría su familia o sus amigos la mentira? Y eso no es todo, si siembras la duda pueden ocurrir muchas cosas. No, no creo que quiera descubrir nada, sería un mal negocio. El que yo le voy a proponer es muchísimo mejor.

—¿Y qué le vas a proponer? —dijo aterrada.

En cuanto se levante vas a ser testigo.

Pasadas las dos de la tarde, Timoteo apareció en el salón con la bata y las pantuflas todavía puestas. Tenía la cara cenicienta, la voz rasposa y el gesto torcido de dolor. Todo el servicio había desaparecido en cuanto se oyeron los pasos del señor bajar las escaleras, porque nadie deseaba toparse con su persona. Se barruntaba la tormenta y todos querían estar a resguardo. Cuando Pedro se giró al escuchar el ruido de su llegada y quedó encarado a Timoteo, con una de sus copas de brandy en la mano, sintió un ligero vahído, y la sensación ancestral de temor se paseó durante unos instantes por los límites de su mente. Se rehízo y le miró a los ojos desafiante. Timoteo puso un gesto de sorpresa e inmediatamente se tocó la cabeza.

—¿Qué haces que no andas trabajando? ¿Y quién te ha dado permiso para beber? —Timoteo se sentó en una butaca. La resaca era espantosa y tenía un inmenso dolor en la nuca que probablemente se debiera a algún golpe del que no se acordaba.

—Te estaba esperando —contestó Pedro dando un ligero sorbo y sintiendo el cosquilleo del alcohol en la garganta.

—¿Esperando?

—Tenemos que tratar unos asuntos, pero necesito que tu mujer esté aquí también.

—Aquí quien decide qué se trata y quién tiene que estar soy yo, no me hagas recordarte…

—¡Cierra el pico de una puta vez! —la voz de Pedro tronó entre las enteladas paredes de aquella estancia. Se acercó al timbre, llamó al servicio y pidió que avisaran a la señora de que la estaban esperando. Timoteo, mientras tanto, estaba atónito. La cabeza a punto de estallar, la boca pastosa y aquel harapiento dándole órdenes. En un instante su visión se transformó y se dio cuenta, por primera vez, que delante de sus narices tenía a un hombre poco más alto que él, más joven, más fornido y al parecer sin ningún rastro de resaca. Se sintió confundido.

Marcia entró con la cabeza gacha y el alma temblando. Pedro la acompañó hasta otra butaca y la ayudó a sentarse. Después se sentó él y comenzó a hablar. Timoteo trató de hacer valer su derecho de dueño y señor y empezó a amenazar a grito pelado, a cortar las palabras e incluso a intentar agredir a Pedro. Después siguió con Marcia, que se mantuvo en absoluto silencio, a la espera de ver dónde desembocaba todo aquello. Pero el joven se mantuvo firme, sin ninguna muestra de temor y, tras explicarle el tipo de persona que era y empujarle en un leve forcejeo para que se volviera a sentar en su lugar, Timoteo, a regañadientes y un poco acobardado, no tuvo más remedio que aceptar las palabras del, hasta entonces, su secretario. Y más cuando Pedro le insinuó la posibilidad de que todo el servicio pudiera enterase de la conversación si seguían montando semejante escándalo.

—La puerta de la habitación de tu esposa ya está dando bastante de qué hablar. Tú verás si prefieres tratar esto como caballeros o de una forma más… sucia.

—¡Tú quién te has creído que eres! Yo te saqué… —Timoteo trataba de hacer valer su

superioridad.

—Sí… Ya sé la historia —Pedro parecía asqueado—. Sin embargo, de ti depende que se quede aquí o que corra como la pólvora y llegue a personas… digamos, cercanas.

Timoteo empezó a palidecer, tenía una revolución en su propia casa. No recordaba apenas nada de la noche anterior, su mente estaba confusa y una neblina espesa iba y venía, tiñendo el mundo de elementos sin perfil. Recordaba haber cogido el hacha sí, romper la puerta, pero algo más debía de haber ocurrido para que aquel maldito bastardo se creyera con la capacidad de venir a imponer órdenes como si fuera alguien.

—Está bien, te escucho. Sé breve, porque después te echaré a patadas de aquí, no sé quién coño te has creído —dijo por fin, intentando salvar su orgullo a la vez que trataba de erguirse en el sofá, luchando contra el horrible dolor de cabeza.

Pedro no se extendió, no quería despertar ese descontrolado orgullo que luchaba ya por asomarse, ni la ira de su anfitrión porque, llegado a ese punto, estaba dispuesto a matarle. Así que fue al grano, como si simplemente se tratara de un negocio, sin poner sentimientos de por medio, ni rencores ni resentimientos. Él ofrecía su silencio, a cambio de su libertad y de dejar tranquila a Marcia.

—¡Estáis conchabados contra mí! Folláis a mis espaldas, os conjuráis… pero no estoy dispuesto a que me robes a mi mujercita y a…

—¡No has entendido nada! —volvió a interrumpirle Pedro, dejando con la palabra en la boca de nuevo a su interlocutor, que no sabía cómo reaccionar— Marcia no sabía nada, todo es cuestión de humanidad. Yo no he follado con tu mujer más que cuando me has obligado, hijo de puta pervertido, pero quiero que mi hijo nazca y se críe como un niño normal, ¿has entendido? Tu mujer vivirá en otra parte de la casa, que acondicionarás para que esté cómoda, con su doncella y sus estancias, lejos de ti, como si nunca se hubiera casado contigo. No la molestarás, porque si yo me entero, y ten por seguro que vendré a visitaros a menudo, te mato.

Timoteo se levantó de un salto ante la amenaza, los ojos inyectados en sangre, dispuesto a lanzarse contra ese cabrón que le insultaba y le humillaba en su propio hogar. Pedro también se levantó y empuñó una pequeña pistola, lo que hizo recular a su enemigo. Avanzó un paso y al echarse hacia atrás, Timoteo volvió a quedar sentado.

—No hablo en broma, Tim, el pasado quedó atrás. Tú sabes que tienes mucho que esconder y que yo sé demasiado. Sabes que conozco a quien puede hundirte, a quien puede contar tus extraños gustos sexuales, a quien te odia. Sabes que puedo acabar contigo. Imagino que estás pensando buscar un sicario para que me mate, pues te adelanto que es inútil, ya están los hilos movidos, las personas avisadas, las cartas en mi testamento selladas. Piénsalo un segundo, como me decías a mí, pon la balanza y observa despacio de qué lado caen los platillos.

—¡Eres un maldito cabrón, yo te saqué de la miseria y mira como me pagas!

—Creo que te he pagado demasiado —contestó Pedro con tranquilidad—, no creo que tenga ninguna deuda contigo.

Había mentido para hacerle creer que todo el espectáculo era algo meditado, pero no tenía cartas, ni testamento ni había hablado con nadie.

—¡No pienso acceder a este chantaje! ¡Lárgate de aquí y no vuelvas! ¡No te creas que te tengo miedo! Te denunciaré por amenazarme con un arma, a ver cuánto tiempo aguantas sin volver, suplicándome perdón.

Pedro bajó la pistola y se la metió en el bolsillo. Después se volvió a Marcia y la miró con ternura.

—Lo siento, pero habrás de soportar la humillación de haberte casado con quien te has casado.

Marcia le miró con los ojos desorbitados a punto de empezar a gritarle que por qué la abandonaba él también. Sin embargo, nuevamente volvió a callar. Ella continuaría conviviendo con el monstruo y no convenía que pensara que había participado en todo eso. El miedo volvía a latir con fuerza en su corazón.

Ya estaba saliendo por la puerta cuando oyó la voz de Timoteo rugir.

—¡Espera!

El esposo de Marcia, dejando a un lado su vanidad, había reconocido que era un buen trato. Se deshacía de aquel miserable. Su mujer… su mujer ya no le servía, le era indiferente. Como si se largaba a Filipinas. Y su honor, lo fundamental, quedaría intacto. No quería ni pensar lo que aquellos rumores podrían suponer para su vida. Se culpaba de lo ingenuo que había sido con Pedro, lo había catalogado mal, había confundido su carácter y había pensado que era un ser pusilánime y obtuso a quien tenía subyugado a su voluntad, pero estaba claro que algo había roto esa jerarquía de poder haciendo estallar las relaciones y poniendo todo su mundo patas arriba. Estaba seguro de que el detonante de todo aquel fastidio no era otro que la aparición de la intrusa. Maldijo el día que cedió a aquel estúpido casamiento.

—¿Cómo sé que no utilizarás todo contra mí para pedirme otras cosas? Si cedo a tu maldito chantaje una vez…

—Tienes mi palabra.

—¿La palabra de un desgraciado? —se echó a reír a carcajadas, pero pronto dejó de hacerlo y se apretó las sienes con las manos.

—Es todo lo que te puedo ofrecer, eso y que mi hijo se quedará aquí.

El maldito dolor de cabeza lo estaba martilleando sin piedad, sabía que no tenía salida, que lo tenía cogido por los huevos y que al final tendría que ceder. Se volvió a lamentar de haber subestimado a Pedro y su carácter cobarde. La cabeza le estallaría si seguía buscando una solución. Al fin y al cabo, pensó, aquella nueva situación le permitiría seguir con su vida, olvidarse de esas dos manchas en su existencia. Si se detenía un segundo y dejaba a un lado el orgullo que hacía hervir su sangre, no era una mala solución, la intrusa lejos y el traidor de Pedro

también, ambos de un plumazo… Poco a poco la justificación de su claudicación llegó entre los dolorosos latidos de su nuca y finalmente aceptó, eso sí, sin privarse de amenazas, insultos y todo lo que se le ocurrió para sentirse un poco mejor, menos humillado.

Desde ese día todo cambió para Marcia, que fue felizmente abandonada dentro de su propio hogar. Pedro la visitaba a menudo, comprobando que todo seguía en orden, y Timoteo continuó con su vida oscura y desordenada sin volver a preocuparse de ellos. Marcia tuvo un hijo, al que llamó Pedro en honor a su padre, pero el niño falleció a los tres años víctima de una pulmonía, lo que sumió a la madre en una profunda tristeza, de la que no salió hasta que comenzó la guerra. Timoteo partió a apoyar a los rebeldes y su mujer, por puro odio, se enroló dentro de las milicias republicanas, sin nada que perder, sin volver la vista atrás, escandalizando a su familia, que no volvió a querer saber de ella, madurando su carácter y acariciando la idea de encontrarse de nuevo con aquel que tanto dolor le infligió para terminar el trabajo que Pedro, a quién jamás volvió a ver tras comenzar la contienda, dejó pendiente; coser a tiros a su esposo. El rencor la ahogaba día a día y su vida se convirtió en un pasar del tiempo cuya única meta era la pura y dura venganza. Luego, el horror de la guerra apaciguó su ira y la redimió. Salió de la jaula donde había vivido y por primera vez sintió que su vida tenía un propósito más allá de su particular revancha.

19

La irrupción de Marcia en el universo de Paola significó un cambio radical dentro del espanto de aquel periodo. No obstante, con el pasar de los días, una nueva tormenta comenzó a oscurecer su horizonte, que parecía mucho más despejado, una tormenta con nombre propio y corazón: Adrián. Hasta el verano, su marido había escrito regularmente, pero la ausencia de noticias en los últimos meses comenzaba a desesperar a Paola. Tenía pesadillas en las que veía a Adrián sin aliento, sin fuerzas, sin vida, pesadillas que se repetían con una cadencia insoportable noche tras noche. No quería decir nada a su familia y cuando las niñas preguntaban, invariablemente recibían la misma contestación.

—Estará muy ocupado impidiendo que lleguen aquí las personas malas.

Sin embargo, ella sentía que, sin él, sin sus escasas palabras, su motor comenzaba a agotarse, sus fuerzas a resquebrajarse y el mundo que se había creado, a perder su sentido.

—No te preocupes tanto —le dijo una mañana Marcia—, ¿has olvidado que estamos en guerra? Cada vez es más difícil que funcione el correo y las cartas se amontonan a la espera de ser enviadas.

Las dos mujeres se encontraban sentadas en el patio trasero de la casa de López de Hoyos. Olía a jazmines y las amapolas que surgían aquí y allá entre los arbustos comprimidos contra las paredes de ladrillo del muro, daban una tonalidad alegre al recinto. Bebían agua con limón sentadas en una mesa de obra. Podía uno pensar que era un día cualquiera de verano lejos de la guerra.

—Y tú, ¿cómo sabes eso? —le había preguntado Paola.

—Me lo han dicho mis contactos… las cosas no van bien en el frente, desplazan continuamente a los soldados de un lado a otro… que las mujeres reciban noticias no es, ni mucho menos, una prioridad. Tienes que entenderlo.

En realidad, Marcia no tenía ni idea de lo que estaba diciendo y no tenía contactos que hablaran del correo, lo suyo era contrabando de comida y otros productos, pero nada que tuviera que ver con la logística de la guerra.

—Pero tengo vecinas que de vez en cuando tienen una carta —insistía Paola, poco convencida con las palabras de su amiga.

—Mira, Paola, puedes pensar como quieras, pero si sigues dándole tantas vueltas vas a volverte loca. Si quieres piensa que está muerto, llórale y sigue adelante, que tienes tres bocas de las que preocuparte. Y si prefieres pensar que está vivo, continúa como hasta ahora y espera el maravilloso día de su retorno.

Paola la miró fijamente y se preguntó si habría amado alguna vez a alguien. Nunca hablaba

de su vida pasada. Aquella mujer era un misterio, cerrado y hermético.

—Quiero pensar que está vivo —dijo al fin—, no sé qué haría sin él.

Marcia frunció el ceño y trató de morderse la lengua, pero no pudo.

—¡Lo mismo, harías lo mismo! ¿Acaso él ha buscado comida, ha hecho larguísimas colas, ha visto llorar a sus hijos de hambre, ha rebuscado entre los muertos? ¿Ha hecho lo que tú has hecho? Paola, no te engañes, la heroína eres tú. Estar allí es duro, pero dependes de ti, de tu arma y de la suerte, no tienes más responsabilidad que la de mantenerte vivo. Pero tú, tú ni siquiera te puedes permitir el lujo de morirte, porque el último pensamiento sería: ¡Qué van a comer mis hijos!

Paola se quedó muda ante el torrente de palabras, un torrente cargado de amargura y una pizca de sensatez.

Unas semanas más tarde, Paola recibió una carta. Miró el sobre asustada. La letra no correspondía a la de su marido, pero el nombre estaba escrito claramente con su dirección. Abrió la misiva con manos temblorosas y desdobló el papel con el corazón latiendo desbocado. La carta era muy breve.

Mi muy querida Paola:

Aunque la mano que escribe estas líneas no sea la mía, me encuentro bien. He tenido un pequeño accidente, me he quemado los dedos, y por eso mi camarada Tomás me está haciendo el favor. Imagino que estarías preocupada, pero no tienes nada que temer, la promesa de volver con vosotros está siempre en mi corazón. Espero que al recibir la presente os encontréis todos bien, besa a los niños de mi parte.

Siempre tuyo

Adrián

Paola se quedó paralizada por un momento, un torbellino de emociones arremetió contra su corazón y por un instante el alivio, la alegría y la ilusión se mezclaron con la preocupación y el miedo. No sabía qué sentir. Estaba feliz, su marido estaba vivo, pero también le preocupaba que no pudiera escribir. Releyó la carta varias veces, no decía nada de la contienda, ni de dónde estaba, parecía una carta de un novio que cumplía el servicio militar. Tal vez Marcia tenía razón cuando decía que censuraban el correo de los soldados. Se sentó en una silla en su cocina y decidió que eran buenas noticias. Soltó una fuerte bocanada de aire. No había sido consciente de que llevaba conteniendo la respiración un buen rato.

Marcia había conseguido un par de gallinas para Paola a principios de aquel verano. El

traslado de los animales fue un verdadero calvario, porque era de todos sabido el peligro que entrañaba que fueran descubiertas, daba igual por quién. Así que salió una noche de luna llena y caminando con paso nervioso y rápido, casi corriendo, se presentó en casa de su amiga, que ya tenía preparadas las aves dentro de un saco, con los picos atados con una finísima cuerda de pita. La muchacha se había presentado sola a pesar de que Marcia le había recomendado que se hiciera acompañar de una de sus vecinas, pues los caminos no eran nada seguros, menos por la noche, y estaba prohibido moverse a esas horas. Pero Paola no quiso embarcar ni a Pili ni a Petra en aquella aventura peligrosa. Ella era más ágil y tenía el paso más rápido, era sigilosa y además sabía que, si algo le ocurría, sus dos vecinas se encargarían de sus hijos.

Cuando llamó a la puerta con cautela no esperaba más que ver la figura de la mujer recortarse contra la tenue claridad de la cocina y hacer el intercambio en absoluto silencio. No quería estar allí más que el tiempo necesario para recoger la mercancía y partir, sabía que todo aquello era muy peligroso y ya había acordado con Marcia cómo sería la operación. Para lo que no estaba preparada era para toparse con una sorpresa inesperada. La puerta se abrió lentamente, pero no fue una figura femenina la que se recortó contra la tenue claridad interior, sino los contornos archiconocidos de un uniforme. Por un momento el corazón de Paola se frenó en seco y un acceso de adrenalina subió a borbotones hasta su mente. Estuvo tentada de salir corriendo, escapar de allí, que era lo que martilleaba su cerebro, pero la fidelidad a su amiga fue más fuerte y con voz temblorosa susurró la pregunta.

—¿Quién es usted?, pregunto por Marcia.

—¡Pau!, ¿no me reconoces?

La voz de Manuelín, el inconfundible tono de sus palabras, relajó su corazón, que empezó a latir con normalidad. Una mano potente tomó su brazo sin una palabra más y la introdujo en la casa, cerrando la puerta a continuación.

—¡Manuelín! —exclamó, e inmediatamente se arrepintió de utilizar aquel diminutivo—, quiero decir, Manuel, ¿qué haces tú aquí?

Su amigo tenía la cara curtida, la piel apergaminada y los ojos hundidos. Nada quedaba apenas del muchacho que conoció, excepto el conjunto de todas sus facciones difuminadas. Parecía mayor y cansado. Hasta que no esbozó una débil sonrisa, Paola no acabó de reconocerlo.

—Ven, vamos a la cocina, Marcia está esperando —dijo ante la inmovilidad de su amiga.

Paola se dejó conducir por aquel salón conocido hacia la cocina, de la que manaba un resplandor apagado y rojizo, que sabía provenía del fogón. Allí se guisaba algo y se oían los susurros de la conversación que Marcia tenía con un hombre, también vestido de uniforme, al que Paola jamás había visto. Cuando entraron, el hombre se levantó, haciendo un leve sonido de madera al rasgar con la silla la baldosa agujereada del suelo, echándose la mano a la pistola.

—Tranquilo, Sebastián, es amiga —dijo Manuelín a su compañero, que volvió a sentarse en su lugar.

Paola se había quedado en el umbral de la puerta un poco asustada y Manuelín había pasado

delante. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su amigo cojeaba, pero no se atrevió a preguntar. La oscuridad de la casa, el ambiente denso, el miedo que podía cogerse con solo estirar un brazo, el crepitar silencioso del fuego, el olor del guiso, todo en conjunto tenía los tintes de una desconocida conspiración.

—No te asustes, niña, acércate a nosotros. Toma una silla del comedor y siéntate —la voz de Marcia tenía un tono tan solemne que Paola no pudo deshacer el nudo que se le había hecho en el estómago. Fuera, los grillos mantenían una constante balada y los jazmines esparcían su olor sin preocuparse de nada.

—Creo que es mejor que coja mis cosas y regrese a casa, si no vuelvo pronto se preocuparán.

Manuelín la miró perplejo.

—¿No puedes quedarte ni un momento? —el soldado ya se había acomodado en su silla.

—Mis vecinas cuidan de los niños, saben que he salido por un motivo importante y seguramente peligroso, y si tardo en volver…

—Tienes razón —la interrumpió, levantándose de nuevo—, cogeremos el saco que Marcia tiene preparado y te acompañaré a casa.

—Manu, no sé si es una buena idea —la voz profunda de Sebastián se abrió paso en la oscuridad—, puede ser peligroso.

—¿Y qué no es peligroso en los días que corren? Ella caminará más segura acompañada de un soldado de la República. Tenemos que proteger a nuestros ciudadanos, ¿no es eso?

El tal Sebastián sacudió la cabeza mirando a Marcia, que continuaba en silencio observando la escena, sin decantarse por nada. Cerró los ojos, agachó la cabeza y se tocó las sienes.

—Siempre terminas por hacer lo que te da la gana, cabrón. No he conocido a nadie tan tozudo y tendente a la desobediencia… —sonrió— Al final me buscarás un lío. Procura estar lo antes posible de vuelta o tendremos serios problemas.

Manuelín echó a andar guiñando un ojo a su camarada, mientras Marcia levantaba las cejas y movía la cabeza en un gesto cómplice de toques cómicos.

—Tened cuidado —señaló la mujer y se volvió de nuevo al soldado para seguir con su conversación, mientras los dos amigos salían por el salón, recogiendo el saco que estaba al lado de la puerta.

—Deja que lo lleve —dijo el muchacho—, tú preocúpate de ponerme al día de todo lo que ha pasado. Adrián, los niños, ¿todo bien? ¿Te llega la comida?

El camino de vuelta fue un torbellino de susurros y confesiones. Avanzaban ligeros y precavidos por aquellos caminos de tierra, entre arbustos secos y cardos marchitos, alumbrados

por la luz de una luna brillante y redonda. Los grillos, cuya serenata nocturna era ensordecedora, callaban a su paso un instante y después, al sentirse seguros, reanudaban su chirriante canción. Paola se sentía mucho más segura con Manuelín a su lado, había olvidado cómo era aquello de ceder la responsabilidad por un instante en unos hombros que no fueran los suyos, y las palabras fluyeron tranquilas, tristes y apergaminadas, apolilladas como ropa que lleva demasiado tiempo escondida. Si no hubiera sido por la oscuridad y el miedo, parecería que aún paseasen inconscientes por las calles de Madrid, presos de la juventud.

El soldado apenas habló, escuchó lo que Paola contaba con tanto ardor, hablaba de los niños, de sus progresos, de cómo se las había apañado, de sus miedos, del tiempo que Adrián no escribió, pero, sobre todo y de todas las formas que fue capaz, agradeció a su amigo lo que estaba haciendo por ella. En un momento dado de su interminable charla, se volvió muy seria, escudriñó los ojos de aquel que caminaba a su lado y decidió formular la pregunta que siempre se hacía, cada vez que llegaba un nuevo mensaje de Marcia, y para la que nunca encontraba respuesta.

—¿De dónde salen todas estas cosas? Nadie puede, ni siquiera teniendo mucho dinero, agenciarse tres gallinas como las que llevamos en ese saco.

Manuelín la miró con seriedad y se paró un instante. Parecía sopesar si decir algo o no. Se llevó una mano al pelo, se mordió un labio y respiró hondo.

—Mira, Pau, es mejor que no te inmiscuyas en este asunto. Las cosas no son, ni mucho menos, como yo pensaba. Mis ideales de igualdad y todas esas patochadas se chocaron con crueldad, hace tiempo, contra los muros de la bajeza humana. Nada es lo que parece, las ideas corren libres por unos caminos utópicos en los que tú dibujas un paisaje y lo decoras, y la realidad se pinta con otras manos que no son las tuyas. Soy poco más que un observador de mi propia vida, que otros van completando.

Manuelín echó a andar de nuevo con los ojos fijos en el suelo y Paola, confusa, lo siguió. No había entendido el mensaje que había intentado transmitirle. Calló y esperó. Al cabo de un instante, el hombre volvió a detenerse y se encaró con ella.

—Tenías razón. Esta guerra es una locura, Paola, una vergonzosa locura. Sería imposible explicarte lo que siento y lo que veo a diario en tan poco tiempo, además, prefiero no hacerlo. Me siento defraudado. Vamos a perder la maldita guerra, lo sé, muchos ya lo sabemos, y lo único con lo que puedo quedarme en la retina es con la increíble grandeza del ser humano ahogada en una temible vileza de muchos de sus congéneres.

—No te entiendo, en serio, no sé qué quieres decirme. Solo estoy de acuerdo con una cosa, lo que está pasando es de locos y todos han salido corriendo a defender la locura. Y si perdemos la guerra, ¿qué vendrá después?

Las palabras de Paola quedaron flotando en la tibia brisa de la noche estrellada. Continuaron el camino. Solo sus pisadas en la reseca arena rompían la serenidad de la noche. Nada había sacado en claro de la procedencia de aquellos alimentos, pero prefería no indagar más, porque intuía que incomodaba a su amigo. Al fin y al cabo, ella no tenía ningún remordimiento, seguramente si no eran sus hijos, otros se beneficiarían de aquellos bienes.

Llegaron sin ningún contratiempo a su destino. Allí, a la luz de una diminuta vela, de esas que a veces completaban los cargamentos de Marcia, Pili y Petra jugaban en el salón a las tres en raya, una con piedras y la otra con botones. Se sobresaltaron al sentir que la puerta se abría, y mucho más cuando un soldado uniformado se introdujo en la casa. No obstante, al ver a Paola tan relajada, se serenaron. Después lo reconocieron. Saludaron e inmediatamente se despidieron, saliendo y dejando a la pareja a solas. La mujer cruzó el salón, entró en la cocina y salió al patio. Allí abrió la puerta del gallinero y con mucho cuidado dejó a las gallinas libres, sin quitarles las cuerdas que cerraban sus picos. Después cerró las cuatro maderas claveteadas que hacían la función de puerta y dobló el saco con cuidado, colocándole junto a las varillas y las suelas, su taller particular de calzado de lluvia, como lo llamaba Carmencita.

Una brisa fresca se había alzado, batiendo con suavidad la noche, y un tenue olor a jazmín se mezcló con los sonidos apagados de las sombras. Paola miró la luna entre las hojas de su parra y cruzó los brazos. Sentía una tenue nostalgia del pasado, y allí, entre aquellas paredes que eran su hogar, quiso creer que podía volver atrás y cambiar el rumbo de una vida que desde hacía tres años se desangraba en una hemorragia incontrolable. El patio era un mosaico de claridades y sombras danzando al compás de aquel céfiro nocturno, que se postraba ante la luminosidad infinita de la luna.

Entró de nuevo en la cocina y allí se topó con Manuelín, que la observaba a través de la ventana. Sonrió tristemente ante su aparición, se sonrojó amparado en la oscuridad y se sentó en una de las sillas.

—Se hace tarde —dijo Paola azorada, sentándose frente a él, incómoda bajo su intensa mirada.

—Desde la primera vez que te vi, sentada junto a doña Matilde, supe que no podría escapar a tu embrujo. Fue algo extraño, difícil de explicar, pero todo desapareció a mi alrededor y únicamente la certeza de tu presencia brilló en mi corazón…

—Manuel, calla. No creo que esto venga a cuento… —lo interrumpió Paola, contrariada.

—Escucha —la voz profunda de Manuelín se había vuelto marcial, un toque militar titilando en el espacio—, no creo que vuelva a tener una oportunidad como esta de hablar contigo. Sé que ya nada de lo que te diga tiene importancia, sé que tú tienes tu vida y amas a otro, pero creo, sinceramente, que me he merecido el derecho de, al menos una vez, expresarte todo lo que siento. Tu presencia me ha acompañado en los días dolorosos, en los felices, en las frías noches de soledad, en las de miedo, en el horror y la camaradería. Desde la distancia he procurado cuidarte, ofrecerte lo mejor de mí, protegerte… pero no sé hasta cuando podré seguir haciéndolo y sabe Dios, en el que no creo, que más me preocupa tu dolor y tu vida, que la mía. Ya te he dicho que perdemos la guerra, mi puesto me obliga a saltar de un frente a otro, me obliga a escuchar y a callar. Mi información es de primera mano, pero si tengo razón y las cosas siguen torciéndose, no creo que salga de esta bien parado. No te puedo aconsejar que huyas, no hay donde esconderse, ni puedo quedarme aquí y protegerte, solo puedo pedirte, rogarte que tengas muchísimo cuidado… y decirte que te amo, que te he amado y te amaré hasta el último aliento.

La oscuridad lo cubrió todo de silencio, por unos instantes el universo dejó de moverse para concentrarse en aquella humilde cocina, el aire se hizo espeso y las palabras quedaron flotando como colgadas de un hilo invisible y doloroso. Un calor insoportable ascendió a través del cuerpo de Paola, proveniente de un lugar oculto, y fue regando de turbación todo su ser. La certeza de ese amor había sido el muro donde apoyarse, un lugar desconocido del que nunca se había dicho una palabra. La constatación del sentimiento lo volvía perverso, pecaminoso, una infidelidad impropia de su matrimonio.

Manuelín se levantó al ver la cara descompuesta de la muchacha. Elevó la mano para acariciar su cabello recogido, pero se arrepintió de inmediato y la retiró avergonzado, antes de que ella se diera cuenta de su gesto.

—Lo siento, no era mi intención molestarte. La oscuridad me incita a la verborrea. Tal vez esta sea la última vez que nos veamos. Parto hacia el norte. No debería decírtelo, pero tal vez allí se libre una de las últimas batallas. Y sus palabras sonaron a despedida.

Paola mantenía un tozudo silencio. En su interior se libraba una dura contienda. Las personas tenían el derecho de expresar lo que sentían, no debería ser nada malo, sin embargo, las palabras de aquel hombre le resultaban hirientes, provocadoras, sucias. No sabía el porqué, no lo entendía, los siglos de educación religiosa tal vez pasaban una cruel factura. Él nunca había hecho nada que no fuera velar por su bienestar, de eso estaba segura. Los últimos meses habrían sido un tormento sin su ayuda, le debía gratitud… y, sin embargo, el nudo que atoraba su garganta la incapacitaba incluso para formular una despedida cariñosa.

Manuelín, parado en mitad de la cocina, se sentía ridículo. Hubiera sido mucho mejor callar, cargar con sus sentimientos hasta el final, escondidos en lo más recóndito de su corazón.

—Adiós, Paola —acertó a decir y sintió una congoja que demolía su alma.

—Adiós, Manuel —contestó sin levantar la mirada y, titubeando, logró decir—, gracias por todo.

Él se dio la vuelta y abandonó la cocina. Los silencios, las preguntas y las dudas quedaron anclados entre los desconchones de la pared, abandonados para siempre. No se paró a pensar Paola que tal vez aquellas serían las últimas palabras que cruzarían y que los perfiles de su espalda uniformada serían el último recuerdo de su presencia. Más adelante, la vida le brindaría a menudo el consuelo del arrepentimiento por aquel lacerante silencio.

El invierno se presentaba aún más cruento que el anterior. Posiblemente las condiciones climáticas no distaran demasiado de cualquier otro año, sin embargo, para los madrileños, acosados por la miseria, se abría un periodo de dificultades, fríos y enfermedades. Se libraba la batalla del Ebro, los ejércitos de uno y otro bando se dejaban la vida por cada palmo de tierra. La capital seguía sitiada, pero los mandos sublevados aún no consideraban que su toma fuera posible. A los bombardeos y la artillería se sumaba ahora una guerra psicológica para hacer todavía más dura la angustia de los madrileños.

El día tres de octubre, doce aviones, los mismos que trataban de matarlos con sus bombas a diario, habían lanzado pan sobre Madrid, panecillos envueltos en octavillas para celebrar el 1 de

octubre como la fiesta del Caudillo y para mostrar a los republicanos la abundancia con la que se vivía en la zona enemiga. Les conminaban a rendirse. Curiosamente, las autoridades pretendían que los famélicos madrileños no se empujaran, no se tiraran como hienas sobre una presa que agoniza. Decían que estaba envenenado el pan, como si aquello tuviera demasiada importancia. Tal vez era el último placer de un disparate que ya nadie comprendía, morir con algo que llevarse a la boca.

Paola había conseguido varios de aquellos panecillos, pero había desdeñado las misivas que los acompañaban. Ella no creía en nada, no necesitaba que la convencieran de nada, nada sentía con las palabras de ánimo de un Gobierno que ni siquiera estaba allí, nada sentía con los que aseguraban que con ellos todo iría mejor. Su única ambición era que se acabara aquella terrible pesadilla, aquella tortura sin límites, daba igual quienes fueran los vencedores y quienes los vencidos, el orgullo no alimenta, no calienta las manos, no devuelve los muertos a la vida. Ella no pertenecía a ese mundo, no lo entendía ni quería siquiera acercarse; solo estaba obsesionada con apañárselas para conseguir sobrevivir un día más, para que sus hijos fueran capaces de llegar a la mañana siguiente sin sollozar de hambre. Pero las fuerzas y las ideas se iban agotando a la misma velocidad que los recursos de la capital se evaporaban. Madrid estaba abandonada a su suerte, esa era la única idea que rondaba la cabeza de aquella mujer que, sin darse cuenta, empezaba a enfilar los caminos de un odio sin nombre propio.

En aquellos días Paola era una mujer privilegiada. La escasez también había llegado a casa de Marcia y los productos iban disminuyendo su calidad y cantidad, pero aun con todo, conseguía mucho más que la mayoría de las familias que la rodeaban. Un plato diario con cierta consistencia no solía faltar nunca a su mesa, y eso teniendo en cuenta que Petra y Pili se beneficiaban de su buena estrella. Las dos mujeres se habían mudado definitivamente al hogar de Paola a pasar el invierno, y Pili salía todas las mañanas a limpiar la casa de la mujer de un militar de alta graduación, que le pagaba algunas monedas por sus servicios. Reuniendo todos sus recursos conseguían vivir mejor.

Las conversaciones con Marcia al calor de su cocina se convirtieron en uno de los momentos más ansiados para Paola. Cada vez que llegaba la misiva deslizándose por debajo de su puerta, una inquietud infantil revolvía sus sentidos y la impaciencia porque llegara el momento se volvía casi desagradable. Salía de casa hundida en su abrigo, con una bufanda tejida por sus vecinas y su inseparable bolsa llena de ramas espinosas que cubrirían la mercancía a la vuelta. Los nervios de los primeros envíos habían dado paso a una tranquilidad prudente, a una capacidad de superación de cualquier situación que le daba una seguridad en sí misma que nunca antes había tenido. Con paso firme recorría el camino a primera hora de la tarde, con su hacha colgando del hombro y la bolsa asida a su mano. Llamaba con los nudillos y entraba rápidamente en aquel salón que olía a complicidad para pasar a una cocina siempre cálida y rebosante de silencio. Sobre la mesa aguardaba un café de achicoria, el auténtico hacía muchos meses que no llegaba, y una sorpresa en forma de dulce, de leche, de miel o cualquier otra delicadeza. Después era el momento de las confidencias, los desalientos, las dudas, los miedos. Paola se abría con aquella mujer de ojos profundos y sabiduría sosegada y le hablaba sin dobleces. Marcia a menudo apaciguaba su corazón.

Había aprendido a marcharse con el anochecer, ni demasiado pronto para que hubiera mucha gente por las calles ni demasiado tarde para que la noche escondiera bajo su manto

cualquier peligro. Se despedían en el salón, un abrazo sincero y el corazón templado por esa incipiente amistad. Paola salía con paso rápido y no se paraba hasta llegar a su casa, atenta en todo momento a cualquier percance. Nunca miraba qué contenía la bolsa, hasta que no llegaba a su hogar no la abría, y ese gesto agradaba a Marcia sobremanera, nunca se quejaba de lo mucho o poco, nunca pedía más, se conformaba simplemente con su buena suerte.

—¿Qué esperabas? —le había dicho Agustín una tarde, cuando ya Paola había salido—Si no hubiera sido por Manuel, por lo que consigue y por el dinero que nos permite comprar en el mercado negro, esta mujer habría muerto de hambre o hubiera tenido que dedicarse a otras cosas… ya me entiendes. ¿Cómo se va a quejar?

Marcia no estaba de acuerdo con él, otras muchas personas con las que trabajaban siempre estaban con la queja en la boca, tuvieran suerte o no. A ella le agradaba aquella joven de férrea decisión.

—¿Sabes que lleva un hacha escondida?

—¿Quién, Paola? —preguntó Agustín, a quien el cigarro estuvo a punto de caérsele de la boca.

—Sí, y estoy segura de que no dudaría en utilizarla si se viera en un aprieto.

—¿Tú crees?

Marcia sonrió y miró a Agustín con ternura.

—Estoy segura. Sé lo que una madre sería capaz de hacer por sus hijos.

Agustín asintió y se rascó la cabeza. Era la primera vez que el poso de amargura que siempre acompañaba a Marcia se había diluido un poco. Aquella amistad le estaba haciendo mucho bien. El viejo se alegró por ella.

—¿Hay novedades? —cambió la mujer de tema.

—Todas las novedades son malas noticias —suspiró Agustín—, perdemos la guerra irremediablemente. Negrín nos lleva… no sé dónde nos lleva, pero a nada bueno. Creo que Miaja o Besteiro le van a poner las peras al cuarto. Pero ya es tarde, demasiado tarde.

Marcia negó con la cabeza. El pesimismo de Agustín era el pesimismo generalizado de toda la capital, que escuchaba con incertidumbre los rumores de batalla final y de capitulación.

—¿Qué va a ser de nosotros? —Marcia preguntaba sin convencimiento. En realidad, no tenía nada que esperar y la respuesta poco le importaba.

Agustín se encogió de hombros y miró con insistencia los reflejos rojizos que bailaban en las paredes. Marcia sopló con delicadeza el café de achicoria que tenía entre las manos. El silencio y la aceptación tomaron una silla y se acercaron a la mesa para compartir la soledad con aquellas dos almas abandonadas.

Terminaba enero. Las heladas se sucedían, blanqueando los campos que rodeaban las casas del barrio de Paola. Pili había conseguido telas e hilos que le había regalado la señora con la que trabajaba y ella y su hermana habían confeccionado a escondidas muñecas de trapo con botones en los ojos y una eterna sonrisa de puntadas rojizas, que habían regalado a las niñas por Navidad.

Aquel día gélido, cuando llegó la misiva por debajo de la puerta, ya casi nadie dudaba de que la guerra estaba perdida, pero había muchos a los que esto ya les traía sin cuidado, con tal de que acabara de una vez. Además, las disidencias gubernamentales entre las fuerzas republicanas dinamitaban cualquier esperanza. Negrín se empeñaba con denuedo en no rendirse a pesar de las enormes pérdidas, Teruel, Tortosa, Lérida… y poco a poco perdía el apoyo de todos.

Paola salió de casa bajo una ligera ventisca. No se veía un alma por ninguna parte. Apretó el paso y sintió el frío cortante y las trazas de nieve que se posaban en su pelo con desesperante suavidad. Apenas llevaba unos metros y su abrigo había tomado un color blanquecino. Andaba con la cabeza gacha, mirando al suelo para protegerse los ojos, soñando con la cálida cocina y el calor de la taza que le esperaba en su destino. El suelo se iba tiñendo de blanco y sus pisadas iban quedando impresas en un camino embarrado. Ya estaba en el último tramo de su recorrido cuando escuchó voces a lo lejos. Se paró en seco. Dudó un momento y sintió cómo el corazón se precipitaba en una alocada carrera. Corrió hasta una zona de maleza donde restos empapados de escombros inservibles formaban una isla en medio del campo y allí se escondió, apretándose contra unos azulejos que conservaban en su reverso una incipiente tripa de cemento. Trató de escuchar, pero solo le llegaban sonidos, sin que pudiera poner ningún sentido a las palabras. Levantó la cabeza, pero desde allí no se veía nada, solo el camino, que se perdía tras una pequeña elevación. Detrás estaba la calle López de Hoyos.

Hacía muchísimo frío, el viento se había detenido y, a cambio, la nieve caía suavemente sobre la tierra. Pensó que tenía dos opciones, o seguir adelante y comprobar qué pasaba o darse la vuelta y esperar la nueva nota. Dudaba. Habían agotado prácticamente todo lo que obtuvo en la última visita. Pero lo que estaba claro es que allí no se podía quedar, su actitud, escondida bajo aquella nevada entre los escombros, era mucho más sospechosa que seguir adelante. Por fin se decidió, se levantó y continuó, con las piernas temblándole, hacia adelante.

Al llegar a la calle se quedó de piedra ante el espectáculo. Un coche militar estaba parado junto a la cancela de la casa de Marcia. Se oían gritos dentro, voces masculinas y golpes. Algo de cristal que cayó al suelo y se hizo añicos. Dos militares de uniforme, apoyados en la aleta del coche, fumaban pateando el suelo para calentar los pies. Hablaban en susurros y pequeñas nubes de vaho creaban entre ellos formas desdibujadas. Uno se giró y vio a Paola parada al otro lado de la calle y dio un codazo a su compañero mientras le decía algo. Ambos se volvieron y echaron a andar hacia allí. Paola se quedó paralizada, no sabía si debía salir corriendo, dar la vuelta y reemprender la marcha o seguir allí, observando todo aquel alboroto con la vana esperanza de que se fueran sin más y ella pudiera recoger sus alimentos.

—Buenas tardes, señora —saludó uno de aquellos jóvenes de cara lampiña y ojos estrábicos.

—Buenas tardes.

—Documentación.

Paola metió la mano en el bolsillo del abrigo y le tendió los papeles. El muchacho la miró repetidas veces y se la devolvió.

—¿Se puede saber qué hace aquí parada?

Paola no sabía qué decir, bajó los ojos al suelo y carraspeó para darse tiempo de pensar algo.

—Me dirigía a casa de una amiga y me llamó la atención ver aquí a las milicias de vigilancia. ¿Ha ocurrido algo?

—Eso a usted no le interesa, siga su camino. ¿O es que usted conoce a la dueña de esta casa?

—¡Oh no, no! No tengo ni idea de quién vive ahí…

Y en aquel momento, girando la esquina junto a la tapia de la casa, Paola vio aparecer a Agustín bajo el paraguas para protegerse de la nieve. Se paró en seco, miró hacia donde los militares, de espaldas, hablaban con Paola, dio la vuelta rápidamente y salió a la carrera con una agilidad que nunca hubiera imaginado. Mientras tanto, la muchacha se despidió y siguió la marcha, subiendo la calle sin saber dónde dirigirse. Al pasar por la puerta, tras la cancela aparecieron dos hombres que llevaban esposada a Marcia y la conducían al coche. Tenía el labio roto y le caía un pequeño hilillo de sangre, que manchaba el cuello de su vestido. Ni siquiera habían dejado que se pusiera el abrigo. Las miradas de las mujeres se cruzaron y en el gesto de su amiga, Paola creyó entender una advertencia. Giró por el mismo lugar por el que había desparecido Agustín y perdió definitivamente la visión de su compañera de andanzas.

La nieve seguía cayendo, aunque con poca fuerza. Paola caminaba sin rumbo, con un nudo en las entrañas que la oprimía de tal manera el corazón que ni las lágrimas se atrevían a caer. Y no solo se trataba de la pérdida emocional de una amiga, de una compañera, se trataba también de la pérdida material de su medio de vida. Aquella casa le proporcionaba la tranquilidad y la complicidad de una persona querida, pero también la seguridad de su sustento. Tuvo que pararse y apoyarse en una pared de ladrillo. Ni siquiera sentía el frío, solo la sensación de una terrible y profunda soledad.

—¡Niña!

Paola se volvió y ante sus narices se topó con el rostro de Agustín.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz temblorosa.

—Nos hemos arriesgado demasiado y alguien ha debido irse de la lengua. He salido hace menos de una hora y todo estaba como siempre. Marcia te esperaba, podíamos haber estado en la casa y a estas horas en el calabozo. Ha sido una suerte…

—¿Una suerte?, ¿y Marcia?

—Mira, niña, todos sabíamos a lo que nos arriesgábamos, ella también. Ahora no podemos hacer nada más que esperar. Si tratáramos de saber algo seriamos considerados cómplices. Si han descubierto el almacén está perdida. De momento no vuelvas por aquí, da un rodeo para regresar a casa, ya he visto que esos dos andaban preguntándote. Yo también desapareceré durante una temporada, cualquiera podría describirme. Llevo entrando y saliendo de ahí años… ¡Anda, vete ya!

—¿Y ahora?

Agustín miró a la mujer con cierta lástima y compuso un gesto de asentimiento, comprendiendo de inmediato aquella pregunta.

—¿Ahora? Ahora te toca buscarte la vida. Esto durará poco, pero no creo que sea nada bueno lo que llegue después. Desgraciadamente, los pobres siempre seremos pobres. Te recomiendo que dejes cualquier escrúpulo atrás, porque vas a necesitar de toda tu entereza. Siento no poder hacer más por ti, sé que Marcia te apreciaba, como yo a ella, pero con salvar mi pellejo tengo de sobra. Yo también me enfrento a la nada, a empezar de cero. Buena suerte, niña.

Y después de estas palabras se subió las solapas del abrigo y desapareció bajo su paraguas unas calles más abajo. Paola tenía frío, tiritaba. Había dejado de nevar, pero un fino manto blanco cubría el suelo a su alrededor. Emprendió el camino de regreso evitando pasar por aquella casa que había sido su salvación. Sin embargo, al desconocer aquel barrio, desembocó nuevamente a pocos metros de allí. Ya no quedaba nadie, daba la impresión de que todo estaba igual, que nada había sucedido, todo, excepto una cinta que había quedado atrapada al cerrar la puerta y se elevaba movida por el viento en un inútil intento por escapar.

Aún tardó un rato en volver a su hogar, deambuló sin rumbo tratando de buscar una solución a aquella tragedia que se cernía sobre ella. Sin trabajo, sin dinero, sin marido, sin Manuelín, el futuro se le antojaba un pozo oscuro y sin salida.

Entonces, una idea absurda e irracional comenzó a dar vueltas alrededor de su mente, como un buitre alrededor de su presa. Era descabellado, absurdo y peligroso, pero de momento no se le ocurría nada mejor. Se dirigió a su casa y al abrir la puerta, las vecinas se quedaron mudas al observar que no traía nada, pero como estaban las niñas delante no dijeron ni una palabra. Horas más tarde, en la cocina, cuando ya habían tomado algo de cena y los niños dormían, Paola explicó las novedades y después pasó a exponer su plan. Las hermanas no daban crédito a lo que oían.

—¡Pero tú has perdido la cabeza definitivamente!

—Lo voy a hacer ya sea sola o con vuestra ayuda. Allí tiene que haber muchas cosas, Agustín habló de un almacén, y no se puede esperar, porque mañana seguramente se presentarán de nuevo esos cuervos vestidos de militar y harán el espolio.

Las hermanas estaban boquiabiertas, aún no habían digerido la contrariedad de quedarse sin suministros, y Paola planteaba salir en aquella noche de perros para asaltar una casa y robar todo

lo que pudieran, una casa, además, precintada por las autoridades.

—¿Y cómo piensas abrir la cerradura?

—Con el hacha. Está nevando, nadie saldrá esta noche. Además, es una casa sin vecinos, está rodeada de un patio y la oscuridad nos protegerá. Nadie se sorprenderá de oír ruidos en la noche, al contrario, nunca queremos saber nada y vosotras lo sabéis.

—¿Y si nos encontramos una patrulla?, ¿qué razón daremos de estar en plena noche de paseo? ¿Y si nos pasa algo y no podemos regresar?, ¿qué será de los niños?

—Una de vosotras se quedará vigilando, si pasa algo, volverá a casa.

Después de un rato de objeciones y dudas, las tres mujeres quedaron de acuerdo. A las hermanas les parecía una auténtica majadería, pero no estaban dispuestas a abandonar a Paola en aquel momento y como la decisión y el convencimiento que mostraba eran imposibles de domeñar, se unieron a su euforia.

Hablaron con Carmencita, que tendría que quedarse al cuidado de sus hermanos. La niña, con ojos somnolientos y medio dormida, aseguró a su madre y a las tías que ella se haría cargo de todo hasta que regresaran.

—Sobre todo no os mováis de casa. Aunque tardemos en volver, no cojas a tu hermano, que pesa mucho. Si llora, te he dejado un poco de miel encima de la mesa de la cocina, untas el dedo y dejas que lo chupe, así se tranquiliza. Si suenan las alarmas, os metéis debajo de la cama hasta que acabe todo. No abráis la puerta para nada…

—Yaaaa, mamá, me lo has repetido mil veces —se quejaba la niña.

Paola, al fin decidió que ya no quedaba más por decir, besó a su hija y la mandó de nuevo a la cama. A los demás los miró desde el umbral de la puerta, no quería acercarse por si acaso los despertaba, pero una tristeza infinita anegó sus ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse atrás. ¡Cómo podía decir a su hija esas cosas y marcharse después!

Salieron cuando ya no se podía estar en la calle y caminaron en silencio, ateridas por las bajas temperaturas que asolaban Madrid. Solo el crepitar de sus pisadas rompía la noche. Delante iba Paola, seguida de Petra. Cerraba la marcha Pili, que sería la encargada de vigilar. Llegaron a casa de Marcia sin mayor contratiempo y, dejando a Pili al otro lado de la calle, se encaminaron a la puerta. Allí Paola sacó el hacha, pero antes observó la cerradura. No tenía ni idea de a dónde dirigir los golpes. Todo aquello le había parecido fácil en conjunto, pero no se había parado a pensar en estos pequeños inconvenientes, que podían poner en peligro sus vidas. Liarse a hachazos con la cerradura a altas horas de la noche no era precisamente lo que necesitaban hacer en aquellos momentos, sin embargo, no se le ocurría otra solución para abrir aquella maldita puerta.

Había levantado el hacha ya cuando, de repente, bajó las manos sin hacer nada. Petra la miró desconcertada y con un susurro quiso saber si se había arrepentido.

—No, he tenido una idea mejor, treparé por el árbol y entraré por la puerta de la cocina. Después saldré y te abriré a ti —dijo en un susurro.

Petra sentía el frío apoderarse de su cuerpo, los pies helados, las manos ateridas y un profundo malestar que le provocaba el miedo de encontrarse allí haciendo lo que hacían. Sin embargo, solo le dijo que se diera prisa. Paola asintió y desapareció corriendo por la esquina. Petra miró a su hermana, que daba saltitos y se soplaba las manos en la oscuridad. Con una ola de ternura se preguntó cómo habían terminado así, pero enseguida se centró en su cometido.

Mientras, Paola había subido ayudándose con las ramas del árbol, que caían por detrás de la tapia, hasta la parte superior del muro y desde allí había tratado de descolgarse por la pared interior, pero los cristales de arriba, esos que se ponían en la parte más alta para evitar lo que ella precisamente estaba haciendo en ese momento, le habían hecho un profundo corte en la muñeca y otro más pequeño en un muslo. Había tratado de limpiar con el hacha los malditos trozos, pero alguno debía de haberse quedado y producido el corte. La bajada fue más sencilla con la ayuda del tronco.

Para su sorpresa, la puerta de la cocina no estaba cerrada, aquellos idiotas debían de haber estado registrando la casa y habían dejado todo abierto. Entró con cuidado y se tropezó con la mesa, que también habían cambiado de sitio. Recordó que en la repisa que había sobre la pila, Marcia solía tener velas. En la oscuridad tanteó la balda y allí estaban, junto a las cerillas. Encendió una y contempló la cocina desordenada, todo tirado por el suelo y la mesa, con la que había tropezado, volcada. No podía ir al salón con la vela, desde fuera sería visible el resplandor, así que la dejó en el pasillo. Con su cada vez más escasa claridad llegó hasta la puerta y abrió a Petra, que dio un respingo. Cerraron inmediatamente y al ver el destrozo, Petra se quedó paralizada.

—Han registrado todo, eso está claro —susurró Paola—. No podemos utilizar las velas porque se vería la luz desde el exterior, solo en la cocina y en la habitación del fondo.

—De acuerdo —dijo Petra, saliendo de su estupor.

La casa estaba patas arriba, pero era muy pequeña y enseguida descubrieron el llamado almacén, del que había hablado Agustín. Estaba tras una puerta que en su momento protegía un armario, que ahora estaba en medio de la habitación, dejando al descubierto la entrada. Se trataba de una estancia pequeña, recubierta de estanterías a lo largo de toda la pared. Estaba claro que los soldados ya habían hecho su compra particular, pues muchas de las estanterías estaban vacías y había algunos productos tirados por el suelo. Las mujeres no perdieron el tiempo en contemplaciones y sacaron las bolsas que habían llevado con ese propósito, metiendo todo lo que encontraron, sin pararse a pensar qué era, la poca iluminación no ayudaba y las ganas de salir de allí tampoco.

Salían ya por el pasillo con las bolsas llenas cuando un haz de luz se coló por la ventana del salón y batió toda la habitación. El sonido de un motor se elevó en el silencio de la noche para apagarse inmediatamente. Las mujeres se quedaron petrificadas y Paola empezó a recular, llevándose a su paso a Petra, que se quejó de un pisotón. Menos mal que no había abierto la puerta a hachazos, como pretendía al principio, pensó Paola, si lo hubiera hecho ahora mismo

estarían en un grave apuro. Unas voces hablaban junto a la puerta.

—Atrás, Petra, al patio. Creo que están a punto de entrar —susurró con urgencia Paola.

Petra se dio la vuelta, enfiló el pasillo y pasando por la cocina, salió al patio. Su vecina la siguió.

—Y ahora, ¿qué hacemos?— gimió Petra.

—Vamos detrás del tronco del árbol, con esta oscuridad seremos invisibles.

—Nos vamos a congelar. Como estén mucho tiempo, nos congelaremos.

—¡Calla, ya! Creo que vienen a lo mismo que nosotras, solo que más tarde. Pensarán que han sido sus compañeros…

Paola no siguió hablando porque se oían las voces ya dentro de la casa. Actuaban sin ningún cuidado, parecían alegres, se reían, hasta que de repente sonó una maldición.

—Ya lo han visto, esperemos que no se les ocurra salir aquí.

Y según Paola decía estas palabras la puerta de la cocina se abrió y la brasa de un cigarrillo iluminó por un segundo unos ojos que escrutaban el patio.

—Menudo frío hace, joder, se me va a quedar el pito helado.

Y el hombre bajó los dos escalones que daban acceso a la noche. Petra se comprimió contra la pared, temblando como una hoja, y Paola se puso junto a ella, protegidas ambas por el tronco. Esperaban que el soldado no fuera allí, como los perros, a mear, y se quedase cara a la pared para evitar el frío. La respuesta llegó en ese mismo segundo, porque volvió a subir los escalones y desde allí se bajó la bragueta y comenzó a orinar. Otra brasa de cigarro se acercó por detrás.

—Con este frío te quedarás sin polla y luego me tendré que tirar a la Dolores yo.

—Más quisieras tú, hijo de puta.

—Vamos dentro, que hace un frío de cojones. Hay cuatro cosas en el almacén, los cabrones de esta mañana se lo han llevado casi todo, es mejor que dejemos el resto para que…

La puerta se cerró y las mujeres suspiraron aliviadas. Poco a poco el silencio se volvió a sentir en la casa, pero aún tardaron un buen rato en salir de su escondrijo, no querían más sorpresas esa noche. Cuando por fin se movieron, tenían el cuerpo entumecido y el frío se había instalado en su interior. Los pies y los dedos dolían a rabiar y los dientes les castañeaban. Cuando se acercaron a la puerta de la cocina, comprobaron que la habían cerrado por dentro, pero Paola ya había perdido la paciencia, necesitaba salir de allí como fuera. Sin pensarlo más, rompió la ventanilla de vidrio de la parte superior, metió la mano y abrió. Tenía toda la manga cubierta de sangre del corte que se había hecho al subir por el muro y estaba segura de que se había vuelto a cortar. No sentía dolor, solo el frío que la invadía sin compasión.

El sonido de los cristales había rasgado la noche como un trueno, pero las mujeres ya habían perdido la más mínima precaución, se sentían como ratas de laboratorio en un laberinto, por eso cruzaron la casa a gran velocidad y salieron por la puerta principal sin pararse ni un instante, solo lo estrictamente necesario para dejar la puerta nuevamente cerrada. Cruzaron la calle arrastrando las bolsas, dos cada una, pero no vieron a Pili por ninguna parte.

—Tal vez al ver a los soldados nos ha creído perdidas y ha vuelto a casa —dijo Petra.

Paola dejó las bolsas en el suelo un instante y escuchó en la noche unos extraños susurros. Hizo a Petra una señal para que estuviera callada y con mucho sigilo se acercó al lugar de donde provenían los sonidos, uno de ellos creyó percibirlo como un gemido. Salían de los mismos escombros en los que ella se había escondido aquella misma tarde. Una cabeza sobresalía del montón por la parte trasera y Paola se agachó y se acercó a rastras, intentando no hacer ruido.

—Te vas a portar bien y no te haré daño. Piensa que es un servicio a la República.

Paola rodeó parte del montículo y descubrió un pie. Inmediatamente reconoció el zapato, era el que llevaba Pili y en ese momento comprendió lo que pasaba. Aun así, la prudencia le hizo esperar unos segundos para comprobar que no había ningún hombre más.

—Sé que hace frío, pero entraremos en calor enseguida —continuaba la voz libidinosa.

Se iba a levantar cuando una mano la tocó por detrás. Era Petra, que estaba a su lado, la cara descompuesta y un odio feroz en los ojos. Había descubierto lo mismo que ella. Paola ya tenía el hacha en las manos, miró a su vecina y ambas asintieron, levantándose de golpe.

—¡Suéltala, maldito cabrón!

Un hombre maduro y corpulento se encontraba sobre Pili. Con una mano sostenía un cuchillo sobre su garganta y con la otra se había estado bajando los pantalones y subiendo las faldas de la mujer, que gemía de angustia. Sus muslos destacaban níveos contra la oscuridad de la tierra, compitiendo en blancura con los restos de nieve.

La sorpresa hizo que se diera la vuelta. La cara de asombro podría haber resultado cómica si no hubiera sido porque la situación no lo era. Con los pantalones a medio bajar, de rodillas, perdido en un campo a altas horas de la madrugada, aparecían otras dos mujeres y una de ellas lo amenazaba con un hacha. Antes casi de que Paola hubiera terminado de decir esas palabras, Petra, sacando todas las fuerzas que le confería la ira, le había dado una patada en la boca que lo desplazó, dejándolo tumbado a un lado. Empezó a sangrar y escupió un diente, entonces, con dificultad, pudo ponerse de pie, pero ya tenía a Paola con el hacha amenazando su garganta.

—¡No me hagas daño! —suplicó.

—Voy a cortarte el cuello por desgraciado —tronó Paola.

Pero en un movimiento rápido salió corriendo, dejando tras de sí la chaqueta y el cuchillo. Paola no se inmutó ni quiso salir tras él, mejor así, pensó, no quería otro cadáver sobre su conciencia. Pili estaba con Petra, que lloraba amargamente, ésta última la abrazaba y susurraba

palabras a su oído.

—¡Vámonos rápido! Se ha escapado y no quiero arriesgarme a que vuelva y nos pille desprevenidas. ¿Estás bien? —preguntó Paola con urgencia.

Petra asintió con la cabeza, pero su amiga ya se había diluido entre las sombras de la noche. Dejó a su hermana y siguió los pasos de Paola en busca de sus dos bolsas.

Ya de vuelta, Petra ayudó a Pili a levantarse y emprendieron el camino de regreso en silencio, lo más deprisa que pudieron. El miedo iba de su mano, la noche había sido larga, los peligros excesivos y la sensación de fragilidad inmensa. Sin embargo, la suerte las había acompañado y volvían ilesas al abrigo de un hogar donde tres niños dormían profundamente, ajenos a la tragedia que podía haberse cernido sobre ellos aquella noche.

Al entrar en la cocina, las tres mujeres se sentaron alrededor de la mesa y Paola formuló la pregunta que llevaba rondándole todo el camino de regreso.

—¿De dónde había salido aquel hombre?

Pili tenía la respuesta. Debía tratarse de un vecino que estaba al corriente de las actividades de Marcia, o quizás que había hecho negocios con ella, y sabía que en la casa se escondía comida. Debió tener la misma idea que muchos otros aquella noche y esperó a que la oscuridad cubriera la ciudad para acercarse. Ella lo vio llegar por la derecha, con las manos en los bolsillos, al abrigo de las sombras, pero nunca pensó que la hubiera descubierto. Estaba pensando qué hacía un hombre a aquellas horas con aquel tiempo en medio de la calle, cuando apareció el coche de los soldados. La mujer se echó al suelo para que no la vieran y pensó que Petra y Paola estaban perdidas. Su primer instinto fue salir corriendo, volver a la casa, pero nada más darse la vuelta, se encontró con los escombros y decidió esperar un poco allí. Estaba tan asustada y tenía tanto frío que ni siquiera se percató de la llegada por la espalda de aquel sujeto, que ante la imposibilidad de sacar nada de la casa, decidió tomar otro botín. Lo demás ya lo sabían, porque minutos después llegaron ellas.

—Pensé que estaba perdida —concluyó con la voz rota y una lágrima asomando a sus ojos.

Petra la abrazó con cariño. Después guardaron el contenido de las bolsas en silencio y se fueron a dormir. Seis personas no subsistirían mucho con lo que habían conseguido, pensó Paola, y al poco rato se levantó, volvió a enfundarse el abrigo y cogió las cartillas y el dinero que les restaba. Ya estaba a punto de salir cuando Petra surgió de las sombras con el abrigo en el brazo. Paola la miró sin comprender, mientras ella se abrigaba.

—Te acompaño —dijo—, Pili hoy no va a casa de doña Gloria, podrá encargarse de los niños.

Paola agradeció el gesto sin palabras, abrió la puerta y ambas salieron al gélido paisaje del amanecer.

La previsión de Paola era acertada. A pesar de que estiraron lo más que pudieron lo que habían podido coger en casa de Marcia, poco a poco las sombras del hambre, el frío y la enfermedad volvieron a sobrevolar por encima de toda la familia. Paola salía de madrugada, pero apenas volvía con nada. Conseguía algo en el mercado negro vendiendo algún huevo. Sin embargo, las gallinas cada vez estaban más famélicas, porque tampoco había qué darles para comer. Ella sabía que esos animales eran su mejor baza pasa sobrevivir, pues los huevos se cotizaban a precios escandalosos y siempre intentaba encontrar algo con lo que alimentar a las aves, aunque fuera a costa de quedar ella sin nada. Pili seguía con doña Gloria y se agenciaba lo que podía, pero aun así los recursos no llegaban, los niños lloraban de hambre y de frío y Paola comenzó a dejarse vencer por el desánimo.

El fin de la guerra era inminente, no se hablaba de otra cosa en todos los rincones de la ciudad, parecía que finalmente Madrid tendría que rendirse. Paola, que odiaba todo lo que oliera a política, sentía el júbilo del final de la contienda y una profunda intranquilidad por lo que les depararía el destino. La última carta de Adrián, unas pocas letras, solo decían que volvería pronto y que echaba mucho de menos a toda la familia. Pero los días pasaban y las penurias aumentaban.

Una mañana de finales de febrero, Pili llegó a casa con una buena noticia. Gloria le había confiado un pequeño trabajo para Paola. Era arriesgado, pero podría reportarle algún dinero extra que gastar en el mercado negro. Cuando le explicó de qué se trataba, la muchacha se quedó sorprendida.

Había muchas mujeres en Madrid de firmes convicciones católicas que no podían ir a la iglesia desde hacía muchos meses. Para no dejar su devoción a un lado, habían pagado, de forma anónima y en secreto, a un imaginero para que hiciera varias tallas que se llevaban de casa en casa para que las pías mujeres rezaran. La encargada de trasladar una de las imágenes había tenido un accidente en uno de los últimos bombardeos y, aunque había sufrido lesiones leves, tuvo que hacer el esfuerzo de desaparecer antes de que llegaran los equipos sanitarios para que no pudieran verla con aquella imagen religiosa. Había costado un dineral su talla, el escultor se jugaba mucho y pidió una cantidad elevada por realizarla de nuevo. La mujer fue consciente, tras el accidente, de que su integridad tampoco estaba muy segura con aquella obra de arte entre los brazos. De una forma u otra se la jugaba. Así que devolvió la escultura y se despidió, alegando el miedo que había pasado y las secuelas que este miedo le habían dejado. No merecía la pena arriesgarse tanto. Paola no sabía nada de todo eso, pero era a ella a quien ofrecían aquel trabajo. No lo dudó ni un segundo, no podía dudar sobre nada que le permitiera tener unas monedas más en el bolsillo. Daba lo mismo el riesgo, el continuo caminar por un Madrid peligroso. El miedo había sido relegado a un segundo plano, en aquellos días no era más que el aire que se respiraba o el frío en los huesos, un sentimiento más, perenne, cotidiano, asiduo.

Todo funcionaba bien, Paola salía de casa junto con Pili, mientras Petra se quedaba al cuidado de los niños, que se pasaban casi todo el día bajo las mantas. Recogía la imagen y comenzaba su peregrinaje de casa en casa, siguiendo una ruta que le había facilitado doña Gloria. Llamaba a las puertas, saludaba y esperaba en la cocina, en las escaleras y, si tenía mucha suerte, en una sala, a que terminaran de rezar. Después tapaba la imagen y volvía a las calles. Algunas veces le daban alguna cosa, un puñado de lentejas atestadas de piedras, unos nabos, un poco de achicoria. Paola cogía todo y agradecía las monedas que también donaban algunas de aquellas

caritativas señoras.

Sin embargo, a principios de marzo se produjo el golpe de Estado del coronel Casado. Paola vivía ajena a cualquier noticia que no fuera un rumor entre la población, pero aquello corrió como la pólvora, puesto que significaba la victoria de los que asumían la derrota republicana y pretendían firmar la paz, frente a los seguidores de Negrín, que se oponían a la capitulación de Madrid.

El día seis de marzo hubo fuertes enfrentamientos en una especie de guerra civil dentro de la propia guerra, el summum de la tragedia, entre los que apoyaban a Negrín y los seguidores de Casado. Paola se vio envuelta en uno de aquellos combates sin saber cómo salir de allí. Por fin decidió esconderse tras unas ruinas, en una especie de túnel que se cortaba a escasos metros debido a un derrumbamiento. Posiblemente eran los restos de la entrada de peatones de la cochera de un edificio. La imagen iba tapada con un paño de loneta negra, así que Paola, por si había complicaciones, decidió colocarla al fondo, donde se fundía con el tono negruzco de las piedras y, entre los silbidos de las balas y la artillería, se puso a rezar.

Llevaba un rato en aquella posición incómoda, temiendo por su vida, colocada en el epicentro de la batalla, cuando de la nada vio surgir un traje militar, unas botas sucias de barro y unas manos que sostenían un fusil, acercándose al lugar donde ella se encontraba. Se movía sigilosamente y se giraba continuamente en una danza sin fin. De pronto la vio, lo supo porque se paró en seco y apuntó el arma hacia su posición. No podía verle la cara, pero el sonido de sus botas se hizo insoportable.

—¡Sal de ahí! —gritó.

Paola obedeció inmediatamente y levantó los brazos al ponerse en pie. Era un soldado muy joven, tal vez no llegara siquiera a los dieciocho años, con el pelo rapado, rubio y una cara poblada de pecas. Suspiró al ver de quién se trataba.

—¿Qué haces aquí? —su voz había disminuido el tono. Al fondo, el sonido de la muerte seguía su rumbo, pero parecía que se alejara en otra dirección.

—Me he escondido porque sin darme cuenta estaba en medio del fuego. Iba hacia mi casa, me esperan mis hijos, estarán preocupados. Yo nunca tardo tanto…

El muchacho levantó una mano ante la perorata nerviosa de aquella mujer, indicándole que se callara. Tenía cara de cansancio y de hastío. La miró fijamente, dudando si sería peligrosa, si al darse la vuelta no le clavaría cualquier cosa; las mujeres también habían tomado parte activa en aquella guerra y era fácil dejarse confundir por ellas. Pero no parecía que lo fuera, concluyó por fin, aunque ni siquiera se preguntó si era la repugnancia de tanto derramamiento de sangre lo que le llevaba a dejarla con vida.

—¡Vuelve a tu escondrijo y espera a que se silencien los disparos!

—¡Ángel!, ¿dónde te has metido? —una voz ronca se acercaba.

—¡Vooooy! Todo limpio, señor.

Y se dio la vuelta, desapareciendo de la misma forma que llegó. Paola pasó varias horas agazapada entre aquellos escombros, entumecida, helada y rezando a la virgen para que la protegiera. Ya empezaba a caer la tarde cuando se decidió a salir. Trató de no coger calles principales, veía a lo lejos bultos en el suelo, que comprendió que serían cadáveres, y no llevó la imagen de vuelta a casa de doña Gloria, sino que dejó atrás la ciudad con la imagen a cuestas, rumbo a su hogar.

Cuando llegó, el alivio fue inmenso. Pili hacía rato que había vuelto y sabía que alguna de las visitas que Paola tenía que haber hecho por la mañana se habían quejado de la tardanza. Después se enteraron de los incidentes y temieron por su vida. Estaba claro que durante unos días sería muy peligroso salir de casa. Aun así, Paola no tenía otra opción, eso o dejar al hambre vía libre entre sus hijos. Todo escaseaba, pero sin recursos no se podía comer nada. Habían vuelto a los ensopaos, a las comidas sin sustancia, a los inventos para calmar el dolor y engañar al estómago. Los niños volvían a estar en los huesos, los ojos enormes en una cara sin carne, la tristeza planeando sobre sus recientes vidas. Paola se desesperaba, pero no sabía qué más podía hacer.

20

El 28 de marzo, las tropas franquistas entraban en Madrid. Muchos acudieron a su encuentro para felicitarles, se respiraba un ambiente de júbilo. Entraban tras la negociación, en calma, sin encontrar ninguna resistencia. Muchos de los soldados del frente de Madrid habían vuelto a sus casas. Paola asistía al paso de los militares sin ninguna esperanza, porque los pobres, pensaba, nunca tenemos esperanzas, nada cambiará para nosotros, nada. Aferrada a la imagen caminaba cabizbaja rumbo a su siguiente destino, menos angustiada, porque ya a nadie le importaría que llevara la virgen. De repente, escuchó su nombre. Pensó que se estaba volviendo loca, pero no, el grito se reprodujo de nuevo.

—¡Paola!

Al volverse vio la imagen de un soldado que, dejando las filas atrás, corría a su encuentro. Al principio no lo reconoció, pero en cuanto levantó la cara vio que se trataba de su hermano.

—¡Manuel! —gritó y estuvo a punto de dejar caer la talla.

Dejando en el suelo la escultura se fundieron en un profundo abrazo. Paola empezó a sollozar, los potentes brazos fraternales arroparon su sufrimiento durante unos segundos interminables.

—¡No llores! Ya se acabó todo. ¡No llores! Se acabaron los muertos, las bombas… la guerra ha terminado por fin. Pronto me licenciarán y podré volver a casa. Vendrás conmigo, allí será más fácil la vida que en la ciudad.

Paola negó con la cabeza.

—Tengo que esperar a Adrián, también volverá y mi obligación como esposa es estar junto a él cuando regrese.

Manuel la miró con gravedad. No sabía si expresar sus temores. Decidió aparcar las palabras para otro momento.

—Me tengo que ir, en cuanto pueda me acercaré a tu casa y ya hablaremos más tranquilos.

La besó con cariño en la mejilla y salió de nuevo a la carrera, perdiéndose entre la muchedumbre que había acudido al desfile y los soldados que, jubilosos, levantaban sus armas.

A los pocos días, una tarde ventosa de marzo, Manuel se acercó a casa de Paola. Llamó con los nudillos y una voz desconocida le preguntó desde detrás de la puerta quién era. Manuel respondió con su nombre y añadió que era el hermano mayor de la dueña de la casa. Instantes después se descorría un cerrojo y una Paola sonriente lo invitaba a entrar. Manuel se quedó parado nada más cruzar el umbral, mientras su hermana cerraba la puerta. Aquella casa recordaba a un campo de batalla, pero doméstico. No había muebles, las cosas estaban colocadas

por el suelo, las paredes estaban negruzcas y un olor indefinido y desagradable manaba de cada rincón de la vivienda. Pero lo que más le sobrecogió fue la aparición de sus sobrinos.

Petra llevaba de la mano a la pequeña Paola y en brazos a Adrián, que lloriqueaba nervioso. Carmen iba delante con paso inseguro y una terrible desconfianza en sus ojos infantiles. Eran niños esmirriados, esqueléticos, con la cabeza rapada y manchas rojizas en la cara. Manuel estaba atónito. Se volvió a su hermana y descubrió en ella lo mismo. Estaba en los huesos. Ahora, sin el abrigo, quedaba claro. Las manos hinchadas y llenas de sabañones, coloradas y cuarteadas, el pelo raquítico, los pómulos sobresalientes.

Paola sintió la mirada analítica de su hermano y tuvo repentinamente la visión de su familia a través de aquellos ojos ajenos. Se sintió culpable y avergonzada. Bajó la cabeza y unas lágrimas descorteses rodaron sin sonido alguno por su piel torturada.

—¿Por qué nos miras así? Has hecho llorar a mamá —Carmencita hablaba con furia y su fuerza sorprendió a su tío, que la miró desconcertado.

—Lo siento —acertó a decir en un susurro—, pero…

Paola se recompuso y explicó a Manuel quién era cada cual. Carmencita siguió observándole con mirada furibunda, se sentó en el suelo sobre una manta con su muñeca de tela y se puso a jugar sin perderse ni una palabra de lo que allí se decía. El pequeño Adrián lloraba desconsoladamente cuando aquel desconocido trataba de hacerle una carantoña. Finalmente, Carmencita lo puso junto a ella y le entretuvo con muñecas y cazos. La pequeña y tímida Paola fue la única que aceptó sin miramientos al nuevo elemento familiar y habló con él sin recelo alguno. Paola estaba maravillada de oír tantas palabras en la boca de su hija, que a menudo pasaba los días enteros sin que de sus labios saliera un sonido.

—Me gustaría ofrecerte algo de comer, pero… —Paola se tragó su angustia y las lágrimas que nuevamente amenazaban con salir.

—Os he traído algo —rebuscando en su macuto sacó un pedazo de queso, otro de chorizo y unos mendrugos de pan negro. También encontró un pedazo de tocino seco—. Esto no sé si servirá para algo.

Paola lo miró incrédula. Un pedazo de tocino y se preguntaba si valdría. ¿De dónde demonios salía aquel muchacho?

Petra también se presentó y después, de forma discreta, cogió los alimentos y se los llevó junto con los niños, a la cocina. Habían arrancado la puerta del armario de la habitación de Paola, lo único que quedaba que pudiera arder. Salió al patio, cogió el hacha de su vecina y se dedicó a hacer astillas. Carmencita se colocó junto a ella sin decir nada, mirando cómo daba cada golpe. En un momento dado, los ojos de la niña le resultaron incómodos a la mujer y se volvió con el hacha pegada a su falda.

—¿Qué? —dijo mirando a Carmencita, que parecía una vieja prematura.

—¿Qué, qué? —contestó la niña con aire distraído.

—¿Me vas a contar por qué llevas un rato pasando frío, mirando cómo hago astillas la puerta sin decir una palabra?

—No me gusta —contestó moviendo la cabeza negativamente.

—Carmencita, es tu tío, el hermano de tu madre. En otras condiciones os habríais conocido bien, pero la guerra ha separado a las familias completamente. Él no tiene la culpa.

—Pero lleva el uniforme de los malos, de los que quieren hacer daño a papá.

Petra siguió partiendo la puerta con movimientos rítmicos. Hacía demasiado frío y demasiada humedad para mantener una charla allí.

—Las cosas no son tan fáciles, hija. Habla con tu madre, que ella te sabrá explicar mejor que yo.

Mientras tanto, en el salón, los dos hermanos se sentaban en las dos únicas sillas que aún sobrevivían al fuego.

—¿Qué os ha pasado, hermana?

Paola comenzó a hablar, cogió su alma con las manos y la sacudió para formar palabras que transmitieran su tristeza, su descontrol, su situación, su miedo, sus ansias. Le contó los peligros, el hambre. Le contó todo lo que había hecho, hasta el asesinato de aquel malvado. Lloró a veces. Se serenó otras tantas y Manuel escuchaba horrorizado el relato de su hermana. Cuando en sus filas se hablaba de asfixiar Madrid, el solo lo había entendido desde el punto de vista bélico, jamás imaginó que se estuviera cometiendo semejante atropello contra la población civil de la ciudad. Ahora se explicaba las calles atestadas de pillastres, de carteristas, de prostitutas que se lanzaban a los soldados recién llegados como urracas al metal. Él había tenido suerte, le había caído en gracia a un alto mando del ejército de Franco, que lo convirtió en su ayudante y secretario. No había pisado un campo de batalla, ni había disparado un tiro. Llevaba recados, correspondencias y ayudaba al militar en todo lo que necesitase… cosas simples. Comía bien, dormía bajo techo y disponía de cierta libertad. Había asistido a horrores, a horrores militares que cuajaban sus noches, pero esto… Enfrentarse con la realidad en el hogar de su hermana había servido para abrirle los ojos. Él se había mantenido al margen, jugando al juego de la guerra desde el confort.

—Deberías cerrar esta casa y venirte al pueblo conmigo mientras se aclara todo. Hay zonas que aún resisten, pero caerán en breve y después nadie sabe qué pasará. Represalias, seguro. De qué forma o hasta cuándo, no tengo ni idea, pero los militares no están dispuestos a ceder el control político a nadie. No puedes seguir viviendo en estas condiciones, ¿no te das cuenta? Cualquier día cae enfermo uno de tus hijos y ¿qué vas a hacer?, ¿a quién vas a recurrir?

Paola tuvo un fogonazo, que llegó de la mano de aquellas palabras, y vio la espalda de Manuelín alejarse y salir por su puerta. Se preguntó una vez más qué habría sido de él. Las palabras de su hermano la sacaron de sus pensamientos.

—¡Eh, Paola!

El silencio que siguió a continuación indicó a la muchacha que debía contestar algo, pero no sabía cuál era la pregunta.

—Lo siento, me he perdido.

Manuel la miró con cariño. Ante sus ojos tenía a una mujer devastada. Parecía una anciana. Con los ojos perdidos, se apretaba con una mano la chaqueta en un absurdo intento por taparse lo más posible.

—Tienes que venirte conmigo —repitió nuevamente. Allí mamá sabrá cómo ponerte bien y cuidar a los niños.

Paola volvió a negar con la cabeza.

—Esperaré a Adrián. Cuando llegue, decidiremos qué es lo mejor —contestó con tozudez y Manuel supo que jamás la convencería.

—¿Y si no vuelve? Los caminos no son seguros.

—Volverá —dijo con convicción—, lo prometió.

—No seas infantil, mujer, no depende de él volver o no. ¿O crees que los que yacen en las fosas no prometieron volver?

Manuel no quería ser tan cruel, pero necesitaba que su hermana reaccionase, que dejase a un lado esa cabezonería infantil y actuara con la lógica de los vivos. Adrián hacía semanas que no escribía, en la zona de Extremadura se habían librado duros combates, pero las represalias contra los vencidos, tenía entendido que estaban siendo feroces; cientos de soldados estaban siendo fusilados, cientos arrestados…

Paola lo miraba con ojos iracundos, su certeza era tan fuerte que se sentía atacada por su propio hermano, el mismo que pronunciaba esas palabras.

—Adrián volverá, te lo aseguro. El corazón me dice que está cerca.

Manuel decidió no insistir más. Era imposible convencerla. Tal vez tuviera razón y su cuñado hiciera acto de presencia. Pero por si acaso… se le ocurrió una idea que podría convencer a su hermana con el tiempo, si Adrián seguía sin aparecer, para que volviera al pueblo.

—¿Y si me llevo a los niños con la abuela? Mamá estaría encantada de cuidarlos mientras llega tu marido.

La mujer negó con la cabeza, los niños tenían que estar con su madre.

Un dulce aroma a lentejas con chorizo salía de la cocina. No habían probado bocado en todo el día, así que cuando llegó Pili de Madrid y fue debidamente presentada, todos se colocaron alrededor del puchero mientras se repartían platos y cuencos. Después se sentaron en el suelo y comieron en silencio aquel delicioso manjar. Paola comía a la vez que daba de comer al pequeño,

que se lanzaba a la cuchara con denuedo. Manuel, en un rincón, mascaba sus pensamientos. La pequeña Paola se acercó y se sentó junto a él. Le parecía extraño que comiera un hombre en su casa, era como el papá al que apenas recordaba.

—¿Te vas a quedar con nosotras? —preguntó con la boca llena.

Manuel negó con la cabeza y miró a Paola, que no perdía una palabra.

—Vendré a veros en cuanto pueda. Yo también tengo una mamá que me espera.

La pequeña Paola torció el gesto mientras rebañaba su cuenco con un pedacito de pan que su madre había repartido. Al ver a su sobrina tan afanada, Manuel le ofreció lo que quedaba de su comida y la niña lo agradeció con una enorme sonrisa.

—¿No tienes más hambre?

Manuel negó y se cruzó con los ojos cargados de odio de Carmencita.

—A lo mejor deberías repartirlo con tu hermana —terció.

—No, gracias— contestó la primogénita—, con esto tengo bastante.

Los niños se fueron a la cama temprano y Manuel se despidió. Tenía que volver a su destino. Paola se quedó en la cocina mascando las palabras de su hermano. Adrián volvería, estaba segura, pero mientras tanto, y en eso tenía razón, las condiciones de su familia eran cada vez peores. Apenas tenían nada para sacar cuatro migas para comer, y no creía que las cosas mejorasen de la noche a la mañana. Según había contado Manuel, todo estaba arruinado, los hombres habían ido a la guerra abandonando sus quehaceres y trabajos, habría que empezar de cero. ¿Y mientras tanto?

Sintió que la desesperación estaba ganándole la partida, que la desesperanza la empezaba a devorar por dentro. Sintió que la angustia poblaba sus pensamientos y el germen de la duda, que su hermano había puesto en palabras, se abrió ante sus ojos sin tapujos. ¿Hasta cuándo la acompañaría la suerte de estar viva?

Buscó desesperadamente una salida, un rayo de luz que abriera un resquicio de esperanza en sus aciagos pensamientos, que detuviera el martilleo continuo de sus malos presagios. Tal vez podría mandar a alguno de sus hijos con su madre, una boca menos. Se sintió ruin por ese pensamiento, pero no pudo evitar que se esbozara como posibilidad. Podría acompañarle una de las hermanas y así, durante una temporada, solo serían cuatro para alimentarse. Sería una situación provisional. Quizás con lo que sacaba Pili, lo que sacaba ella, los huevos… tal vez podrían sobrevivir unos meses. Siempre tenían la posibilidad de marchar en cualquier momento y reunirse de nuevo. Paola sentía que con estos pensamientos se le iba agrietando el corazón. ¿Y de qué hijo deshacerse? Carmencita era una ayuda, responsable, trabajadora, se había curtido en las calles y era una adulta prematura. Podía encargarse, con su corta edad, de cualquier cosa con seriedad y tesón. Adrián era demasiado pequeño para un viaje tan largo, aún se hacía pis de vez en cuando, lloraba a menudo y podría ponerse enfermo. Habría que llevarle en brazos la mayor parte del tiempo… no era buena solución. Y solo quedaba la pequeña Paola, la tímida y

conformista Paola, que seguía a su hermana como una patito a mamá pata. ¿Debía arrancarla de su mundo solo porque nunca protestaba? ¿Era la designada por no ser demasiado mayor ni demasiado pequeña? Le parecía una solución tan injusta que la desdeñó. Se sentía incapaz de decidir y después de dar y dar vueltas cayó en un sueño confuso de niños robados de sus cunas.

Al día siguiente no se presentó Manuel, y ambas mujeres volvieron con las manos vacías. Cenaron los restos del día anterior y se fueron a la cama con el dolor del hambre mordiendo sus entrañas. Las ideas de la noche anterior no paraban de dar vueltas en la atormentada cabeza de Paola, mientras escuchaba a los niños quejarse. Al amanecer salió con Pili hacia casa de doña Gloria y en el camino hablaron de la proposición de Manuel.

—Aunque creo que estás equivocada, yo sé que no te vas a ir sin tu marido —le dijo Pili—, pero lo que crees que es una tortura para tus hijos solo lo es para ti. Si eligieras a uno, a ese le estarías dando la oportunidad de ir a la cama sin hambre, de vivir sin estas apreturas. No sería un castigo, sino una bendición.

—Yo no podría vivir sin ellos. Tantos meses luchando para rendirme ahora, que llegue Adrián y le tenga que decir que no pude cuidar de mis hijos…

—Creo que te equivocas, mi niña, tu obsesión no te deja ver con claridad. Adrián puede tardar aún mucho en llegar —o quizá nunca volviera, un pensamiento que Pili se abstuvo de verbalizar, en el convencimiento de que su vecina no estaba en condiciones de asimilar algo así.

Finalmente, Paola llegó a la horrible conclusión de que no podían seguir de aquella manera y con una angustia que le partía el alma en diminutos dolores, confesó a su hermano que aceptaría que se llevara a la pequeña Paola con él. Era la solución más racional y Manuel estuvo de acuerdo. También los acompañaría Petra, para que la niña no se sintiese abandonada, y estaría allí hasta que la niña se hubiera aclimatado. Según salían las palabras de su boca, un deseo irracional de no pronunciarlas le quemaba las entrañas. Paola se consolaba pensando que sería poco tiempo y no se cansaba de repetir a su hermano que en cuanto Adrián estuviera en casa, irían a buscar a la niña.

Aquellos días de espera fueron un infierno para la madre, que observaba a su hija en silencio, preguntándose si algún día le echaría en cara esa decisión. Los días pasaron lentos y Madrid, en manos de los sublevados, no sufría demasiadas variaciones, a excepción de la falta de sirenas y bombas. Podría parecer un gran cambio, pero el hambre y las penurias no dejaban ver más allá, la supervivencia lo anegaba todo y aunque Manuel procuraba llevar siempre que podía algo para que comieran su hermana y sus sobrinas, era tan poco que ya apenas tenían fuerzas para salir de casa.

Y el tan odiado momento se precipitó sin consuelo. Un luminoso día de abril, ya acabada definitivamente la guerra, Manuel se presentó en el hogar de Paola con su petate y ella supo que había llegado la hora. Había reunido las pocas cosas de la niña que valían la pena en un hatillo hecho con una vieja manta. Lo entregó a Petra, quien también se despidió de su hermana y se dispuso a partir.

Paola sintió el sabor amargo de la derrota. Tomó a su hija en brazos y sin poder contener las lágrimas, le explicó que se tenía que ir con la abuela y que pronto volverían a por ella. El carácter

conformista de la niña volvió a asomar a sus enormes ojos verdes y asintiendo con la cabeza, le dijo a su madre que no llorara, que no se preocupara, que ella iba a portarse muy bien.

Puso a la pequeña en el suelo después de besarla varias veces y la niña le dio la mano a su tío, que también se despidió de su hermana. A cada paso que daba aquel diminuto grupo, Paola sentía que se le escapaba el corazón por cada uno de sus poros. Se sentía culpable, una culpabilidad tan dolorosa que pensó que las piernas dejarían de sostenerla y caería al suelo. Se sentía cobarde por haber elegido entre sus hijos, por haber claudicado, por no haber luchado más, por no tener fuerzas para seguir y, en varias ocasiones, estuvo a punto de echarse atrás, de gritar que volviera, de arrancar de la mano de su hermano la de su hija y correr hacia su hogar.

—¿Has visto alguna vez los zapatos de lluvia que hace mi mamá? —le decía la pequeña a Manuel.

—Serán zapatos para lluvia.

—No, no —reía Paola.

—Los llamamos zapatos de lluvia porque se hacen con paraguas. A mamá le quedan muy bonitos. ¿Tienes algún paraguas viejo?

—Aquí no.

—Pues cuando tengas uno te enseño a hacerlos, yo siempre miro cómo mamá, mi hermana y las tías los hacen y aunque no me dejan ayudar porque dicen que soy pequeña, yo ya he aprendido…

Aquellas palabras fueron las últimas que Paola escuchó a su hija mientras se alejaba, asida fuertemente de la mano de su tío, que parecía un gigante a su lado. Al otro, Petra trotaba cargada con su propio hatillo. En un momento dado, la niña se giró y se despidió de todos con una sonrisa, como si se fuera a una excursión al campo y tuviera previsto volver en unas horas.

Carmencita, al lado de su madre, lloraba también en silencio, mientras Adrián dormía plácidamente en los brazos de Pili. El sol brillaba en lo alto, anunciando la primera primavera después de la guerra, pero nada en aquel ambiente apoyaba la alegría de la naturaleza. Cuando el trío fue desapareciendo entre los desniveles del camino, Paola abrazó a su hija y ambas se dieron la vuelta hacia una casa que se les antojó desierta. Pili las siguió en un melancólico silencio.

Ya en la cocina, en una soledad tan infinita que su corazón era incapaz de abarcarla, la joven madre se sentó en la única silla que aún se resistía al fuego, apoyó la cabeza en los brazos y estos cayeron desprovistos de fuerza sobre la mesa. Cerró los ojos y descubrió que solo un paisaje yermo y frío se había instalado en su interior, un paisaje tan desolador que su único consuelo era trasladarse a un tiempo pasado mucho más dulce. Ni siquiera la tibieza de la mano de Pili sobre su hombro le transmitió un ápice de calor. En su puño apretaba la muñeca de Paola, esa que hicieron las vecinas, esa que siempre llevaba a su lado y que dejó olvidada junto a la alacena. Hubiera querido deshacerse en llanto, pero a su horizonte interno ni siquiera las nubes querían acercarse.

Los tiempos no retornan y las decisiones no tienen vuelta atrás, los designios de unos, sus acciones, sus luchas, salpican a una multitud que a veces pierde en una batalla que nunca desearon. La familia de Paola, que acarició la felicidad, que rozó una dicha que presumían eterna, se había fragmentado en un sinfín de dolores, tan profundos, tan reales, que abrieron unas heridas imposibles de curar. Los nombres de sus fantasmas revoloteaban en la mente de aquella mujer devastada, posándose en las paredes de su cocina miserable. Adrián, Marcia, Agustín, doña Matilde, Manuelín… ¿qué habría sido de todos ellos?

Y ahora su niña, su pequeña Paola, ¿terminaría siendo un fantasma también?

Nadie podría predecir el futuro, pero aquella mujer jamás imaginó que no volvería a ver a su hija en muchos años, tantos que le costaría reconocer a la niña que un día marchó de la mano de su tío hablando de zapatos.

Adrián nunca volvió. Pasó a formar parte de los miles de españoles que perdieron la vida en la cuneta de una carretera sin entender, mientras la vida se escapaba por la herida de su cabeza, qué hacía tan lejos de su familia. Atrapó un último pensamiento para su mujer y, aunque no tuvo tiempo de que toda su vida desfilara por sus ojos, se fue con la imagen de su esposa tratando de subir a un tranvía que se le escapaba. La amó desde el primer instante en que la vio, aún la amaba en su último aliento.

Paola, a partir de aquel momento, se vistió de negro con la vana esperanza de quitarse el luto el día que consiguiera reunir a toda su familia… Nunca sospechó que aquel fuera un gesto tan inútil.

Índice

1 11

2 33

3 65

4 87

5 105

6 133

7 155

8 179

9 199

10 217

11 251

12 281

13 303

14 331

15 359

16 383

17 427

18 461

19 491

20 521